

STEPHEN KING

Mr. MERCEDES



Justo antes de amanecer, en una decadente ciudad americana, cientos de parados esperan la apertura de la oficina de empleo para reclamar uno de los mil puestos de trabajo que se han anunciado. Han hecho cola durante toda la noche.

De pronto, invisible hasta que lo tienen prácticamente encima, un Mercedes surge de la fría niebla de la madrugada. Su conductor atropella y aplasta a todos los que encuentra a su alcance. Acto seguido, el coche da marcha atrás y vuelve a arremeter contra ellos. El asesino huye dejando atrás ocho muertos y quince heridos.

Meses después, Bill Hodges, un policía jubilado que sigue obsesionado con este caso sin resolver, recibe una carta anónima de alguien que se declara culpable de la masacre.

Brady Hartsfield vive con su madre alcohólica en la casa donde nació. Disfrutó tanto de aquella sensación de muerte debajo de los neumáticos del Mercedes que ahora quiere recuperarlas.

MR. MERCEDES es la historia de una guerra entre el Bien y el Mal. Un retrato inolvidable de la mente de un asesino obsesionado y demente.

Stephen King

Mr. Mercedes

Trilogía de Bill Hodges - 1

ePub r1.8

Titivillus 01.03.2017

Título original: *Mr. Mercedes*
Stephen King, 2014
Traducción: Carlos Milla Soler
Ilustraciones: Caras Ionut
Diseño de cubierta: 2067leon

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Recordando a James M. Cain
Hacia el mediodía me arrojaron del camión de heno...

EL MERCEDES GRIS

9-10 de Abril de 2009

Augie Odenkirk tenía un Datsun de 1997 que aún funcionaba bien pese a sus muchos kilómetros, pero el combustible salía caro, sobre todo para un hombre sin trabajo, y el Centro Cívico estaba en la otra punta de la ciudad; decidió, pues, tomar el último autobús del día. A las once y veinte de la noche se apeó con la mochila a la espalda y el saco de dormir enrollado bajo el brazo. Pensó que a eso de las tres de la madrugada agradecería ese saco de plumón. Era una noche fría y neblinosa.

—Buena suerte, amigo —dijo el conductor cuando Augie se bajó del autobús—. Deberías conseguir algo solo por ser el primero.

Pero en realidad no lo era. Cuando Augie llegó a lo alto del empinado y ancho acceso al gran auditorio, vio que frente a las puertas aguardaban ya más de veinte personas, algunas de pie, en su mayoría sentadas. Una cinta amarilla con el rótulo PROHIBIDO EL PASO, sostenida por postes, formaba un pasillo zigzagueante a modo de laberinto. Augie había visto ya antes ese dispositivo en cines, así como en el banco donde ahora estaba en números rojos, y comprendía su finalidad: apilotonar al mayor número de gente posible en el menor espacio posible.

Cuando se acercó al extremo de lo que pronto sería una fila interminable de aspirantes a un empleo, Augie vio con estupefacción y desaliento que la última era una mujer con un niño dormido en una mochila portabebés. La criatura tenía las mejillas encarnadas por el frío y un leve resuello acompañaba cada una de sus espiraciones.

La mujer oyó aproximarse a Augie, un poco falto de aliento, y se volvió. Era joven, y tirando a guapa pese a las acusadas ojeras. Tenía a sus pies una pequeña bolsa acolchada. Augie supuso que guardaba ahí las cosas del bebé.

—Hola —saludó ella—. Bienvenido al club de los madrugadores.

—A quien madruga Dios lo ayuda. —Tras una breve vacilación, Augie se decidió a presentarse porque, al fin y al cabo, qué más daba, y le tendió la mano—. August Odenkirk. Augie. Me reestructuraron hace poco. Así lo llaman en el siglo XXI cuando te ponen de patitas en la calle.

La mujer le estrechó la mano. Tenía un apretón más que aceptable, firme y nada tímido.

—Soy Janice Cray, y este angelito es Patti. A mí también me reestructuraron, digamos. Era empleada doméstica de una familia de Sugar Heights, todos muy simpáticos. Él... en fin, tiene un concesionario de coches.

Augie hizo una mueca.

Janice movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Eso pienso yo. Dijo que sentía dejarme marchar, pero tenían que apretarse el cinturón.

—Pasa mucho hoy día —comentó Augie, preguntándose: *¿Es que no tienes a nadie con quien dejar a la niña? ¿Nadie en absoluto?*

—No me ha quedado más remedio que traerla.

Augie supuso que Janice Cray no necesitaba ser adivina para leerle el pensamiento.

—No tengo a nadie —añadió ella—. Nadie literalmente. Una chica de mi calle no podía quedarse hoy toda la noche... ni aunque hubiera podido pagarle, y no puedo. Si no consigo trabajo, no sé qué vamos a hacer.

—¿No podías dejársela a tus padres? —preguntó Augie.

—Viven en Vermont. Si yo tuviera dos dedos de frente, cogería a Patti y me marcharía allí. Aquello es precioso. Aunque también para ellos corren tiempos difíciles. Dice mi padre que tienen la casa bajo el agua. No literalmente, no es que estén en medio del río ni nada por el estilo; es por algo relacionado con la hipoteca.

Augie asintió: eso también pasaba mucho hoy día.

Unos cuantos coches ascendían por la cuesta desde Marlborough Street, donde Augie se había bajado del autobús. Doblaron a la izquierda y accedieron a la amplia superficie vacía del aparcamiento, que sin duda estaría atestado al clarear el día... cuando faltaran aún unas horas para que la Primera Feria Anual de Empleo de la Ciudad abriera sus puertas. Ninguno de los vehículos se veía nuevo. Los conductores aparcaron, y de casi todos los automóviles salieron tres o cuatro personas en busca de trabajo y se encaminaron hacia las puertas del auditorio. Augie no era ya el último de la cola. Esta casi llegaba al primer recodo del pasillo zigzagueante.

—Si tengo trabajo, tengo canguro —explicó Janice—. Pero esta noche a Patti y a mí no nos queda otra que aguantarnos.

La niña tuvo un arranque de tos áspera que a Augie no le gustó nada. Luego se revolvió en la mochila y se tranquilizó de nuevo. Al menos iba bien abrigada; llevaba incluso unos mitones diminutos.

Los críos sobreviven a cosas peores, se dijo Augie, desazonado. Pensó en la

persistente sequía de los años treinta y en la Gran Depresión. Aunque esta otra crisis, la actual, no era precisamente pequeña, o eso opinaba él. Dos años atrás todo le iba bien. No era que nadase en la abundancia, pero *pagaba* las facturas, y a fin de mes, la mayoría de las veces, aún le sobraba un poco. Ahora todo se había ido al garete. Habían hecho algo raro con el dinero. Augie no alcanzaba a entenderlo; antes era oficinista, un simple machaca, en el departamento de logística de Great Lakes Transport, y sabía solo de facturas y de organización de envíos por barco, tren o avión mediante un ordenador.

—La gente me verá con un bebé y pensará que soy una irresponsable —dijo Janice Cray, preocupada—. Lo sé, lo veo ya en sus caras; lo he visto en la tuya. Pero ¿qué iba a hacer? Aunque esa chica de mi calle hubiera podido quedarse toda la noche, me habría costado ochenta y cuatro dólares. ¡*Ochenta y cuatro!* Ya tengo apartado el alquiler del mes que viene, y después me quedo sin blanca. —Sonrió, y Augie, a la luz de las farolas, vio lágrimas prendidas de sus pestañas—. Hablo por los codos. Perdona.

—No tienes por qué disculparte, si es que te estás disculpando.

La cola había doblado la primera revuelta y llegaba ya a la altura de Augie. Y la chica tenía razón: mucha gente miraba a la niña dormida en la mochila.

—Pues sí, me estoy disculpando, no te quepa duda. Soy una madre soltera en paro. Quiero pedir disculpas a todos, por todo. —Se volvió y miró la pancarta colgada sobre las puertas. ¡1000 **EMPLEOS GARANTIZADOS!**, se leía. Y debajo: ¡*No abandonamos a las personas de nuestra ciudad!* **RALPH KINSLER, ALCALDE**—. A veces quiero disculparme por Columbine, y el 11-S y los esteroides de Barry Bonds. —Dejó escapar una risita semihistórica—. A veces incluso quiero disculparme por la explosión del transbordador espacial, y eso que por entonces yo empezaba a dar mis primeros pasos.

—No te preocupes —dijo Augie—. Saldrás adelante. —Era una de esas cosas que se decían por decir.

—La verdad, preferiría que no hubiera tanta humedad. La he abrigado bien por si apretaba el frío, pero esta humedad... —Cabeceó—. Pero lo conseguiremos, ¿a que sí, Patti? —Dirigió una parca sonrisa de desesperanza a Augie—. Más vale que no llueva.

No llovió, pero la humedad fue en aumento, y al final se veían sutiles gotas suspendidas en la luz proyectada por las farolas. En algún momento, Augie cayó en la cuenta de que Janice Cray se había quedado dormida de pie: la cadera a un lado y los hombros encorvados, el pelo colgando en mechones mojados en torno a la cara, la barbilla casi en contacto con el esternón. Consultó su reloj y vio que

eran las tres menos cuarto.

Al cabo de diez minutos Patti Cray despertó y rompió a llorar. Su madre (su *madre joven y soltera*, pensó Augie) dio un respingo, emitió un resoplido equino, levantó la cabeza e intentó sacar a la pequeña de la mochila. Al principio la niña no salía; se le habían enganchado las piernas. Augie, para echar una mano, sujetó los laterales del portabebés. Cuando Patti se desprendió, ahora berreando, Augie vio destellar gotas de agua por toda la chaquetita rosa y el gorro a juego.

—Tiene hambre —dijo Janice—. Puedo darle el pecho, pero también lleva el pañal mojado. Lo noto a través del pantalón. Dios mío, no puedo cambiarla aquí en medio... ¡fíjate qué niebla se ha levantado!

Augie se preguntó qué deidad cómica habría dispuesto que le tocara a él ir detrás de Janice en la cola. Se preguntó asimismo cómo demonios iba esa mujer a arreglárselas el resto de su vida, *toda* su vida, no solo durante los dieciocho años poco más o menos que sería responsable de la niña. ¡A quién se le ocurría salir en una noche como aquella sin nada más que un paquete de pañales! ¡Tenía que estar desesperada!

Había dejado el saco de dormir en el suelo junto a la bolsa de Patti. Se agachó, desató los lazos, lo desenrolló y descorrió la cremallera.

—Métete aquí. Entra en calor, y sobre todo que entre en calor *la niña*. Luego iré pasándote lo que necesites.

Con el bebé llorando y retorciéndose en los brazos, Janice lo miró.

—¿Estás casado, Augie?

—Divorciado.

—¿Con hijos?

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué eres tan amable con nosotras?

—Porque estamos aquí —respondió él, y se encogió de hombros.

Janice lo observó aún por un momento, sin acabar de decidirse, y finalmente le entregó a la niña. Augie la sostuvo con los brazos extendidos, fascinado por aquella cara roja y furibunda, los mocos en la naricilla respingona, el pedaleo de las piernas en el pelele de franela. Janice, revolviéndose, entró en el saco y luego alzó las manos.

—Dámela, por favor.

Augie se la dio, y Janice se hundió más en el saco. Junto a ellos, donde la cola daba ya una vuelta completa, dos hombres jóvenes no les quitaban ojo.

—A lo vuestro, chicos —dijo Augie, y ellos desviaron la mirada.

—¿Puedes acercarme un pañal? —pidió Janice—. Debería cambiarla antes de darle el pecho.

Augie hincó una rodilla en el asfalto húmedo y abrió la cremallera de la bolsa

acolchada. Por un momento le sorprendió encontrar pañales de tela en lugar de desechables, pero enseguida lo comprendió. Los de tela podían reutilizarse. Quizá, pese a las apariencias, aquella mujer no fuese un caso perdido.

—Veo también un frasco de loción. ¿Lo quieres?

Desde el interior del saco de dormir, donde ahora asomaban solo unos mechones de pelo entre negro y castaño, Janice contestó:

—Sí, por favor.

Le entregó el pañal y la loción. El saco empezó a combarse y sacudirse. Al principio el llanto se intensificó. Desde más atrás en la cola alguien, oculto en la niebla cada vez más espesa, dijo:

—¿Nadie puede hacer callar a ese niño?

Otra voz añadió:

—Alguien debería avisar a los servicios sociales.

Augie esperó, observando el saco. Por fin este dejó de moverse y salió una mano con un pañal.

—¿Podrías meterlo ahí? Dentro hay una bolsa de plástico para los sucios. — Janice lo miró como un topo desde su madriguera—. No te preocupes, no es caca; solo está mojado.

Augie cogió el pañal, lo metió en la bolsa de plástico (con el rótulo de la cooperativa COSTCO a un lado) y luego corrió la cremallera de la bolsa del bebé. (¡*Bolsas dentro de bolsas!*, pensó). En el interior del saco los lloros continuaron durante un minuto o dos y de pronto cesaron, en cuanto Patti empezó a mamar en el aparcamiento del Centro Cívico. Por encima de las puertas, que no se abrirían hasta pasadas seis horas, la pancarta flameó con un lánguido chasquido. **¡1000 EMPLEOS GARANTIZADOS!**

Ya, pensó Augie. Y además no pillarás el sida si te atiborras de vitamina C.

Pasaron veinte minutos. Más coches ascendieron por la cuesta desde Marlborough Street. Más gente se incorporó a la cola. Augie calculó que había ya unas cuatrocientas personas esperando. A ese ritmo habría dos mil cuando, a las nueve, abriesen las puertas, y eso calculando por lo bajo.

Si me ofrecen un puesto de cocinero en McDonald's, ¿lo aceptaré?

Probablemente.

¿Y de recepcionista en Walmart?

Uy, sin pensárselo dos veces. Una amplia sonrisa y *¿cómo estamos hoy?* Augie no dudó que como recepcionista se llevaría la palma.

Tengo don de gentes, se dijo. Y se echó a reír.

Desde dentro del saco:

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada —respondió Augie—. Tú ten a esa niña bien abrazada.

—Eso hago. —Una sonrisa en la voz.

A las tres y media Augie se arrodilló, levantó el extremo del saco y echó una ojeada al interior. Janice Cray, acurrucada, dormía profundamente con la niña en el pecho. Esa escena le recordó *Las uvas de la ira*. ¿Cómo se llamaba la chica? ¿La que acababa amamantando a aquel hombre? Era un nombre de flor, pensó. ¿Lily, «Azucena»? No. ¿Pansy, «Pensamiento»? Ni remotamente. Se planteó formar bocina con las manos y, a voz en cuello, preguntar al gentío ¿QUIÉN HA LEÍDO LAS UVAS DE LA IRA?

Cuando volvía a erguirse (sonriendo ante una idea tan absurda), el nombre acudió a su memoria: Rose, «Rosa». Así se llamaba la chica de *Las uvas de la ira*. Pero no solo Rose, sino Rose of Sharon. Parecía un nombre bíblico, pero Augie no habría podido asegurar que lo fuera; nunca le había dado por leer la Biblia.

Miró el saco de dormir, donde había previsto pasar esas horas de la madrugada, y pensó en Janice Cray diciendo que quería disculparse por Columbine, y por el 11-S, y por Barry Bonds. Posiblemente estaría dispuesta a cargar también con el calentamiento global. Quizá después de aquello, cuando hubieran conseguido sendos puestos de trabajo —o no, porque seguramente tan probable era lo uno como lo otro—, la invitaría a desayunar. No sería una cita. No, nada de eso. Solo unos huevos revueltos con beicon. Después no volverían a verse.

Llegó más gente. Ocupaba ya todo aquel pasadizo en zigzag delimitado por los postes y la pretenciosa cinta con el rótulo PROHIBIDO EL PASO. Más allá, la cola seguía por el aparcamiento. Para Augie, lo más sorprendente —e inquietante— era lo *callado* que estaba todo el mundo. Como si supieran ya que eso era una misión fallida y aguardaran solo el anuncio oficial.

La pancarta volvió a flamear lánguidamente.

La niebla continuó espesándose.

Poco antes de las cinco de la madrugada, Augie salió de su propio estado de sopor, pateó para despertarse los pies y advirtió que una desapacible luz plomiza impregnaba el aire. Era lo menos parecido en el mundo a esos amaneceres de dedos arrebolados propios de la poesía y las películas antiguas en Technicolor; aquello era el antiamanecer, húmedo y tan pálido como las mejillas de un cadáver veinticuatro horas después de la muerte.

Vio el edificio del Centro Cívico revelarse en todo su ramplón esplendor arquitectónico de los años setenta. Vio la cola que se extendía por el recorrido en zigzag a lo largo de más de veinte vueltas y luego se prolongaba hasta perderse de vista en la niebla. Ya apenas se oían conversaciones, y cuando un conserje

uniformado de gris cruzó el vestíbulo al otro lado de las puertas, algunos de los presentes, con cierto retintín, lanzaron discretos vítores.

—¡Han descubierto vida en otros planetas! —exclamó uno de los jóvenes que antes observaban a Janice Cray; era Keith Frias, a quien no mucho después le sería arrancado de cuajo el brazo izquierdo.

Esta ocurrencia provocó moderadas risas, y la gente empezó a conversar. La noche había quedado atrás. La luz que comenzaba a diseminarse no resultaba especialmente alentadora, pero sí era un poco mejor que las largas horas previas al amanecer.

Augie se arrodilló otra vez junto a su saco de dormir y aguzó el oído. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando oyó los ronquidos suaves y acompasados. Tal vez se había preocupado por ella sin razón. Supuso que ciertas personas sobrevivían —quizá incluso prosperaban— gracias a la bondad de los desconocidos. Acaso la joven que en ese momento dormitaba en el saco con su bebé fuera una de ellas.

Se le ocurrió que Janice Cray y él podían presentarse en las distintas mesas de solicitud como pareja. Así, la presencia de la niña tal vez no se interpretara como indicio de irresponsabilidad sino, más bien, como abnegación conjunta. No se habría atrevido a asegurarlo —la naturaleza humana era en gran medida un misterio para él—, pero consideró que no debía descartarse la posibilidad. Decidió que se lo plantearía a Janice cuando despertara. A ver qué opinaba. No podían hacerse pasar por matrimonio; ella no llevaba alianza, y él se había quitado la suya hacía tres años, pero sí podían hacerse pasar por... ¿cómo decían ahora? Pareja de hecho.

Seguían subiendo coches por la pendiente desde Marlborough Street con rítmica regularidad. Pronto se unirían a ellos personas a pie, recién apeadas del primer autobús del día. Augie estaba casi seguro de que el servicio empezaba a las seis. Debido a la espesa niebla, los coches que llegaban eran solo faros con sombras imprecisas perfiladas detrás de los parabrisas. Algunos conductores, al ver a la muchedumbre ya congregada, se daban media vuelta, desalentados, pero en su mayoría continuaban adelante en busca de las pocas plazas de aparcamiento libres que quedaban, menguando sus luces de posición.

Augie reparó entonces en los contornos de un coche que no se dio media vuelta ni siguió adelante hacia los confines del aparcamiento. Unas luces antiniebla flanqueaban los dos faros anormalmente luminosos.

Faros de alta intensidad, pensó Augie. Eso es un Mercedes-Benz. ¿Qué hace un Mercedes-Benz en una feria de empleo?

Se dijo que acaso fuera el alcalde, Kinsler, que acudía para pronunciar un discurso ante el club de los madrugadores. Para felicitarlos por su empuje, esa

presencia de ánimo tan característicamente americana. Si era así, pensó Augie, llegar en su Mercedes —aunque fuese viejo— era de mal gusto.

Un hombre de cierta edad, por delante de Augie en la cola (Wayne Welland, ya en los últimos momentos de su existencia terrenal), dijo:

—¿Eso es un Mercedes? Parece un Mercedes.

Augie se disponía a decir que claro que lo era, que los faros de alta intensidad de un Mercedes eran inconfundibles, cuando el conductor del coche situado justo detrás de la forma desdibujada del Mercedes tocó el claxon: un bocinazo prolongado e impaciente. Los faros de alta intensidad brillaron más aún, formando resplandecientes conos blancos en las gotas en suspensión presentes en la niebla, y el coche dio un brinco al frente como si el impaciente bocinazo hubiese sido una palmada en el trasero.

—¡Eh! —exclamó Wayne Welland, sorprendido. Fue su última palabra.

El coche aceleró directamente hacia el lugar donde la multitud de solicitantes de empleo estaba más apiñada, cercada por la cinta con el rótulo PROHIBIDO EL PASO. Algunos intentaron echar a correr, pero solo lograron escapar aquellos situados al fondo. Quienes más cerca de las puertas se hallaban —los verdaderos madrugadores— no tuvieron la menor oportunidad. En su intento de huida, tropezaron con los postes y los derribaron, se enredaron en la cinta, chocaron entre sí. La muchedumbre se zarandeó en una sucesión de tumultuosas olas. Los de mayor edad y los de menor corpulencia cayeron y fueron pisoteados.

Augie se vio embestido violentamente hacia la izquierda, dio un traspié, recuperó el equilibrio y salió lanzado hacia delante de un empujón. Un codazo lo alcanzó en el pómulo justo por debajo del ojo derecho, y en ese lado de su visión aparecieron los vivos destellos de un Cuatro de Julio. Con el otro ojo, vio que el Mercedes no solo surgía de la niebla, sino que parecía *crearse* a partir de ella. Era un enorme sedán gris, acaso un SL500, de los de doce cilindros, y en ese momento los doce bramaban a plena potencia.

Augie cayó de rodillas junto al saco de dormir y recibió un puntapié tras otro mientras pugnaba por levantarse: en el brazo, en el hombro, en el cuello. La gente chillaba. Oyó gritar a una mujer: «¡Cuidado, cuidado, no parará!».

Vio a Janice Cray asomar la cabeza por la boca del saco con un parpadeo de perplejidad. Una vez más le recordó a un topo tímido mirando desde su madriguera. Un topo hembra con el pelo muy revuelto después de una noche de sueño.

A gatas, Augie avanzó y se echó sobre el saco, y sobre la mujer y la niña que había dentro, como si así pudiera protegerlas de aquellas dos toneladas de ingeniería alemana. Oyó los alaridos de la gente, sus voces ahogadas casi por el rugido del motor del gran sedán, cada vez más cerca. Alguien le asestó un golpe

tremendo en la nuca, pero apenas lo sintió.

Tuvo tiempo para pensar: *Iba a invitar a Rose of Sharon a desayunar.*

Tuvo tiempo para pensar: *A lo mejor gira.*

Esa parecía ser su mejor opción, probablemente su única opción. Empezó a alzar la cabeza para ver si ocurría, y un enorme neumático negro engulló su campo visual. Sintió cerrarse la mano de la mujer en su antebrazo. Tuvo tiempo para abrigar la esperanza de que la niña siguiera dormida. Al cabo de un instante el tiempo se acabó.

INS. RET.

Hodges sale de la cocina con una lata de cerveza en la mano, se sienta en el La-Z-Boy y deja la lata en la mesita a su izquierda, junto al arma. Es un revólver Smith & Wesson M&P, calibre 38, donde la sigla M&P significa Militar y Policial. Le da unas palmadas distraídamente, tal como uno tocaría a un perro viejo, y luego coge el mando a distancia y pone el Canal Siete. Ha encendido el televisor un poco tarde, y el público ya está aplaudiendo.

Piensa en una moda, breve y siniestra, que se extendió por la ciudad a finales de los años ochenta. O quizá la palabra adecuada sea *infectó*, porque fue como una fiebre transitoria. Los tres periódicos de la ciudad incluyeron editoriales al respecto a lo largo de todo un verano. Ahora dos de esos periódicos han desaparecido y el tercero está en cuidados intensivos.

El presentador sale con paso airoso al escenario, bien trajeado, y saluda al público. Hodges ha visto este programa casi todos los días entre semana desde que se retiró del cuerpo de policía, y opina que ese hombre es demasiado listo para ese trabajo, un trabajo que viene a ser como hacer submarinismo en una cloaca sin traje de neopreno. Opina que el presentador es uno de esos individuos que a veces se suicidan, y luego todos sus amigos y parientes cercanos dicen que no sospechaban ni remotamente que pudiera pasarle algo; hablan de lo alegre que estaba la última vez que lo vieron.

Tras esta reflexión, Hodges da otra palmada distraída al revólver. Es el modelo Victory. De las antiguas pero excelente. Su propia arma, cuando aún permanecía en activo, era una Glock 40. Se la compró él —en esta ciudad los agentes del orden debían adquirir sus propias armas reglamentarias—, y ahora está en la caja fuerte del dormitorio. A buen recaudo. La descargó y la dejó allí después de la ceremonia de jubilación, y no ha vuelto siquiera a mirarla desde entonces. No le interesa. En cambio sí le gusta el 38. Siente un apego sentimental por él, pero hay algo más. Un revólver nunca se atasca.

He ahí a la primera invitada, una mujer joven con un vestido corto de color azul. Su expresión es un tanto ausente, pero tiene todo un cuerpazo. En algún sitio debajo de ese vestido, como Hodges sabe, lleva un tatuaje provocador. O quizá dos o tres. Los hombres del público silban y patean. Las mujeres del público aplauden con menos entusiasmo. Algunas alzan la vista al techo. No les gustaría sorprender a sus maridos mirando a una mujer así.

La mujer exhibe su enfado ya de primeras. Cuenta al presentador que su novio ha tenido un hijo con otra y va a verlos continuamente. Todavía lo quiere, sostiene la invitada, pero detesta a esa...

Las siguientes dos o tres palabras quedan silenciadas por un pitido, pero Hodges lee en sus labios *puta de mierda*. El público la vitorea. Hodges toma un sorbo de cerveza. Sabe qué viene a continuación. Este programa es tan predecible como un culebrón de viernes por la tarde.

El presentador da cuerda a la invitada durante un rato y de pronto anuncia a... ¡LA OTRA MUJER! También tiene todo un cuerpazo y varios metros de espeso cabello rubio. Luce un tatuaje provocador en el tobillo. Se acerca a la otra y dice: «Me hago cargo de cómo te sientes, pero yo también lo quiero».

Tiene más cosas que decir, pero solo ha conseguido llegar hasta ahí cuando Cuerpazo Uno entra en acción. Entre bastidores alguien toca una campanilla, como si fuera el comienzo de un combate de boxeo. Hodges supone que lo es, porque todos los invitados del programa deben de recibir una compensación económica; ¿por qué iban a salir ahí, si no? Las dos mujeres se arañan y se dan de puñetazos por unos segundos, hasta que las separan dos hombres que observaban desde el fondo, los dos muy cachas y con el rótulo SEGURIDAD estampado en las camisetas.

Ellas se gritan durante un momento, un completo y equitativo intercambio de opiniones (silenciadas en buena parte por medio de pitidos) mientras el presentador las contempla benévolutamente, y en esta ocasión es Cuerpazo Dos quien inicia la pelea con un bofetón en gancho que obliga a Cuerpazo Uno a echar atrás la cabeza. Vuelve a sonar la campanilla. Caen en el escenario, se les remangan los vestidos, cruzan zarpazos, golpes de puño y bofetadas. El público se enardece. Los cachas de seguridad las separan otra vez, y el presentador, interponiéndose entre ambas, habla con un tono que es en apariencia apaciguador pero en el fondo las incita. Las dos declaran la profundidad de su amor y se escupen a la cara. El presentador comunica que enseguida vuelven y a continuación una actriz de serie B anuncia ciertos comprimidos dietéticos.

Hodges toma otro sorbo de cerveza y sabe que ni siquiera se beberá la mitad de la lata. Es curioso, porque cuando aún estaba en la policía, era prácticamente un alcohólico. Después, cuando la bebida acabó con su matrimonio, asumió que

era un alcohólico. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, controló el hábito y se prometió entonces que en cuanto llevara cuarenta años trabajados —una antigüedad más que considerable habida cuenta de que el cincuenta por ciento de los policías se retiraban a los veinticinco años de servicio y el setenta por ciento a los treinta— bebería tanto como quisiera. Y ahora que ha superado esos cuarenta años, el alcohol apenas le interesa. Se obligó a emborracharse unas cuantas veces, solo para ver si aún era capaz, y lo era, pero estar borracho, como vio, no era mucho mejor que estar sereno. De hecho, era un poco peor.

Vuelve el programa. El presentador anuncia a otro invitado, y Hodges sabe quién será. El público, que también lo sabe, manifiesta su expectación con aullidos. Hodges coge el arma de su padre, mira el interior del cañón y la deja otra vez sobre la guía de programación televisiva.

El hombre por quien Cuerpazo Uno y Cuerpazo Dos se han enzarzado en tan enconado conflicto sale por la derecha del escenario. Uno adivinaba ya qué aspecto tendría aun antes de verlo aparecer pavoneándose y dándose las de gran hombre: un empleado de gasolinera o un mozo de almacén en Target, o quizá el tipo que te limpió el coche a fondo (y mal) en Mr. Speedy. Flaco y pálido, tiene el pelo negro, apelonado en la frente. Lleva unos chinos y una delirante corbata verde y amarilla, con un prendedor en la garganta, justo por debajo de la prominente nuez. Las afiladas punteras de unas botas de ante asoman bajo el pantalón. Uno sabía que las mujeres escondían tatuajes, y sabe que ese hombre está tan bien dotado como un caballo y arroja semen con la potencia de una locomotora y la velocidad de una bala: si una doncella virginal se sentara en un váter después de hacerse una paja allí ese individuo, se quedaría embarazada. Probablemente de gemelos. En la cara luce la sonrisa semiinteligente de un tío guay en pleno desmelene. El trabajo de sus sueños: la incapacidad permanente. Pronto sonará la campanilla, y las dos mujeres tendrán otra agarrada. Más adelante, cuando se harten de oír las gilipolleces de él, se mirarán, cruzarán un parco gesto de asentimiento y lo atacarán juntas. Esta vez el personal de seguridad esperará un poco más, porque la batalla final es lo que de verdad quiere ver el público, tanto en el plató como en casa: las gallinas arremetiendo contra el gallo.

Aquella moda breve y siniestra de finales de los ochenta —la infección— se llamó «pelea de vagabundos». La idea se le ocurrió a algún lumbreras de los bajos fondos, y cuando dio beneficios, tres o cuatro emprendedores se apresuraron a meter mano para perfeccionar el negocio. La cosa consistía en pagar a un par de vagabundos treinta pavos por cabeza para que se liaran a golpes a una hora y en un lugar convenidos. El sitio que Hodges mejor recordaba era la zona de servicio situada detrás de un club de *striptease*, un auténtico nido de ladillas, llamado Bam Ba Lam, en el Lado Este de la ciudad. Una vez organizada la velada pugilística, se

le daba publicidad (de boca en boca por aquel entonces, cuando el uso generalizado de internet no estaba aún a la vista) y se cobraba veinte pavos a cada espectador. En aquella en la que Hodges y Pete Huntley irrumpieron, se congregaban más de doscientos, en su mayoría apostando y contraapostando como descosidos, los muy cabrones. Había también mujeres, algunas en traje de noche y cargadas de joyas, viendo cómo aquellos dos beodos descerebrados hacían aspavientos y se daban puntapiés y se caían y se levantaban y vociferaban incoherencias. La muchedumbre reía y vitoreaba y jaleaba a los contrincantes.

Este programa es como aquello, solo que incluye comprimidos dietéticos y compañías de seguros para atenuar la acción, y Hodges supone que los contendientes (eso es lo que son, aunque el presentador los llame «invitados») se embolsan algo más que treinta pavos y una botella de vino barato. Y no hay redadas policiales, porque todo es tan legal como la lotería.

Al final del programa, aparecerá la inexorable jueza revestida de su característico moralismo impaciente y, con ira apenas contenida ante tanta estupidez y mezquindad, escuchará a los demandantes, esos mierdecillas. Le sigue el psicólogo de familia, un gordo, que hace llorar a sus invitados (a esto lo llama «abrir brecha en el muro de la negación») y anima a marcharse a todo aquel que ponga en tela de juicio sus métodos. Hodges considera que ese gordo, el psicólogo de familia, bien podría haber aprendido sus métodos de los antiguos vídeos de adiestramiento del KGB.

Entre semana, una tarde tras otra, Hodges se alimenta a base de esa mierda a todo color, sentado en el La-Z-Boy con el revólver de su padre —el que llevaba como policía cuando hacía la ronda— a su lado en la mesa. Siempre lo coge unas cuantas veces y mira el ánima del cañón. Inspecciona esa oscuridad redonda. En un par de ocasiones se la ha introducido entre los labios, solo por ver qué se siente al tener un arma cargada apoyada en la lengua y apuntada hacia el paladar. Acostumbrándose a ello, supone.

«Si fuera capaz de beber, podría retrasar esto —piensa—. Podría retrasarlo al menos un año. Y si pudiera retrasarlo dos, tal vez el impulso pasara. Quizá empezara a interesarme por la horticultura, o por la ornitología, o incluso por la pintura». Tim Quigley se aficionó a la pintura allá en Florida, en una comunidad de jubilados llena de polis viejos. Según contaban, Quigley se lo pasaba en grande, e incluso había vendido parte de su obra en la Feria de Arte en las calles de Venice. Es decir, hasta el derrame cerebral. Después del derrame pasó ocho o nueve meses postrado en cama, con parálisis en todo el lado derecho. Se acabó la pintura para Tim Quigley. Luego se fue. Chúpate esa.

Suena la campanilla, y efectivamente: las dos mujeres, entre melenas ondeantes y destellos de uñas pintadas, la emprenden con el tipo flaco de la

corbata delirante. Hodges tiende la mano hacia el arma otra vez, pero nada más tocarla oye el golpe metálico de la tapa del buzón en la puerta de la calle y el ruido sordo de la correspondencia al caer en el suelo del recibidor.

En estos tiempos de correo electrónico y Facebook, nada importante entra en su buzón, pero él se levanta igualmente. La revisará y dejará el M&P 38 de su padre para otro día.

2

Cuando Hodges vuelve a su sillón con la pequeña pila de cartas, el presentador del programa de lucha ya se despide y promete a su público de TV Land que mañana habrá enanos. Pero no especifica de qué clase, si física o mental.

Junto al La-Z-Boy tiene dos cubos de plástico, uno para las latas y cascos de botella retornables, el otro para la basura. A este último van a parar una circular de Walmart que promete PRECIOS REBAJADOS; una oferta de un seguro de decesos dirigido a NUESTRO VECINO PREFERIDO; un anuncio de que todos los DVD tendrán un descuento del cincuenta por ciento solo durante una semana en Discount Electronix; una petición de «su importante voto» en una tarjeta del tamaño de una postal enviada por un individuo que se presenta a la campaña electoral para cubrir una concejalía vacante. Incluye una fotografía del candidato, y a Hodges le recuerda al doctor Oberlin, el dentista que lo aterrorizaba de niño. Hay también una circular del supermercado Albertsons. Esta la aparta (tapando con ella de momento el arma de su padre), porque adjunta un montón de cupones.

Lo último parece una carta propiamente dicha —bastante gruesa, o esa sensación da al tacto—, en un sobre americano. Va dirigida al Ins. G. William Hodges (ret.), Harper Road 63. No lleva remite. En el ángulo superior izquierdo, donde este suele ponerse, ve la segunda cara sonriente en el correo del día. Solo que esta no es el emoticono de Walmart, sino el característico *smiley* de los *e-mails*, con gafas de sol y enseñando los dientes.

Esto le despierta un recuerdo, y no es bueno.

«No —piensa—. No».

Pero abre la carta con tal precipitación que el sobre se rompe y se desparraman cuatro hojas mecanografiadas, no realmente mecanografiadas, no mecanografiadas con una *máquina de escribir*, sino con una fuente de ordenador que crea el mismo efecto.

Apreciado inspector Hodges, se lee en el encabezamiento.

Sin mirar, alarga el brazo, tira al suelo la circular de Albertsons, roza con los dedos el revólver sin notarlo siquiera y coge el mando a distancia del televisor.

Pulsando el botón de apagado, hace callar a la inexorable jueza en pleno apercibimiento y centra la atención en la carta.

3

Apreciado inspector Hodges:

Confío en que no le moleste que emplee el tratamiento, pese a que lleva usted 6 meses retirado. Considero que si jueces ineptos, políticos venales y militares estúpidos conservan el tratamiento después de retirarse, lo mismo debería ser válido para uno de los policías más condecorados en la historia de esta ciudad.

¡Sea, pues, inspector Hodges!

En fin, caballero (otro tratamiento que merece, ya que es un auténtico caballero de la Orden de la Placa y la Pistola), le escribo por muchas razones, pero, para empezar, debo felicitarle por sus años de servicio, 27 como inspector y 40 en total. Vi parte de la ceremonia de jubilación (por el Canal 2 de la televisión de acceso público, recurso olvidado por muchos), y casualmente me enteré de que a la noche siguiente se celebró una fiesta en el Raintree Inn, cerca del aeropuerto.

¡Seguro que esa fue la auténtica ceremonia de jubilación!

Desde luego nunca he asistido a una de esas «jaranas», pero veo muchas series de policías, y aunque sin duda en general presentan una imagen muy ficticia del «sino del policía», varias han mostrado esas fiestas de jubilación (Policías de Nueva York, Homicidio, The Wire, etc., etc.), y me gustaría pensar que son retratos FIELES de cómo los Caballeros de la Placa y la Pistola dicen «hasta la vista» a uno de sus cofrades. Creo que es muy posible que lo sean, porque también he leído «escenas de la fiesta de jubilación» en al menos dos libros de Joseph Wambaugh, y se parecen. Él bien debe saberlo, porque, como usted, es un «Ins. Ret.».

Imagino globos colgando del techo, bebida abundante, mucha conversación subida de tono y no pocos recuerdos de los Viejos Tiempos y los casos antiguos. Posiblemente suena sin parar música alegre a todo volumen, y quizá haya una o dos *strippers* «meneando el panderó». Posiblemente se pronuncian discursos mucho más graciosos y mucho más sinceros que esos de la «ceremonia envarada».

¿Voy bien?

«Muy bien —piensa Hodges—. Bastante bien».

Según mis indagaciones, durante su etapa como inspector, resolvió cientos de casos, literalmente, y muchos fueron de

esos que los periodistas (a quienes Ted Williams llamaba los Caballeros del Teclado) definen como «de gran resonancia». Ha atrapado a Asesinos y Bandas de Atracadores y Pirómanos y Violadores. En un artículo (cuya publicación coincidió con su ceremonia de jubilación), su compañero durante mucho tiempo (el ins. de 1.^{er} grado Peter Huntley) lo describió a usted como «una combinación de fidelidad al reglamento y brillante intuición».

¡Un buen cumplido!

Si es verdad, y creo que lo es, ya habrá deducido a estas alturas que soy uno de esos pocos a los que no consiguió atrapar. Soy, de hecho, el hombre a quien la prensa decidió llamar:

- a) el Joker,
- b) el Payaso,
- o
- c) el Asesino del Mercedes.

¡Yo prefiero este último!

Estoy seguro de que «sudó la camiseta», pero lamentablemente (para usted, no para mí) no le sirvió de nada. Imagino que si alguna vez ha deseado de verdad atrapar a un «mareante», inspector Hodges, ese ha sido el hombre que el año pasado embistió con toda intención a la muchedumbre congregada ante el Centro Cívico con motivo de la Feria de Empleo, matando a ocho personas e hiriendo a otras muchas. (Debo admitir que superé mis expectativas más optimistas). ¿Me tenía en mente cuando le entregaron aquella placa conmemorativa en la ceremonia oficial de jubilación? ¿Me tenía en mente mientras otros Caballeros de la Placa y la Pistola, compañeros suyos, contaban anécdotas sobre (y esto son solo suposiciones) delincuentes sorprendidos con los pantalones bajados literalmente o bromas pesadas que se gastaban en la tradicional sala de revista?

¡Seguro que sí!

Debo decirle que me lo pasé en grande. (Aquí le soy franco). Cuando «pisé a fondo» y embestí a la muchedumbre de gente con el Mercedes de la pobre señora Olivia Trelawney, ¡se me «empinó» como nunca en la vida! ¿Y puede creerse que el corazón me latía a doscientas pulsaciones por minuto? «¡Pues sí señor!».

Aquí aparecía otro *smiley* con gafas de sol.

Le contaré algo que es «información privilegiada», y si quiere reírse, no se prive, porque la cosa tiene su gracia (aunque también es prueba, creo, de lo meticuloso que fui). ¡Llevaba puesto un condón! ¡Una «goma»! Porque me temía una posible Eyaculación Espontánea, y el ADN resultante. Bueno, la verdad es que eso no ocurrió, pero desde entonces me he masturbado muchas veces recordando cómo intentaban escapar y no

podían (estaban allí como sardinas en lata), y lo asustados que se los veía (eso fue graciosísimo), y cómo me sentí lanzado hacia delante cuando el coche «impactó» contra ellos. Con tal fuerza que el cinturón de seguridad se trabó. ¡Vaya si fue emocionante!

Para serle sincero, no sabía qué podía pasar. Pensé que las probabilidades de que me cogieran eran del cincuenta por ciento. Pero soy un «optimista impenitente», y me preparé para el Éxito, no para el Fracaso. Lo del condón es «información privilegiada», pero seguro que su Unidad de Investigación Forense (también veo CSI) se llevó una gran decepción al no encontrar ninguna muestra de ADN en la máscara de payaso. Seguramente dijeron: «¡Maldita sea, debía de llevar debajo una redecilla para el pelo, ese mareante, el muy zorro!».

¡Y así era! Además, ¡la lavé con LEJÍA!

Aún revivo los topetazos al atropellarlos, y los crujidos, y el bamboleo del coche sobre los amortiguadores cuando pasaba por encima de los cuerpos. ¡Si uno quiere potencia y control, donde esté un Mercedes de 12 cilindros que se quiten los demás! Cuando vi en el periódico que una de las víctimas era un bebé, no sabe cómo me alegré. ¡Segar una vida así de joven! Piense en todo lo que la pobre se perdió, ¿eh? Patricia Cray, RIP. ¡Y me cargué también a la madre! ¡Mermelada de fresa en un saco de dormir! Qué emocionante, ¿no? También es para mí una satisfacción pensar en el hombre que perdió el brazo y más aún en los dos que quedaron paralíticos. El hombre solo de cintura para abajo, pero Martine Stover es ahora la proverbial «cabeza empalada». ¡No murieron, pero seguramente DESEARÍAN haber muerto! ¿Qué le parece eso, inspector Hodges?

Imagino que ahora estará pensando: «Pero ¿qué clase de psicópata enfermo y retorcido es este?». Lo cierto es que no puedo echárselo en cara, aunque eso sería discutible. En mi opinión, muchísima gente disfrutaría haciendo lo que yo hice, y por eso disfrutan con libros y películas (y hoy día incluso programas de televisión) que muestran Torturas y Descuartizamientos, etcétera, etcétera, etcétera. La única diferencia es que yo lo hice de verdad. Pero no porque esté loco o furioso. Solo porque no sabía cómo sería exactamente la experiencia, aparte de emocionantísima, dejando «recuerdos para toda la vida», como suele decirse. A la mayoría de las personas les ponen unas Botas de Plomo en la niñez y tienen que llevarlas ya siempre. Esas Botas de Plomo se llaman CONCIENCIA. Yo no tengo, y por eso puedo elevarme muy por encima de las cabezas de la Gente Normal. ¿Y si me hubieran cogido? Bueno, si hubiese ocurrido allí mismo, si el Mercedes de la señora Trelawney se hubiese calado o algo así (cosa poco probable, porque el mantenimiento parecía óptimo), supongo que quizá la multitud me hubiese hecho pedazos. Era consciente de esa posibilidad, y le añadía emoción. Pero en realidad lo dudo,

porque casi todas las personas son borregos, y los borregos no comen carne. (Es posible, imagino, que me hubieran sacudido un poco, pero puedo aguantar una paliza). Probablemente me habrían detenido y procesado, y en el juicio habría alegado demencia. Tal vez sí sea un demente (la idea se me ha pasado por la cabeza, claro está), pero es una clase de locura muy particular. En todo caso, al lanzar la moneda, salió cara, y yo escapé.

¡La niebla ayudó!

Y he aquí otra cosa que he visto, está en una película. (No recuerdo el título). Trataba de un Asesino en Serie muy listo, y al principio los policías (uno era Bruce Willis, en los tiempos en que aún tenía pelo) eran incapaces de atraparlo. Y Bruce Willis decía: «Volverá a hacerlo, porque no puede evitarlo, y tarde o temprano cometerá un error y lo cogeremos».

¡Como así fue!

Eso no se cumple en mi caso, inspector Hodges, porque yo no siento el menor impulso de repetirlo. En mi caso bastó una vez. Conservo mis recuerdos, claros como el agua. Y naturalmente estuvo también el posterior miedo de la gente, porque tenían la convicción de que lo repetiría. ¿Recuerda los actos públicos que se suspendieron? Eso no fue tan divertido, pero sí fue «très amusant».

Como ve, pues, estamos los dos «ret.».

Y hablando de eso, una cosa sí lamento: no haber podido asistir a su Fiesta de Jubilación en el Raintree Inn y brindar por usted, mi buen inspector. Sin duda sudó la camiseta. También el inspector Huntley, por supuesto, pero si la información sobre sus respectivas trayectorias que aparece en los periódicos y en internet es correcta, usted jugaba en primera división y él siempre ha jugado y siempre jugará en regional. Estoy seguro de que el caso sigue en el Archivo Activo, y de vez en cuando él saca esos viejos informes para examinarlos, pero no llegará a ninguna parte. Creo que eso los dos lo sabemos.

¿Me permite que acabe con una Nota de Preocupación?

En algunas de esas series de televisión (y también, creo, en uno de los libros de Wambaugh, pero podría ser en uno de James Patterson) una escena final triste sigue a la fiesta con globos y bebida y música. El inspector vuelve a casa y descubre que sin su Pistola ni su Placa la vida no tiene sentido. Cosa que puedo entender. Si uno se para a pensarlo, ¿qué hay más triste que un Viejo Caballero Retirado? La cuestión es que finalmente el inspector se pega un tiro (siempre con su Revólver Reglamentario). Consulté en internet y comprobé que esas cosas no son simple ficción. ¡Pasan en la realidad!

¡Los policías retirados tienen un índice de suicidios extremadamente alto!

En la mayoría de los casos, los polis con ese final tan

triste no tienen parientes cercanos que puedan ver las Señales de Aviso. Muchos, como usted, están divorciados. Muchos tienen hijos ya mayores que viven lejos de casa. Pienso en usted, inspector Hodges, totalmente solo en su casa de Harper Road y me preocupo. ¿Qué vida lleva ahora que ha dejado atrás la «emoción de la cacería»? ¿Ve mucho la televisión? Probablemente. ¿Bebe más? Posiblemente. ¿Le pasan las horas más despacio por lo vacía que está ahora su vida? ¿Padece insomnio? Espero que no, eh.

¡Pero mucho me temo que podría ser así!

Seguramente necesita un Pasatiempo para tener algo en qué pensar, y no en «aquel que escapó» y que nunca atrapará. Sería una lástima que empezara a pensar que toda su carrera fue una pérdida de tiempo porque el individuo que mató a esas Personas Inocentes «se le escurrió entre los dedos».

No me gustaría que empezara a pensar en su arma.

Pero sí piensa en ella, ¿verdad?

Desearía terminar con una última reflexión de «aquel que escapó». La reflexión es:

VÁYASE A LA PUTA MIERDA, PERDEDOR.

¡Es broma!

Sin otro particular,

EL ASESINO DEL MERCEDES

A esto seguía otra cara sonriente más. Y más abajo:

¡P. D.! Siento lo de la señora Trelawney, pero cuando entregue esta carta al ins. Huntley, dígame que no se moleste en revisar las fotos que tomó la policía en su funeral. Asistí, pero solo en mi imaginación. (Tengo una imaginación muy poderosa).

P. P. D.: ¿Quiere ponerse en contacto conmigo? ¿Hacerme llegar sus «impresiones»? Pruebe Bajo el Paraguas Azul de Debbie. Incluso tengo un nombre de usuario para usted: «ranagustavo19». Puede que no le conteste, pero «nunca se sabe, eh».

P. P. P. D.: ¡Espero que esta carta lo haya animado!

Hodges se queda inmóvil durante dos minutos, cuatro minutos, seis, ocho. Totalmente quieto. Con la carta en la mano, mira el grabado de Andrew Wyeth en

la pared. Al final deja las hojas en la mesa, junto al sillón, y coge el sobre. Lleva matasellos de la propia ciudad, cosa que no le sorprende. Su corresponsal quiere hacerle saber que está cerca. Forma parte de la provocación. Como diría él, es...

¡Parte de la diversión!

Los nuevos productos químicos y los procedimientos de escaneo asistidos por ordenador pueden obtener excelentes huellas digitales en papel, pero Hodges sabe que si entrega esta carta a los técnicos forenses, no encontrarán en ella más huellas que las suyas. Este individuo está loco, pero su evaluación de sí mismo —*ese mareante, el muy zorro*— es absolutamente correcta. Solo que ha escrito *mareante*, no *maleante*, y lo ha escrito dos veces. Además...

Un momento, un momento.

¿Cómo que *si la entregas*?

Hodges se levanta, se acerca a la ventana con la carta y contempla la calle, Harper Road. Pasa la hija de los Harrison en su ciclomotor. Diga lo que diga la ley, es demasiado joven para andar en un trasto de esos, pero al menos lleva casco. Aparece la estridente camioneta de Mr. Tastey; cuando llega el buen tiempo, recorre el Lado Este de la ciudad entre el final de la jornada escolar y el anochecer. Un Smart negro avanza lentamente. La mujer canosa sentada al volante lleva rulos. ¿O acaso no es una mujer? Podría ser un hombre con una peluca y un vestido. Los rulos añadirían el toque perfecto, ¿o no?

Eso es lo que él quiere que pienses.

Pero no. No exactamente.

No *lo que*, sino *cómo* quiere que pienses el autodenominado «Asesino del Mercedes» (solo que ahí no mentía: en efecto, ese era el nombre que le habían puesto los periódicos y los noticiarios de televisión).

¡Es el heladero!

¡No, es el hombre disfrazado de mujer en el Smart!

¡Ah, no, es el conductor del camión de propano, o el lector de contadores!

¿Cómo puede desatarse la paranoia de esa manera? Ayuda dejar caer como si tal cosa que conoce la dirección del exinspector. Y no solo eso, sino también que está divorciado, y como mínimo insinúa que tiene un hijo o hijos en algún sitio.

Mirando el césped, Hodges advierte que hay que cortarlo. Si Jerome no pasa por allí pronto, piensa Hodges, tendrá que llamarlo.

¿Hijo o hijos? No *te engañes*. Sabe que mi ex es Corinne y que tenemos una hija adulta, Alison. Sabe que Allie tiene treinta años y vive en San Francisco. Probablemente sabe que mide un metro sesenta y cinco y juega al tenis. Todo eso es fácil de averiguar por internet. Hoy día *todo* lo es.

El siguiente paso debería ser entregar la carta a Pete y la nueva compañera de Pete, Isabelle Jaynes. Ellos heredaron la Matanza del Mercedes, junto con unos

cuantos asuntos pendientes más, cuando Hodges colgó los guantes. Algunos casos son como los ordenadores inactivos: entran en hibernación. Esa carta despertará en el acto el caso del Mercedes.

Reproduce en su cabeza el itinerario de la carta.

De la rendija del buzón al suelo del recibidor. Del suelo del recibidor al La-Z-Boy. Del La-Z-Boy a ese espacio junto a la ventana, desde donde ahora él ve irse la furgoneta de correos por donde ha venido: Andy Fenster da por concluida su jornada. De ahí a la cocina, donde la carta iría a parar a una bolsa de plástico para alimentos, de esas con cierre hermético, porque los viejos hábitos son hábitos muy arraigados. Luego a Pete e Isabelle. De Pete al laboratorio forense para su dilatación y raspado completos, donde se demostrará de manera concluyente la superfluidad de la bolsa de plástico: ni huellas, ni pelos, ni ADN de ninguna clase, papel vendido a cajas en cualquier papelería y tienda de material de oficina de la ciudad y —por último pero no por ello menos importante— impresión láser corriente. Puede que consigan identificar el tipo de ordenador utilizado para redactar la carta (en cuanto a esto, no lo tiene muy claro; sabe poco de informática, y cuando su ordenador le da algún problema, recurre a Jerome, que vive a un paso), y si es así, será un Mac o un PC. Gran hurra.

Del laboratorio forense volverá a Pete e Isabelle, quienes sin duda convocarán una de esas absurdas charlas de polis que se ven en las series de la BBC como *Luther* y *Principal sospechoso* (que muy posiblemente encantan al muy psicópata de su corresponsal). En dicha charla no pueden faltar la pizarra ni las fotos ampliadas de la carta, ni quizá tampoco el puntero láser. También Hodges ve algunas de esas series británicas, y opina que Scotland Yard, por alguna razón, desconoce el dicho: Muchos cocineros estropean el puchero.

La charla de polis servirá solo para una cosa, y Hodges cree que eso es lo que quiere el psicópata: con diez o doce policías presentes, la existencia de la carta se filtrará inevitablemente a la prensa. Es muy probable que el psicópata no mienta cuando afirma que no siente el menor impulso de repetir su crimen, pero Hodges sí está totalmente seguro de una cosa: echa en falta salir en las noticias.

Entre el césped brotan dientes de león. Decididamente ha llegado el momento de llamar a Jerome. Césped aparte, Hodges echa de menos ver su cara por allí. Es buen chico.

Otra cosa. Incluso si el psicópata no miente en cuanto a su impulso de perpetrar otra matanza (lo cual es poco probable, pero no puede descartarse por completo), muestra un interés extremo en la muerte. El subtexto de la carta no podría ser más claro: *Pégate un tiro. Ya te lo estás planteando. Da, pues, el paso siguiente. Que resulta ser también el último.*

¿Me ha visto jugar con el 38 de mi padre?

¿Me ha visto metérmelo en la boca?

Hodges debe admitir que es posible; jamás se le ha ocurrido siquiera bajar las persianas. Sintiéndose estúpidamente a salvo en el salón de su casa cuando cualquiera podía disponer de unos prismáticos. O podría haberlo visto Jerome. Jerome al acercarse bailoteando por el camino de acceso para preguntarle por sus tareas: lo que se complace en llamar *faena' que hasé*.

Solo que si Jerome lo hubiese visto jugar con ese revólver viejo, se habría llevado un susto de muerte. Habría dicho algo.

¿De verdad se masturba Mr. Mercedes cuando se acuerda del momento en que atropelló a esa gente?

A lo largo de sus años en el cuerpo de policía, Hodges ha visto cosas de las que nunca hablaría con nadie que no las hubiera visto también. Esos recuerdos tan emponzoñados lo inducen a dar crédito a su corresponsal en lo tocante a la masturbación, como también por lo que se refiere a no tener conciencia. Hodges ha leído que hay en Islandia pozos tan profundos que si se tira una piedra, nunca se la oye llegar al fondo. Piensa que ciertas almas humanas son también así. Cosas como las peleas de vagabundos son solo la mitad del recorrido en uno de esos pozos.

Regresa a su La-Z-Boy, abre el cajón de la mesa y saca el teléfono móvil. Guarda en él el 38 y cierra el cajón. Pulsando la tecla de marcación rápida, llama al Departamento de Policía, pero cuando la recepcionista le pregunta con quién quiere hablar, Hodges contesta:

—Ah, vaya por Dios. Creo que me he equivocado. Disculpe la molestia.

—No tiene importancia —dice ella con voz risueña.

Nada de llamadas, todavía no. Nada de acción de ningún tipo. Necesita reflexionar.

Necesita reflexionar muy... muy a fondo.

Hodges se queda inmóvil con la mirada fija en el televisor, que está apagado la tarde de un día entre semana por primera vez desde hace meses.

5

Esa noche va en coche a Newmarket Plaza y cena en el restaurante tailandés. La señora Buramuk lo atiende personalmente.

—¡Cuánto tiempo sin verlo, inspector Hodges! —Lo pronuncia *Inspecta Jaches*.

—Desde que me retiré, me preparo yo la comida.

—Eso déjemelo a mí. Mucho mejor.

Cuando vuelve a probar el *tom yum gang* de la señora Buramuk, cae en la cuenta de lo harto que está de las hamburguesas fritas poco hechas y los espaguetis con salsa Newman's Own. Y con el *sang kaya fug tong* toma conciencia de lo cansado que está de la tarta de coco Pepperidge Farm. Si no comiera nunca más tarta de coco, piensa, viviría el mismo tiempo y moriría igual de feliz. Bebe dos latas de Singha con la cena, y es la mejor cerveza que ha tomado desde la fiesta de su jubilación en el Raintree, que fue casi exactamente como Mr. Mercedes la ha descrito; incluso hubo una *stripper* «meneando el pandero». Junto con todo lo demás.

¿Acechaba acaso Mr. Mercedes al fondo del salón? Como acostumbraba decir la zarigüeya de los dibujos animados: «Es posible, Muskie, es posible».

Ya otra vez en casa, se sienta en el La-Z-Boy y coge la carta. Sabe cuál debe ser el paso siguiente —es decir, si no se la entrega a Pete Huntley—, pero también sabe que no le conviene intentarlo después de un par de birras. Deja, pues, la carta en el cajón, encima del 38 (no se ha tomado siquiera la molestia de guardarla en una bolsa de plástico) y va a por otra cerveza. La que tiene en la nevera es una simple Ivory Special, la marca autóctona, pero le sabe tan bien como la Singha.

Tras apurarla, enciende el ordenador, abre Firefox y escribe *Bajo el Paraguas Azul de Debbie*. El descriptor que aparece debajo no es muy descriptivo: *Una página web para las relaciones sociales donde personas interesantes intercambian opiniones interesantes*. Se plantea seguir adelante, pero al cabo de un momento apaga el ordenador. No, eso tampoco. Esta noche no.

De un tiempo a esta parte se acuesta tarde, porque así pasa menos horas revolviéndose en la cama, dando vueltas y más vueltas a casos antiguos y errores antiguos, pero esta noche se retira temprano y sabe que se quedará dormido casi de inmediato. Es una sensación maravillosa.

En lo último que piensa antes de cerrar los ojos es en el final del ofensivo anónimo de Mr. Mercedes. Mr. Mercedes quiere que se suicide. Hodges se pregunta qué pensaría si supiese que, por el contrario, le ha dado a este ex Caballero de la Placa y la Pistola en particular una razón para vivir. Al menos por un tiempo.

Luego lo vence el sueño. Consigue seis horas seguidas y plácidas hasta que lo despierta la vejiga. Va a tuestas al baño, orina hasta vaciarse y vuelve a la cama, donde duerme otras tres horas. Cuando despierta, los rayos del sol entran oblicuamente por las ventanas y los pájaros trinan. Va a la cocina, donde se prepara un desayuno completo. Mientras vierte dos huevos fritos muy hechos de la sartén al plato, ya repleto de beicon y tostadas, se detiene, sobresaltado.

Alguien canta.

Es él.

Con los platos del desayuno ya en el lavavajillas, entra en el despacho para desmenuzar la carta. Es una tarea que ha llevado a cabo más de veinte veces antes, pero nunca solo; cuando era inspector, contó siempre con la ayuda de Pete Huntley o sus dos compañeros anteriores. Las cartas eran, en su mayoría, mensajes amenazadores de exmaridos (y una o dos exesposas). Esas no representaban un gran reto. Algunas eran intentos de extorsión. Otras eran chantajes, lo que de hecho no deja de ser también una forma de extorsión. Una era de un secuestrador que exigía un rescate miserable y poco imaginativo. Y tres — cuatro, contando la de Mr. Mercedes— eran de asesinos confesos. Dos de estas eran a todas luces pura fantasía. Una podía ser o no del asesino en serie conocido como Joe el de la Autopista.

¿Y esta? ¿Es verdadera o falsa? ¿Realidad o fantasía?

Hodges abre un cajón del escritorio, coge un bloc pautado y arranca la primera hoja, donde está la lista de la compra de la semana anterior. A continuación saca un bolígrafo Uni-Ball del vaso que hay junto al ordenador. Primero analiza el detalle del condón. Si ese individuo de verdad llevaba uno puesto, no lo dejó allí... pero eso es lógico, ¿no? Un condón puede contener huellas además de semen. Hodges analiza otros aspectos: el bloqueo del cinturón en el momento del impacto contra la multitud, el bamboleo al pasar por encima de los cuerpos. Detalles que no se habrían mencionado en ningún periódico, pero que él podría haberse inventado. Incluso llega a decir...

Hodges echa un vistazo a la carta y encuentra la frase: «Tengo una imaginación muy poderosa».

Pero incluye dos detalles que no puede haberse inventado. Dos detalles que se ocultaron a los medios de comunicación.

En su bloc, debajo de ¿ES REAL?, Hodges escribe: REDECILLA PARA EL PELO. LEJÍA.

Mr. Mercedes se llevó la redecilla igual que se llevó el condón (probablemente enfundado aún en la polla, en el supuesto de que dicho condón de verdad existiera), pero Gibson, el del laboratorio forense, tenía muy claro que usó una redecilla, porque Mr. Mercedes dejó allí la máscara de payaso y no apareció un solo pelo adherido a la goma. En cuanto al olor a piscina de la lejía destinada a eliminar todo rastro de ADN, no cabía la menor duda. Debió de utilizar mucha.

Pero no son solo esas sutilezas: es todo. Es el aplomo mismo. En la carta no se observa el menor titubeo.

Hodges vacila; luego, en mayúsculas, escribe: ES ÉL.

Vacila otra vez. Tacha ÉL y escribe EL CABRÓN.

7

Hace tiempo que no piensa como un policía, y más aún que no se dedica a esta clase de trabajo —una forma de investigación forense que no requiere cámaras, microscopios ni sustancias químicas especiales—, pero, en cuanto se pone manos a la obra, entra en calor enseguida. Empieza con una serie de encabezamientos.

PÁRRAFOS DE UNA SOLA FRASE.
PALABRAS CON MAYÚSCULA.
EXPRESIONES ENTRECOMILLADAS.
EXPRESIONES FLORIDAS.
PALABRAS POCO CORRIENTES.
SIGNOS DE ADMIRACIÓN.

Aquí se detiene y, golpeteándose el labio inferior con el bolígrafo, relee la carta desde *Apreciado inspector Hodges* hasta *¡Espero que esta carta lo haya animado!* A continuación añade otros dos encabezamientos en la hoja, que empieza a llenarse.

UTILIZA METÁFORAS DEPORTIVAS, QUIZÁ SEA AFICIONADO.
CONOCIMIENTOS DE INFORMÁTICA (¿MENOS DE 50 AÑOS?).

En cuanto a estos dos últimos aspectos, tiene sus dudas. Las metáforas deportivas son ya muy comunes, sobre todo entre los comentaristas políticos, y hoy día hay octogenarios en Facebook y Twitter. Hodges en concreto aprovecha solo en un doce por ciento las posibilidades de su Mac (eso según Jerome), pero él no es representativo de la mayoría. No obstante, por algún sitio hay que empezar, y además la carta transmite una sensación de juventud.

Hodges siempre ha tenido un don para esta clase de trabajo, y aquí la intuición desempeña un papel muy superior al doce por ciento.

Bajo el encabezamiento PALABRAS POCO CORRIENTES ha anotado casi una docena de ejemplos, y ahora marca dos con sendos círculos: *cofrades* y *Eyaculación Espontánea*. Al lado añade un nombre: *Wambaugh*. Mr. Mercedes es un comemierdas, pero un comemierdas inteligente y leído. Tiene un vocabulario amplio y no comete faltas de ortografía. Hodges se imagina a Jerome Robinson

diciendo: «*Anda ya, hombre, ¿para qué se cree que está el corrector ortográfico?*».

Ya, ya, hoy día cualquiera con un procesador de textos tiene una ortografía impecable, pero Mr. Mercedes ha escrito *Wambaugh*, no *Wombough* ni *Wombow*, que es como suena. El solo hecho de que haya recordado poner esa *gh* muda induce a pensar en cierto nivel de inteligencia. Puede que la misiva de Mr. Mercedes no sea gran literatura, pero su redacción es mucho mejor que los diálogos de series como *Navy: Investigación criminal* o *Bones*.

¿Educado en casa, alumno de una escuela pública o autodidacta? ¿Eso importa? Quizá no, pero quizá sí.

Hodges no cree que sea autodidacta, no. La redacción es demasiado... ¿qué?

—Demasiado comunicativa —dice en voz alta a la habitación vacía, pero es más que eso—. *Hacia fuera*. Este individuo escribe hacia fuera. Aprendió con otros. Y escribió para otros.

Una deducción poco sólida, pero se sustenta en ciertos adornos: esas EXPRESIONES FLORIDAS. *Para empezar, debo felicitarle*, escribe. *Cientos de casos, literalmente*, escribe. Y dos veces: *Me tenía en mente*. En el instituto Hodges sacaba sobresalientes en lengua, y en la universidad notables, y recuerda cómo se llama a esto último: «repetición incremental». ¿Acaso Mr. Mercedes imagina que su carta se publicará en el periódico, circulará por internet, se reproducirá (con renuente respeto) en *el telediario de la noche del Canal Cuatro*?

—Seguro que sí —dice Hodges—. Antiguamente leías tus trabajos en clase. Y te gustaba. Te gustaba ser el centro de atención. ¿A que sí? Cuando te encuentre, si es que te encuentro, descubriré que sacabas tan buenas notas como yo en lengua.

Probablemente mejores. Hodges no recuerda haber utilizado nunca la repetición incremental, como no fuera por casualidad.

Solo que en la ciudad hay cuatro institutos y a saber cuántos colegios de secundaria privados. Por no hablar ya de los centros de formación preuniversitaria, las facultades de diplomatura y la Universidad Católica de San Judas. Un sinfín de pajaros donde esconder una aguja emponzoñada. Y eso si es que estudió allí, y no en Miami o Phoenix.

Además, es ladino. La carta está salpicada de falsas huellas digitales: las palabras con mayúscula como «*Botas de Plomo*» o «*Nota de Preocupación*», las expresiones entrecomilladas, el abuso de los signos de admiración, los contundentes párrafos de una sola frase. Si se le pidiera una muestra de escritura, Mr. Mercedes no incluiría ninguno de esos recursos estilísticos. Hodges es tan consciente de eso como lo es de su desafortunado nombre de pila: Gustavo, como en *ranagustavo19*.

Pero.

Este capullo no es tan listo como se piensa. La carta contiene casi con toda seguridad dos huellas *reales*, una borrosa y la otra clara como el agua.

La huella borrosa es el uso insistente de números en cifras: 27, no veintisiete; 40 en lugar de cuarenta; ins. de 1.^{er} grado en vez de ins. de primer grado. Hay algunas excepciones (ha escrito *una cosa sí lamento* en lugar de *1 cosa sí lamento*), pero Hodges opina que son las que confirman la regla. Aunque las cifras podrían ser solo más camuflaje, como él bien sabe, muy probablemente el bueno de Mr. Mercedes no es consciente de ello.

«Si pudiera llevármelo a la SI4 y pedirle que escribiera *Cuarenta ladrones robaron ochenta alianzas nupciales...*».

Solo que G. William Hodges nunca volverá a entrar en una sala de interrogatorios, incluida la SI4, que era su preferida; su SI de la suerte, la consideró siempre. A menos que lo cojan tonteando con esta gilipollez, claro está, y entonces podría acabar al otro lado de la mesa metálica.

De acuerdo, pues: *Pete* lleva al individuo a la SI. Pete o Isabelle, o los dos. Consiguen que escriba *40 ladrones robaron 80 alianzas nupciales*. Y después ¿qué?

Después le piden que escriba *La poli cogió al maleante escondido en el callejón*. Solo que les conviene farfullar un poco al llegar a *maleante*. Porque Mr. Mercedes, pese a sus aptitudes para la redacción, cree que la palabra empleada para hacer referencia a un delincuente es *mareante*. Acaso también piense que un viaje por una carretera con curvas es *maleante*.

A Hodges no le sorprendería. Hasta la universidad, él mismo pensaba que cierto calzado robusto y lo que uno hace cuando deposita su papeleta en una urna se escribían exactamente igual. Había visto la palabra *bota* escrita mil veces, pero por alguna razón su cabeza se resistía a registrarla. Su madre le decía *Átate los cordones de las votas, Gus; los llevas sueltos*; su padre a veces le daba dinero para comprarse unas *votas de fútbol*, y a él sencillamente se le quedó grabado así.

«Te reconoceré cuando te encuentre, ricura», piensa Hodges. Vuelve a escribir la palabra en mayúsculas y traza repetidos círculos alrededor, cercándola. «Serás el capullo que llama mareante a un maleante».

Da una vuelta a la manzana para despejarse la cabeza, saludando a personas a quienes no saludaba desde hacía tiempo. Semanas, en algunos casos. La señora Melbourne trabaja en su jardín, y cuando lo ve, lo invita a entrar en su casa a tomar un trozo de su tarta de café.

—Me tenía usted preocupada —dice la mujer cuando se acomodan en la cocina. Tiene la mirada intensa y escrutadora de un cuervo con la vista fija en una ardilla recién aplastada.

—Acostumbrarme a la jubilación no ha sido fácil. —Toma un sorbo de café. Sabe a rayos, pero al menos está caliente.

—Algunos no llegan a acostumbrarse nunca —dice ella, escudriñándolo con sus ojos brillantes. No desentonaría en la SI4, piensa Hodges—. En especial aquellos que trabajaban bajo grandes presiones.

—Al principio andaba un poco desorientado, pero ahora ya estoy mejor.

—Me alegra oírlo. ¿Todavía trabaja para usted ese negrito tan simpático?

—¿Jerome? Sí. —Hodges, sonriendo, se pregunta cuál sería la reacción de Jerome si supiera que alguien del barrio lo ve como *ese negrito tan simpático*. Probablemente enseñaría los dientes en una expresión risueña y exclamaría ¡*Pue' claro que lo soy!* Jerome y sus *faena' que hasé*. Con la mira ya puesta en Harvard. Princeton como segunda opción.

—Pues está remoloneando —dice ella—. Tiene usted el césped bastante descuidado. ¿Más café?

Hodges rehúsa el ofrecimiento con una sonrisa. Un mal café está mejor caliente, pero solo hasta cierto punto.

9

Otra vez en casa. Siente un hormigueo en las piernas, los efectos del aire fresco en la cabeza y cierto regusto a papel de periódico usado antes para cubrir el fondo de una jaula, pero tiene el cerebro acelerado por la cafeína.

Accede a la versión digital del periódico de la ciudad y abre varios artículos sobre la matanza en el Centro Cívico. Lo que busca no es la noticia inicial, publicada bajo titulares alarmistas el 11 de abril de 2009, ni el reportaje mucho más extenso aparecido en la edición dominical del 12 de abril. Busca el periódico del lunes: una imagen del volante del coche homicida abandonado. El pie de la foto, con tono escandalizado, reza: LE PARECIÓ DIVERTIDO. En el centro del volante, pegada sobre el emblema del Mercedes, se ve una cara sonriente amarilla, de esas que llevan gafas de sol y enseñan los dientes.

Esa foto produjo gran indignación entre la policía, porque los inspectores responsables del caso —Hodges y Huntley— habían pedido a los medios informativos que se abstuvieran de publicar el icono de la sonrisa. El director del periódico, recuerda Hodges, se disculpó con actitud obsecuente. Un mensaje trasapelado, pretextó. No volvería a repetirse. Prometido. Palabra de honor.

«Un error, y un huevo —recuerda que dijo Pete, exasperado—. Tenían una foto que era como meterse un chute de esteroides en las venas, y los muy cabrones la han usado».

Hodges amplía la foto del periódico hasta que la risueña cara amarilla abarca toda la pantalla del ordenador. La marca de la bestia, piensa, estilo siglo XXI.

Esta vez no pulsa la tecla de marcación rápida correspondiente a la recepción del Departamento de Policía, sino la del móvil de Pete. Su antiguo compañero contesta después de sonar el timbre dos veces.

—Vaya, compañero de fatigas. ¿Cómo te trata la jubilación?

Se lo nota sinceramente complacido, y eso arranca una sonrisa a Hodges. También le crea cierta culpabilidad, y sin embargo ni siquiera se le pasa por la cabeza la posibilidad de echarse atrás.

—Estoy bien —dice—, pero añoro esa cara gorda e hipertensa tuya.

—Sí, ya, y en Irak ganamos nosotros.

—Te lo juro por lo más sagrado, Peter. ¿Y si quedamos a comer y nos ponemos al día de nuestras cosas? Tú elige el restaurante, y yo invito.

—Me parece bien, pero hoy ya he comido. ¿Qué tal mañana?

—Ya buscaré un hueco en mi apretada agenda; tenía que venir Obama para que lo asesore sobre el presupuesto, pero supongo que podré arreglarlo. Por tratarse de ti.

—Anda y que te folle un pez, *Gustavo*.

—¿Un pez? ¿Para qué quiero un pez si ya te tengo a ti? —Este intercambio jocoso es una vieja melodía con una letra sencilla.

—¿Qué tal el DeMasio? Siempre te ha gustado.

—El DeMasio me parece bien. ¿A las doce?

—Buena hora.

—¿Y seguro que tienes tiempo para un viejo carcamal como yo?

—Billy, eso no tienes ni que preguntarlo. ¿Quieres que lleve a Isabelle?

Prefiere que no, pero responde:

—Si tú quieres...

Parte de la antigua telepatía debe de funcionar aún, porque al cabo de un breve silencio Pete dice:

—Pues que esta vez sea una celebración solo para hombres.

—Tú mismo —contesta Hodges con alivio—. Esperaré impaciente.

—Yo también. Me alegro de saber de ti, Billy.

Hodges cuelga y observa una vez más la cara sonriente con los dientes a la vista. Abarca toda la pantalla del ordenador.

Esa noche se sienta en el La-Z-Boy a ver las noticias de las once. Con su pijama blanco, parece un fantasma obeso. Su cuero cabelludo emite un tenue resplandor a través del pelo ralo. La noticia de cabecera es el vertido de la plataforma Deepwater Horizon en el golfo de México, donde sigue derramándose el petróleo. El presentador dice que el atún está en peligro, y la industria marisquera de Luisiana puede irse a pique durante una generación. En Islandia, un volcán en erupción (con un nombre que el presentador, como buenamente puede, reduce a *Iya-fil-cul* o algo parecido) sigue desbarajustando el tráfico aéreo transatlántico. En California, la policía anuncia que quizá por fin haya algún avance en el caso del asesino en serie conocido como «Parca Durmiente». No se dan nombres, pero se describe al sospechoso (el *mareante*, piensa Hodges) como «un afroamericano educado y bien arreglado». Hodges piensa: «Ahora ya solo falta que alguien trinque a Joe el de la Autopista. Y de paso a Osama bin Laden».

Llega el parte meteorológico. Temperaturas suaves y cielos despejados, promete la chica del tiempo. Es hora de sacar los bañadores.

—Ya me gustaría verte a ti en bañador, encanto —dice Hodges, y apaga el televisor con el mando a distancia.

Extrae del cajón el 38 de su padre, lo descarga a la vez que entra en el dormitorio y lo mete en la caja fuerte junto con la Glock. En los últimos dos o tres meses ha pasado mucho tiempo obsesionado con el Victory 38, pero esta noche apenas le presta atención mientras lo guarda. Está pensando en Joe el de la Autopista, pero apenas; ahora Joe es problema de otro. Igual que Parca Durmiente, ese afroamericano educado.

¿También Mr. Mercedes será afroamericano? En rigor, es posible —nadie vio nada excepto la máscara de payaso, una camiseta de manga larga y unos guantes amarillos aferrados al volante—, pero Hodges no lo cree. Bien sabe Dios que en esta ciudad hay muchos negros capaces de asesinar, pero debe tenerse en cuenta el arma. En el barrio donde vivía la madre de la señora Trelawney predomina la población blanca de clase acomodada. Un negro merodeando cerca de un Mercedes SL500 aparcado habría llamado la atención.

Bueno. Probablemente. Es asombroso lo poco observadora que puede llegar a ser la gente. Pero Hodges sabe por experiencia que los ricos tienden a ser un poco más observadores que el común de los estadounidenses, sobre todo en lo que se refiere a sus juguetes caros. No quiere decir que sean unos *paranoicos*, pero...

¡Joder que si lo son! Los ricos pueden ser generosos, incluso aquellos con

ideas políticas horripilantes pueden ser generosos, pero casi todos creen en la generosidad según sus propias condiciones, y en el fondo (o no tan en el fondo, de hecho) siempre temen que alguien vaya a robarles los regalos y a comerse su pastel de cumpleaños.

¿Y atildado y educado, quizá?

Sí, decide Hodges. No hay pruebas sólidas, pero eso induce a pensar la carta. Mr. Mercedes puede vestir trajes y trabajar en una oficina o puede vestir vaqueros y camisas Carhartt y equilibrar neumáticos en un taller mecánico, pero no es una persona desastrada. Puede que no hable mucho —los individuos como ese son cuidadosos en todos los aspectos de su vida, y eso incluye el parloteo promiscuo—, pero cuando habla, seguramente es directo y claro. Si uno se perdiera y necesitara indicaciones, él se las daría bien.

Hodges, mientras se lava los dientes, piensa: «El DeMasio. Pete quiere comer en el DeMasio».

Pete, que todavía lleva la placa y la pistola, no ha visto el menor inconveniente en eso, como tampoco se lo ha visto Hodges mientras hablaban por teléfono, porque en ese momento *pensaba* como un policía, no como un jubilado con quince kilos de más. Y quizá no hubiera inconveniente —a plena luz del día y tal—, pero el DeMasio linda con Lowtown, que no es precisamente un centro de veraneo. A una manzana al oeste del restaurante, más allá del paso elevado del ramal de la autopista, la ciudad se transforma en un andurrial de solares y bloques de apartamentos abandonados. En las esquinas se vende droga a la vista de todos, existe un floreciente tráfico de armas ilegales, y la piromanía es el deporte preferido del barrio. Es decir, si puede llamarse barrio a Lowtown. Así y todo, el restaurante en sí —un italiano excelente— es seguro. El dueño tiene contactos, y eso lo convierte en algo parecido a la casilla de *Parking Gratuito* en el Monopoly.

Hodges se enjuaga la boca, vuelve al dormitorio y —todavía pensando en el DeMasio— mira con incertidumbre el armario donde está escondida la caja fuerte, detrás de la ropa allí colgada, los pantalones, las camisas, y las americanas que ya no usa (se le han quedado todas pequeñas, excepto dos).

¿Se lleva la Glock? ¿El Victory, tal vez? El Victory abulta menos.

Ni lo uno ni lo otro. Tiene aún vigente el permiso para portar armas ocultas, pero no va a llevarse la pipa a una comida con su antiguo compañero. Se sentiría incómodo, y ya lo incomoda bastante la labor de sondeo que se propone realizar. Va, pues, a la cajonera, levanta una pila de calzoncillos y mira debajo. Ahí sigue su cachiporra, donde la dejó después de la fiesta de jubilación.

La cachiporra bastará. Una simple precaución en una parte de la ciudad de alto riesgo.

Satisfecho, se acuesta y apaga la luz. Mete las manos en ese hueco fresco y

místico bajo la almohada y piensa en Joe el de la Autopista. Joe ha tenido suerte hasta el momento, pero al final lo atraparán. No solo porque sigue actuando en las áreas de descanso de las autopistas, sino porque no puede dejar de matar. Recuerda lo que ha escrito Mr. Mercedes: *Eso no se cumple en mi caso, porque yo no siento el menor impulso de repetirlo.*

¿Dice la verdad, o miente como miente en sus PALABRAS CON MAYÚSCULA Y SUS NUMEROSOS SIGNOS DE ADMIRACIÓN y PÁRRAFOS DE UNA SOLA FRASE?

Hodges piensa que miente —quizá no solo a G. William Hodges, Ins. Ret., sino también a sí mismo—, pero ahora, mientras yace ahí a punto de dormirse, le trae sin cuidado. Lo importante es que ese individuo se sienta a salvo. Y por lo que a eso se refiere, no alberga la menor duda. No parece consciente de la vulnerabilidad que ha mostrado al escribir una carta al hombre que fue, hasta su jubilación, el inspector a cargo del caso del Centro Cívico.

«Necesitas hablar de eso, ¿verdad? Sí, ricura, lo necesitas, no mientas al tío Billy. Y a menos que el Paraguas Azul de Debbie sea otra pista falsa, como todas esas comillas, has abierto un canal hacia tu vida. Quieres hablar. Necesitas hablar. Y si pudieras arrastrarme a algo con tus provocaciones, sería la guinda del pastel, ¿no es así?».

En la oscuridad, Hodges dice:

—Escucharé gustosamente. Tengo tiempo de sobra. Al fin y al cabo, estoy jubilado.

Sonriente, se duerme.

11

A la mañana siguiente Freddi Linklatter, sentada en el borde del muelle de carga, fuma un Marlboro. A su lado tiene la chaqueta de Discount Electronix, cuidadosamente plegada, y, encima, la gorra promocional de DE. Habla de un proselitista religioso que le estuvo dando la vara. La gente siempre anda dándole la vara, y se lo cuenta todo a Brady durante el descanso. Se lo explica con pelos y señales, porque Brady sabe escuchar.

—Así que viene y me dice: «Todos los homosexuales irán al infierno, y este folleto lo deja muy claro». Y yo lo cojo, ¿vale? En la portada sale una foto de dos gays de culo estrecho... con esos trajes entallados de los setenta, te lo juro... cogidos de la mano, mirando una cueva llameante. ¡Y para colmo se ve al demonio! ¡Con un tridente! No te miento. A pesar de todo, intento razonar con él. Tengo la errónea impresión de que quiere mantener un diálogo. Así que voy y le digo: «Deberías apartar la vista un rato del LaBittico, o como se llame, y leer unos

cuantos estudios científicos. Los gays son gays de *nacimiento*, o sea... ¿lo pillas?». Y él dice: «Eso es falso, sencillamente. La homosexualidad es un comportamiento adquirido y puede desadquirirse». Y yo flipo, ¿vale? O sea, este me *está* tomando el pelo. Pero no se lo digo. Lo que le digo es: «Mírame, tío, mírame bien. De arriba abajo, no seas tímido. ¿Tú qué ves?». Y antes de que me venga con alguna de sus chorradas, le suelto: «Pues ves a un *tío*, eso es lo que ves. Solo que Dios se distrajo antes de plantarme una polla y pasó al siguiente de la fila». Y *entonces* va y...

Brady sigue a Freddi —más o menos— hasta que llega al LaBittico (se refiere al Levítico, pero Brady no le concede tanta importancia como para corregirla) y a partir de ahí básicamente pierde el hilo, atendiendo lo justo para intercalar algún que otro *ajá*. La verdad es que no le molesta el monólogo. Es tranquilizador, como la música de LCD Soundsystem que escucha cuando se va a dormir. Freddi Linklatter es más bien alta para ser mujer —con su metro ochenta y cinco, ochenta y ocho, supera de largo a Brady—, y lo que dice es verdad: parece una chica tanto como Brady Hartsfield se parece a Vin Diesel. Viste Levi's 501 de pernera recta, botas de motorista y una sencilla camiseta blanca que cae totalmente vertical, sin el menor asomo de tetas. Lleva el pelo rubio cortado al uno. No usa pendientes ni maquillaje. Seguramente piensa que Max Factor es una declaración de principios relacionada con lo que un fulano le hizo a una chica detrás del granero de su padre.

Brady va diciendo *ya*, *ajá* y *claro*, sin dejar de preguntarse qué le habrá parecido su carta al viejo poli, y si el viejo poli intentará ponerse en contacto a través del Paraguas Azul. Es consciente de que enviar la carta entrañaba un riesgo, pero no muy grande. Se inventó un estilo de prosa totalmente distinto del suyo. Las probabilidades de que el viejo poli saque algo útil de la carta oscilan entre escasas y nulas.

El Paraguas Azul de Debbie es un riesgo un poco mayor, pero si el viejo poli se cree que va a poder seguirle el rastro por ese camino, va a llevarse toda una sorpresa. Los servidores de Debbie están en Europa del Este, y en Europa del Este la privacidad informática es como el aseo personal en Estados Unidos: va de la mano de la devoción.

—Así que el tío va y dice, te lo juro: «En nuestra iglesia hay muchas jóvenes cristianas que podrían enseñarte a arreglarte, y si te dejaras el pelo largo, estarías muy guapa». ¿Te lo puedes creer? Y yo le contesto: «Con un poco de lapizus labialidus, también tú estarías bastante mono. Ponte una cazadora de cuero y un collar de perro y a lo mejor, con un poco de suerte, ligas en The Corral y te echas tu primer casquete por detrás». Entonces sí se pone a cien, el tío, y me suelta: «Si vas a llevar las cosas al terreno personal...».

El caso es que si el viejo poli quiere seguir el rastro informático, no le quedará más remedio que entregar la carta al departamento forense, y Brady no cree que lo haga. O al menos no inmediatamente. Por fuerza tiene que aburrirse, ahí sentado sin más compañía que el televisor. Y el revólver, claro, el que deja a un lado con la cerveza y las revistas. No debe olvidarse del revólver. Brady en realidad nunca lo ha visto metérselo en la boca, pero sí lo ha visto varias veces con él en la mano. La gente radiante de felicidad no tiene un arma en el regazo de esa manera.

—Así que voy y le digo: «No te lo tomes a mal. Sois todos iguales: alguien echa por tierra vuestras preciadas ideas, y os pilláis un rebote». ¿A que es eso lo que hacen los meapilas? ¿Tú no lo has notado?

Brady no lo ha notado, pero contesta afirmativamente.

—Solo que este escuchaba, eso sí. Escuchaba de verdad. Y acabamos tomando un café en la panadería Hossemi. Donde, aunque cueste creerlo, mantuvimos algo parecido a un diálogo de verdad. Yo no me hago muchas ilusiones respecto a la especie humana, pero de vez en cuando...

Brady está casi seguro de que su carta levantará el ánimo al viejo poli, al menos inicialmente. No recibió todas esas menciones honoríficas por tonto, y enseguida sabrá interpretar la velada sugerencia de que siga los pasos de la señora Trelawney y se suicide. ¿*Velada* sugerencia? En fin, no tan velada. La verdad es que queda bastante claro. Brady cree que el viejo poli pasará por un primer momento de exaltación. Pero cuando vea que no llega a ninguna parte, la caída será aún más estrepitosa. Luego, en el supuesto de que muerda el anzuelo del Paraguas Azul, Brady podrá ponerse manos a la obra realmente.

Ahora el viejo poli piensa: *Si consigo hacerte hablar, conseguiré incitarte.*

Solo que Brady se juega cualquier cosa a que el viejo poli no ha leído a Nietzsche; Brady se juega cualquier cosa a que lo suyo es más bien John Grisham. Si es que lee. «Cuando miras el abismo —escribió Nietzsche—, el abismo también te mira a ti».

«El abismo soy yo, vejete. Yo», se dice.

El viejo poli es sin duda un desafío mayor que la pobre Olivia Trelawney, corroída por la culpa... pero empujar a esa mujer al abismo fue tal chute para el sistema nervioso que Brady no puede contener el deseo de intentarlo de nuevo. En cierto sentido inducir a la Dulce Livvy a despeñarse le produjo más emoción que abrir brecha en medio de aquel hatajo de gilipollas en busca de empleo ante el Centro Cívico. Porque requería inteligencia. Requería dedicación. Requería planificación. Y tampoco le vino mal cierta ayuda por parte de la poli. ¿Llegaron a darse cuenta de que sus deducciones incorrectas fueron en parte la causa del suicidio de la Dulce Livvy? Huntley no, eso seguro. A un machaca como él jamás se le pasaría por la cabeza una posibilidad así. Pero ¿y Hodges? A lo mejor él sí

tenía sus dudas: unos cuantos ratoncillos mordisqueando los cables en el fondo de su cerebro de poli listo. Esa esperanza alberga Brady. Si no, puede que tenga opción de decírselo. En el Paraguas Azul.

Así y todo, el principal responsable fue él: Brady Hartsfield. Todo hay que decirlo. El Centro Cívico fue un mazazo. Con Olivia Trelawney utilizó el bisturí.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Freddi.

Brady sonríe.

—Se me ha ido el santo al cielo, creo.

Nunca mientas cuando puedes decir la verdad. La verdad no es siempre el camino más seguro, pero sí las más de las veces. Ociosamente, se pregunta qué diría ella si le anunciase: *Freddi, soy el Asesino del Mercedes*. O si dijese: *Freddi, tengo cinco kilos de explosivo plástico de fabricación casera en un cuarto de mi sótano*.

Freddi lo mira como si realmente pudiera leer en su cabeza esos pensamientos, y Brady siente un momento de inquietud. Por fin dice:

—Colega, eso te pasa por el pluriempleo. Acabará contigo.

—Ya, pero me gustaría volver a la universidad, y nadie va a pagármelo. Además, está mi madre.

—Sigue dándole al vino.

Brady sonríe.

—En realidad lo suyo es más bien el vodka.

—Invítame a tu casa —dice Freddi con toda seriedad—. La llevaré a rastras a una puta reunión de Alcohólicos Anónimos.

—No serviría de nada. Ya sabes lo que dijo Dorothy Parker, ¿no? Puedes llevar a una ramera a la cultura, pero no puedes hacerla pensar.

Freddi se detiene a reflexionar en eso por un momento; de pronto echa atrás la cabeza y deja escapar una ronca risotada de fumadora de Marlboro.

—No conozco a Dorothy Parker, pero esa me la aprendo. —Ya más seria, pregunta—: Oye, ¿por qué no le pides más horas a Frobisher? Ese otro trabajo tuyo es una auténtica cutrez.

—Te diré por qué no pide más horas a Frobisher —dice Frobisher, que sale en ese momento a la plataforma de carga. Anthony Frobisher es joven y lleva unas gafas de chico estudioso. En eso se parece a la mayoría de los empleados de Discount Electronix. Brady también es joven, pero más agraciado que Tones Frobisher, sin llegar a guapo. Y está bien así. Brady prefiere tener un aspecto poco llamativo.

—Ilústranos —dice Freddi, y aplasta el cigarrillo.

Enfrente de la zona de carga, detrás de la megatienda situada en el extremo sur del centro comercial de Birch Hill, están los coches de los empleados (tartanas

en su mayoría) y tres Escarabajos Volkswagen pintados de color verde claro. Estos los mantienen siempre impecables, y el sol de primavera destella en sus parabrisas. En los costados, en azul, se lee el rótulo: ¿PROBLEMAS CON EL ORDENADOR? ¡LLAME A LA CIBERPATRULLA DE DISCOUNT ELECTRONIX!

—Circuit City ha desaparecido, y Best Buy se tambalea —explica Frobisher con tono de maestro de escuela—. Discount Electronix *también* se tambalea, junto con varios sectores que están en cuidados intensivos gracias a la revolución informática: periódicos, editoriales, tiendas de discos y el Servicio de Correos de Estados Unidos. Por mencionar solo unos pocos.

—¿Las tiendas de discos? —pregunta Freddi, y enciende otro cigarrillo—. ¿Qué son las tiendas de discos?

—Eso sí es para troncharse —dice Frobisher—. Un amigo mío opina que las bolleras no tienen sentido del humor, pero...

—¿Tú tienes amigos? —pregunta Freddi—. ¡Vaya! ¿Quién iba a decirlo?

—... pero tú eres la prueba viva de que se equivoca. No hacéis más horas porque la empresa ahora sobrevive solo gracias a los ordenadores. Casi todos baratos, fabricados en China y en Filipinas. La grandísima mayoría de nuestros clientes no quiere ya la otra mierda que vendemos —continúa Frobisher. Brady piensa que solo Tones Frobisher diría «la grandísima mayoría»—. Esto se debe por un lado a la revolución tecnológica, pero también se debe a que...

—«¡Barack Obama es el peor error que ha cometido este país!» —declaman Freddi y Brady al unísono.

Frobisher los observa con expresión adusta por un momento y finalmente dice:

—Al menos escucháis. Brady, tú acabas a las dos, ¿correcto?

—Sí. Empiezo en el otro sitio a las tres.

Frobisher arruga esa napia descomunal plantada en medio de su cara para expresar lo que opina del otro trabajo de Brady.

—¿Te he oído decir algo sobre volver a estudiar?

Brady no contesta, porque cualquier respuesta puede ser la errónea. Anthony Frobisher, más conocido como «Tones», no debe saber que Brady lo odia. ¡Joder, lo *aborrece* con toda su alma! Brady odia a todo el mundo, incluida la borracha de su madre, pero como dice la vieja canción *country*: «por ahora nadie debe saberlo».

—Brady, tienes veintiocho años. Edad suficiente para librarse de esa mierda de pólizas para conductores jóvenes a la hora de contratar el seguro del coche, lo cual está bien, pero ya *un poco* tarde para hacer la carrera de ingeniería eléctrica. O de programación informática, si a eso vamos.

—No seas tarado —interviene Freddi—. No seas Tarado Tones.

—Si por tratar el tema con transparencia soy un tarado, pues tarado seré.

—Sí —responde Freddi—. Pasarás a la historia: Tones el Tarado que Trata los Temas con Transparencia. Los niños estudiarán tu vida en los colegios.

—No me molesta un poco de sinceridad —dice Brady en voz baja.

—Bien. Pues que siga sin molestarte mientras catalogas y etiquetas DVD. Desde ya mismo.

Brady asiente con actitud afable, se levanta y se sacude el polvo de los fondillos del pantalón. Las rebajas del cincuenta por ciento de Discount Electronix empiezan la próxima semana; la gerencia, en New Jersey, ha dado orden de que para enero de 2011 DE debe haber abandonado ya el negocio del disco versátil digital. Esa línea de producto en otro tiempo rentable se ha visto estrangulada por Netflix y Redbox. Pronto no quedará en la tienda nada más que ordenadores domésticos (fabricados en China y Filipinas) y televisores de pantalla plana que en esta profunda recesión pocos pueden comprar.

—Y tú —dice Frobisher, volviéndose hacia Freddi— tienes una salida. —Le entrega el albarán de servicio, una hoja rosa—. Una anciana. Se le ha colgado el ordenador, o eso dice ella.

—Sí, *mon capitaine*. Vivo para servir. —Se pone en pie, realiza un saludo militar y coge el albarán que él le tiende.

—Remétete la camiseta. Ponte la gorra para que la clienta no se horrorice con ese corte de pelo tuyo tan raro. Conduce despacio. Si te ponen otra multa, se habrá terminado para ti la vida tal como la conoces en la Ciberpatrulla. Y recoge esas putas colillas antes de marcharte.

Frobisher entra antes de que ella pueda devolverle la pelota.

—Para ti, etiquetas de DVD; para mí, una anciana, muy posiblemente con la CPU llena de migas de galletas integrales —dice Freddi. Salta de la plataforma y se pone la gorra. Retuerce el albarán y se encamina hacia el Volkswagen sin echar siquiera una ojeada a las colillas. Se detiene el tiempo suficiente para volverse y, con las manos en sus inexistentes caderas masculinas, mirar a Brady—. Esta *no* es la vida que imaginaba para mí a los diez años cuando iba a quinto.

—Tampoco yo —coincide Brady en voz baja.

La observa marcharse en misión para rescatar a una anciana que probablemente está como loca porque no puede bajarse su receta preferida de falsa tarta de manzana. Esta vez Brady se pregunta qué diría Freddi si le contara cómo era su vida de niño. Fue entonces cuando mató a su hermano. Y su madre lo encubrió.

¿Por qué no iba a hacerlo?

Al fin y al cabo, la idea salió en cierto modo de ella.

Mientras Brady pega etiquetas amarillas con el rótulo 50% DE DESCUENTO en películas viejas de Quentin Tarantino y Freddi, en el Lado Oeste, ayuda a la anciana señora Vera Willkins (es el teclado lo que está lleno de migas, como se ha visto), Bill Hodges abandona Lowbriar, la calle de cuatro carriles que divide en dos la ciudad y da nombre a Lowtown, y accede al aparcamiento contiguo al restaurante italiano DeMasio. No necesita ser Sherlock Holmes para saber que Pete ha llegado antes. Hodges aparca junto a un sencillo sedán gris, un Chevrolet, que anuncia a gritos que es de la policía, y se apea de su viejo Toyota, un coche que anuncia a gritos que pertenece a un jubilado. Toca el capó del Chevrolet. Aún caliente. Pete no se le ha adelantado por mucho.

Se detiene un momento para disfrutar de la mañana, cerca ya de las doce, con su sol radiante y sus nítidas sombras, y contempla el paso elevado, a una manzana de allí. Está lleno a rebosar de pintadas territoriales de las bandas, y aunque ahora no hay nadie (el mediodía es la hora del desayuno para los vecinos más jóvenes de Lowtown), le consta que si pasara por ahí debajo, percibiría un tufo acre a vino y *whisky* baratos. Las esquirlas de botellas rotas crujirían bajos sus pies. En los albañales, más botellas. De esas pequeñas y marrones.

Ya no es su problema. Además, la oscuridad bajo el paso elevado está vacía, y Pete lo espera. Hodges entra y le complace descubrir que Elaine, tras el atril de recepción, le sonríe y lo saluda por su nombre pese a que no pone los pies allí desde hace meses, quizá un año. Aunque bien podría ser, claro está, que Pete, instalado ya en un reservado desde el que alza una mano para reclamar su atención, haya «refrescado la memoria» a Elaine, como dicen los abogados.

Hodges levanta a su vez la mano, y para cuando llega al reservado, Pete está de pie a un lado con los brazos en alto para saludarlo con un fuerte abrazo. Intercambian las palmadas en la espalda de rigor, y Pete le dice que tiene buen aspecto.

—Sabes el de las tres edades del hombre, ¿no? —pregunta Hodges.

Pete, sonriente, mueve la cabeza en un gesto de negación.

—La juventud, la mediana edad y cuando tienes un aspecto de puta madre.

Pete suelta una carcajada y pregunta a Hodges si sabe qué dijo la rubia cuando abrió la caja de Cheerios. Hodges contesta que no. Pete abre mucho los ojos en expresión de asombro y dice:

—¡Vaya! ¡Mira qué monada, estas semillitas de donut!

Hodges, como corresponde, lanza su propia risotada (pese a que no considera el chiste un ejemplo especialmente ingenioso del género «Rubias»). Concluidas ya las cortesías, ambos toman asiento. Se acerca un camarero —en DeMasio no

hay camareras, sino solo hombres ya entrados en años con delantales impolutos, que llevan atados muy arriba en torno al pecho estrecho y hundido—, y Pete pide cerveza en una jarra de litro y medio para los dos. Bud Light, no Ivory Special. Cuando llega, Pete levanta su vaso.

—Por ti, Billy, y por la vida después del trabajo.

—Gracias.

Entrechocan sus vasos y beben. Pete se interesa por Allie, y Hodges por los hijos de Pete, un chico y una chica. Sus esposas, ambas ya en la categoría de «ex», son mencionadas de refilón (como para demostrarse mutuamente —y a sí mismos— que no les da miedo hablar de ellas) y luego excluidas de la conversación. Piden la comida. Para cuando les sirven, han terminado ya con los dos nietos de Hodges y han analizado las posibilidades de los Indians de Cleveland, que es casualmente el equipo de béisbol de primera división más cercano. Pete come raviolis; Hodges, espaguetis con ajo y aceite, que es lo que siempre pide aquí.

Ya demediadas estas bombas calóricas, Pete extrae un papel plegado del bolsillo del pecho y, con cierta ceremonia, lo coloca junto a su plato.

—¿Qué es eso? —pregunta Hodges.

—Una prueba de que mi olfato de investigador sigue tan fino como siempre. No nos veíamos desde aquella película de terror en el Raintree Inn... la resaca me duró tres días, por cierto... y hemos hablado... ¿cuántas veces? ¿Dos? ¿Tres? Y de pronto, pumba, propones que quedemos a comer. ¿Me sorprende? No. ¿Me huelo un motivo oculto? Sí. Veamos, pues, si doy en el blanco.

Hodges se encoge de hombros.

—Siento curiosidad, como el gato. Ya conoces el dicho: «... pero la satisfacción lo resucitó».

Pete Huntley despliega una amplia sonrisa, y cubre el papel con la mano cuando Hodges alarga el brazo para cogerlo.

—No, no, no, no. Tienes que decirlo. Déjate de remilgos, *Gustavo*.

Hodges exhala un suspiro y, contando con los dedos, enumera cuatro opciones. Cuando termina, Pete desliza la hoja plegada por encima de la mesa. Hodges la extiende y lee:

1. *Davis*
2. *El Violador del Parque*
3. *Casas de empeños*
4. *El Asesino del Mercedes*

Hodges simula estupefacción.

—Me has pillado, sheriff. No digas nada si no quieres.

Pete adopta una expresión seria.

—Por Dios, si no te interesaran los casos que estaban en el aire cuando colgaste los guantes, me defraudarías. He estado... un tanto preocupado por ti.

—No quiero meterme en camisa de once varas ni nada por el estilo. —Hodges se horroriza un poco por la desenvoltura con que suelta esa trola monumental.

—Pinocho, te crece la nariz.

—No, en serio. Solo quiero que me pongas al día.

—Con mucho gusto. Empecemos por Donald Davis. Ya te sabes el guión. La cagó en todos los negocios donde metió la cuchara, más recientemente en Davis Classic Cars. Está de deudas hasta el cuello, el tío, tan hundido que debería cambiarse el nombre y hacerse llamar Capitán Nemo. Tiene dos o tres rolletes por ahí bajo mano.

—Eran tres cuando yo lie los bártulos —dice Hodges, y vuelve a concentrarse en su plato de pasta. No es Donald Davis la razón por la que está ahí, ni el violador del City Park, ni el tipo que lleva cuatro años atracando casas de empeños y licorerías; esos casos son solo camuflaje. Pero no puede evitar cierto interés.

—La mujer se cansa de las deudas y los rolletes. Cuando ella desaparece, está preparando los papeles del divorcio. La historia más antigua del mundo. Él denuncia la desaparición y se declara en quiebra el mismo día. Concede entrevistas a la televisión y abre el grifo de las lágrimas de cocodrilo. Todos sabemos que la ha matado, pero sin cadáver... —Se encoge de hombros—. Tú estuviste en las reuniones con Diana la Débil Mental. —Se refiere a la fiscal de la ciudad.

—¿Todavía no habéis podido convencerla de que presente cargos contra él?

—Sin *corpus delicti*, no hay cargos. La poli de Modesto sabía que Scott Peterson era más culpable que Caín, y aun así no se presentaron cargos hasta que recuperaron los cadáveres de la mujer y el hijo. Ya lo sabes.

Hodges lo sabe. Pete y él hablaron mucho de Scott y Laci Peterson durante la investigación de la desaparición de Sheila Davis.

—¿Y sabes qué? Se encontraron restos de sangre en su chalet de veraneo a orillas del lago. —Pete hace un alto para mayor suspense y luego suelta la bomba—. Es de ella.

Hodges, olvidándose por un momento de la comida, se inclina al frente.

—¿Eso cuándo fue?

—El mes pasado.

—¿Y no me lo contaste?

—Te lo cuento ahora. Porque tú me lo preguntas ahora. Continúan las labores de búsqueda en la zona. Se encarga la policía de Victory County.

—¿Alguien lo vio cerca de allí antes de la desaparición de Sheila?

Pete sonríe.

—Pues sí. Dos chicos. Davis sostiene que andaba buscando setas. ¡Vaya un puto naturista del copón! Cuando encuentren el cadáver, si es que lo encuentran, el bueno de Donnie Davis ya no tendrá que esperar siete años enteros para solicitar que la declaren fallecida y cobrar el seguro. —Pete exhibe una ancha sonrisa—. Piensa en todo el tiempo que se ahorrará.

—¿Y qué hay del Violador del Parque?

—Es solo cuestión de tiempo. Sabemos que es blanco; sabemos que ronda los veinte años, y sabemos que nunca se sacia de felpudo de mujer madura bien conservada.

—Habréis puesto señuelos, ¿no? Porque le gusta el buen tiempo.

—Así es, y lo cogeremos.

—Estaría bien que lo cogierais antes de que viole a otras cincuenta y tantas mientras van de camino a casa al salir del trabajo.

—Hacemos todo lo posible. —Pete parece un poco molesto, y cuando se acerca el camarero para preguntar si todo va bien, lo despacha con un gesto.

—Ya lo sé —dice Hodges. Apaciguadoramente—. ¿Y el de las casas de empeños?

Pete sonríe de oreja a oreja.

—Young Aaron Jefferson.

—¿Eh?

—Ese es su verdadero nombre, aunque cuando jugaba al fútbol en el equipo del instituto, se hacía llamar YA. Como el famoso quarterback YA Tittle, ¿te acuerdas? Aunque él no lo llamaba YA Tittle; lo llamaba YA Tetitas, según nos ha contado la novia... y madre de su hijo de tres años. Cuando le pregunté a ella si lo decía en broma o en serio, me dijo que no tenía ni idea.

He ahí otra historia que Hodges ya conoce, tan vieja que podría haberse sacado de la Biblia... y probablemente hay en esta alguna versión de lo mismo.

—A ver si adivino. Acumula en total una docena de golpes...

—Ahora son ya catorce. Y anda enseñando un pistolón de cañón corto, como Omar en *The Wire*.

—... y sigue impune porque tiene una suerte de mil demonios. Entonces va y se la pega a la joven madre. Ella se cabrea y da el chivatazo.

Pete forma una pistola con la mano y apunta a su antiguo compañero.

—Hoy en uno. Y la próxima vez que Young Aaron entre en una casa de

empeños o una agencia de cambio de cheques con su hierro, lo sabremos por adelantado, y será, ángel, ángel, allá vamos.

—¿Por qué esperar?

—Otra vez la fiscal —responde Pete—. Le sirves un filete a Diana la Débil Mental, y te dice: ásamelo, y si no está en su punto, lo devuelvo.

—Pero ya lo tenéis.

—Te apuesto unos neumáticos de banda blanca a que Ya Tetitas está en la cárcel del condado para el Cuatro de Julio y en la del Estado para Navidad. Con Davis y el Violador del Parque quizá tardemos un poco más, pero los trincaremos. ¿Quieres postre?

—No. Sí. —Dirigiéndose al camarero, dice—: ¿Aún tienen aquella tarta al ron? ¿La de chocolate negro?

Da la impresión de que el camarero se siente insultado.

—Claro que sí, caballero. Siempre.

—Yo tomaré eso. Y un café. ¿Tú, Pete?

—Yo me conformo con lo que queda de cerveza. —Dicho lo cual, vacía la jarra en su vaso—. ¿Seguro que quieres esa tarta, Billy? Me parece que has incorporado un anexo a tu porche delantero desde la última vez que te vi.

Es verdad. Hodges engulle vorazmente desde la jubilación, pero la comida solo le sabe bien desde hace un par de días.

—Estoy pensando en acudir a Weight Watchers.

Pete mueve la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Ya. Y yo estoy pensando en el sacerdocio.

—Vete a la mierda. ¿Y qué hay del Asesino del Mercedes?

—Hemos iniciado una nueva tanda de interrogatorios en el vecindario de la Trelawney. De hecho, allí está Isabelle en este preciso momento. Pero me extrañaría que a estas alturas apareciera una pista viva. Izzy no está llamando a ninguna puerta a la que no se haya llamado ya media docena de veces. Ese tío robó el buga de lujo de la Trelawney, salió de la niebla, hizo lo que hizo, volvió a esfumarse en medio de la niebla, abandonó el coche y... nada. Ríete tú del chiflado de YA Tetitas... si alguien tuvo *de verdad* una suerte de mil demonios fue el tío del Mercedes. Si hubiese montado ese número un poco más tarde, aunque fuese solo una hora, habría estado allí la policía, para el control de la aglomeración.

—Ya lo sé.

—¿Crees que *él* también lo sabía, Billy?

Hodges gira una mano a uno y otro lado para indicar que no es fácil saberlo. Quizá se lo pregunte a Mr. Mercedes si llegan a entablar conversación en esa web, el Paraguas Azul.

—Ese mamón homicida podría haber perdido el control cuando empezó a atropellar a la gente y haberse estrellado, pero no. Ingeniería alemana, la mejor del mundo, eso dice Isabelle. Alguien podría haber saltado al capó y haberlo dejado sin visibilidad, pero no. Uno de los postes de NO PASAR podría haber rebotado bajo el coche y haberse quedado atascado ahí, pero eso tampoco ocurrió. Y alguien podría haberlo visto cuando aparcó detrás de aquel almacén y se quitó la máscara, pero no lo vio nadie.

—Eran las cinco y veinte de la madrugada —señala Hodges—, y esa zona habría estado igual de vacía incluso al mediodía.

—Por la recesión —dice Pete, taciturno—. Ya, ya. Probablemente la mitad de quienes antes trabajaban en esos almacenes estaba en el Centro Cívico esperando a que empezara la condenada feria de empleo. Tómalo con ironía: es bueno para la tensión arterial.

—O sea, que no tenéis nada.

—Estancamiento total.

Llega la tarta de Hodges. Huele bien y sabe mejor.

Cuando el camarero se marcha, Pete se inclina sobre la mesa.

—En mis pesadillas sueño que vuelve a hacerlo, que nos invade otra vez la niebla del lago, y ese individuo vuelve a hacerlo.

«Él sostiene que no —piensa Hodges, llevándose otro trozo de deliciosa tarta a la boca con el tenedor—. Sostiene que no siente *el menor impulso*. Sostiene que en su caso *bastó una vez*».

—Eso o alguna otra barbaridad —dice Hodges.

—En marzo tuve una pelotera de aúpa con mi hija —comenta Pete—. Una pelotera de *padre y muy señor mío*. En abril no la vi ni una sola vez. Se saltó todos los fines de semana.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quería ir a ver un concurso de animadoras. «Tráete la marcha», creo que se llamaba. Participaban prácticamente todos los colegios del estado. ¿Recuerdas cómo le chiflaban a Candy las animadoras?

—Sí —contesta Hodges. No lo recuerda.

—A los cuatro o cinco años, o algo así, tenía una faldita plisada, y no había manera de que se pusiera otra cosa. Dos de las madres se ofrecieron a llevar a las chicas. Y yo no dejé ir a Candy. ¿Sabes por qué?

Claro que lo sabe.

—Porque el concurso se celebraba en el Centro Cívico, por eso. En mi imaginación vi a un millar de chavalas y sus madres pulular por delante del edificio, esperando a que se abrieran las puertas, esta vez al anochecer, no al amanecer, pero ya sabes que a esas horas también se levanta la niebla del lago. Vi

a ese soplapollas avanzar hacia ellas en otro Mercedes robado, o a lo mejor esta vez en un puto Hummer, y a las niñas y las madres allí de pie, mirándolo pasmadas como un ciervo bajo el haz de unos faros. Así que me negué. Tendrías que haberla oído gritarme, Billy, y aun así me negué. No me habló durante un mes, y seguiría sin hablarme si Maureen no la hubiera llevado. Le dije a Mo: «Ni hablar, no te atrevas», y ella me contestó: «Por eso me divorcié de ti, Pete, porque me cansé de oír *ni hablar y no te atrevas*». Y al final no pasó nada, claro.

Apura la cerveza y vuelve a inclinarse hacia delante.

—Espero que cuando lo trinquemos, haya mucha gente conmigo. Si lo pillo y no hay nadie delante, soy capaz de matarlo solo por ponerme a malas con mi hija.

—¿Por qué esperas, pues, que haya mucha gente?

Pete se queda pensativo y finalmente despliega una lenta sonrisa.

—En eso tienes razón.

—¿Alguna vez te paras a pensar en la señora Trelawney? —Hodges formula la pregunta con naturalidad, pero ha pensado mucho en Olivia Trelawney desde que echaron la carta anónima por la rendija de su buzón. Incluso antes. De hecho, ha soñado con ella en varias ocasiones durante esa etapa gris posterior a su jubilación. Aquella cara alargada, la cara de un caballo alicaído. Una de esas caras que parecen decir *nadie lo entiende y todo el mundo está contra mí*. Con tanto dinero, y era incapaz de dar gracias por lo que la vida le ofrecía, empezando por la libertad de no depender de un sueldo. Hacía muchos años que la señora T. no tenía que hacer cuadrar las cuentas ni estar pendiente del contestador automático por si la llamaba algún cobrador, y aun así, solo veía el lado malo de las cosas, acumulando una larga lista de quejas porque el corte de pelo no la favorecía o porque había recibido un servicio poco atento. La señora Trelawney con sus deformes vestidos de escote barco, el barco en cuestión siempre escorado a babor o estribor. Los ojos húmedos, como si estuviera siempre al borde del llanto. No inspiraba simpatía a nadie, y eso incluía al inspector de primer grado Gustavo William Hodges. Cuando se quitó la vida, no fue una sorpresa para nadie, incluido ese mismísimo inspector Hodges. La muerte de ocho personas —y las lesiones de otras muchas— era una pesada carga para la conciencia.

—Si me paro a pensarlo, ¿en qué sentido? —pregunta Pete.

—Si no estaría diciendo la verdad. Sobre la llave.

Pete enarca las cejas.

—Ella creía que *sí* decía la verdad. Eso tú lo sabes tan bien como yo. Se convenció de tal modo que podría haber superado la prueba del detector de mentiras.

Es verdad, y lo de Olivia Trelawney no extrañó a ninguno de los dos. Bien sabe Dios que en su trabajo habían visto a otros como ella. Los delincuentes

profesionales se comportan como si fueran culpables incluso cuando no han cometido los delitos en cuya investigación se ven obligados a declarar, porque saben de sobra que son culpables de *algo*. Los ciudadanos probos sencillamente reaccionan con incredulidad, y cuando uno de ellos acaba siendo interrogado antes de presentarse cargos, como Hodges sabe, rara vez hay un arma de por medio. «Pensé que había atropellado a un perro», dicen, y al margen de lo que hayan visto por el retrovisor después de la horrenda doble sacudida en el coche, se lo creen.

Solo un perro.

—Pues yo sí me paro a pensar —dice Hodges procurando adoptar una apariencia reflexiva más que insistente.

—Vamos, Billy. Tú viste lo mismo que yo, y cuando necesites un curso de reciclaje, puedes venir a la comisaría y mirar las fotos.

—Supongo que sí.

Los acordes iniciales de *Una noche en el Monte Pelado* suenan desde el bolsillo de la americana barata de Pete. Saca el teléfono móvil, lo mira y dice:

—Esta tengo que contestarla.

Hodges, con un gesto, le indica que adelante.

—¿Sí? —Pete escucha. Con los ojos desorbitados, se pone en pie tan bruscamente que casi derriba la silla—. ¿Cómo?

Otros comensales paran de comer y se vuelven a mirarlo. Hodges observa con interés.

—¡Sí... sí! Enseguida voy. ¿Cómo? Sí, sí, de acuerdo. No me esperes, tú ve yendo.

Cierra el teléfono y vuelve a sentarse. De pronto se le nota totalmente alerta, y en ese momento Hodges siente una envidia atroz.

—Tendría que comer contigo más a menudo, Billy. Me traes suerte, siempre ha sido así. Hablamos del tema, y ocurre.

—¿Qué? —pregunta Hodges, pensando que se refiere a Mr. Mercedes. A continuación lo asalta una idea que es absurda y a la vez triste: ese me correspondía a mí.

—Era Izzy. Acaba de recibir una llamada de un coronel de la Policía del Estado en la delegación de Victory County. Un guarda forestal ha encontrado unos huesos en una antigua gravera hace una hora. La gravera está a menos de tres kilómetros del chalet de veraneo de Donnie Davis a orillas del lago, y adivina qué. Según parece, los huesos llevan los restos de un vestido.

Alza la mano por encima de la mesa. Hodges choca los cinco con él.

Pete devuelve el teléfono al bolsillo deformado y saca el billetero. Hodges niega con la cabeza, sin siquiera engañarse por lo que siente: alivio. Un *gran*

alivio.

—No, invito yo. Has quedado con Isabelle allí mismo, ¿no?

—Sí.

—Pues ponte en marcha.

—De acuerdo. Gracias por la comida.

—Una cosa más: ¿has sabido algo de Joe el de la Autopista?

—Eso está en manos de la Policía del Estado —contesta Pete—. Y ahora de los federales. Y bienvenidos sean. Por lo que he oído, no tienen nada. Solo esperan a que él actúe otra vez y haya suerte. —Lanza una ojeada a su reloj.

—Vete, vete.

Pete se aleja, se detiene, vuelve a la mesa y planta un beso a Hodges en la frente.

—Encantado de verte, amor mío.

—Piérdete —responde Hodges—. La gente pensará que estamos enamorados.

Pete se larga con una amplia sonrisa en el semblante, y Hodges se acuerda del nombre por el que a veces se llamaban a sí mismos: los Sabuesos del Cielo.

Se pregunta si conserva el fino olfato de otros tiempos.

13

El camarero regresa para saber si desea algo más. Hodges, a punto ya de contestar que no, cambia de idea y pide otro café. Solo quiere quedarse ahí sentado durante un rato, saboreando su doble motivo de satisfacción: no era Mr. Mercedes y sí *era* el soplapollas de Donnie Davis, el farsante que mató a su mujer y luego encargó a su abogado que organizara una recaudación de fondos para ofrecer una recompensa a cambio de cualquier información que permitiera descubrir su paradero. Porque, Dios bendito, la amaba tanto que su único deseo era que ella volviera a casa para poder empezar de cero.

También quiere pensar en Olivia Trelawney, y en el Mercedes robado de Olivia Trelawney. Nadie duda de que en efecto fue robado. Pero, a pesar de todos los desmentidos de esa mujer, tampoco nadie duda de que ella facilitó las cosas al ladrón.

Hodges recuerda un caso que Isabelle Jaynes, por entonces recién llegada de San Diego, les contó después de ponerla al corriente sobre la participación involuntaria de la señora Trelawney en la Matanza del Centro Cívico. En el relato de Isabelle *se trataba de* un arma. Explicó que un día se requirió la presencia de su compañero y ella en una casa donde un niño de nueve años había matado de un tiro a su hermana de cuatro. Estaban jugando con la pistola automática que el

padre había dejado en su escritorio.

—El padre no fue procesado, pero cargará con eso durante el resto de su vida —dijo Isabelle—. Esto otro acabará igual, esperad y veréis.

Al cabo de un mes, o quizá menos, la Trelawney se atiborró de pastillas, y entre quienes intervenían en el caso del Asesino del Mercedes nadie se inmutó. Para ellos —y para Hodges—, la señora T. no era más que una ricachona propensa a la autocompasión que se negaba a aceptar su parte en lo sucedido.

El Mercedes SL se hallaba en el centro de la ciudad cuando fue robado, pero la señora Trelawney, una viuda que perdió a su adinerado marido a causa de un infarto, vivía en Sugar Heights, un barrio residencial de las afueras tan opulento como induce a pensar su nombre, «los Altos del Azúcar», donde numerosas verjas dan acceso a supermansiones de hasta veinte habitaciones. Hodges se crio en Atlanta, y siempre que pasa en coche por Sugar Heights se acuerda de un lujoso vecindario de su ciudad natal llamado Buckhead.

La anciana madre de la señora T., Elizabeth Wharton, vivía en un apartamento —uno muy agradable, con habitaciones tan grandes como las promesas de un candidato electoral— de un selecto complejo de Lake Avenue. La chabola en cuestión tenía espacio suficiente para alojar a una asistenta fija, y una enfermera privada iba tres días por semana. La señora Wharton padecía de escoliosis avanzada, y fue su OxyContin lo que su hija afanó en el botiquín del apartamento cuando decidió quitarse del medio.

El suicidio es una prueba de culpabilidad. Hodges recuerda que eso decía el teniente Morrissey, pero él personalmente tiene sus dudas, y de un tiempo a esta parte esas dudas han arreciado más que nunca. Lo que ahora sabe es que la culpabilidad no es la única razón por la que la gente se suicida.

A veces uno sencillamente se aburre de la televisión vespertina.

Dos agentes de la policía motorizada encontraron el Mercedes una hora después de los asesinatos. Estaba detrás de uno de los muchos almacenes situados a orillas del lago.

En el extenso patio pavimentado se alzaban numerosos contenedores oxidados como los monolitos de la isla de Pascua. El Mercedes gris estaba aparcado de cualquier manera entre dos de ellos, medio atravesado. Para cuando llegaron Hodges y Huntley, ya había en el patio cinco coches patrulla, dos casi tocando el parachoques trasero del vehículo, como si los agentes temieran que el enorme sedán gris fuera a arrancar por propia iniciativa, igual que aquel viejo Plymouth

en la película de terror, y se dio a la fuga. La niebla se había condensado en llovizna. Los puentes de luces de los coches patrulla iluminaban las gotas con sus pulsaciones azules de ritmos dispares.

Hodges y Huntley se aproximaron al grupo de patrulleros. Pete Huntley habló con los dos que habían descubierto el coche mientras Hodges llevaba a cabo una primera inspección. El SL500 tenía el morro solo un poco abollado —la famosa ingeniería alemana—, pero el capó y el parabrisas eran un salpicón de restos sanguinolentos. Una manga de camiseta, ahora rígida por la sangre coagulada, se había prendido de la calandra. Más tarde se averiguó que pertenecía a August Odenkirk, una de las víctimas. Había también otra cosa. Algo que refulgía pese a la tenue luz de esa mañana. Hodges hincó una rodilla en tierra para mirar desde cerca. Seguía en esa posición cuando Huntley se reunió con él.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Pete.

—Una alianza nupcial, diría yo —contestó Hodges.

Y en efecto lo era. La sencilla sortija había sido propiedad de Francine Reis, treinta y nueve años, vecina de Squirrel Ridge Road, y un tiempo después fue devuelta a la familia. La mujer tuvo que ser enterrada con la alianza en el dedo anular de la mano derecha, porque había perdido el índice, el medio y el anular de la mano izquierda. El forense dedujo que levantó ese brazo en un gesto de protección instintivo cuando el Mercedes se abalanzó sobre ella. Dos de dichos dedos se hallaron en el lugar de los hechos poco antes de las doce del mediodía del 10 de abril. El índice nunca apareció. Hodges sospechó que una gaviota —una de esas muchachas enormes que rondaban por las orillas del lago— lo había cogido y se lo había llevado. Prefería esa hipótesis a la otra opción, mucho más horripilante: que uno de los supervivientes ilesos del Centro Cívico se lo hubiese quedado a modo de recuerdo.

Hodges se irguió e indicó a uno de los patrulleros que se acercase.

—Tenemos que tapar esto con una lona impermeable antes de que la lluvia se lleve...

—Ya está de camino —contestó el agente, y señaló a Pete con el pulgar—. Ha sido lo primero que nos ha dicho.

—¡Vaya, qué espabilado! —dijo en una imitación no del todo mala de la beata televisiva del show de Dana Carvey, pero la sonrisa con que respondió su compañero fue tan tenue como la luz de ese día. Pete contemplaba el morro chato y ensangrentado del Mercedes, y el anillo atrapado entre el cromado.

Se acercó otro agente, cuaderno en mano; la hoja por donde lo tenía abierto se abarquillaba ya a causa de la humedad. La placa lo identificaba como F. SHAMMINGTON.

—El coche está registrado a nombre de la señora Olivia Ann Trelawney, Lilac

Drive 729. Eso está en Sugar Heights.

—El sitio adonde se va a dormir la mayoría de los buenos Mercedes cuando termina su larga jornada laboral —comentó Hodges—. Averigüe si esa mujer está en su casa, agente Shammington. Si no está, haga lo posible por localizarla. ¿Puede ocuparse de eso?

—Sí, inspector, por supuesto.

—Simple rutina, ¿de acuerdo? Una investigación sobre el robo de un coche.

—Hecho.

Hodges se volvió hacia Pete.

—Parte delantera del habitáculo: ¿has observado algo?

—Los airbags no se han disparado. Los ha desactivado. Eso indica premeditación.

—Indica también que sabía cómo hacerlo. ¿Qué opinas de la máscara?

Pete, bajo la lluvia, echó un vistazo a través de la ventanilla del conductor, sin tocar el cristal. En el asiento de piel del conductor se veía una máscara de goma, de esas que cubren toda la cabeza. Mechones de pelo anaranjado, a lo Bozo, sobresalían por encima de las sienes como cuernos. La nariz era un bulbo de goma rojo. Sin cabeza que la tensara, la sonrisa de aquellos labios rojos se había convertido en una mueca de desdén.

—Pone la carne de gallina. ¿Has visto esa película del payaso en la alcantarilla?

Hodges negó con la cabeza. Más tarde —solo unas semanas antes de jubilarse — compró esa película en DVD, y Pete tenía razón. La máscara se parecía mucho al rostro de Pennywise, el payaso de la película.

Los dos circundaron de nuevo el coche, fijándose esta vez en las manchas de sangre en neumáticos y estribos. Gran parte la eliminaría la lluvia antes de que llegaran la lona y los técnicos; faltaban aún cuarenta minutos para las siete de la mañana.

—¡Agentes! —llamó Hodges. Cuando los policías se agruparon, preguntó—: ¿Quién tiene un móvil con cámara?

Todos tenían. Hodges los dispuso en círculo alrededor de lo que ya consideraba el «coche de la muerte» —el «coche de la muerte», así sin más—, y empezaron a tomar fotos.

El agente Shammington, un poco apartado, hablaba por teléfono. Pete, con una seña, le pidió que se aproximara.

—¿Sabemos la edad de esa Trelawney?

Shammington consultó su cuaderno.

—La fecha de nacimiento que consta en el carnet de conducir es el 3 de febrero de 1957. Tendrá, pues... mmm...

—Cincuenta y dos —se adelantó Hodges.

Pete y él trabajaban juntos desde hacía más de diez años, y a esas alturas eran ya muchas las cosas que no tenían que decirse en voz alta. Olivia Trelawney, por sexo y por edad, habría sido una víctima idónea para el Violador del Parque, pero no encajaba en absoluto en el papel de asesina en masa. Sabían que se habían dado casos de personas que perdían el control de sus vehículos y, por accidente, embestían a grupos de gente; hacía solo cinco años, en esa misma ciudad, un octogenario, casi senil, había invadido la terraza de una cafetería al volante de su Buick Electra, matando a una persona e hiriendo a otras cinco o seis. Pero Olivia Trelawney tampoco se correspondía con ese perfil. Demasiado joven.

Además, estaba la máscara.

Pero...

Pero.

15

La cuenta llega en una bandeja de plata. Hodges deposita la tarjeta encima y toma un sorbo de café mientras espera a que regrese. Se siente gratamente saciado, y por lo regular a mediodía ese estado lo predispone a una siesta de dos horas. No esta tarde. Nunca se ha sentido tan despierto como esta tarde.

El *pero* era tan evidente que tampoco eso requirió comentario alguno, ni entre ellos dos ni de cara a los patrulleros, que seguían llegando sin cesar, pese a lo cual la condenada lona no apareció hasta las siete y cuarto. El SL500 tenía el seguro puesto en todas las puertas y no había llave en el contacto. Por lo que los inspectores vieron, no parecía forzado, cosa que confirmó más tarde el mecánico jefe del concesionario de Mercedes en la ciudad.

—¿Sería muy difícil abrirlo con ganzúa? —preguntó Hodges al mecánico—. ¿Accionar así la cerradura?

—Casi imposible —dijo el mecánico—. Estos Mercedes son muy *robustos*. Si alguien lo consiguiera, dejaría marcas. —Se echó atrás la gorra—. Lo que pasó, señores, lisa y llanamente, es que esa mujer se dejó la llave en el contacto y al salir no prestó atención al avisador. A lo mejor tenía la cabeza en otra parte. El ladrón vio la llave y se llevó el coche. O sea, tenía la llave de *todas... todas*. ¿Cómo, si no, iba a cerrar el coche al marcharse?

—Ha dicho «esa mujer» —observó Pete. No habían mencionado el nombre de la propietaria.

—Venga, vamos. —El mecánico esbozó una sonrisa—. Este es el Mercedes de la señora Trelawney. Olivia Trelawney. Lo compró en nuestro concesionario, y

nosotros nos ocupamos del mantenimiento cada cuatro meses, puntualmente. Solo revisamos unos pocos vehículos de doce cilindros, y los conocemos todos. —Y a continuación, sin decir nada que no fuese la horripilante verdad, añadió—: Esta maravilla es un tanque.

El asesino metió el Mercedes-Benz entre los dos contenedores, apagó el motor, se quitó la máscara, la roció de lejía y salió del coche (los guantes y la redecilla para el pelo, cabía suponer, se los llevó, probablemente guardados en la chaqueta). Luego, mientras se alejaba adentrándose en la niebla, el último corte de mangas: cerró el coche con el mando a distancia de Olivia Ann Trelawney.

En eso quedaba el *pero*.

16

«Nos advirtió que no hiciéramos ruido porque su madre dormía —recuerda Hodges—. Luego nos ofreció café y pastas». Sentado en el DeMasio, toma el último sorbo de su actual taza mientras espera a que le devuelvan la tarjeta de crédito. Piensa en el salón de aquel apartamento descomunal, con una vista espectacular del lago.

Junto con el café y las pastas, les ofreció esa característica expresión de inocencia propia de los ciudadanos probos que nunca han tenido problemas con la policía, que ni siquiera han concebido la posibilidad, como si dijera «Claro que no». Llegó al punto de expresarlo de viva voz cuando Pete le preguntó si era posible que hubiera dejado la llave en el contacto tras aparcar el coche en Lake Avenue a unas puertas del edificio de su madre.

—Claro que no. —Las palabras salieron de sus labios contraídos en una parca sonrisa que daba a entender: «Esa idea me parece absurda y no poco insultante».

El camarero vuelve por fin. Deja la bandejita plateada, y antes de que llegue a erguirse, Hodges le pone en la mano un billete de diez y otro de cinco. En el DeMasio, los camareros se reparten las propinas, práctica que Hodges desapruueba plenamente. Y si eso se debe a que es de la vieja escuela, pues que así sea.

—Gracias, caballero, y *buon pomeriggio*.

—Igualmente —contesta Hodges.

Coge el resguardo y su *American Express*, pero no se levanta de inmediato. Quedan unas migajas en el plato del postre, y las captura con el tenedor como hacía con los pasteles de su madre cuando era niño. Para él, esas últimas migajas, sorbidas lentamente de entre las púas del tenedor y depositadas en la lengua, eran siempre la parte más dulce de su porción.

Ese primer interrogatorio crucial, solo unas horas después del crimen. Café y pastas mientras los cuerpos destrozados de los muertos eran identificados. En algún lugar los familiares lloraban y se rasgaban las vestiduras.

La señora Trelawney fue al recibidor del apartamento, donde había dejado el bolso en una mesa auxiliar. Mientras regresaba con el bolso, revolvió en el interior, empezó a fruncir el entrecejo, siguió revolviendo, empezó a preocuparse un poco. De pronto sonrió.

—Aquí tiene —dijo, y entregó la llave.

Los inspectores observaron la llave, y Hodges pensó en lo corriente que parecía para ser algo que acompañaba a un coche tan caro. En esencia se reducía a una placa de plástico con un abultamiento en un extremo. Dicho abultamiento llevaba el logo de Mercedes a un lado. En el otro tenía tres botones. Uno mostraba un candado con el asa cerrada. En el botón contiguo, el candado aparecía con el asa abierta. El tercer botón mostraba el rótulo ALARMA. Cabía suponer que si un atracador asaltaba al conductor mientras abría la puerta del vehículo, podía pulsarse ese botón y el coche empezaba a pedir socorro.

—Entiendo que le haya costado un poco encontrarla en el bolso —comentó Pete adoptando un tono de charla desenfadada lo más convincente posible—. Mucha gente usa un llavero con algún distintivo. El de mi mujer tiene una margarita de plástico enorme. —Desplegó una afectuosa sonrisa, como si Maureen fuera aún su mujer, y a pesar de que aquella consumada esclava de la moda ni en sueños habría llevado una margarita de plástico en el bolso.

—Un detalle encantador —dijo la señora Trelawney—. ¿Cuándo me devolverán el coche?

—Eso no depende de nosotros, señora —respondió Hodges.

La señora Trelawney suspiró y se enderezó el escote barco del vestido. Era la primera de las docenas de veces que le verían ese gesto.

—Tendré que venderlo, claro. Después de esto sería incapaz de montarme en ese coche. Pensar que *mi* coche... Qué horror. —Aprovechando que tenía el bolso a mano, lo exploró de nuevo y sacó un puñado de Kleenex de color pastel—. Un *verdadero* horror.

—Nos gustaría repararlo todo una vez más —dijo Pete.

Ella alzó la vista al techo, poniéndose de manifiesto lo ribeteados e inyectados en sangre que tenía los ojos.

—¿De verdad es necesario? Estoy agotada. Me he pasado en vela casi toda la noche con mi madre. De tan dolorida como está, no ha podido dormirse hasta pasadas las cuatro. Me gustaría echar una siesta antes de que llegue la señora

Greene, la enfermera.

Hodges pensó: «Acaban de usar su coche para matar a ocho personas, ocho si todas las demás sobreviven, y quiere echarse una siesta». Más tarde no sabría con certeza si su antipatía por la señora Trelawney empezó en ese momento, pero seguramente sí. Cuando uno tenía delante a personas angustiadas, deseaba abrazarlas y decir «vamos, vamos» a la vez que les daba palmadas en la espalda. A otras uno deseaba darles un buen bofetón en plena jeta y decirles que se comportaran como un hombre. O en el caso de la señora T., como una mujer.

—Aligeraremos lo máximo posible —prometió Pete. No le dijo que ese sería el primero de muchos interrogatorios. Para cuando terminaran con ella, se oiría a sí misma contar su versión de los hechos en sueños.

—Muy bien, pues. Llegué aquí, a casa de mi madre, el jueves por la tarde, poco después de las siete...

La visitaba al menos cuatro veces por semana, explicó, pero los jueves se quedaba allí a dormir. Siempre pasaba antes por el B'hai, un excelente restaurante vegetariano del centro comercial de Birch Hill, y se llevaba la cena para las dos, que luego calentaba en el horno. («Aunque ahora mi madre come muy poco, claro. Por el dolor»). Les contó que siempre se organizaba para llegar poco después de las siete, porque era entonces cuando empezaba el horario de aparcamiento nocturno, y casi todas las plazas de la calle quedaban desocupadas.

—Yo no sé aparcar en paralelo. Sencillamente soy incapaz.

—¿Y el *parking* que hay en esta misma manzana? —preguntó Hodges.

Ella lo miró como si estuviera loco.

—Cuesta dieciséis dólares dejar el coche ahí toda la noche. En la calle sale *gratis*.

Pete sostenía aún la llave, pero no había dicho a la señora Trelawney que se la llevarían.

—Paró en Birch Hill y pidió la cena para su madre y usted en el... —Consultó su cuaderno—. El B'hai.

—No, ya había hecho el encargo por adelantado. Desde mi casa de Lilac Drive. Siempre se alegran de saber de mí. Soy una cliente antigua y apreciada. Anoche pedí *kuku sabzi* para mi madre, que es una tortilla de hierbas con espinacas y cilantro, y *gheimeh* para mí. El *gheimeh* es un delicioso estofado de guisantes, patatas y champiñones. Muy ligero para el estómago. —Se enderezó el escote barco—. Tengo una acidez tremenda desde la adolescencia. Una aprende a convivir con eso.

—Supongo que su pedido estaba... —comenzó Hodges.

—Y de postre *sholeh-zard* —añadió—. Eso es un pudín de arroz con canela. Y azafrán. —Exhibió su sonrisa, peculiarmente compungida. Al igual que el

hábito compulsivo de enderezarse el escote barco, esa sonrisa era un rasgo muy suyo que llegarían a conocer hasta la saciedad—. Es el azafrán lo que le da el toque especial. Incluso mi madre come siempre el *sholeh-zard*.

—Debe de estar riquísimo —comentó Hodges—. Y su pedido... ¿estaba ya preparado y listo para llevar cuando usted llegó?

—Sí.

—¿En una sola caja?

—No, no. En tres.

—¿En una bolsa?

—No, solo las cajas.

—Debió de tener su complicación, sacar todo eso del coche —observó Pete—. Tres cajas de comida para llevar, el bolso...

—Y la llave —añadió Hodges—. No te olvides de eso, Pete.

—Además, imagino, quería subirlo todo al apartamento lo antes posible —dijo Pete—. La comida fría no tiene ninguna gracia.

—Ya veo adónde quieren ir a parar —contestó la señora Trelawney—, y les aseguro... —una brevísima pausa—, *caballeros*, que están muy equivocados. Metí la llave en el bolso nada más apagar el motor; es lo primero que hago siempre. En cuanto a las cajas, iban las tres atadas con un cordel, apiladas... —Separó las manos unos cincuenta centímetros para dejarlo claro—. O sea, eran muy manejables. Llevaba el bolso en el brazo. Mire. —Dobló el brazo, se colgó el bolso y se paseó por el espacioso salón cargada con una pila de cajas invisibles del B'hai—. ¿Lo ven?

—Sí —dijo Hodges. Le pareció ver también otra cosa.

—En cuanto a las prisas... pues no. No había necesidad, porque en todo caso hay que calentar la comida. —Guardó silencio por un momento—. El *sholeh-zard* no, claro. No hace falta calentar un pudin de arroz. —Dejó escapar una risita. No una risa boba de niña, pensó Hodges; sino más bien una risa forzada. O más exactamente, se dijo, una risita forzada de viuda, dado que su marido había muerto. A su antipatía se añadió otra capa, tan fina que era casi invisible, pero no del todo. No, no del todo.

—Permítame, pues, repasar sus movimientos desde el momento en que llegó aquí a Lake Avenue —dijo Hodges—. Llegó poco después de las siete.

—Sí. A las siete y cinco, quizá un poco más.

—Ajá. Aparcó... ¿dónde? ¿A tres o cuatro puertas en esta misma calle?

—Cuatro como mucho. Solo necesito dos plazas libres, y así ya puedo entrar sin dar marcha atrás. Detesto la marcha atrás. Siempre giro en el sentido equivocado.

—Ya, a mi mujer le pasa lo mismo. O sea, apagó el motor. Retiró la llave del

contacto y la metió en el bolso. Se colgó el bolso del brazo y cogió las cajas con la comida...

—La *pila* de cajas. Atadas las tres con un cordel grueso y robusto.

—La pila, eso mismo. Y luego ¿qué?

Lo miró como si fuera el idiota más grande en un mundo donde la idiotez era un mal generalizado.

—Luego vine hasta el edificio de mi madre. La señora Harris... la asistente, como ya saben... me abrió por el interfono. Los jueves se marcha en cuanto yo llego. Subí en ascensor al piso 19. Donde están ustedes ahora haciéndome preguntas en lugar de decirme cuándo tendré el coche a mi disposición. El coche que me han *robado*.

Hodges tomó nota mentalmente de que debía preguntar a la asistente si había visto el Mercedes de la señora T. al marcharse.

—¿En qué momento volvió a sacar la llave del bolso, señora Trelawney? —preguntó Pete.

—¿Volví? ¿Para qué iba yo...?

Pete sostuvo la llave en alto: Prueba A.

—Para dejar el coche cerrado antes de entrar en el edificio. Porque lo *cerró*, ¿no?

Por un instante asomó un destello de incertidumbre a sus ojos. Los dos lo vieron. Enseguida desapareció.

—Claro que sí.

Hodges la miró a los ojos. Ella los desvió, dirigiendo la vista hacia el lago a través de la ventana panorámica, y él lo advirtió de nuevo.

—Piénselo detenidamente, señora Trelawney. Han muerto varias personas, y esto es importante. ¿Recuerda el momento concreto en que, estorbada por las cajas, sacó la llave del bolso y apretó el botón de BLOQUEO? ¿Y vio parpadear los faros en señal de confirmación? Eso es lo que ocurre, ya lo sabe, ¿no?

—*Claro* que lo sé. —Se mordió el labio inferior, cayó en la cuenta de que lo hacía, y se interrumpió.

—¿Recuerda ese momento en concreto?

Por unos segundos quedó totalmente inexpresiva. De pronto aquella sonrisa de superioridad suya asomó en todo su irritante esplendor.

—Espere. Ahora me acuerdo. Metí la llave en el bolso *después* de recoger las cajas y salir. Y después de pulsar el botón que bloquea las puertas del coche.

—Está segura —dijo Pete.

—Sí.

Lo estaba, y así seguiría. Los dos lo sabían. Tal como un ciudadano probo que se daba a la fuga después de un atropello sostenía, una vez descubierto, que *por*

supuesto era un perro lo que había arrollado.

Pete cerró el cuaderno de un golpe de muñeca y se levantó. Hodges lo imitó. La señora Trelawney parecía más que impaciente por acompañarlos a la puerta.

—Una pregunta más —dijo Hodges ya en el recibidor.

Ella enarcó las cejas bien depiladas en una expresión de cautela.

—¿Sí?

—¿Dónde tiene la llave de repuesto? Debemos llevárnosla también.

Esta vez no reaccionó con semblante inexpresivo; tampoco apartó la mirada ni titubeó.

—No tengo llave de repuesto, ni la necesito —declaró—. Llevo mucho cuidado con mis cosas, inspector. Compré la Dama Gris... así llamo a mi Mercedes... hace cinco años, y la única llave que he utilizado es la que hay ahora en el bolsillo de su compañero.

18

En la mesa donde Pete y él han comido, se ha recogido ya todo excepto el vaso de agua a medio beber, y sin embargo ahí sigue Hodges, contemplando a través del ventanal el aparcamiento y el paso elevado que marca el límite no oficial de Lowtown, un barrio en el que los vecinos de Sugar Heights, como la difunta Olivia Trelawney, nunca se aventuran a entrar. ¿Y además para qué iban a entrar? ¿Para comprar droga? Hodges está convencido de que en Sugar Heights hay drogotas, y muchos, pero cuando se vive allí, los camellos van a domicilio.

La señora T. mentía. *Por fuerza* mentía. La alternativa era afrontar el hecho de que un momentáneo descuido había tenido consecuencias horrendas.

Ahora bien, ¿y si suponemos, a modo de hipótesis, que sí decía la verdad?

De acuerdo, supongámoslo. Pero si nos equivocamos, si en realidad no dejó el Mercedes sin bloquear y con la llave en el contacto, ¿en qué nos equivocamos? ¿Y qué *ocurrió*?

Permanece ahí sentado, mirando por el ventanal, absorto en sus recuerdos, ajeno a que algunos de los camareros han empezado a observarlo con cierta inquietud: el jubilado obeso repantigado en su silla como un robot que se ha quedado sin pilas.

19

El *coche de la muerte* había sido transportado con grúa al depósito policial, todavía sin abrir. Se informó de ello a Hodges y Huntley cuando volvieron a su

propio vehículo. El mecánico jefe de Ross Mercedes acababa de llegar, y tenía casi la total certeza de que podía desbloquear el condenado artefacto. Tarde o temprano.

—Dígale que no se moleste —indicó Hodges—. Tenemos la llave de la propietaria.

Al otro lado de la línea se produjo un silencio, y a continuación el teniente Morrissey preguntó:

—¿De la propietaria? ¿No estará diciéndome que ha sido *ella*...?

—No, no, nada más lejos. ¿El mecánico está ahí esperando, teniente?

—Está en el depósito, examinando los desperfectos del coche. Al borde del llanto, según me han dicho.

—Quizá no estaría de más que reservara alguna lágrima para los muertos —comentó Pete. Iba al volante. El limpiaparabrisas se deslizaba rítmicamente a uno y otro lado. Había arreciado la lluvia—. Era solo un comentario.

—Dígale que se ponga en contacto con el concesionario y compruebe un dato —indicó Hodges—. Luego que me llame al móvil.

El tráfico avanzaba con lentitud en el centro, debido en parte a la lluvia y en parte a que Marlborough Street estaba cortada a la altura del Centro Cívico. Habían recorrido únicamente cuatro manzanas cuando sonó el móvil de Hodges. Era Howard McGrory, el mecánico.

—¿Alguien en el concesionario le ha confirmado ese dato por el que sentía curiosidad? —preguntó Hodges.

—No ha hecho falta —respondió McGrory—. Trabajo en Ross desde 1987. Desde entonces debo de haber visto mil Mercedes salir por la puerta, y puedo asegurarle que todos salen con dos llaves.

—Gracias —dijo Hodges—. No tardaremos en llegar. Tenemos unas cuantas preguntas más que hacerle.

—Aquí estaré. Esto es un horror. Un *horror*.

Hodges cortó la comunicación y transmitió la información que McGrory acababa de facilitarle.

—¿Te sorprende? —preguntó Pete.

Más adelante, un indicador de color naranja anunciaba DESVÍO. Eso los obligaría a rodear el Centro Cívico... a no ser que optaran por encender las luces de emergencia, claro, cosa que ninguno de los dos deseaba. Lo que necesitaban en ese momento era hablar.

—No —contestó Hodges—. Es el procedimiento de rutina. Como dicen los ingleses, un heredero y otro de repuesto. Te dan dos llaves cuando compras un coche nuevo...

—... y te dicen que la guardes en lugar seguro, para que puedas echar mano

de ella si pierdes la que sueles llevar encima. Algunas personas, si necesitan la de repuesto pasado un par de años, ya no se acuerdan de dónde la han dejado. Las mujeres con bolsos grandes, como el maletón de la Trelawney, tienden a echar las dos llaves dentro y se olvidan por completo de la de reserva. Si es verdad eso que dice de que no la llevaba en un llavero, quizá utilizaba las dos indistintamente.

—Sí —convino Hodges—. Llega a casa de su madre, preocupada ante la perspectiva de pasar una noche más afrontando los dolores de la anciana, haciendo malabarismos con las cajas y el bolso...

—Y deja la llave en el contacto. No quiere reconocerlo, ni ante nosotros ni ante sí misma, pero eso es lo que hizo.

—A pesar de que el avisador... —observó Hodges con incertidumbre.

—A lo mejor cuando ella salía del coche pasaba un camión grande y ruidoso, y no oyó el avisador. O un coche de policía con la sirena puesta. O a lo mejor estaba tan absorta en sus pensamientos que no se enteró.

Le vieron la lógica en ese momento y más aún después, cuando McGrory les explicó que el coche de la muerte no se había abierto con ganzúa ni se había arrancado el motor por medio de un puente. Lo que preocupaba a Hodges —en realidad lo único que le preocupaba— era lo mucho que *deseaba* verle la lógica a esa interpretación. Ninguno de los dos sentía la menor simpatía por la señora Trelawney, la mujer del escote barco, las cejas perfectamente depiladas y la risita forzada de viuda. La señora Trelawney, que no se había interesado por los muertos y los heridos, ni había querido conocer el menor detalle. Ella no era la autora —eso imposible—, pero estaría bien echarle parte de la culpa. Para que tuviera algo en qué pensar además de las cenas vegetarianas del B'hai.

—No compliquemos lo que es sencillo —repitió su compañero. El tráfico era más fluido, y pisó el acelerador—. Le dieron dos llaves. Sostiene que siempre ha tenido solo una. Y ahora sí es verdad. El hijo de puta que mató a esa gente seguramente ha tirado la que la señora Trelawney dejó en el contacto a alguna alcantarilla que le caía de paso. La que ella nos ha enseñado era la de repuesto.

Esa debía de ser la explicación. Cuando uno oía ruido de cascotes, no pensaba en cebras.

Alguien le da una ligera sacudida, como hace uno cuando quiere despertar a una persona profundamente dormida. Y Hodges cae en la cuenta de que en efecto casi *estaba* dormido. O hipnotizado por sus evocaciones.

Es Elaine, la recepcionista del DeMasio, y lo mira con preocupación.

—¿Inspector Hodges? ¿Se encuentra bien?

—Estupendamente. Pero ahora solo soy el señor Hodges, Elaine. Me he retirado.

Él advierte la preocupación en su mirada, pero también algo más. Algo peor. Es el único cliente que queda en el restaurante. Observa a los camareros agrupados en torno a la puerta de la cocina, y de pronto se ve a sí mismo como debe de verlo Elaine, un viejo que sigue ahí sentado mucho después de marcharse su acompañante (y todos los demás). Un viejo obeso que ha sorbido las últimas migajas de tarta del tenedor como un niño que chupara una piruleta y luego se ha quedado abstraído sin más, mirando por el ventanal.

«Se preguntan si voy derecho al Reino de la Demencia a bordo del Expreso del Alzheimer», piensa.

Sonríe a Elaine: su mejor sonrisa, amplia y encantadora.

—Pete y yo hemos charlado de casos antiguos. Ahora estaba acordándome de uno de ellos. Rebobinándolo, por así decirlo. Lo siento. Ya me voy.

Pero cuando se pone en pie, se tambalea y tropieza con la mesa, volcando el vaso de agua medio vacío. Elaine lo sujeta por el hombro para que no se caiga, aún más preocupada que antes.

—Inspector... señor Hodges, ¿está en condiciones de conducir?

—Claro —responde con excesiva efusividad. Un hormigueo sube y baja entre sus tobillos y sus ingles en *sprints* cortos—. Solo he tomado dos vasos de cerveza. Pete se ha bebido el resto. Se me han dormido las piernas, nada más.

—Ah. ¿Ya está mejor?

—Perfectamente —contesta Hodges, y es verdad que se nota las piernas mejor. Gracias a Dios. Recuerda haber leído en algún sitio que los hombres mayores, en especial los hombres mayores obesos, no deben permanecer sentados demasiado rato. Puede formarse un coágulo de sangre detrás de la rodilla. Cuando te levantas, el coágulo liberado realiza su propio sprint letal hasta el corazón, y entonces será, ángel, ángel, allá vamos.

Elaine va con él hasta la puerta. Hodges no puede por menos que acordarse de la enfermera privada que cuidaba a la madre de la señora T. ¿Cómo se llamaba? ¿Harris? No, Harris era la asistenta. La enfermera era Greene. Cuando la señora Wharton quería ir al salón, o ir al váter, ¿la señora Greene la acompañaba tal como Elaine lo acompañaba a él ahora? Sin duda.

—Elaine, estoy bien —asegura él—. De verdad. La mente despejada. El cuerpo en equilibrio. —Extiende los brazos para demostrarlo.

—De acuerdo —dice ella—. Vuelva por aquí, y no tarde tanto.

—Prometido.

Hodges consulta su reloj mientras sale a la intensa luz del sol. Son más de las

dos. Va a perderse los programas de la tarde, y le trae sin cuidado. Por él, como si a la jueza y el psicólogo nazi se los folla un pez. O como si se follan el uno al otro.

21

Despacio, accede al aparcamiento, donde los únicos coches que quedan, aparte del suyo, pertenecen probablemente al personal del restaurante. Saca las llaves y las hace tintinear en la palma de la mano. A diferencia de la llave de la señora T., él lleva la de su Toyota prendida de un aro. Y sí, el aro forma parte de un llavero: un rectángulo de plástico con una foto de su hija en la parte inferior. Allie a los diecisiete años, sonriente, vestida con el uniforme de lacrosse del instituto.

En cuanto a lo de la llave del Mercedes, la señora Trelawney nunca se retractó. En todos los interrogatorios insistió en que siempre había tenido una única llave. Siguió en sus trece incluso después de enseñarle Pete Huntley el albarán con la lista de accesorios entregados junto con el nuevo coche, allá por 2004, donde constaba LLAVES CENTRALES (2). Afirmó que el albarán estaba equivocado. Hodges recuerda la férrea certidumbre en su voz.

Pete diría que al final la señora T. se rindió a la evidencia. No había necesidad de nota: el suicidio es en sí una confesión. En el último momento se le vino abajo el muro de la negación. Como cuando aquel que se da a la fuga después de un atropello admite su culpa. «Sí, vale, era un niño, no un perro. Era un niño, y yo estaba mirando mi teléfono móvil para ver de quién era la llamada perdida y lo maté».

Hodges recuerda que los posteriores interrogatorios a la señora T. produjeron algo así como un extraño efecto amplificador. Cuanto más lo negaba ella, más antipatía les despertaba. No solo a Hodges y Huntley, sino a toda la brigada. Y cuanto más antipatía les despertaba, más estridente era la negativa de ella. Porque sabía qué pensaban. Sí, eso desde luego. Acaso fuera egocéntrica, pero no ton...

Hodges se detiene con una mano en el tirador de la puerta del coche, caliente por efecto del sol, y la otra en la frente para protegerse los ojos. Mira hacia las sombras bajo el paso elevado de la autopista. Es casi primera hora de la tarde, y los moradores de Lowtown han empezado a salir de las criptas de sus casas de vecindad. Cuatro de ellos se hallan entre esas sombras. Tres grandes y uno pequeño. Los tres grandes parecen estar zarandeando al pequeño. Este lleva una mochila, y mientras Hodges observa, uno de los grandes se la arranca de la espalda. Eso da pie a un estallido de risas: carcajadas de trol.

Hodges recorre la acera resquebrajada en dirección al paso elevado. No se

para a pensar en ello ni va con prisa. Hunde las manos en los bolsillos de la americana. Coches y camiones circulan con un monótono zumbido por el ramal de la autopista, proyectándose sus siluetas sobre la calle en una sucesión de lamas de persiana. Oye a uno de los trols preguntar al niño cuánto dinero lleva encima.

—No llevo nada —contesta el pequeño—. Dejadme en paz.

—Vacíate los bolsillos, y veamos —ordena el Trol Dos.

Pero el niño intenta salir corriendo. El Trol Tres rodea su pecho descarnado desde atrás. El Trol Uno le mete la mano en el bolsillo y aprieta.

—Vaya, vaya, aquí oigo crujir billetes —dice, y el niño contrae la cara en un esfuerzo para no llorar.

—Cuando mi hermano se entere de quiénes sois, os pegará un tiro en el culo —dice.

—Eso sí que da miedo —responde el Trol Uno—. Casi estoy a punto de mearme...

En ese momento ve a Hodges, quien, precedido de su barriga, se adentra parsimoniosamente en las sombras para reunirse con ellos. Las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta de pata de gallo, vieja y deforme, con coderas, esa a la que no es capaz de renunciar a pesar de que sabe que se cae a pedazos.

—¿Y tú qué quieres? —pregunta el Trol Tres. Sigue sujetando al niño desde atrás.

Hodges se plantea adoptar una voz arrastrada a lo John Wayne, pero lo descarta. El único Wayne a quien conocerían esos mamones era Lil.

—Quiero que dejéis en paz a este hombrecito —dice—. Marchaos de aquí. Ahora mismo.

El Trol Uno suelta el bolsillo del pequeño. Lleva una sudadera con capucha y la obligada gorra de los Yankees. Apoya las manos en las escurridas caderas y ladea la cabeza con expresión socarrona.

—Anda y que te den, gordo.

Hodges no pierde tiempo. Al fin y al cabo, son tres. Saca la cachiporra del bolsillo derecho de la chaqueta, complacido al sentir su reconfortante peso en la mano. La cachiporra es un calcetín de rombos con la parte del pie llena de bolas de cojinete y un nudo en el tobillo para evitar que se salgan las bolas de acero. Trazando un arco cerrado y horizontal con el brazo, lanza un golpe lateral al Trol Uno, a la altura del cuello, procurando no darle en la nuez; si uno alcanzaba ahí a alguien, podía matarlo, y luego se veía empantanado en un lodazal de burocracia.

Se oye un *ruido* metálico. El Trol Uno sale despedido hacia un lado, y un semblante de sorpresa y dolor sustituye a la anterior expresión socarrona. Da un traspié en el bordillo y cae en la calle. Rueda hasta quedar tendido de espaldas, boqueando, agarrándose el cuello, con la mirada en la parte inferior del paso

elevado.

El Trol Tres hace ademán de avanzar.

—Puto... —empieza a decir, y Hodges levanta la pierna (ya sin el menor hormigueo, gracias a Dios) y le asesta una vigorosa patada en la entrepierna. Oye que se le desgarran los fondillos del pantalón y piensa: «Joder, pedazo de gordo». El Trol Tres deja escapar un aullido de dolor. Ahí abajo, con los coches y los camiones pasando por encima de ellos, el grito suena extrañamente ahogado. El Trol Tres se dobla por la cintura.

Hodges mantiene la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta. Estira el dedo índice para que asome por el bolsillo y apunta al Trol Dos.

—Eh, carapijo, no hace falta que esperes al hermano mayor del hombrecito. Te pegaré un tiro en el culo yo mismo. Me cabrea ver a tres contra uno.

—¡No, tío, no! —El Trol Dos es alto, atlético, de unos quince años, pero en su terror se retrotrae a los doce como mucho—. Por favor, tío, solo era un juego.

—Pues sal corriendo, juguetón —ordena Hodges—. Ya mismo.

El Trol Dos se echa a correr.

Entretanto el Trol Uno se ha puesto de rodillas.

—Te arrepentirás de esto, gor...

Hodges avanza un paso hacia él con la cachiporra en alto. El Trol Uno la ve, deja escapar un chillido de niña y se protege el cuello.

—Más vale que salgas corriendo tú también —aconseja Hodges—, o el gordo va a arreglarte la cara. Cuando tu madre llegue a urgencias, pasará de largo sin reconocerte. —En ese momento, con la adrenalina en las venas y la tensión sanguínea probablemente por encima de veinte, lo dice muy en serio.

El Trol Uno se levanta. Hodges hace amago de abalanzarse sobre él, y con gran satisfacción ve que el Trol Uno da un salto hacia atrás.

—Llévate a tu amigo y ponle hielo en las pelotas —recomienda Hodges—. Van a hinchársele.

El Trol Uno rodea al Trol Tres con el brazo, y se alejan los dos, renqueantes, hacia el lado del paso elevado que da a Lowtown. Cuando el Trol Uno se considera a salvo, se vuelve y anuncia:

—Volveremos a vernos, gordo.

—Reza a Dios para que no sea así, tonto del culo —dice Hodges.

Coge la mochila y se la entrega al niño, que lo mira con los ojos muy abiertos y expresión de desconfianza. Quizá tenga diez años. Hodges se guarda la cachiporra en el bolsillo.

—¿Por qué no has ido al colegio, hombrecito?

—Mi madre está enferma. Voy a buscarle la medicina.

Es una mentira tan descarada que Hodges no puede evitar sonreír.

—No, eso no es verdad —dice—. Estás haciendo novillos.

El niño calla. Ese es de la pasma. ¿Quién, si no, iba a entrometerse así sin más? Y solo un poli llevaría un calcetín cargado en el bolsillo. Lo más sensato es quedarse con la boca cerrada.

—Ve a hacer novillos a un sitio menos peligroso —aconseja Hodges—. Hay una zona de juego en la Octava Avenida. Prueba allí.

—En esa zona de juego venden perico —responde el niño.

—Lo sé —dice Hodges, casi benévolamente—, pero no tienes por qué comprar.

Podría añadir: «Tampoco tienes que trapichear», pero eso habría sido ingenuo por su parte. Allá en Lowtown, la mayoría de los críos trapichean. Puedes detener a un niño de diez años por tenencia, pero intenta que la cosa cuaje y verás.

Se encamina de nuevo hacia el aparcamiento, en el lado seguro del paso elevado. Cuando vuelve la vista atrás, el niño sigue allí de pie, mirándolo, con la mochila colgada de una mano.

—Hombrecito —dice Hodges.

El niño lo mira, sin decir nada.

Hodges levanta una mano y lo señala.

—Acabo de hacer algo bueno por ti. Antes de que se ponga el sol esta noche, quiero que tú hagas una buena acción por otro.

Ahora el niño tiene una expresión de total incompreensión, como si Hodges acabara de hablar en una lengua extranjera, pero da igual. A veces el mensaje cala, sobre todo entre los más jóvenes.

Más de uno se sorprendería, piensa Hodges. Se sorprendería de verdad.

22

Brady Hartsfield se pone el otro uniforme —el blanco— y con la hoja de existencias en mano hace una rápida comprobación del contenido de la camioneta, tal como quiere el señor Loeb. Está todo. Asoma la cabeza a las oficinas para saludar a Shirley Orton. Es una vaca, demasiado aficionada al producto de la empresa, pero Brady quiere estar a buenas con ella. Quiere estar a buenas con *todo el mundo*. Es mucho más seguro. Ella está encaprichada de él, y eso ayuda.

—¡Shirley, guapísima! —exclama, y ella se ruboriza, enrojeciéndosele toda la cara, incluida la frente salpicada de granos, hasta el nacimiento del pelo.

«Vaquita, muuu muuu —piensa Brady—. Estás tan gorda que seguro que el coño se te vuelve del revés cuando te sientas».

—Hola, Brady. ¿Otra vez el Lado Oeste?

—Toda la semana, encanto. ¿Tú estás bien?

—Muy bien. —Y se sonroja aún más.

—Estupendo. Solo quería saludar.

Dicho esto, se marcha, y respeta todos los límites de velocidad pese a que, conduciendo tan despacio, tarda cuarenta putos minutos en llegar a su zona. Pero así tiene que ser. Si te pillan excediendo el límite de velocidad en una camioneta de la compañía después de finalizar la jornada escolar, te echan a la calle. No hay vuelta de hoja. Pero una vez en el Lado Oeste —esa es la parte buena— está en el barrio de Hodges, y con pleno derecho a estar allí. Oculto a la vista de todos, como dice el dicho, y por lo que atañe a Brady, es un dicho lleno de sabiduría.

Abandona Spruce Street y recorre lentamente Harper Road, pasando justo por delante de la casa del viejo Ins. Ret. «Ah, mira —piensa—. El negrito está en el jardín delantero, desnudo de cintura para arriba (sin duda para que todas las amas de casa recreen la vista en su tableta sudorosa), empujando un cortacésped».

«Ya era hora de que te pusieras a ello», piensa Brady. Empezaba a verse muy abandonado. Aunque probablemente el viejo Ins. Ret. tampoco se fija mucho. Está muy ocupado viendo la tele, comiendo galletas Pop Tarts y jugando con el revólver que tiene en la mesa junto al sillón.

El negrito lo oye acercarse pese al ruido del cortacésped y se vuelve para mirar. «Sé cómo te llamas, negrito —piensa Brady—. Eres Jerome Robinson. Lo sé casi todo sobre el viejo Ins. Ret. No sé si pretende mariconear contigo, pero no me extrañaría. Puede que sea por eso que te mantiene cerca».

Al volante de la camioneta de Mr. Tastey, con sus calcomanías de niños felices y el feliz tintineo de sus melodías grabadas, Brady saluda con la mano. El negrito le devuelve el saludo y sonríe. Cómo no.

Todo el mundo aprecia al heladero.

BAJO EL PARAGUAS AZUL DE DEBBIE

Brady Hartsfield recorre la maraña de calles del Lado Oeste hasta las siete y media, cuando, con la llegada del crepúsculo, empieza a degradarse ese azul propio de un cielo primaveral a última hora del día. La primera andanada de clientes, entre tres y seis, se compone de niños a la salida del colegio con las mochilas auestas y billetes arrugados en las manos. En general ni lo miran. Están demasiado ocupados parlotando con sus amigos o hablando por los móviles, que para ellos no son simples accesorios sino una necesidad tan vital como la comida o el aire. Unos cuantos le dan las gracias, pero muchos ni se molestan. A Brady le da igual. No quiere que lo miren ni quiere que lo recuerden. Para esos críos no es más que el proveedor de azúcar uniformado de blanco, y así lo prefiere.

De seis a siete, el rato que esas bestezuelas entran en sus casas a cenar, es tiempo muerto. Quizá unos cuantos —los que dan las gracias— incluso hablan con sus padres. En su mayoría seguramente siguen dale que dale con sus teléfonos mientras mamá y papá se enfrascan en conversaciones sobre sus trabajos o ven las noticias vespertinas en la tele para enterarse de todo lo que pasa en el gran mundo, donde los amos del cotarro no dan una a derechas.

En la última media hora de su turno la actividad aumenta de nuevo. Esta vez son los padres quienes, junto con sus hijos, se acercan a la tintineante camioneta de Mr. Tastey, para obsequiarse unos helados que se comerán después de acomodar el culo (por lo común gordo) en las tumbonas de sus jardines. Casi le dan pena. Son personas con poca visión, tan estúpidas como hormigas yendo de aquí para allá en su hormiguero. Un asesino en masa les sirve un helado, y ellos ni se lo imaginan.

De vez en cuando Brady se pregunta si sería muy difícil envenenar todos los helados de la camioneta: el de vainilla, el de chocolate, el de frutas del bosque, el sabor del día, los sorbetes Tastey, las chocodelicias, incluso los polos clásicos y los silbatos helados. Ha llegado al punto de investigar por internet. Ha hecho lo que Anthony Frobisher, alias Tones, su jefe en Discount Electronix,

probablemente llamaría «estudio de viabilidad», y ha decidido que si bien podría hacerse, sería una estupidez. No es que sea reacio al riesgo. Al fin y al cabo, salió airoso de la Matanza del Mercedes, cuando tenía más probabilidades de ser atrapado que de quedar impune. Pero no quiere que lo pillen ahora. Tiene un trabajo pendiente. Para lo que queda de primavera y principios del verano, su trabajo es el expoli gordo: G. William Hodges.

Ya recorrerá su ruta en el Lado Oeste con la camioneta llena de helados envenenados cuando el expoli se canse de jugar con el arma que tiene junto al sillón en su sala de estar y la utilice en serio. Pero no antes. El expoli gordo irrita a Brady Hartsfield. Lo irrita mucho. Hodges se retiró con todos los honores, incluso le organizaron una fiesta, ¿y qué derecho tenía después de fracasar en la búsqueda del criminal más famoso en la historia de la ciudad?

2

En su último circuito del día pasa por delante de la casa de Teaberry Lane, donde vive Jerome Robinson, el chico al servicio de Hodges, con su madre, su padre y su hermana pequeña. Jerome Robinson también irrita a Brady. Es atractivo, trabaja para el expoli y sale cada fin de semana con una chica distinta. Todas guapas. Algunas incluso blancas. Eso no está bien. Va contra las leyes de la naturaleza.

—¡Eh! —exclama Robinson—. ¡Señor heladero! ¡Espere!

Echa una ágil carrera por la hierba de su jardín, seguido de cerca por su perro, un enorme setter irlandés. Detrás de ellos aparece la hermana menor, de unos nueve años.

—¡Pídeme uno de chocolate, Jerry! —dice a gritos—. ¡*Porfaaa!*

Incluso tiene nombre de blanco: Jerome. *Jerry*. Es ofensivo. ¿Por qué no puede llamarse Traymore? ¿O Devon? ¿O Leroy? ¿Por qué no puede ser un puto Kunta Kinte?

Jerome no lleva calcetines debajo de los mocasines y se le ven los tobillos, todavía verdes después de cortarle el césped al expoli. Luce una amplia sonrisa en ese rostro incuestionablemente agraciado suyo, y Brady da por hecho que cuando la exhibe ante las chicas con las que sale los fines de semana, ellas se bajan las bragas y abren los brazos: «Adelante, *Jerry*».

Brady, por su parte, nunca ha estado con una chica.

—Hola, ¿cómo va? —saluda Jerome.

Brady, que ha dejado el volante y ahora está en la ventana de atención al público, sonríe.

—Bien. Ya casi es hora de cerrar, y eso siempre me sienta bien.

—¿Te queda de chocolate? La Sirenita quiere uno.

Brady, todavía sonriente, levanta el pulgar. Es casi la misma sonrisa que desplegaba bajo la máscara de payaso cuando pisó el acelerador a fondo y embistió a aquella muchedumbre de patéticos buscadores de empleo delante del Centro Cívico.

—Un sí rotundo al de chocolate, amigo mío.

Llega la hermanita con una expresión radiante en los ojos y un vaivén de trenzas.

—No me llames Sirenita, Jere, ¡no lo soporto!

Ronda los nueve años y, absurdamente, también tiene un nombre de blanca: Barbara. Para Brady la idea de que una niña negra se llame Barbara es tan surrealista que ni siquiera le parece ofensivo. El único en la familia con un nombre de negro es el perro, que ahora meneaba el rabo, erguido sobre las patas traseras, con las delanteras plantadas en el costado de la camioneta.

—¡Abajo, Odell! —ordena Jerome, y el perro se sienta, jadeante y contento.

—¿Y tú qué? —pregunta Brady a Jerome—. ¿Quieres algo?

—Un cucurucho de *mousse* de vainilla, por favor.

«Vainilla tenía que ser», piensa Brady, y prepara los pedidos.

Le gusta tener controlado a Jerome, le gusta *saber en qué anda*, porque de un tiempo a esta parte parece que es la única persona que pasa algún rato con el Ins. Ret., y en los últimos dos meses Brady los ha observado juntos el tiempo suficiente para darse cuenta de que Hodges trata al chico no solo como empleado a tiempo parcial sino también como amigo. Brady por su parte nunca ha tenido amigos —los considera peligrosos—, pero sabe lo que son: alimento para el ego. Redes de seguridad emocional. Cuando te sientes mal, ¿a quién acudes? A los amigos, claro, y los amigos dicen cosas como «Vaya por Dios» y «Arriba ese ánimo» y «Estamos contigo» y «Vamos a tomar algo». Jerome tiene solo diecisiete años; es, pues, demasiado joven para salir con Hodges a tomar algo (a no ser que sea un refresco), pero siempre puede decir «Arriba ese ánimo» y «Estoy contigo». Así que vale la pena observarlo.

La señora Trelawney no tenía amigos. Tampoco marido. Tenía solo a su madre, vieja y enferma. Por eso era presa fácil, sobre todo cuando la policía empezó a presionarla. Hasta el punto de que le hicieron a Brady la mitad del trabajo. Del resto se ocupó él, casi ante las mismísimas narices de esa zorra flaca.

—Aquí tienes —dice Brady, entregando a Jerome los helados, que ojalá estuvieran aderezados con arsénico. O quizá con warfarina. Si fuera esto último, se desangrarían por los ojos y las orejas y la boca. Además de por el culo. Se imagina a todos los niños del Lado Oeste soltando sus mochilas y sus preciados

teléfonos móviles mientras la sangre mana de todos sus orificios. ¡De ahí sí saldría una buena película de catástrofes!

Jerome le entrega un billete de diez, y Brady, junto con el cambio, le da una galleta para el perro.

—Para Odell —dice.

—¡Gracias, señor! —contesta Barbara, y da un lametón a su cucurucho de chocolate—. ¡Qué rico!

—Disfrútalo, cariño.

Conduce la camioneta de Mr. Tastey, y a veces un Volkswagen para la Ciberpatrulla cuando hay algún servicio a domicilio, pero este verano su verdadero trabajo será el inspector G. William Hodges (ret.). Y asegurarse de que el inspector Hodges (ret.) hace uso de esa arma.

Brady se encamina de regreso a la fábrica de helados Loeb para devolver la camioneta y ponerse la ropa de calle. Respeta el límite de velocidad durante todo el recorrido.

Hombre precavido vale por dos.

3

Después de marcharse del DeMasio —con un breve rodeo para ocuparse de los matones que acosaban al niño bajo el paso elevado de la autopista—, Hodges se limita a pilotar su Toyota por las calles de la ciudad sin ningún destino en mente. O eso cree hasta que cae en la cuenta de que está en Lilac Drive, calle de la postinera zona residencial de Sugar Heights, a orillas del lago. Se detiene frente a la verja del número 729, que consta en una placa atornillada a uno de los pilares de piedra sin labrar. Aparca en la acera opuesta.

La casa de la difunta Olivia Trelawney se halla en lo alto de una cuesta de asfalto casi tan ancha como la calle en la que desemboca. En la verja cuelga el rótulo SE VENDE, invitando a compradores solventes a telefonar a la agencia MICHAEL ZAFRON REALTY & FINE HOMES. Hodges sospecha que ese cartel seguirá ahí durante mucho tiempo, a juzgar por cómo anda el mercado inmobiliario en este año del Señor 2010. Pero alguien mantiene el césped bien cortado, y dada la extensión del jardín, ese alguien debe de utilizar un cortacésped mucho más grande que el de Hodges.

¿Quién paga el mantenimiento? Deben de ser los herederos de la señora T. Desde luego nadaba en la abundancia. Hodges creía recordar que la cifra validada rondaba los siete millones de dólares. Por primera vez desde su jubilación, cuando dejó en manos de Pete Huntley e Isabelle Jaynes el caso sin resolver de la

Matanza del Centro Cívico, se pregunta si la madre de la señora T. todavía vive. Recuerda la escoliosis que tenía casi doblada por la cintura a la pobre anciana y le causaba tremendos dolores... pero la escoliosis no es forzosamente una enfermedad mortal. Además, ¿no tenía Olivia Trelawney una hermana que vivía en algún lugar del oeste?

Rebusca en la memoria el nombre de la hermana pero no le viene nada a la cabeza. Lo que sí recuerda es que a Pete le dio por llamar «Señora Tics» a la señora Trelawney, porque no podía dejar de reacomodarse la ropa, y retocarse el pelo recogido en un apretado moño que no necesitaba retocarse, y jugar con la cadena de oro de su reloj Patek Philippe, dándole vueltas y más vueltas en torno a la muñeca huesuda. Hodges le tenía antipatía; Pete había llegado casi a aborrecerla. Debido a lo cual endosarle parte de la culpa por la atrocidad del Centro Cívico resultaba bastante satisfactorio. A fin de cuentas, ella había facilitado las cosas a ese individuo; ¿qué duda podía haber al respecto? Le habían entregado dos llaves al comprar el Mercedes, pero solo había podido mostrar una.

Luego, poco antes de Acción de Gracias, el suicidio.

Hodges recuerda claramente el comentario de Pete cuando supieron la noticia: «Si se encuentra con esos muertos al otro lado (en particular con esa joven, Cray, y su hija) tendrá que rendir cuentas». Para Pete había sido la confirmación definitiva: en algún lugar de su mente, la señora T. sabía desde el principio que había dejado la llave en el contacto del coche al que ella llamaba «Dama Gris».

Eso mismo creía Hodges entonces. La cuestión es si todavía lo cree. ¿O acaso ha cambiado de idea después de recibir ayer la ofensiva carta anónima del sedicente Asesino del Mercedes?

Tal vez no, pero esa carta suscita dudas. ¿Y si Mr. Mercedes escribió una misiva parecida a la señora Trelawney? ¿A la señora Trelawney, con todos sus tics e inseguridades justo por debajo de una fina costra de desafío? ¿Era eso posible? Mr. Mercedes sin duda conocía la ira y el desprecio que el público había vertido sobre ella después de los asesinatos; le bastaba con leer las cartas al director en el periódico local.

¿Es posible que...?

Pero en ese momento se interrumpen sus pensamientos, porque un coche acaba de detenerse detrás de él, tan cerca que casi toca el parachoques de su Toyota. No lleva luces de emergencia en el techo, pero es un Crown Vic último modelo, azul pastel. De detrás del volante se apea un hombre fornido, con el pelo a cepillo, y bajo la americana oculta obviamente un arma en una funda colgada al hombro. Si ese fuera un inspector de la policía municipal, como Hodges sabe, el arma sería una Glock 40, igual que la que él tiene guardada en la caja fuerte de su casa. Pero no es un inspector de la policía municipal. Hodges aún los conoce a

todos.

Baja la ventanilla.

—Buenas tardes, caballero —dice Pelocepillo—. ¿Le importaría decirme qué hace aquí? Porque lleva ya un buen rato aparcado.

Hodges echa una ojeada a su reloj y ve que es verdad. Son casi las cuatro y media. Con el tráfico de hora punta que encontrará en el centro, tendrá suerte si llega a casa a tiempo de ver a Scott Pelley en el noticiario vespertino de la CBS. Antes veía la NBC, hasta que decidió que Brian Williams era un memo de buen carácter demasiado aficionado a los vídeos de YouTube. No la clase de presentador de informativos que él busca cuando da la impresión de que el mundo entero se desmo...

—¿Caballero? Sinceramente, espero una respuesta. —Pelocepillo se inclina. Se le abre el lateral de la americana. No es una Glock, sino una Ruger. Una pistola de vaquero, en opinión de Hodges.

—Y yo —replica Hodges— espero sinceramente que tenga usted la autoridad necesaria para preguntarlo.

Su interlocutor arruga la frente.

—¿Cómo dice?

—Creo que es usted guardia de seguridad privado —explica Hodges pacientemente—, pero desearía que se identificara. ¿Y sabe qué más? También desearía ver su permiso de armas ocultas para ese cañón que esconde debajo de la chaqueta. Y mejor será que lo tenga en la cartera y no en la guantera del coche, o estará infringiendo la sección diecinueve del código municipal de armas de fuego, cuyo contenido, resumiendo, es este: «Si porta un arma oculta, también debe llevar encima el *permiso* para portar armas ocultas». Así que veamos la documentación.

Pelocepillo arruga aún más la frente.

—¿Es usted policía?

—Retirado —contesta Hodges—, pero eso no significa que haya olvidado mis derechos ni sus responsabilidades. Déjeme ver su identificación y su permiso de armas, por favor. No es necesario que me los entregue...

—Puede estar seguro de que no lo haré.

—... pero quiero verlos. Después podremos hablar de mi presencia aquí en Lilac Drive.

Pelocepillo se lo piensa, pero solo por unos segundos. Luego saca la cartera y la abre con un golpe de muñeca. En esta ciudad —como en la mayoría, piensa Hodges—, los guardias de seguridad tratan a los policías retirados como tratarían a los que aún *están* en servicio activo, porque los policías retirados tienen muchos amigos que aún están en servicio activo, y que pueden complicarle la vida a

alguien si se les da una razón para ello. Como Hodges ve, el tipo se llama Radney Peeples, y el carnet de su agencia lo identifica como empleado de la empresa Servicio de Guardia Vigilante. También le enseña a Hodges el permiso de armas ocultas, válido hasta junio de 2012.

—*Radney*, no Rodney —observa Hodges—. Como Randey Foster, el cantante de *country*.

Una sonrisa se dibuja de pronto en el rostro de Peeples.

—Exacto.

—Señor Peeples, yo soy Bill Hodges. Terminé ya mi carrera como inspector de primera clase, y mi último gran caso fue el del Asesino del Mercedes. Imagino que eso le permitirá hacerse una idea de qué hago aquí.

—La señora Trelawney —dice Peeples, y retrocede respetuosamente cuando Hodges abre la puerta del coche, se apea y se despereza—. ¿Rememorando el pasado, inspector?

—Ahora soy solo «señor». —Hodges le tiende la mano. Peeples se la estrecha—. Por lo demás, ha acertado. Me retiré de la policía más o menos al mismo tiempo que la señora Trelawney se retiró de la vida en general.

—Eso fue triste —dice Peeples—. ¿Sabe que los niños tiraban huevos a su verja? Y no solo en Halloween. Tres o cuatro veces. Cogimos a unos cuantos; los otros... —Meneó la cabeza—. Además de papel higiénico.

—Ya, eso les encanta —comenta Hodges.

—Y una noche alguien hizo una pintada en el pilar izquierdo de la verja. Conseguimos que la borrarán antes de que ella la viera, y me alegro. ¿Sabe qué escribieron?

Hodges niega con la cabeza.

Peeples baja la voz.

—PUTA ASESINA, decía, en letras mayúsculas grandes y chorreantes. Era muy injusto. Sencillamente la pifió. ¿A quién no le ha pasado alguna vez?

—A mí sí, eso desde luego —confirma Hodges.

—Ahí tiene. Como dice la Biblia, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

«Eso no lo verán mis ojos», piensa Hodges, y con sincera curiosidad pregunta:

—¿A usted le caía bien?

Peeples desvía la mirada hacia arriba y a la izquierda, gesto involuntario que Hodges ha visto en muchas salas de interrogatorio a lo largo de los años. Significa que Peeples va a eludir la pregunta o mentir descaradamente.

Al final opta por la evasiva.

—Bueno —dice—, nos trataba bien en Navidad. A veces confundía los nombres, pero nos conocía a todos, y todos recibíamos cuarenta dólares y una

botella de *whisky*. De *buen whisky*. ¿Qué se cree que nos daba el marido? — Suelta un bufido—. Diez pavos dentro de una postal era lo que nos daba aquel rácano cuando aún estaba al pie del cañón.

—¿Para quién trabaja exactamente Servicio de Guardia Vigilante?

—Para algo que se llama Asociación Sugar Heights. Ya sabe, una de esas agrupaciones de vecinos. Se oponen a la normativa de zonificación cuando no les gusta y se aseguran de que el vecindario conserva cierta... esto, categoría, digamos. Hay muchas reglas. En Navidad, por ejemplo, pueden ponerse bombillas blancas pero no de colores. Y no pueden ser intermitentes.

Hodges alza la vista al cielo. Peeples sonrío. Han pasado de enemigos potenciales a colegas —o casi—, y ¿por qué? Porque casualmente Hodges ha reconocido su nombre de pila, un tanto atípico. Podría atribuirse eso a la suerte, pero siempre hay algo que te permite congraciarte con la persona a quien quieres interrogar, *algo*, y parte del éxito de Hodges en la policía se debía a su capacidad para identificarlo, al menos en la mayoría de los casos. Es un don que Pete Huntley jamás ha poseído, y a Hodges le complace sobremanera descubrir ahora que los vestigios del suyo funcionan aún de maravilla.

—Creo que tenía una hermana —comenta—. La señora Trelawney, quiero decir. Pero no llegué a conocerla, y no recuerdo cómo se llamaba.

—Janelle Patterson —contesta Peeples al instante.

—Usted *sí* la conoce, deduzco.

—Pues sí. Es buena persona. Se da un aire a la señora Trelawney, pero con menos años y de mejor ver. —Traza la silueta de un reloj de arena con las manos—. Más llenita. ¿No sabrá si ha habido algún avance en el asunto del Mercedes, señor Hodges?

Esa es una pregunta a la que Hodges por lo regular no respondería, pero si uno quiere información, debe dar información. Y lo que sabe no implica el menor riesgo, porque no es siquiera información. Emplea la expresión utilizada por Pete Huntley en el almuerzo hace unas horas.

—Estancamiento total.

Peeples asiente como si ya lo supusiera.

—Un crimen impulsivo. Sin lazos con ninguna de las víctimas, ni motivos, solo la emoción de matar. La mejor opción para atraparlo es que vuelva a intentarlo, ¿no cree?

«Mr. Mercedes sostiene que eso no entra en sus planes», piensa Hodges, pero esa es una información que *no* quiere dar a conocer bajo ningún concepto, así que expresa su conformidad. El consenso colegiado siempre es bueno.

—La señora T. dejó una gran herencia —dice Hodges—, y no hablo solo de la casa. Me pregunto si se la legó a la hermana.

—Pues sí —confirma Peeples. Guarda silencio por un momento y luego dice algo que el propio Hodges repetirá a otra persona en un futuro no muy lejano—. ¿Puedo confiar en su discreción?

—Sí. —Ante esa pregunta, la respuesta sencilla es la mejor. Sin calificativos.

—Esa Patterson vivía en Los Ángeles cuando su hermana... ya sabe. Las pastillas.

Hodges asiente.

—Casada pero sin hijos. No era un matrimonio feliz. Cuando se enteró de que había heredado un pastón y una propiedad en Sugar Heights, se divorció a toda prisa y vino al este. —Peeples señala con el pulgar la verja, el ancho camino de acceso y la casa enorme—. Vivió ahí un par de meses mientras se validaba el testamento. Hizo buenas migas con la señora Wilcox, la del 640. A la señora Wilcox le gusta hablar, y me considera un amigo.

Eso podía significar cualquier cosa, desde unos cafés en compañía hasta sexo por la tarde.

—La señora Patterson pasó a hacerse cargo de las visitas a la madre, que vivía en un apartamento en el centro. ¿Sabía lo de la madre?

—Elizabeth Wharton —dice Hodges—. Me pregunto si aún vive.

—Casi seguro que sí.

—Porque tenía una escoliosis atroz. —Hodges imita un andar un tanto encorvado para demostrárselo. Si uno quiere recibir, tiene que dar.

—¿Ah, sí? Una lástima. En todo caso Helen... la señora Wilcox, dice que la señora Patterson la visitaba puntual como un reloj, igual que antes la señora Trelawney. Es decir, hasta hace un mes. Entonces las cosas debieron de empeorar, porque creo que ahora la anciana está en una residencia de Warsaw County. La señora Patterson se ha trasladado al apartamento. Y ahí está ahora. Aunque todavía la veo de vez en cuando. La última vez hará una semana, cuando el hombre de la inmobiliaria enseñó la casa.

Hodges decide que ya ha sonsacado a Radney Peeples todo lo que en principio cabe esperar.

—Gracias por ponerme al día. Me voy ya. Siento que hayamos empezado con mal pie.

—Descuide —dice Peeples, y da dos vigorosos apretones a la mano que Hodges le tiende—. Lo ha manejado como un profesional. Pero recuerde: yo no he dicho nada. Puede que Janelle Patterson viva en el centro, pero sigue siendo miembro de la Asociación, y eso la convierte en clienta.

—No ha dicho usted una palabra —asegura Hodges, y vuelve a su coche. Espera que el marido de Helen Wilcox no pille a su mujer y al cachas juntos en el catre, si eso es lo que en realidad está sucediendo; muy posiblemente sería el fin

del acuerdo entre Servicio de Guardia Vigilante y los vecinos de Sugar Heights. El propio Peeples se vería en la calle por despido procedente. A ese respecto no hay la menor duda.

«Probablemente la señora Wilcox no hace más que acercarse trotando al coche de Peeples con unas pastas recién hechas —piensa Hodges mientras se aleja—. Has estado viendo demasiada terapia nazi para parejas en la televisión de la tarde».

Tampoco es que le interese mucho la vida amorosa de Radney Peeples. Lo que le interesa a Hodges mientras se dirige a su casa mucho más modesta en el Lado Oeste es que Janelle Patterson heredó el patrimonio de su hermana, que Janelle Patterson vive aquí en la ciudad (al menos de momento), y que Janelle Patterson debe de haber hecho algo con las pertenencias de la difunta Olivia Trelawney. Eso incluiría sus papeles personales, y dichos papeles quizá contengan una carta —posiblemente más de una— remitida por el psicópata que se ha puesto en contacto con Hodges. Si esa correspondencia existe, le gustaría verla.

Naturalmente, eso es asunto de la policía, y G. William Hodges ya no es policía. Persistiendo en su actitud, está adentrándose en un terreno resbaladizo más allá de los límites de lo legal, y lo sabe —para empezar está reteniendo pruebas—, pero no tiene intención de detenerse todavía. La arrogancia achulada de la carta del psicópata lo ha cabreado. Pero, admite, lo ha cabreado en el buen sentido. Le ha dado un objetivo, y después de los últimos meses, eso le parece fantástico.

«Si de verdad consigo hacer algún avance, lo pondré todo en manos de Pete».

No mira por el retrovisor mientras lo piensa, pero de haberlo hecho habría visto que él mismo desviaba momentáneamente la mirada hacia arriba y a la izquierda.

4

Hodges aparca el Toyota en el cobertizo que utiliza como garaje, situado a la izquierda de su casa, y se detiene a admirar el césped recién cortado antes de encaminarse hacia la puerta. Allí encuentra una nota asomando de la rendija del buzón. En un primer momento piensa que podría ser de Mr. Mercedes, pero algo así sería demasiado audaz incluso para ese individuo.

Es de Jerome. Su cuidada caligrafía contrasta en extremo con la jerigonza del mensaje.

Apreciado *bwana* Hodges:

He cortao la hierba y dejao el cortase'pe' otra vé en la coshera. E'pero que no lo haya shafao, amo. Si tie alguna otra faena que hasé pa e'te negro, coja el tubo y me dé un toque. Con musho gu'to hablaré con u'té si no e'toy trajinando con una de mi' señora'. Como sabe, dan musho trabajo y a vese' nesecitan un repasito, porque se me suben a la parra, y la' mulata' má que ninguna. Siempre a su di'posición, amo.

JEROME

Hodges menea la cabeza en un gesto de hastío pero no puede contener una sonrisa. Ese chico que trabaja para él saca sobresalientes en matemáticas especiales, sabe recolocar canalones caídos, le arregla a Hodges el correo electrónico cuando se le bloquea (cosa que ocurre con frecuencia, debido sobre todo a su propia torpeza), tiene nociones de fontanería, habla francés bastante bien, y si le preguntas qué está leyendo, es capaz de aburrirte durante media hora con el condenado simbolismo de la sangre en D. H. Lawrence. No quiere ser blanco, pero ser un negro con talento en una familia de clase media alta le ha generado lo que él define como «conflictos de identidad». Esto lo comenta en tono festivo, pero Hodges no cree que hable en broma. En realidad no.

El padre de Jerome, profesor universitario, y su madre, auditora —los dos faltos de sentido del humor, en opinión de Hodges—, sin duda se horrorizarían ante esa nota. Incluso podría ser que pensaran que su hijo necesita tratamiento psicológico. Pero no se enterarán por Hodges.

—Ay, Jerome. Jerome, Jerome —dice mientras entra. Jerome y sus «faena' que hasé». Jerome, que no acaba de decidir, de momento, en qué universidad de élite quiere estudiar; está cantado que cualquiera de las importantes lo aceptará. Es la única persona del vecindario a quien Hodges considera amiga, y en realidad la única a quien necesita. Hodges opina que la amistad está sobrevalorada, y en este sentido, solo en este, se parece a Brady Hartsfield.

Ha llegado a tiempo para casi todos los noticiarios de la noche, pero decide no verlos. Su paciencia con los vertidos de petróleo en el golfo de México y la política del Tea Party tiene un límite. Opta, pues, por encender el ordenador, abre Firefox e introduce **Bajo el Paraguas Azul de Debbie** en la casilla de búsqueda. Solo obtiene seis resultados, una captura muy pequeña en el inmenso mar abundante en peces de internet, y solo uno coincide exactamente con el texto. Hodges clicla en ese enlace y aparece una imagen.

Bajo un cielo cubierto de amenazadores nubarrones se extiende un paisaje de montaña. Lluvia animada —un sencillo bucle en continua repetición, concluye— cae en plateados raudales. Pero las dos personas sentadas debajo de un gran paraguas azul, una mujer y un hombre jóvenes, están secas y a resguardo. No se

besan, pero tienen las cabezas muy juntas. Parecen enfrascadas en una conversación.

Bajo la imagen se lee una breve descripción de la razón de ser del Paraguas Azul.

A diferencia de sitios como Facebook y LinkedIn, Bajo el Paraguas Azul de Debbie es un chat donde pueden reunirse viejos amigos y entablarse nuevas amistades dentro de un ANONIMATO ABSOLUTAMENTE GARANTIZADO. Nada de fotos, nada de porno, nada de tuits de 140 caracteres. Solo BUENA CONVERSACIÓN A LA ANTIGUA USANZA.

Debajo hay un botón con el rótulo: ¡EMPIEZA YA! Hodges desplaza el cursor hasta ahí y se queda indeciso. Hace unos seis meses Jerome tuvo que anular su dirección de correo y conseguirle una nueva, porque todos los contactos de su libreta de direcciones habían recibido un mensaje diciendo que estaba aislado en Nueva York, le habían robado la cartera con todas las tarjetas de crédito dentro, y necesitaba dinero para volver a casa. ¿Sería el receptor del mensaje tan amable de enviar cincuenta dólares —más si podía permitirselo— al apartado de correos, etcétera, de Tribeca? «Te lo devolveré en cuanto haya resuelto este lío», concluía el mensaje.

Para Hodges fue un profundo bochorno, porque la petición de dinero había llegado a su ex, a su hermano en Toledo y a más de cincuenta policías con quienes había trabajado a lo largo de los años. También a su hija. Se temió que su teléfono —tanto el fijo como el móvil— sonara sin parar durante las siguientes cuarenta y ocho horas, pero fueron pocos los que llamaron, y solo Alison parecía preocupada de verdad. Eso no le sorprendió. Allie, una doña angustias por naturaleza, vive con el temor de que a su padre pueda darle un patatús desde que cumplió cincuenta y cinco años.

Hodges llamó a Jerome para pedirle ayuda, y Jerome le explicó que había sido víctima del *phishing*.

—En general, los que se apropian de las direcciones de otros a través del *phishing* solo quieren venderles Viagra o joyas de imitación, pero también lo he visto de esta clase. Le pasó a mi profesor de Estudios Medioambientales, y tuvo que devolver a los afectados casi mil dólares. Claro que eso fue en otra época, antes de que la gente espabilara...

—Con eso de otra época, ¿a cuándo te refieres exactamente, Jerome?

Jerome se encogió de hombros.

—Hará dos o tres años. Lo que hay ahí fuera es un mundo nuevo, señor Hodges. Dé gracias de que el *hacker* no le haya colado uno de esos virus que se

come todos los archivos y aplicaciones.

—No perdería gran cosa —contestó Hodges—. Básicamente solo navego por la red. Aunque *echaría* de menos el solitario del ordenador. Se oye *Happy Days Are Here Again* cuando gano.

Jerome le dirigió esa mirada tan peculiar suya con la que parecía decir: «Soy demasiado educado para llamarle tonto».

—¿Y qué me dice de la declaración de Hacienda? El año pasado lo ayudé a hacerla *online*. ¿Quiere que alguien vea lo que le pagó al tío Sam? Aparte de mí, quiero decir.

Hodges admitió que no quería.

Con ese extraño (y en cierto modo entrañable) tono pedagógico que los jóvenes inteligentes parecen adoptar cuando se proponen aleccionar a los viejos ignorantes, Jerome dijo:

—Su ordenador no es solo una nueva clase de televisor. Quítese eso de la cabeza. Cada vez que lo encienda, está abriendo una ventana de acceso a su propia vida. Si es que alguien quiere mirar, claro.

Todo esto pasa por su cabeza mientras contempla el paraguas azul y la incesante lluvia. Desfilan por ella asimismo otras cosas, cosas de su mente de policía que permanecían latentes y ahora han despertado del todo.

Quizá Mr. Mercedes quiere hablar. Ahora bien, también es posible que en realidad pretenda mirar por esa ventana de la que Jerome le habló.

En lugar de clicar en EMPIEZA YA, Hodges abandona la web, coge el teléfono y pulsa uno de los pocos números que tiene en marcación rápida. Contesta la madre de Jerome y, después de una charla breve y agradable, pasa el aparato al joven señor don Faena' Que Hasé en persona.

Hablando en el dialecto negro más espantoso que se le ocurre, Hodges dice:

—Qué hay, tronco, ¿tienes a las tipas en cintura? ¿Te rinden? ¿Das ejemplo?

—Ah, hola, señor Hodges. Sí, todo en orden.

—No te mola que te hable así por el tubo, ¿eh, mano?

—Esto...

Jerome está sinceramente desconcertado, y Hodges se compadece de él.

—El jardín ha quedado estupendo.

—Ah. Bueno. Gracias. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Es posible. Me preguntaba si podrías dejarte caer por aquí mañana después de clase. Por una cosa del ordenador.

—Claro. ¿Qué pasa esta vez?

—Prefiero no hablar de eso por teléfono —responde Hodges—. Pero a lo mejor te parece interesante. ¿Qué tal a las cuatro?

—A esa hora me va bien.

—Vale. Y hazme un favor: deja a Batanga el Negro Zumbón en casa.

—De acuerdo, señor Hodges, eso haré.

—¿Cuándo vas a relajarte y tutearme? Con eso de «señor Hodges», tengo la sensación de que soy tu profesor de Historia Americana.

—Quizá cuando acabe el instituto —responde Jerome, muy serio.

—Siempre y cuando sepas que puedes dar el salto cuando quieras...

Jerome se echa a reír. Tiene una risa vibrante, fantástica. Hodges siempre se anima al oírla.

Se queda sentado ante el ordenador en el diminuto cubículo que usa como despacho, tamborileando con los dedos, pensando. Se da cuenta de que casi nunca usa esa habitación por la tarde. Si se despierta a las dos de la madrugada y no puede volver a conciliar el sueño, entonces sí. Entra ahí y juega al solitario durante más o menos una hora antes de regresar a la cama. Pero suele estar instalado en su La-Z-Boy entre las siete de la tarde y las doce de la noche, viendo películas antiguas en AMC o TCM y atiborrándose de grasa y azúcares.

Coge otra vez el auricular, llama al servicio de información telefónica y pregunta al robot al otro lado de la línea si tiene el número de Janelle Patterson. No se hace muchas ilusiones; ahora que es la Mujer de los Siete Millones de Dólares, y encima está recién divorciada, la hermana de la señora Trelawney no debe de aparecer en la guía.

Pero el robot se lo escupe. Hodges se lleva tal sorpresa que tiene que buscar atropelladamente un lápiz y luego marcar el 2 para que lo repita. Tamborilea un poco más con los dedos, pensando en cómo le conviene abordarla. Posiblemente quedará en nada, pero ese sería su siguiente paso si él fuera aún policía. Como no lo es, requerirá un poco más de sutileza.

Le complace descubrir su propia impaciencia ante este desafío.

5

Brady telefonea por adelantado a Sammy's Pizza de camino a casa y recoge una *pizza* pequeña de champiñones y *pepperoni*. Si pensara que su madre comería un par de porciones, habría pedido una más grande, pero sabe que no lo hará.

«A lo mejor si fuera de *pepperoni* y vodka Popov... —piensa—. Si hubiera de esas, no me bastaría siquiera con la mediana; tendría que pasar directamente a la grande».

En el Lado Norte de la ciudad hay viviendas unifamiliares. Se construyeron todas entre las guerras de Corea y Vietnam, lo que significa que son todas casi iguales y están que se caen. En la mayoría de los jardines, invadidos por la grama,

todavía hay juguetes de plástico tirados en el césped, pese a que ahora ya ha oscurecido. La casa de los Hartsfield está en el número 49 de Elm Street, la «calle del olmo», donde no hay un solo olmo, ni seguramente lo ha habido nunca. Sencillamente todas las calles de esta parte de la ciudad —conocida, no sin criterio, como Northfield, «campo del norte»— tienen nombre de árbol.

Brady aparca detrás de la carraca oxidada de su madre, un Honda, que necesita un escape nuevo, platinos nuevos y bujías nuevas. Por no hablar de la pegatina de la inspección de vehículos.

«Que se ocupe *ella*», piensa Brady, pero no lo hará. Le tocará a él. No le quedará otro remedio. A fin de cuentas, siempre se ocupa él de todo.

«Como me ocupé de Frankie —piensa—. En los tiempos en que el sótano era solo el sótano y no mi centro de control».

Brady y Deborah Ann Hartsfield no hablan de Frankie.

La puerta está cerrada con llave. Eso al menos por fin ha conseguido inculcárselo a su madre, aunque lo suyo le ha costado. Ella es de esas personas que cree que todo se soluciona con decir «vale». Tú dile «Guarda la leche en la nevera después de servirte», y ella contesta «Vale». Luego llegas a casa y te la encuentras en la encimera, agriándose. Tú dile «Por favor, pon una lavadora para que mañana tenga el uniforme de heladero limpio», y ella contesta «Vale». Pero cuando asomas la cabeza al cuarto de la lavadora, todo sigue en la cesta.

Lo recibe el parloteo del televisor. Algo sobre una «prueba de inmunidad», así que es *Supervivientes*. Ha intentado explicarle que eso es todo falso, un montaje. Ella dice que sí, vale, que ya lo sabe, pero no se lo pierde nunca.

—¡Mamá, ya estoy en casa!

—¡Hola, cariño! —Solo arrastra moderadamente la voz, lo cual es buena señal a esa hora de la noche.

«Si yo fuera su hígado —piensa Brady—, me escaparía por su boca una noche mientras ronca y saldría de aquí por piernas».

Aun así, al entrar en el salón, siente ese peculiar asomo de expectación, ese asomo que detesta. Su madre está sentada en el sofá con la bata de seda blanca que Brady le regaló por Navidad, y él ve más blanco allí donde la bata se le abre a la altura de los muslos: la ropa interior. Se niega a pensar en la palabra *bragas* en relación con su madre —tiene connotaciones demasiado sexuales—, pero ronda igualmente en el fondo de su cabeza, una serpiente oculta entre unas matas de zumaque venenoso. También ve las pequeñas sombras redondas de sus pezones. No está bien que esas cosas lo exciten —ella se acerca ya a los cincuenta, empieza a reblandecerse la cintura, y es su *madre*, por Dios—, pero...

Pero.

—He traído *pizza* —anuncia, sosteniendo la caja en alto, y piensa: «Ya he

cenado».

—Ya he cenado —responde ella. Probablemente es verdad. Unas hojas de lechuga y un miniyogur. Así conserva lo poco que queda de su figura.

—Es tu preferida —dice, y piensa: «Disfrútala, cariño».

—Disfrútala, cielo —contesta ella. Levanta la copa y toma un sorbo en un gesto muy refinado. Beber a tragos llegará más tarde, cuando él se acueste y ella piense que está dormido—. Coge una Coca-Cola y ven a sentarte a mi lado. —Da unas palmaditas en el sofá. Se le abre la bata un poco más. Bata blanca, bragas blancas.

«Ropa interior —se recuerda—. Ropa interior, eso es todo, es mi madre, es mamá, y cuando es tu mamá solo es ropa interior».

Ella lo ve mirar y sonrío. No se cierra la bata.

—Este año los supervivientes están en Fiyi —comenta su madre, y frunce el entrecejo—. O creo que es Fiyi. Bueno, una de esas islas, en cualquier caso. Ven a verlo conmigo.

—No, me parece que me voy a trabajar un rato abajo.

—¿Con qué proyecto andas ahora, cariño?

—Un nuevo tipo de *router*. —Ella no sabría distinguir un *router* de un cúter, así que por ese lado no hay peligro.

—Uno de estos días inventarás algo y nos haremos ricos —dice ella—. Lo sé. Y adiós a la tienda de electrónica. Y adiós a esa camioneta de la heladería. —Lo mira con los ojos muy abiertos y solo un poco húmedos a causa del vodka.

Brady no sabe cuánto se mete en el cuerpo a lo largo de un día normal, y contar las botellas vacías no es una opción, porque las tira en algún sitio. Sí sabe sin embargo que tiene un aguante asombroso.

—Gracias —dice. Y se siente halagado a su pesar. Siente también otras cosas, muy a su pesar.

—Ven a dar un beso a mamá, cariñito.

Brady se acerca al sofá guardándose de mirar por el escote de la bata abierta, procurando pasar por alto esa creciente sensación que experimenta justo por debajo del cinturón. Su madre vuelve la cara a un lado, pero cuando él se inclina para besarle la mejilla, ella gira otra vez la cabeza y aprieta su boca húmeda y entornada contra la de su hijo. Él percibe el sabor a alcohol y huele el perfume que ella se aplica siempre detrás de las orejas. Se lo aplica también en otros sitios.

Su madre le rodea la nuca con la palma de la mano y le alborota el pelo con las puntas de los dedos, y Brady siente un estremecimiento a lo largo de la espalda hasta los riñones. Ella le toca el labio superior con la punta de la lengua, un simple roce, brevísimo; luego se recuesta y posa en él su mirada de *starlette*, con los ojos muy abiertos.

—Mi cariñito —susurra, como la heroína de una película romántica dirigida a un público femenino, una de esas en que los hombres blanden espadas y las mujeres lucen vestidos muy escotados con las tetas hinchadas como globos relucientes.

Brady se aparta apresuradamente. Ella le sonríe y vuelve a fijar la mirada en el televisor, donde jóvenes atractivos en bañador corren por una playa. Con manos un poco temblorosas, él abre la caja de la *pizza*, saca una porción y la deja en la ensaladera de su madre.

—Cómete eso —sugiere—. Absorberá la bebida. Al menos una parte.

—No seas malo con mamá —contesta ella, pero sin rencor, y desde luego no dolida. Se ciñe la bata distraídamente, absorta de nuevo en el mundo de los supervivientes, decidida a descubrir a quién expulsan de la isla esta semana—. Y no te olvides de mi coche, Brady. Necesita la inspección.

—Necesita mucho más que eso —replica él, y entra en la cocina. Saca una Coca-Cola de la nevera; luego abre la puerta del sótano. Se detiene por un momento en la oscuridad y pronuncia una única palabra—: Control. —Abajo, se encienden los fluorescentes (instalados por él mismo, que se ocupó también de toda la reforma del sótano).

Al pie de la escalera, piensa en Frankie. Casi siempre se acuerda de él cuando se detiene allí donde Frankie murió. La única vez que no pensó en él fue cuando se preparaba para su acción en el Centro Cívico. Durante esas semanas desapareció de su mente todo lo demás, y vaya si fue un alivio.

«Brady», dijo Frankie. Su última palabra en el planeta Tierra. Los gorgoteos y jadeos no contaban.

Deja la *pizza* y el refresco en la mesa de trabajo situada en el centro de la sala y a continuación entra en el minúsculo cuarto de baño y se baja el pantalón. No podrá comer, no podrá trabajar en su nuevo proyecto (que por supuesto no es un *router*), no podrá *pensar*, hasta que resuelva un asunto urgente.

En su carta al expoli gordo, afirmaba que antes de arremeter contra los buscadores de empleo del Centro Cívico se excitó tanto sexualmente que se puso un condón. Añadía que se masturba al revivir el suceso. Si eso fuera cierto, le daría un significado totalmente nuevo al término autoerotismo, pero no lo es. En esa carta mintió mucho, calculada cada mentira para azuzar un poco más a Hodges, y sus inexistentes fantasías sexuales no eran las mayores de esas mentiras.

En realidad no le interesan mucho las chicas, y las chicas lo notan. Probablemente por eso se lleva tan bien con Freddi Linklatter, su colega la ciberbollera de Discount Electronix. Por lo que Brady sabe, es posible que ella piense que *es* gay. Pero tampoco *es* gay. Es en gran medida un misterio para sí

mismo —un frente ocluido—, pero una cosa sí sabe: no es *asexual*, o no del todo. Su madre y él comparten un secreto que es un auténtico arcoíris gótico, algo en lo que no hay que pensar a menos que sea absolutamente necesario. Cuando pasa a ser necesario, debe afrontarse y apartarse de nuevo.

«Mamá, te veo las bragas», piensa, y se ocupa de su asunto lo más deprisa posible. Tiene vaselina en el botiquín, pero no la usa. Quiere que le escueza.

6

Ya de nuevo en su amplio espacio de trabajo en el sótano, Brady pronuncia otra palabra. Esta es *caos*.

En la pared opuesta de la sala de control sobresale un largo estante a una altura aproximada de un metro. Encima hay siete ordenadores portátiles, abiertos pero con las pantallas apagadas. Ahí dispone también de una silla rodante para poder desplazarse rápidamente de uno a otro. Cuando Brady pronuncia la palabra mágica, los siete cobran vida. En todas las pantallas aparece el número 20, seguido del 19, y el 18... Si permite que la cuenta atrás llegue a cero, se activará un programa de suicidio que borrará los discos duros y sobrecribirá incoherencias.

—Oscuridad —dice, y los grandes números de la cuenta atrás desaparecen, sustituidos por fondos de pantalla con fotogramas de *Grupo salvaje*, su película preferida.

Había probado con «Apocalipsis» y «Armagedón», palabras a su juicio mucho mejores como orden de arranque, colmadas de rotunda irrevocabilidad, pero el programa de reconocimiento de voz no las asimila bien, y nada desea menos que tener que reemplazar todos sus archivos por un fallo técnico absurdo. Las palabras de dos sílabas son más fiables. Aunque en realidad en seis de los siete ordenadores no hay gran cosa. El Número Tres es el único que contiene lo que el expoli gordo llamaría «información incriminatoria», pero le gusta contemplar ese imponente despliegue de potencia informática, todo en funcionamiento como ahora. Así, la sala del sótano parece un auténtico centro de mando.

Brady se considera creador además de destructor, pero es consciente de que hasta la fecha no ha conseguido crear nada que revolucione el mundo, y lo atormenta la posibilidad de no lograrlo nunca. De poseer, en el mejor de los casos, una mente creativa de segundo orden.

Pongamos, por ejemplo, el Rolla. Eso se le ocurrió una noche en un arrebató de inspiración cuando pasaba la aspiradora por el salón (al igual que poner la lavadora, esa es una tarea a la que su madre no suele rebajarse). Concibió un

aparato semejante a un escabel con rodamientos, provisto de un motor y una manguera corta acoplada debajo. Brady calculó que, añadiéndole un simple programa informático, el aparato podría desplazarse por una habitación aspirando a su paso. Si se topaba con un obstáculo —una silla, por ejemplo, o una pared—, se daría media vuelta y seguiría en otra dirección.

De hecho, había empezado ya a montar un prototipo cuando vio una versión de su Rolla rodar diligentemente por el escaparate de una selecta tienda de electrodomésticos en el centro. Incluso el nombre se parecía; se llamaba Roomba. Alguien se le había adelantado, y probablemente ese alguien estaba amasando millones. No era justo, pero ¿qué lo es? La vida es una puta barraca de feria con premios de mierda.

Ha puenteado los televisores de la casa, lo que significa que Brady y su madre no solo tienen acceso gratuito a la televisión por cable básica, sino a todos los canales de pago (incluidos unos cuantos extras exóticos como Al Jazeera), y Time Warner, Comcast o XFINITY no pueden hacer ni un carajo al respecto. Ha manipulado el reproductor de DVD para que admita discos de todas las regiones del mundo, no solo de Estados Unidos. Es muy fácil: solo se requieren tres o cuatro rápidos pasos con el mando a distancia, más un código de reconocimiento de seis dígitos. Fantástico en teoría, pero ¿se utiliza? En el número 49 de Elm Street, no. Su madre no ve nada que las cuatro principales cadenas no le den ya masticado, y el propio Brady se pasa casi todo el tiempo en sus dos empleos o aquí abajo en la sala de control, donde lleva a cabo su *verdadero* trabajo.

Lo del cable puenteado es genial, pero ilegal. Que él sepa, la manipulación del reproductor de DVD también es ilegal. Por no hablar del pirateo de películas por medio de Redbox y Netflix. De hecho, *todas* sus mejores ideas son ilegales. Sin ir más lejos, la Cosa Uno y la Cosa Dos.

La Cosa Uno la llevaba en el asiento del acompañante del Mercedes de la señora Trelawney al alejarse del Centro Cívico aquella neblinosa mañana de abril del año pasado con la calandra abollada, goteando sangre, y el parabrisas salpicado. La idea se le ocurrió hace tres años, durante un turbio período, después de decidirse a matar a un montón de gente —lo que entonces veía como su *acción terrorista*—, pero antes de decidir cómo, cuándo y dónde. Por entonces rebosaba ideas, siempre con los nervios a flor de piel, sin apenas dormir. En esa época se sentía como si acabara de tomarse un termo entero de café solo, más alguna que otra anfetamina.

La Cosa Uno es un mando a distancia de televisión modificado con un microchip a modo de cerebro y varias pilas para potenciar el alcance... aunque por entonces el alcance era aún bastante corto. Si apuntabas con él un semáforo a veinte o treinta metros, podías cambiarlo de rojo a ámbar pulsando una vez, de

rojo a ámbar intermitente pulsando dos, y de rojo a verde pulsando tres.

Brady estaba encantado con él, y lo había usado varias veces (siempre desde su viejo Subaru aparcado; la camioneta de la heladería llamaba demasiado la atención) en cruces de mucho tráfico. Tras varios intentos fallidos, por fin consiguió ocasionar un accidente, una simple abolladura en los parachoques, pero fue divertido ver discutir a los dos hombres sobre quién era el culpable. Por un momento incluso pareció que llegarían a las manos.

La Cosa Dos llegó poco después, pero fue la Cosa Uno lo que llevó a Brady a establecer su objetivo, porque aumentó radicalmente las posibilidades de éxito en la huida. La distancia entre el Centro Cívico y el almacén abandonado que eligió para deshacerse del Mercedes gris de la señora Trelawney se hallaba exactamente a 2,9 kilómetros. Había ocho semáforos en la ruta que planeaba seguir y, gracias a su magnífico artilugio, no tendría que preocuparse por ninguno. Pero esa mañana —por increíble que parezca— todos esos semáforos estaban en verde. Brady comprendió que la temprana hora de la mañana tenía algo que ver; aun así, le dio rabia.

«Si no hubiera tenido la Cosa Uno —piensa mientras se dirige hacia el cuarto de material en el otro extremo del sótano—, al menos cuatro de esos semáforos habrían estado en rojo. Así es mi vida».

La Cosa Dos era el único de sus artefactos que había dado dinero. No mucho, pero, como todo el mundo sabe, el dinero no lo es todo. Además, sin la Cosa Dos no habría dispuesto del Mercedes. Y sin el Mercedes, no habría habido matanza en el Centro Cívico.

La Cosa Dos, esa maravilla.

Un robusto candado Yale cuelga del pasador de la puerta del cuarto de material. Brady lo abre con una llave de su llavero. Las luces en el interior —más fluorescentes nuevos— ya están encendidas. El cuarto es pequeño y se reduce aún más a causa de los sencillos estantes. En uno de ellos hay nueve cajas de zapatos. Cada caja contiene medio kilo de explosivo plástico de fabricación casera. Brady ha probado parte de este material en una gravera abandonada en campo abierto, y el resultado es excelente.

«Si estuviese en Afganistán —piensa—, con un turbante y una de esas túnicas tan auténticas, podría labrarme toda una carrera volando transportes de tropas».

En otro estante, dentro de otra caja de zapatos, hay cinco teléfonos móviles. Son de esos desechables que los camellos de Lowtown llaman «quemables». Los móviles, a la venta en tiendas y supermercados, son el proyecto de Brady para esta noche. Hay que modificarlos para que suenen todos en respuesta a un mismo número y produzcan así la chispa necesaria para hacer detonar simultáneamente la arcilla de Boom de todas las cajas de zapatos. En realidad, todavía no se ha

decidido a usar el plástico, pero una parte de él desea hacerlo, eso desde luego. Dijo al expoli gordo que no siente el impulso de reproducir su obra maestra, pero eso también era mentira. En gran medida depende del propio expoli gordo. Si hace lo que Brady quiere —tal como lo hizo la señora Trelawney—, seguro que el impulso desaparecerá, al menos por un tiempo.

Y si no... en fin...

Coge la caja de los móviles, sale del cuarto, se detiene y mira hacia atrás. En uno de los otros estantes hay un chaleco acolchado de leñador comprado en L. L. Bean. Si Brady fuera a ir realmente al bosque, le bastaría con una talla M —es delgado—, pero esta es una XL. Tiene en el pecho una pegatina, un *smiley*, el que lleva gafas de sol y enseña los dientes. El chaleco contiene otros cuatro bloques de medio kilo de explosivo plástico, dos en los bolsillos exteriores, dos en los bolsillos de ojal interiores. El chaleco hace mucho bulto, porque está lleno de bolas de cojinete (igual que las de la cachiporra de Hodges). Brady rajó el forro para echarlas dentro. Incluso se le pasó por la cabeza la idea de pedirle a su madre que cosiera las rajas, y encontró en eso un motivo de risa mientras las precintaba con cinta aislante.

«Mi propio chaleco bomba», piensa afectuosamente.

No lo utilizará... *probablemente* no lo utilizará... pero esa posibilidad tiene también su encanto. Pondría fin a todo. Se acabaría Discount Electronix, se acabarían las visitas a domicilio con la Ciberpatrulla para sacar mantequilla de cacahuete o migas de galletas integrales de la CPU de alguna vieja idiota, se acabaría la camioneta de la heladería. También se acabarían las serpientes que reptaban por el fondo de su cerebro. O por debajo de la hebilla de su cinturón.

Se imagina haciéndolo en un concierto de rock; sabe que Springsteen va a actuar en el Lakefront Arena en junio. ¿O por qué no el desfile del Cuatro de Julio en Lake Street, la avenida principal de la ciudad? O tal vez el día de la inauguración de la Feria y el Festival de Arte de Verano, que se celebra cada año el primer sábado de agosto. Eso estaría bien, aunque ¿no quedaría un poco raro llevar un chaleco acolchado una calurosa tarde de agosto?

«Sí, pero esas cosas, con una mente creativa, siempre pueden resolverse», piensa mientras esparce los teléfonos desechables por su mesa de trabajo y empieza a extraer las tarjetas SIM. Además, el chaleco bomba es solo... cómo se dice... la peor situación imaginable. Lo más probable es que no lo use nunca. Aun así, está bien tenerlo a mano.

Antes de subir, se sienta frente a su Número Tres, se conecta a internet y entra en el Paraguas Azul. Nada del expoli.

Todavía.

Cuando Hodges llama al portero electrónico del edificio de la señora Wharton en Lake Avenue a las diez de la mañana siguiente, va con traje. Es la segunda o tercera vez que se lo pone desde que se jubiló. A pesar de que le aprieta la cintura y le tiran las sisas, se siente a gusto vestido así. Un hombre trajeado tiene la sensación de estar en activo.

Contesta una mujer.

—¿Sí?

—Soy Bill Hodges, señora. Hablamos anoche.

—Así es, y llega usted puntualmente. Es el 19-C, inspector Hodges.

Él se dispone a aclarar que ya no es inspector, pero suena el zumbido de la puerta y no se molesta en decirlo. Además, ya la informó en su conversación telefónica de que estaba retirado.

Janelle Patterson lo espera en la puerta, igual que su hermana el día de la matanza en el Centro Cívico, cuando Hodges y Pete Huntley fueron a interrogarla por primera vez. El parecido entre las dos mujeres es tal que Hodges experimenta una poderosa sensación de *déjà vu*. Pero mientras recorre el corto rellano desde el ascensor hasta la puerta del apartamento (procurando caminar con paso desenvuelto en lugar de dar la impresión de que se arrastra), ve que las diferencias son mayores que las similitudes. La Patterson tiene también los ojos de color azul claro y los pómulos prominentes, pero en tanto que Olivia Trelawney contraía y tensaba la boca, perdiendo sus labios el color a causa de una combinación de tirantez e irritación, la boca de Janelle Patterson parece, incluso en reposo, presta a sonreír. O a conceder un beso. Y el brillo de labios le confiere un resplandor húmedo: una boca tan apetecible que casi dan ganas de comérsela. Y esta no es mujer de escotes barco. Lleva un jersey de cuello alto ajustado que ciñe unos pechos perfectamente redondos. No son grandes, esos pechos, pero como solía decir el querido padre de Hodges, más de lo que abarca una mano es un desperdicio. ¿Está contemplando el resultado de prendas moldeadoras de buena calidad o un realce posterior al divorcio? Hodges decide que probablemente sea un realce. Gracias a su hermana, puede permitirse cualquier reparación estética que desee.

Janelle Patterson le tiende la mano y le da un firme apretón.

—Gracias por venir. —Como si él estuviese allí a petición de ella.

—Me alegro de que pueda recibirme —contesta Hodges, y la sigue al interior.

Se topa con la misma vista espectacular del lago. Le quedó grabada en la memoria pese a que allí solo interrogaron a la señora T. una vez; todas las demás fueron en la gran casa de Sugar Heights o en la comisaría. Ella tuvo un ataque de

histeria durante una de esas visitas a la comisaría, recuerda. «Todo el mundo me echa la culpa», dijo. El suicidio se produjo no mucho más tarde, apenas unas semanas después.

—¿Le apetece un café, inspector? Es jamaicano. Sabe muy bien, en mi opinión.

Hodges tiene por costumbre no beber café a media mañana, porque le provoca una acidez atroz incluso si toma Zantac. Pero acepta.

Se sienta en una tumbona junto al amplio ventanal del salón mientras espera a que ella vuelva de la cocina. Hace un día cálido y despejado; en el lago los veleros se deslizan y trazan curvas como patinadores. Cuando ella regresa, él se pone en pie para coger la bandeja de plata de sus manos, pero Janelle sonríe, niega con la cabeza y la deja en la mesita de centro con una elegante flexión de rodillas. Casi una reverencia.

Hodges ha contemplado todos los posibles derroteros que podría seguir la conversación, pero al final sus cábalas no sirven de nada. Es como si después de planear meticulosamente una seducción, el objeto de su deseo hubiera salido a recibirlo a la puerta con un camisón corto y provocadores zapatos de tacón.

—Quiero averiguar quién empujó a mi hermana al suicidio —dice mientras echa el café en robustos tazones de porcelana—, pero no sabía por dónde empezar. Su llamada fue como un mensaje de Dios. Después de nuestra conversación, pienso que es usted el hombre ideal para esa misión.

Hodges, perplejo, no sabe qué decir.

Ella le ofrece un tazón.

—Si quiere leche, tendrá que servírsela usted mismo. Cuando se trata de aditivos, no me hago responsable.

—Solo ya me va bien.

Janelle sonríe. Sus dientes son perfectos o tienen unas fundas perfectas.

—Es usted de los míos.

Hodges toma un sorbo, más que nada para ganar tiempo, pero el café está delicioso. Se aclara la garganta y dice:

—Como le comenté anoche en nuestra conversación, señora Patterson, ya no soy inspector de policía. El 20 de noviembre del año pasado me convertí en un ciudadano de a pie más. Es necesario que eso quede claro de buen comienzo.

Ella lo observa por encima del borde del tazón. Hodges se pregunta si el brillo húmedo de sus labios deja marca, o si gracias a la tecnología del carmín ese problema ha quedado obsoleto. Es un disparate plantearse algo así, pero está ante una mujer guapa. Además, últimamente no sale mucho.

—En lo que a mí se refiere —dice Janelle Patterson—, lo importante es que usted, como inspector, tiene la experiencia de un *investigador* y, como policía

retirado, puede trabajar a título *privado*. Quiero averiguar quién la manipuló, quién *jugueteó* con ella hasta que se quitó la vida, y eso en el Departamento de Policía no le preocupa a nadie. Aún les gustaría encontrar al hombre que utilizó su coche para matar a esa gente, eso sí, pero en cuanto a mi hermana... ¿puedo decir una vulgaridad? Les importa una mierda.

Puede que Hodges esté retirado, pero conserva sus lealtades.

—Eso no es forzosamente cierto.

—Entiendo por qué dice eso, inspector Hodges...

—Señor Hodges, por favor. Solo señor. O Bill, si lo prefiere.

—Bill, pues. Y es verdad. Existe un vínculo entre esos asesinatos y el suicidio de mi hermana, porque el hombre que utilizó el coche es también el hombre que escribió la carta. Y esas otras cosas. Esas cosas del Paraguas Azul.

«Calma —se previene Hodges—. No la pifies».

—¿De qué carta me está hablando, señora Patterson?

—Janey. Si usted es Bill, yo soy Janey. Espere. Se la enseñaré.

Se levanta y abandona el salón. A Hodges se le acelera el corazón —mucho más que cuando arremetió contra los troles debajo del paso elevado—, pese a lo cual todavía es capaz de advertir que Janey Patterson, por detrás, es tan digna de verse como por delante.

«Calma, chico —se repite, y toma otro sorbo de café—. Philip Marlowe no eres». Tiene el tazón ya medio vacío y no siente acidez. Ni el menor asomo. «Un café milagroso», piensa.

Ella regresa con dos hojas sujetas por los ángulos y cara de repulsión.

—Encontré esta carta cuando revisaba los papeles del escritorio de Ollie. Su abogado, el señor Schron, estaba conmigo... ella lo nombró albacea testamentario, así que tenía que estar... pero en ese momento se había ido a la cocina a buscar un vaso de agua. No llegó a verla. La escondí. —Lo dice con toda naturalidad, sin vergüenza ni actitud desafiante—. Supe qué era de inmediato. Por *esto*. Ese individuo dejó una igual en el volante del coche de Ollie. Podríamos llamarlo, supongo, su tarjeta de presentación.

Señala con un dedo la cara sonriente con gafas de sol que aparece hacia la mitad de la primera hoja de la carta. Hodges ya se ha fijado en ese icono. Se ha fijado asimismo en la fuente de la carta, que, gracias a su procesador de textos, ha identificado como *American Typewriter*.

—¿Cuándo la encontró?

Ella, retrotrayéndose, calcula el paso del tiempo.

—Vine para el entierro, que fue a finales de noviembre. Cuando se leyó el testamento de Ollie, descubrí que era la única heredera. Eso debió de ser la primera semana de diciembre. Pregunté al señor Schron si podíamos aplazar el

inventario de los activos y bienes de Ollie hasta enero, porque tenía un asunto que resolver en Los Ángeles. Él accedió. —Dirige a Hodges una mirada serena con un vivo destello en sus ojos azules—. El asunto que tenía que resolver era divorciarme de mi marido, un... ¿me permite otra vulgaridad?... un gilipollas, mujeriego y cocainómano.

Hodges no siente el menor deseo de seguir por ese camino.

—¿Regresó a Sugar Heights en enero?

—Sí.

—¿Y encontró la carta entonces?

—Sí.

—¿La ha visto la policía? —Ya conoce la respuesta (enero fue hace casi cuatro meses), pero es necesario formular la pregunta.

—No.

—¿Por qué no?

—¡Ya se lo he dicho! ¡No me fío de ellos! —El vivo destello de sus ojos se derrama cuando se le escapan las lágrimas.

8

Janelle Patterson le pide que la disculpe. Hodges asiente con la cabeza. Ella desaparece, para recobrar la compostura y retocarse la cara, cabe suponer. Hodges coge la carta y, tomando sorbos de café, la lee. El café está ciertamente delicioso. Aunque si tuviera una o dos pastas para acompañarlo...

Apreciada Olivia Trelawney:

Espero que lea esta carta hasta el final antes de tirarla o quemarla. Sé que no merezco su consideración, pero se lo ruego igualmente. Verá, soy el hombre que le robó el Mercedes y atropelló a aquella gente. Ahora ardo como podría arder esta carta si usted así lo deseara, solo que yo ardo de vergüenza y remordimientos y pesar.

¡Por favor, por favor, por favor, deme la oportunidad de explicárselo! Nunca podré recibir su perdón, esa es otra cosa que también sé, y no lo espero, pero si consiguiera que usted me comprendiese, me conformaría con eso. ¿Me concederá esa oportunidad? ¿Por favor? Para la gente, soy un monstruo; para los informativos de televisión, soy solo una noticia sangrienta más para vender publicidad; para la policía, soy solo otro mareante al que quieren atrapar y meter en la cárcel, pero también soy un ser humano, igual que usted. He aquí mi historia.

Me crie en una familia donde había malostratos y abusos

deshonestos. Mi padrastro fue el primero, ¿y sabe qué pasó cuando se enteró mi madre? ¡Ella se sumó a la fiesta! ¿Ha dejado ya de leer? No se lo reprocharía: esto es repugnante, pero confío en que siga adelante, porque necesito desahogarme. Verá, quizá no continúe ya mucho tiempo «en el mundo de los vivos», pero no puedo poner fin a mi vida sin que nadie sepa POR QUÉ hice lo que hice. No diré que yo mismo me entienda totalmente, pero a lo mejor usted, desde «fuera», sí me entiende.

Aquí aparecía el amigo Smiley.

Los abusos sexuales siguieron hasta que mi padrastro murió de un infarto cuando yo tenía doce años. Mi madre dijo que si llegaba a contarlo alguna vez, me echarían a mí la culpa. Dijo que si enseñaba las cicatrices de las quemaduras de cigarrillo en los brazos y las piernas y las partes íntimas, ella contaría que me lo había hecho yo mismo. Yo no era más que un crío y me lo tragué. Añadió que si la gente me creía, ella iría a la cárcel y yo a un orfanato (y probablemente eso sí era verdad).

Mantuve la boca cerrada. A veces «más vale malo conocido que bueno por conocer».

No crecí mucho y estaba muy delgado, porque los nervios no me dejaban comer, y cuando comía, a menudo vomitaba (bulimia). Por lo tanto, a causa de eso, en el colegio me acosaban. También desarrollé un montón de tics, como deshilacharme la ropa o tirarme del pelo (a veces hasta arrancarme mechones). Debido a esto, se reían de mí, no solo los otros niños sino también los profesores.

Janey Patterson ha vuelto y, ya sentada delante de Hodges, se bebe el café, pero de momento él apenas percibe su presencia. Está rememorando los cuatro o cinco interrogatorios a los que Pete y él sometieron a la señora T. Recuerda la manera en que ella se arreglaba una y otra vez los escotes barco. O se tiraba de la falda. O se tocaba las comisuras de los labios contraídos, como para retirarse un residuo de carmín. O se enrollaba un rizo de pelo en torno a un dedo y lo tensaba. Eso también.

Vuelve a centrarse en la carta.

Nunca fui un niño malo, señora Trelawney. Se lo juro. Nunca torturé a los animales ni di palizas a niños aún más pequeños que yo. Solo correteaba de aquí para allá como un ratón, intentando pasar por la infancia sin que se burlaran de mí ni me humillaran, pero eso no lo conseguí.

Quería ir a la universidad, pero no pude. Imagínese, ¡acabé cuidando de la mujer que abusó de mí! Casi tiene gracia, ¿no?

Mi madre tuvo un derrame cerebral, posiblemente por la bebida. Sí, también es alcohólica, o lo era cuando podía ir a buscar botellas a la tienda. Aún camina un poco, pero la verdad es que no mucho. Tengo que ayudarla a ir al baño y limpiarla cuando acaba de «hacer sus cosas». Trabajo todo el día en un empleo malremunerado (posiblemente puedo considerarme afortunado por tener un empleo, sea cual sea, en los tiempos que corren, ya lo sé) y luego vuelvo a casa y cuido de ella, porque solo puedo permitirme que venga una mujer unas pocas horas los días laborables. Es una vida mala y absurda. No tengo amigos ni posibilidad de ascensos donde trabajo. Si la Sociedad es una colmena, yo soy un zángano más.

Al final empecé a sentir rabia. Quería que alguien pagara. Quería devolverle el golpe al mundo y hacer saber al mundo que yo estaba vivo. ¿Lo comprende? ¿Se ha sentido alguna vez así? Casi seguro que no, porque usted es rica y muy probablemente tiene los mejores amigos que pueden comprarse con dinero.

Después de esta agudeza, hay otra de esas caras sonrientes con gafas de sol, como para decir que es broma.

Un día todo me superó e hice lo que hice. No lo planeé con antelación...

«Y un huevo que no», piensa Hodges.

... y creía que existía al menos un cincuenta por ciento de probabilidades de que me cogieran. Me daba igual. Y DESDE LUEGO no sabía hasta qué punto llegaría a obsesionarme después. Todavía revivo los topetazos del momento de atropellarlos y todavía oigo los gritos. Después, cuando vi las noticias, y me enteré de que había matado incluso a una niña, tomé verdadera conciencia de la atrocidad que había hecho. Yo mismo no sé cómo puedo convivir con eso.

Señora Trelawney, ¿por qué, dígame, por qué, por qué dejó la llave en el contacto? Si yo no la hubiera visto mientras paseaba una mañana temprano porque era incapaz de dormir, nada de esto habría ocurrido. Si usted no hubiera dejado la llave en el contacto, esa niñita y su madre aún vivirían. No la culpo, seguro que le rondaban por la cabeza sus propios problemas y angustias, pero ojalá las cosas hubieran acabado de otra manera, y así habría sido si usted se hubiese acordado de coger la llave del contacto. Y yo no ardería ahora en este infierno de culpabilidad y remordimientos.

Seguramente también usted siente culpabilidad y remordimientos, y lo lamento, sobre todo porque muy pronto descubrirá lo ruin que puede llegar a ser la gente. En la televisión y los periódicos dirán que mi acto fue posible

gracias a su negligencia. Sus amigos le retirarán la palabra. La policía la agobiará. Cuando vaya al supermercado, la gente la mirará y cuchicheará. Algunos no se darán por contentos con cuchichear y se lo «soltarán a la cara». No me sorprendería que padeciera actos de vandalismo en su propia casa, así que indique a sus guardias de seguridad (no dudo que los tiene) que estén «alertas».

Imagino que no quiere hablar conmigo, ¿verdad? Y no digo cara a cara, claro. Me refiero a hablar en un sitio seguro, seguro para nosotros dos, donde podemos comunicarnos por medio de nuestros ordenadores. Se llama Bajo el Paraguas Azul de Debbie. Incluso le he asignado un nombre de usuario, por si le apetece. Es: «otrelaw19».

Sé qué haría una persona normal en estas circunstancias. Una persona normal llevaría esta carta a la policía en el acto. Ahora bien, permítame una pregunta: ¿Qué ha hecho la policía por usted aparte de agobiarla y ocasionarle noches de insomnio? Pero he aquí una reflexión: si me quiere muerto, entregar esta carta a la policía es la manera de conseguirlo, con la misma certeza que ponerme una pistola en la cabeza y apretar el gatillo, porque me mataré.

Por disparatado que parezca, usted es la única persona por la que sigo vivo. Porque usted es la única con quien puedo hablar. La única que entiende qué se siente cuando uno está en el Infierno.

Ahora esperaré.

Señora Trelawney, no sabe lo mucho, lo muchísimo, que Lo SIENTO.

Hodges deja la carta en la mesita de centro y dice:

—Hay que joderse.

Janey Patterson mueve la cabeza en un gesto de asentimiento.

—En esencia esa fue también mi reacción.

—La invitó a ponerse en contacto con él...

Janey lo miró con expresión de incredulidad.

—¿Cómo que la *invitó*? Más bien intentó *chantajearla*: «Hágalo o me mato».

—Según usted, ella entró en el juego. ¿Ha visto alguna comunicación entre ellos? ¿Había quizá algún mensaje sacado por impresora junto con esta carta?

Ella niega con la cabeza.

—Ollie contó a mi madre que estaba en contacto con lo que ella describió como «un hombre muy trastornado» e intentaba convencerlo para que buscara ayuda porque había hecho algo espantoso. Mi madre se alarmó. Dio por supuesto que Ollie hablaba cara a cara con ese hombre tan trastornado, como en un parque o en una cafetería o algo así. Recuerde que tiene casi noventa años. Sabe qué son los ordenadores pero no tiene una idea muy clara de cuáles son sus usos prácticos.

Ollie le explicó que se mantenían en contacto por internet, a través de un chat, o mejor dicho intentó explicárselo, pero no sé hasta qué punto mi madre lo entendió. Lo que sí recuerda es que Ollie dijo que hablaba con el hombre trastornado bajo un paraguas azul.

—¿Su madre relacionó el hombre con el Mercedes robado y la matanza en el Centro Cívico?

—Nunca ha dicho nada que me llevara a pensarlo. Su memoria a corto plazo es muy nebulosa. Si le pregunta por el ataque japonés a Pearl Harbor, puede contarle cuándo oyó la noticia por la radio con toda exactitud, y es probable que también sepa quién era el locutor. Pregúntele, en cambio, qué ha desayunado, o dónde está... —Janey se encogió de hombros—. Quizá sea capaz de decírselo, quizá no.

—¿Y dónde está, exactamente?

—En un sitio que se llama Sunny Acres, a unos cincuenta kilómetros de aquí. —Deja escapar una risotada, un sonido pesaroso, sin la menor alegría—. Cada vez que oigo el nombre, me acuerdo de esos melodramas antiguos que ponen en el canal de cine clásico de Turner, donde declaran demente a la heroína y se la quitan del medio recluyéndola en un manicomio horrendo con corrientes de aire.

Se vuelve para contemplar el lago. Adopta una expresión que Hodges encuentra interesante: un tanto pensativa y un tanto defensiva. Cuanto más la mira, más le gusta físicamente. Las finas arrugas en las comisuras de los ojos inducen a pensar que es una mujer a quien le complace reír.

—Sé quién sería yo en una de esas películas —comenta ella, contemplando aún los veleros que danzan en el agua—. La hermana cómplice que hereda, además de un pastón, la obligación de cuidar de su anciana madre. La hermana cruel que se queda el dinero pero despacha a la susodicha madre senil a una horripilante mansión donde a los viejos les dan comida para perros y los dejan toda la noche empapados en su propia orina. Pero Sunny Acres no es así. Es en realidad un sitio muy agradable. Y nada barato, por cierto. Y fue mi madre quien quiso ir.

—¿Ah, sí?

—Sí —contesta ella, arrugando un poco la nariz en un gesto burlón—. ¿Recuerda usted a la enfermera? La señora Greene, Althea Greene.

Hodges hace ademán de llevarse la mano al bolsillo interior de la chaqueta para consultar una libreta con las anotaciones del caso, libreta que ya no está ahí. Pero, tras hurgar en la memoria por un momento, recuerda a la enfermera sin necesidad de notas. Una mujer alta y majestuosa vestida de blanco que, más que andar, parecía deslizarse. Lucía una mata de pelo gris cardado con la que se daba un aire a Elsa Lanchester en *La novia de Frankenstein*. Pete y él le preguntaron si

había visto el Mercedes de la señora Trelawney aparcado junto a la acera al marcharse aquel jueves por la noche. La enfermera contestó que estaba casi segura de que sí, lo cual para el equipo Hodges-Huntley significaba que no estaba en absoluto segura.

—Sí, me acuerdo de ella.

—Anunció su jubilación nada más volver yo de Los Ángeles. Explicó que a sus sesenta y cuatro años ya no se sentía capaz de atender de una manera competente a una paciente con discapacidades tan acusadas, y se mantuvo en sus trece pese a que me ofrecí a contratar a una ayudante de enfermera, o dos, si ella quería. Creo que la horrorizaba la publicidad resultante de la Matanza del Centro Cívico, pero si hubiera sido solo eso, tal vez se habría quedado.

—¿El suicidio de su hermana fue la gota que colmó el vaso?

—Seguramente sí. No diré que Althea y Ollie fueran amigas del alma ni nada por el estilo, pero se llevaban bien, y coincidían plenamente en los cuidados necesarios para mi madre. Ahora Sunny Acres es lo mejor para ella, y para mi madre es un alivio estar allí. Al menos en sus días buenos. Como también lo es para mí. Para empezar, controlan mejor su dolor.

—Si yo me presentara allí y hablara con ella...

—Puede que recordara alguna cosa, puede que no. —Aparta la vista del lago para fijarla en Hodges—. ¿Acepta el trabajo? He consultado por internet los honorarios de los detectives privados, y estoy en situación de mejorarlos considerablemente. Cinco mil dólares semanales más gastos. Un mínimo de ocho semanas.

«Cuarenta mil por ocho semanas», piensa Hodges, maravillado. Quizá sí podía ser Philip Marlowe después de todo. Se imagina en una mísera oficina dividida en dos despachos que da al rellano de la tercera planta de un bloque de oficinas barato. Contratando a una recepcionista despampanante llamada Lola o Velma. Una rubia sin pelos en la lengua, naturalmente. Los días lluviosos él llevaría gabardina y un sombrero de fieltro marrón, sesgado y calado hasta una ceja.

Absurdo. Y no es eso lo que lo atrae. Lo atrae no pasarse las tardes apoltronado en su La-Z-Boy, viendo a la jueza y picando sin parar. También le gusta ponerse el traje. Pero hay más. Se marchó del Departamento de Policía dejando cabos sueltos. Pete ha identificado al atracador de las casas de empeños, y según parece Isabelle Jaynes y él quizá pronto detengan a Donald Davis, el zoquete que mató a su mujer y luego salió por la televisión, exhibiendo su deslumbrante sonrisa. Bien por Pete e Izzy, pero ni Davis ni el pistolero de la casa de empeños son el plato fuerte.

«Por otra parte —piensa—, Mr. Mercedes debería haberme dejado en paz. A

mí y a la señora T. También a ella debería haberla dejado en paz».

—¿Bill? —Janey chasqueó los dedos como una hipnotizadora al sacar del trance a un sujeto en el escenario—. ¿Está usted ahí, Bill?

Hodges fija de nuevo la atención en ella, una mujer de unos cuarenta y cinco años que no teme sentarse a plena luz del sol.

—Si acepto, me contratará como asesor en materia de seguridad.

Ella adopta una expresión risueña.

—¿Como los que trabajan para el Servicio de Guardia Vigilante allá en Sugar Heights?

—No, no como ellos. Para empezar, ellos firman un seguro de caución. Yo no. —«Yo nunca lo he necesitado», piensa—. Sería solo seguridad privada, en las mismas condiciones que los porteros de los locales nocturnos del centro. Eso usted no podría deducirlo en su declaración de la renta, sintiéndolo mucho.

Janey vuelve a arrugar la nariz, y su expresión risueña se abre en una sonrisa. Una imagen de lo más sugerente, a juicio de Hodges.

—Me da igual. Por si no lo sabía, me sobra la pasta.

—Lo que pretendo es que todo quede muy claro, Janey. No tengo licencia de detective privado, lo cual no me impide hacer preguntas, pero aún está por verse en qué medida puedo actuar sin una placa o un carnet de investigador privado. Es como pedir a un ciego que se pasee por la calle sin su perro lazarillo.

—Existirá sin duda una red de viejos compañeros del Departamento de Policía, ¿no?

—Existe, pero si intentara utilizarla, pondría en una situación comprometida a esos viejos compañeros, y de paso también a mí mismo. —El hecho de que ya haya recurrido a eso sonsacando información a Pete es algo de lo que no está dispuesto a informarla siendo su relación tan reciente.

Coge la carta que Janey le ha enseñado.

—De entrada, soy culpable de ocultar una prueba si me presto a mantener esto entre nosotros dos. —La circunstancia de que ya oculta una carta parecida es otro dato que ella no necesita saber—. Al menos, en rigor. Y ocultar pruebas es un delito grave.

Janey parece consternada.

—Dios mío, eso ni se me había pasado por la cabeza.

—Por otra parte, dudo que la Unidad de Investigación Forense pueda sacarle mucho provecho. Una carta echada en un buzón de Marlborough Street o Lowbriar Avenue es prácticamente lo más anónimo del mundo. En otro tiempo, lo recuerdo bien, era posible establecer la correlación entre un texto mecanografiado y la máquina de escribir utilizada. En el supuesto de que se encontrara la máquina, claro está. Era algo tan válido como una huella dactilar.

—Pero esto no está escrito a máquina.

—No. Es un texto de impresora láser. Lo que significa que no hay ninguna «a» desplazada ni ninguna «t» torcida. O sea, no ocultaría gran cosa.

Aun así, por supuesto, ocultar una prueba es ocultar una prueba. Pero eso él se lo calla.

—Aceptaré el trabajo, Janey, pero cinco mil semanales es una cifra disparatada. Cogeré un cheque por valor de dos mil, si quiere usted extenderlo. Y ya le pasaré factura por los gastos.

—Eso no me parece suficiente ni de lejos.

—Si llego a alguna parte, ya hablaremos de una posible gratificación.

Pero no cree que vaya a quererla, ni siquiera si logra sacar de su escondrijo a Mr. Mercedes. Sobre todo teniendo en cuenta que él se ha presentado ahí ya resuelto a investigar a ese hijo de puta, y a persuadirla con buenas razones para que lo ayude.

—De acuerdo. Trato hecho. Y gracias.

—De nada. Ahora hábleme de su relación con Olivia. Yo solo sé que era lo bastante buena para que usted la llame Ollie, y me vendría bien algo más de información.

—Para eso hace falta tiempo. ¿Le apetece otro café? ¿Y una galleta para acompañarlo? Tengo galletas de limón.

Hodges contesta afirmativamente a las dos preguntas.

9

—Ollie —repite Janey Patterson, y a continuación se queda en silencio el tiempo suficiente para que Hodges tome un sorbo de su nueva taza de café y se coma una galleta. Después ella se vuelve otra vez hacia la ventana y los veleros, cruza las piernas y habla sin mirarlo—. ¿Alguna vez ha querido usted a alguien que no le caía bien?

Hodges piensa en Corinne, y en los tempestuosos dieciocho meses anteriores a la ruptura definitiva.

—Sí.

—Entonces lo comprenderá. Ollie era mi hermana mayor, tenía ocho años más que yo. La quería, pero cuando se marchó a la universidad, fui la chica más feliz del país. Y cuando ella dejó los estudios tres meses después y volvió corriendo a casa, me sentí como una chica cansada que tiene que cargar otra vez con un saco enorme de ladrillos después de permitírsele dejarlo durante un rato. Ella no me trataba mal, nunca me insultaba ni me tiraba de las coletas ni me

tomaba el pelo cuando yo volvía del instituto cogida de la mano de Marky Sullivan; pero cuando ella estaba en casa, vivíamos siempre en alerta amarilla. No sé si me entiende.

Hodges no está del todo seguro, pero asiente de todos modos.

—La comida le revolvía el estómago. Le salían sarpullidos cuando se estresaba por algo; lo peor eran las entrevistas de trabajo, pese a que al final consiguió un empleo de secretaria. Tenía aptitudes y era muy guapa. ¿Lo sabía?

Hodges respondió con un murmullo evasivo. Si hubiera tenido que contestar sinceramente, tal vez habría dicho: «Puedo creerlo porque lo veo en usted».

—Una vez accedió a llevarme a un concierto. Era de U2, y yo estaba como loca por verlos. A Ollie también le gustaban, pero la noche del concierto empezó a vomitar. Se puso tan mal que mis padres acabaron llevándola a urgencias y yo tuve que quedarme en casa viendo la tele en lugar de dar brincos y gritar a Bono. Ollie juró que era una intoxicación alimentaria, pero todos habíamos comido lo mismo, y nadie más se puso enfermo. Estrés, eso era. Puro estrés. ¡No sabe usted lo que es la hipocondría! Con mi hermana, todo dolor de cabeza era un tumor cerebral y todo grano era un cáncer de piel. Una vez tuvo conjuntivitis y se pasó una semana convencida de que iba a quedarse ciega. Sus reglas eran horroramas. Se metía en la cama hasta que se le pasaban.

—¿Y aun así conservó el empleo?

La respuesta que da Janey es tan seca como el Valle de la Muerte.

—Las reglas de Ollie siempre duraban exactamente cuarenta y ocho horas y siempre le venían los fines de semana. Era increíble.

—Ah. —Hodges no sabe qué decir.

Janey hace girar la carta varias veces en la mesita de centro con la yema del dedo y después posa en Hodges esos ojos de color azul claro suyos.

—Este individuo hace un comentario, algo sobre sus tics. ¿Se ha fijado?

—Sí. —Hodges ha reparado en muchos detalles de esa carta, especialmente en que es en ciertos aspectos un negativo de la que recibió él.

—Mi hermana también tenía los suyos. Quizá notara usted algunos de ellos.

Hodges se tira de la corbata en una dirección y luego en la otra.

Janey sonríe.

—Sí, ese era uno de ellos. Tenía otros muchos. Palpar los interruptores de la luz para asegurarse de que estaban apagados. Desenchufar la tostadora después del desayuno. Siempre decía «pan y mantequilla» antes de salir de casa, supuestamente porque, al decirlo, uno se daba cuenta de si se olvidaba algo. Recuerdo que un día tuvo que llevarme en coche al colegio porque yo había perdido el autobús. Mis padres ya se habían ido a trabajar. Cuando estábamos a medio camino, de pronto se le metió en la cabeza la idea de que se había dejado el

horno encendido. Tuvimos que dar media vuelta y volver a comprobarlo. Solo así se quedaría tranquila. Estaba apagado, por supuesto. No llegué al colegio hasta la segunda clase, y fue la primera y única vez que luego tuve que quedarme castigada. Me enfadé muchísimo. Me enfadaba con ella a menudo, pero la quería. Y también mi madre y mi padre, todos la queríamos. Como si tuviéramos grabado a fuego el afecto por ella. Pero, créame, vaya un saco de ladrillos que era.

—Demasiado nerviosa para salir con chicos, y sin embargo no solo se casó, sino que además se casó con un hombre de dinero.

—De hecho, se casó con un empleado prematuramente calvo de la compañía de inversiones donde trabajaba ella. Kent Trelawney. Un bicho raro... y lo digo con cariño, Kent era una bellísima persona. Muy aficionado a los videojuegos. Empezó a invertir en las empresas que los creaban, y esas inversiones fueron rentables. Mi madre decía que tenía un toque mágico y mi padre decía que tenía la suerte de los tontos, pero no era ni lo uno ni lo otro. Conocía el medio, sencillamente, y lo que no conocía, se esforzaba en aprenderlo. Cuando se casaron, hacia el final de los setenta, solo eran ricos. Entonces Kent descubrió Microsoft.

Janey echa atrás la cabeza y suelta una sonora carcajada, sobresaltando a Hodges.

—Perdone —dice—. Solo pensaba en la pura ironía de todo eso. Yo era una chica guapa, además de equilibrada y sociable. Si alguna vez me hubiese presentado a un concurso de belleza... lo que yo llamo exhibiciones de carne para hombres, por si le interesa saberlo, y probablemente no le interesa... me habrían nombrado Miss Simpatía a la primera de cambio. Muchas amigas, muchos novios, muchas llamadas telefónicas y muchas citas. Me ocupé de la orientación de los alumnos de primero en mi último año en el Instituto Católico, y lo hice de maravilla, aunque no esté bien que yo lo diga. Ayudé a más de uno a controlar los nervios. Mi hermana era igual de guapa, pero ella era la neurótica. La obsesiva compulsiva. Si se hubiese presentado alguna vez a un concurso de belleza, se habría vomitado en el bañador.

Janey se ríe un poco más. A la vez le resbala una lágrima por la mejilla. Se la enjuga con la base de la mano.

—Y he aquí la ironía. Miss Simpatía acabó con el cocainómano tarado y Miss Nervios pilló un buen partido, quien, además de ganar dinero, no la engañaba. ¿Capta?

—Sí —contesta Hodges—. Capto.

—Olivia Wharton y Kent Trelawney. Un noviazgo con tantas probabilidades de éxito como un bebé prematuro de seis meses. Kent no paraba de invitarla a salir y ella no paraba de negarse. Al final accedió a cenar con él, solo para que

dejara de molestarla, según ella. Y cuando llegaron al restaurante, se quedó paralizada. No podía salir del coche. Temblaba como una hoja. Otros habrían desistido en ese mismo instante, pero no Kent. La llevó a un McDonald's y compró dos menús en la ventanilla de atención para automóviles. Comieron en el aparcamiento. Supongo que lo repitieron muchas veces. Ella iba al cine con él, pero siempre tenía que sentarse en la butaca al lado del pasillo. Decía que si se sentaba en una butaca interior, le faltaba el aire.

—Lo tenía todo, la buena mujer.

—Durante años mis padres intentaron convencerla para que fuera a un psiquiatra. Allí donde ellos fracasaron, Kent salió airoso. El psiquiatra la medicó, y ella mejoró. Tuvo uno de sus característicos ataques de ansiedad el día de la boda. Yo fui quien le sostuvo el velo mientras vomitaba en el lavabo de la iglesia. Pero lo superó. —Janey esboza una sonrisa melancólica y añade—: Fue una novia preciosa.

Hodges guarda silencio, fascinado por esa imagen de Olivia Trelawney antes de convertirse en Nuestra Señora de los Escotes Barco.

—Después de su boda, nos distanciamos. Como a veces ocurre entre hermanas. Nos veíamos media docena de veces al año hasta que murió nuestro padre, y después aún menos.

—¿Acción de Gracias, Navidad y el Cuatro de Julio?

—Más o menos. Yo notaba que empezaba a caer otra vez en algunas de sus antiguas manías, y cuando Kent murió, de un infarto, ella cayó otra vez en *todas*. Se quedó en los huesos. Volvió a vestir tan mal como cuando iba al instituto y cuando trabajaba en la oficina. Parte de eso yo lo veía cuando venía a visitarlas a mi madre y a ella, y cuando hablábamos por Skype.

Hodges, con un gesto de asentimiento, da a entender que ya sabe de qué le habla.

—Tengo un amigo que intenta una y otra vez liarme con eso de Skype.

Ella lo mira con una sonrisa.

—Usted es de la vieja escuela, ¿no? *Muy* de la vieja escuela. —Se le apaga la sonrisa—. La última vez que vi a Ollie fue en mayo del año pasado, no mucho después de aquello del Centro Cívico. —Janey titubea y a renglón seguido decide llamar al episodio por su nombre—: La matanza. Estaba por los suelos. Me contó que la policía la acosaba. ¿Eso es verdad?

—No, pero ella lo pensaba. Es verdad que la interrogamos varias veces, porque ella insistió en que se llevó la llave y dejó el Mercedes cerrado. Eso era un problema para nosotros, porque no forzaron las puertas del coche ni hicieron un puente. Lo que finalmente decidimos... —Hodges se interrumpe, pensando en el psicólogo de familia gordo que sale en la tele todas las tardes entre semana a las

cuatro, el especialista en abrir brecha en el muro de la negación.

—¿Qué decidieron finalmente?

—Que ella era incapaz de enfrentarse a la verdad. ¿Eso le parece propio de la hermana con la que se crio?

—Sí. —Janey señala la carta—. ¿Cree que al final contó la verdad a este individuo? ¿A través del Paraguas Azul de Debbie? ¿Cree que por eso se tomó las pastillas de mi madre?

—Es imposible saberlo con certeza. —Pero Hodges piensa que es probable.

—Dejó los antidepresivos. —Janey vuelve a mirar el lago—. Lo negó cuando se lo pregunté, pero yo lo sabía. Nunca le gustó tomarlos, decía que le producían un estado de confusión. Los tomaba por Kent, y en cuanto Kent murió, los tomó por nuestra madre, pero después de lo del Centro Cívico... —Menea la cabeza y respira hondo—. ¿Le he dado ya información suficiente sobre su estado mental, Bill? Porque hay mucho más si quiere oírlo.

—Creo que ya me formo una idea.

Ella mueve la cabeza en un gesto de triste asombro.

—Es como si ese individuo la conociera.

Hodges no dice lo que para él es evidente, sobre todo porque tiene su propia carta con la que hacer comparaciones: la conocía. De algún modo la conocía.

—Ha comentado que su hermana era obsesiva compulsiva. Hasta el punto de darse media vuelta y volver para comprobar si el horno estaba encendido.

—Sí.

—¿Le parece probable que una mujer así se olvidara la llave en el contacto?

Janey tarda largo rato en contestar. Por fin dice:

—La verdad es que no.

A Hodges tampoco. Existe una primera vez para todo, claro está, pero... ¿analizaron Pete y él en algún momento ese aspecto del asunto? No está seguro, pero cree que quizá sí. Solo que entonces desconocían la gravedad de los trastornos mentales de la señora T.

—¿Ha intentado entrar usted en esa web, el Paraguas Azul? ¿Usando el nombre de usuario que él le dio?

Janey, atónita, se queda mirándolo.

—Ni se me ha pasado por la cabeza, y si se me hubiese ocurrido, me habría dado miedo lo que pudiera encontrar. Supongo que por eso es usted el detective y yo la clienta. ¿Usted sí lo intentará?

—No sé qué intentaré. Necesito pensármelo, y necesito consultar a una persona que entiende más que yo de ordenadores.

—No olvide apuntar los honorarios de esa persona —recuerda ella.

Hodges contesta que así lo hará, pensando que al menos Jerome Robinson

sacará algún provecho de esto, acabe como acabe la partida. ¿Y por qué no? Ocho personas murieron en el Centro Cívico y otras tres han quedado lisiadas permanentemente, pero Jerome tiene aún la universidad por delante. Recuerda un viejo dicho: Incluso en el día más oscuro el sol ilumina el culo de algún perro.

—¿Y cuál es el siguiente paso?

Hodges coge la carta y se pone en pie.

—El paso siguiente es que yo llevo esto a la copistería más cercana y luego le devuelvo el original.

—No hace falta. La escanearé y le sacaré una copia por impresora. Démela.

—¿En serio? ¿Puede hacer eso?

Janey todavía tiene los ojos enrojecidos por el llanto; aun así, le dirige una mirada alegre.

—Menos mal que tiene a mano a un experto en informática —comenta—. Enseguida vuelvo. Entretanto, cómase otra galleta.

Hodges se come tres.

10

Cuando Janey vuelve con la copia de la carta, Hodges la dobla y se la mete en el bolsillo interior de la chaqueta.

—El original debería guardarse en una caja fuerte, si es que tiene una aquí.

—Hay una en la casa de Sugar Heights, ¿eso sirve?

Probablemente sirve, pero a Hodges no acaba de gustarle la idea. Demasiados posibles compradores entrando y saliendo. Lo cual quizá sea un reparo estúpido, pero no puede evitarlo.

—¿Tiene caja de seguridad en un banco?

—No, pero podría alquilar una. Tengo cuenta en Bank of America, a unas manzanas de aquí.

—Eso me parecería mejor —responde Hodges ya de camino hacia la puerta.

—Gracias por aceptar —dice ella, y le ofrece las dos manos, como si él la hubiese invitado a bailar—. No sabe el alivio que representa para mí.

Él coge las manos que ella le tiende, les da un ligero apretón y se las suelta, pese a que de buena gana se las habría retenido un poco más.

—Otras dos cosas. En primer lugar, su madre. ¿Con qué frecuencia la visita?

—Día sí, día no, más o menos. A veces le llevo comida del restaurante iraní que les gustaba a Ollie y a ella... el personal de cocina de Sunny Acres no tiene inconveniente en calentarla... y a veces le llevo un DVD o dos. Le gustan las películas antiguas, como las de Fred Astaire y Ginger Rogers. Siempre voy con

algo, y ella siempre se alegra de verme. Cuando tiene un día bueno, me ve. Cuando tiene uno malo, es capaz de llamarme Olivia. O Charlotte. Esa es mi tía. También tengo un tío.

—La próxima vez que su madre tenga un día bueno, llámeme e iré a verla.

—De acuerdo. A lo mejor lo acompaño. ¿Y cuál es la otra cosa?

—El abogado que ha mencionado. Schron. ¿Le parece competente?

—Se las sabe todas, o esa impresión me dio.

—Si *llego* a averiguar algo, quizá incluso el nombre del individuo, vamos a necesitar a alguien así. Iremos a verlo, le entregaremos las cartas...

—¿Las cartas? Yo solo he encontrado una.

Hodges piensa: «Uy, mierda», y enseguida recupera el control.

—La carta y la copia, quiero decir.

—Ah, claro.

—Si encuentro al individuo, corresponde a la policía detenerlo y presentar cargos contra él. A Schron le corresponde asegurarse de que no *nos* detienen por meternos donde no nos llaman e investigar por nuestra cuenta.

—Eso sería derecho penal, ¿no? No sé bien si él se dedica a eso.

—Probablemente no, pero si es bueno, conocerá a alguien que sí se dedique. Alguien que sea tan bueno como él. ¿Estamos de acuerdo en eso? Tenemos que estarlo. Estoy dispuesto a husmear aquí y allá, pero si se convierte en asunto de la policía, lo dejaremos en manos de la policía.

—Me parece bien —accede Janey. A continuación se pone de puntillas, apoya las manos en los hombros de la chaqueta demasiado ajustada de Hodges y le planta un beso en la mejilla—. Creo que es usted un buen hombre, Bill. Y la persona indicada para esto.

Hodges siente ese beso mientras baja en el ascensor. Un grato punto de calor. Se alegra de haberse tomado la molestia de afeitarse antes de salir de casa.

11

La lluvia plateada cae ininterrumpidamente, pero la joven pareja —¿amantes?, ¿amigos?— permanece seca y resguardada bajo el paraguas azul que pertenece a alguien, probablemente un alguien ficticio, llamado Debbie. Esta vez Hodges advierte que es el chico quien parece hablar, y la chica tiene los ojos muy abiertos, como por efecto de la sorpresa. ¿Acaso acaba él de proponerle matrimonio?

Jerome revienta esta idea romántica como quien pincha un globo.

—Parece una web porno, ¿no?

—¿Y qué sabe de webs porno un futuro estudiante de una universidad de élite como tú?

Sentados uno al lado del otro en el despacho de Hodges, miran la página de inicio del Paraguas Azul. Odell, el setter irlandés de Jerome, tumbado boca arriba detrás de ellos con las patas traseras extendidas y la lengua colgando a un lado de la boca, mantiene la mirada fija en el techo con una plácida expresión contemplativa. Jerome lo ha llevado hasta ahí atado con la correa, pero solo porque así lo exige la ley dentro de los límites urbanos. Odell sabe que no le conviene bajarse de la acera y es casi tan inofensivo con los transeúntes como puede serlo un perro.

—Sé lo que sabe usted y lo que sabe cualquiera que tenga un ordenador —dice Jerome. Con su pantalón caqui y su camisa de universitario, y los espesos rizos cortados a cepillo, parece a ojos de Hodges un Barack Obama en joven, solo que más alto. Jerome mide un metro noventa y dos. Y lo envuelve el aroma tenue y gratamente nostálgico de la loción para después del afeitado Old Spice—. Las webs porno abundan como la mala hierba. Si uno navega por la red, es imposible no encontrárselas. Y las que tienen nombres en apariencia inocentes son las que tienden a estar cargadas.

—Cargadas ¿de qué?

—De la clase de imágenes por las que uno puede acabar detenido.

—Porno infantil, quieres decir.

—O porno con tortura. El noventa y nueve por ciento del material con látigos y cadenas es falso. El otro uno por ciento... —Jerome se encoge de hombros.

—¿Y tú eso cómo lo sabes?

Jerome le dirige una mirada: directa, franca, abierta. No es teatro, él es así, y eso es lo que a Hodges más le gusta del chico. Sus padres son iguales. Incluso su hermana pequeña lo es.

—Señor Hodges, eso lo sabe *cualquiera*. Cualquiera que tenga menos de treinta años, claro.

—En mis tiempos la gente decía: no te fíes de nadie de más de treinta años.

Jerome sonríe.

—Yo me fío, pero en lo que se refiere a ordenadores, muchos de ellos no tienen ni idea. Tratan sus máquinas a patadas y esperan que funcionen. Abren los adjuntos de los *e-mails* a pelo. Visitan webs como esta, y de pronto su ordenador se pone en plan HAL 9000 y empieza a descargar imágenes de señoritas de compañía adolescentes o vídeos de terroristas en los que se ve cómo decapitan a personas.

Hodges ha estado a punto de preguntar quién es HAL 9000 —le suena a apodo de gánster—, pero lo de los vídeos de terroristas lo distrae.

—¿Eso pasa de verdad?

—Se ha dado el caso. Y luego... —Jerome cierra el puño y se golpea la coronilla con los nudillos—. Toc, toc, toc, tienes a los del Departamento de Seguridad Nacional ante tu puerta. —Abre el puño para poder señalar con un dedo a la pareja bajo el paraguas azul—. Por otro lado, esto podría ser solo lo que afirma ser, un chat donde personas tímidas pueden mantener correspondencia electrónica. Ya sabe, ese rollo de los corazones solitarios. Hay por ahí mucha gente buscando amor, señor mío. Veamos.

Tiende la mano hacia el ratón, pero Hodges le agarra la muñeca. Jerome lo mira con expresión interrogativa.

—No lo mires en mi ordenador —dice Hodges—. Míralo en el tuyo.

—Si me hubiera pedido que trajera el portátil...

—Hazlo esta noche, no hay problema. Y si resulta que desencadenas un virus que devora el aparato entero, yo cargo con la compra de uno nuevo.

Jerome le lanza una risueña mirada de condescendencia.

—Señor Hodges, tengo el mejor programa de detección y prevención de virus que puede comprarse con dinero, y el segundo mejor como respaldo. Cualquier virus que intenta colarse en mis máquinas es aplastado de inmediato.

—Quizá la misión del virus en cuestión no sea devorar —señala Hodges. Está pensando en un comentario de la hermana de la señora T: «Es como si ese individuo la conociera»—. Quizá sea vigilar.

Jerome no parece preocupado; parece interesado.

—¿Cómo ha encontrado esta web, señor Hodges? ¿Abandona la jubilación? ¿Está, digamos, en el caso?

Hodges nunca ha echado tanto de menos a Pete Huntley como en ese momento: un compañero de tenis con el que pelotear, solo que con teorías y conjeturas en lugar de con bolas verdes peludas. No le cabe duda de que Jerome podría cumplir esa función; tiene buena cabeza y ha demostrado talento deductivo... pero le falta un año para poder votar, cuatro para poder comprar una bebida alcohólica legalmente, y esto podría ser peligroso.

—Solo quiero que eches un vistazo a la web por mí —dice Hodges—. Pero antes investiga un poco en la red. A ver qué puedes averiguar al respecto. Lo que quiero saber sobre todo es...

—Si tiene un verdadero historial —interrumpe Jerome, haciendo gala una vez más de su admirable capacidad deductiva—. Un... ¿cómo se llama? Un contexto. Quiere asegurarse de que no es un montaje creado solo para usted.

—Oye —dice Hodges—, deberías dejar de hacer tareas para mí y buscar trabajo en una de esas empresas de reparación de ordenadores. Probablemente ganarías más. Lo que me recuerda que necesitas ponerle precio a este trabajo.

Jerome se ofende, pero no por el ofrecimiento de honorarios.

—Esas empresas son para frikis antisociales. —Echa el brazo atrás y rasca a Odell entre el pelo rojo oscuro. El perro, agradecido, menea la cola, aunque posiblemente preferiría un sándwich de carne—. De hecho, algunos mandan a sus empleados de aquí para allá en Escarabajos Volkswagen. No hay nada más friki que eso. ¿Conoce Discount Electronix?

—Claro —contesta Hodges, acordándose de la circular publicitaria que ha recibido junto con el anónimo.

—Pues a ellos debe de gustarles la idea, porque eso es lo que hacen. Lo llaman Ciberpatrulla y sus Volkswagen son verdes. También hay *muchos* que trabajan por su cuenta. Mire en internet: encontrará a doscientos en esta misma ciudad. Creo que me quedo con las *faena' que hasé, bwana* Hodges.

Jerome sale de Bajo el Paraguas Azul de Debbie y vuelve al salvapantallas de Hodges, que resulta ser una foto de Allie, de cuando tenía cinco años y aún pensaba que su padre era Dios.

—Pero como lo veo preocupado, tomaré precauciones. Tengo un viejo iMac en el armario donde solo hay cargados juegos *arcade* de Atari y unas cuantas antiguallas mohosas más. Usaré ese para examinar la web.

—Buena idea.

—¿Puedo hacer algo más por usted hoy?

Hodges se dispone a decir que no, pero el Mercedes robado de la señora T. sigue causándole desazón. Ahí hay algo que no encaja. Lo intuyó en su día y lo intuye todavía más ahora, con tal intensidad que casi lo ve. Pero con el *casi* uno nunca gana el primer premio en la feria del condado. Eso que no encaja es una pelota que quiere golpear y quiere que alguien se la devuelva.

—Podrías escuchar una historia —dice. En su cabeza compone ya un relato imaginario que aborde todos los puntos destacados. Quién sabe, a lo mejor Jerome, con su visión nueva, detecta algo que a él se le ha pasado por alto. Es poco probable, pero no imposible—. ¿Estarías dispuesto a hacer eso?

—Claro.

—Pues ponle la correa a Odell. Nos acercaremos a Big Licks dando un paseo. Me ha entrado el antojo de un cucurucho de fresa.

—Quizá veamos la camioneta de Mr. Tastey antes de llegar allí —dice Jerome—. Ese hombre lleva en el barrio toda la semana, y tiene unos helados que son para chuparse los dedos.

—Tanto mejor —contesta Hodges, y se pone en pie—. Andando.

Pasean cuesta abajo hasta las pequeñas galerías comerciales en el cruce de Harper Road y Hanover Street, con Odell en medio sin tirar de la correa. Ven los edificios que se alzan en el núcleo urbano, a unos tres kilómetros de distancia, destacando entre el grupo de rascacielos el Centro Cívico y el Centro de Arte y Cultura del Medio Oeste. El CACMO no es una de las mejores creaciones de I. M. Pei, en opinión de Hodges. Aunque nadie ha pedido su opinión al respecto.

—Bien, ¿de qué va la cosa, mariposa? —pregunta Jerome.

—Verás —dice Hodges—, digamos que cierto individuo tiene una amiga desde hace muchos años, y ella vive en el centro. Él por su parte vive en Parsonville. —Este es un municipio situado poco más allá de Sugar Heights, no tan lujoso pero tampoco mísero precisamente.

—Algunos amigos míos llaman a Parsonville «Blanquilandia» —comenta Jerome—. Oí a mi padre decirlo una vez, y mi madre le ordenó que no quería oír ese lenguaje racista.

—Ya. —Los amigos de Jerome, los negros, probablemente también llaman «Blanquilandia» a Sugar Heights, lo que lleva a Hodges a pensar que de momento va por buen camino.

Odell se para a examinar las flores de la señora Melbourne. Jerome tira de él antes de que pueda dejar allí un mensaje canino.

—El caso es que —prosigue Hodges— la amiga de hace muchos años tiene un apartamento en la zona de Branson Park: Wieland Avenue, Branson Street, Lake Avenue, esa parte de la ciudad.

—Tampoco está mal.

—No. Él va a verla tres o cuatro veces por semana. Una o dos noches por semana la invita a cenar o al cine y se queda a dormir en su casa. Cuando va, aparca el coche, un cochazo, un BMW, en la calle, porque es un buen barrio, bien vigilado por la policía, con muchas farolas de alta intensidad. Además, el aparcamiento es gratuito entre las siete de la tarde y las ocho de la mañana.

—Si yo tuviera un BMW, lo dejaría en uno de los *parkings* de la zona y pasaría del aparcamiento gratuito —dice Jerome, y vuelve a dar un tirón a la correa—. Para ya, Odell, los perros buenos no comen de la alcantarilla.

Odell mira por encima del hombro con cara de hastío, como diciendo: «¿Qué sabrás tú lo que hacen los perros buenos?».

—En fin, los ricos son muy suyos en cuestiones de economía —comenta Hodges, acordándose de la explicación que les dio la señora T. por hacer precisamente eso.

—Si usted lo dice...

Casi han llegado al centro comercial. En el camino han oído varias veces el tintineo melódico de la camioneta de la heladería, una de ellas muy cerca, pero

luego el heladero se ha dirigido hacia los complejos de viviendas al norte de Harper Road y el sonido ha vuelto a alejarse.

—Así que un jueves por la noche, como de costumbre, ese hombre va a visitar a su amiga. Como de costumbre, aparca en la calle... allí quedan muchas plazas libres cuando termina la jornada laboral... y como de costumbre cierra el coche con el mando. Su amiga y él, dando un paseo, van a un restaurante cercano, disfrutan de una buena cena y vuelven a pie. El coche sigue allí: él lo ve antes de entrar. Se queda a dormir en casa de su amiga, y a la mañana siguiente, cuando sale del edificio...

—Adiós al BMW.

Se encuentran ya ante la heladería. Cerca hay un aparcabicicletas. Jerome amarra ahí la correa de Odell. El perro se tumba y apoya el hocico en una pata.

—No —corrige Hodges—, sigue ahí. —Considera que esta es una excelente variación respecto a lo que ocurrió realmente. Casi se lo cree él mismo—. Pero orientado en dirección contraria, porque está aparcado en la otra acera.

Jerome enarca las cejas.

—Sí, raro, ¿verdad? Ya lo sé. El hombre, pues, cruza la calle hacia allí. El coche parece intacto, y bien cerrado, tal como lo dejó, solo que aparcado en un sitio distinto. Así que lo primero que hace es comprobar que lleva la llave, y en efecto sigue en su bolsillo. ¿Qué demonios ha pasado, Jerome?

—No lo sé, señor H. Parece un relato de Sherlock Holmes, ¿no? Es un auténtico problema de tres pipas. —Jerome esboza una sonrisa que Hodges no sabe muy bien cómo interpretar, ni sabe si le gusta. Es una sonrisa *sagaz*.

Hodges saca la cartera de sus Levi's (lo del traje está bien, pero es un alivio volver a ponerse un vaquero y una camiseta de los Indians). Extrae un billete de cinco y se lo da a Jerome.

—Ve a por los cucuruchos. Ya me ocupo yo de Odell.

—No hace falta. Él se queda aquí tan tranquilo.

—No lo dudo, pero mientras estés en la cola, tendrás tiempo para reflexionar sobre mi pequeño enigma. Imagínate que eres Sherlock, eso a lo mejor te ayuda.

—Vale. —Batanga el Negro Zumbón aflora a la superficie—: ¡Solo que Sherlo' é *u'té*! ¡Yo soy el do'tó Watso'!

Hay una pequeña zona ajardinada al otro lado de Hanover. Cruzan por el semáforo, ocupan un banco y observan a un grupo de chicos greñudos de secundaria jugarse la vida y la integridad física en la pista de *skate*, construida por

debajo del nivel del suelo. Odell reparte su tiempo entre mirar a los chicos y mirar los helados.

—¿Has probado a hacer eso alguna vez? —pregunta Hodges, señalando con el mentón a los temerarios.

—¡Ni hablá! —Jerome le lanza una mirada con los ojos muy abiertos—. Soy *negro*. En mi tiempo libre tiro a la cana'ta y corro en la pi'ta de senisa del i'tituto. Nosotros' lo' negro' corremo' que no' la' pelamo', como to'l mundo sabe.

—Creía haberte dicho que dejaras a Batanga en casa. —Hodges se unta el dedo de helado y lo extiende, goteante, hacia Odell, que se lo lame con fruición.

—¡A vese' ese mushasho se presenta po'la cara! —afirma Jerome. Y de pronto Batanga desaparece, así sin más—. No existen ni el hombre ni la amiga ni el BMW. Está hablándome del Asesino del Mercedes.

Adiós a la fantasía, pues.

—Digamos que sí.

—¿Está investigándolo por su cuenta, señor Hodges?

Hodges se detiene a pensarlo, con sumo cuidado, y luego se repite:

—Digamos que sí.

—¿La web del Paraguas Azul de Debbie tiene algo que ver con eso?

—Digamos que sí.

Un *skater* se cae y se pone en pie con las dos rodillas despellejadas. Uno de sus amigos pasa por su lado como una exhalación, mofándose. El despellejado se palpa una rodilla sangrante con la mano, lanza unas gotitas rojas hacia el que se ha mofado de él y vuelve a rodar en su *skate* a la vez que exclama: «¡SIDA! ¡SIDA!». El otro lo sigue, solo que ahora ya no se mofa: se parte de risa.

—Bestias —masculla Jerome. Se inclina para rascar a Odell detrás de las orejas y enseguida vuelve a erguirse—. Si quiere hablar de eso...

Abochornado, Hodges contesta:

—Ahora ya no sé hasta qué punto...

—Lo entiendo —dice Jerome—. En todo caso *he* pensado en su problema mientras estaba en la cola, y tengo una pregunta.

—¿Sí?

—Ese hombre ficticio del BMW... ¿dónde tenía la llave de repuesto?

Hodges se queda totalmente inmóvil, pensando en lo listo que es el chico. Luego ve un hilillo de helado rosa descender por un lado de su cucurucho y lo lame.

—Afirma que nunca ha tenido esa llave, digamos.

—Como afirmó la dueña del Mercedes.

—Sí. Exactamente igual.

—¿Recuerda que antes le he dicho que mi madre se rebotó con mi padre por

llamar Blanquilandia a Parsonville?

—Sí.

—¿Quiere que le cuente qué pasó una vez que mi padre se rebotó con mi madre? ¿La única vez que le oí decir «Típico de una mujer»?

—Si tiene que ver con mi problemilla, adelante.

—Mi madre tiene un Chevrolet Malibu. De color rojo manzana caramelizada. Ya lo habrá visto usted delante de casa.

—Cómo no verlo.

—Mi padre lo compró nuevo a estrenar hace tres años y se lo regaló para su cumpleaños, cosa que fue recibida con tremendos chillidos de placer.

«Sí —piensa Hodges—, Batanga se ha ido definitivamente de paseo».

—Mi madre lo usa durante todo un año. Ningún problema. Entonces llega el momento de renovar el permiso de circulación del coche. Mi padre se ofrece a hacerlo por ella un día de camino a casa después del trabajo. Sale a buscar la documentación y vuelve con una llave en la mano. No está furioso, pero sí irritado. Le dice que si deja la llave de repuesto en el coche, alguien podría encontrarla y llevárselo. Mi madre pregunta dónde la ha encontrado. Él le contesta que en una bolsa de plástico de cierre hermético junto con el permiso de circulación, la tarjeta del seguro y el manual del usuario, que ella nunca ha abierto. Aún conservaba la faja de papel donde dice «Gracias por comprar su coche nuevo en el concesionario Chevrolet Lake».

Otro hilillo de helado desciende por el cucurucho de Hodges. Esta vez no se da cuenta ni siquiera cuando llega a su mano y se acumula ahí.

—En la...

—En la guantera, sí. Mi padre dijo que eso era negligencia, y mi madre contestó... —Jerome se inclina, fijando sus ojos castaños en los grises de Hodges—. *Contestó que ni siquiera sabía que estaba ahí.* Fue entonces cuando él dijo que eso era típico de una mujer. Cosa que a ella no le hizo ninguna gracia.

—Seguro que no. —En la cabeza de Hodges se ponen en funcionamiento los más diversos engranajes.

—Mi padre dice: «Cariño, basta con que, en un descuido, no cierres con llave una sola vez. Aparece un adicto al *crack*, ve los seguros de las puertas abiertos y decide probar suerte por si hay algo que merezca la pena robar. Mira en la guantera buscando dinero, ve la llave en la bolsa de plástico y se larga a ver si encuentra a alguien que quiera comprar en efectivo un Malibu con pocos kilómetros.

—¿Y qué respondió tu madre a eso?

Jerome sonríe.

—De entrada, le dio la vuelta a la tortilla. Nadie sabe hacer eso mejor que mi

madre. Dice: «*Tú* compraste el coche y *tú* lo trajiste a casa. *Tú* deberías habérmelo dicho». Yo estoy desayunando mientras ellos se enzarzan en su pequeña discusión y de buena gana habría dicho: «Si hubieras consultado alguna vez el manual del usuario, mamá, aunque solo fuera para saber qué significan todas esas lucecitas tan monas del salpicadero...», pero mantengo la boca cerrada. Mis padres no tienen muchas broncas, pero cuando tienen una, cualquier persona sensata se queda al margen. Eso lo sabe incluso Barbie, y solo tiene nueve años.

Hodges piensa que también Alison debía de saberlo cuando Corinne y él estaban casados.

—Lo otro que dijo mi madre fue que ella *jamás* se olvidaba de cerrar el coche con llave. Cosa que, por lo que sé, es verdad. En todo caso, la llave está ahora colgada de un gancho en la cocina. A buen recaudo, a salvo, y lista para usarse si alguna vez se pierde la llave principal.

Hodges, inmóvil, mira a los *skaters* pero no los ve. Está pensando que la madre de Jerome tenía algo de razón al decir a su marido que debería haberle entregado la llave de repuesto, o al menos hablarle de su existencia. No hay que dar por supuesto que los demás harán inventario y lo encontrarán todo por sí mismos. Pero el caso de Olivia Trelawney era distinto. El coche lo compró ella misma, y debería haberlo sabido.

Solo que el vendedor probablemente la había saturado de información sobre esa nueva adquisición tan cara; era algo que solía ocurrir. Cuándo cambiar el aceite, cómo utilizar el control de crucero, cómo utilizar el GPS, no olvidarse de dejar la llave de repuesto en un lugar seguro, así se enchufa el teléfono móvil, aquí está el número para llamar a asistencia en carretera por si lo necesita, con el mando de los faros totalmente a la izquierda se enciende el sensor de luminosidad.

Hodges recordó que él mismo, al comprar su primer coche nuevo, escuchó como quien oye llover al individuo mientras le daba las instrucciones posteriores a la venta —ajá, sí, de acuerdo, capto—, impaciente por sacar a la calle su nueva adquisición, por disfrutar del paseo libre de ruido y por inhalar ese incomparable olor a coche nuevo que para el comprador es el aroma del dinero bien empleado. Pero la señora T. era una mujer obsesiva compulsiva. Hodges creía posible que ella hubiera pasado por alto la llave de repuesto y la hubiera dejado en la guantera, pero si se había llevado la llave principal aquel jueves por la noche, ¿no habría bloqueado también las puertas? Ella insistió en que sí, lo mantuvo hasta el final, y la verdad era que si se paraba a pensarlo...

—¿Señor Hodges?

—Con las llaves modernas, es un sencillo proceso en tres pasos, ¿no? —dice—. Paso uno, apagar el motor. Paso dos, retirar la llave del contacto. Si tienes la cabeza en otra parte y te olvidas del paso dos, hay un avisador que te lo recuerda.

Paso tres, cerrar la puerta y pulsar el botón con el icono del candado. Teniendo la llave en la mano, ¿por qué iba uno a olvidarse de eso? Un método antirrobo a prueba de tontos.

—Muy cierto, señor H., pero algunos son tan tontos que se olvidan igualmente.

Hodges está demasiado absorto en sus pensamientos para discrepar.

—Ella no era nada tonta. Nerviosa y con tics sí, pero no idiota. Si se llevó la llave, casi me veo en la obligación de aceptar que cerró el coche. Y no forzaron el coche. O sea que aun si de verdad *dejó* la llave de repuesto en la guantera, ¿cómo accedió a ella ese individuo?

—Es, pues, el misterio de un coche cerrado, no de una habitación cerrada. ¡Entonse' é un problema de *cuatro* pipa'!

Hodges no contesta. Da vueltas y más vueltas al asunto. Ahora le parece evidente que la llave de repuesto podría haber estado en la guantera, pero ¿plantearon alguna vez esa posibilidad Pete o él? Está casi seguro de que no. ¿Porque pensaban como hombres? ¿O porque, irritados por la negligencia de la señora T., querían cargarle la culpa? Y *tenía* la culpa, ¿o no?

«No si realmente cerró su coche», piensa.

—Señor Hodges, ¿qué tiene que ver la web del Paraguas Azul con el Asesino del Mercedes?

Hodges sale de su ensimismamiento, aunque, de tan abstraído como estaba, le cuesta lo suyo.

—Ahora no quiero hablar de eso, Jerome.

—¡Pero a lo mejor yo puedo ayudarlo!

¿Ha visto alguna vez a Jerome tan entusiasmado? Quizá en una ocasión, cuando el equipo de debate que capitaneaba en su segundo año de instituto ganó el campeonato municipal.

—Investiga esa web, y así me ayudarás —dice Hodges.

—No quiere contármelo porque soy muy joven. Es eso, ¿no?

Es parte de la razón, pero Hodges no tiene intención de reconocerlo. Y da la casualidad de que hay algo más.

—No es tan sencillo. Verás, yo ya no soy policía, e investigar lo del Centro Cívico bordea el límite de lo ilegal. Si averiguo algo y no informo a mi antiguo compañero, que es ahora el inspector a cargo del caso del Asesino del Mercedes, habré rebasado ese límite. Tú tienes un gran futuro por delante, incluida la posibilidad de entrar en cualquier universidad a la que decidas honrar con tu presencia. ¿Qué voy a decir yo a tus padres si mis actos dan pie a una investigación, y tú te ves envuelto, quizá como cómplice?

Jerome permanece en silencio, asimilando lo que acaba de oír. Luego da la

punta del cucurucho a Odell, que lo acepta con avidez.

—Lo entiendo.

—¿Sí?

—Sí.

Jerome se levanta y Hodges hace lo mismo.

—¿Seguimos siendo amigos?

—Claro. Pero si cree que puedo ayudarlo, prométame que me lo dirá. Ya conoce el dicho: Dos cabezas piensan mejor que una.

—Trato hecho.

Se ponen en marcha cuesta arriba. Al principio Odell camina entre ellos como antes, pero al cabo de un rato empieza a tirar porque Hodges va cada vez más despacio. Además, respira con dificultad.

—Tengo que perder un poco de peso —comenta a Jerome—. ¿Sabes? El otro día se me rompió por detrás un pantalón que estaba impecable.

—Sí, puede que le fuera bien perder unos cinco kilos —responde Jerome diplomáticamente.

—Multiplica eso por dos y estarás mucho más cerca.

—¿Quiere parar a descansar un momento?

—No.

El propio Hodges se da cuenta de su infantilismo. Pero lo del peso lo dice en serio; en cuanto llegue a casa, tirará al cubo de la basura todos esos dichosos tentempiés que tiene en la nevera y los armarios de la cocina. Luego piensa: «Mejor a la trituradora. Es fácil flaquear y sacar las cosas del cubo».

—Jerome, sería conveniente que no comentaras nada respecto a mi pequeña investigación. ¿Puedo contar con tu discreción?

—Plenamente —contesta Jerome sin vacilar—. Soy una tumba.

—Bien.

Al cabo de una manzana, la camioneta de Mr. Tastey recorre con su tintineo Harper Road y enfila Vinson Lane. Jerome saluda con la mano. Hodges no ve si el heladero contesta.

—*Ahora* aparece —dice Hodges.

Jerome se vuelve y le sonríe.

—El heladero es como la policía.

—¿Eh?

—Nunca están cuando los necesitas.

Brady sigue su ruta, respetando el límite de velocidad (aquí en Vinson Lane treinta kilómetros por hora), casi sin oír el estridente tintineo de *Buffalo Gals* procedente de los altavoces instalados en el techo. Lleva un suéter debajo de la chaqueta de Mr. Tastey porque la carga, a sus espaldas, está fría.

«Como mi mente —piensa—. Con la diferencia de que el helado está solo frío. Mi mente, además, es analítica. Es una máquina. Un Mac lleno de gigas elevados a un gúgolplex».

Fija esa mente en lo que acaba de ver: el expoli gordo sube por Harper Road Hill acompañado de Jerome Robinson y el setter irlandés con nombre de negro. Jerome lo ha saludado con la mano, y Brady le ha devuelto el gesto, porque esa es la manera de pasar inadvertido. Como escuchar las interminables peroratas de Freddi Linklatter sobre lo dura que es la vida para una lesbiana en un mundo heterosexual.

Gustavo William Hodges, alias «Ojalá Fuera Joven», y Jerome Robinson, alias «Ojalá Fuera Blanco». ¿De qué hablaba la Extraña Pareja? Eso es sí le gustaría saberlo a Brady Hartsfield. A lo mejor se entera si el poli muerde el anzuelo e inicia una conversación en el Paraguas Azul de Debbie. Desde luego dio resultado con la ricacha; en cuanto empezó a hablar, no hubo manera de hacerla callar.

El Ins. Ret. y su criado morenito.

También Odell. No nos olvidemos de Odell. Jerome y su hermanita quieren mucho al perro. Se quedarían desconsolados si le pasara algo. Probablemente no le pase nada, pero quizá investigue en la red algún veneno más cuando llegue a casa esta noche.

Esas ideas siempre andan rondándole por la cabeza: son los pájaros en su azotea. Esta mañana en DE, mientras inventariaba otro cargamento de DVD tirados de precio (por qué llegan más al mismo tiempo que pretenden liquidar las existencias es un misterio que nunca se resolverá), se le ha ocurrido que podía utilizar su chaleco bomba para asesinar al presidente, el señor Barack Obama, alias «Ojalá Fuera Blanco». Sería un final glorioso. Barack visita con frecuencia este estado, porque es importante dentro de su estrategia de cara a la reelección. Y cuando viene al estado, viene a esta ciudad. Da un mitin. Habla de la esperanza. Habla del cambio. Ra-ra-ra, bla-bla-bla. Brady estaba maquinando un plan para evitar los detectores de metal y los controles aleatorios cuando Tones Frobisher lo ha llamado por el intercomunicador y le ha dicho que tenía un servicio a domicilio. Una vez en la calle, cuando iba al volante de uno de los Volkswagen verdes de la Ciberpatrulla, pensaba ya en otra cosa. En Brad Pitt, para ser exactos. Ese puto ídolo de la masa.

Pero a veces se mantiene firme en sus ideas.

Un niño regordete se acerca a todo correr por la acera agitando un billete. Brady se detiene.

—*¡Lo quiero de chocolate!* —brama el crío—. *¡Y lo quiero con fideos de caramelo!*

«Marchando, culigordo repelente —piensa Brady, y despliega su sonrisa más amplia y encantadora—. Jódete el colesterol todo lo que quieras, te doy hasta los cuarenta. ¿Y quién sabe? A lo mejor sobrevives al primer infarto. Aunque eso no te detendrá, no señor. No en un mundo lleno de cervezas y hamburguesas y helados de chocolate».

—Marchando, amiguito. Uno de chocolate con fideos de caramelo al momento. ¿Cómo va el cole? ¿Sacas muchos sobresalientes?

15

Esa noche la televisión no se enciende en el 63 de Harper Road, ni siquiera para el noticiario de la noche. Tampoco el ordenador. Hodges prefiere sacar su fiel bloc pautado. Janelle Patterson le ha dicho que era de la vieja escuela. Y lo es, y no se disculpa por ello. Así es como ha trabajado siempre, así es como se siente más cómodo.

Sentado en ese maravilloso silencio sin televisor, relee la carta que le envió Mr. Mercedes. A continuación lee la que recibió la señora T. Pasa de una a otra durante una hora o más, examinándolas línea por línea. Como la carta de la señora T. es una copia, anota comentarios en los márgenes y traza círculos en torno a ciertas palabras con entera libertad.

Concluye esta parte de su procedimiento leyendo las cartas de viva voz. Emplea voces distintas, porque Mr. Mercedes ha adoptado dos personalidades distintas. La carta que llegó a Hodges destila regodeo y arrogancia. *Ja ja, viejo idiota y acabado* —insinúa—. *No tienes ninguna razón para vivir, y tú lo sabes. ¿Por qué no te matas de una vez, y listos?* El tono utilizado en la carta a Olivia Trelawney es apocado y melancólico, impregnado de remordimientos y cuentos de malos tratos en la infancia, pero aquí también está presente la idea del suicidio, esta vez expresado en forma de compasión: *Me hago cargo. Lo entiendo perfectamente, porque yo siento lo mismo.*

Al final guarda las cartas en una carpeta con el rótulo ASESINO DEL MERCEDES en la etiqueta. No contiene nada más, por lo cual es muy delgada, pero si Hodges conserva las aptitudes para su trabajo, aumentará de grosor a medida que añada una hoja de anotaciones tras otra.

Permanece sentado un cuarto de hora con las manos cruzadas sobre la amplia cintura, como un Buda en meditación. Después se acerca el bloc y empieza a escribir.

«Creo que tenía razón en cuanto a la mayoría de las pistas estilísticas falsas. En la carta dirigida a la señora T. no utiliza signos de admiración, ni palabras con mayúscula, ni muchos párrafos de una sola frase (en los del final busca un efecto dramático). Me equivocaba respecto a las comillas, eso sí le gusta. También es aficionado a subrayar. Puede que en definitiva no sea tan joven, quizá me equivocaba en eso...».

Pero piensa en Jerome, que probablemente ha olvidado ya más cosas acerca de los ordenadores e internet de las que el propio Hodges llegará a aprender nunca. Y en Janey Patterson, que sabía cómo escanear la carta de su hermana para hacer una copia, y que usa Skype. Janey Patterson, que tiene casi veinte años menos que él.

Coge otra vez el bolígrafo.

«... pero no lo creo. Probablemente no sea un adolescente (aunque no puede descartarse), pero pongamos que tiene entre veinte y treinta y cinco años. Es listo. Buen vocabulario, un nivel de redacción alto».

Repasa las cartas todavía una vez más y anota algunas de esas expresiones bien redactadas: «correteaba de aquí para allá como un ratón», «mermelada de fresa en un saco de dormir», «casi todas las personas son borregos, y los borregos no comen carne».

Nada que pudiera eclipsar a Philip Roth, pero Hodges considera que esas frases revelan cierto talento. Encuentra una más y la escribe debajo de las otras: «¿Qué ha hecho la policía por usted aparte de agobiarla y ocasionarle noches de insomnio?».

Golpetea el papel con la punta del bolígrafo por encima de esto, creando una constelación de diminutos puntos azules. Piensa que la mayoría de la gente diría «provocarle noches de insomnio» o «darle noches de insomnio», pero Mr. Mercedes no se conformó con eso, porque es un jardinero plantando las semillas de la duda y la paranoia. *Ellos* van a por usted, señora T., y no *les* falta razón, ¿verdad que no? Porque usted *se dejó* la llave olvidada. Eso dice la policía; eso digo yo también, y yo estaba allí. ¿Cómo podemos estar equivocados tanto ellos como yo?

Hodges anota estas ideas, las encuadra, y luego pasa la hoja.

«El mejor rasgo para la identificación sigue siendo MAREANTE por MALEANTE, que usa en las dos cartas, pero también puede observarse cómo JUNTA PALABRAS: "malostratos" en lugar de «malos tratos»; "malremunerado" en lugar de «mal remunerado». Si consigo identificar a este individuo y sacarle

una muestra de escritura, puedo trincarlo».

Huellas dactilares estilísticas como esas no bastarían para convencer a un jurado, pero ¿y al propio Hodges? Sin duda.

Se recuesta otra vez, con la cabeza ladeada, la vista fija en nada. Permanece ajeno al paso del tiempo; para Hodges, el tiempo, que tanto le pesaba desde la jubilación, ahora ha dejado de existir. De pronto se echa hacia delante, arrancando a la silla de oficina un chillido de protesta que ni siquiera oye, y escribe en grandes mayúsculas: «¿HA ESTADO VIGILANDO MR. MERCEDES?».

Hodges tiene la casi total certeza de que sí. Ese es su *modus operandi*.

Siguió la campaña de denigración de que fue víctima la señora Trelawney a manos de la prensa, vio sus dos o tres apariciones en los informativos de televisión (escuetas y poco favorecedoras, dichas apariciones dejaron por los suelos su índice de popularidad, ya de por sí bajo). También es posible que pasara en coche reiteradamente por delante de la casa de la señora T. Hodges tendrá que hablar de nuevo con Radney Peeples y averiguar si él o algún otro empleado de Vigilante vieron circular determinados coches por el vecindario de la señora Trelawney en Sugar Heights durante sus últimas semanas, antes de que liara los bártulos. Y alguien pintó PUTA ASESINA en uno de los pilares de su verja. ¿Cuánto tiempo transcurrió desde entonces hasta el suicidio? Tal vez la pintada era del propio Mr. Mercedes. Y naturalmente podía haberla conocido mejor, mucho mejor, si ella había aceptado la invitación de encontrarse bajo el Paraguas Azul.

«Por otro lado estoy yo», piensa, y mira el final de la carta dirigida a él: «No me gustaría que empezara a pensar en su arma», seguido de «Pero sí piensa en ella, ¿verdad?». ¿Se refiere Mr. Mercedes a su teórica arma reglamentaria, o ha visto el 38 con el que a veces juguetea Hodges? Es imposible saberlo, pero...

«Pero creo que sí —se dice—. Sabe dónde vivo, desde la calle se ve mi salón, y creo que lo ha visto».

La idea de haber sido observado despierta en Hodges excitación más que temor o vergüenza. Si pudiera establecer una correspondencia entre algún vehículo detectado por los hombres de Vigilante y un vehículo que haya pasado un tiempo excesivo en Harper Road...

En ese preciso momento suena el teléfono.

—Hola, señor H.

—¿Qué hay, Jerome?

—Estoy bajo el Paraguas.

Hodges deja el bloc a un lado. Ahora las cuatro primeras páginas contienen notas deshilvanadas, las tres siguientes un denso resumen del caso, como en los viejos tiempos. Se retrepa en la silla.

—Veo que no se te ha comido el ordenador, pues.

—No. Nada de gusanos, nada de virus. Y ya he recibido cuatro propuestas para hablar con nuevos amigos. Una desde Abilene, Texas. Dice que se llama Bernice, pero puedo llamarla Berni. Así como suena, acabado en «i». Parece un encanto de chica, y no diré que no me tienta, pero posiblemente es un travesti de Boston que vive con su madre y trabaja de dependiente en una zapatería. Internet, tío... es una caja mágica.

Hodges sonrío.

—Empezaré por el contexto, que he encontrado en parte hurgando en el propio internet, y sobre todo gracias a un par de pirados de la informática, amigos míos ya universitarios. ¿Listo?

Hodges vuelve a coger el bloc y pasa la hoja para seguir anotando en una nueva.

—Suéltalo. —Que es exactamente lo mismo que decía a Pete Huntley cuando este llegaba con información sobre un caso.

—Vale, pero primero... ¿sabe cuál es el bien máspreciado en internet?

—Pues no. —Y acordándose de Janey Patterson, añade—: Soy de la vieja escuela.

Jerome se ríe.

—Y que lo diga, señor Hodges. Es parte de su encanto.

—Gracias, Jerome —responde irónicamente.

—El bien máspreciado es la privacidad, y eso es lo que ofrecen el Paraguas Azul de Debbie y otras webs por el estilo. A su lado, Facebook parece una línea de teléfono compartida allá en los años cincuenta. Desde el 11-S han aparecido cientos de webs cuyo principal objetivo es garantizar la privacidad. Fue entonces cuando varios gobiernos del primer mundo empezaron a fisgonear en serio. Los que están en el poder le tienen miedo a la red, y con razón. La cuestión es que muchas de estas webs con PE, que significa «privacidad extrema», operan desde Centroeuropa. Son a internet lo que Suiza a las cuentas bancarias. ¿Me sigue?

—Sí.

—Los servidores del Paraguas Azul están en Olovo, un pueblo bosnio que hasta el año 2005 poco más o menos fue conocido sobre todo por las peleas entre toros. Servidores encriptados. Hablamos de niveles comparables a los de la NASA, ¿vale? El rastreo es imposible, a menos que la Agencia de Seguridad Nacional o la Kang Sheng, que es la versión china de la Agencia de Seguridad

Nacional, tengan algún *software* supersecreto que nadie más conoce.

«Y aunque lo tengan —piensa Hodges—, no van a usarlo en un caso como el del Asesino del Mercedes».

—He aquí otra característica de esas webs, especialmente útil en estos tiempos en que los escándalos por sexteo son el pan de cada día. A ver, señor H., ¿alguna vez ha encontrado algo en internet, como una foto o un artículo de un periódico, que quería imprimir, y no ha podido?

—Más de una vez, sí. Das la orden de imprimir, y la Vista Previa de Impresión solo muestra una página en blanco. Es de lo más molesto.

—Pues lo mismo pasa en el Paraguas Azul de Debbie. —A Jerome, más que molestarlo, parece despertarle admiración—. Mi nueva amiga Berni y yo hemos cruzado unos cuantos mensajes... qué tal tiempo hace allí, cuáles son tus grupos preferidos, en fin, esas cosas, ya sabe... y cuando he intentado imprimir la conversación, me han salido unos labios con un dedo encima y el texto: CHISS. —Jerome lo deletrea para asegurarse de que Hodges lo entiende—. Es posible tener constancia de la conversación...

«Eso seguro», piensa Hodges, lanzando una mirada afectuosa a las anotaciones de su bloc.

—... pero habría que sacar fotos de la pantalla o algo así, lo cual es un peñazo. Se da cuenta de lo que quiero decir con eso de la privacidad, ¿no? Esta gente se lo toma en serio.

Hodges se da cuenta. Salta a la primera página del bloc y traza un círculo alrededor de una de sus primeras anotaciones: CONOCIMIENTOS DE INFORMÁTICA (¿MENOS DE 50 AÑOS?).

—Cuando se accede, aparece la opción habitual: INTRODUCIR TU NOMBRE DE USUARIO o REGÍSTRATE AHORA. Como yo no tenía nombre de usuario, he clicado REGÍSTRATE AHORA y he conseguido uno: soy batanga40. Luego hay que rellenar un cuestionario: edad, sexo, aficiones, cosas así, después hay que dar el número de tarjeta de crédito. Cuesta treinta dólares al mes. Lo he hecho porque confío en su capacidad de reembolso.

—Tu confianza será recompensada, hijo mío.

—El ordenador se lo piensa durante unos noventa segundos o algo así: el Paraguas Azul gira y la pantalla dice CLASIFICANDO. Al final aparece una lista de personas con aficiones parecidas a las tuyas. Eliges a unas pocas y en cuestión de minutos estás chateando a toda mecha.

—¿La gente podría usar eso para intercambiar porno? Sé que el descriptor dice que no, pero...

—Podría usarse para intercambiar *fantasías*, pero no fotos. Aunque sí he visto que los bichos raros... pederastas, fetichistas del aplastamiento, cosas así...

pueden usar el Paraguas Azul para dirigir a amigos de inclinaciones parecidas hacia webs donde es posible acceder a imágenes ilegales.

Hodges está a punto de preguntar qué es eso de los «fetichistas del aplastamiento», pero de pronto decide que prefiere no saberlo.

—En su mayor parte, pues, no es más que chateo inocente.

—Bueno...

—Bueno ¿qué? —pregunta Hodges.

—Se me ocurre que los chiflados podrían utilizar la web para intercambiar información chungu, como procedimientos para construir bombas y cosas así.

—Pongamos que tengo ya un nombre de usuario. ¿Qué pasa entonces?

—¿Lo tiene? —El entusiasmo asoma de nuevo a la voz de Jerome.

—Pongamos que sí.

—Eso dependería de si acaba de inventárselo o si lo ha conseguido de alguien que quiere chatear con usted. Por ejemplo, si se lo han dado por teléfono o *e-mail*.

Hodges sonrío. Jerome, un auténtico hijo de su tiempo, nunca se ha planteado la posibilidad de que la información pudiera transmitirse por medio de un vehículo tan decimonónico como una carta.

—Pongamos que se lo ha dado otra persona —prosigue Jerome—. Como por ejemplo el tío que robó el coche de esa mujer. Como si quisiera quizá hablar con usted sobre lo que hizo.

Jerome espera. Hodges calla, pero rebosa admiración.

Tras unos segundos de silencio, Jerome continúa.

—No puede echarme en cara que lo intente. En fin, usted coge e introduce el nombre de usuario.

—¿Cuándo pago los treinta dólares?

—No los paga.

—¿Por qué no?

—Porque otro los ha pagado ya por usted. —Jerome adopta ahora un tono circunspecto, muy serio—. Probablemente no hace falta que le aconseje prudencia, pero lo haré de todos modos. Porque si ya tiene un nombre de usuario, ese tío está esperándolo.

Brady se detiene de camino a casa para comprar la cena (esta noche sándwiches «submarino» de Little Chef), pero su madre duerme la mona en el sofá. En la tele dan otro de esos *reality shows*, uno en el que se reúne a unas cuantas jóvenes despampanantes y se las pone a disposición de un guaperas soltero que aparenta el

coeficiente intelectual de una lámpara de pie. Brady ve que su madre ya ha cenado... más o menos. En la mesita de centro hay una botella medio vacía de Smirnoff y dos latas de té adelgazante NutraSlim. «Una merienda cena en el infierno», piensa él, pero al menos está vestida: vaqueros y una sudadera del City College.

Por si acaso, desenvuelve uno de los sándwiches y lo desplaza bajo la nariz de su madre, pero ella solo resopla y aparta la cabeza. Decide comérselo él y guardar el otro en su nevera particular. Cuando regresa del garaje, el guaperas soltero pregunta a uno de sus potenciales juguetes sexuales (una rubia, claro está) si le gusta cocinar en el desayuno. La rubia, sonriendo como una boba, contesta: «¿A ti te gustan las cosas calientes por la mañana?».

Sosteniendo el plato con el sándwich, observa a su madre. Sabe que existe la posibilidad de que una tarde, al volver a casa, se la encuentre muerta. Incluso podría darle una ayudita: bastaría con taparle la cara con un cojín. No sería el primer asesinato que se cometía en esa casa. Si se decidía a hacerlo, ¿su vida mejoraría o empeoraría?

Su mayor temor —no expresado pero suspendido bajo la superficie de su mente consciente— es que no cambiara *nada*.

Baja al sótano y enciende con la voz las luces y los ordenadores. Se sienta frente al Número Tres y accede al Paraguas Azul de Debbie, convencido de que a estas alturas el expoli gordo ya habrá mordido el anzuelo.

No hay nada.

Se golpea la palma de una mano con el puño de la otra. Siente una sorda palpitación en las sienes, augurio de un dolor de cabeza, una migraña que bien podría mantenerlo en vela media noche. Cuando esos dolores de cabeza se presentan, la aspirina no tiene el menor efecto. Los llama «Pequeñas Brujas», solo que a veces las Pequeñas Brujas son grandes. Sabe que hay pastillas que teóricamente alivian los dolores de cabeza como los suyos —lo ha investigado en internet—, pero no es posible conseguirlas sin receta, y a Brady lo aterrorizan los médicos. ¿Y si uno de ellos descubriera que tiene un tumor cerebral? ¿Un glioblastoma, que, según Wikipedia, es el peor? ¿Y si ese es el motivo por el que mató a toda aquella gente en la feria de empleo?

«No seas idiota, un glioblastoma habría acabado contigo hace meses».

De acuerdo, pero ¿y si el médico dictaminara que las migrañas son indicio de una enfermedad mental? ¿Esquizofrenia paranoide o algo así? Brady reconoce que tiene una enfermedad mental, claro que sí: una persona normal no embiste con un coche a una muchedumbre ni se plantea eliminar al presidente de Estados Unidos con un atentado suicida. Una persona normal no mata a su hermano menor. Un hombre normal no se detiene ante la puerta de su madre,

preguntándose si está desnuda.

Pero a un hombre anormal no le gusta que los demás *sepan* que es anormal.

Apaga el ordenador y deambula por la sala de control. Coge la Cosa Dos y vuelve a dejarla en su sitio. Ni siquiera eso es original, ha descubierto; los ladrones de coches llevan usando artefactos como ese desde hace años. No se ha atrevido a utilizarlo desde la última vez que lo empleó en el Mercedes de la señora Trelawney, pero quizá sea hora de sacar de su retiro a la Cosa Dos, esa maravilla: es increíble lo que la gente deja en el coche. Usar la Cosa Dos es un poco peligroso, pero no mucho. No si anda con cuidado, y Brady puede ser muy cuidadoso.

Ese puto expoli, ¿por qué no ha mordido el anzuelo?

Brady se frota las sienes.

18

Hodges no ha mordido el anzuelo porque es consciente de lo que está en juego: el bote entero de apuestas. Si escribe el mensaje equivocado, nunca volverá a tener noticia de Mr. Mercedes. Por otro lado, si hace lo que Mr. Mercedes sin duda prevé —esfuerzos tímidos y torpes para descubrir su identidad—, el muy hijo de puta, el muy manipulador, lo tendrá a su merced.

La pregunta que debe contestar antes de empezar es muy sencilla: ¿quién va a ser el pez, y quién va a ser el pescador en esta relación?

Tiene que escribir algo, porque el Paraguas Azul es su único cauce. No puede valerse de ninguno de sus antiguos recursos policiales. Las cartas que Mr. Mercedes escribió a Olivia Trelawney y a él mismo no sirven de nada sin un sospechoso. Además, una carta es solo una carta, en tanto que un chat es...

—Un diálogo —dice en voz alta.

Pero necesita un cebo. El cebo más apetecible que quepa imaginar. Podría fingir que está al borde del suicidio; no le costaría mucho, porque lo ha estado hasta fecha reciente. Está seguro de que unas reflexiones sobre la atracción de la muerte inducirían a hablar a Mr. Mercedes durante un tiempo, pero ¿cuánto tardaría en darse cuenta de que jugaba con él? Este no es un colgado sin dos dedos de frente convencido de que la policía de verdad va a poner a su disposición un millón de dólares y un 747 para llevarlo a El Salvador. Mr. Mercedes es un individuo muy inteligente que casualmente está loco.

Hodges se coloca el bloc sobre el regazo y lo abre por una página en blanco. Hacia la mitad escribe cuatro palabras en mayúsculas:

TENGO QUE DARLE CUERDA

Dibuja un recuadro alrededor, añade el bloc a la documentación del caso y cierra la carpeta, cada vez más gruesa. Se queda ahí sentado por un momento, contemplando el salvapantallas, una foto de su hija, que ya no tiene cinco años y ya no cree que él es Dios.

—Buenas noches, Allie.

Apaga el ordenador y se va a la cama. No espera dormir, pero enseguida lo vence el sueño.

19

A las 2.19 horas según el reloj de la mesilla de noche se despierta con la respuesta en la cabeza, tan clara como el letrero de neón de un bar. Entraña su riesgo pero es el camino acertado, una de esas cosas que uno hace sin la menor vacilación o no hace. Va a su despacho, un fantasma grande y pálido en calzoncillos bóxer. Enciende el ordenador. Accede al Paraguas Azul de Debbie y clicla ¡ENTRA AHORA!

Aparece una nueva imagen. Esta vez la joven pareja, montada en lo que parece una alfombra mágica, flota sobre un mar infinito. Cae la lluvia plateada, pero ellos están secos y a resguardo bajo el paraguas azul. Hay dos botones debajo de la alfombra: REGÍSTRATE AHORA a la izquierda e INTRODUCE TU NOMBRE DE USUARIO a la derecha. Hodges clicla en INTRODUCE TU NOMBRE DE USUARIO y en la casilla que aparece escribe **ranagustavo19**. Pulsa intro y pasa a una nueva pantalla. En ella se lee este mensaje:

¡asemerc quiere chatear contigo!
¿Quieres chatear con asemerc?
S N

Desplaza el cursor hasta S y pulsa el botón izquierdo del ratón. Aparece un recuadro para el mensaje. Hodges escribe rápidamente, sin vacilar.

20

A cinco kilómetros de allí, en Northfield, en el número 49 de Elm Street, Brady Hartsfield no puede dormir. Siente un martilleo en la cabeza. Piensa: «*Frankie*. Mi hermano, que tenía que haber muerto cuando se atragantó con el trozo de manzana. La vida habría sido mucho más sencilla si las cosas hubieran ocurrido

de esa manera».

Piensa en su madre, que a veces se olvida de ponerse el camisón y duerme en cueros.

Sobre todo piensa en el expoli gordo.

Finalmente se levanta y sale de su habitación y, deteniéndose un momento frente a la puerta de su madre, escucha sus ronquidos. El sonido menos erótico del universo, se dice, y aun así se ha detenido. Luego baja por la escalera, abre la puerta del sótano y la cierra después de entrar. De pie en la oscuridad, dice: «Control». Pero tiene la voz demasiado ronca y la oscuridad no se disipa. Se aclara la garganta y prueba otra vez: «¡Control!».

Las luces se encienden. *Caos* activa sus ordenadores y *oscuridad* interrumpe la cuenta atrás en las siete pantallas. Se sienta ante el Número Tres. Entre los diversos iconos hay un pequeño paraguas azul. Lo clica, sin darse cuenta de que ha estado conteniendo la respiración hasta que suelta el aire en una exhalación larga y áspera.

¡ranagustavo19 quiere chatear contigo!
¿Quieres chatear con ranagustavo19?
S N

Brady marca **S** y se inclina hacia delante. Conserva por un momento la expresión de avidez, hasta que la perplejidad se adueña de él. Después, mientras lee una y otra vez el escueto mensaje, la perplejidad da paso primero al enfado y luego a la pura cólera.

En la vida he visto muchas confesiones falsas, pero esta las supera a todas.

Estoy retirado pero no soy tonto.

Ciertas pruebas ocultas demuestran que no eres el Asesino del Mercedes.

Vete a la mierda, capullo.

Brady siente un impulso casi irrefrenable de asestar un puñetazo a la pantalla, pero se contiene. Sentado en su silla, tiembla de la cabeza a los pies. Tiene los ojos muy abiertos en una expresión de incredulidad. Transcurre un minuto. Dos. Tres.

«Enseguida me levanto —piensa—. Me levanto y vuelvo a la cama».

Pero ¿eso de qué va a servirle? No podrá dormir.

—Gordo de mierda —susurra sin darse cuenta de que unas lágrimas calientes han empezado a derramarse de sus ojos—. Gordo de mierda, pedazo de inútil, imbécil. ¡Fui yo! ¡Fui yo! ¡Fui yo!

Ciertas pruebas ocultas demuestran...

Eso es imposible.

Se aferra a la necesidad de hacer daño al expoli gordo, y con esa idea en la cabeza recupera la capacidad de pensar. ¿Cómo podía hacerle daño? Se lo plantea durante casi media hora, analizando y rechazando varias posibilidades. La solución, cuando se le ocurre, es de una elegante sencillez. El amigo del expoli gordo —el único amigo, por lo que Brady ha podido comprobar— es un negrito con nombre de blanco. ¿Y en qué deposita su afecto el negrito? ¿En qué deposita su afecto toda su familia? En el setter irlandés, claro. En Odell.

Brady recuerda su anterior fantasía sobre el envenenamiento de unos cuantos litros de los mejores helados de Mr. Tastey, y se echa a reír. Entra en internet y empieza a investigar.

«Con la debida diligencia», piensa, y sonríe.

En algún momento cae en la cuenta de que se le ha pasado el dolor de cabeza.

CEBO ENVENENADO

Brady Hartsfield no necesita mucho tiempo para decidir cómo envenenar al compañero canino de Jerome Robinson, Odell. Resulta oportuno el hecho de que Brady sea también Ralph Jones, un individuo imaginario lo bastante real —y provisto de una tarjeta Visa con un límite de crédito bajo— para comprar artículos en sitios como Amazon y eBay. La mayoría de la gente no sabe lo fácil que es inventar una identidad falsa utilizable en internet. Basta con pagar las facturas. Si no las pagas, todo puede desvelarse precipitadamente.

Bajo el nombre de Ralph Jones encarga una lata de un kilo de raticida y da la dirección de entrega de Ralphie, la oficina del servicio de correos Speedy Postal, que está cerca de Discount Electronix.

El principio activo del raticida es la estricnina. Brady consulta en internet los síntomas del envenenamiento por estricnina y le complace descubrir que Odell pasará un mal rato. Unos veinte minutos después de ingerirla, empiezan a producirse espasmos musculares en el cuello y la cabeza. Enseguida se propagan por el resto del cuerpo. La boca se dilata en una sonrisa (al menos en los humanos; en cuanto a los perros, Brady no sabe). Puede haber vómitos, pero para entonces gran parte del veneno se ha absorbido ya y es demasiado tarde. Las convulsiones se imponen y se agravan hasta que la columna vertebral se convierte en un arco duro y permanente. A veces el espinazo incluso llega a partirse. Cuando sobreviene la muerte —ya un alivio, Brady no lo duda— es resultado de la asfixia. Las vías neurales encargadas de conducir el aire a los pulmones desde el mundo exterior sencillamente dejan de actuar.

Brady se consume de impaciencia.

Al menos no será una espera *larga*, se dice mientras apaga sus siete ordenadores y sube por la escalera. El paquete estará aguardándolo la próxima semana. La mejor manera de dárselo al perro, piensa, sería en una jugosa bola de carne picada. A todos los perros les gusta la carne picada, y Brady sabe exactamente cómo va a administrar el manjar a Odell.

Barbara Robinson, la hermana menor de Jerome, tiene una amiga que se llama

Hilda. Las dos niñas frecuentan Zoney's GoMart, un pequeño supermercado a un par de manzanas de la casa de los Robinson. Dicen que es porque les gustan los granizados de uva, pero en realidad lo que les gusta es reunirse allí con sus amiguitas. Media docena de chiquillas, sentadas en el murete de piedra al fondo del aparcamiento de la tienda, con capacidad para cuatro coches, cotillean, se ríen e intercambian chuches. Brady las ha visto muchas veces al pasar por allí con la camioneta de Mr. Tastey. Las saluda con la mano y ellas le corresponden debidamente.

Todo el mundo aprecia al heladero.

La señora Robinson autoriza estas escapadas una o dos veces por semana (en Zoney's no circula droga, cosa que probablemente ha investigado ella en persona), pero ha dado su aprobación con ciertas condiciones, que Brady ha deducido sin mayor problema. Barbara nunca puede ir sola; siempre debe volver al cabo de una hora; su amiga y ella deben llevarse siempre a Odell. En GoMart no se admiten perros, y por tanto Barbara lo deja atado al tirador de la puerta de los lavabos exteriores mientras Hilda y ella entran a comprar sus granizados de uva.

Es entonces cuando Brady —al volante de su coche particular, un Subaru totalmente anónimo— lanzará a Odell la bola de carne picada letal. Es un perro grande; quizá aguante unas veinticuatro horas. Brady espera que así sea. El dolor tiene una propiedad transitiva que queda bien expresada por el axioma: *La mierda siempre cae hacia abajo*. Cuanto más sufra Odell, más sufrirán la negrita y su hermano mayor. Jerome transmitirá su pena al expoli gordo, más conocido como Gustavo William Hodges, y el expoli gordo comprenderá que la muerte del perro es culpa suya, el desquite por enviar a Brady ese mensaje indignante e irrespetuoso. Cuando Odell muera, el expoli gordo sabrá...

A medio camino del piso de arriba, escuchando los ronquidos de su madre, Brady cae de pronto en la cuenta y se detiene con los ojos desorbitados.

El expoli gordo lo *sabrá*.

Y ese es el problema, ¿o no? Porque los actos tienen consecuencias. Es la razón por la que Brady puede *fantasear* con el envenenamiento de una remesa del helado que vende a los niños, pero en realidad nunca *haría* una cosa así. Es decir, no mientras quiera pasar inadvertido, y por ahora eso es lo que quiere.

De momento Hodges no ha acudido a sus colegas del Departamento de Policía con la carta que Brady le mandó. Al principio, Brady pensó que Hodges actuaba así porque quería mantener el asunto entre ellos dos, e intentar acaso seguir la pista al Asesino del Mercedes por su cuenta y conseguir cierta gloria en la jubilación, pero ahora sabe que no es así. ¿Por qué iba a querer seguir la pista el puto Ins. Ret. a Brady si piensa que no es más que un mamarracho?

Brady no se explica cómo ha podido llegar Hodges a esa conclusión cuando él, Brady, sabía lo de la lejía y la redecilla para el pelo, detalles jamás revelados a la prensa, pero por algún motivo esa es su conclusión. Si Brady envenena a Odell, Hodges solicitará la intervención de sus colegas policías. Empezando por Huntley, su antiguo compañero.

Peor aún, eso puede dar una nueva razón para vivir al hombre a quien Brady esperaba inducir al suicidio, frustrando así el *objetivo* mismo de la carta tan sagazmente redactada. Eso sería del todo injusto. Empujar a la zorra de la Trelawney al abismo había sido para él la mayor emoción de su vida, mucho mayor (por motivos que no entiende, ni le importan) que matar a toda aquella gente con el coche de ella, y deseaba repetirlo. ¡Lograr que el investigador a cargo de su caso se matara! ¡Ese sí sería un gran triunfo!

Brady, todavía inmóvil en medio de la escalera, se devana los sesos.

«A lo mejor ese gordo cabrón aún se decide a hacerlo —se dice—. Matar al perro podría ser el empujón final que necesita».

Solo que eso no acaba de creérselo, y siente en la cabeza una palpitación de advertencia.

Experimenta el repentino impulso de volver a toda prisa al sótano, acceder al Paraguas Azul y exigir al expoli gordo que le explique qué «pruebas ocultas» absurdas son esas para que él, Brady, pueda refutarlas. Pero eso sería un error garrafal. Daría una imagen de desvalimiento, quizá incluso de desesperación.

Pruebas ocultas.

Vete a la mierda, capullo.

¡Pero fui yo! ¡Arriesgué mi libertad! ¡Arriesgué mi vida, y lo hice! ¡No puedes quitarme el mérito! ¡No es justo!

Vuelve a palparle la cabeza.

«Imbécil, soplapollas —piensa—, de una manera u otra acabarás pagándolo, pero no antes de morir el perro. A lo mejor también muere tu amigo el negrito. A lo mejor muere toda la familia de negritos. Y después de ellos a lo mejor muere un montón de gente más. Tanta que lo del Centro Cívico parecerá un juego de niños».

Sube a su habitación y se tiende en la cama en calzoncillos. Siente de nuevo un martilleo en la cabeza, le tiemblan los brazos (es como si hubiese ingerido la estricnina *él mismo*). Yacerá allí atormentado hasta el amanecer, a menos que...

Se levanta y recorre otra vez el pasillo. Permanece ante la puerta abierta de su madre durante casi cuatro minutos; al final se rinde y entra. Se mete en la cama con ella y el dolor de cabeza empieza a remitir casi de inmediato. Quizá sea por el

calor, quizá sea por el olor de ella: champú, loción corporal, alcohol. Lo más probable es que sea por las dos cosas.

Ella se vuelve. Tiene los ojos muy abiertos en la oscuridad.

—Ah, cariñito. ¿Tienes una de esas noches?

—Sí. —Siente el calor de las lágrimas en los ojos.

—¿La Pequeña Bruja?

—Esta vez es una Bruja *grande*.

—¿Quieres que te ayude? —Ella ya sabe la respuesta: palpita contra su vientre —. Tú haces tantas cosas por mí —dice con ternura—. Déjame que yo haga esto por ti.

Brady cierra los ojos. A su madre le apesta el aliento a alcohol. Eso a él ahora no le importa, aunque por lo general lo detesta.

—Vale.

Su madre se ocupa de él con rapidez y destreza. No tarda mucho. Nunca tarda mucho.

—Ya está —dice ella—. Ahora duérmete, cariñito.

Él se duerme, casi al instante.

Cuando despierta en la claridad del amanecer, ella ronca otra vez, con un mechón de pelo húmedo de saliva pegado a la comisura de los labios. Brady se levanta de la cama y vuelve a su habitación. Tiene la cabeza despejada. El matarratas a base de estricnina está de camino. Cuando llegue, envenenará al perro, y le importan un comino las consecuencias. Le importan un *comino*. En cuanto a esos negritos de zona residencial con nombres de blancos... le traen sin cuidado. El expoli gordo será el siguiente, cuando haya tenido ocasión de experimentar plenamente el dolor de Jerome Robinson y la pena de Barbara Robinson, ¿y qué más da si es un suicidio o no? Lo que cuenta es que él sea el *siguiente*. Y después de eso...

—Algo grande —dice a la vez que se pone unos vaqueros y una sencilla camiseta blanca—. Un final glorioso.

En qué consistirá ese final no lo sabe todavía, pero da igual. Tiene tiempo, y antes necesita hacer otra cosa. Necesita echar por tierra las supuestas «pruebas ocultas» de Hodges y convencerlo de que él, Brady, es en efecto el Asesino del Mercedes, el monstruo que Hodges no logró atrapar. Necesita restregárselo hasta que le duela. Lo necesita también porque si Hodges se cree esas falsas «pruebas ocultas», deben de creérselas igualmente los otros polis, los polis *de verdad*. Eso es inaceptable. Necesita...

—¡Credibilidad! —exclama Brady a la cocina vacía—. ¡Necesito credibilidad!

Se dispone a prepararse el desayuno: beicon y huevos. Quizá el olor flote

escalera arriba hasta su madre y la tienta a bajar. Si no, poco importa. Ya se comerá él su parte. Está famélico.

2

Esta vez sí da resultado, aunque cuando Deborah Ann aparece, todavía está atándose el cinturón de la bata y medio dormida. Tiene los ojos ribeteados, las mejillas pálidas y el pelo disparado en todas direcciones. Ya no padece resacas propiamente dichas —su cerebro y su cuerpo se han acostumbrado al alcohol—, pero se pasa las mañanas un tanto descentrada, viendo concursos y tomando antiácidos. A eso de las dos, cuando empieza a ver con mayor nitidez los contornos del mundo, se sirve la primera copa del día.

Si recuerda lo ocurrido anoche, no hace ningún comentario al respecto. Pero la verdad es que nunca menciona esos episodios. Como tampoco él los menciona.

«De la misma manera que nunca hablamos de Frankie —piensa Brady—. Y si habláramos, ¿qué diríamos? ¿Caray, qué lástima, aquella caída suya?».

—Huele bien —dice ella—. ¿Hay algo para mí?

—Todo lo que quieras. ¿Café?

—Por favor. Con mucho azúcar.

Se sienta a la mesa y fija la mirada en el televisor que hay en la encimera. No está encendido, pero ella fija la mirada en la pantalla igualmente. A Brady no le extrañaría que creyera que sí está encendido.

—No te has puesto el uniforme —dice ella, refiriéndose a la camisa azul con el rótulo DISCOUNT ELECTRONIX en el bolsillo.

Brady tiene tres colgadas en el armario. Se las plancha él mismo. Al igual que la aspiradora y la colada, tampoco la plancha forma parte del repertorio de su madre.

—No entro hasta las diez —contesta él, y como si las palabras fueran un conjuro mágico, su teléfono despierta y empieza a desplazarse por efecto de la vibración a lo ancho de la encimera. Lo coge justo antes de que caiga al suelo.

—No lo cojas, cariñito. Haz como si hubiéramos salido a desayunar.

Es tentador, pero a Brady le resulta tan imposible dejar sonar un teléfono como renunciar a sus planes confusos y siempre cambiantes para realizar un acto apoteósico de destrucción. Mira el identificador de llamada y no le sorprende ver TONES en el visor. Anthony Frobisher alias «Tones», el gran capitoste de Discount Electronix (en la sucursal del centro comercial de Birch Hill).

Coge el teléfono y dice:

—Hoy entro más tarde, Tones.

—Lo sé, pero necesito que hagas un servicio a domicilio. Lo necesito mucho, mucho. —Tones no puede *obligar* a Brady a aceptar un servicio el día que entra más tarde, de ahí ese tono lisonjero—. Además, es la señora Rollins, y ya sabes que da propina.

Claro que las da, vive en Sugar Heights. La Ciberpatrulla atiende muchos servicios a domicilio en Sugar Heights, y una de sus clientas —una de las clientas *de Brady*— era la difunta Olivia Trelawney. Estuvo en su casa dos veces después de empezar a chatear con ella bajo el Paraguas Azul de Debbie, y *aquello* sí fue un gustazo: ver lo mucho que había adelgazado; ver cómo le temblaban las manos. Por otra parte, tener acceso a su ordenador abrió un sinfín de posibilidades.

—No sé, Tones...

Pero claro que irá, y no solo por las propinas de la señora Rollins. Le complace pasar por delante del 729 de Lilac Drive y pensar: «El responsable de que esa verja esté cerrada soy yo. Lo único que tuve que hacer para darle el empujón final fue añadir un pequeño programa a su Mac».

Los ordenadores son maravillosos.

—Oye, Brady, si atiendes este servicio, hoy te eximo de trabajar en la tienda, ¿qué te parece? Solo tienes que devolver el Escarabajo y luego puedes hacer lo que te dé la gana hasta la hora de poner en marcha ese ridículo carromato de los helados tuyo.

—¿Y Freddi? ¿Por qué no la mandas a ella? —Ahora en una descarada provocación. Si Tones pudiera haber enviado a Freddi, ella estaría ya de camino.

—Hoy no viene; está enferma. Acaba de telefonear. Según dice, tiene la regla y no puede con su alma. Es una trola, eso seguro. Yo lo sé, ella lo sabe, y ella sabe que yo lo sé, pero me denunciará por acoso sexual si yo le llamo la atención al respecto. Ella sabe que *eso* yo también lo sé.

Su madre lo ve sonreír y le devuelve la sonrisa. Levanta una mano, la cierra y la gira a uno y otro lado: *Retuércela los huevos, cariñito*. La sonrisa de Brady se ensancha hasta convertirse en una mueca. Quizá su madre sea una borracha, quizá solo cocine una o dos veces por semana, quizá en ocasiones sea peor que un grano en el culo, pero hay momentos en que lee el pensamiento como un libro abierto.

—De acuerdo —dice Brady—. ¿Y si voy en mi propio coche?

—Ya sabes que no puedo darte las dietas por kilometraje para tu vehículo particular —responde Tones.

—Además, es la política de la empresa, ¿no? —dice Brady.

—Bueno... sí.

Schyn S. A., la empresa matriz alemana de DE, cree que los Volkswagen de la Ciberpatrulla son buena publicidad. Freddi Linklatter sostiene que cualquier

persona dispuesta a dejar que un tipo al volante de un Escarabajo verde moco le arregle el ordenador está mal de la cabeza, y a este respecto Brady coincide con ella. Así y todo, debe de haber por ahí mucha gente mal de la cabeza, porque servicios a domicilio nunca faltan.

Aunque pocos dan tan buenas propinas como Paula Rollins.

—Vale —dice Brady—, pero me debes una.

—Gracias, colega.

Brady corta la comunicación sin molestarse en decir: «Tú y yo no somos colegas, y los dos lo sabemos».

3

Paula Rollins es una rubia de formas opulentas que vive en una mansión de falso estilo Tudor con dieciséis habitaciones a tres manzanas de la gran casa de la difunta señora T. Dispone de todas esas habitaciones para ella sola. Brady no sabe exactamente de dónde sale el dinero, pero supone que es la segunda o tercera exesposa trofeo de algún ricacho, y que salió muy bien parada en el divorcio. A lo mejor al principio el individuo, encandilado por sus tetas, pasó por alto el acuerdo prematrimonial. A Brady todo eso le trae sin cuidado; él solo sabe que la mujer tiene pasta suficiente para dar buenas propinas y nunca se le ha insinuado. Eso está bien. Él no tiene ningún interés en las opulentas formas de la señora Rollins.

Aun así, lo *agarra* de la mano y poco menos que lo obliga a entrar en la casa a tirones.

—¡Ah... Brady! ¡Gracias a Dios!

Parece una mujer rescatada de una isla desierta después de tres días sin comida ni agua, pero Brady ha percibido en su voz una breve pausa antes de pronunciar su nombre, el tiempo justo para echar un rápido vistazo a su camisa y leerlo, a pesar de que él ya ha estado ahí cinco o seis veces. (También Freddi, dicho sea de paso; Paula Rollins es una maltratadora en serie de ordenadores). No le importa que ella no lo recuerde. Brady prefiere ser olvidable.

—Es que... ¡No sé qué *pasa*!

Como si esa descerebrada supiera alguna vez qué pasa. En su última visita, hace seis semanas, se trataba de un «error grave del sistema», y ella estaba convencida de que un virus informático había engullido todos sus archivos. Brady, con suma delicadeza, la obligó a salir del despacho y prometió (sin darle muchas esperanzas) hacer lo que estuviera en sus manos. Luego se sentó, reinició el ordenador y navegó durante un rato antes de llamarla y decirle que había conseguido resolver el problema por los pelos. Media hora más, dijo, y sus

archivos habrían *desaparecido* realmente. Ella le había dado una propina de ochenta dólares. Esa noche su madre y él salieron a cenar y compartieron una botella de champán que no estaba nada mal.

—Cuénteme qué ha pasado —dice Brady con la seriedad de un neurocirujano.

—Yo no he hecho *nada* —gimotea ella. Siempre gimotea. Como muchos de sus clientes en los servicios a domicilio. Y no solo las mujeres. Nada amedrenta tanto a un ejecutivo de alto rango como la posibilidad de que todos los datos guardados en su MacBook se hayan ido al más allá.

Lo arrastra por el salón (tan largo como un vagón restaurante) hasta el despacho.

—Aquí limpio yo misma, nunca dejo entrar aquí a la asistente. Hoy he hecho los cristales, he pasado la aspiradora... y luego, cuando me he sentado a mirar el correo, ¡el maldito ordenador ni siquiera *ha arrancado*!

—Mmm. Qué raro.

Brady sabe que en casa de la señora Rollins una hispana se ocupa de las tareas domésticas, pero por lo visto la criada no tiene acceso al despacho. Y mejor para ella, porque Brady ya ha detectado el problema, y si hubiera sido la causante, probablemente la habrían despedido.

—¿Puedes arreglarlo, Brady? —Gracias a las lágrimas que anegan los grandes ojos azules de la señora Rollins, estos parecen más grandes que nunca. De pronto acuden a la memoria de Brady imágenes de Betty Boop en esos viejos episodios de dibujos animados que pueden verse en YouTube. Piensa *¡Pup-pup-pe-dup!*, y contiene la risa.

—Al menos lo intentaré —contesta aguerridamente.

—Tengo que ir a casa de Helen Wilcox, que vive aquí mismo, en la acera de enfrente —dice la señora Rollins—, pero enseguida vuelvo. Hay café recién hecho en la cocina, si quieres.

Dicho esto, lo deja solo en su lujosa mansión, y a saber cuántas joyas valiosas habrá desperdigadas por el piso de arriba. Pero no existe el menor riesgo. Brady nunca robaría a un cliente en un servicio a domicilio. Podían sorprenderlo con las manos en la masa. O incluso si eso no ocurría, ¿quién sería el sospechoso lógico? La respuesta es obvia. No salió impune después de segar las vidas de aquellos idiotas que buscaban empleo en el Centro Cívico solo para acabar detenido por robar unos pendientes de diamantes de los que ni siquiera sabría cómo deshacerse.

Espera a que se cierre la puerta trasera y luego va al salón para observarla mientras se aleja, en compañía de sus tetas de primera magnitud, hacia la acera de enfrente. Cuando la pierde de vista, vuelve al despacho, se pone a gatas bajo el escritorio y enchufa el ordenador. La señora Rollins debe de haberlo desenchufado para pasar la aspiradora y después ya no se ha acordado de

conectarlo.

Aparece la ventana que pide la contraseña. A bulto, por pasar el rato, escribe PAULA, y sale la pantalla del escritorio, con todos sus archivos. «Dios mío, hay que ver lo tonta que es la gente», piensa.

Entra en el Paraguas Azul de Debbie para ver si el expoli gordo ha escrito algo más. No hay nada, pero Brady, impulsivamente, decide enviar un mensaje al Ins. Ret. Total, ¿por qué no?

En el instituto descubrió que a él no le sirve dar muchas vueltas a las cosas a la hora de escribir. Si piensa demasiado, muchas ideas surgen en su cabeza y empiezan a superponerse. Es mejor disparar sin más. Así escribió a Olivia Trelawney —un momento de pasión, nena—, y también así escribió a Hodges, aunque el mensaje al expoli gordo lo repasó un par de veces para cerciorarse de que no había incoherencias de estilo.

Ahora escribe con ese mismo estilo, pero recordándose que le conviene ser conciso.

¿Cómo sabía yo, si no, lo de la redecilla para el pelo y la lejía, inspector Hodges? ESOS DETALLES SÍ eran pruebas ocultas, porque nunca aparecieron en los periódicos ni en la televisión. Dice usted que no es tonto pero LE ASEGURO QUE A MÍ ME LO PARECE. Me da la impresión de que a fuerza de ver tanto la tele se le ha podrido el cerebro.

¿QUÉ pruebas ocultas?

CONTESTE SI SE ATREVE.

Brady vuelve a leerlo e introduce un cambio: junta las palabras «si no» en la primera frase. No cree que llegue a convertirse en sospechoso, pero sabe que si alguna vez eso ocurre, le pedirán una muestra de escritura. Casi desea poder darles una. Se puso una máscara cuando embistió a la multitud, y se pone otra cuando escribe en su papel de Asesino del Mercedes.

Pulsa ENVIAR y a continuación despliega el historial de la señora Rollins en internet. Se interrumpe por un momento, desconcertado al descubrir varias visitas a Corbatas y Fracs Blancos. Sabe qué es esa web por cierta historia que le contó Freddi Linklatter: un servicio de acompañantes masculinos. Al parecer, Paula Rollins tiene una vida secreta.

Pero ¿acaso no la tiene todo el mundo?

No es asunto suyo. Borra su visita a Bajo el Paraguas Azul de Debbie, abre su maletín de servicio técnico y saca un puñado de chatarra al azar: discos de utilidades, un módem (averiado, pero eso ella no lo sabrá), varios lápices USB y un regulador de voltaje que no tiene nada que ver con la reparación de ordenadores pero queda muy tecnológico. Extrae asimismo un libro de bolsillo de

Lee Child, que lee hasta que oye entrar a su clienta por la puerta trasera al cabo de veinte minutos.

Cuando la señora Rollins asoma la cabeza al despacho, el libro ha desaparecido y Brady está recogiendo los trastos sacados al azar. Ella lo obsequia con una sonrisa de preocupación.

—¿Ha habido suerte?

—Al principio pintaba mal —responde Brady—, pero he localizado el problema. El interruptor de arranque estaba mal y eso cerró el circuito anoide. En un caso así, el ordenador está programado para no encenderse, porque si se pusiese en marcha, podría perder usted todos los datos. —La mira muy serio—. El cacharro incluso podría incendiarse. No sería la primera vez que pasa.

—Dios... mío... de mi *alma* —exclama ella, insuflando dramatismo a cada palabra y llevándose una mano al pecho, muy arriba—. ¿Seguro que ha quedado bien?

—Como salido de fábrica —contesta él—. Compruébelo usted misma.

Brady enciende el ordenador y desvía la mirada educadamente mientras ella introduce su ridícula contraseña. La señora Rollins abre un par de archivos y, sonriente, se vuelve hacia él.

—Brady, eres un regalo del cielo.

—Eso mismo me decía mi madre hasta el día en que tuve edad para comprar cerveza.

La señora Rollins se ríe como si fuera la ocurrencia más graciosa que ha oído en su vida. Brady se ríe con ella, porque lo asalta una repentina visión: se imagina arrodillado sobre los hombros de esa mujer, hundiendo un cuchillo de trinchar en su boca mientras grita.

Casi siente ceder el cartílago.

Hodges ha estado accediendo al Paraguas Azul con frecuencia, y ha leído la respuesta del Asesino del Mercedes solo unos minutos después de que Brady pulsara ENVIAR.

Hodges despliega una sonrisa, una amplia sonrisa con la que se le estira la piel y, al desaparecerle las arrugas, casi parece guapo. La relación entre ambos ha quedado oficialmente establecida: Hodges, el pescador; Mr. Mercedes, el pez. Pero un pez *ladino*, se recuerda, capaz de dar un súbito tirón y romper el sedal. Tendrá que tratarlo con cuidado, recoger el hilo lentamente hacia la barca. Si Hodges lo consigue, si tiene paciencia, Mr. Mercedes antes o después accederá a

un encuentro. De eso no le cabe la menor duda.

«Porque si no puede inducirme a quitarme la vida, solo le queda una opción, que es el asesinato».

Para Mr. Mercedes, lo más inteligente sería desaparecer sin más; si lo hiciera, cortaría a Hodges toda vía de acceso. Pero no lo hará. Está furioso, aunque eso solo es parte de la historia, y de hecho una parte pequeña. Hodges se pregunta si Mr. Mercedes es consciente de lo loco que está. Y si es consciente de que ha incluido un dato sólido.

Me da la impresión de que a fuerza de ver tanto la tele se le ha podrido el cerebro.

Hasta esta mañana Hodges solo sospechaba que Mr. Mercedes ha estado vigilando su casa; ahora le consta. Ese hijo de puta ha visitado la calle, y más de una vez.

Coge su bloc y empieza a anotar posibles mensajes de respuesta. Tiene que hacerlo bien, porque el pez siente el anzuelo. El dolor lo enfurece pese a que aún no sabe qué es. Necesita enfadarse mucho más antes de descubrirlo, y eso implica ponerse en peligro. Hodges debe dar un tirón al sedal para afianzar el anzuelo, aun a riesgo de que se rompa el sedal. ¿Qué...?

Recuerda algo que dijo Pete Huntley en la comida, solo un comentario de pasada, y se le ocurre de pronto la solución. Hodges escribe en su bloc, luego reescribe, luego pule. Relee el mensaje acabado y decide que ya vale. Es breve y maligno. «Has olvidado un detalle, mamón —piensa—. Algo que un confesante falso no sabría». Ni un confesante verdadero, dicho sea de paso... a menos que Mr. Mercedes examinara su arma del delito sobre ruedas de arriba abajo antes de subirse, y Hodges está seguro de que no lo hizo.

Si se equivoca, el sedal se rompe y el pez escapa. Pero como dice el dicho: Quien no arriesga no gana.

Quiere enviar el mensaje de inmediato, pero sabe que no conviene. Hay que dejar que el pez nade en círculo un rato más con ese malévolo anzuelo en la boca. La cuestión es qué hacer mientras tanto. La televisión nunca le ha interesado menos.

Tiene una idea —esta mañana le vienen una detrás de otra— y abre el cajón inferior de su escritorio. Hay una caja llena de pequeños cuadernos con la espiral en la parte superior, de los que llevaba antes encima cuando Pete y él andaban interrogando por la calle. Creía que nunca volvería a necesitarlos, pero ahora coge uno y se lo guarda en el bolsillo trasero de los chinos.

Es del tamaño exacto.

Se encamina Harper Road abajo. Hacia la mitad de la calle empieza a llamar a las puertas, como en los viejos tiempos. Cruza de una a otra acera, sin saltarse a nadie, desandando el camino. Es un día laborable, pero para su sorpresa son muchas las personas que salen a abrirle. Si bien algunas son amas de casa, muchas son jubilados como él, que han tenido la suerte de haber pagado sus casas antes del desplome de la economía, pero por lo demás no nadan precisamente en la abundancia. No es que vivan día a día, ni siquiera semana a semana quizá, pero sí tienen que hacer cuadrar a fin de mes los gastos en comida y en todos esos medicamentos para viejos.

La explicación de Hodges es sencilla, porque lo sencillo siempre es lo mejor. Dice que han entrado a robar en varias casas a unas manzanas de allí —probablemente adolescentes—, y está comprobando si alguien en el vecindario ha visto algún vehículo que parezca fuera de lugar, y que haya pasado más de una vez. Era probable que circulara incluso por debajo de los cuarenta kilómetros por hora, el límite de velocidad, añade. No necesita decir nada más; todos ven series de policías y saben qué quiere decir «tener marcada una casa».

Les enseña su carnet, donde, bajo la foto, aparece estampado el rótulo RETIRADO en rojo encima del nombre y los datos personales. Pone especial empeño en decir que no, que la policía no le ha encargado esas indagaciones de puerta en puerta (el último de sus deseos es que un vecino telefonee al edificio Murrow, en el centro de la ciudad, para verificar su versión); ha sido idea suya. Al fin y al cabo, también él vive en el barrio y tiene un interés personal en su seguridad.

La señora Melbourne, la viuda cuyas flores tanto fascinaron a Odell, lo invita a entrar a tomar un café y unas galletas. Hodges accede porque se la ve sola. Es su primera verdadera conversación con ella, y enseguida se da cuenta de que es una mujer excéntrica en el mejor de los casos, y una absoluta chiflada en el peor. Aun así, se expresa bien, hay que admitirlo. Le cuenta lo de los todoterrenos negros que ha observado («Con lunas tintadas a través de las cuales no se ve, como en 24»), y le habla de sus antenas especiales. «Oscilantes», las llama, moviendo la mano hacia delante y hacia atrás a modo de aclaración.

—Ajá —dice Hodges—. Permítame tomar nota. —Pasa una hoja y en la nueva escribe: «Tengo que salir de aquí».

—Buena idea —responde ella con un brillo en los ojos—. Tengo que decirle lo mucho que lo sentí cuando su esposa lo abandonó, inspector Hodges. Porque lo abandonó, ¿verdad?

—Estuvimos de acuerdo en que no estábamos de acuerdo —contesta Hodges con una afabilidad que no siente.

—Me alegro de conocerlo en persona y saber que permanece usted alerta. Coja otra galleta.

Hodges consulta su reloj, cierra el cuaderno y se pone en pie.

—Me encantaría, pero será mejor que me ponga en marcha. Tengo hora a las doce.

Ella examina su corpulencia y pregunta:

—¿Con el médico?

—El quiropráctico.

Ella frunce el entrecejo, transformándose su cara en una cáscara de nuez con ojos.

—Piénselo bien, inspector Hodges. Esos crujidores de espaldas son peligrosos. Hay gente que se ha tendido en una de esas camillas y no ha caminado nunca más.

Lo acompaña a la puerta. Cuando Hodges sale al porche, ella dice:

—Yo también estaría atenta al heladero. Esta primavera parece que *siempre* anda rondando por aquí. ¿Cree que Helados Loeb investiga los antecedentes de las personas que contrata para conducir esas furgonetas? Espero que sí, porque ese tiene una pinta sospechosa. Podría ser un pedorrastra.

—Seguro que sus conductores tienen referencias, pero ya indagaré.

—¡Otra buena idea! —exclama ella.

Hodges se pregunta qué haría si la señora Melbourne sacara un gancho largo, como en los antiguos espectáculos de vodevil, e intentara obligarlo a entrar otra vez de un tirón. Lo asalta un recuerdo de la infancia: la bruja de *Hansel y Gretel*.

—Por otra parte... acaba de venirme a la cabeza... últimamente he visto varias camionetas de reparto... *Parecen* camionetas de reparto, llevan nombres comerciales, pero cualquiera puede inventarse un nombre comercial, ¿no cree?

—Siempre es posible —dice Hodges mientras baja por la escalinata.

—También debería pasarse por el número 17 de esta calle. —Señala cuesta abajo—. Está casi en Hanover Street. Tienen visitas hasta muy tarde y ponen la música muy alta. —Se balancea hacia delante en el umbral de la puerta, casi en una reverencia—. Podría ser un nido de droga, uno de esos fumaderos.

Hodges le da las gracias por el dato y cruza pesadamente la calle. «Todoterrenos negros y el tipo de Mr. Tastey —piensa—. Además de las camionetas de reparto llenas de terroristas de Al Qaeda».

En la acera de enfrente encuentra a un amo de casa, de nombre Alan Bowfinger.

—Pero no me confunda con Goldfinger —dice, e invita a Hodges a sentarse

en una de las hamacas en el lado izquierdo de la casa, donde da la sombra. Hodges acepta de buena gana.

Bowfinger le cuenta que se gana la vida creando tarjetas de felicitación.

—Me especializo en las que son un poco corrosivas. Por ejemplo, una que pone por fuera: «¡Feliz cumpleaños! ¿Quién es la más guapa de todas?». Y cuando la abres, contiene una hoja de papel de aluminio con una grieta de arriba abajo en el centro.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es el mensaje?

Bowfinger levanta las manos y forma un marco, como si encuadrara el texto.

—«Tú no, pero te queremos igualmente».

—Es un poco cruel —se aventura a decir Hodges.

—Cierto, pero acaba con una expresión de amor. He ahí la clave para que se venda la tarjeta. Una de cal y otra de arena. Y en cuanto al motivo de su visita, señor Hodges... ¿o debo llamarlo inspector?

—Hoy por hoy basta con «señor».

—Yo solo he visto el tráfico habitual. Ningún vehículo que circulara lentamente aparte de alguna que otra persona buscando una dirección y la camioneta de la heladería cuando los niños salen del colegio. —Bowfinger alza los ojos al cielo—. ¿La señora Melbourne le ha soltado el rollo?

—Bueno...

—Es miembro del CNIFA —aclara Bowfinger—. Es la sigla del Comité Nacional de Investigaciones sobre Fenómenos Aéreos.

—¿Sobre cuestiones meteorológicas? ¿Tornados y formaciones de nubes?

—Platillos voladores. —Bowfinger señala hacia arriba—. Cree que ellos viven entre nosotros.

Hodges dice algo que jamás habría salido de sus labios si siguiera en el servicio activo y llevara a cabo una investigación oficial.

—Según ella, Mr. Tastey podría ser un «pedorrastra».

Bowfinger se ríe de tal modo que se le saltan las lágrimas.

—¡Dios mío! —exclama—. Ese hombre viene por aquí desde hace cinco o seis años, con su camioneta y sus campanillas. ¿Cuántos pedos cree usted que habrá arrastrado en todo ese tiempo?

—A saber —responde Hodges, y se levanta—. Docenas, imagino.

Tiende la mano y Bowfinger se la estrecha. Esa es otra de las cosas que Hodges ha descubierto en la jubilación: sus vecinos tienen personalidades y cosas que contar. Algunos incluso son interesantes.

Cuando se guarda el cuaderno, una mirada de alarma asoma al rostro de Bowfinger.

—¿Qué pasa? —pregunta Hodges, de inmediato alerta.

Bowfinger señala la acera de enfrente y dice:

—¿No habrá comido por casualidad alguna de las galletas de esa mujer?

—Sí. ¿Por qué?

—Yo que usted no me alejaría mucho del váter durante unas horas.

6

Cuando vuelve a su casa, con las plantas de los pies palpitantes y los tobillos dando ya el do de pecho, el piloto del contestador automático parpadea. Es Pete Huntley, y parece eufórico. «Lláname —dice—. Es increíble. Surrealista, joder».

De pronto Hodges tiene la irracional certeza de que Pete y su guapa nueva compañera, Isabelle, al final han atrapado a Mr. Mercedes. Siente una aguda punzada de envidia y de —absurdo pero cierto— ira. Con el corazón acelerado, pulsa la tecla de marcación rápida asignada a Pete, pero su llamada pasa directamente al buzón de voz.

—He recibido tu mensaje —dice Hodges—. Devuélveme la llamada cuando puedas.

Cuelga y se queda ahí sentado, tamborileando con los dedos en el borde del escritorio. Se dice que da igual quién atrape a ese psicópata hijo de puta, pero no es verdad. No da igual. Para empezar, sin duda saldrá a la luz su correspondencia con el mareante (es curioso cómo se le mete a uno esa palabra en la cabeza), y eso puede darle algún que otro quebradero de cabeza. Pero el problema no es ese. El problema es que sin Mr. Mercedes su vida volverá a ser lo que era antes: la televisión por las tardes y el jugueteo con el arma de su padre.

Saca su bloc de papel pautado y empieza a transcribir las notas de su ronda por el vecindario. Al cabo de un par de minutos, echa el bloc de nuevo al interior de la carpeta y la cierra bruscamente. Si Pete e Izzie Jaynes han dado caza al individuo, las camionetas y los siniestros todoterrenos negros de la señora Melbourne importan ya un carajo.

Se plantea entrar en el Paraguas Azul de Debbie y enviar un mensaje a **asemerc**. «¿Te han pillado?».

Absurdo, pero extrañamente tentador.

Suena el teléfono y lo coge de inmediato, pero no es Pete. Es la hermana de Olivia Trelawney.

—Ah —dice—. Hola, señora Patterson. ¿Qué tal?

—Bien —contesta ella—. Y puede llamarme Janey, ¿recuerda? Yo Janey, usted Bill.

—Janey, eso.

—No parece muy contento de oírme, Bill. —¿Se advierte cierto coqueteo en su voz? Eso sí sería encantador.

—No, no es eso. Sí me alegro de recibir su llamada, pero no tengo nada de qué informar.

—Tampoco yo lo esperaba. Lo llamo por lo de mi madre. La enfermera de Sunny Acres que mejor conoce su caso hace el turno de día en el edificio McDonald, donde mi madre tiene su pequeña suite. Le pedí que llamara si veía lúcida a mi madre en algún momento. Todavía le pasa.

—Sí, ya me lo dijo.

—Bueno, la enfermera acaba de telefonear para decirme que mi madre está de vuelta, al menos de momento. Es posible que esté despejada durante un día o dos, luego vuelve a irse a las nubes. ¿Todavía está interesado en verla?

—Creo que sí —contesta Hodges con cautela—, pero tendría que ser esta tarde. Estoy esperando una llamada.

—¿Tiene que ver con el hombre que se llevó el coche de mi hermana? —Janey manifiesta una súbita euforia. «Así debería haber reaccionado yo», se dice Hodges.

—Eso es lo que necesito averiguar. ¿Puedo llamarla más tarde?

—Por supuesto. ¿Tiene mi número de móvil?

—Pues sí.

—*Pues sí* —lo imita ella con cierto tono burlón. Pese a su nerviosismo, Hodges sonrío—. Llámeme en cuanto pueda.

—Eso haré.

Hodges corta la comunicación, y el teléfono vuelve a sonar cuando tiene aún el auricular en la mano. Esta vez sí es Pete, y más eufórico que antes.

—¡Billy! He de volver enseguida... lo tenemos en una sala de interrogatorios. La SI4, de hecho, la que siempre decías que te traía suerte, ¿te acuerdas? Pero es que necesitaba llamarte, joder. Lo tenemos, compañero, ¡lo tenemos!

—¿A quién tenéis? —pregunta Hodges, manteniendo un tono ecuánime. Ahora el corazón le late acompasadamente, pero con tal fuerza que nota las palpitaciones en las sienes: *pum, pum, pum*.

—¡Al putito Davis! —exclama Pete—. ¿A quién va a ser?

Davis. No Mr. Mercedes, sino Donnie Davis, el asesino de su esposa, tan aficionado a las cámaras. Bill Hodges, aliviado, cierra los ojos. No es la emoción que debería sentir, pero la siente.

—¿El cadáver que encontró el guardabosques cerca de su chalet era, pues, el de Sheila Davis? ¿Estás seguro?

—Afirmativo.

—¿A quién has sobornado para conseguir los resultados de la prueba de ADN

tan de prisa?

Cuando Hodges estaba en el cuerpo, podían considerarse afortunados si los resultados de la prueba de ADN llegaban en menos de un mes una vez entregada la muestra, y seis semanas era el término medio.

—¡No necesitamos el ADN! Para el juicio, sí, claro, pero...

—¿Cómo que no...?

—Calla y escucha, ¿vale? Simplemente se ha presentado y ha confesado. Sin abogado, sin justificaciones absurdas. Ha escuchado mientras le leíamos los derechos y ha dicho que no quería abogado. Solo quería desahogarse.

—Santo Dios. ¿Tan dócil como en todos los interrogatorios que le hicimos? ¿Seguro que no está tomándote el pelo, que no está arrastrándote a uno de esos largos juegos suyos?

Pensando que es eso precisamente lo que intentaría Mr. Mercedes si lo trincaran. No solo un juego, sino un *largo* juego. ¿No es por eso por lo que intenta alternar estilos de redacción en sus ofensivos anónimos?

—Billy, *su mujer no ha sido la única víctima*. ¿Te acuerdas de aquellos rolletes que tenía a escondidas? ¿Chicas con melena y tetas hinchadas y nombres como Bobbi Sue?

—Claro. ¿Qué pasa con ellas?

—Cuando esto salga a la luz, esas jovencitas van a ponerse de rodillas y dar gracias al cielo por estar vivas todavía.

—No te sigo.

—¡Joe el de la Autopista, Billy! Cinco mujeres violadas y asesinadas en distintas áreas de descanso en la Interestatal entre aquí y Pennsylvania, la primera en 1994 y la última en 2008. ¡Donnie Davis afirma que fue él! ¡*Davis es Joe el de la Autopista!* Está dando las fechas y los lugares y las descripciones. Todo concuerda. Esto... ¡estoy alucinado!

—Lo mismo digo —contesta Hodges, y es verdad—. Enhorabuena.

—Gracias, pero mi único mérito ha sido venir a trabajar esta mañana. —Pete se echa a reír descontroladamente—. Me siento como si me hubiese tocado el gordo de la lotería.

Hodges no se siente así, pero al menos no ha *perdido* el gordo de la lotería. Todavía tiene un caso que resolver.

—Tengo que volver, Billy, antes de que ese hombre cambie de idea.

—Sí, sí, pero Pete... antes de ir...

—¿Qué?

—Consíguele un abogado de oficio.

—Esto, Billy...

—Lo digo en serio. Machácalo a preguntas, pero antes de empezar, anúnciale,

para dejar constancia, que se ha solicitado la presencia de un abogado. Puedes exprimirlo antes de que se presente alguien en Murrow, pero tienes que hacer las cosas bien. ¿Me oyes?

—Sí, vale. Es un buen consejo. Le diré a Izzy que se ocupe.

—Estupendo. Ahora vuelve allí. Tríncalo.

Pete suelta un auténtico cacareo. Hodges ha leído que hay gente que tiene la risa así, pero hasta ahora nunca se la había oído a nadie, salvo a los gallos.

—¡Joe el de la Autopista, Bill! ¡Joe el de la puta Autopista! ¿Te lo puedes creer?

Cuelga sin dar tiempo a contestar a su excompañero. Hodges se queda sentado donde está durante casi cinco minutos, esperando a que remita un tardío ataque de temblor. A continuación telefonea a Janey Patterson.

—¿No tenía que ver con el hombre que buscamos?

—Lo siento, pero no. Era otro caso.

—Ah. Lástima.

—Sí. Pero ¿sigue dispuesta a acompañarme a la residencia de ancianos?

—Por supuesto. Lo espero en la acera.

Antes de marcharse, Hodges accede por última vez al Paraguas Azul. No hay nada, y no tiene intención de mandar a lo largo del día el mensaje que ha redactado con tanto cuidado. Lo enviará esta noche como muy pronto. Dejará que el pez sienta el anzuelo un rato más.

Sale de su casa sin el presentimiento de que no volverá.

7

Sunny Acres presenta un aspecto magnífico; Elizabeth Wharton, no.

Está en una silla de ruedas, encorvada en una postura que a Hodges le recuerda *El pensador* de Rodin. Los rayos oblicuos del sol vespertino que entran por la ventana convierten su cabello en una nube plateada tan etérea que parece un halo. Fuera, en el jardín ondulado y cuidado con esmero, unos cuantos ancianos pudientes juegan al cróquet a cámara lenta. Para la señora Wharton, los tiempos del cróquet quedaron atrás. Como quedaron atrás los días de mantenerse erguida. Cuando Hodges, acompañado de Pete Huntley, vio por última vez a la señora Wharton, con Olivia Trelawney sentada a su lado, la anciana estaba doblada. Ahora está quebrantada.

Janey, vibrante con su pantalón blanco pitillo y una blusa de marinero a rayas azules, se arrodilla junto a la señora Wharton y acaricia una de sus manos, muy retorcidas.

—¿Cómo estás hoy, querida mía? —pregunta—. Se te ve mejor.

Si eso es verdad, Hodges se horroriza solo de imaginar cómo estaba antes.

La señora Wharton escruta a su hija con unos ojos de un azul deslavazado que no expresan nada, ni siquiera perplejidad. A Hodges se le cae el alma a los pies. Ha disfrutado en el viaje con Janey hasta aquí, ha disfrutado contemplándola, ha disfrutado conociéndola un poco más, y eso ya está bien. Significa que no ha desaprovechado del todo el tiempo.

De pronto se produce un pequeño milagro. Los ojos velados por las cataratas de la anciana se despejan; los agrietados labios sin carmín se despliegan en una sonrisa.

—Hola, Janey. —Solo puede levantar la cabeza un poco, pero dirige los ojos hacia Hodges. Ahora con expresión fría—. Craig.

Gracias a la conversación con Janey durante el trayecto, Hodges sabe de quién habla.

—No es Craig, cielo. Es un amigo mío. Se llama Bill Hodges. Ya lo conoces.

—No, no creo que... —Se le apaga la voz, arruga la frente y dice—: ¿Usted es... uno de los inspectores?

—Sí, señora —responde Hodges. Ni se plantea aclarar que se ha retirado. Mejor que la conversación siga una línea recta mientras queden en su cabeza unos cuantos circuitos activos.

La señora Wharton arruga aún más la frente y en su piel se forman riadas de pliegues.

—Ustedes creían que Livvy dejó la llave en su coche, y que por eso aquel hombre pudo robarlo. Ella se lo explicó una y otra vez, pero ustedes se negaron a creerla.

Imitando a Janey, Hodges hinca una rodilla junto a la silla de ruedas.

—Señora Wharton, ahora creo que quizá nos equivocamos en eso.

—Claro que se equivocaron. —Vuelve a dirigir la vista hacia la hija que le queda, mirándola desde debajo del huesudo saliente formado por sus cejas. No *puede* mirar de otra manera—. ¿Dónde está Craig?

—Me divorcié de él el año pasado, mamá.

La señora Wharton se queda pensando por un momento y luego dice:

—Pues adiós muy buenas, no te pierdes nada.

—No podría estar más de acuerdo. ¿Puede hacerte Bill unas preguntas?

—No veo por qué no, pero quiero un zumo de naranja. Y mis pastillas para el dolor.

—Iré al puesto de enfermeras a ver si ya es la hora. Bill, ¿me permite que...?

Él asiente con la cabeza y mueve dos dedos en un gesto de *váyase, váyase*. En cuanto Janey sale por la puerta, Hodges se yergue, rodea la silla de las visitas y se

sienta en la cama de Elizabeth Wharton con las manos cruzadas entre las rodillas. Lleva su cuaderno, pero teme que ella se distraiga si toma notas. Los dos se observan en silencio. Hodges mira fascinado la aureola plateada en torno a la cabeza de la anciana. Da la impresión de que una auxiliar la ha peinado esa mañana, pero el pelo se le ha alborotado en las horas transcurridas desde entonces. Hodges se alegra. La escoliosis le ha retorcido el cuerpo transformándolo en algo de una fealdad extrema, pero tiene el pelo hermoso. Revuelto y hermoso.

—Creo que tratamos mal a su hija, señora Wharton —dice Hodges.

Sin duda así fue. Aunque la señora T. fuera cómplice sin saberlo, y Hodges no ha descartado del todo la idea de que dejara la llave en el contacto, Pete y él no se portaron bien. Es fácil —demasiado fácil— no creer o despreciar a alguien que te inspira antipatía.

—Nos cegaron ciertas ideas preconcebidas, y me disculpo por ello.

—¿Está hablando de Janey? ¿De Janey y Craig? Ese hombre la pegaba, ¿lo sabía? Ella le insistió en que dejara esa droga que tanto le gustaba, y la pegó. Según Janey, fue solo una vez. Pero yo creo que fueron más. —Levanta lentamente una mano y se toca la nariz con un dedo pálido—. Una madre se da cuenta de esas cosas.

—Esto no tiene nada que ver con Janey. Hablo de Olivia.

—Ese hombre convenció a Livvy para que dejara las pastillas. Ella dijo que lo hacía porque no quería ser una drogadicta como Craig, pero no era lo mismo. Livvy *necesitaba* esas pastillas.

—¿Se refiere a los antidepresivos?

—Eran pastillas que le permitían salir a la calle. —Se detiene a pensar por un momento—. Tomaba también otras, unas para no andar toqueteándolo todo una y otra vez. Tenía ideas raras, mi Livvy, pero era buena persona. En el fondo era muy buena persona.

La señora Wharton se echa a llorar.

Hay una caja de pañuelos de papel en la mesilla de noche. Hodges coge unos cuantos y se los ofrece, pero cuando ve lo mucho que le cuesta cerrar la mano, le enjuga los ojos él mismo.

—Gracias, caballero. ¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Hedges?

—Hodges, señora.

—Usted era el más amable. El otro la trataba muy mal. Livvy decía que se reía de ella. Se reía continuamente. Decía que lo veía en sus ojos.

¿Eso era verdad? Si lo era, Hodges se avergüenza de Pete. Y se avergüenza de sí mismo por no haberse dado cuenta.

—¿Quién le aconsejó que dejara las pastillas? ¿Se acuerda?

Janey ha vuelto con el zumo de naranja y un vaso de papel pequeño que probablemente contiene la medicación para el dolor de su madre. Hodges la mira de reojo y, con los mismos dos dedos de antes, le indica de nuevo que se aleje. No quiere que la señora Wharton desvíe la atención, ni que tome unas pastillas que enturbiarán más aún su memoria ya de por sí confusa.

La señora Wharton guarda silencio. De pronto, justo cuando Hodges empezaba a temer que no contestara, dijo:

—Fue ese amigo con el que se escribía.

—¿Lo conoció bajo el Paraguas Azul? ¿El Paraguas Azul de Debbie?

—No lo conoció. No personalmente.

—Lo que quiero decir...

—El Paraguas Azul era imaginario. —Desde debajo de las cejas blancas, le lanza una mirada con la que parece llamarlo «idiota redomado»—. Era algo que estaba en el ordenador. Frankie era un amigo con el que se escribía por el ordenador.

Hodges siempre siente una especie de descarga eléctrica en el vientre cuando recibe información nueva: Frankie. Seguramente no es el nombre real del individuo, pero los nombres tienen poder y los alias a menudo ocultan un significado. *Frankie*.

—¿Fue él quien dijo a Livvy que dejara la medicación?

—Sí, le dijo que se estaba enganchando. ¿Dónde está Janey? Quiero mis pastillas.

—Enseguida viene, seguro.

La señora Wharton, con la cabeza hundida en el regazo, cavila por un momento.

—Frankie le contó que él tomaba los mismos medicamentos, y por eso hizo... lo que hizo. Dijo que se sentía mejor después de dejarlos, que fue después de dejarlos cuando tomó conciencia de que lo que había hecho estaba mal. Pero le daba pena porque no podía deshacerlo. Eso *dijo*. Y que la vida no merecía la pena. Aconsejé a Livvy que no siguiera hablando con él. Le expliqué que ese hombre era malo. Era veneno. Y ella contestó...

Vuelven a saltársele las lágrimas.

—Contestó que tenía que salvarlo.

Esta vez cuando Janey entra por la puerta, Hodges le dirige un gesto de asentimiento. Janey pone dos pastillas azules en la boca arrugada y ávida de su madre y luego le da a beber el zumo.

—Gracias, Livvy.

Hodges ve que Janey hace una mueca y luego sonrío.

—De nada, querida. —Se vuelve hacia Hodges—. Creo que deberíamos irnos,

Bill. Está muy cansada.

Eso él también lo ve, pero se resiste a marcharse. Tiene esa sensación que uno experimenta cuando el interrogatorio aún no ha terminado. Cuando aún queda al menos una manzana colgando del árbol.

—Señora Wharton, ¿dijo Olivia algo más sobre Frankie? Porque tiene usted razón. *Es malo*. Me gustaría encontrarlo para que no haga daño a nadie más.

—Livvy nunca habría dejado la llave en el coche. *Nunca*. —Elizabeth Wharton permanece encorvada en su haz de sol, un paréntesis humano en una bata azul afelpada, ajena a su vaporosa corona de luz plateada. Vuelve a levantar el dedo, en actitud admonitoria, y dice—: El perro que teníamos no volvió a vomitar en la alfombra. Solo lo hizo esa vez.

Janey coge a Hodges de la mano y dibuja con los labios *Vámonos*.

Es difícil dejar atrás las viejas costumbres, y Hodges pronuncia la fórmula habitual cuando Janey se inclina para besar a su madre primero en la mejilla y luego en la comisura de los labios resecaos.

—Gracias por su tiempo, señora Wharton. Ha sido usted de gran ayuda.

Cuando llegan a la puerta, la señora Wharton habla con toda claridad:

—Aun así, *no* se habría suicidado de no ser por los fantasmas.

Hodges se vuelve. A su lado, Janey Patterson abre mucho los ojos.

—¿Qué fantasmas, señora Wharton?

—Uno era el bebé —responde—. Aquella pobre niñita que murió con todos los demás. Livvy oía llorar y llorar a ese bebé por las noches. Dijo que se llamaba Patricia.

—¿En su casa? ¿Olivia oía eso en su casa?

Elizabeth Wharton consigue mover la cabeza en un exiguo gesto de asentimiento, un mínimo descenso de la barbilla.

—Y a veces oía a la madre. Decía que la madre la acusaba.

Los mira encorvada desde su silla de ruedas.

—Le gritaba: «¿Por qué le dejaste asesinar a mi bebé?». Por *eso* se mató Livvy.

Es viernes por la tarde, y en las calles residenciales pululan niños recién salidos del colegio. En Harper Road no hay muchos, pero sí unos cuantos, y eso proporciona a Brady un pretexto perfecto para pasar lentamente ante el número 63 y echar un vistazo al interior por la ventana. Pero no puede, porque las cortinas están corridas. Y bajo el cobertizo situado a la izquierda de la casa no hay nada a

excepción del cortacésped. En lugar de quedarse apoltronado viendo la tele, como sería lo propio, el Ins. Ret. anda por ahí de jarana en su viejo Toyota de mierda.

Pero de jarana ¿dónde? Seguramente da igual, pero la ausencia de Hodges causa una vaga inquietud a Brady.

Dos niñas se acercan trotando al bordillo con dinero en la mano. Sin duda les han enseñado, tanto en casa como en el colegio, que no deben hablar nunca con desconocidos, muy en particular con *hombres* desconocidos, pero ¿quién podría ser más conocido que el bueno de Mr. Tastey?

Les vende un cucurucho a cada una, uno de chocolate y el otro de vainilla. Bromea con ellas, les pregunta qué han hecho para ser tan guapas. Ellas se ríen. La verdad es que una es fea, y la otra más aún. Mientras les sirve y les devuelve el cambio, piensa en el Corolla desaparecido, preguntándose si esa alteración en la rutina vespertina de Hodges tiene algo que ver con él. Otro mensaje de Hodges en el Paraguas Azul podría esclarecer un poco las cosas, darle alguna idea de qué le ronda por la cabeza al expoli.

Y aunque no fuera así, Brady desearía saber algo de él.

—Ni se te ocurra pasar de mí —dice mientras las campanillas tintinean y repican por encima de su cabeza.

Cruza Hanover Street, aparca en el centro comercial, apaga el motor (acallándose gracias a Dios el molesto repiqueteo) y saca el ordenador portátil de debajo del asiento. Lo tiene guardado en un estuche con revestimiento aislante, por el frío que hace siempre en la jodida camioneta. Lo enciende y accede al Paraguas Azul de Debbie por gentileza de la conexión *wifi* de la cafetería cercana.

Nada.

—Pedazo de cabrón —musita Brady—. Ni se te *ocurra* pasar de mí, pedazo de cabrón.

Mientras mete el portátil en el estuche y cierra la cremallera, ve a dos niños delante de la tienda de cómics. Charlan, lo miran y sonríen. Dados sus cinco años de experiencia, Brady calcula que están en sexto o séptimo curso, con un coeficiente de inteligencia combinado de ciento veinte y un largo futuro por delante recogiendo los cheques del subsidio de desempleo. O un futuro corto en un país desértico.

Se acercan. El que tiene más pinta de memo va en cabeza. Brady, sonriente, se asoma por la ventana de atención al público.

—¿En qué puedo servirlos, chicos?

—Queremos saber si tienes ahí dentro a Jerry Garcia —dice el Memo.

—No —responde Brady con una sonrisa aún más amplia—, pero si lo tuviera, desde luego lo dejaría salir.

Se los ve tan absurdamente decepcionados que Brady casi se echa a reír. Sin

embargo señala el pantalón del Memo.

—Llevas la bragueta abierta —advierte Brady, y cuando el Memo baja la mirada, le da un papirotazo debajo de la barbilla. Un poco más fuerte de lo que pretendía, en realidad mucho más fuerte, pero ¿y qué? Luego, jocosamente, dice —: Te he pillado.

El Memo esboza una sonrisa dando a entender que sí, que lo han pillado, pero tiene una marca roja encima de la nuez y lágrimas de sorpresa empañan sus ojos.

El Memo y el No Tan Memo se alejan. El Memo se vuelve y lo mira por encima del hombro. Hace un puchero, y ahora parece un niño de tercero en lugar de otro tarado preadolescente más, uno de esos que, llegado septiembre, andarán jorobando por los pasillos del colegio de enseñanza media Beal.

—Eso me ha hecho daño —dice con cierto asombro.

Brady se enfurece consigo mismo. Un papirotazo así de fuerte, tanto como para que al chico se le salten las lágrimas, equivale a delatarse. También implica que el Memo y el No Tan Memo se acordarán de él. Brady puede disculparse, puede incluso regalarles unos cucuruchos para demostrar su sinceridad, pero entonces se acordarán de eso. Es un detalle insignificante, pero los detalles se van sumando y al final pueden llegar a convertirse en algo grande.

—Lo siento —dice, y habla en serio—. Era solo una broma, chico.

El Memo le hace un corte de mangas, y el No Tan Memo alza su dedo medio en señal de solidaridad. Entran en la tienda de cómics, donde —si Brady conoce a los chicos como esos, y los conoce— los invitarán a comprar o marcharse después de hojear el material durante cinco minutos.

Se acordarán de él. Incluso es posible que el Memo se lo cuente a sus padres, y que sus padres presenten una queja a Loeb. Es poco probable pero no imposible, ¿y quién tiene la culpa de que le haya dado un papirotazo al Memo en el cuello desprotegido con fuerza suficiente para dejarle una marca en lugar de un golpecito como se proponía? El expoli ha descolocado a Brady. Está induciéndolo a cometer errores, y eso a Brady no le gusta.

Pone en marcha el motor de la camioneta. Las campanillas empiezan a emitir una estridente melodía por los altavoces del techo. Brady gira a la izquierda por Hanover Street y reanuda su ronda diaria, vendiendo cucuruchos y Niños Felices y Polos Pola, esparciendo azúcar en la tarde y respetando los límites de velocidad.

Aunque pasadas las siete de la tarde hay plazas de aparcamiento de sobra en Lake Avenue —como bien sabía Olivia Trelawney—, a las cinco, cuando Hodges y

Janey Patterson regresan de Sunny Acres, son escasas y están muy distanciadas. Aun así, Hodges ve una a tres o cuatro edificios calle abajo, y pese a ser pequeña (el coche de detrás ha invadido un poco el espacio), mete allí el Toyota con calzador en un abrir y cerrar de ojos sin mayor problema.

—Estoy impresionada —dice Janey—. Yo nunca habría podido hacer eso. Me suspendieron el examen de conducir por aparcar mal en paralelo las dos primeras veces que me presenté.

—El examinador debía de ser muy exigente.

Ella sonríe.

—La tercera vez me puse una minifalda, y dio resultado.

Pensando en lo mucho que le gustaría verla en minifalda —cuanto más corta mejor—, Hodges comenta:

—La verdad es que no tiene ningún misterio. Si se retrocede hacia el bordillo en un ángulo de cuarenta y cinco grados, es infalible. A menos que el coche sea demasiado grande, claro. Un Toyota es perfecto para aparcar en ciudad. No como un... —Se interrumpe.

—No como un Mercedes —concluye ella—. Suba a tomar un café, Bill. Incluso echaré unas monedas en el parquímetro.

—Ya voy yo. De hecho, sacaré un tíquet para el tiempo máximo. Tenemos mucho de qué hablar.

—Ha averiguado algo por medio de mi madre, ¿no? Por eso ha estado tan callado todo el camino.

—Así es, y la pondré al corriente, pero no es ahí donde empieza la conversación. —Ahora la mira directamente a la cara, y es una cara que resulta fácil mirar. Dios, cómo lamenta no tener quince años menos. O aunque fueran diez—. Debo hablarle sin tapujos. Creo que tiene usted la impresión de que vine en busca de trabajo, y no es así.

—No —responde ella—. Creo que vino porque se siente culpable de lo que le pasó a mi hermana. Yo sencillamente me aproveché de usted. Y no me arrepiento. Ha tratado bien a mi madre. Ha sido amable. Muy... muy delicado.

Janey está cerca, con los ojos muy abiertos, de un azul más oscuro en la luz de la tarde. Separa los labios como si tuviera algo más que decir, pero él no le da opción. La besa sin pararse a pensar que es una estupidez, una temeridad, y se asombra cuando ella le devuelve el beso, e incluso le rodea la nuca con la mano derecha para que el contacto sea un poco más firme. No se prolonga más de cinco segundos, pero a Hodges, que no daba un beso así desde hacía tiempo, se le antoja mucho más.

Ella se aparta, le acaricia el pelo y dice:

—He estado deseándolo toda la tarde. Ahora subamos. Prepararé un café y tú

me darás el parte.

Pero no hay parte hasta mucho más tarde, y el café ni siquiera llega.

10

Hodges vuelve a besarla en el ascensor. Esta vez Janey entrelaza las manos por detrás de su cuello, y él desliza las suyas por la espalda de ella hasta el pantalón blanco, ceñido en el trasero. Él es consciente de la presión de su vientre abultado contra el abdomen firme de Janey y piensa que debe de repugnarle, pero cuando la puerta del ascensor se abre, ella tiene las mejillas sonrojadas, un brillo en los ojos y los labios separados en una sonrisa que deja a la vista sus dientes pequeños y blancos. Lo coge de la mano y tira de él por el corto rellano desde el ascensor hasta la puerta del apartamento.

—Vamos —insta—. Vamos, acabaremos haciéndolo, así que hagámoslo ya, antes de que uno de los dos se eche atrás.

«No seré yo», se dice Hodges, que sólo piensa en seguir adelante.

Al principio Janey no consigue abrir la puerta por lo mucho que le tiembla la mano con la que sostiene la llave. Se ríe de su propia torpeza. Hodges cierra los dedos en torno a los de ella, y juntos meten la llave en el ojo de la cerradura.

El apartamento donde Hodges conoció a la hermana y la madre de esta mujer se halla en penumbra, porque el sol ha recorrido su trayecto hasta el otro lado del edificio. El lago se ha oscurecido y ahora presenta un color cobalto tan intenso que casi parece púrpura. No hay veleros, pero ve una gabarra.

—Vamos —repite ella—. Vamos, Bill, no me falles ahora.

De pronto están en una de las habitaciones. Hodges no sabe si es la de Janey o es la que usaba Olivia cuando se quedaba a dormir los jueves por la noche, ni le importa. La vida de los últimos meses —la televisión por las tardes, las comidas calentadas en el microondas, el revólver Smith & Wesson de su padre— se le antoja tan lejana que habría podido ser la de un personaje ficticio de una película extranjera aburrida.

Janey intenta quitarse la blusa de marinero a rayas por la cabeza y se le engancha al broche del pelo. Deja escapar una risa ahogada de frustración.

—Ayúdame con este lío del demonio, ¿quieres...?

Hodges recorre con las manos los costados tersos de ella —que se estremece por el primer contacto— y las introduce por debajo de la blusa vuelta del revés. Tensa la tela y la levanta. La cabeza de Janey asoma, libre. Se ríe con un jadeo entrecortado. Lleva un sencillo sujetador de algodón blanco. Hodges le rodea la cintura con las manos y la besa entre los pechos a la vez que ella le desabrocha el

cinturón y el botón del pantalón. Él piensa: «Si hubiera sabido que esto iba a pasarme a estas alturas de la vida, habría vuelto al gimnasio».

—¿Por qué...? —empieza a decir.

—Vamos, calla. —Janey baja la mano, empujando la cremallera con la palma. A Hodges se le cae el pantalón en torno a los zapatos con un tintineo de calderilla—. Dejemos la charla para después. —Le agarra el miembro erecto a través del calzoncillo y se lo manipula como la palanca de un cambio de marchas. Él ahoga una exclamación—. Eso es un buen comienzo. Ni se te ocurra tener un gatillazo, Bill.

Se desploman en la cama, Hodges todavía con sus calzoncillos bóxer, Janey con sus bragas de algodón, tan sencillas como el sujetador. Él intenta tenderla de espalda, pero ella se resiste.

—Tú no te pones encima —dice ella—. Si te da un infarto en pleno polvo, me aplastarás.

—Si me da un infarto en pleno polvo, no habrá hombre que haya abandonado este mundo más decepcionado.

—Quédate quieto. Tú quédate quieto.

Janey mete los pulgares bajo la cinturilla del calzoncillo. Entretanto Hodges ahueca las manos en torno a los pechos colgantes de ella.

—Levanta las piernas. Y sigue a lo tuyo. Usa un poco los pulgares, eso me gusta.

Hodges es capaz de acatar esas dos órdenes sin problema; siempre se le ha dado bien la multitarea.

Al cabo de un momento ella lo mira desde arriba, con un rizo ante los ojos. Echa adelante el labio inferior y se sopla el mechón hacia atrás.

—Quédate quieto. Ya haré yo el trabajo. Y tú no te me vayas. No quiero parecerte avasalladora, pero no me acuesto con nadie desde hace dos años, y la última vez dio pena. Ahora quiero pasármelo bien. Me lo merezco.

La calidez adherente y resbaladiza de ella lo envuelve en un tibio abrazo, y él no puede evitar levantar la cadera.

—Te he dicho que te quedes quieto. La próxima ya te moverás todo lo que quieras, pero esta es mía.

No sin dificultad, él obedece.

El pelo vuelve a caerle ante los ojos, y esta vez no puede utilizar el labio inferior para echárselo atrás de un soplo porque está mordisqueándose de tal modo que, piensa Hodges, más tarde notará los efectos. Janey extiende las dos manos y le frota vigorosamente el pecho cubierto de vello cano, y luego el embarazoso bulto de la barriga.

—Tengo que... perder un poco de peso —dice él con voz entrecortada.

—Tienes que callarte —contesta ella, y a continuación se mueve, solo un poco, y cierra los ojos—. Dios, qué profundidad. Y qué gusto. Ya te preocuparás por la dieta más tarde, ¿vale?

Empieza a moverse otra vez, se detiene un momento para corregir el ángulo, y luego establece un ritmo.

—No sé cuánto tiempo podré...

—Más te vale... —Janey mantiene los ojos cerrados—. Más te vale que aguantes, inspector Hodges. Cuenta números primos. Piensa en los libros que te gustaban cuando eras pequeño. Deletrea «xilófono» hacia atrás. Simplemente no te me vayas. No necesitaré mucho tiempo.

Hodges no se le fue, pero por poco.

11

A veces Brady Hartsfield, cuando está alterado, recorre nuevamente el itinerario de su mayor triunfo. Eso lo tranquiliza. Este viernes por la noche no regresa a casa después de dejar la camioneta en la fábrica de helados y cruzar los obligados comentarios jocosos con Shirley Orton en las oficinas. Opta por acercarse al centro al volante de su tartana, un poco preocupado por la vibración de la parte delantera y por el estridente gimoteo del motor. Pronto tendrá que contrapesar el coste de un coche nuevo (un coche nuevo *usado*) y el coste de las reparaciones. Y el Honda de su madre necesita la intervención de un mecánico con mayor urgencia que su Subaru. Tampoco es que su madre use mucho el Honda últimamente, y mejor así, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que se pasa borracha.

Sus rememoraciones empiezan en Lake Avenue, poco más allá de la viva iluminación del centro, donde la señora Trelawney siempre aparcaba su Mercedes los jueves por la noche, y siguen por Marlborough Street hasta el Centro Cívico. Solo que esta vez se detiene ante el edificio. Frena tan bruscamente que el coche de atrás casi topa con él. El conductor da un largo e iracundo bocinazo, pero Brady no le presta atención. Lo mismo podría haber sido una sirena de niebla en la otra orilla del lago.

El conductor lo adelanta y, al pasar por su lado, baja la ventanilla del acompañante para decirle «Gilipollas» a pleno pulmón. Brady tampoco presta atención a eso.

Debe de haber miles de Toyotas Corolla en esta ciudad, y cientos de Toyotas Corolla *azules*, pero ¿cuántos Toyotas Corolla azules con el adhesivo APOYA A LA POLICÍA LOCAL puede haber? Brady se jugaría algo a que solo hay uno, ¿y

qué demonios hace el expoli gordo en el apartamento de la vieja? ¿Por qué visita a la hermana de la señora Trelawney, que ahora vive ahí?

La respuesta parece obvia: el inspector Hodges (ret.) ha salido de caza.

A Brady ya no le interesa revivir el triunfo del año pasado. Cambia de sentido con una maniobra ilegal (totalmente impropia de él) y enfila la calle en dirección al Lado Norte. En dirección a casa, con una sola idea en la cabeza, parpadeando como un letrero de neón.

«Cabrón. Cabrón. Cabrón».

Las cosas no van como deberían. Las cosas escapan a su control. Eso no está bien.

Hay que hacer algo.

12

Cuando las estrellas salen sobre el lago, Hodges y Janey Patterson, sentados en el rincón de la cocina, devoran la comida china encargada por teléfono y beben té oolong. Janey lleva un albornoz blanco. Hodges va en calzoncillos y camiseta. Cuando ha ido al baño después de hacer el amor (ella, hecha un ovillo en medio de la cama, dormitaba), se ha subido a la báscula y, complacido, ha visto que ha bajado dos kilos desde la última vez que se pesó. Por algo se empieza.

—¿Por qué yo? —pregunta Hodges ahora—. No me malinterpretes. Me siento extraordinariamente afortunado, esto me parece incluso una bendición, pero tengo sesenta y dos años y soy obeso.

Ella toma un sorbo de té.

—Bueno, vamos a ver, pensémoslo. En una de las películas antiguas de detectives que veíamos Ollie y yo de niñas por televisión, yo sería la arpía codiciosa, tal vez una vendedora de tabaco en un club nocturno, que intenta seducir al detective privado hosco y cínico con su hermoso cuerpo blanco. Solo que yo no soy codiciosa... ni necesito serlo, teniendo en cuenta que acabo de heredar varios millones de dólares... y mi hermoso cuerpo blanco ha empezado a venirse abajo en varios puntos vitales. Como quizá hayas notado.

Hodges no lo ha notado. Lo que sí advierte es que ella ha eludido su pregunta. Así que espera.

—¿No te ha bastado con eso?

—No.

Janey alza la mirada al techo.

—Ojalá pudiera encontrar una respuesta más delicada que «los hombres son muy idiotas» o más elegante que «estaba cachonda y quería quitarme las

telarañas». No se me ocurre gran cosa más, así que conformémonos con eso. Por otra parte, sentía atracción por ti. Han pasado treinta años desde que era una debutante ingenua, y demasiado tiempo desde el último polvo. He cumplido ya cuarenta y cuatro años, y eso me permite tender la mano para coger lo que quiera. No siempre lo consigo, pero tengo derecho a tender la mano.

Hodges se queda mirándola, francamente atónito. ¿Cuarenta y *cuatro*?

Janey prorrumpe en una risotada.

—¿Sabes una cosa? Esa mirada ha sido el mejor cumplido que me han hecho en mucho, mucho tiempo. Y el más sincero. Esa simple mirada. Así que voy a exprimirlo un poco más. ¿Qué edad me echabas?

—Unos cuarenta. A lo sumo. Lo que me convertiría en corruptor de menores.

—Tonterías. Si el que tuviera dinero fueras tú y no yo, nadie se extrañaría de que estuvieras con una mujer más joven. En ese caso la gente vería como lo más normal del mundo que te acostaras con una chica de veinticinco años. —Guarda silencio por un momento—. Aunque eso, en mi modesta opinión, *sí* sería corrupción de menores.

—Aun así...

—Tú eres viejo, pero no *tan* viejo; estás en el límite de peso, pero no *tan* en el límite. Aunque lo pasarás si sigues por ese camino. —Lo señala con el tenedor—. Esta es la clase de sinceridad que una mujer solo puede permitirse cuando se ha acostado con un hombre y todavía le gusta lo suficiente como para cenar con él. Ya te he dicho que no tenía relaciones sexuales desde hacía dos años. Es verdad, pero ¿sabes cuánto hace que tuve relaciones sexuales con un hombre y me lo pasé realmente bien?

Hodges mueve la cabeza en un gesto de negación.

—Estaba en tercero de universidad, calculo. Y no era un hombre: era placador suplente del equipo de fútbol y tenía un grano rojo, enorme, en la punta de la nariz. Era muy tierno, eso sí. Torpe y demasiado rápido, pero tierno. De hecho, después lloró en mi hombro.

—Así que esto no solo ha sido... no sé...

—¿Un polvo de agradecimiento? ¿Un polvo por compasión? Tendrás que creermelo. Y he aquí una promesa. —Se inclina hacia delante, y el albornoz se le abre y deja a la vista el valle en penumbra entre sus pechos—. Pierde diez kilos y me arriesgaré a que te pongas encima.

Hodges no puede contener la risa.

—Ha estado muy bien, Bill. No me arrepiento, y siento debilidad por los grandullones. El placador con el grano en la nariz rondaba los ciento veinte. Mi ex era un alfeñique, y debería haber adivinado ya la primera vez que lo vi que nada bueno saldría de eso. ¿Podemos dejarlo ahí?

—Pues sí.

—*Pues sí* —lo imita ella, sonriente, y se levanta—. Vamos al salón. Es hora de que des el parte.

13

Hodges se lo cuenta todo salvo lo de las largas tardes viendo malos programas de televisión y coqueteando con el viejo revólver reglamentario de su padre. Janey lo escucha muy seria, sin interrumpirlo, casi sin apartar los ojos de su cara en ningún momento. Cuando él termina, ella saca una botella de vino de la nevera y sirve dos copas. Son copas grandes, y él mira la suya con incertidumbre.

—No sé si debo, Janey. He de conducir.

—No, esta noche no. Te quedas aquí. A no ser que tengas un perro o un gato...

Hodges niega con la cabeza.

—¿Ni siquiera un loro? En una de esas películas viejas tendrías en el despacho al menos un loro, que diría groserías a los potenciales clientes.

—Claro. Y tú serías la recepcionista. Lola en lugar de Janey.

—O Velma.

Él sonríe. Hay una longitud de onda, y los dos sintonizan la misma.

Janey se inclina, ofreciéndole de nuevo esa vista tentadora.

—Hazme un perfil psicológico de ese individuo.

—Ese nunca fue mi trabajo. Para eso teníamos especialistas. Uno en el cuerpo y dos a nuestra disposición en la facultad de Psicología de la Universidad Estatal.

—Hazlo igualmente. Te informo de que he buscado tu nombre en Google, y me da la impresión de que eras prácticamente el mejor del Departamento de Policía. Menciones de honor para dar y vender.

—Tuve suerte unas cuantas veces.

Suena a falsa modestia, pero es cierto que la suerte desempeña un papel importante. La suerte, y estar preparado. Woody Allen tenía razón: el ochenta por ciento del éxito consiste solo en estar ahí presente.

—Tú inténtalo, ¿vale? Si lo haces bien, quizá volvamos a visitar el dormitorio.

—Arruga la nariz—. A no ser que estés demasiado viejo para un doblete.

Tal como Hodges se siente ahora mismo, quizá no esté demasiado viejo ni para un triplete. Han sido incontables las noches de celibato, por lo que tiene mucho saldo acumulado al que recurrir. O eso espera. Parte de él —una gran parte— aún no puede creerse que esto no sea un sueño con un grado extremo de detalle.

Toma un sorbo de vino y lo paladea, dándose tiempo para pensar. Janey ha vuelto a cerrarse la bata, lo que lo ayuda a concentrarse.

—Vale. Probablemente es joven, eso para empezar. Tendrá entre veinte y treinta y cinco años, calculo. Lo deduzco en parte de sus conocimientos de informática, pero no es solo eso. Cuando un hombre de mayor edad asesina a un montón de gente, suele ir a por familiares, compañeros de trabajo, o lo uno y lo otro. Luego acaba poniéndose la pistola en la cabeza él mismo. Si buscas una razón, la encuentras. Un motivo. La mujer lo puso en la calle; luego recibió una orden de alejamiento. El jefe lo despidió; después lo humilló mandando a un par de guardias de seguridad a su despacho mientras él recogía sus cosas. Préstamos vencidos. Tarjetas de crédito agotadas. La casa bajo el agua. El coche embargado.

—¿Y qué hay de los asesinos en serie? ¿Aquel de Kansas City no era un hombre de mediana edad?

—Dennis Rader, sí. Era un hombre de mediana edad cuando lo cogieron, pero solo tenía unos treinta cuando empezó. Además, esos eran crímenes sexuales. Mr. Mercedes no es un asesino sexual, ni es un asesino en serie en el sentido tradicional. Empezó con un homicidio en masa, pero después se ha centrado en individuos: primero tu hermana, ahora yo. Y no ha venido a por nosotros con un arma o un coche robado, ¿verdad que no?

—Al menos todavía no —dice Janey.

—Nuestro hombre es un híbrido, pero tiene en común ciertos rasgos con los asesinos más jóvenes. Se parece más a Lee Malvo, uno de los Francotiradores de Washington, que a Rader. Malvo y su compañero planearon matar a seis personas al día. Homicidios al azar. Cualquiera que tuviera la desgracia de ponerse bajo la mira de su arma era abatido. El sexo y la edad no contaban. Acabaron matando a diez, lo que no está mal para un par de maníacos homicidas. El motivo declarado era racial, y en el caso de John Allen Muhammad, el compañero de Malvo, mucho mayor, una especie de figura paterna, quizá eso fuera verdad, o parcialmente verdad. Creo que la motivación de Malvo era mucho más compleja, toda una conjunción de cosas que él mismo no entendía. Si lo analizáramos detenidamente, tal vez descubriríamos que la confusión sexual y la educación fueron factores determinantes. Creo que lo mismo es aplicable a nuestro hombre. Es joven. Es listo. Sabe integrarse, tanto que muchos de sus conocidos no se dan cuenta de que en esencia es un solitario. Cuando lo atrapen, todo el mundo dirá: «No me puedo creer que fulano hiciera una cosa así, con lo amable que era siempre».

—Como Dexter Morgan en la serie de televisión.

Hodges sabe de quién habla y mueve la cabeza en un rotundo gesto de negación. Y no solo porque la serie sea pura fantasía.

—Dexter sabe por qué hace lo que hace. Nuestro hombre no lo sabe. Casi con

toda seguridad es soltero. No sale con mujeres. Puede que sea impotente. Es muy posible que viva aún en casa de la familia. Si es así, probablemente solo con el padre o la madre. Si es el padre, la relación es fría y distante: barcos que se cruzan en la noche. Si es la madre, seguramente Mr. Mercedes actúa como marido sustituto. —Ve que ella va a decir algo y levanta la mano—. Eso no significa que sea una relación sexual.

—Puede que no, pero te diré una cosa, Bill. No tienes que acostarte con alguien para tener una relación sexual con él. A veces está en las miradas, o en la ropa que te pones cuando sabes que él va a estar presente, o en lo que haces con las manos: tocar, dar palmadas, acariciar, abrazar. En esto el sexo tiene que estar en alguna parte. O sea, esa carta que te mandó... lo de llevar puesto un condón mientras lo hacía... —Se estremece dentro de su albornoz blanco.

—El noventa y nueve por ciento de esa carta es ruido blanco, pero desde luego hay un componente sexual. Siempre lo hay. Y también rabia, agresividad, soledad, sentimiento de ineptitud... pero no sirve de nada perderse en esos detalles. Eso no es crear un perfil psicológico; es análisis. Lo que estaba muy por encima de mi nivel salarial cuando tenía nivel salarial.

—Vale...

—Ese hombre está roto —se limita a decir Hodges—. Y es malo. Como una manzana que parece sana por fuera, pero cuando la abres, está ennegrecida y llena de gusanos.

—Malo —repite ella, casi exhalando la palabra con un suspiro. A continuación, más para sí que para él—: Y tanto que lo es. Se cebó en mi hermana como un vampiro.

—Es posible que su trabajo incluya atención al público, porque tiene bastante encanto superficial. En tal caso, es probable que sea un empleo de baja remuneración. No progresa porque es incapaz de combinar su inteligencia superior a la media con una concentración a largo plazo. Sus actos inducen a pensar que es un elemento que obra por impulso y aprovecha las oportunidades. La Matanza del Centro Cívico es un ejemplo perfecto. Creo que tenía la mira puesta en el Mercedes de tu hermana, pero dudo que supiese qué iba a hacer realmente con él hasta unos días antes de la feria de empleo. Quizá solo unas horas antes. Ojalá pudiera descubrir cómo lo robó.

Se interrumpe, pensando que gracias a Jerome se forma una idea como mínimo de parte de lo ocurrido: la llave de repuesto probablemente estuvo siempre en la guantera.

—Creo que las opciones de asesinato pasan por la cabeza de este individuo tan deprisa como salen los naipes de las manos de un buen repartidor. Seguramente ha pensado en volar aviones, provocar incendios, disparar contra

autobuses escolares, envenenar el sistema de suministro de agua, y tal vez incluso atentar contra el gobernador o el presidente.

—¡Dios santo, Bill!

—Ahora mismo está obsesionado conmigo, y eso es bueno. Así será más fácil atraparlo. También es bueno por otra razón.

—¿Cuál?

—Prefiero que siga pensando a pequeña escala. Que siga pensando en las víctimas de una en una. Cuanto más tiempo pase así, más tardará en decidirse por montar algún otro espectáculo de terror como el del Centro Cívico, quizá todavía de mayores dimensiones. ¿Sabes qué me resulta espeluznante? Ahora ya debe de tener una lista de posibles objetivos.

—¿No decía él en su carta que no sentía el menor impulso de repetirlo?

Hodges despliega una sonrisa. Le ilumina toda la cara.

—Sí, eso decía. ¿Y sabes cómo te das cuenta de cuándo miente un individuo como ese? Mueve los labios. Solo que en el caso de Mr. Mercedes, escribe cartas.

—O se comunica con sus objetivos en la web del Paraguas Azul. Como hizo con Ollie.

—Pues sí.

—Si suponemos que con ella lo consiguió debido a su fragilidad psíquica... y perdóname, Bill, pero ¿tiene alguna razón para creer que puede conseguirlo contigo por el mismo motivo?

Hodges mira su copa de vino y ve que está vacía. Empieza a servirse otra, se pregunta qué efecto puede tener eso en sus probabilidades de un nuevo encuentro con éxito en el dormitorio, y no se echa más que un dedo.

—¿Bill?

—Podría ser —contesta él—. Desde mi jubilación, he estado a la deriva. Pero no estoy tan perdido como tu hermana. —Al menos ya no—. Y eso no es lo importante. No es lo que se desprende de las cartas, ni de los mensajes en el Paraguas Azul.

—¿Qué es lo importante, pues?

—*Ha estado vigilando*. Eso es lo que se desprende. Lo hace vulnerable. Por desgracia, también lo vuelve peligroso para las personas con las que trato. No creo que sepa que he estado hablando contigo...

—Y no solo hablando —señala ella, moviendo las cejas a lo Groucho.

—... pero sabe que Olivia tenía una hermana, y debemos suponer que sabe que estás en la ciudad. Debes andar con mucho cuidado. Cierra bien la puerta cuando estés en casa...

—Siempre cierro.

—... y no te creas lo que te digan por el portero automático. Cualquiera puede

decir que es de un servicio de mensajería y necesita una firma. Identifica visualmente a todas las visitas antes de abrirles la puerta. Cuando salgas, echa una ojeada alrededor. —Se inclina hacia delante, la pizca de vino intacta. Ya no le apetece—. La cosa va en serio, Janey. Cuando *salgas*, estate muy atenta al tráfico. No solo cuando vayas en coche, sino también a pie. ¿Sabes a qué nos referimos cuando en la policía decimos OA?

—Ojo alerta.

—Exacto. Cuando salgas, debes estar OA a cualquier vehículo que aparezca repetidamente en tus inmediaciones.

—Como el todoterreno negro de esa mujer —dice ella con una sonrisa—. La señora como se llame.

La señora Melbourne. Al pensar en ella, Hodges tiene la impresión de haber rozado, en el fondo de su mente, el recóndito interruptor de la asociación de ideas, pero la sensación se desvanece sin que pueda llegar a localizarlo, y menos aún pulsarlo.

Jerome también tiene que estar ojo alerta. Si Mr. Mercedes ronda la casa de Hodges, habrá visto a Jerome cortar el césped, poner las mosquiteras, limpiar los canalones. Probablemente ni Jerome ni Janey corren el menor peligro, pero a él ese «probablemente» no le basta. Mr. Mercedes es un cúmulo de potenciales homicidios aleatorios, y Hodges ha fijado un rumbo de provocación intencionada.

Janey le lee el pensamiento.

—Y tú estás... ¿cómo has dicho? Dándole cuerda.

—Pues sí. Y dentro de un momento voy a pedirte el ordenador para darle un poco más de cuerda. Tenía un mensaje ya preparado, pero estoy pensando en añadir algo más. Mi compañero ha resuelto hoy un caso importante, y puedo sacarle provecho a eso.

—¿Qué ha sido?

No hay ninguna razón para no contárselo; mañana saldrá en la prensa, o el domingo a lo sumo.

—Joe el de la Autopista.

—¿El que mata a mujeres en las áreas de descanso? —pregunta ella. Y cuando él asiente, añade—: ¿Encaja con tu perfil de Mr. Mercedes?

—Ni mucho menos. Pero nuestro hombre no tiene por qué saberlo.

—¿Qué te propones?

Hodges se lo explica.

No tienen que esperar a la prensa de la mañana; la noticia de que Donnie Davis, ya bajo sospecha por el asesinato de su mujer, se ha atribuido los homicidios de Joe el de la Autopista es cabecera del informativo de las once de la noche. Hodges y Janey lo ven desde la cama. Para Hodges el nuevo encuentro ha sido extenuante pero en extremo satisfactorio. Aún no ha recobrado el aliento. Está sudoroso y necesita una ducha, pero hacía mucho, mucho tiempo que no sentía tal felicidad. Tal *plenitud*.

Cuando el presentador pasa a hablar de un cachorro atrapado en una cañería de desagüe, Janey apaga el televisor con el mando a distancia.

—Vale. Podría dar resultado. Pero, *Dios mío*, qué arriesgado es.

Hodges se encoge de hombros.

—A falta de recursos policiales, lo considero mi mejor opción. —Y a él no le importa que así sea, porque esa es la vía de acción que *prefiere*.

Piensa por un momento en el arma improvisada pero muy eficaz que tiene guardada en su cajonera, el calcetín de rombos con bolas de cojinete. Imagina lo satisfactorio que sería golpear con la cachiporra al hijo de puta que, al volante de uno de los sedanes más pesados del mundo, arremetió contra una multitud de gente indefensa. Probablemente eso no ocurrirá, pero es una posibilidad. En este mundo nuestro, el mejor (y el peor) de todos los mundos concebibles, nada puede descartarse.

—¿Qué opinas de lo que ha dicho mi madre al final? ¿Eso de que Olivia oía fantasmas?

—Necesito pensar en ello un poco más —contesta Hodges, pero ya lo ha pensado, y si no va desencaminado, tal vez tenga otro cauce para llegar a Mr. Mercedes. Si pudiera elegir, no involucraría a Jerome Robinson más de lo que ya lo está; pero si ha de dar crédito a las palabras de despedida de la anciana señora Wharton, quizá no le quede más remedio. Conoce a cinco o seis policías con las aptitudes informáticas de Jerome y no puede acudir a ninguno de ellos.

«Fantasmas —piensa—. Fantasmas en el ordenador».

Se incorpora en la cama y baja los pies al suelo.

—Si mantienes la invitación a quedarme a dormir, lo que necesito ahora mismo es una ducha.

—La mantengo. —Janey se acerca y le olfatea un lado del cuello, y él siente un grato estremecimiento cuando ella le da un ligero apretón en la parte superior del brazo—. Y desde luego la necesitas.

Después de ducharse, ya otra vez en calzoncillos, Hodges le pide que encienda el ordenador. Luego, con ella sentada a su lado, muy atenta, Hodges se cuela bajo el Paraguas Azul de Debbie y deja un mensaje para **asemerc**. Al cabo de un

cuarto de hora, y con Janey Patterson acurrucada junto a él, duerme... y no dormía tan bien desde la infancia.

15

Cuando Brady llega a casa después de varias horas circulando de aquí para allá sin rumbo fijo, es tarde y encuentra una nota en la puerta de atrás: «¿Dónde has estado, cariñito? Hay lasaña casera en el horno». Solo tiene que ver la letra vacilante y la línea descendente para saber que su madre estaba como una cuba cuando la ha escrito. Desclava la nota y entra.

Normalmente nada más llegar a casa va a verla, pero percibe un olor a quemado y corre a la cocina, donde flota en el aire una neblina azul. Afortunadamente el detector de humo de esa zona no funciona (hace tiempo que quiere cambiarlo pero, con todo lo que tiene en la cabeza, nunca se acuerda). También hay que dar gracias por la potente campana extractora, que ha absorbido humo suficiente para impedir que los otros detectores se activen, aunque eso pronto sucederá si no ventila la casa. El horno está a ciento setenta y cinco. Lo apaga. Abre la ventana que hay encima del fregadero, luego la puerta de atrás. Hay un ventilador de pie en el armario de la limpieza. Lo coloca de cara al horno descontrolado y lo enciende a la máxima potencia.

Hecho esto, va por fin al salón a ver cómo está su madre. La encuentra traspuesta en el sofá, con un vestido de andar por casa abierto en el escote y arrugado en torno a los muslos, roncando tan sonora y acompasadamente que parece una sierra de cadena al ralentí. Brady desvía la mirada y, mascullando «mierda, mierda, mierda, mierda», vuelve a la cocina.

Se sienta a la mesa con la cabeza gacha, las palmas de las manos en las sienes, los dedos hundidos en el pelo. ¿Por qué será que cuando las cosas empiezan a torcerse, se tuercen cada vez *más*? Acude a su memoria el eslogan de la empresa Morton Salt: «Siempre llueve sobre mojado».

Después de ventilar durante cinco minutos, se aventura a abrir el horno. Mientras contempla el bulto negro y humeante en el interior, cualquier asomo de apetito que pudiera haber sentido al llegar a casa desaparece. Esa bandeja no se limpiará lavándola; esa bandeja no se limpiará restregando una hora entera y empleando toda una caja de estropajos; esa bandeja probablemente no la limpiaría ni un láser industrial. Esa bandeja ha quedado para tirarla. Ha sido una suerte que, al llegar a casa, no se haya encontrado a los putos bomberos y a su madre ofreciéndoles cócteles Vodka Collins.

Cierra el horno —no quiere ver esa catástrofe nuclear— y opta por volver al

salón. Aún mientras recorre con la mirada de arriba abajo las piernas desnudas de su madre, piensa: «Sería mejor que se *muriera*. Mejor para ella y mejor para mí».

Baja al sótano y, usando las órdenes de voz, enciende la luz y la batería de ordenadores. Se acerca al Número Tres, coloca el cursor en el icono del Paraguas Azul... y vacila. No porque tema no encontrar un mensaje del expoli gordo, sino porque teme encontrarlo. Si es así, no será algo que quiera leer. No tal como están yendo las cosas. Ya tiene la cabeza bastante revuelta, ¿por qué revolverla más?

Solo que podría proporcionarle una explicación de lo que el poli hacía en el apartamento de Lake Avenue. ¿Ha estado interrogando a la hermana de Olivia Trelawney? Probablemente. A los sesenta y dos años, seguro que no se la está cepillando.

Brady clicca con el ratón, y en efecto:

```
¡ranagustavo19 quiere chatear contigo!  
¿Quieres chatear con ranagustavo19?  
S N
```

Brady sitúa el cursor en la **N** y traza círculos con la yema del dedo índice sobre el dorso curvo del ratón. Retándose a pulsar la **N** y poner fin a eso de una vez por todas. Es evidente que no logrará inducir al expoli gordo al suicidio tal como hizo con la señora Trelawney, así que ¿por qué no? ¿No sería eso lo inteligente?

Pero tiene que saberlo.

Y lo más importante, el Ins. Ret. no debe ganar.

Desplaza el cursor a la **S**, clicca, y el mensaje —esta vez bastante largo— aparece en la pantalla.

Mira por dónde, aquí está otra vez mi amigo el de la confesión falsa. No debería ni siquiera contestar. Tipejos como tú los hay a patadas, pero, como bien señalas, estoy jubilado, e incluso hablar con un chiflado es mejor que el Doctor Phil y todos esos publrreportajes que ponen ya entrada la noche. Un anuncio más de OxiClean de treinta minutos y me volveré tan loco como tú: JAJAJA. Por otra parte, he de agradecerte que me hayas dado a conocer esta web, que de lo contrario no habría encontrado. Ya he hecho 3 nuevos amigos (y cuerdos). ¡¡¡Uno es una señora deliciosamente malhablada!!! Así que, bueno, «amigo mío», te pondré en antecedentes.

En primer lugar, cualquier seguidor de *csr* deduciría que el Asesino del Mercedes llevaba una redecilla para el pelo y roció de lejía la máscara de payaso. O sea: **OBVIO**.

En segundo lugar, si fueras realmente el que robó el Mercedes de la señora Trelawney habrías mencionado la llave de

emergencia. Eso es algo que no habrías deducido viendo *csi*, así que a riesgo de repetirme: **OBVIO**.

En tercer lugar (espero que estés tomando nota), hoy he recibido una llamada de mi antiguo compañero. Ha atrapado a uno de los malos, uno especializado en confesiones **VERDADERAS**. Mira las noticias, amigo mío, y luego adivina qué más va a confesar ese tipo dentro de una semana poco más o menos.

Que duermas bien, y por cierto, ¿por qué no te vas a molestar a otro con tus fantasías?

Brady recuerda vagamente un personaje de dibujos animados —tal vez fuera el Gallo Claudio, aquel gallo enorme con acento sureño— que se enfadaba tanto que su cuello y luego su cabeza se convertían en un termómetro y la temperatura subía y subía, pasando de cocción **BAJA** a cocción **MEDIA** y a cocción **MÁXIMA**. Brady casi siente que eso mismo le ocurre a él mientras lee el mensaje, arrogante, ofensivo y exasperante.

¿Llave de emergencia?

¿Llave de *emergencia*?

—¿De qué hablas? —dice, su voz en algún punto entre susurro y gruñido—.

¿De qué coño *hablas*?



Se levanta y, con paso inestable, como si sus piernas fueran zancos, deambula en círculo, mesándose el cabello con tal vehemencia que se le saltan las lágrimas. Se olvida de su madre. Se olvida de la lasaña ennegrecida. Se olvida de todo excepto de este mensaje odioso.

¡Incluso ha tenido la desfachatez de poner un *smiley*!

¡Un *smiley*!

Brady da una patada a la silla, lastimándose los dedos del pie, y la manda a la otra punta de la sala, donde choca contra la pared. Luego se da media vuelta y corre de regreso hasta su ordenador Número Tres, ante el que se encorva como un buitre. Su primer impulso es contestar de inmediato, llamar embustero al puto poli, llamarlo idiota con Alzheimer prematuro inducido por la grasa, llamarlo bujarrón aficionado a chuparle la polla a su jardinero negro. De pronto se impone una apariencia de racionalidad, frágil y vacilante. Recoge la silla y entra en la página web del periódico de la ciudad. Ni siquiera necesita clicar **NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA** para ver de qué iban los delirios de Hodges; está ahí mismo, en la primera plana del periódico matutino.

Brady sigue la crónica de sucesos locales con asiduidad, y conoce tanto el nombre de Donald Davis como sus agraciadas y bien definidas facciones. Sabe que la policía iba tras los pasos de Davis por el asesinato de su mujer, y a Brady

no le cabe duda de que el autor fue él. Ahora el muy idiota ha confesado, pero no solo el asesinato de *ella*. Según el artículo, Davis también se ha declarado culpable de los homicidios con violación de *otras* cinco mujeres. En pocas palabras, afirma ser Joe el de la Autopista.

Al principio Brady es incapaz de relacionar esto con el intimidatorio mensaje del expoli gordo. Pero de pronto, en una repentina y funesta inspiración, cae en la cuenta: ahora que Donnie Davis ha abierto el corazón, también se propone declararse culpable de la Matanza del Centro Cívico. Puede que lo haya hecho ya.

Brady empieza a girar como un derviche: una vez, dos, tres. La cabeza le va a estallar. Tiene violentas palpitaciones en el pecho, el cuello, las sienes. Incluso las siente en las encías y la lengua.

¿Davis ha dicho algo de una llave de emergencia? ¿Ha salido el asunto a relucir por eso?

—No *había* llave de emergencia —dice Brady... pero ¿cómo puede estar seguro de eso? ¿Y si la había? Y si la había... y si le colgaban el mochuelo a Donald Davis y le arrebatan a Brady Hartsfield su gran triunfo..., después de los *riesgos* que había asumido...

Ya no puede contenerse. Se sienta de nuevo ante el Número Tres y escribe un mensaje a **ranagustavo19**. Uno corto, pero las manos le tiemblan de tal modo que tarda casi cinco minutos. Lo envía en cuanto acaba, sin molestarse en releerlo.

ERES UN EMBUSTERO DE MIERDA, GILIPOLLAS. Vale, la llave no estaba en el contacto, pero no era una LLAVE DE EMERGENCIA. Era una llave de repuesto que estaba en la guanterra y YA AVERIGUARÁS TÚ, CARACULO, cómo abrí la puerta del coche. Donald Davis no cometió este crimen. Repito, DONALD DAVIUS NO COMETIÓ ESTE CRIMEN. Si dices a la gente que lo hizo él te mataré aunque con lo acabado que estás no mataría gran cosa.

Firmado,

El VERDADERO Asesino del Mercedes

P. D.: Tu madre era una puta, le daban por el culo y lamía leche de la alcantarilla.

Brady apaga el ordenador y sube a su habitación, dejando a su madre roncando en el sofá en lugar de ayudarla a acostarse. Toma tres aspirinas, añade una cuarta y luego se tumba en la cama, tembloroso, con los ojos desorbitados, hasta que asoman por el este las primeras vetas del amanecer. Al final, se adormece durante dos horas, con un sueño tenue, inquieto y plagado de pesadillas.

El sábado por la mañana Hodges está preparando unos huevos revueltos cuando Janey entra en la cocina con su albornoz blanco. Recién duchada, lleva el pelo mojado y peinado hacia atrás, con la cara al descubierto, y parece más joven que nunca. Hodges vuelve a pensar: «¿Cuarenta y *cuatro*?».

—He buscado beicon, pero no lo he visto. Aunque no descarto que haya. Según mi ex, la gran mayoría de los hombres de este país padece de «ceguera ante el frigorífico». No sé si existe un teléfono de ayuda para eso.

Ella le señala la cintura.

—Vale —contesta él. Y a continuación, como a Janey parece gustarle, añade —: Pues sí.

—Y por cierto, ¿cómo andas de colesterol?

Hodges sonríe y dice:

—¿Unas tostadas? Es pan integral. Como seguramente ya sabes, dado que lo has comprado tú.

—Una. Sin mantequilla, solo un poco de mermelada. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Aún no lo sé muy bien. —Aunque piensa ya que le gustaría ponerse en contacto con Radney Peeples en Sugar Heights, si es que está de servicio y sigue «Vigilante». Y necesita hablar de ordenadores con Jerome. Por ese lado las perspectivas son infinitas.

—¿Has entrado en el Paraguas Azul?

—Antes quería prepararte el desayuno. Y también el mío. —Es verdad. Ha despertado con el sincero deseo de alimentar su cuerpo en lugar de intentar poner un tapón a un agujero en su cabeza—. Además, no sé tu contraseña.

—Es «Janey».

—¿Quieres un consejo? Cámbiala. De hecho, es el consejo del chico que trabaja para mí.

—Jerome, ¿no?

—El mismo.

Ha revuelto media docena de huevos y se lo comen todo, repartiéndoselo por la mitad exactamente. Se le ha pasado por la cabeza preguntarle si se arrepiente de lo ocurrido anoche, pero decide que la forma en que ha arremetido contra su desayuno aclara toda duda.

Tras dejar los platos en el fregadero, van al ordenador y permanecen sentados en silencio durante casi cuatro minutos, leyendo y releiendo el último mensaje de **asemerc**.

—Virgen santa —dice ella por fin—. Querías darle cuerda, y creo que ahora está pasado de vueltas. ¿Ves qué cantidad de erratas? —Señala «guanterra» y «piuerta»—. ¿Eso forma parte de su...? ¿Cómo lo llamaste? ¿Camuflaje estilístico?

—No lo creo. —Hodges mira «nop» y sonríe. No puede evitarlo. El pez nota el anzuelo, y lo tiene bien hincado. Duele. *Arde*—. Yo diría que así es como uno escribe cuando está hecho una furia. Lo último que esperaba era que este individuo tuviese un problema de credibilidad. Esto está sacándolo de quicio.

—Aún más —añade ella.

—¿Mmm?

—Sacándolo *aún más* de quicio. Mándale otro mensaje, Bill. Mete el dedo en la llaga. Se lo merece.

—De acuerdo. —Piensa, y empieza a escribir.

17

Después de vestirse, Janey recorre el rellano con él y le obsequia un prolongado beso ante el ascensor.

—Todavía no me puedo creer que lo de anoche ocurriera de verdad —dice él.

—Pues ocurrió. Y si juegas bien tus cartas, tal vez vuelva a ocurrir. —Janey escruta el rostro de Hodges con esos ojos azules suyos—. Pero nada de promesas ni compromisos a largo plazo, ¿vale? Nos lo tomaremos tal como venga. Día a día.

—A mi edad, es así como me lo tomo todo.

Se abre la puerta del ascensor. Hodges entra.

—Mantente en contacto, vaquero.

—Cuenta con ello. —La puerta del ascensor empieza a cerrarse. Hodges la para con la mano—. Y recuerda, vaquera: OA.

Ella mueve la cabeza en un solemne gesto de asentimiento, pero a él no se le pasa por alto el destello en su mirada.

—Janey estará OA a tope.

—Ten el móvil siempre a mano, y no estaría de más poner el 911 en marcación rápida.

Hodges retira la mano. Ella le lanza un beso. La puerta se cierra antes de que él pueda devolvérselo.

Su coche está donde lo ha dejado, pero el tiempo fijado por el parquímetro debió de cumplirse antes de empezar el período de aparcamiento gratuito, porque tiene una multa bajo una de las varillas del limpiaparabrisas. Abre la guantera, deja ahí la multa y a continuación saca el móvil. Se le da bien dar consejos a Janey que él mismo no sigue: desde la jubilación, siempre se deja olvidado el maldito Nokia, un modelo bastante prehistórico para lo que son los móviles. En todo caso hoy día no lo llama casi nadie. Sin embargo esta mañana tiene tres

mensajes, todos de Jerome. En el segundo y el tercero —uno a las 21.40 horas de anoche, el otro a las 22.45— le pregunta con impaciencia dónde está y por qué no contesta. Habla con su voz normal. El mensaje original, dejado a las 18.30 de la tarde de ayer, empieza con su exuberante voz de Batanga el Negro Zumbón.

«Bwana Hodges, ¿dónde e'tá? ¡Nesesito *hablá* con u'té! —A continuación vuelve a ser Jerome—. Creo que ya sé cómo lo hizo. Cómo robó el coche. Llámeme».

Hodges consulta su reloj y piensa que Jerome probablemente no se habrá levantado todavía, no un sábado por la mañana. Decide acercarse hasta allí, pasando antes por su casa para coger sus notas. Enciende la radio, sale Bob Seger con *Old Time Rock and Roll* y lo acompaña a voz en grito: «*Take those old records off the shelf*».

18

En otros tiempos más sencillos, antes de las apps, los iPad, los Samsung Galaxy y el vertiginoso mundo del 4G, los fines de semana eran los días de máximo ajetreo en Discount Electronix. Ahora los chicos que antes iban a comprar CD se descargan los temas de Vampire Weekend desde iTunes, mientras sus mayores navegan por eBay o ven en Hulu los programas de televisión que se han perdido.

Este sábado por la mañana la sucursal de DE en el centro comercial de Birch Hill es un páramo.

Tones, cerca de la entrada, intenta vender a una anciana un televisor de alta definición que ya es una antigüedad. Freddi Linklatter está fuera, en la parte de atrás, fumando un Marlboro rojo tras otro y probablemente ensayando en su cabeza la última filípica sobre los derechos de los gays. Brady se halla sentado ante uno de los ordenadores de la última fila, un Vizio antiguo que ha amañado para no dejar registro de tecleo, y menos aún historial. Tiene la mirada fija en el último mensaje de Hodges. En un ojo, el izquierdo, ha desarrollado un tic rápido e irregular.

Deja de poner verde a mi madre, ¿vale? 😊 No es culpa suya que te hayan pillado en una sarta de mentiras absurdas. Conque sacaste una llave de la guantera, ¿eh? Esa sí que es buena, porque Olivia Trelawney tenía las dos. La que faltaba era la llave de emergencia. La tenía en una pequeña caja magnética debajo del parachoques trasero. El VERDADERO Asesino del Mercedes debió de descubrirla.

Creo que ya me he hartado de escribirte, tontolaba. Como fuente de diversión, tu actual coeficiente ronda más o menos el

cero, y sé de buena tinta que Donald Davis va a confesar los crímenes del Centro Cívico. Y eso a ti te deja ¿dónde? Pues viviendo esa insípida vida de mierda tuya, imagino. Una cosa más antes de poner fin a esta encantadora correspondencia. Me has amenazado de muerte. Eso es un delito grave, pero ¿sabes qué te digo? Me la trae floja. Chaval, no eres más que un cagueta, gilipollas. Internet está plagado de gente así. ¿Quieres venir a mi casa (ya sé que sabes dónde vivo) y amenazarme en persona? ¿No? Ya me lo imaginaba. Permíteme acabar con una palabra tan sencilla que hasta un zoquete como tú debería entender.

Piérdete.

Brady siente tal cólera que se queda paralizado. Sin embargo, también está ardiendo. Cree que se quedará así, encorvado sobre ese Vizio de mierda al ridículo precio rebajado de 87,87 dólares, hasta morir congelado o entrar en combustión, o de algún modo las dos cosas a la vez.

Pero cuando una sombra se proyecta sobre la pared, Brady descubre que sí puede moverse a pesar de todo. Con un clic, elimina de la pantalla el mensaje del expoli gordo justo antes de que Freddi se incline junto a él para echar un vistazo a la pantalla.

—¿Qué miras, Brades? Te has dado mucha prisa en esconderlo, lo que sea que fuera.

—Un documental de National Geographic. Se titula *Cuando atacan las lesbianas*.

—Es posible que tu recuento de espermatozoides —dice ella— sea superior a tu sentido del humor, pero me inclino a dudarlo.

Tones Frobisher se reúne con ellos.

—Hay un servicio a domicilio en Edgemont —anuncia—. ¿Quién lo quiere?

—Si me dan a elegir entre un servicio a domicilio en ese nido de macarras o tener una comadreja salvaje metida en el culo, me quedo con la comadreja —dice Freddi.

—Ya me encargo yo —se ofrece Brady. Ha decidido que tiene que hacer un recado. Uno que no puede esperar.

Cuando Hodges llega a casa de los Robinson, la hermana pequeña de Jerome y un par de amigas suyas saltan a la comba en el camino de acceso. Todas ellas llevan camisetas con centelleantes estampaciones de un grupo musical de adolescentes. Hodges, con la carpeta del caso en una mano, atraviesa el jardín. Barbara se

acerca el tiempo suficiente para chocar con él primero la palma de la mano y luego el puño, y se marcha corriendo a coger otra vez su extremo de la cuerda. Jerome, en pantalón corto y camiseta del City College con las mangas arrancadas, bebe un zumo de naranja sentado en los peldaños del porche. Odell yace a su lado. Jerome explica a Hodges que sus padres se han ido de compras y él ha asumido funciones de canguro hasta que vuelvan.

—Aunque no es que ella necesite canguro. Es mucho más espabilada de lo que se piensan mis padres.

Hodges se sienta junto a él.

—No lo des por sentado, Jerome. Hazme caso.

—¿A qué se refiere con eso exactamente?

—Primero cuéntame qué has descubierto.

En lugar de contestar, Jerome señala el coche de Hodges, que ha aparcado junto a la acera para no estorbar a las niñas en su juego.

—¿De qué año es?

—De 2004. No deslumbra pero no tiene muchos kilómetros. ¿Quieres comprarlo?

—Paso. ¿Lo ha cerrado con llave?

—Pues sí. —A pesar de que este es un barrio tranquilo y él está sentado justo delante, mirándolo. La fuerza de la costumbre.

—Deme sus llaves.

Hodges las saca del bolsillo y se las entrega. Jerome examina el mando y asiente.

—PKE —dice—. Empezó a usarse en los noventa, primero como accesorio pero desde el año 2000 básicamente como equipamiento de fábrica. ¿Sabe qué quiere decir?

Como inspector a cargo de la Matanza del Centro Cívico (e interrogador frecuente de Olivia Trelawney), Hodges sin duda lo sabe.

—Sistema de entrada pasiva sin llave.

—Exacto. —Jerome pulsa uno de los dos botones del mando. Junto al bordillo, las luces de posición del Toyota de Hodges parpadean brevemente—. Ahora está abierto. —Pulsa el otro botón. Las luces destellan otra vez—. Ahora está cerrado. Y usted tiene la llave. —La coloca en la palma de la mano de Hodges—. Todo bajo control, ¿no?

—Por el derrotero que está tomando la conversación, quizá no.

—Conozco a unos tíos de la universidad que tienen un club de informática. No voy a darle sus nombres, así que no me los pregunte.

—Ni se me ocurriría.

—No son mala gente, pero se conocen todas las malas prácticas: *hackear*,

clonar, apropiarse de información por medio de *spyware*, cosas así. Me dicen que los sistemas PKE son prácticamente una licencia para robar. Cuando aprietas el botón para bloquear o desbloquear el coche, el mando emite una señal de radio en baja frecuencia. Un código. Si pudiera oírlo, se parecería a los pitidos que suenan cuando se telefona a un número de fax con la marcación rápida. ¿Me sigue?

—De momento, sí.

En el camino de acceso las niñas canturrean mientras Barbara Robinson salta diestramente a la comba, agitándose sus trenzas y resplandeciendo sus piernas morenas y robustas.

—Mis amigos dicen que es fácil captar el código si uno dispone del aparato indicado. Para hacerlo, puede modificarse el mando de apertura de la puerta de un garaje o el mando a distancia de un televisor, solo que con algo así hay que estar muy... muy cerca. Digamos que a menos de veinte metros. Pero también puede construirse uno más potente. Todos los componentes se encuentran en la tienda de electrónica del barrio. Coste total: unos cien pavos. Alcance: unos cien metros. Esperas a que el conductor salga del vehículo en cuestión. Cuando aprieta el botón para bloquear el coche, tú aprietas el botón de *tu* mando. Tu aparato captura la señal y la guarda. El conductor se marcha, y cuando se ha ido, vuelves a pulsar el botón. El coche queda desbloqueado, y tú entras.

Hodges mira su llave y luego a Jerome.

—¿Eso funciona?

—Desde luego que sí. Según mis amigos, ahora es más difícil, porque los fabricantes han modificado el sistema de manera que la señal cambia cada vez que aprietas el botón, pero no es imposible. Todo sistema creado por la mente humana puede ser pirateado por la mente humana. ¿Me atiende?

Hodges apenas lo oye, y menos aún lo atiende. Está pensando en Mr. Mercedes antes de *convertirse* en Mr. Mercedes. Podría haber comprado uno de esos aparatos de los que Jerome acaba de hablarle, pero es igual de probable que lo montara él mismo. ¿Y era el Mercedes de la señora Trelawney el primer coche con el que él utilizaba dicho dispositivo? Probablemente no.

«Tengo que consultar los robos de coches en el centro —piensa—. Empezando desde... pongamos 2007, hasta principios de la primavera de 2009».

Tiene una amiga en el archivo, Marlo Everett, que le debe un favor. Hodges está seguro de que Marlo realizará una comprobación oficiosa por él sin hacerle muchas preguntas. Y si ella encuentra unas cuantas denuncias en las que el responsable de la investigación concluye que «quizá el denunciante se haya olvidado de bloquear el vehículo», lo sabrá.

En el fondo de su alma, lo sabe ya.

—¿Señor Hodges? —Jerome lo mira con expresión un tanto dubitativa.

—¿Qué, Jerome?

—Cuando trabajaba en el caso del Centro Cívico, ¿no comprobó esto del PKE con los policías encargados de los robos de coches? O sea, ellos tienen que saberlo. No es algo nuevo. Según mis amigos, incluso tiene nombre: «robar el peque».

—Hablamos con el mecánico jefe del concesionario de Mercedes, y nos dijo que se utilizó una llave —explica Hodges. A él mismo la respuesta le parece endeble, a la defensiva. Peor aún: inepta. Lo que hizo el mecánico jefe, lo que hicieron todos, fue *dar por supuesto* que se había utilizado una llave. Una llave dejada en el contacto por una mujer despistada que no caía bien a nadie.

Jerome le dirige una sonrisa cínica que resulta extraña y fuera de lugar en su joven rostro.

—Hay cosas de las que no hablan las personas que trabajan en un concesionario de coches, señor Hodges. No puede decirse exactamente que mientan; solo las borran de la cabeza. Por ejemplo, que el airbag, al desplegarse, puede salvarle la vida pero también hundirle las gafas en los ojos y dejarlo ciego. El alto índice de vueltas de campana de algunos todoterrenos. O lo fácil que es robar una señal de PKE. Pero los policías encargados de los robos de coches tienen que estar al corriente, ¿no? O sea, es su *obligación*.

La triste verdad es que Hodges no lo sabe. Tendría que saberlo pero no lo sabe. Por aquellas fechas Pete y él se pasaban el tiempo en la calle, haciendo dos turnos y durmiendo como mucho cinco horas por noche. El papeleo se amontonó. Si les llegó algún comunicado de la sección de robo de coches, probablemente está en algún sitio entre la documentación del caso. No se atreve a preguntárselo a su antiguo compañero, pero sabe que quizá pronto tenga que contárselo todo a Pete. Es decir, si no puede resolverlo él solo.

Mientras tanto, Jerome necesita saberlo todo. Porque el individuo con quien Hodges anda tonteando está loco.

Barbara se acerca corriendo, sudorosa y sin aliento.

—Jay, ¿podemos ir Hilda, Tonya y yo a ver *Historias corrientes*?

—Adelante —contesta Jerome.

Ella le echa los brazos al cuello y aprieta la mejilla contra la suya.

—¿Nos prepararás crepes, querido hermano?

—No.

Ella deja de abrazarlo y retrocede.

—Eres *malo*. Y encima perezoso.

—¿Por qué no os vais a Zoney's y compráis unos gofres congelados?

—Porque no tenemos dinero.

Jerome se mete la mano en el bolsillo y le da un billete de cinco. Esto le vale

otro abrazo.

—¿Aún soy tan malo?

—¡No, eres *bueno*! ¡El mejor hermano que existe!

—No puedes ir sin tus compinches —dice Jerome.

—Y llevaos a Odell —añade Hodges.

Barbara se echa a reír.

—*Siempre* nos llevamos a Odell.

Con una sensación de profunda inquietud, Hodges observa a las niñas alejarse brincando por la acera con sus camisetas a juego (hablando por los codos y turnándose para llevar la correa de Odell). Difícilmente va a poder confinar a la familia Robinson, pero esas tres niñas le parecen tan *pequeñas*...

—¿Jerome? Si alguien intentara meterse con ellas, ¿Odell...?

—¿Si las protegería? —pregunta Jerome, ahora muy serio—. Con su vida, señor H. Con su vida. ¿En qué está pensando?

—¿Puedo seguir contando con tu discreción?

—¡Pue' claro que sí, señó!

—Vale, voy a confiarte algo muy importante. Pero a cambio tienes que prometerme que me tutearás.

Jerome se detiene a reflexionar.

—Me costará un poco acostumbrarme, pero vale.

Hodges se lo cuenta todo (solo omite dónde ha pasado la noche), remitiéndose de vez en cuando a las notas de su bloc de papel pautado. Para cuando acaba, Barbara y sus amigas vuelven de GoMart, lanzándose una caja de gofres y riendo. Entran en la casa para disfrutar de su tentempié de media mañana delante del televisor.

Hodges y Jerome, sentados en los peldaños del porche, hablan de fantasmas.

Edgemont Avenue parece una zona en guerra, pero como se encuentra al sur de Lowbriar, al menos es una zona en guerra mayoritariamente *blanca*, poblada por los descendientes de los montañeses de Kentucky y Tennessee que emigraron allí para trabajar en las fábricas después de la Segunda Guerra Mundial. Ahora las fábricas han cerrado, y gran parte de la población se compone de drogadictos que se pasaron a la heroína marrón cuando la oxicodona se puso demasiado cara. Edgemont es una sucesión de bares, casas de empeños y agencias de cambio de cheques, todos cerrados a cal y canto este sábado por la mañana. Las únicas dos tiendas abiertas son un Zoney's y el establecimiento que requiere el servicio de

Brady, la panadería Batool.

Brady aparca delante, donde podrá ver si alguien intenta forzar su Escarabajo de la Ciberpatrulla, y, acarreando su maletín, entra en la nube de gratos olores. La bola de sebo que atiende detrás del mostrador, un paquistaní, discute con un cliente que agita una Visa ante él y señala la advertencia escrita en una cartulina: SOLO PAGOS EN EFECTIVO HASTA QUE SE REPARE LA AVERÍA INFORMÁTICA.

El ordenador del paqui padece el temido síndrome del «bloqueo». Lanzando miradas de control al Escarabajo a intervalos de treinta segundos, Brady recurre al truco del «desbloqueo», que consiste en pulsar simultáneamente las teclas *alt*, *ctrl* y *supr*. Con eso aparece la ventana del administrador de tareas, y Brady ve de inmediato en la lista de aplicaciones que el Explorer no responde.

—¿Es grave? —pregunta el paqui, inquieto—. Por favor, dígame no grave.

Otro día Brady habría alargado la situación, no porque los tipos como Batool den propina —que no la dan—, sino por verlo sudar unas cuantas gotas más de manteca. Pero no hoy. Esto ha sido solo su pretexto para marcharse de la tienda y del centro comercial, y quiere acabar lo antes posible.

—No, ya lo he detectado, señor Batool —responde. Marca FINALIZAR TAREA y reinicia el PC del paqui. Al cabo de un momento reaparece la función caja registradora junto con los iconos de las cuatro tarjetas de crédito.

—¡Usted genio! —exclama Batool.

Por un desagradable momento Brady teme que ese hijo de puta perfumado lo abraza.

21

Al irse del «nido de macarras», Brady se dirige al norte, rumbo al aeropuerto. En el centro comercial de Birch Hill hay un Home Depot donde casi con toda seguridad podría conseguir lo que busca, pero prefiere otro destino, el complejo de tiendas Skyway. Lo que se dispone a hacer es de por sí arriesgado, temerario y superfluo. No complicará aún más las cosas yendo a una tienda que está solo a un paso de DE. Uno no caga donde come.

Brady ha decidido, pues, resolver su asunto en el Garden Center de Skyway, y enseguida ve que ha sido la elección acertada. Es una tienda enorme, y en esta mañana de un sábado de finales de primavera está abarrotada de compradores. En el pasillo de pesticidas, Brady mete dos latas de raticida en un carrito ya cargado de artículos añadidos a modo de camuflaje: abono, mantillo, semillas y un escarificador de mango corto. Sabe que es una locura comprar veneno

personalmente cuando ya lo ha encargado y le llegará a la oficina del servicio de correos dentro de unos días, pero no puede esperar. Le es imposible. Seguramente no podrá envenenar al perro de la familia negra hasta el lunes —tal vez ni siquiera hasta el martes o el miércoles—, pero debe hacer *algo*. Necesita tener la sensación de que ha empezado a... ¿cómo lo dijo Shakespeare? A armarse contra un mar de adversidades.

Mientras hace cola con el carrito, se dice que si la cajera (otra bola de sebo, la ciudad está plagada) comenta algo sobre el raticida, aunque sea algo totalmente inocuo como «Este producto da muy buen resultado», abandonará el plan. Existen demasiadas probabilidades de que lo recuerden y lo identifiquen: «Ah, sí, era aquel joven nervioso con el escarificador y el matarratas».

«Quizá debería haberme puesto gafas de sol —piensa—. Tampoco llamaría la atención. Aquí la mitad de los hombres las llevan».

Ahora ya es demasiado tarde. Se ha dejado las Ray-Ban en Birch Hill, dentro del Subaru. Lo único que puede hacer es quedarse aquí en la cola de la caja y obligarse a tranquilizarse. Que es como pedirle a alguien que no piense en un oso polar azul cuando lo tiene delante.

«Me fijé en él por lo tenso que estaba», dirá a la policía la cajera, esa de sebo (pariente de Batool, el panadero, juraría Brady a juzgar por su aspecto). También se acordará porque ha comprado el raticida, uno de esos que contienen estricnina.

Por un momento está a punto de huir, pero ahora no solo tiene gente delante sino también detrás, y si abandona la cola, ¿no llamará la *atención*? ¿No se preguntarán...?

Un ligero empujón desde atrás.

—Te toca, amigo.

Ya sin opciones, Brady empuja el carrito. Las latas de raticida, colocadas debajo de todo lo demás, son de un amarillo chillón; Brady tiene la impresión de que son del color mismo de la locura, y deben de serlo: estar ahí *es* de locos.

De pronto lo asalta un pensamiento tranquilizador, tan reconfortante como una mano fresca sobre una frente afiebrada: «Embestir con el coche a esa gente del Centro Cívico fue una locura mucho mayor... pero salí del paso, ¿no?».

Sí, y sale del paso también esta vez. La bola de sebo pasa sus compras por el lector sin mirarlo siquiera. Tampoco lo mira cuando le pregunta si pagará en efectivo o con tarjeta.

Brady paga en efectivo.

No está *tan* loco.

Ya de vuelta en el Volkswagen (ha aparcado entre dos furgonetas, donde el verde fosforescente apenas se ve), se sienta al volante y respira hondo varias veces hasta que se le acompasa el ritmo del corazón. Piensa en los siguientes

pasos de su plan, y eso lo serena más aún.

Primero, Odell. El chucho tendrá una muerte atroz, y el expoli gordo sabrá que el único responsable es él mismo, aunque no lo sepan los Robinson. (Desde un punto de vista estrictamente científico, Brady tiene interés en comprobar si el Ins. Ret. admite su culpa. Pero no lo cree). Segundo, el propio Hodges. Brady lo dejará unos días cociéndose en su culpa, ¿y quién sabe? Quizá al final sí opte por el suicidio, aunque no es probable. Así que Brady lo matará, estando el método aún por determinar. Y tercero...

Una acción sublime. Algo que se recordará durante cien años. La cuestión es: ¿cuál podría ser esa acción sublime?

Brady gira la llave en el contacto y, tras encender la mierda de radio del Escarabajo, sintoniza BAM-100, donde destinan los fines de semana al rock. Oye el final de un espacio dedicado a ZZ Top y se dispone ya a pulsar el botón de KISS-92 cuando se le paraliza la mano. En vez de cambiar de emisora, sube el volumen. Le habla la voz del destino.

El DJ informa a Brady de que el grupo musical de adolescentes más de moda visitará la ciudad en un único concierto. Sí, ha oído bien: *'Round Here* actuará en el CACMO el jueves que viene. «Ya casi se han agotado las entradas, niños y niñas, pero nosotros, los Chicos Buenos de BAM-100, tenemos aún una docena, y las regalaremos por pares a partir del lunes, así que estad atentos a la indicación para llamar y...».

Brady apaga la radio. Tiene una mirada distante, brumosa, contemplativa. CACMO es como llaman en la ciudad al Centro de Arte y Cultura del Medio Oeste. Ocupa toda una manzana y cuenta con un auditorio gigantesco.

«Qué manera de irse —piensa—. Dios mío, ¡qué manera!».

Se pregunta cuál será exactamente el aforo del Mingo, el auditorio del CACMO. ¿Tres mil espectadores? ¿Quizá cuatro mil? Esta noche lo consultará por internet.

Hodges se compra algo en una tienda de comida preparada cercana (una ensalada en lugar de la hamburguesa con todas sus guarniciones que le pide a gritos el estómago) y se va a su casa. Los placenteros esfuerzos de anoche le pasan factura, y aunque debe una llamada a Janey —por lo visto, tienen un asunto pendiente en la casa de la difunta señora Trelawney en Sugar Heights—, decide que el siguiente paso en la investigación será una breve siesta. Comprueba el contestador automático del salón, pero el visor de MENSAJE EN ESPERA indica cero. Echa

un vistazo a Bajo el Paraguas Azul de Debbie y ve que no hay nada nuevo de Mr. Mercedes. Se acuesta y pone su despertador interno para que lo avise al cabo de una hora. Lo último que piensa antes de cerrar los ojos es que ha vuelto a dejarse el teléfono móvil en la guantera del Toyota.

«Debería ir a por él —piensa—. Le he dado a Janey los dos números, pero ella es de la nueva escuela, no de la vieja, y es al móvil adonde llamará primero si me necesita».

Entonces lo vence el sueño.

Es el teléfono de la vieja escuela el que lo despierta, y cuando se vuelve en la cama para cogerlo, ve que su despertador interno, que nunca le ha fallado en todos sus años de policía, al parecer ha decidido jubilarse también. Ha dormido casi tres horas.

—¿Sí?

—¿Nunca escuchas los mensajes, Bill? —Janey.

Se le pasa por la cabeza decirle que se ha quedado sin batería en el móvil, pero mentir no es buena manera de empezar una relación, ni siquiera una establecida sobre la pauta del «día a día». Y eso no es lo importante. Janey tiene la voz empañada y ronca, como si hubiera estado hablando a voz en cuello. O llorando.

Hodges se incorpora.

—¿Qué pasa?

—Mi madre ha tenido un derrame cerebral esta mañana. Estoy en el Hospital Conmemorativo de Warsaw County. Es el que está más cerca de Sunny Acres.

Hodges baja los pies al suelo.

—Dios mío, Janey. ¿Está mal?

—Muy mal. He telefoneado a mi tía Charlotte, que vive en Cincinnati, y a mi tío Henry, el de Tampa. Van a venir los dos. La tía Charlotte seguramente traerá a rastras a mi prima Holly. —Se echa a reír, pero es una risa sin humor—. Seguro que van a venir. Como suele decirse, «sigue la pista del dinero».

—¿Quieres que vaya yo?

—Claro, pero no sé cómo explicarles tu presencia. No puedo presentarte como el hombre con el que me acosté casi nada más conocerlo, y si les explico que te contraté para investigar la muerte de Ollie, seguro que sale en la página de Facebook de alguno de los hijos del tío Henry antes de las doce de la noche. Cuando se trata de chismorreos, el tío Henry es peor que la tía Charlotte, pero ninguno de los dos es un dechado de discreción. Al menos Holly es solo rara. —Toma aire con un suspiro profundo y lloroso—. *Dios mío*, desde luego ahora mismo me vendría bien ver una cara amiga. Hace años que no veo a Charlotte y Henry. Ninguno de los dos se presentó en el entierro de Ollie, y te aseguro que no

han hecho el menor esfuerzo por mantenerse al corriente de *mi* vida.

Hodges reflexiona y dice:

—Soy un amigo, solo eso. Antes trabajaba para la compañía de seguridad de Sugar Heights, Servicio de Guardia Vigilante. Me conociste al volver para hacer el inventario de las pertenencias de tu hermana y ocuparte del testamento con el abogado, ese tal... Chum.

—Schron. —Vuelve a tomar aire, de nuevo con un suspiro profundo y lloroso —. Eso podría servir.

Servirá. Cuando se trata de inventarse cuentos, nadie se mantiene más imperturbable que un policía.

—Voy para allá.

—Pero... ¿no tienes asuntos pendientes en la ciudad? ¿Asuntos que investigar?

—Nada que no pueda esperar. Tardaré una hora en llegar ahí. Con el tráfico de un sábado, quizá menos.

—Gracias, Bill. De todo corazón. Si no estoy en el vestíbulo...

—Ya te encontraré, soy un detective bien adiestrado —dice a la vez que se pone los zapatos.

—Si vienes, mejor será que te traigas una muda, creo. He reservado tres habitaciones en el Holiday Inn de esta misma calle. Reservaré también una para ti. Las ventajas de tener dinero. Y no digamos de la tarjeta platinum de *American Express*.

—Janey, volver a la ciudad es solo un paseo en coche.

—Ya lo sé, pero ella podría morir. Si eso pasa hoy o esta noche, *de verdad* que voy a necesitar a un amigo. Para los... ya sabes, los...

Se interrumpe a causa del llanto y no puede terminar la frase. Pero Hodges no necesita oír el final, porque sabe a qué se refiere. Para los preparativos del funeral.

Al cabo de diez minutos está ya en la carretera, camino de Sunny Acres y el Hospital Conmemorativo de Warsaw County. Prevé encontrar a Janey en la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos, pero está fuera, sentada en el parachoques de una ambulancia aparcada. Cuando él se detiene a su lado, ella sube al Toyota, y su cara, demacrada y ojerosa, le dice todo lo que necesita saber.

Janey conserva la compostura hasta que él estaciona en el aparcamiento destinado a los visitantes, y una vez allí se viene abajo. Hodges la abraza. Ella le anuncia que Elizabeth Wharton ha abandonado este mundo a las tres y cuarto, hora estándar central, horario de verano.

«Más o menos mientras me ponía los zapatos», piensa Hodges, y la estrecha aún más entre sus brazos.

La temporada de béisbol infantil está en pleno apogeo, y Brady pasa esa soleada tarde de sábado en el McGinnis Park, donde se disputan en tres campos los partidos de toda una pizarra. Hace buena tarde y la venta está animada. Muchas quinceañeras han ido a ver batirse a sus hermanos menores, y mientras esperan sus helados en la cola, aparentemente solo hablan, o al menos Brady solo las oye hablar, del inminente concierto de *'Round Here* en el CACMO. Según parece, todas tienen pensado ir. Brady ha decidido que también él irá. Solo necesita ingeniar una manera de entrar con su chaleco especial puesto, el que va cargado de bolas de cojinete y bloques de explosivo plástico.

«Mi apoteosis —piensa—. Un titular para la posteridad».

La sola idea lo anima. Como también lo anima que toda la carga de helados, incluso los polos con sabor a fruta, haya volado ya a las cuatro de la tarde. De vuelta en la fábrica de helados, entrega las llaves a Shirley Orton (da la impresión de que nunca se mueve de ahí) y pregunta si puede cambiar de turno con Rudy Stanhope, que tiene el del domingo por la tarde. Los domingos —siempre y cuando el tiempo acompañe— son días de mucha actividad, y las tres camionetas de Loeb trabajan no solo en el McGinnis, sino en los otros cuatro grandes parques de la ciudad. Añade a su petición la cautivadora sonrisa de niño que tanto encandila a Shirley.

—Dicho de otro modo —responde Shirley—, quieres dos tardes libres seguidas.

—Lo has pillado. —Le explica que su madre quiere ir a visitar a su hermano, el tío de Brady, y eso significa pasar fuera una noche como mínimo, posiblemente dos. No existe tal hermano, claro está, y por lo que se refiere a viajes, el único que interesa a su madre hoy por hoy es la ruta panorámica que la lleva del sofá al mueble-bar y de vuelta al sofá.

—Seguro que Rudy acepta. ¿No quieres llamarlo tú mismo?

—Si se lo pides tú, es cosa hecha.

La gorda deja escapar una risita, que pone hectáreas de carne en perturbador movimiento. Realiza la llamada mientras Brady se cambia de ropa. Rudy cede de buena gana su turno del domingo y se queda con el del martes, que correspondía a Brady. Eso deja a Brady dos tardes libres para vigilar en las cercanías de Zoney's GoMart, y debería bastarle con eso. Si la niña no se presenta con el perro ninguno de los dos días, el miércoles no irá a trabajar con el pretexto de que está enfermo. Si es necesario, pero no cree que le exija tanto tiempo.

Al salir de Loeb, Brady hace también sus propias compras. Coge cinco o seis cosas que necesitan: todas básicas, como huevos, leche, mantequilla y cereales.

En la nevera de la carne, coge medio kilo de carne picada. Noventa por ciento magra. Solo lo mejor para la última comida de Odell.

En casa, abre el garaje y descarga la compra del Garden Center, tomando la precaución de poner las latas de raticida en un estante alto. Su madre rara vez entra allí, pero no es cuestión de correr riesgos. Hay una mininevera debajo de la mesa de trabajo; Brady la compró en un mercadillo por siete pavos, un verdadero robo. Ahí guarda sus refrescos. Deja la carne picada detrás de las Coca-Colas y las naranjadas; luego lleva adentro el resto de la compra. Lo que encuentra en la cocina es una delicia: su madre echando paprika a una ensalada de atún que incluso tiene un aspecto apetitoso.

Ella advierte su mirada y se echa a reír.

—Quería compensarte por lo de la lasaña. Lo siento mucho, pero estaba tan *cansada*...

«Borracha es lo que estabas», piensa él. Pero al menos su madre no ha tirado la toalla del todo.

Le ofrece los labios, recién pintados.

—Dale un beso a mamá, cariñito.

Cariñito la rodea con los brazos y le da un prolongado beso. El carmín tiene un sabor dulce. A continuación ella le da una vigorosa palmada en el trasero y le dice que baje a jugar con sus ordenadores hasta que la cena esté lista.

Brady deja al policía un breve mensaje de una sola frase: **Voy a joderte, Abuelo.** Luego juega a *Resident Evil* hasta que su madre lo llama para cenar. La ensalada de atún está excelente, y Brady repite. Su madre cocina francamente *bien* cuando se lo propone, y él calla cuando ella se sirve la primera copa de la velada, especialmente generosa para resarcirse de las dos o tres de las que se ha privado esa tarde. A las nueve está otra vez roncando.

Brady aprovecha para entrar en internet e informarse sobre el inminente concierto de 'Round Here. Ve un vídeo en YouTube donde un corrillo de niñas se plantea cuál de los cinco miembros del grupo es el más *sexy*. Coinciden en que es Cam, la voz solista en *Look Me in My Eyes*, un audiovómito que Brady recuerda vagamente haber oído por la radio el año pasado. Se imagina esos rostros risueños destrozados por las bolas de cojinetes, esos vaqueros Guess, todos idénticos, convertidos en jirones llameantes.

Más tarde, después de ayudar a su madre a acostarse y asegurarse de que duerme como un tronco, coge la carne picada, la pone en un cuenco y la mezcla con dos tazas de raticida. Si eso no basta para matar a Odell, atropellará al condenado chucho con la camioneta de la heladería.

Sonríe ante la sola idea.

Mete la carne picada envenenada en una bolsa con cierre hermético y la

guarda en la mininevera, otra vez oculta detrás de las latas. También toma la precaución de lavarse las manos con jabón y mucha agua caliente y fregar el cuenco a fondo.

Esa noche Brady duerme bien. No tiene dolores de cabeza ni sueña con su hermano muerto.

24

Para que Hodges y Janey hagan sus llamadas telefónicas, el hospital les cede una sala situada al final del pasillo que da al vestíbulo. Una vez allí se reparten los trámites funerarios.

Es él quien se pone en contacto con la funeraria (Soames, la misma que se ocupó de las honras fúnebres de Olivia Trelawney) y se asegura de que el hospital tendrá el cadáver preparado cuando vayan a buscarlo. Janey, usando el iPad con una eficiencia natural que Hodges envidia, se descarga un formulario para la necrológica del periódico local. Lo rellena con presteza, hablando de vez en cuando en susurros; en un momento dado Hodges la oye musitar las palabras «en lugar de flores». Una vez remitida la necrológica, saca del bolso la agenda de su madre y empieza a llamar a los pocos amigos que le quedaban a la anciana. Se muestra afectuosa con ellos, y serena, pero también expeditiva. La voz le tiembla solo una vez, cuando habla con Althea Greene, la enfermera y compañera más cercana de su madre durante casi diez años.

A las seis —más o menos a la misma hora que Brady Hartsfield llega a casa y encuentra a su madre dando los últimos toques a su ensalada de atún— ya casi han resuelto todos los detalles. A las siete menos diez el coche fúnebre, un Cadillac blanco, entra en el camino de acceso al hospital y rodea el edificio hasta la parte de atrás. Los ocupantes saben adónde tienen que ir; han estado ahí muchas veces.

Janey, pálida, con labios trémulos, mira a Hodges.

—No sé si puedo...

—Ya me ocupo yo.

La transacción es en realidad como cualquier otra: entrega al responsable de la funeraria y su ayudante un certificado de defunción firmado; ellos le dan un recibo. «Podría estar comprando un coche», piensa. Cuando vuelve al vestíbulo del hospital, ve que Janey está fuera, sentada una vez más en el parachoques de la ambulancia. Se sienta a su lado y le coge la mano. Ella le aprieta los dedos con fuerza. Se quedan mirando el coche fúnebre hasta que se pierde de vista. Luego la conduce al Toyota y recorren las dos manzanas hasta el Holiday Inn.

Henry Sirois, un hombre obeso con un apretón de manos húmedo, aparece a las ocho. Charlotte Gibney llega una hora después, apremiando a un botones muy cargado que la precede y quejándose del pésimo servicio durante el vuelo. «Y esos bebés llorones —dice—, no quieras saber». Ellos no quieren saber, pero ella se lo cuenta igualmente. Es tan delgada como gordo es su hermano, y observa a Hodges con una mirada acuosa y desconfiada. Al acecho junto a la tía Charlotte, está su hija Holly, una solterona más o menos de la edad de Janey pero sin su buena presencia. Holly Gibney habla siempre en un murmullo y al parecer le cuesta mirar a los ojos.

—Quiero ver a Betty —anuncia la tía Charlotte después de un abrazo breve y frío a su sobrina. Parece pensar que la señora Wharton podría estar expuesta en el vestíbulo del hotel con azucenas en la cabeza y claveles a los pies.

Janey explica que el cadáver ya ha sido trasladado a la funeraria Soames, en la ciudad, donde los restos mortales de Elizabeth Wharton serán incinerados el miércoles por la tarde, después de un velatorio el martes y un breve acto no confesional la mañana del miércoles.

—La incineración es una *atrocidad* —anuncia el tío Henry. Todo lo que dicen esos dos parece un anuncio.

—Es lo que ella quería —aclara Janey en voz baja, cortés, pero Hodges advierte que se le enrojecen las mejillas.

Piensa que pueden surgir problemas, que quizá exijan ver un documento donde se especifique por escrito que la difunta prefería la incineración a la inhumación, pero ellos callan. Tal vez estén acordándose de todos esos millones que Janey ha heredado de su hermana, dinero que solo ella puede decidir si quiere compartir o no. Es posible que el tío Henry y la tía Charlotte incluso piensen en todas las visitas que no han hecho a su anciana hermana durante sus últimos años de sufrimiento. Las visitas que recibió la señora Wharton en esos años fueron las de Olivia, a quien la tía Charlotte no alude por su nombre, prefiriendo llamarla «la de los problemas». Y por supuesto fue Janey, todavía afectada por los malos tratos en el matrimonio y un divorcio marcado por el rencor, quien estuvo allí al final.

Los cinco comparten una cena tardía en el comedor casi vacío del Holiday Inn. Por el sistema de megafonía se oye la trompeta de Herb Alpert. La tía Charlotte ha pedido una ensalada y se queja de la vinagreta, que le han servido aparte por expreso deseo suyo.

—Por mucho que la pongan en una jarrita, si sale de un envase del supermercado, sale de un envase del supermercado —anuncia.

Su susurrante hija pide algo que suena a *frambuesaapeso, voy flecha*. Resulta ser hamburguesa con queso, muy hecha. El tío Henry opta por unos Fettucini

Alfredo y los sorbe con la eficiencia de una aspiradora industrial, perlándosele la frente de sudor cuando se acerca a la línea de meta. Cogiendo un trozo de pan untado con mantequilla, rebaña la salsa.

Hodges es quien más habla, contando anécdotas de su época en el Servicio de Guardia Vigilante. El empleo es imaginario, pero las anécdotas son en su mayoría ciertas, de sus tiempos en la policía, adaptadas a las circunstancias. Les cuenta lo del ladrón que quedó atrapado cuando intentaba colarse por la ventana de un sótano y perdió el pantalón en el esfuerzo para liberarse a fuerza de contoneos (esto arranca a Holly una parca sonrisa); lo del niño de doce años que se escondió detrás de la puerta de su habitación y dejó grogui a un intruso de un golpe con su bate de béisbol; lo de la asistenta doméstica que robó varias joyas a su señora y se le cayeron de las bragas mientras servía la cena. Hay anécdotas más turbias, muchas, pero esas se las reserva.

En el postre (que Hodges se salta, disuadido por la desvergonzada gula del tío Henry), Janey invita a los recién llegados a quedarse en la casa de Sugar Heights a partir de mañana, y luego los tres se retiran a sus habitaciones ya pagadas. Charlotte y Henry parecen animarse ante la perspectiva de inspeccionar con sus propios ojos cómo viven los demás. En cuanto a Holly... ¿quién sabe?

Las habitaciones de los recién llegados están en la planta baja; las de Janey y Hodges en la segunda. Cuando llegan a las puertas contiguas, Janey le pregunta si quiere dormir con ella.

—Nada de sexo —dice—. No me he sentido menos sexy en la vida. Básicamente, no quiero estar sola.

Hodges no tiene inconveniente. En todo caso duda que él mismo esté para muchas travesuras. Tiene agujetas en el abdomen y las piernas de los esfuerzos de anoche... y anoche, se recuerda, fue ella quien hizo casi todo el trabajo. Cuando están entre las sábanas, ella se acurruca a su lado. A Hodges le cuesta creer que Janey tenga ese cuerpo tan cálido y firme. Esa *presencia*. Es verdad que no siente deseo en ese momento, pero se alegra de que la anciana haya tenido la gentileza de morir de un derrame cerebral después de echarse él el casquete, no antes. No es una actitud muy encomiable de su parte, pero es lo que hay. Corinne, su ex, decía que los hombres ya nacían con una erección.

Janey acomoda la cabeza en su hombro.

—Me alegro de que hayas venido.

—Yo también. —Es la pura verdad.

—¿Crees que saben que estamos juntos en la cama?

Hodges se lo piensa antes de contestar.

—La tía Charlotte lo sabe, pero lo sabría aunque no lo estuviéramos.

—Y estás muy seguro de eso porque eres un detective bien...

—Exacto. Ahora duérmete, Janey.

Ella así lo hace, pero cuando Hodges se despierta de madrugada, con necesidad de ir al baño, la encuentra sentada junto a la ventana, mirando el aparcamiento y llorando. Él apoya una mano en su hombro.

Ella alza la vista.

—Te he despertado. Lo siento.

—No, es mi habitual meada obligatoria de las tres. ¿Estás bien?

—Sí. *Pues sí.* —Janey sonríe y se enjuga las lágrimas con los puños, como una niña—. Solo estoy reconcomiéndome por haber despachado a mi madre a Sunny Acres.

—Pero ella quería ir, dijiste.

—Sí. Ella lo quería. Pero eso no cambia lo que siento. —Janey lo mira con los ojos apagados y lacrimosos—. También me reconcomo por haber permitido que Olivia cargara con el peso mientras yo estaba en California.

—Como detective bien adiestrado, deduzco que intentabas salvar tu matrimonio.

Janey esboza una sonrisa.

—Eres buena persona, Bill. Ve al baño.

Cuando él regresa, ella está otra vez hecha un ovillo en la cama. La rodea con el brazo desde atrás y, arrimándose, se acopla a ella; en esa posición duermen el resto de la noche.

25

El domingo por la mañana a primera hora Janey, antes de ducharse, le enseña a usar su iPad. Hodges accede al Paraguas Azul de Debbie y encuentra un nuevo mensaje de Mr. Mercedes. Es breve y va al grano: **Voy a joderte, Abuelo.**

—Ya, pero cuéntame cómo te sientes *de verdad* —dice, y para su sorpresa se echa a reír.

Janey sale del cuarto de baño envuelta en una toalla, en medio de una nube de vapor que parece un efecto especial de Hollywood. Le pregunta de qué se ríe. Hodges le enseña el mensaje. Ella no le ve la gracia.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Bill.

Hodges también lo espera. De algo está seguro: cuando regrese a casa, sacará la Glock 40 reglamentaria de la caja fuerte de su dormitorio y empezará a llevarla encima otra vez. La cachiporra ya no le basta.

El teléfono contiguo a la cama de matrimonio gorjea. Lo coge Janey, mantiene una breve conversación y cuelga.

—Era la tía Charlotte. Propone que la Alegre Pandilla se reúna para desayunar dentro de veinte minutos. Tengo la impresión de que se muere de ganas de ir a Sugar Heights y echar el ojo a la plata.

—De acuerdo.

—También me ha hecho saber que la cama era *demasiado* dura y ha tenido que tomar un antihistamínico porque tiene alergia a la gomaespuma de las almohadas.

—Ajá. Janey, ¿el ordenador de Olivia está aún en la casa de Sugar Heights?

—Claro. En la habitación que usaba como despacho.

—¿Puedes cerrar esa habitación con llave para que ellos no entren?

Janey se queda inmóvil a medio abrocharse el sujetador y permanece por un instante en esa posición, los codos atrás, un arquetipo femenino.

—Al diablo, les diré que ahí no se puede entrar y listos. No voy a dejarme intimidar por esa mujer. ¿Y qué opinas de Holly? ¿La entiendes cuando habla?

—En la cena pensé que pedía «frambuesaapeso» —admite Hodges.

Janey se deja caer en la silla donde él la encontró llorando anoche al despertar, solo que ahora ríe.

—Cielo, eres un detective francamente malo. Lo que en este sentido significa bueno.

—En cuanto acabe todo esto del funeral y ellos se vayan...

—El jueves como mucho —lo interrumpe ella—. Si se quedan más, los mato.

—Y ningún jurado te condenará. En cuanto se vayan, quiero llevar a mi amigo Jerome a echar un vistazo a ese ordenador. Lo llevaría antes, pero...

—No se despegarían de él. Ni de mí.

Hodges, pensando en los ojos brillantes e inquisitivos de la tía Charlotte, coincide con ella.

—¿No habrá desaparecido lo del Paraguas Azul? Creía que se borraba cada vez que salías de la web.

—No es el Paraguas Azul de Debbie lo que me interesa. Son los fantasmas que oía tu hermana por la noche.

Mientras se dirigen hacia el ascensor, Hodges pregunta a Janey algo que viene preocupándolo desde que ella lo llamó ayer por la tarde.

—¿Crees que mis preguntas sobre Olivia precipitaron el derrame cerebral de tu madre?

Ella se encoge de hombros con expresión apesadumbrada.

—Es imposible saberlo. Era muy mayor, tenía al menos siete años más que la tía Charlotte, creo... y el dolor constante la consumía. —Luego, de mala gana, añadió—: Puede que tus preguntas contribuyeran.

Hodges se llevó una mano al pelo, peinado apresuradamente, y se lo alborotó otra vez.

—Dios mío.

Suena la campanilla del ascensor. Entran. Janey se vuelve hacia él y le coge las dos manos. Con voz acelerada y apremiante, aclara:

—Pero te diré una cosa: si tuviera que hacerlo otra vez, lo haría. Mi madre ha disfrutado de una larga vida. Ollie, en cambio, merecía unos años más. No era muy feliz, pero iba saliendo adelante hasta que ese cabrón se cruzó con ella. Ese... ese *usurpador*. ¿No tuvo suficiente con robarle el coche y usarlo para matar a ocho personas y herir a no sé cuántas más? No, no le bastó con eso. Tuvo que robarle la *mente*.

—Seguimos adelante, pues.

—Y tanto que sí. —Janey le aprieta las manos—. Esta es la *nuestra*, Bill. ¿Lo entiendes? Esta es la *nuestra*.

Espoleado como está, Hodges no habría cejado en ningún caso, pero le complace percibir la vehemencia de su respuesta.

Se abre la puerta del ascensor. Holly, la tía Charlotte y el tío Henry esperan en el vestíbulo. La tía Charlotte los escruta con su mirada inquisitiva de cuervo, probablemente en busca de lo que el antiguo compañero de Hodges llamaba «cara de recién follado». Pregunta por qué han tardado tanto; luego, sin esperar respuesta, comenta que el bufet del desayuno parece bastante deficiente. Si pretenden comerse una tortilla recién hecha, lo tienen mal.

Hodges piensa que a Janey Patterson la esperan unos días muy largos.

Como ayer, el domingo amanece radiante y veraniego. Como ayer, Brady ha vendido toda la carga a las cuatro, dos horas antes de echarse encima la hora de la cena y de empezar a vaciarse los parques. Piensa en telefonar a casa y preguntar a su madre qué le apetece para cenar; luego decide comprar comida preparada en Long John Silver y darle una sorpresa. Le encantan los bocaditos de langosta.

Al final resulta que es Brady quien se lleva la sorpresa.

Entra en la casa desde el garaje, y el saludo —«¡Hola, mamá, ya estoy en casa!»— se desvanece en sus labios. Esta vez su madre se ha acordado de apagar el horno, pero flota aún en el aire el olor de la carne chamuscada que ella se ha

preparado para el almuerzo. Desde el salón llegan un tamborileo ahogado y un extraño gorgoteo.

Hay una sartén en uno de los fogones delanteros. Brady le echa una ojeada y ve restos de hamburguesa quemada sobresalir como pequeñas islas volcánicas por encima de una película de grasa cuajada. En la encimera hay una botella medio vacía de Stolichnaya, y un tarro de mayonesa, lo único que ella echa a sus hamburguesas.

Se le caen de las manos las bolsas de comida preparada con manchas de grasa. Brady ni siquiera se da cuenta.

«No —piensa—. No puede ser».

Pero así es. Abre la puerta de la nevera de la cocina y ahí, en el estante superior, está la bolsa de cierre hermético con la carne envenenada. Aunque ahora solo queda la mitad.

La contempla pasmado, pensando: «Ella nunca mira en la mininevera del garaje. *Nunca*. Esa es *mía*».

A eso sigue otra reflexión: «¿Cómo sabes qué mira y qué no cuando no estás aquí? Que tú sepas, bien puede haber registrado todos tus cajones y rebuscado debajo del colchón».

Vuelve a oírse el gorgoteo. Dejando la puerta de la nevera abierta y mandando de una patada una de las bolsas de Long John Silver bajo la mesa de la cocina, Brady corre hacia el salón. Su madre está sentada en el sofá, con la espalda muy erguida. Viste su pijama azul de seda. Un babero de vómito veteado de sangre cubre la chaqueta. Su vientre hinchado tensa los botones; es la barriga de una mujer embarazada de siete meses. En torno a su rostro amarillento, el pelo erizado forma una aureola delirante. Tiene los ojos desorbitados y cuajarones de sangre en la nariz. No lo ve, o eso cree él al principio, pero de pronto su madre tiende las manos.

—Mamá. ¡Mamá!

Su primer impulso es darle palmadas en la espalda, pero ve en la mesita de centro lo que queda de la hamburguesa, consumida casi por entero, junto a un vaso con un par de dedos de lo que debía de haber sido un destornillador descomunal, y sabe que unas palmadas en la espalda no servirán de nada. Aquello no está alojado en su garganta. Ojalá fuera así.

El tamborileo que ha oído al entrar suena de nuevo cuando ella empieza a agitar los pies arriba y abajo como pistones. Da la impresión de estar desfilando sin avanzar. Arquea la espalda. De repente levanta los brazos hacia el techo. Ahora desfila y simultáneamente, como un árbitro de fútbol, indica que el golpe de castigo ha pasado entre los tres palos. Extiende un pie bruscamente y golpea la mesita de centro. Se vuelca el vaso con los restos del destornillador.

—¡Mamá!

Ella se arroja de espaldas contra los cojines del sofá, luego se echa hacia delante. Lo mira con ojos atormentados. Farfulla un sonido ahogado que podría ser o no su nombre.

¿Qué se hace con la víctima de un envenenamiento? ¿Eran huevos crudos? ¿O Coca-Cola? No, la Coca-Cola era para el estómago revuelto, y ella ha rebasado ya ese punto de largo.

«Tengo que hundirle los dedos en la garganta —piensa—. Provocarle el vómito».

Pero en ese momento los dientes de su madre inician su propio desfile, y Brady retira la mano que había acercado vacilantemente y opta por taparse la boca con la palma. Ve que ella ya se ha destrozado el labio inferior a fuerza de morderse; de ahí proceden las manchas de sangre en la chaqueta. Al menos parte.

—¡Breibi!

Toma aire en una aspiración sincopada. Las palabras siguientes son guturales pero comprensibles.

—¡Lla... ma... nuev... un... uno!

Llama al 911.

Brady se acerca al teléfono y coge el auricular antes de caer en la cuenta de que no puede hacerlo. Piensa en las preguntas incontestables que seguirían. Lo deja y, girando sobre los talones, se vuelve hacia ella.

—Mamá, ¿por qué has ido a meter las narices allí? ¿*Por qué?*

—¡Breibi! ¡Nuev... un... uno!

—¿Cuándo te la has comido? ¿Cuánto tiempo hace?

En lugar de responder, su madre reanuda el desfile. Echa atrás la cabeza con una sacudida y fija en el techo sus ojos desorbitados durante unos segundos antes de bajar la cabeza con igual brusquedad. Mantiene la espalda inmóvil; da la impresión de que tuviera la cabeza montada sobre rodamientos. Vuelve a oírse el gorgoteo: un sonido de agua en un desagüe parcialmente atascado. Separa los labios y suelta una bocanada de vómito, que cae en su regazo con un ruido líquido. Dios santo, la mitad es sangre.

Brady piensa en todas las veces que ha deseado su muerte. «Pero yo nunca he querido que fuera así —se dice—. Así nunca».

Una idea ilumina su mente como una única bengala resplandeciente sobre un mar tempestuoso. Puede averiguar qué tratamiento necesita por internet. En internet sale *todo*.

—Voy a ocuparme de esto —asegura—, pero tengo que ir al sótano un momento. Tú... aguanta, mamá. Intenta...

Está a punto de decir «Intenta relajarte».

Entra corriendo en la cocina, en dirección a la puerta que conduce a su sala de control. Ahí abajo descubrirá cómo salvarla. Y si no puede, al menos no tendrá que verla morir.

28

La palabra que enciende las luces es «control», pero el sótano permanece a oscuras pese a que la pronuncia tres veces. Brady toma conciencia de que el programa de reconocimiento de voz no funciona porque él no habla con su voz de siempre, ¿y tiene eso algo de raro? ¿Tiene algo de raro, joder?

Opta por pulsar el interruptor y baja, no sin antes cerrar la puerta para aislarse y dejar atrás los sonidos inhumanos procedentes del salón.

Sin siquiera tratar de activar por medio de la voz la batería de ordenadores, enciende solo el Número Tres con el botón situado detrás del monitor. La cuenta atrás para el Borrado Total aparece y la interrumpe introduciendo la contraseña a través del teclado. Pero no busca antídotos para el veneno; ya es demasiado tarde, como se permite admitir ahora que está aquí sentado en su lugar seguro.

Y también sabe cómo ha ocurrido. Ayer ella se portó bien, manteniéndose sobria por la tarde a fin de preparar una buena cena para los dos, así que se ha concedido un premio. Ha pillado una cogorza, y luego ha decidido que era mejor comer algo para absorber el alcohol antes de que su cariñito llegara a casa. No ha encontrado nada que la atrajera en la despensa ni en el frigorífico. «Ah, pero ¿qué habrá en la mininevera del garaje?». Los refrescos no le interesaban, pero a lo mejor había algo para picar. Solo que ha encontrado una cosa aún mejor: una bolsa hermética llena de apetecible carne recién picada.

Eso lleva a Brady a pensar en una antigua máxima: si algo *puede* salir mal, *saldrá* mal. ¿Es el Principio de Peter? Entra en internet para averiguarlo. Después de una breve investigación, descubre que no es el Principio de Peter, sino la Ley de Murphy, así llamada por un tal Edward Murphy. Se dedicaba a fabricar piezas de avión. ¿Quién lo habría dicho?

Visita otras pocas webs —en realidad bastantes— y juega unas cuantas partidas al solitario. Cuando llega del piso de arriba un ruido especialmente sonoro, decide escuchar unas cuantas canciones en su iPod. Algo alegre. Las Staple Singers, quizá.

Y mientras suena *Respect Yourself* en medio de su cabeza, entra en el Paraguas Azul de Debbie para ver si hay algún mensaje del expoli gordo.

Cuando Brady ya no puede aplazarlo más, sube sigilosamente. Ya anochece. El olor a hamburguesa quemada casi ha desaparecido, pero el hedor a vómito es todavía intenso. Entra en el salón. Su madre yace en el suelo junto a la mesita de centro, ahora volcada. Tiene la vista fija en el techo, los labios contraídos en una amplísima sonrisa, las manos convertidas en garras. Está muerta.

Brady piensa: «¿Por qué tenías que ir al garaje cuando te ha entrado hambre? Ay, mamá, mamá, ¿cómo se te puede haber ocurrido una cosa así?».

«Si algo *puede* salir mal, *saldrá* mal», piensa, y luego, viendo cómo lo ha dejado todo su madre, se pregunta si habrá en casa algún espray para limpiar moquetas.

La culpa de esto la tiene Hodges. Todo remite a él.

Ya le ajustará las cuentas a ese viejo Ins. Ret., y pronto. Pero ahora mismo tiene un problema más acuciante. Se sienta a reflexionar en el sillón que ocupa cuando ve la televisión con su madre. Se da cuenta de que ella ya no volverá a ver ningún *reality show*. Es triste... pero tiene su lado gracioso. Imagina a Jeff Probst enviando flores con una tarjeta en la que dice «De todos tus amigos de *Supervivientes*», y no puede contener una risita.

¿Y ahora qué hace con su madre? Los vecinos no la echarán de menos, porque nunca ha tenido trato con ellos; los tachaba de envarados. Tampoco tiene amigos, ni siquiera compañeros de borracheras, porque bebía siempre en casa. Una vez, en un raro momento de introspección, dijo a Brady que no iba a los bares porque estaban llenos de borrachos como ella.

—Por eso no has notado el sabor al probar esa mierda y no la has dejado, ¿verdad? —pregunta al cadáver—. Estabas como una puta cuba.

Lamenta no disponer de un congelador. Si lo tuviera, encajonaría dentro el cuerpo. Lo vio una vez en una película. No se atreve a meterla en el garaje; por alguna razón, eso se le antoja demasiado público. Supone que podría envolverla en una alfombra y bajarla al sótano, donde seguro que cabría debajo de la escalera, pero ¿cómo iba a trabajar sabiendo que ella estaba ahí, que, incluso envuelta en una alfombra, miraba con esos ojos tan abiertos?

Además, el sótano es *su* espacio. Su sala de control.

Al final se da cuenta de que solo puede hacer una cosa. La coge por las axilas y la arrastra hacia la escalera. Para cuando llega allí, ve que el pantalón del pijama se le ha bajado, dejando a la vista lo que ella a veces llama (*llamaba*, se recuerda a sí mismo) el chichi. Una vez, cuando estaban los dos en la cama y ella le

procuraba alivio por un dolor de cabeza especialmente intenso, él intentó tocarle el chichi y ella le apartó los dedos de un manotazo. Un buen manotazo. «Ni se te ocurra —le dijo—. De ahí *saliste* tú».

Brady la arrastra escalera arriba, peldaño a peldaño. El pantalón del pijama se le baja hasta los tobillos y ahí se queda enrollado. Recuerda cómo desfilaba sentada en el sofá en su hora final. Qué horror. Pero, al igual que la idea de las flores enviadas por Jeff Probst, tenía su lado gracioso, aunque no era una ocurrencia que uno fuera a compartir con nadie. Tenía algo de zen.

Sigue por el pasillo. Entra en el dormitorio de su madre. Se yergue con una mueca por el dolor de riñones. «Dios mío, cómo *pesa*». Es como si la muerte la hubiese rellenado de una misteriosa carne densa.

«Da igual. Acabemos con esto».

Para adecentarla —adecentarla en la medida de lo posible tratándose de un cadáver con un pijama empapado en vómito—, le sube el pantalón de un tirón, y, levantándola, la deja en la cama. Suelta un gruñido a causa de una nueva punzada en la espalda, y esta vez, cuando se endereza, nota un crujido en la columna. Piensa en quitarle el pijama y ponerle algo limpio —alguna de las camisetas XL que a veces usa para dormir, quizá—, pero eso implicaría volver a levantar y manipular lo que ahora son solo kilos de carne muda colgada de perchas de hueso. ¿Y si se lesionaba la espalda?

Podía quitarle al menos la chaqueta, que es lo que más se ha ensuciado, pero entonces tendría que verle las tetas. Eso sí le dejaba tocárselo, pero solo de vez en cuando. «Mi niño guapo», decía en esas ocasiones deslizándole los dedos entre el pelo o masajeándole la nuca, donde el dolor de cabeza parecía agazaparse y gruñir. «Mi cariñito guapo».

Al final Brady se contenta con subir la colcha y taparla enteramente. Sobre todo esos ojos tan abiertos y fijos.

—Lo siento, mamá —dice mirando la silueta blanca—. Tú no has tenido la culpa.

No, la culpa la tiene el expoli gordo. Fue Brady quien compró el raticida para envenenar al perro, cierto, pero solo con la intención de acceder a Hodges y revolverle la cabeza por dentro. Ahora es Brady quien tiene la cabeza revuelta. Por no hablar ya del salón. Le queda mucho por hacer ahí abajo, pero antes tiene una tarea pendiente.

Ha recobrado la calma otra vez y ahora sus órdenes de voz sí funcionan. Sin

pérdida de tiempo, se sienta ante el Número Tres y accede a su cuenta en el Paraguas Azul de Debbie. Su mensaje a Hodges es breve y conciso.

Voy a matarte.

No me verás venir.

LLAMADA A LOS MUERTOS

El lunes, dos días después de la muerte de Elizabeth Wharton, Hodges está una vez más en el restaurante italiano DeMasio. En su última visita al establecimiento, comió con su antiguo compañero. En esta ocasión es una cena. Comparte mesa con Jerome Robinson y Janey Patterson.

Janey le dirige un cumplido por el traje, que ya le sienta mejor pese a haber perdido solo un par de kilos (y la Glock que lleva al cinto apenas se nota). Lo que le gusta a Jerome es el sombrero nuevo de Hodges, uno de fieltro marrón que Janey le ha comprado impulsivamente ese mismo día y le ha regalado con cierta ceremonia. Porque ahora es detective privado, ha dicho, y todo detective privado debe tener un sombrero de fieltro que calarse hasta una ceja.

Jerome se lo prueba y se lo inclina con ese sesgo exacto.

—¿Qué opináis? ¿Me parezco a Bogart?

—Lamento decepcionarte —contesta Hodges—. Pero Bogart era blanco.

—Tan blanco que prácticamente resplandecía —añade Janey.

—No me acordaba de ese detalle.

Jerome le lanza el sombrero a Hodges, que lo coloca bajo su silla, recordándose que no debe dejárselo al marcharse. Ni pisarlo.

Le complace ver que sus invitados a cenar congenian de inmediato. Después de la bobada del sombrero, un simple recurso para romper el hielo, Jerome —una cabeza madura en un cuerpo joven, piensa a menudo Hodges— actúa como es debido: cogiendo una mano de Janey entre las suyas, le da el pésame.

—Por las dos —dice—. Sé que también has perdido a tu hermana. Si yo perdiera a la mía, sería la persona más triste del mundo. Barb es un peñazo, pero la quiero con toda mi alma.

Janey le da las gracias con una sonrisa. Como Jerome aún no tiene la edad legal para tomar vino, piden todos té con hielo. Janey le pregunta por sus planes para la universidad, y cuando Jerome menciona la posibilidad de Harvard, ella alza la vista al techo y comenta con cierto engolamiento:

—¡Un hombre de Harvard! ¡Dios mío!

—¡Bwana Hodges va a tené que bu'carse otro shico pa cortá el se'pe! — exclama Jerome, y Janey se ríe tanto que tiene que escupir un trozo de camarón en la servilleta. Se ruboriza, pero Hodges se alegra de oírla reír. El maquillaje meticulosamente aplicado no logra ocultar por completo la palidez de sus mejillas, ni las ojeras.

Cuando le pregunta si su tía Charlotte, su tío Henry y Holly la Masculladora disfrutan de la enorme casa de Sugar Heights, Janey se lleva las manos a los lados de la cabeza como si la aquejara una atroz jaqueca.

—Hoy la tía Charlotte ha llamado seis veces. No exagero. Seis. La primera para contarme que Holly se ha despertado en plena noche sin saber dónde estaba y ha tenido un ataque de pánico. Según me ha contado la tía C., estaba ya a punto de llamar a una ambulancia cuando por fin el tío Henry, para tranquilizar a Holly, ha empezado a hablarle de NASCAR, las carreras de automóviles de serie. Se ve que le chiflan y nunca se pierde ni una sola por televisión. Su ídolo es Jeff Gordon. — Janey se encoge de hombros—. Ya ves tú.

—¿Qué edad tiene esa Holly? —pregunta Jerome.

—Más o menos la misma que yo, pero padece cierto... retraso emocional, por decirlo de algún modo.

Jerome reflexiona en silencio y dice:

—Probablemente tendría que replantearse si no le conviene decantarse por Kyle Busch.

—¿Quién?

—Da igual.

Janey añade que la tía Charlotte también la ha llamado para expresar su asombro por el recibo de luz mensual, que debe de ser exorbitante; para decirle en confianza que los vecinos parecen gente muy estirada; para anunciar que es una *exageración* la de cuadros que hay, y que ese arte moderno no es de su agrado; para señalar (aunque nuevamente sonara más bien a anuncio) que si Olivia creía que todas esas lámparas eran de cristal de Fenton, casi con toda seguridad le habrían dado gato por liebre. La última llamada, recibida cuando Janey se disponía ya a salir camino del DeMasio, ha sido la más exasperante. El tío Henry quería que Janey supiera, ha explicado su tía, que había hecho indagaciones y aún no era tarde para replantearse lo de la incineración. Ha dicho que la idea inquietaba mucho a su hermano —lo llamaba «funeral vikingo»—, y Holly no quería ni oír hablar del tema, porque le ponía los pelos de punta.

—Está confirmado que se marchan el jueves —informa Janey—, y ya cuento los minutos. —Aprieta la mano a Hodges y añade—: Sin embargo hay una buena noticia. La tía C. dice que Holly quedó *muy* favorablemente impresionada contigo.

Hodges sonríe.

—Debe de ser por mi parecido con Jeff Gordon.

Janey y Jerome piden los postres. Hodges, muy ufano, se abstiene. Luego, durante el café, entra en materia. Ha llevado dos carpetas y entrega una a cada uno de sus acompañantes.

—Todas mis anotaciones. Las he ordenado de la mejor manera posible. Quiero que las tengáis por si me pasa algo.

Janey se alarma.

—¿Qué más te ha dicho en esa web?

—Nada —contesta Hodges. La mentira le sale con naturalidad y es convincente—. Solo es por precaución.

—¿Seguro? —pregunta Jerome.

—Totalmente. En las anotaciones no hay nada concluyente, pero eso no significa que no hayamos avanzado. Veo una línea de investigación que podría... repito, *podría* llevarnos hasta ese individuo. Mientras tanto, es importante que vosotros dos estéis muy atentos a lo que ocurre alrededor en todo momento.

—Tenemos que estar ojo alerta a tope.

—Eso. —Se vuelve hacia Jerome—. ¿Y qué es, concretamente, a lo que vais a estar alertas?

La respuesta es rápida, sin vacilaciones.

—Vehículos que pasan repetidamente, sobre todo aquellos conducidos por hombres tirando a jóvenes, pongamos entre los veinticinco y los cuarenta años, aunque a mí eso me parece más bien viejo. Lo cual, Bill, a ti convierte en un carcamal.

—Los listillos no caen bien a nadie —señala Hodges—. Ya lo descubrirás a su debido tiempo, jovencito.

Elaine, la recepcionista, se acerca para preguntarles cómo va todo. Contestan que bien, y Hodges pide otra ronda de café.

—Enseguida —dice ella—. Tiene usted mucho mejor aspecto que la última vez que estuvo aquí, señor Hodges. Si no le importa que lo diga.

A Hodges no le importa. Se *siente* mucho mejor que la última vez que estuvo allí. Más ligero de lo que justifica la pérdida de dos o tres kilos.

Cuando Elaine se ha ido y la camarera ha servido más café, Janey se inclina sobre la mesa fijando la mirada en la de él.

—¿Qué línea? Cuenta.

A Hodges le viene al pensamiento Donald Davis, quien se ha declarado culpable del asesinato no solo de su mujer, sino también de otras cinco mujeres en áreas de descanso de las autopistas del Medio Oeste. Pronto el apuesto señor Davis estará en la cárcel del estado, donde sin duda pasará el resto de sus días.

Hodges ya lo ha visto todo antes.

No es tan ingenuo como para creer que todo homicidio se resuelve, pero los asesinatos sí se aclaran la mayoría de las veces. Algo (cierto cadáver con aire de esposa en cierta gravera abandonada, sin ir más lejos) sale a la luz. Es como si actuara una fuerza universal que, a tientas pero poderosamente, trata siempre de enmendar las cosas. Los inspectores asignados a un caso de asesinato leen informes, interrogan a testigos, hacen llamadas telefónicas, examinan las pruebas forenses. Y aguardan hasta que esa fuerza cumple su función. Cuando eso ocurre (si ocurre) aparece una línea de investigación. A menudo lleva directamente al autor del crimen, una de esas personas a quienes Mr. Mercedes alude en sus cartas como «mareantes».

Hodges pregunta a sus acompañantes:

—¿Y si Olivia Trelawney oyó realmente fantasmas?

2

En el aparcamiento, Jerome, junto al Jeep Wrangler de segunda mano pero útil que le regalaron sus padres al cumplir los diecisiete, dice a Janey que ha sido un placer conocerla y le da un beso en la mejilla. Ella, aunque sorprendida, parece complacida.

Jerome se vuelve hacia Hodges.

—¿Todo en orden, Bill? ¿Me necesitas para algo mañana?

—Basta con que investigues eso de lo que hemos hablado para tenerlo a punto cuando examinemos el ordenador de Olivia.

—Ya estoy en ello.

—Bien. Y no olvides dar recuerdos de mi parte a tus padres.

Jerome despliega una amplia sonrisa.

—Mira, le daré recuerdos tuyos a mi padre. En cuanto a mi madre... — Batanga el Negro Zumbón hace una breve aparición—: Durante una o dos semanas' m'andaré con cuidadín cerca d'esa mujer.

Hodges enarca las cejas.

—¿Estás rebotado con tu madre? Eso no parece propio de ti.

—Qué va, es solo que está de un humor de perros. Y no me extraña. —Jerome amaga una sonrisa.

—¿De qué hablas?

—El jueves por la noche hay un concierto en el CACMO, y no veas, tío... Es uno de esos grupos para adolescentes, esos tarados de *'Round Here*. Barb, su amiga Hilda y otro par de niñas están como locas por verlos, y mira que son

empalagosos.

—¿Qué edad tiene tu hermana? —pregunta Janey.

—Nueve, y va para diez.

—A las chicas de esa edad lo que les gusta es precisamente lo empalagoso. Te lo dice una que a los once años se pirraba por los Bay City Rollers. —Janey ve la cara de perplejidad de Jerome y se echa a reír—. Si supieras quiénes son, te perdería el respeto.

—El caso es que ninguna de ellas ha ido nunca a una actuación en directo, ¿vale? O sea, aparte de *Barney* o *Barrio Sésamo sobre hielo*, y tal. Así que dieron la vara hasta no poder más... incluso a *mí* me dieron la vara... y al final las madres se reunieron y decidieron que, como el concierto no acaba muy tarde, las niñas podían ir a pesar de que al día siguiente tienen colegio, siempre y cuando las acompañara una de *ellas*. Lo echaron a suertes literalmente, y perdió mi madre. — Con expresión solemne pero un brillo en la mirada, Jerome meneaba la cabeza—. Mi madre en el CACMO con tres mil o cuatro mil niñas chillonas de edades entre ocho y catorce años... ¿Hace falta que dé alguna explicación más de por qué procuro no cruzarme en su camino?

—Seguro que se lo pasa en grande —comenta Janey—. Probablemente no hace mucho que ella gritaba en las actuaciones de Marvin Gaye o Al Green.

Jerome sube de un salto a su Wrangler, les dirige un último saludo con la mano y se incorpora al tráfico de Lowbriar. Hodges y Janey se quedan junto al coche de él en una noche casi veraniega. Una luna en cuarto creciente ha asomado por encima del paso elevado que separa Lowtown de la parte más pudiente de la ciudad.

—Es buen chico —dice Janey—. Es una suerte que puedas contar con él.

—Pues sí —contesta Hodges—. Lo es.

Janey le quita el sombrero de la cabeza y se lo pone ella, con un sesgo leve pero sugerente.

—¿Y ahora qué, detective? ¿A tu casa?

—¿Te estás refiriendo a lo que espero que te estés refiriendo?

—No quiero dormir sola. —Se pone de puntillas para devolverle el sombrero—. Si para evitarlo no me queda más remedio que entregar mi cuerpo, pues lo entregaré, supongo.

Hodges pulsa el botón que desbloquea el coche y dice:

—Que nunca se diga que no me aproveché de una dama en apuros.

—No es usted un caballero —responde ella, y añade—: A Dios gracias. Vamos.

Esta vez todo va mejor porque ya se conocen un poco. La ansiedad ha dado paso al anhelo. Después de hacer el amor, Janey se pone una camisa de él (tan grande que sus pechos desaparecen por completo y los faldones le caen hasta las corvas) y explora la pequeña casa. Hodges la sigue con cierta desazón.

Janey emite su veredicto cuando vuelve al dormitorio.

—No está mal para ser un nido de soltero. No hay platos sucios en el fregadero, ni pelos en la bañera, ni vídeos porno encima del televisor. Incluso he visto alguna que otra verdura en el cajón de la nevera, con lo cual ganas unos cuantos puntos.

Ha sacado dos latas de cerveza del frigorífico y entrechoca la suya con la de él.

—No imaginaba que fuera a estar aquí con otra mujer —dice Hodges—. Salvo quizá con mi hija. Hablamos por teléfono y cruzamos *e-mails*, pero de hecho Allie no ha venido a verme desde hace un par de años.

—¿Se puso del lado de tu ex en el divorcio?

—Sí, supongo que sí. —Hodges nunca se lo había planteado desde ese punto de vista exactamente—. Si fue así, probablemente no le faltaba razón.

—Quizá seas demasiado severo contigo mismo.

Hodges toma un sorbo de cerveza. Le sabe bastante bien. Cuando vuelve a beber, se le ocurre una idea.

—¿La tía Charlotte tiene el número de teléfono de aquí, Janey?

—De ninguna manera. No era por eso por lo que quería venir aquí en lugar de volver al apartamento, pero mentiría si dijera que no se me ha pasado por la cabeza. —Lo mira con expresión grave—. ¿Vendrás al funeral el miércoles? Di que sí. Por favor. Necesito la presencia de un amigo.

—Por supuesto. También iré al velatorio el martes.

Janey se sorprende, pero gratamente.

—¿Ah, sí? Eso sí supera todas mis expectativas.

Pero no las de Hodges. Ahora está plenamente inmerso en su papel de investigador, y asistir al funeral de alguien involucrado en un caso de asesinato —aunque sea tangencialmente— forma parte del procedimiento policial establecido. Lo cierto es que no cree que Mr. Mercedes vaya al velatorio ni a la ceremonia fúnebre del miércoles, pero no puede descartarse. No ha visto la prensa de hoy, pero algún periodista atento acaso haya descubierto el vínculo entre la señora Wharton y Olivia Trelawney, la hija que se suicidó después de utilizarse su

automóvil como arma en un crimen. Dicha conexión no es precisamente un hecho desconocido, pero lo mismo podría decirse de las aventuras de Lindsay Lohan con las drogas y el alcohol. Hodges piensa que no es imposible que haya salido al menos una nota en prensa.

—Quiero estar presente —explica él—. ¿Qué se hará con las cenizas?

—Las cenizas no, los «restos de la cremación», como dice el encargado de la funeraria —explica ella, y arruga la nariz tal como hace cuando imita el *pues sí* de Hodges—. ¿No suena un poco mal? Parece algo para echar en el café. Lo bueno es que estoy casi segura de que no tendré que pelearme por las cenizas con la tía Charlotte o el tío Henry.

—No, eso seguro que no. ¿Habrá recepción?

Janey deja escapar un suspiro.

—La tía C. insiste en ello. Así que la ceremonia será a las diez, seguida de un almuerzo en la casa de Sugar Heights. Mientras comemos unos sándwiches de un servicio de *catering* y contamos nuestras anécdotas preferidas de Elizabeth Wharton, la funeraria incinerará el cuerpo. Decidiré qué hacer con las cenizas el jueves, cuando ellos tres se hayan ido. Ni siquiera tendrán que ver la urna.

—Buena idea.

—Gracias, pero temo ese almuerzo. No por la señora Greene y las demás viejas amigas de mi madre, sino por *ellos*. Si la tía Charlotte pierde los papeles, lo mismo le da un pasmo a Holly. También vendrás al almuerzo, ¿no?

—Si me dejas meterte mano debajo de esa camisa que llevas, haré lo que quieras.

—Siendo así, déjame ayudarte con los botones.

4

A pocos kilómetros de donde Gustavo William Hodges y Janelle Patterson yacen en la casa de Harper Road, Brady Hartsfield se halla en su sala de control. Esta noche no está ante sus ordenadores, sino en su mesa de trabajo. Sin hacer nada.

A un lado, entre unas cuantas herramientas pequeñas, trozos de cable y componentes de ordenador dispersos, tiene el periódico del lunes, todavía enrollado dentro de su fino condón de plástico. Lo ha metido en casa al volver de Discount Electronix, pero solo por la fuerza de la costumbre. Las noticias no le interesan en absoluto. Tiene otras cosas en que pensar. Sin ir más lejos, cómo acceder al poli. O cómo entrar en el concierto de 'Round Here en el CACMO con su chaleco bomba meticulosamente construido. Si es que realmente se propone hacerlo, claro está. Ahora mismo todo se le antoja un esfuerzo sobrehumano. Un

largo camino que recorrer. Una alta montaña que escalar. Un... un...

Pero no se le ocurren más símiles. ¿O son metáforas?

«Quizá —piensa con hastío— debería matarme ya y acabar con todo. Librarme de estos pensamientos horrendos. Estas instantáneas del infierno».

Instantáneas como la de su madre, por ejemplo, retorciéndose en medio de violentas convulsiones después de comer la carne envenenada que él pretendía dar al perro de la familia Robinson. Su madre con los ojos fuera de las órbitas y la chaqueta del pijama manchada de vómito: ¿qué tal quedaría esa foto en el viejo álbum de la familia?

Necesita pensar, pero en su cabeza sopla un huracán, un tremendo Katrina de fuerza cinco, y todo vuela por el aire.

Ha extendido el viejo saco de dormir de los *Boy Scouts* en el suelo del sótano, sobre un colchón hinchable rescatado del garaje. El colchón hinchable tiene un pequeño escape. Brady piensa que debería sustituirlo si pretende seguir durmiendo ahí abajo durante el corto período de vida que le queda, sea cual sea. ¿Y dónde *podría* dormir si no? No se anima a dormir en su cama del primer piso, no con su madre muerta en su propia cama al final del pasillo, tal vez pudriéndose ya entre las sábanas. Ha encendido el aire acondicionado y bajado la temperatura al mínimo, pero no se hace ilusiones en cuanto a la eficacia de eso. Ni en cuanto al tiempo que aguantará. Tampoco puede dormir en el sofá del salón. Lo ha limpiado lo mejor posible, y ha dado la vuelta a los cojines, pero sigue oliendo a vómito.

No, debe quedarse aquí abajo, en su rincón especial. Su sala de control. El sótano posee su propia historia desagradable, claro. Es donde murió su hermano menor. Solo que *murió* es en cierto modo un eufemismo, y ya es un poco tarde para eufemismos.

Brady recuerda que usó el nombre de Frankie en sus mensajes a Olivia Trelawney bajo el Paraguas Azul de Debbie. Fue como si Frankie viviera otra vez durante un breve tiempo. Solo que cuando la zorra de la Trelawney murió, Frankie murió con ella.

Murió otra vez.

—En todo caso nunca me caíste bien —dice, lanzando una mirada hacia el pie de la escalera. Emplea una voz extrañamente infantil, aguda y chillona, pero no se da cuenta—. Y tuve que hacerlo. —Guarda silencio por un momento—. *Tuvimos* que hacerlo.

Piensa en su madre, y en lo guapa que era en aquellos tiempos.

Aquellos tiempos ya lejanos.

Deborah Ann Hartsfield era una de esas raras exanimadoras que, incluso después de dar a luz a sus hijos, conservaba el cuerpo que en otra época bailó y brincó junto a las líneas de banda bajo los focos los viernes por la noche: alta, curvilínea, de cabello trigueño. En los primeros años de su matrimonio bebía solo una copa de vino en la cena. ¿Por qué beber en exceso cuando, permaneciendo sobria, la vida era ya satisfactoria? Tenía a su marido, tenía su casa en el Lado Norte —no era precisamente un palacio, pero ¿cuándo lo es la primera vivienda de una joven pareja?— y tenía a sus dos hijos.

Cuando su madre enviudó, Brady contaba ocho años y Frankie tres. Frankie era un niño del montón, sin muchas luces. Brady, en cambio, era guapo y espabilado. ¡Y qué encanto el suyo! Su madre lo mimaba, y Brady sentía lo mismo por ella. Pasaban las largas tardes de los sábados acurrucados en el sofá bajo una manta viendo películas antiguas y tomando chocolate a la taza mientras Norm trajinaba en el garaje y Frankie iba a gatas de aquí para allá por la moqueta, jugando con bloques de arquitectura o un pequeño coche de bomberos que le gustaba tanto que le puso un nombre: Sammy.

Norm Hartsfield era técnico de mantenimiento de la Compañía Eléctrica de los Estados Centrales. Ganaba un buen sueldo trepando a los postes del tendido, pero tenía la mira puesta en cosas más elevadas. Tal vez eran esas las cosas que lo distrajeran mientras trabajaba aquel día junto a la Interestatal 51, o quizá sencillamente perdió el equilibrio y se agarró a lo que no debía en un esfuerzo por no caerse. Como quiera que fuese, el resultado fue mortal. Su compañero informaba de que habían localizado la avería y ya estaba casi reparada cuando oyó un chisporroteo. Eran los veinte mil voltios de electricidad producidos por la central eléctrica de la CEEC al transmitirse al cuerpo de Norm Hartsfield. Su compañero alzó la vista justo a tiempo de ver a Norm salir despedido de la cesta de la grúa y precipitarse al suelo desde una altura de más de diez metros con la mano izquierda fundida y la manga de la camisa del uniforme en llamas.

Los Hartsfield, tan adictos a las tarjetas de crédito como la mayoría de los norteamericanos medios a finales de siglo, contaban con unos ahorros de menos de dos mil dólares. Eso era más bien poco, pero había una buena póliza de seguro, y la CEEC añadió otros setenta mil a cambio de una firma de Deborah Ann en un papel que eximía a la empresa de toda responsabilidad en la muerte de Norman Hartsfield. A Deborah Ann eso le pareció una lluvia de dinero. Liquidó la hipoteca de la casa y compró un coche nuevo. Ni por un momento se le ocurrió

pensar que hay lluvias que solo caen una vez.

Cuando conoció a Norm, trabajaba de peluquera, y volvió a ejercer su oficio tras la muerte de él. Unos seis meses después de enviudar, empezó a verse con un hombre al que conoció un día en el banco: era solo un ejecutivo de bajo rango, explicó a Brady, pero, según ella, tenía *porvenir*. Lo llevó a casa. El hombre le alborotó el pelo a Brady y lo llamó «campeón». Le alborotó el pelo a Frankie y lo llamó «campeoncito». A Brady no le cayó bien (tenía los dientes grandes, como un vampiro en una película de terror), pero no exteriorizó su antipatía. Ya había aprendido a poner buena cara y ocultar sus sentimientos.

Una noche, antes de sacar a cenar a Deborah Ann, el novio dijo a Brady: «Tu madre es un encanto y tú también». Brady sonrió y dio las gracias, y esperó que el novio tuviera un accidente de tráfico y muriera. Siempre y cuando, claro está, su madre no estuviera con él. El novio de los dientes aterradores no tenía derecho a ocupar el lugar de su padre.

Eso le correspondía a Brady.

Frankie se atragantó con la manzana mientras veía *Granujas a todo ritmo*. Se suponía que era una película graciosa. Brady no le veía la gracia, pero su madre y Frankie se tronchaban de risa. Su madre estaba contenta, y muy arreglada porque iba a salir con su novio. La canguro no tardaría en llegar. La canguro era una glotona estúpida, y en cuanto Deborah Ann se marchaba, iba a la nevera a ver si encontraba algo apetitoso, exhibiendo aquel culo gordo suyo al inclinarse.

En la mesita de centro había dos cuencos con tentempiés; uno contenía palomitas de maíz y el otro trozos de manzana espolvoreados de canela. En una escena de la película la gente cantaba en la iglesia y uno de los «granujas» daba volteretas a lo largo del pasillo central. Frankie, sentado en el suelo, se rio a carcajadas cuando el granuja gordo hizo las volteretas. Al tomar aire para reírse un poco más, aspiró el trozo de manzana con canela garganta abajo. Con eso dejó de reír. Empezó a agitarse y agarrarse el cuello.

La madre de Brady gritó y lo cogió en brazos. Lo estrujó para obligarlo a expulsar el trozo de manzana. Fue en vano. Frankie enrojeció. Ella le metió los dedos en la boca hasta la garganta en un esfuerzo por acceder al trozo de manzana. No pudo. Frankie empezó a perder el color rojo.

—¡Virgen santa! —exclamó Deborah Ann. Y corrió al teléfono. Mientras cogía el auricular, gritó a Brady—: ¡No te quedes ahí sentado como un gilipollas! ¡Dale palmadas en la espalda!

A Brady no le gustaba que le levantaran la voz, y su madre nunca antes lo había llamado «gilipollas», pero dio palmadas en la espalda a Frankie. Fuertes palmadas. El trozo de manzana no salió. Frankie empezaba a ponerse azul. Brady tuvo una idea. Agarró a Frankie por los tobillos de modo que su hermano quedó

colgando cabeza abajo con el pelo rozando la moqueta. El trozo de manzana no salió.

—No te comportes como un niño mimado —reprendió Brady.

Frankie siguió respirando —o algo así: al menos emitía jadeos y resuellos— casi hasta que llegó la ambulancia. Entonces paró. Entraron los hombres de la ambulancia. Vestían de negro con parches amarillos en las chaquetas. Mandaron a Brady a la cocina para que no viera lo que hacían, pero su madre chilló y después él vio gotas de sangre en la moqueta.

Pero no el trozo de manzana.

Después se marcharon todos en la ambulancia excepto Brady, que se sentó en el sofá, comió palomitas y vio la tele. Aunque no *Granujas a todo ritmo*. *Granujas a todo ritmo* era una bobada: una panda de gente cantando y corriendo de aquí para allá. Encontró una película sobre un loco que secuestraba a los niños de un autobús escolar. Esa era bastante emocionante.

Cuando la canguro gorda apareció, Brady dijo:

—Frankie se ha atragantado con un trozo de manzana. Hay helado en la nevera. Crocanti de vainilla. Come todo lo que quieras. —Tal vez si comía helado suficiente, pensó, le daría un infarto y él podría llamar al 911.

O quizá la dejara allí tirada, a la muy estúpida. Probablemente eso sería lo mejor. Podía quedarse observándola.

Deborah Ann volvió por fin a casa a las once. La canguro gorda había obligado a Brady a acostarse, pero él seguía despierto, y cuando bajó en pijama, su madre lo abrazó. La canguro gorda preguntó por Frankie. La canguro gorda rebosaba falsa preocupación. Brady sabía que era falsa porque él no estaba preocupado, y no veía razón, pues, para que lo estuviera la canguro gorda.

—Se pondrá bien —contestó Deborah Ann con una amplia sonrisa.

Luego, cuando la canguro gorda se fue, se echó a llorar a lágrima viva. Sacó el vino de la nevera, pero en lugar de servirse una copa, bebió a morro.

—Es posible que no se ponga bien —explicó a Brady, limpiándose el vino de la barbilla—. Está en coma. ¿Sabes lo que es eso?

—Claro. Como en las películas de médicos.

—Exacto.

Deborah Ann se arrodilló para quedar a su misma altura. Teniéndola tan cerca, oliendo el perfume que se había puesto para la cita que no llegó a materializarse, Brady sintió algo en el estómago. Algo raro pero agradable. No apartaba la mirada de la sombra azul en los párpados de su madre. Extraña pero agradable.

—Ha estado mucho tiempo sin respirar hasta que los auxiliares médicos han conseguido abrir un poco de espacio para que pasara el aire. En el hospital, el médico ha dicho que incluso si sale del coma, podría tener daños cerebrales.

Brady pensó que Frankie tenía daños cerebrales ya antes —era tonto de remate, siempre con ese coche de bomberos a cuestas—, pero no dijo nada. Su madre vestía una blusa que dejaba parte de las tetas a la vista. Volvió a sentir algo raro en el estómago.

—Si te digo una cosa, ¿me prometes que no se lo contarás a nadie? ¿Por nada del mundo?

Brady lo prometió. Sabía guardar un secreto.

—Quizá sea mejor que *muera*. Porque si despierta y tiene daños cerebrales, no sé qué vamos a hacer.

A continuación lo estrechó entre sus brazos, y Brady notó un cosquilleo en la cara por el roce del pelo de su madre y percibió el intenso aroma de su perfume.

—Menos mal que no has sido tú, cariñito —dijo ella—. Menos mal.

Brady le devolvió el abrazo, apretándose contra sus tetas. La tenía tiesa.

Al final Frankie *despertó*. Y en efecto tenía daños cerebrales. Nunca fue listo («Ha salido a su padre», dijo Deborah Ann en una ocasión), pero en comparación con ahora, en los tiempos anteriores al trozo de manzana era un genio. Aprendió muy tarde a ir al baño solo, no antes de los tres años y medio, y ahora volvía a llevar pañales. Su vocabulario se redujo a no más de diez o doce palabras. En lugar de andar, renqueaba por la casa. A veces de pronto se quedaba profundamente dormido, pero eso solo de día. Por la noche, era propenso a deambular por la casa, y antes de iniciar esos safaris nocturnos solía quitarse el pañal. A veces se metía en la cama de su madre. Más frecuentemente se metía en la de Brady, que al despertar se encontraba con las sábanas empapadas y a Frankie contemplándolo con un amor embobado y escalofriante.

Frankie tenía que seguir yendo al médico. Nunca respiraba bien. Su respiración era, en el mejor de los casos, un resuello líquido, y una tos convulsa en el peor, cuando padecía uno de sus frecuentes resfriados. Ya no podía ingerir alimentos sólidos; había que prepararle papillas con la licuadora y comía en una sillita alta. Beber de un vaso normal quedaba descartado, así que había vuelto a usar los vasos antigoteo de bebé.

El novio del banco había desaparecido hacía tiempo, y la canguro gorda tampoco duró. Dijo que, sintiéndolo mucho, era incapaz de hacerse cargo de Frankie tal como estaba. Durante un tiempo Deborah Ann tuvo contratada a jornada completa a una mujer de un servicio de atención domiciliaria, pero esta acabó embolsándose más dinero del que Deborah Ann ganaba en el salón de belleza, así que prescindió de ella y dejó su empleo. Ahora vivían de los ahorros. Empezó a beber más, y pasó del vino al vodka, que ella describía como «sistema dispensador más eficiente». Brady se sentaba con ella en el sofá y tomaba Pepsi. Observaban a Frankie pasear a gatas por la moqueta con su coche de bomberos en

una mano y su vaso antigoteo azul, también lleno de Pepsi, en la otra.

—Está encogiéndose como el hielo polar —decía Deborah Ann, y Brady ya no le preguntaba a *qué* se refería—. Y cuando se acabe, nos quedaremos en la calle.

Su madre fue a ver a un abogado (en el mismo centro comercial donde años más tarde Brady asestaría un papirotazo en el cuello a un irritante memo) y pagó cien dólares por una consulta. Llevó a Brady. El abogado se llamaba Greensmith. Vestía un traje barato y no paraba de lanzar miradas furtivas a las tetas de Deborah Ann.

—Le explicaré lo que sucedió —dijo él—. No es la primera vez que lo veo. Ese trozo de manzana dejó el espacio justo en la tráquea para que el niño siguiera respirando. Es una lástima que le metiera usted los dedos en la garganta, así de sencillo.

—¡Yo intentaba sacárselo! —repuso Deborah Ann, indignada.

—Ya lo sé. Cualquier buena madre haría lo mismo, pero eso solo sirvió para hundirlo más aún, y obstruyó la tráquea por completo. Si lo hubiera hecho uno de los auxiliares médicos, tendría opciones de demanda. Con derecho a unos cientos de miles por lo menos. Quizá a un millón y medio. No sería la primera vez que lo veo. Pero lo hizo usted. Y se lo contó a ellos, ¿verdad?

Deborah Ann lo reconoció.

—¿Lo intubaron?

Deborah Ann respondió afirmativamente.

—Vale, *ahí* hay una opción de demanda. Abrieron una vía respiratoria, pero con ello hundieron aún más esa mala manzana. —El abogado se recostó en el asiento, extendió los dedos sobre la camisa blanca un poco amarillenta y le echó otra ojeada a las tetas de Deborah Ann, quizá para asegurarse de que no se habían escapado del sujetador y salido corriendo—. De ahí el daño cerebral.

—¿Aceptará el caso, pues?

—Por mí encantado, si puede pagar los cinco años que arrastraremos el asunto de juzgado en juzgado. Porque el hospital y sus aseguradoras plantarán cara de principio a fin. No sería la primera vez que lo veo.

—¿Cuánto?

Greensmith mencionó una cifra, y Deborah Ann se marchó del despacho con Brady cogido de la mano. Ya dentro del Honda (por entonces nuevo), ella se echó a llorar. Concluida esa parte, le pidió que escuchara la radio mientras ella hacía otro recado. Brady sabía en qué consistía ese recado: una botella del sistema dispensador eficiente.

Deborah Ann revivió su encuentro con Greensmith muchas veces a lo largo de los años, y siempre acababa con las mismas palabras enconadas: «Pagué cien

dólares que no podía permitirme a un abogado con un traje barato, y lo único que saqué en claro fue que no podía permitirme luchar contra las grandes compañías de seguros y recibir lo que me correspondía».

El año posterior se les hizo larguísimo, como si durase cinco años. Tenían en casa un monstruo que les chupaba la vida, y ese monstruo se llamaba Frankie. A veces cuando tiraba algo al suelo o despertaba a Deborah Ann de una siesta, ella le daba una zurra. En una ocasión perdió el control por completo y lo tumbó de un puñetazo en la sien; él se quedó en el suelo aturdido, tembloroso, con la mirada en blanco. Ella lo cogió en brazos y lo estrechó y lloró y dijo que lo sentía, pero el aguante de una mujer tiene un límite.

Hacía sustituciones en la peluquería Hair Today siempre que podía. Esos días llamaba al colegio para decir que Brady estaba enfermo, y él se quedaba cuidando de su hermano menor. A veces Brady sorprendía a Frankie intentando coger objetos que no debía tocar (o que eran de Brady, como su videoconsola Atari), y le pegaba en las manos hasta que Frankie lloraba. Cuando empezaban los gemidos, Brady se recordaba que Frankie no tenía la culpa, que padecía daños cerebrales por aquel condenado... condenado no, por aquel *puto* trozo de manzana, y lo invadía una mezcla de culpabilidad, rabia y pena. Sentaba a Frankie en su regazo, lo acunaba y le decía que lo sentía, pero el aguante de un hombre tiene un límite. Y él *era* un hombre, o eso decía su madre: el hombre de la casa. Sabía cambiarle los pañales a Frankie, pero cuando había caca (no, era *mierda*, no caca sino *mierda*), a veces le pellizcaba las piernas y le ordenaba que se quedara quieto a gritos: «Quédate quieto, maldita sea». Eso incluso si Frankie *estaba* quieto. Allí tendido con Sammy, el coche de bomberos, aferrado contra el cuerpo, mirando el techo con los ojos muy abiertos y aquella estúpida expresión de daños cerebrales.

Ese año estuvo lleno de «a veces».

A veces quería a Frankie y lo besaba.

A veces lo sacudía y le decía: «La culpa es tuya; acabaremos viviendo en la calle, y tú tienes la culpa».

A veces, al acostar a Frankie después de un día en el salón de belleza, Deborah Ann veía moretones en los brazos y las piernas del niño. En una ocasión incluso en el cuello, donde tenía la cicatriz de la traqueotomía practicada por los auxiliares médicos. Jamás hizo el menor comentario.

A veces Brady quería a Frankie. A veces lo odiaba. En general sentía las dos cosas al mismo tiempo, y eso le daba dolor de cabeza.

A veces Deborah Ann (sobre todo cuando estaba borracha) despotricaba contra la calamidad que era su vida. «No puedo recibir ayuda del ayuntamiento ni del estado ni del puto gobierno federal, ¿y eso por qué? Porque todavía nos queda

demasiado dinero del seguro y la indemnización, por eso. ¿A alguien le importa que todo salga y no entre nada? No. Cuando ya no quede dinero y vivamos en un albergue para indigentes en Lowbriar Avenue, *entonces* sí tendremos derecho a la ayuda, ¿no es *fantástico*?».

A veces Brady miraba a Frankie y pensaba: «Eres un *estorbo*. Eres un *estorbo*, Frankie, eres un puto *estorbo* de mierda».

A veces —a menudo— Brady odiaba a todo el puto mundo de mierda. Si existiera Dios, como sostenían los predicadores en televisión los domingos, ¿no se llevaría a Frankie al cielo para que su madre pudiese volver a trabajar a jornada completa y no acabaran en la calle? ¿O viviendo en Lowbriar Avenue, donde, según su madre, no había más que negros drogadictos armados? Si existía Dios, ¿por qué había permitido que Frankie se tragara el puto trozo de manzana ya de entrada? Y para colmo después lo había dejado despertar con daños cerebrales, lo cual era pasar de una mala situación a una puta situación de mierda mucho *peor*. Dios no existía. Para saber que la idea de Dios era una puta ridiculez, bastaba con ver a Frankie arrastrarse por el suelo con el condenado Sammy a cuestas, luego levantarse y renquear un rato, hasta desistir y volver a arrastrarse.

Al final Frankie murió. Fue una muerte rápida. En cierto modo fue como atropellar a aquella gente en el Centro Cívico. No hubo premeditación, sino únicamente la apremiante realidad de que algo debía hacerse. Casi podría describirse como un accidente. O como obra del destino. Brady no creía en Dios, pero sí creía en el destino, y a veces el hombre de la casa tenía que ser la mano derecha del destino.

Su madre preparaba crepes para la cena. Frankie jugaba con Sammy. La puerta del sótano estaba abierta porque Deborah Ann había comprado dos cajas de papel higiénico barato, de marca blanca, en Chapter 11, y lo guardaban ahí abajo. Era necesario reabastecer los cuartos de baño, así que mandó a Brady a buscar unos cuantos rollos allí abajo. Como él tenía las manos ocupadas, dejó la puerta del sótano abierta. Pensó que su madre la cerraría, pero cuando bajó después de colocar el papel higiénico en los dos cuartos de baño del piso de arriba, seguía abierta. Frankie, en el suelo, empujaba a Sammy por el linóleo y hacía *rrr-rrr* con la boca. Llevaba un pantalón rojo que le abultaba mucho por el pañal de triple capa. Se acercaba cada vez más a la puerta abierta y la empinada escalera al otro lado; aun así, Deborah Ann no hizo ademán de cerrar la puerta. Ni se lo pidió a Brady, que ahora ponía la mesa.

—*Rrr-rrr* —decía Frankie—. *Rrr-rrr*.

Dio un empujón más al coche de bomberos. Sammy rodó hasta el umbral de la puerta del sótano, chocó con la jamba y allí se detuvo.

Deborah Ann se apartó de los fogones y se dirigió hacia la puerta del sótano.

Brady pensó que se agacharía y devolvería a Frankie el coche de bomberos. Pero no. Lo que hizo fue dar un puntapié a Sammy. Se oyó un leve golpeteo mientras caía de peldaño en peldaño hasta el fondo.

—Uy —exclamó ella—. Sammy caído abajo pumba. —Lo dijo sin la menor inflexión.

Brady se aproximó. La cosa empezaba a ponerse interesante.

—¿Por qué has hecho eso, mamá?

Deborah Ann se puso en jarras, con la espátula en una mano, y contestó:

—Porque estoy harta de oírlo hacer ese ruido.

Frankie abrió la boca y empezó a berrear.

—Calla ya, Frankie —ordenó Brady, pero Frankie no calló. Sí decidió en cambio acercarse a rastras al peldaño superior y escrutar la oscuridad.

Con la misma voz monocorde de antes, Deborah Ann dijo:

—Enciende la luz, Brady. Para que Frankie vea a Sammy.

Brady encendió la luz y se asomó por encima de su hermano berreante.

—Sí —dijo—. Ahí está. Al fondo de todo. ¿Lo ves, Frankie?

Frankie avanzó un poco más, sin dejar de berrear. Miró hacia abajo. Brady se volvió hacia su madre. Deborah Ann Hartsfield le contestó con un parco gesto de asentimiento, casi imperceptible. Brady no se lo pensó dos veces. Dio un puntapié a Frankie en el trasero recubierto del pañal de triple capa y su hermano se precipitó escalera abajo en una sucesión de torpes tumbos que recordaron a Brady las volteretas del granuja gordo en el pasillo de la iglesia. Tras el primer tumbo, Frankie siguió berreando, pero en el segundo su cabeza impactó en la contrahuella de un peldaño y los berridos cesaron de inmediato, como si Frankie fuera una radio y alguien lo hubiera apagado. Fue horrendo, pero tuvo su lado gracioso. Siguió rodando, desmadejado, con las piernas inertes abiertas a los lados formando una Y. Por último fue a dar de cabeza contra el suelo del sótano.

—¡Dios mío, Frankie se ha caído! —exclamó Deborah Ann. Soltó la espátula y corrió escalera abajo. Brady la siguió.

Frankie se había partido el cuello, hasta Brady se dio cuenta, porque, visto desde atrás, lo tenía torcido en un ángulo anómalo. Pero seguía vivo. Respiraba con cortos resoplidos. Sangraba por la nariz. También de una herida a un lado de la cabeza. Movía los ojos de izquierda a derecha. Pero nada más. Pobre Frankie. Brady se echó a llorar. Su madre también lloraba.

—¿Qué hacemos? —preguntó Brady—. ¿Qué hacemos, mamá?

—Sube al salón y tráeme un cojín del sofá.

Brady obedeció. Cuando regresó, Frankie tenía a Sammy, el coche de bomberos, sobre el pecho.

—Se lo he puesto en las manos para que lo coja pero no puede —dijo

Deborah Ann.

—Ya —contestó Brady—. Debe de estar paralítico. Pobre Frankie.

Frankie alzó la vista, miró primero a su madre y luego a su hermano.

—Brady —dijo.

—Tranquilo, Frankie —respondió Brady, y entregó el cojín a su madre.

Deborah Ann lo cogió y lo colocó sobre el rostro de Frankie. Aquello no se prolongó mucho. Luego mandó a Brady arriba a dejar el cojín en el sofá y bajar un paño húmedo.

—Ya que subes, apaga el fogón —ordenó—. Los crepes están quemándose. Los huelo.

Le lavó la cara a Frankie para quitarle la sangre. Brady pensó que eso era un gesto muy tierno y maternal. Años después comprendió que además su madre pretendía asegurarse de que no quedaban hebras ni fibras del cojín en la cara de Frankie.

Con Frankie ya limpio (aunque le quedaba sangre en el pelo), Brady y su madre se sentaron en los peldaños de la escalera y lo miraron. Deborah Ann rodeó los hombros de Brady con el brazo.

—Mejor será que llame al 911 —dijo.

—Vale.

—Ha empujado a Sammy muy fuerte y Sammy ha caído por la escalera. Luego ha intentado ir a buscarlo y ha perdido el equilibrio. Yo estaba preparando los crepes y tú dejando el papel higiénico en los baños de arriba. No has visto nada. Cuando has bajado al sótano, ya estaba muerto.

—Vale.

—Repítemelo.

Brady así lo hizo. En el colegio sacaba sobresalientes, y tenía buena memoria.

—Te pregunten lo que te pregunten, tú nunca digas nada más que eso. No añadas nada, no cambies nada.

—Vale, pero ¿puedo decir que tú estabas llorando?

Deborah Ann sonrió. Le besó la frente y la mejilla. Luego lo besó de lleno en los labios.

—Sí, cariñito, eso puedes decirlo.

—¿Ahora nos irán bien las cosas?

—Sí. —Lo afirmó sin el menor asomo de duda en la voz—. Nos irá todo bien.

Tenía razón. Les hicieron solo unas pocas preguntas sobre el accidente, y ninguna difícil. Se celebró un funeral. Fue muy bonito. Frankie estaba en un ataúd de tamaño Frankie, con traje. No parecía un niño con daños cerebrales, sino solo profundamente dormido. Antes de que cerraran el ataúd, Brady dio un beso a su hermano en la mejilla y colocó a Sammy, el coche de bomberos, junto a él. Cabía

bien.

Esa noche Brady tuvo el primero de sus dolores de cabeza intensos. Empezó a pensar que Frankie estaba debajo de su cama, y eso agravó el dolor. Fue a la habitación de su madre y se metió en la cama con ella. No le dijo que temía que Frankie estuviera debajo de su cama, sino solo que le dolía tanto la cabeza que pensaba que iba a estallarle. Ella lo abrazó y lo besó y él se arrimó mucho, mucho a ella. Era agradable arrimarse. Le aliviaba el dolor de cabeza. Se durmieron juntos y al día siguiente estaban solo ellos dos y la vida era mejor. Deborah Ann recuperó su antiguo empleo, pero no hubo más novios. Decía a Brady que ahora él era el único novio que deseaba. Nunca hablaban del accidente de Frankie, pero a veces Brady soñaba con lo sucedido. No sabía si su madre soñaba o no, pero ella bebía mucho vodka, tanto que al final perdió otra vez el empleo. Pero eso no representó un gran problema, ya que por entonces Brady tenía edad suficiente para empezar a trabajar. Tampoco le importó no ir a la universidad.

La universidad era para gente que no sabía que era lista.

6

Cuando Brady sale de estas rememoraciones —una ensoñación tan profunda que es como la hipnosis—, descubre que tiene un montón de plástico hecho jirones en el regazo. Al principio no sabe de dónde ha salido. Luego ve el periódico en su mesa de trabajo y se da cuenta de que, mientras pensaba en Frankie, ha roto con las uñas la funda que lo envolvía.

Echa los jirones a la papelería; luego coge el periódico y posa una mirada distraída en los titulares. Sigue el vertido de crudo en el golfo de México y los directivos de British Petroleum, quejumbrosos, sostienen que hacen todo lo que está en sus manos y que la gente los trata mal. Nidal Hasan, el gilipollas del psiquiatra que se lio a tiros en la base militar de Ford Hood, en Texas, va a comparecer ante el tribunal dentro de uno o dos días. («Deberías haber tenido un Mercedes, Nidal, chaval», piensa Brady). Paul McCartney, el ex-Beatle al que su madre llamaba «Ojos de Viejo Spaniel», recibe una condecoración en la Casa Blanca. «¿Por qué será —se pregunta Brady a veces— que ciertas personas con solo un poco de talento reciben tanto de todo? Es una prueba más de que el mundo está loco».

Brady decide llevarse el periódico a la cocina y leer la sección de política. Con eso y una cápsula de melatonina quizá baste para que le entre el sueño. A media escalera, da la vuelta al periódico para ver qué hay por debajo del pliegue, y se queda inmóvil. Salen las fotos de dos mujeres, contiguas. Una es Olivia

Trelawney, la otra es mucho mayor, pero el parecido es inequívoco. Sobre todo por esos labios finos de zorra.

MUERE LA MADRE DE OLIVIA TRELAWNEY, reza el titular. Debajo: «Protestó por el "trato injusto" que recibió su hija; afirmó que la cobertura mediática "destruyó su vida"».

Lo que sigue no es más que una nota de relleno en dos párrafos, de hecho un simple pretexto para volver a mencionar la tragedia del año anterior («Si se quiere usar esa palabra», piensa Brady con cierta sorna) en la primera plana de un periódico estrangulado lentamente por internet. Se remite a los lectores a la necrológica en la página 26, y Brady, ahora sentado a la mesa de la cocina, salta hasta ahí sin pérdida de tiempo. La nube de pesimismo y aturdimiento que lo ha envuelto desde la muerte de su madre se ha disipado al instante. Su cabeza se acelera: las ideas se juntan, se separan y vuelven a juntarse, como piezas de un rompecabezas. Conoce bien ese proceso y sabe que continuará hasta que se acoplen con un chasquido definitivo y surja una imagen clara.

ELIZABETH SIROIS WHARTON, 87, falleció plácidamente el 29 de mayo de 2010 en el Hospital Conmemorativo de Warsaw County. Nació el 19 de enero de 1923, hija de Marcel y Catherine Sirois. La sobreviven su hermano, Henry Sirois; su hermana, Charlotte Gibney; su sobrina, Holly Gibney, y su hija, Janelle Patterson. Precedieron a Elizabeth su marido, Alvin Wharton, y su querida hija, Olivia. La capilla ardiente tendrá lugar el martes, 1 de junio, en la funeraria Soames, entre las 10 y las 13 horas. La ceremonia fúnebre se celebrará el miércoles 2 de junio a las 10 en la funeraria Soames. Después se ofrecerá una recepción para los amigos íntimos y familiares en el 729 de Lilac Drive, Sugar Heights. La familia ruega que no se envíen flores, pero sugiere que se hagan donaciones a la Cruz Roja Americana o al Ejército de Salvación, las dos organizaciones benéficas preferidas de la señora Wharton.

Brady lo lee todo detenidamente, y surgen en su cabeza varias preguntas relacionadas. ¿Acudirá el expoli gordo al velatorio? ¿O a la ceremonia fúnebre del miércoles? ¿O a la recepción? Brady se juega lo que sea a que estará presente en los tres actos. Buscando al mareante. Buscándolo a él. Porque eso hacen los polis.

Se acuerda del último mensaje que envió a Hodges, el bueno del Ins. Ret. Ahora sonríe y dice en voz alta:

—No me verás venir.

—Asegúrate de que no te vea —dice Deborah Ann Hartsfield.

Brady sabe que ella en realidad no está presente, pero casi la ve sentada al otro lado de la mesa, con la falda tubo negra y la blusa azul que a él más le gusta, la que es tan vaporosa que se transparenta el sujetador.

—Porque estará buscándote.

—Lo sé —dice Brady—. No te preocupes.

—Claro que me preocupo —contesta ella—. Tengo que preocuparme. Eres mi cariñito.

Brady vuelve al sótano y se mete en el saco de dormir. El colchón hinchable con el escape resuella. Lo último que hace antes de apagar las luces con una orden de voz es poner el despertador del iPhone a las seis y media. Mañana será un día ajetreado.

Salvo por los pequeños pilotos rojos que indican que su equipo informático se halla en estado de hibernación, la sala de control del sótano está totalmente a oscuras. Desde debajo de la escalera, su madre habla:

—Estoy esperándote, cariñito, pero no me hagas esperar mucho.

—Pronto estaré ahí contigo, mamá.

Sonriendo, Brady cierra los ojos. Al cabo de dos minutos ya ronca.

7

A la mañana siguiente Janey no sale del cuarto de baño hasta un poco pasadas las ocho. Lleva el traje pantalón de anoche. Hodges, todavía en calzoncillos, está al teléfono. Blande un dedo en dirección a ella, gesto con el que indica simultáneamente *buenos días* y *dame un momento*.

—No es nada importante —dice—, solo una de esas cosas que le pican a uno la curiosidad. Si pudieras comprobarlo, te lo agradecería mucho. —Escucha—. No, no quiero molestar a Pete con esto, y tú tampoco lo molestes. Ya tiene bastante entre manos con el caso de Donald Davis.

Escucha durante un momento más. Janey se sienta en el brazo del sofá, se señala el reloj y silabea: *¡El velatorio!* Hodges asiente.

—Exacto —dice por teléfono—. Pongamos entre el verano de 2007 y la primavera de 2009. En los alrededores de Lake Avenue, donde están todos esos bloques de apartamentos de lujo nuevos. —Guiña un ojo a Janey—. Gracias, Marlo, eres un encanto. Y te prometo que no acabaré convertido en tío, ¿vale? —Escucha, asintiendo—. Vale. Pues sí. Tengo prisa, pero dales recuerdos míos a Phil y los chicos. Pronto nos veremos. Una comida. *Por supuesto*, invito yo. De acuerdo. Adiós.

Cuelga.

—Tienes que vestirme deprisa —insta ella— y llevarme al apartamento para que pueda maquillarme antes de ir a la funeraria. Tampoco estaría de más que me cambiara de ropa interior. ¿Cuánto tardas en ponerte el traje?

—Nada. Y la verdad es que no necesitas maquillarte.

Ella alza la mirada al techo.

—Eso cuéntaselo a la tía Charlotte. Anda atenta al menor asomo de patas de gallo. Ahora ponte en marcha, y coge una maquinilla de afeitar. Puedes afeitarte en mi casa. —Vuelve a consultar el reloj—. Hacía cinco años que no dormía hasta tan tarde.

Hodges se dirige al cuarto de baño para vestirse. Janey lo detiene en la puerta, lo obliga a volverse hacia ella, ahueca las palmas de las manos en torno a sus mejillas y lo besa en la boca.

—El buen sexo es el mejor somnífero. Me había olvidado, supongo.

Hodges la abraza y la levanta en volandas. No sabe cuánto durará esto, pero se propone disfrutarlo como un niño mientras dure.

—Y ponte el sombrero —dice ella, mirándolo a la cara y sonriendo—. Hice bien en comprarlo. Ese sombrero *te va* que ni pintado.

8

Están demasiado a gusto en su mutua compañía y demasiado decididos a llegar a la funeraria antes que los insufribles parientes para permanecer OA, pero casi con toda seguridad ni aún en alerta roja habrían advertido nada que los pusiese sobre aviso. Hay ya más de veinte coches aparcados en el pequeño centro comercial del cruce de Harper Road y Hanover Street, y el Subaru de color barro de Brady Hartsfield es el más discreto de todos. Ha elegido el sitio con cuidado para que la calle del expoli gordo quede exactamente en el centro de su retrovisor. Si Hodges va a ir al velatorio de la vieja, circulará calle abajo y doblará a la izquierda en Hanover.

Y ahí viene, poco después de las ocho y media, un buen rato antes de lo que Brady preveía, ya que el velatorio no empieza hasta las diez y la funeraria se encuentra a solo veinte minutos poco más o menos. Cuando el coche tuerce a la izquierda, Brady se sorprende aún más al ver que el expoli gordo no va solo. Su acompañante es una mujer, y si bien Brady alcanza a verla solo fugazmente, le basta para identificar a la hermana de Olivia Trelawney. Lleva la visera bajada para mirarse en el espejo de cortesía mientras se cepilla el pelo. La deducción obvia es que ha pasado la noche en la casa de soltero del expoli gordo.

Brady se queda atónito. ¿Por qué demonios habrá hecho ella una cosa así? Hodges es *viejo*, es *gordo*, es *feo*. No es posible que se acueste con él, ¿o sí? Es inverosímil. Se acuerda entonces de cómo le aliviaba su madre los peores dolores de cabeza, y comprende —a su pesar— que por lo que se refiere al sexo, no hay

emparejamiento inverosímil. Pero la idea de que Hodges se lo monte con la hermana de Olivia Trelawney lo saca de quicio (sobre todo porque podría decirse que fue el propio Brady quien los juntó). Hodges debería estar sentado delante del televisor planteándose el suicidio. No tiene derecho ni a disfrutar de un tarro de vaselina y su propia mano derecha, y menos aún de una rubia de buen ver.

«Probablemente ella ha ocupado la cama mientras él dormía en el sofá», piensa.

Esta idea al menos se acerca más a la lógica, y con eso se siente mejor. Supone que Hodges podría acostarse con una rubia de buen ver si de verdad lo deseara... pero tendría que pagar. Seguro que además la puta exigiría un recargo por sobrepeso, piensa, y se echa a reír a la vez que arranca el coche.

Antes de incorporarse a la circulación, abre la guantera, saca la Cosa Dos y la deja en el asiento del acompañante. No la utiliza desde el año pasado, pero va a usarla hoy. Aunque no en la funeraria, sospecha, porque no cree que vayan allí directamente. Es demasiado temprano. Brady imagina que pasarán antes por el apartamento de Lake Avenue, y no es necesario que él llegue antes que ellos; basta con que esté allí cuando vuelvan a salir. Ya sabe cómo va a hacerlo.

Será como en los viejos tiempos.

En un semáforo del centro, telefonea a Discount Electronix y avisa a Tones Frobisher de que hoy no irá a trabajar. Probablemente faltará toda la semana. Pinzándose la nariz con los dedos para adoptar una voz nasal, informa a Tones de que tiene la gripe. Piensa en el concierto de *'Round Here* en el CACMO el jueves por la noche y en el chaleco bomba, e imagina que añade «La semana que viene no tendré gripe, solo estaré muerto». Corta la comunicación, deja el teléfono en el asiento junto a la Cosa Dos y se echa a reír. Ve que lo mira una mujer desde el carril contiguo, muy peripuesta para ir al trabajo. Brady, riéndose tanto que le resbalan las lágrimas por las mejillas y moquea, le hace un corte de mangas.

9

—¿Hablabas con tu amiga del archivo? —pregunta Janey.

—Pues sí, Marlo Everett. Siempre llega temprano. Pete Huntley, mi antiguo compañero, juraba que eso era porque nunca se marchaba.

—¿Con qué cuento le has salido, si puede saberse?

—Le he dicho que unos vecinos míos han hablado de un tipo que prueba las puertas de los coches para ver si hay alguno abierto. Y que me parecía recordar que hubo una oleada de robos de coches en el centro hace un par de años y nunca cogieron al autor.

—Ya, ¿y a qué venía eso de que no vas a convertirte en «tío»?

—Llamamos «tíos» a los policías retirados incapaces de cortar con el trabajo. Telefonean a Marlo para pedirle que compruebe las matrículas de los coches que se les antojan sospechosos por la razón que sea. O tal vez se fijan en un tipo con mala pinta, ponen cara de poli, y van y le piden que se identifique. Luego llaman a comisaría y le dan el nombre a Marlo para que compruebe si hay una orden de busca y captura.

—¿Y a ella no le molesta?

—Bueno, se queja un poco por una cuestión de formas, pero en realidad no, creo. Hace unos años un vejete que se llamaba Kenny Shays telefoneó para comunicar un seis-cinco... eso significa conducta sospechosa, un código nuevo desde el 11-S. El individuo al que inmovilizó no era un terrorista, sino solo un fugitivo que había matado a toda su familia en Kansas allá por 1987.

—Vaya. ¿Le dieron una medalla?

—Solo una felicitación, que era lo único que quería. Murió al cabo de seis meses. —Se comió el arma, eso hizo Kenny Shays, apretando el gatillo antes de que el cáncer de pulmón se cebara.

Suena el teléfono móvil de Hodges. El tono llega ahogado porque una vez más lo ha dejado en la guantera. Janey lo saca y se lo entrega con una sonrisa un tanto irónica.

—Hola, Marlo, vaya rapidez. ¿Qué has averiguado? ¿Algo interesante?

Escucha, asintiendo a todo lo que oye, intercalando algún que otro «ajá», sin distraerse ni un momento del denso tráfico matutino. Da las gracias y cuelga, pero cuando intenta devolver el Nokia a Janey, ella mueve la cabeza en un gesto de negación.

—Póntelo en el bolsillo. Podría llamarte alguien más. Sé que puede resultarte un concepto extraño, pero intenta asimilarlo. ¿Qué has averiguado?

—A partir de septiembre de 2007 hubo una docena de robos en coches en el centro. Marlo dice que es posible que hubiera más, porque la gente que no pierde nada de valor tiende a no denunciar los robos en coches. Algunos ni siquiera se dan cuenta. La última denuncia se presentó en marzo de 2009, menos de tres semanas antes de la Matanza del Centro Cívico. Era nuestro hombre, Janey. Estoy seguro. Acabamos de encontrar su rastro anterior a los hechos, y eso significa que nos acercamos.

—Bien.

—Creo que vamos a encontrarlo. Si es así, tu abogado, Schron, irá a comisaría para informar a Pete Huntley. Él ya se ocupará del resto. En eso seguimos de acuerdo, ¿no?

—Sí. Pero hasta entonces es *nuestro*. En *eso* seguimos de acuerdo, ¿eh?

—Totalmente.

Ahora circulan por Lake Avenue, y hay una plaza libre justo delante del edificio de la difunta señora Wharton. Cuando hay suerte, hay suerte. Hodges frena y da marcha atrás para ocuparla, preguntándose cuántas veces Olivia Trelawney debió de aparcar en ese mismo sitio.

Janey mira nerviosa el reloj mientras Hodges echa unas monedas en el parquímetro.

—Tranquila —dice él—. Tenemos tiempo de sobra.

Cuando Janey se encamina hacia la puerta, Hodges pulsa el botón BLOQUEO de su llave. Lo hace sin pensar; tiene la cabeza puesta en Mr. Mercedes, pero el hábito es el hábito. Se mete las llaves en el bolsillo y aprieta el paso para alcanzar a Janey a fin de aguantarle la puerta abierta.

«Estoy convirtiéndome en un memo», se dice.

Y luego piensa: «¿Y qué?».

10

Al cabo de cinco minutos un Subaru de color barro recorre Lake Avenue. Reduce la velocidad casi hasta detenerse cuando llega a la altura del Toyota de Hodges. A continuación Brady pone el intermitente de la izquierda y entra en el *parking* situado en la otra acera.

Hay plazas libres de sobra en la planta baja y en el primer piso, pero dan todas al interior y no le sirven. Encuentra la que le conviene en la segunda planta, casi toda vacía: una plaza en el lado este, que da a Lake Avenue. Aparca, se acerca al parapeto bajo de hormigón y mira el Toyota de Hodges, en la otra acera. Fija la distancia en unos sesenta metros. Sin nada en medio que obstruya la señal, eso es pan comido para la Cosa Dos.

Viendo que le sobra tiempo, Brady regresa a su coche, enciende el iPad e investiga la página web del Centro de Arte y Cultura del Medio Oeste. El auditorio Mingo es el espacio más amplio del recinto. «Lógico —piensa Brady—, porque debe de ser el único espacio rentable del CACMO». Ahí, además de tocar la orquesta sinfónica municipal en invierno, se organizan espectáculos de danza y conferencias y otras gilipolleces intelectualoides por el estilo, pero de junio a agosto el Mingo se dedica casi exclusivamente a la música pop. Según la web, después de la actuación de 'Round Here, habrá un Festival Veraniego de Grandes Éxitos con canciones de los Eagles, Sting, John Mellencamp, Alan Jackson, Paul Simon y Bruce Springsteen entre otros. Pinta bien, pero quienes han comprado un abono para toda la temporada, piensa Brady, se llevarán una decepción. Este verano solo habrá un concierto en el Mingo, uno breve que terminará con un lema

punk: «Morid, capullos inútiles».

Según la web, el aforo del auditorio es de cuatro mil quinientos espectadores.

También dice que se han agotado las localidades para el concierto de 'Round Here.

Brady telefonea a la fábrica de helados para hablar con Shirley Orton. Pinzándose la nariz otra vez, le advierte que tenga sobre aviso a Rudy Stanhope para esta semana. Dice que intentará ir a trabajar el jueves o el viernes, pero mejor que no cuente con ello; tiene la gripe.

Como preveía, la palabra «gripe» alarma a Shirley.

—Ni se te ocurra acercarte por aquí sin enseñarme una nota de tu médico declarando que ya no hay riesgo de contagio. No puedes vender helados a los niños si tienes gripe.

—Ya lo sé —responde Brady con la nariz pinzada—. Lo siento, Shirley. Creo que me la pasó mi madre. He tenido que meterla en la cama. —Al decir esto, le entran unas ganas irresistibles de reír y empiezan a contraérsele los labios.

—Bueno, cuídate...

—Tengo que colgar —dice él, y corta la comunicación justo antes de prorrumpir en otro arranque de risa descontrolada. Sí, tuvo que meter a su madre en la cama. Y sí, era la gripe. No la gripe porcina ni la gripe aviar, sino una cepa nueva conocida como gripe de los roedores. Brady suelta un aullido y aporrea el salpicadero de su Subaru. Lo aporrea con tal fuerza que se lastima la mano, y eso le provoca una risa aún más violenta.

Este ataque se prolonga hasta que le duele el estómago y siente un asomo de ganas de vomitar. Justo cuando empieza a pasársele, ve abrirse la puerta del vestíbulo del edificio de apartamentos en la acera de enfrente.

Brady coge la Cosa Dos y pulsa el botón de encendido. Se ilumina el piloto amarillo. Levanta la corta antena. Se apea del coche, ahora sin reírse, y se acerca otra vez al parapeto de hormigón, con cuidado de permanecer a la sombra de la columna más cercana. Apoya el pulgar en el conmutador de palanca y orienta hacia abajo la Cosa Dos. Pero no apunta al Toyota, sino a Hodges, que se rebusca en el bolsillo del pantalón. La rubia está a su lado, con el mismo traje que llevaba antes, pero se ha cambiado de zapatos y bolso.

Hodges saca las llaves.

Brady acciona el conmutador de palanca de la Cosa Dos y el piloto pasa de amarillo a verde, indicando que está en funcionamiento. Las luces del coche de Hodges parpadean. En ese mismo momento la luz verde de la Cosa Dos emite un único y breve destello. Ha captado el código PKE del Toyota y lo ha guardado, del mismo modo que captó el código del Mercedes de la señora Trelawney.

Brady utilizó la Cosa Dos durante casi dos años, apropiándose de sucesivos

PKE y abriendo coches para registrarlos en busca de objetos de valor y dinero en efectivo. Los ingresos generados por esas aventuras fueron irregulares, pero nunca faltaba emoción. Su primera idea al encontrar la llave de repuesto en la guantera del Mercedes de la señora Trelawney (estaba dentro de una bolsa de plástico junto con el manual de usuario y el permiso de circulación) fue robar el coche y darse un paseo por la ciudad. Abollarlo un poco por el puro placer de hacerlo. Tal vez rajar la tapicería. Pero instintivamente decidió dejarlo todo tal como estaba. Se dijo que podía asignarse al Mercedes una función más importante. Y al final así fue.

Brady se mete en el coche y guarda la Cosa Dos en la guantera. Se da por satisfecho con el trabajo de esta mañana, pero la mañana no ha terminado aún. Hodges y la hermana de Olivia van a un velatorio. Brady también tiene cosas por las que velar. A esa hora el CACMO estará ya abierto, y quiere echar una ojeada. Ver cuáles son las medidas de seguridad. Comprobar dónde están instaladas las cámaras.

«Encontraré una manera de entrar —piensa Brady—. Estoy en vena».

Además, debe acceder a internet y agenciarse una entrada para el concierto del jueves por la noche. Está muy... muy muy ocupado.

Empieza a silbar.

11

Hodges y Janey Patterson entran en la sala del Descanso Eterno de la funeraria Soames a las diez menos cuarto, y gracias a la insistencia de ella en que debían darse prisa, son los primeros en llegar. La parte superior del féretro está destapada. Un paño festoneado de seda azul cubre la mitad inferior. Elizabeth Wharton lleva un vestido blanco salpicado de florecillas azules a juego con el paño. Tiene los ojos cerrados y las mejillas sonrosadas.

Janey recorre apresuradamente el pasillo entre las hileras de sillas plegables, mira brevemente a su madre y luego, con igual rapidez, vuelve sobre sus pasos. Le tiemblan los labios.

—Por más que el tío Henry diga que la incineración es una costumbre pagana, esta mierda del ataúd abierto es el verdadero rito pagano. No parece mi madre; parece disecada.

—Entonces ¿por qué...?

—Fue mi concesión para que el tío Henry se callara de una vez por lo de la incineración. Que Dios nos asista si mira debajo del paño y ve que el ataúd es de cartón prensado pintado de gris para que parezca metálico. Eso es para... ya

sabes...

—Sí, lo sé —dice Hodges, y la rodea con un brazo.

Los amigos de la difunta van llegando poco a poco, encabezados por Althea Greene, la enfermera de Elizabeth Wharton, y la señora Harris, que era su asistente. A eso de las diez y veinte (con un retraso calculado para exhibir un toque de refinamiento, piensa Hodges) llega la tía Charlotte cogida del brazo de su hermano. El tío Henry la guía por el pasillo, echa un breve vistazo al cadáver y retrocede un paso. La tía Charlotte mira fijamente el rostro expuesto y al cabo de un momento se inclina y besa los labios muertos. Con una voz casi inaudible dice:

—Ay, hermana; ay, hermana.

Por primera vez desde que la conoce, Hodges siente por ella algo que no puede definirse como irritación.

Se oye el movimiento de la gente, conversaciones en susurros, alguna que otra risotada. Janey va de aquí para allá entre los asistentes, hablando con todos (no hay más de diez o doce personas, todas de esas que la hija de Hodges llama «viejas glorias»), cumpliendo con sus obligaciones. El tío Henry la acompaña, y en el único momento en que Janey flaquea —cuando intenta ofrecer consuelo a la señora Greene—, él le rodea los hombros con el brazo. Hodges se alegra de verlo. «Los lazos de sangre salen a la luz —piensa—. En momentos así, casi siempre ocurre».

Ahí es él quien no pinta nada. Decide, pues, salir a tomar el aire. Se queda en el umbral de la puerta por un momento y, recorriendo con la mirada los coches aparcados a lo largo de la calle, busca a un hombre solo en alguno de ellos. No ve a nadie, y cae en la cuenta de que tampoco ha visto a Holly la Masculladora.

Paseando, se acerca al aparcamiento de los visitantes, y ahí está ella, sentada en la escalinata trasera. Lleva un vestido marrón, largo casi hasta los tobillos, particularmente poco favorecedor. Tan poco favorecedor como el peinado: dos moños a los lados de la cabeza. A Hodges le recuerda a la princesa Leia después de seguir la dieta de Karen Carpenter durante un año.

Holly ve la sombra de Hodges en el asfalto, da un respingo y esconde algo con la mano. Él se acerca, y el objeto oculto resulta ser un cigarrillo a medio fumar. Ella entorna los ojos y le dirige una mirada de preocupación. Hodges piensa que parece la mirada de un perro que ha recibido demasiados golpes de periódico por orinar debajo de la mesa de la cocina.

—No se lo diga a mi madre. Cree que lo he dejado.

—Su secreto está a salvo conmigo —responde Hodges, pensando que Holly sin duda es demasiado mayor para temer la desaprobación de su madre ante lo que debe de ser su único vicio—. ¿Puedo sentarme a su lado?

—¿No debería estar dentro con Janey? —pregunta, y se desplaza para dejarle

sitio.

—Solo he salido para airearme un poco. Ahí dentro no conozco a nadie, excepto a la propia Janey.

Ella lo mira con la curiosidad manifiesta de una niña.

—¿Son amantes usted y mi prima?

Hodges siente bochorno, no tanto por la pregunta como por el hecho perverso de que le entran ganas de reír. En cierto modo lamenta no haberla dejado fumar tranquilamente su cigarrillo ilícito.

—En fin, somos buenos amigos —responde él—. Quizá sea mejor que lo dejemos en eso.

Ella se encoge de hombros y expulsa humo por la nariz.

—Por mí no hay inconveniente. Opino que una mujer ha de tener amantes si quiere. Yo personalmente no tengo. Los hombres no me interesan. Y no es que sea lesbiana, eh, no se piense. Escribo poesía.

—¿Ah, sí? ¿En serio?

—Sí. —Y sin la menor pausa, como si siguiera hablando del mismo tema, añade—: Janey no le cae bien a mi madre.

—¿Ah, no?

—Según ella, Janey no debería haber heredado todo ese dinero de Olivia. Dice que no es justo. Quizá no lo sea, pero a mí personalmente me da igual.

Se muerde los labios de una manera que despierta en Hodges una inquietante sensación de *déjà vu*, y solo tarda un segundo en darse cuenta del motivo: Olivia Trelawney hacía ese mismo gesto en los interrogatorios. Los lazos de sangre salen a la luz. Casi siempre ocurre.

—No ha entrado —observa él.

—No, ni pienso, y *mi madre* no puede obligarme. Nunca he visto a un muerto, y no va a ser esta la primera vez. Luego tendría pesadillas.

Apaga el cigarrillo contra un lado del peldaño, no restregándolo, sino *aplastándolo*, hincándolo hasta que saltan chispas y el filtro se parte. Tiene la cara blanca como el papel, ha empezado a estremecerse (sus rodillas entrechocan literalmente) y si no deja de mordisquearse el labio inferior, va a abrirse una herida.

—Esto es lo peor —dice, y ahora no masculla. De hecho, si no deja de levantar la voz, pronto hablará a gritos—. Esto es lo peor, esto es lo peor, *¡esto es lo peor!*

Hodges rodea con un brazo sus hombros trémulos. Por un momento el temblor se convierte en una convulsión propagada por todo el cuerpo. Está convencido de que Holly va a salir corriendo (sin demorarse más que para llamarlo depravado y darle una bofetada). De pronto las convulsiones remiten y ella apoya la cabeza en

su hombro. Tiene la respiración acelerada.

—En eso le doy la razón —dice él—. Esto es lo peor. Mañana será más llevadero.

—¿El ataúd estará cerrado?

—Pues sí —responde. Dirá a Janey que tendrá que cerrarse, o si no su prima se quedará otra vez aquí fuera con los coches fúnebres.

Holly lo mira con su rostro desnudo. «No tiene ni una sola cualidad que la salve —piensa Hodges—, ni una pizca de ingenio, ni un poco de malicia». Acabará arrepintiéndose de haberla juzgado equivocadamente, pero de momento no puede evitar acordarse otra vez de Olivia Trelawney. De cómo la trató la prensa y de cómo la trató la policía. Incluido él.

—¿Me promete que estará cerrado?

—Sí.

—¿Me lo promete por partida *doble*?

—Triple, si quiere. —Después, todavía pensando en Olivia y en el veneno informático que Mr. Mercedes le administró, añade—: ¿Está tomando su medicación, Holly?

Ella abre mucho los ojos.

—¿Cómo sabe que tomo Lexapro? ¿Se lo ha dicho *ella*?

—No me lo ha dicho nadie. No hacía falta. Antes trabajaba de detective. —Le estrecha un poco los hombros con el brazo y le da una sacudida breve y cordial—. Y ahora conteste a mi pregunta.

—Lo llevo en el bolso. Hoy no me lo he tomado porque... —Deja escapar una risita aguda—. Porque me da ganas de hacer *pis*.

—Si le traigo un vaso de agua, ¿se lo tomará?

—Sí. Por usted. —De nuevo esa mirada desnuda, la mirada de una niña evaluando a un adulto—. Usted me cae bien. Es buena persona. Janey es afortunada. Yo nunca he tenido suerte en la vida. Ni siquiera he tenido novio.

—Le traeré el agua —dice Hodges, y se pone en pie.

Al llegar a la esquina del edificio, se vuelve para mirar atrás. Holly está intentando encender otro cigarrillo, pero no le resulta nada fácil porque ha empezado a temblar otra vez. Sostiene el Bic desechable con las dos manos, como un policía haciendo prácticas de tiro.

Dentro, Janey le pregunta dónde estaba. Él se lo dice, y pregunta si es posible cerrar el féretro en la ceremonia de mañana.

—Me parece que será la única forma de conseguir que Holly entre —añade.

Janey mira a su tía, ahora en el centro del corrillo de ancianas, hablando todas animadamente.

—Esa bruja ni siquiera se ha dado cuenta de la ausencia de Holly —comenta

—. Pues mira, acabo de decidir que mañana el ataúd ni siquiera *estará* aquí. Pediré al director de la funeraria que lo esconda en la parte de atrás, y si a la tía C. no le gusta, que se vaya a freír espárragos. Díselo a Holly, ¿quieres?

El director de la funeraria, que ronda discretamente por las inmediaciones, acompaña a Hodges a la sala contigua, donde se han dispuesto las bebidas y los aperitivos. Hodges coge una botella de agua mineral Dasani y la lleva al aparcamiento. Transmite el mensaje de Janey y se sienta con Holly hasta que ella se toma una de sus cápsulas de la felicidad rojas y azules. Después de tragársela, le sonríe.

—Me cae usted muy bien, de verdad.

Y Hodges, haciendo gala de su magnífica aptitud policial para decir mentiras convincentes, contesta con calidez:

—Usted también me cae bien, Holly.

12

El Centro de Arte y Cultura del Medio Oeste, más conocido como CACMO, recibe el apelativo de «Louvre del Medio Oeste» en los periódicos y entre los miembros de la Cámara de Comercio local (los habitantes de esta ciudad del Medio Oeste lo llaman «el Luva»). El recinto ocupa dos hectáreas y media de suelo de primera categoría en el centro. En él destaca un edificio circular que a Brady se le antoja el ovni gigantesco que aparece al final de *Encuentros en la tercera fase*. Es el auditorio Mingo.

Rodea el complejo y se acerca a la zona de carga, en la parte de atrás, donde hay tanto ajetreo como en un hormiguero un día de verano. Los camiones van y vienen sin cesar, y los trabajadores descargan los objetos más diversos, entre ellos —por extraño que resulte— algo parecido a las secciones de una noria. Hay también «bastidores» (cree que se llaman así) con un cielo nocturno estrellado y una playa de arenas blancas donde pasean parejas cogidas de la mano cerca del agua. Los trabajadores, observa, llevan todas placas de identificación colgadas del cuello o prendidas de las camisas. Mala cosa.

Ve un puesto de seguridad a la entrada de la zona de carga. También eso es mala cosa, pero él se aproxima igualmente, pensando que quien no arriesga no gana. Dos vigilantes montan guardia. Uno, dentro del puesto, engulle una pasta con la mirada fija en media docena de monitores. El otro sale para cortar el paso a Brady. Lleva gafas de sol. Brady se ve reflejado en los cristales, con una amplia sonrisa en la cara, como diciendo: «Caray, qué interesante es esto».

—¿En qué puedo ayudarle, caballero?

—Solo tengo curiosidad por saber qué pasa aquí —contesta Brady. Señalando con el dedo, añade—: ¡Eso parece una noria!

—El jueves por la noche hay aquí un gran concierto —informa el vigilante—. El grupo promociona su nuevo álbum. *Kisses on the Midway*, creo que se titula.

—Vaya, menudo montaje, eh —comenta Brady, maravillado.

El vigilante deja escapar un bufido de desdén.

—Cuanto peor cantan, más aparatoso es el número. Únicamente le diré una cosa: cuando estuvo aquí Tony Bennett en septiembre pasado, vino él solo. Ni siquiera trajo orquesta. Lo acompañó la Sinfónica Municipal. Eso sí fue un espectáculo. Nada de chavales berreando. Música de verdad. ¿Se imagina?

—Supongo que no puedo acercarme a echar un vistazo, quizá sacar una foto con el móvil...

—Pues no. —El vigilante lo examina con excesiva atención. Eso a Brady no le gusta—. De hecho, ni siquiera tendría que estar aquí. Así que...

—Lo entiendo, lo entiendo —responde Brady con una sonrisa aún más ancha. Hora de marcharse. En todo caso, ahí no hay nada útil para él; si ahora tienen a dos hombres de servicio, es fácil que la noche del jueves pongan a una docena—. Gracias por el tiempo que me ha dedicado.

—No hay de qué.

Brady levanta el pulgar. El vigilante le devuelve el gesto, pero, quedándose en la puerta del puesto, lo observa alejarse.

Brady recorre el contorno de un aparcamiento enorme y casi vacío que la noche del concierto de 'Round Here estará lleno hasta los topes. La sonrisa se borra de sus labios. Acaba de acordarse de esos árabes descerebrados que estrellaron un par de aviones de pasajeros contra las Torres Gemelas hace nueve años. Sin el menor asomo de ironía, piensa: «Nos aguaron la fiesta a todos los demás».

Tras un paseo de cinco minutos llega a la serie de puertas por donde los asistentes al concierto accederán el jueves por la noche. Para entrar, debe pagar un «donativo» de cinco dólares. El vestíbulo es una bóveda reverberante donde en ese momento se congregan numerosos amantes del arte y grupos de estudiantes. Justo enfrente está la tienda. A la izquierda se halla el pasillo que conduce al auditorio Mingo. Tiene la misma anchura que una carretera de dos carriles. En el centro hay un soporte cromado con un cartel en el que se lee PROHIBIDO ENTRAR CON BOLSAS, CAJAS O MOCHILAS.

No hay detectores de metal. Es posible que no los hayan instalado todavía, pero Brady está casi seguro de que no pondrán. Más de cuatro mil asistentes pugnarán por entrar a empujones, y los pitidos de los detectores de metal aquí y allá crearían un atasco espantoso. Habrá *muchos* vigilantes de seguridad, eso sí,

todos ellos tan recelosos y diligentes como el tarado de las gafas de sol que le ha dado el alto en la parte de atrás. Un hombre con un chaleco acolchado una noche cálida de junio atraería su atención de inmediato. De hecho, *cualquier* hombre sin una hija adolescente con coletas a cuestras sin duda atraería la atención.

«¿Le importaría acercarse un momento, caballero?».

Claro que podría hacer estallar el chaleco en ese momento y cargarse a cien personas o más. Pero no es eso lo que quiere. Lo que quiere es averiguar el título del mayor éxito de *'Round Here* —cosa que hará por internet en cuanto vuelva a casa— y accionar el interruptor a media canción, cuando todas las criajas estén desgañitándose y perdiendo esas cabecitas de criajas suyas.

Pero los obstáculos son enormes.

Ahí de pie en el vestíbulo, entre los jubilados con guías turísticas y los panolis de los institutos, Brady se dice: «Ojalá Frankie estuviera vivo. Si aún viviera, lo llevaría al concierto. Sería tan tonto que hasta le gustaría. Incluso le dejaría llevar a Sammy, el coche de bomberos». Al pensarlo, se sume en la tristeza profunda y totalmente genuina que a menudo lo invade cuando se acuerda de Frankie.

«Quizá debería conformarme con matar al expoli gordo, y a mí mismo, y dar mi carrera por concluida».

Frotándose las sienes, donde empieza a formarse uno de sus dolores de cabeza (y ahora no tiene a su madre para aliviárselo), Brady cruza el vestíbulo y entra en la Galería de Arte Harlow Floyd, donde un gran letrero colgado anuncia: ¡JUNIO ES EL MES DE MANET!

No sabe con exactitud quién fue Manet, probablemente otro de esos franchutes, como Van Gogh, pero algunos de los cuadros son fantásticos. Los bodegones no le dicen gran cosa (¿por qué demonios dedicaba alguien su tiempo, por poco que fuese, a pintar un melón?), pero algunos de los otros emanan una violencia casi salvaje. Uno muestra a un torero muerto. Brady lo mira durante casi cinco minutos con las manos entrelazadas a la espalda, ajeno a la gente que se arremolina o se asoma por encima de su hombro para echar un vistazo. El torero no aparece desmadejado ni nada por el estilo, pero la sangre que brota de debajo de su hombro izquierdo parece más real que la de cualquiera de las películas violentas que Brady ha visto en su vida, y ha visto unas cuantas. Lo tranquiliza y lo despeja, y cuando por fin sigue adelante, piensa: «Tiene que haber una manera de hacerlo».

En una inspiración repentina, entra en la tienda y compra un montón de mierda de *'Round Here*. Cuando sale al cabo de diez minutos con una bolsa en la que se lee el rótulo HE TENIDO UN ATAQUE DE CACMO, vuelve a echar un vistazo hacia el pasillo que conduce al Mingo. Dentro de cuatro noches, ese pasillo se convertirá en una rampa de ganado atestada de niñas eufóricas, al borde

del delirio, riendo, empujándose, acompañadas en su mayoría por sus sufridos padres o madres. Desde ese ángulo ve que a lo lejos un cordón de terciopelo separa el lado derecho del pasillo. En el extremo de este minipasillo aislado hay un segundo cartel, también en su soporte cromado.

Brady lo lee y piensa: «¡Vaya por Dios!».

«¡Vaya... por... *Dios!*».

13

En el apartamento antes propiedad de Elizabeth Wharton, Janey se desprende de sus zapatos de tacón y se desploma en el sofá.

—Menos mal que ha acabado. ¿Ha durado mil años, o dos mil?

—Dos mil —contesta Hodges—. Tienes todo el aspecto de una mujer a quien no le vendría mal una siesta.

—He dormido hasta las ocho —protesta Janey, pero Hodges no se deja convencer.

—Aun así, quizá no sea mala idea.

—Teniendo en cuenta que esta noche ceno con mi familia en Sugar Heights, es posible que no le falte razón, agente. Por cierto, te eximo de la cena. Creo que quieren hablar de su musical preferido: *Los millones de Janey*.

—No me extrañaría.

—Voy a repartirme el botín de Ollie con ellos. Mitad y mitad.

Hodges se echa a reír. Se interrumpe al caer en la cuenta de que ella habla en serio.

Janey levanta las cejas.

—¿Tienes algún inconveniente? ¿Piensas quizá que tres míseros millones y medio no me alcanzarán para pasar la vejez?

—Supongo que sí, pero... es *tuyo*. Olivia te lo dejó a ti.

—Sí, y el testamento es intocable, como me asegura el abogado Schron, pero eso no significa que Ollie estuviera en su sano juicio cuando lo redactó. Tú ya lo sabes. La viste, hablaste con ella. —Se masajea los pies por encima de las medias—. Además, si les doy la mitad, tendré ocasión de ver cómo se lo reparten. Piensa en el plus de diversión.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe esta noche?

—Esta noche no, pero mañana desde luego que sí. Eso no puedo hacerlo sola.

—Te recogeré a las nueve y cuarto. A menos que quieras pasar otra noche en mi casa, claro.

—Es tentador, pero no. Esta noche la tengo rigurosamente reservada al

entretenimiento familiar. Una cosa más antes de que te vayas. Muy importante.

Rebusca en su bolso un bolígrafo y una libreta. Anota algo, arranca una hoja y se la entrega. Hodges ve dos grupos de números.

—El primero abre la verja de la casa de Sugar Heights —explica Janey—. Con el segundo se apaga la alarma antirrobo. Mientras tu amigo Jerome y tú estéis examinando el ordenador de Ollie el jueves por la mañana, yo llevaré a la tía Charlotte, a Holly y al tío Henry al aeropuerto. Si ese individuo manipuló su ordenador tal como crees... y el programa sigue ahí... dudo que yo sea capaz de soportarlo. —Lo mira con expresión suplicante—. ¿Lo entiendes? Di que sí.

—Lo entiendo —responde Hodges.

Se arrodilla a su lado como un hombre dispuesto a pedir la mano de una mujer en una de las novelas románticas que gustaban a su exesposa. Una pequeña parte de él se siente ridícula; la mayor parte, no.

—Janey —dice.

Ella lo mira, intentando sonreír, sin conseguirlo plenamente.

—Lo siento. Por todo. Lo siento muchísimo.

No solo está pensando en ella, y en su difunta hermana, una mujer tan atribulada y conflictiva. Está pensando en las vidas perdidas en el Centro Cívico, sobre todo en la mujer y su hija.

Cuando fue ascendido a inspector, su mentor era un tal Frank Sledge. Hodges lo consideraba un viejo, pero entonces Sledge tenía quince años menos de los que él tiene ahora. «Que nunca te oiga llamarlos víctimas —le advirtió Sledge—. Ese vocabulario de mierda es estrictamente para gilipollas y quemados. Tú recuerda sus nombres. Llámalos por sus nombres».

«Las Cray —piensa—. Eran las Cray. Janice y Patricia».

Janey lo abraza. Al hablar, le hace cosquillas en el oído con el aliento, y a Hodges se le pone carne de gallina y se le medio empina.

—Cuando esto acabe, volveré a California. No puedo quedarme aquí. Te tengo en gran estima, Bill, y si me quedara, probablemente me enamoraría de ti. Pero no voy a hacerlo. Necesito empezar de cero.

—Lo sé. —Hodges se aparta y la sujeta por los hombros para mirarla otra vez a la cara. Es una cara hermosa, pero hoy aparenta su edad—. Me parece bien.

Janey vuelve a meter la mano en el bolso, esta vez para coger un pañuelo de papel. Después de secarse los ojos, dice:

—Hoy has hecho una conquista.

—¿Una...? —De pronto él cae en la cuenta—. Holly.

—Te considera un hombre maravilloso. Me lo ha dicho ella misma.

—Me recuerda a Olivia. Hablar con ella es para mí como una segunda oportunidad.

—¿De enmendar las cosas?
—Pues sí.
Janey arruga la nariz y sonríe.
—*Pues sí.*

14

Esa tarde Brady se va de compras. Coge el Honda de la difunta Deborah Ann Hartsfield, porque tiene puerta trasera. Aun así, uno de los objetos casi no cabe en la parte de atrás. Piensa en pasar por Speedy Postal de camino a casa y comprobar si ha llegado el raticida que encargó con el alias de Ralph Jones, pero tiene la sensación de que han pasado mil años desde entonces, y de hecho ¿de qué serviría? Esa parte de su vida ha terminado. Pronto terminará también el resto, y será un alivio.

Apoya el objeto más grande recién comprado en la pared del garaje. Luego entra en la casa y, tras un breve alto en la cocina para olfatear el aire (no percibe el menor tufo de descomposición, todavía no), baja a su sala de control y, por puro hábito, pronuncia la palabra mágica que activa la hilera de ordenadores. En realidad no siente la necesidad de acceder al Paraguas Azul de Debbie, porque no tiene nada más que decir al expoli gordo. Esa parte de su vida también ha concluido. Consulta el reloj, ve que son las tres y media de la tarde y calcula que al expoli gordo le quedan poco más o menos veinte horas de vida.

«Si de verdad te la estás follando, inspector Hodges —piensa Brady—, más vale que mojes ahora que todavía *tienes* algo que mojar».

Abre el candado del cuarto de material y, al entrar, lo envuelve el olor seco y levemente untuoso del explosivo plástico de fabricación casera. Contempla las cajas de zapatos y elige la de las zapatillas de paseo Mephisto, que ahora lleva puestas, regalo de su madre en las últimas Navidades. En el estante contiguo está la caja con los teléfonos móviles. Saca uno y, llevandoselo a la mesa del centro de la sala junto con la caja de arcilla de Boom, se pone manos a la obra. Coloca el teléfono en la caja y lo conecta a un sencillo detonador que va con pilas AA. Enciende el móvil para asegurarse de que funciona, luego vuelve a apagarlo. Las probabilidades de que alguien marque el número de ese desechable por error y vuele por los aires su sala de control son remotas, pero ¿por qué arriesgarse? Las probabilidades de que su madre encontrara la carne envenenada y se la preparara para el almuerzo eran también remotas, y ya sabemos cómo acabó eso.

No, esta preciosidad permanecerá desconectada hasta mañana por la mañana a las diez y veinte. Será entonces cuando Brady entre en el aparcamiento situado

detrás de la funeraria Soames. Si hay alguien allí, Brady dirá que creía que podía atajar por el aparcamiento hasta la otra calle, donde hay una parada de autobús (lo cual, casualmente, es verdad; lo ha comprobado en MapQuest). Pero no prevé encontrarse a nadie. Estarán todos dentro, en la ceremonia fúnebre, llorando a moco tendido.

Usará la Cosa Dos para abrir el coche del expoli gordo y poner la caja de zapatos en el suelo detrás del asiento del conductor. Volverá a cerrar el Toyota y regresará a su propio coche. A esperar. A verlo pasar. A dejarlo llegar hasta la travesía siguiente, porque a esa distancia Brady tendrá la seguridad de que él, Brady, está relativamente a salvo de los restos despedidos en la explosión. Y entonces...

—Pum —dice Brady—. Necesitarán otra caja de zapatos para enterrarlo.

Eso le resulta muy gracioso, y se ríe mientras regresa al cuarto de material para coger el chaleco bomba. Dedicará el resto de la tarde a desmontarlo. Brady ya no lo necesita.

Se le ha ocurrido una idea mejor.

15

El miércoles 2 de junio de 2010 es un día cálido y despejado. Puede que aún sea primavera según el calendario, y tal vez el curso siga aún en los colegios de la ciudad, pero nada de eso cambia el hecho de que es un perfecto día veraniego en el corazón de América.

Bill Hodges, trajeado pero afortunadamente todavía sin corbata, está en su despacho, repasando una lista de robos en coches que le ha enviado Marlo Everett por fax. Ha sacado por impresora un plano de la ciudad, y marca con un punto rojo el lugar de cada uno de los robos. Ve que va a tener que gastar suelas en el futuro, quizá muchas suelas si el ordenador de Olivia no da el resultado previsto, pero existe la posibilidad de que algunas de las víctimas de esos robos mencionen haber visto un automóvil similar. Porque Mr. Mercedes *tuvo* que observar a los dueños de los vehículos seleccionados. De eso a Hodges no le cabe la menor duda. Tenía que asegurarse de que se habían ido antes de usar su aparato para desbloquear los coches.

«Los observaba igual que me observaba a mí», piensa Hodges.

Esto activa algo en su cerebro, una breve chispa de asociación, que es intensa pero se desvanece sin darle tiempo a ver qué ha iluminado. No importa; si de verdad hay algo ahí, ya volverá. Entretanto, sigue comprobando direcciones y marcando puntos rojos. Le quedan veinte minutos antes de hacerse el nudo de la

corbata e ir a por Janey.

Brady Hartsfield está en su sala de control. Hoy no le duele la cabeza, y sus pensamientos, tan a menudo confusos, se dibujan nítidamente, como los distintos fotogramas de *Grupo salvaje* que usa como salvapantallas en sus ordenadores. Ha retirado los bloques de explosivo plástico del chaleco bomba, desconectándolos con sumo cuidado de los cables del detonador. Parte de los bloques han ido a parar a un cojín de color rojo vivo con el procaz eslogan APARCAMIENTO DE CULO. Ha introducido otros dos, moldeados ahora en forma de cilindros y con los cables de detonación ya acoplados, en una bolsa de orina Urinesta de color azul intenso. Concluido esto, pega un adhesivo en la bolsa de orina. Lo compró ayer en la tienda del CACMO, junto con una camiseta del grupo. En la pegatina se lee: FAN N.º 1 DE 'ROUND HERE. Mira su reloj. Casi las nueve. Al expoli gordo le queda una hora y media de vida. Quizá un poco menos.

Pete Huntley, el antiguo compañero de Hodges, está en una sala de interrogatorios, no porque tenga a alguien a quien interrogar sino por alejarse del bullicio y ajetreo matutinos de la sala de revista. Tiene que repasar unas anotaciones. Le espera una rueda de prensa a las diez, para hablar de las últimas siniestras revelaciones de Donald Davis, y no quiere meter la pata. Nada hay más lejos de su pensamiento que el asesino del Centro Cívico, Mr. Mercedes.

En Lowtown, detrás de cierta casa de empeños, unas personas que creen que nadie las observa compran y venden armas.

Jerome Robinson, ante su ordenador, escucha los audioclips de una web llamada Eso Me Suena Bien. Oye la risa histérica de una mujer. Oye a un hombre silbar *Danny Boy*. Oye a un hombre hacer gárgaras y a una mujer aparentemente al borde del orgasmo. Al final encuentra el clip que busca. El título es sencillo: LLANTO DE BEBÉ.

En la planta baja, Barbara, la hermana de Jerome, irrumpe en la cocina, seguida de cerca por Odell. Barbara viste una falda con lentejuelas, zuecos azules y una camiseta con la imagen de un adolescente sexy. Debajo de la radiante sonrisa de ese chico tan repeinado aparece el texto I ♥ CAM 4EVER! Pregunta a su madre si el conjunto queda muy infantil para el concierto. Su madre (tal vez recordando lo que se puso en su primer concierto) sonríe y contesta que es la elección perfecta. Barbara pregunta si puede ponerse los pendientes con el símbolo de la paz. Sí, claro. ¿Carmín? Bueno... vale. ¿Sombra de ojos? Lo siento pero no. Barbara deja escapar una risa, como diciendo «No se pierde nada con intentarlo», y da un efusivo abrazo a su madre.

—Me muero de ganas de que sea ya mañana por la noche —dice.

Holly Gibney, en el cuarto de baño de la casa de Sugar Heights, desearía poder eludir la ceremonia fúnebre, pero sabe que su madre no se lo permitirá. Si

pretexto que no se encuentra bien, su madre le devolverá la pelota, esgrimiendo una respuesta que se remonta a la infancia de Holly: «¿Qué pensará la gente?». ¿Y si Holly afirmara que *da igual* lo que piense la gente, que nunca en la vida volverán a ver a esas personas (a excepción de Janey)? Su madre la miraría como si Holly hablara en un idioma extranjero. Se toma el Lexapro, pero mientras se lava los dientes se le revuelve el estómago y lo vomita. Charlotte la llama para preguntarle si le falta mucho. Holly contesta que ya está casi lista. Tira de la cadena y piensa: «Al menos estará el novio de Janey. Bill. Es simpático».

Janey Patterson, en el apartamento de su difunta madre, se viste con esmero: medias negras, falda negra, chaqueta negra encima de una blusa de un negro azulado. Piensa en lo que le dijo a Bill: que probablemente se enamoraría de él si se quedara aquí. Eso es un descarado enmascaramiento de la verdad, porque ya está enamorada de él. Está segura de que un psiquiatra dictaminaría, sonriente, que le atribuía el papel de padre sustitutivo. En tal caso Janey le devolvería la sonrisa y le contestaría que eso no era más que una sarta de idioteces freudianas. Su padre era un contable calvo que a duras penas estaba presente cuando estaba presente. Y si algo puede afirmarse de Bill Hodges es que está *presente*. Es lo que le gusta de él. Eso, y el sombrero que le ha regalado. Ese de fieltro a lo Philip Marlowe. Consulta la hora y ve que son las nueve y cuarto. Mejor será que Bill no tarde mucho.

Si llega tarde, lo matará.

16

Hodges no llega tarde, y se ha puesto el sombrero. Janey le dice que está guapo. Él le contesta que ella está aún mejor. Janey sonríe y le da un beso.

—Acabemos con esto cuanto antes —dice Hodges.

Janey arruga la nariz y contesta:

—*Pues sí.*

Van en coche a la funeraria, donde una vez más son los primeros en llegar. Hodges la acompaña hasta la sala del Descanso Eterno. Ella echa una ojeada alrededor y expresa su aprobación con un gesto de asentimiento. Hay ya programas de la ceremonia en los asientos de las sillas plegables. El féretro, ahora ausente, ha sido sustituido por una mesa vagamente similar a un altar adornada con ramilletes de flores de primavera. Por el sistema de megafonía de la funeraria suena Brahms a un volumen que apenas es audible.

—¿Todo bien? —pregunta Hodges.

—Cumple su función. —Janey respira hondo y repite lo que ha dicho él hace

veinte minutos—: Acabemos con esto cuanto antes.

En esencia asisten los mismos que ayer. Janey los recibe en la puerta. Mientras intercambia apretones de manos y da abrazos y dice lo que hay que decir, Hodges se queda a un paso de ella, atento al tráfico. Nada de lo que ve enciende sus alarmas, ni siquiera cierto Subaru de color barro que pasa de largo sin aminorar la marcha.

Un Chevrolet de alquiler con el adhesivo de Hertz en un ángulo del parabrisas gira para acceder al aparcamiento de la parte de atrás. Poco después aparece el tío Henry, precedido de su barriga de ejecutivo meciéndose con un suave vaivén. Lo siguen la tía Charlotte y Holly; la madre, luciendo unos guantes blancos, sujeta a su hija por el codo con una mano. A ojos de Hodges, la tía C. parece una celadora escoltando a una presa —probablemente una drogadicta— camino de una cárcel del condado. Holly está, si cabe, aún más pálida que ayer. Lleva el mismo saco de arpillera marrón sin forma, y ya se ha quitado casi todo el carmín a fuerza de mordisquearse los labios.

Dirige a Hodges una sonrisa trémula. Él le tiende la mano, y ella se la estrecha con un vigor rayano en pánico hasta que Charlotte, tirando de ella, la obliga a entrar en el Salón de los Difuntos.

Un joven clérigo, de la parroquia a la que asistió la señora Wharton hasta que la salud le impidió salir de casa los domingos, actúa como maestro de ceremonias. Lee el consabido pasaje de los Proverbios, el que habla de la mujer virtuosa. Hodges está dispuesto a aceptar que la estima de la difunta sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas, pero duda que haya dedicado el menor tiempo a trabajar con sus manos la lana y el lino. Aun así, es una idea poética, y para cuando el clérigo acaba, corren lágrimas por las mejillas. Puede que el religioso sea joven, pero tiene la inteligencia de no elogiar en exceso a alguien a quien apenas conocía. Opta por invitar a salir al frente a quienes guarden «recuerdos valiosos» de la difunta Elizabeth. Varios de los asistentes así lo hacen, empezando por Althea Greene, la enfermera, y acabando por la hija que aún vive. Janey, serena, pronuncia unas palabras breves y sencillas.

—Lamento que no hayamos tenido más tiempo —concluye.

Brady aparca a la vuelta de la esquina a las diez y cinco y tiene la cautela de echar monedas en el parquímetro hasta que aparece la bandera verde con el rótulo MÁX. Al fin y al cabo, bastó una multa de aparcamiento para capturar al Hijo de Sam. Coge del asiento trasero una bolsa de lona. A un lado lleva estampadas las

palabras KROGER y ¡REUTILÍZAME! ¡SALVA UN ÁRBOL! Contiene la Cosa Dos y, debajo, la caja de zapatillas Mephisto.

Dobla la esquina y pasa con andar enérgico por delante de la funeraria Soames, un ciudadano más ocupándose de un recado matutino. Mantiene la expresión serena, pero su corazón martillea como un taladro de vapor. No ve a nadie fuera de la funeraria, y las puertas están cerradas; así y todo, existe la posibilidad de que el expoli gordo no esté con los otros deudos. Podría hallarse en una sala trasera, atento a la posible aparición de sospechosos. En otras palabras, a la aparición de *él*. Eso Brady lo sabe.

«Quien no arriesga no gana, cariñito», musita su madre. Es verdad. Por otra parte, considera que el riesgo es mínimo. Si Hodges está cepillándose a la zorra rubia (o tiene la esperanza de conseguirlo), no se apartará de ella.

Al llegar a la otra esquina, Brady se da media vuelta, retrocede y, sin vacilar, dobla en el camino de acceso a la funeraria. Oye la tenue melodía, uno de esos tostones de música clásica. Localiza el Toyota de Hodges aparcado junto a la valla del fondo, con el morro al frente para salir deprisa una vez concluida la celebración. «El último paseo del viejo Ins. Ret. —piensa Brady—. Va a ser corto, colega».

Pasa por detrás del coche fúnebre más grande de los dos que hay estacionados, y en cuanto está a cubierto y nadie puede verle desde las ventanas posteriores de la funeraria, saca la Cosa Dos de la bolsa y extiende la antena. El corazón le palpita aún con más fuerza. El aparato le ha fallado alguna que otra vez, muy pocas. En esos casos el piloto verde destella, pero los seguros del coche no suben: un fallo aleatorio en el programa o en el microchip.

«Si no funciona, mete la caja de zapatos debajo del coche», le aconseja su madre.

Claro. Eso cumpliría su cometido igual de bien, o *casi* igual de bien, pero no sería tan elegante.

Acciona la palanca. La luz verde destella. Y también los faros del Toyota. ¡Ha funcionado!

Se acerca al coche del expoli gordo como si tuviera todo el derecho del mundo a estar ahí. Abre la puerta de atrás, saca la caja de zapatos de la bolsa, enciende el teléfono y deja la caja en el suelo detrás del asiento del conductor. Cierra la puerta y se dirige otra vez hacia la calle, obligándose a caminar despacio y con paso uniforme.

Cuando dobla la esquina del edificio, Deborah Ann Hartsfield vuelve a hablarle: «¿No te has olvidado de algo, cariñito?».

Brady se detiene. Reflexiona. Luego vuelve a la esquina del edificio y apunta la corta antena de la Cosa Dos hacia el coche de Hodges.

Las luces destellan a la vez que los seguros vuelven a bloquearse.

Después de las evocaciones y un momento de meditación en silencio («para que lo utilicen como ustedes deseen»), el clérigo pide al Señor que los bendiga, los libre de todo mal y les dé la paz. Se oye el roce de la ropa; la gente guarda los programas en bolsos y bolsillos. Holly parece estar bien hasta que, a medio pasillo, le flaquean las rodillas. Hodges se abalanza hacia ella a una velocidad sorprendente para un hombre de su tamaño y la sujeta por las axilas antes de que se caiga. Ella pone los ojos en blanco y por un momento da la impresión de que está al borde del desmayo total. Enseguida vuelve a centrar la mirada. Ve a Hodges y esboza una sonrisa.

—¡Holly, basta ya! —dice su madre con severidad, como si su hija hubiese soltado una blasfemia jocosa e inadecuada en lugar de haber estado a punto de desvanecerse.

Hodges piensa que sería todo un placer dar un par de reveses a la tía C. en las mejillas profusamente empolvadas. «Tal vez así se espabilaría», piensa.

—Estoy bien, mamá —dice Holly. Luego, dirigiéndose a Hodges, añade—: Gracias.

—¿Ha desayunado, Holly? —pregunta él.

—Ha tomado unos copos de avena —anuncia la tía Charlotte—. Con mantequilla y azúcar moreno. Se lo he preparado yo misma. Holly, mira que te gusta llamar la atención, ¿eh? —Se vuelve hacia Janey—. Por favor, no te entretengas, querida. Henry es una nulidad para estas cosas, y yo sola no puedo atender a tanta gente.

Janey coge a Hodges del brazo.

—Ni yo lo pretendo.

La tía Charlotte contrae los labios en una sonrisa forzada. La que Janey le devuelve es radiante, tanto, opina Hodges, como su decisión de ceder la mitad del botín heredado. En cuanto lo haga, nunca más tendrá que volver a ver a esa desagradable mujer. Ni siquiera tendrá que responder a sus llamadas.

Los deudos salen al sol. En la acera los asistentes cruzan comentarios sobre lo agradable que ha sido la ceremonia; luego la gente se encamina hacia el aparcamiento trasero. El tío Henry y la tía Charlotte van también hacia allí, flanqueando a Holly. Hodges y Janey los siguen. Cuando llegan a la parte de atrás de la funeraria, Holly de pronto se zafa de sus custodios y, girando sobre los talones, se vuelve hacia Hodges y Janey.

—Dejadme ir en el coche con vosotros. Quiero ir con vosotros.

La tía Charlotte, con los labios tan contraídos que casi no se le ven, se cierne por detrás de su hija.

—Ya está bien por hoy de suspiros y desmayos, señorita.

Holly hace caso omiso. Coge una mano a Hodges con la suya, helada.

—Por favor. *Por favor.*

—Yo no tengo inconveniente —dice Hodges— si a Janey no le im...

La tía Charlotte deja escapar un sollozo. Es un sonido desagradable, el graznido áspero de un cuervo en un maizal. Hodges la recuerda inclinándose sobre la señora Wharton y besándole los labios fríos y de pronto concibe una ingrata posibilidad: juzgó mal a Olivia; puede que también haya juzgado mal a Charlotte Gibney. Al fin y al cabo la gente no es solo lo que aparenta.

—¡Holly, ni siquiera *conoces* a este hombre!

Janey apoya una mano, mucho más cálida, en la muñeca de Hodges.

—¿Por qué no vas tú con Charlotte y Henry, Bill? Hay sitio de sobra. Puedes ir detrás con Holly. —Dirige la atención a su prima—. ¿Te parece bien?

—¡Sí! —Holly no se desprende de la mano de Hodges—. Eso me parece bien. Janey se vuelve hacia su tío.

—¿Tú tampoco tienes inconveniente?

—Claro que no. Hay sitio de sobra. —Henry da a Holly una jovial palmada en el hombro—. Cuantos más seamos, más reiremos.

—Sí, eso, vosotros concededle mucha atención —protesta la tía Charlotte—. Es lo que ella quiere, ¿no es así, Holly?

Sin esperar respuesta, se encamina hacia el aparcamiento, acompañada de un taconeo que parece un mensaje de indignación en morse.

Hodges mira a Janey.

—¿Y mi coche?

—Ya lo llevo yo. Dame las llaves. —Y cuando él se las entrega, ella añade—: Solo necesito una cosa más.

—¿Sí?

Ella le quita el sombrero de la cabeza, se lo pone y se lo acomoda con el adecuado ángulo de despreocupación sobre la ceja izquierda. Arruga la nariz y dice:

—*Pues sí.*

Brady, con el corazón más acelerado que nunca, pasa por delante de la funeraria y

aparca a cierta distancia en la misma calle. Sostiene en la mano un móvil. En la muñeca, escrito en tinta, lleva el número del desechable acoplado a la bomba que hay en la parte de atrás del Toyota.

Observa el corrillo de deudos reunidos en la acera. El expoli gordo no pasa inadvertido; con su traje negro, es tan grande como una casa. O como un coche fúnebre. En la cabeza luce un sombrero ridículamente anticuado, de esos que llevaban los polis en las películas de detectives en blanco y negro de los años cincuenta.

La gente empieza a dirigirse hacia el aparcamiento trasero. Al cabo de un momento Hodges y la zorra rubia se alejan también hacia allí. Brady da por supuesto que la zorra rubia estará con él cuando el coche estalle. Conseguirá, pues, un pleno: la madre y las dos hijas. La operación posee la elegancia de una ecuación donde se han despejado todas las incógnitas.

Empiezan a desfilan los coches, todos en dirección hacia él, porque ese es el camino que hay que tomar para ir a Sugar Heights. El sol se refleja en los parabrisas, cosa que no ayuda, pero identifica al instante el Toyota del expoli gordo cuando sale de la funeraria, se detiene por un momento y dobla hacia él.

Brady ni siquiera echa un vistazo al Chevrolet de alquiler del tío Henry cuando pasa por su lado. Tiene toda la atención puesta en el vehículo del expoli gordo. Cuando este llega a su altura, experimenta una momentánea decepción. La zorra rubia debe de haberse ido con sus parientes, porque en el Toyota viaja solo el conductor. Brady apenas alcanza a verlo, pero, a pesar del resplandor del sol, el absurdo sombrero del expoli gordo es inconfundible.

Brady introduce un número de teléfono.

—Ya te dije que no me verías venir. ¿Verdad que te lo dije, gilipollas?

Pulsa LLAMAR.

20

Cuando Janey tiende la mano para encender la radio, oye un móvil. El último sonido que emite en este mundo —ojalá todos tuviéramos la misma suerte— es una risa. «Pero serás tonto —piensa afectuosamente—, ya has vuelto a dejártelo». Alarga el brazo hacia la guantera. El teléfono suena por segunda vez.

Eso no procede de la guantera; eso procede de la parte de...

No se produce ningún sonido, o al menos ella no lo percibe; experimenta solo la breve sensación de que una poderosa mano empuja el asiento del conductor. Acto seguido, el mundo entero se vuelve blanco.

Puede que Holly Gibney, también conocida como Holly la Masculladora, tenga problemas mentales, pero ni los psicotrópicos que toma ni el tabaco que fuma a escondidas han mermado sus facultades físicas. El tío Henry pisa el freno y ella sale como una exhalación del Chevrolet de alquiler mientras la explosión reverbera aún en el aire.

Hodges la sigue de cerca, a todo correr. Siente una punzada de dolor en el pecho y piensa que podría ser un infarto. De hecho, tiene la esperanza de que así sea, pero el dolor desaparece. Los transeúntes se comportan como siempre que de pronto un acto violento abre un agujero de un puñetazo en ese mundo que hasta entonces consideraban inamovible. Algunos se echan cuerpo a tierra en la acera y se tapan la cabeza. Otros se quedan petrificados, como estatuas. Unos cuantos automóviles se detienen; en su mayoría aceleran y abandonan el lugar de inmediato. Uno de estos es un Subaru de color barro.

Mientras Hodges avanza a toda prisa detrás de la prima psíquicamente inestable de Janey, el último mensaje de Mr. Mercedes palpita en su cabeza como un redoble ceremonial: «Voy a matarte. No me verás venir. Voy a matarte. No me verás venir. Voy a matarte. No me verás venir».

Al doblar la esquina, resbala a causa de las flamantes suelas de sus zapatos de vestir, apenas usados, y por poco choca con Holly, que ha parado en seco, con los hombros encorvados y el bolso colgando de una mano. Tiene la mirada fija en los restos del Toyota de Hodges. La carrocería, limpiamente arrancada de los ejes, arde en medio de un despliegue de cristales rotos. El asiento trasero ha quedado a unos seis o siete metros, volcado, con la tapicería rajada y en llamas. Un hombre, con las manos en la cabeza ensangrentada, cruza la calle tambaleándose como un borracho. Hay una mujer sentada en el bordillo frente a una papelería con el escaparate hecho añicos, y en un momento de delirio Hodges piensa que es Janey, pero esa mujer lleva un vestido verde y tiene el pelo cano: por supuesto, no es Janey, no puede ser Janey.

Piensa: «La culpa es mía. Si hubiera utilizado el revólver de mi padre hace dos semanas, nada de esto habría ocurrido. Ella seguiría viva».

Aún queda dentro de él mentalidad policial suficiente para apartar la idea de su cabeza (aunque no es fácil). Esta da paso a una lucidez fría y conmocionada. La culpa *no* la tiene él. El culpable es el hijo de puta que ha colocado la bomba. El mismo hijo de puta que embistió a una multitud de solicitantes de empleo con un coche robado ante el Centro Cívico.

Hodges ve un único zapato de tacón negro en medio de un charco de sangre, ve un brazo amputado dentro de una manga humeante en el albañal, como basura

tirada, y los engranajes de su mente se ponen en marcha. El tío Henry y la tía Charlotte aparecerán enseguida, y eso implica que no dispone de mucho tiempo.

Agarra a Holly por los hombros y la obliga a darse la vuelta. Se le han soltado los moños de princesa Leia y el pelo le cae junto a las mejillas. Lo mira con los ojos desorbitados, sin verlo. Intuitivamente —ahora con la cabeza más fría que nunca— Hodges sabe que así ella no le sirve de nada. Le abofetea primero una mejilla, después la otra. No son bofetones violentos, pero bastan para que ella parpadee.

Se oyen gritos, bocinazos y las alarmas de un par de coches. Huele a gasolina, goma quemada, plástico fundido.

—Holly. Holly. Escúcheme.

Ella lo mira, pero ¿lo escucha? Hodges no lo sabe, ni hay tiempo.

—Yo la quería, pero no se lo diga a nadie. *No le diga a nadie que la quería.* Quizá más adelante, pero no ahora. ¿Entendido?

Holly asiente con la cabeza.

—Necesito su número de móvil. Y quizá la necesite a *usted*.

Con su cabeza fría, espera que no sea así, que la casa de Sugar Heights esté vacía esta tarde, pero duda que lo esté. La madre y el tío de Holly tendrán que salir, al menos durante un rato, pero Charlotte no querrá que su hija los acompañe. Porque Holly tiene problemas mentales. Holly es frágil. Hodges se pregunta cuántas crisis nerviosas habrá tenido, y si ha pasado por intentos de suicidio. Estas reflexiones atraviesan su mente como estrellas fugaces, asomando por un instante y desapareciendo de inmediato. No tiene tiempo para andarse con contemplaciones por el frágil estado mental de Holly.

—Cuando su madre y su tío vayan a la comisaría, dícales que no es necesario que nadie se quede con usted. Dícales que no le pasará nada si se queda sola. ¿Se ve capaz?

Holly asiente, aunque casi con toda seguridad no entiende ni remotamente de qué le está hablando.

—La telefoneará alguien. Puede que sea yo, o puede que sea un chico, un tal Jerome. *Jerome*. ¿Recordará ese nombre?

Ella asiente; luego abre el bolso y saca el estuche de las gafas.

«Esto no va a ninguna parte —piensa Hodges—. Las luces están encendidas pero no hay nadie en casa». Así y todo, tiene que intentarlo. La agarra por los hombros.

—Holly, quiero atrapar al individuo que ha hecho esto. Quiero que pague. ¿Me ayudará?

Ella asiente, sin expresión en el rostro.

—Dígallo, pues. Diga que me ayudará.

No lo dice. Saca unas gafas de sol del estuche, y se las pone como si no hubiera un coche ardiendo en la calle y el brazo de Janey no estuviera en el albañal, como si no se oyeran el griterío de la gente y el sonido de una sirena que se acerca. Como si esto fuera un día en la playa.

La sacude con suavidad.

—*Necesito su número de móvil.*

Holly asiente en un gesto de conformidad pero no dice nada. Cierra el bolso y se vuelve hacia el coche en llamas. A Hodges lo invade la mayor desesperación que ha sentido en la vida, revolviéndole el estómago y dispersando los pensamientos que durante treinta o cuarenta segundos le han parecido totalmente nítidos.

La tía Charlotte dobla la esquina, derrapando, ondeándole el pelo, casi todo negro salvo por las raíces blancas. La sigue el tío Henry, su rostro mofletudo muy pálido excepto por dos manchas rojas de payaso en las mejillas, casi a la altura de los pómulos.

—¡Sharlie, para! —exclama el tío Henry—. ¡Creo que está dándome un infarto!

Su hermana no le presta la menor atención. Coge a Holly por el codo, la obliga a darse media vuelta y la estrecha en un vehemente abrazo, aplastando la nariz no pequeña de Holly entre sus pechos.

—¡NO MIRES! —brama Charlotte a la vez que ella sí mira—. ¡NO MIRES, CARIÑO! ¡NO LO MIRES!

—Me cuesta respirar —anuncia el tío Henry. Se sienta en el bordillo con la cabeza colgando—. Dios mío, espero no morirme.

Más sirenas se han sumado a la primera. La gente ha empezado a aproximarse con cautela para echar un vistazo de cerca a los restos del coche que arden en la calle. Una pareja toma fotos con los móviles.

«Explosivo suficiente para volar un coche —piensa Hodges—. ¿Cuánto más tendrá?».

La tía Charlotte tiene a Holly todavía inmovilizada y le repite a voz en cuello que no mire. Holly no hace el menor ademán de zafarse, pero se ha llevado una mano a la espalda. Sostiene algo. Aunque Hodges sabe que probablemente sean imaginaciones suyas, abriga la esperanza de que quizá sea algo para él. Lo coge. Es el estuche de las gafas de sol. Lleva el nombre y las señas grabados en letras doradas.

También hay un número de teléfono.

Hodges saca el Nokia del bolsillo interior de la chaqueta, consciente al abrirlo de que probablemente ahora sería plástico fundido y cables crepitantes en la guantera de su Toyota calcinado de no ser por las delicadas pullas de Janey.

Con la tecla de marcación rápida, llama a Jerome, rogando que el chico lo coja, y así ocurre.

—¿Señor Hodges? ¿Bill? Creo que acabamos de oír una gran explo...

—Calla, Jerome. Solo escucha.

Camina por la acera salpicada de vidrios rotos. Las sirenas se oyen más cerca, no tardarán en llegar, y solo puede guiarse por la intuición. A menos, claro, que su inconsciente ya haya empezado a establecer las conexiones. No sería la primera vez que ocurre; no ha conseguido todas esas menciones honoríficas en los anuncios clasificados de Craigslist.

—Escucho —dice Jerome.

—Tú no sabes nada del caso del Centro Cívico. No sabes nada de Olivia Trelawney ni de Janey Patterson.

Los tres cenaron en DeMasio, es cierto, pero Hodges duda que la poli llegue hasta ahí en breve, si es que alguna vez llega.

—No sé nada de nada —declara Jerome. En su voz no se advierte desconfianza ni titubeo alguno—. ¿Quién lo preguntará? ¿La policía?

—Más adelante sí, es posible. Pero primero abordarán a tus padres. Porque esa explosión que has oído era mi coche. Lo conducía Janey. Nos hemos cambiado de coche en el último momento. Ella ha... muerto.

—¡Por Dios, Bill, tienes que contarlo! ¡A tu antiguo compañero!

Hodges se acuerda de cuando ella dijo: «Es *nuestro*. En *eso* seguimos de acuerdo, ¿eh?».

«Exacto —piensa—. En eso seguimos de acuerdo, Janey».

—Todavía no. De momento voy a encargarme yo de esto, y necesito que me ayudes. La ha matado ese mierda, quiero sus cojones, y pienso conseguirlos. ¿Me ayudarás?

—Sí. —No dice «¿Me traerá problemas?». Ni «Esto podría echar a perder mis posibilidades en Harvard». Ni «A mí déjame al margen». Solo dice «Sí». Bendito sea Jerome Robinson.

—Tienes que entrar en el Paraguas Azul de Debbie haciéndote pasar por mí y enviar un mensaje al individuo que ha hecho esto. ¿Recuerdas mi nombre de usuario?

—Sí. Ranagustavo19. Voy a buscar un pa...

—No hay tiempo. Tú recuerda la idea general. Y no lo mandes antes de una hora. Tiene que constarle que no lo he escrito *antes* de la explosión. Tiene que constarle que sigo vivo.

—Adelante —insta Jerome.

Hodges se lo explica y corta la comunicación sin despedirse. Se mete el teléfono en el bolsillo del pantalón, junto con el estuche de las gafas de sol de Holly.

Un camión de bomberos dobla rápidamente la esquina, seguido de dos coches patrulla. Pasan a toda velocidad por delante de la funeraria Soames, donde el director y el clérigo que ha intervenido en la ceremonia en memoria de Elizabeth Wharton, ahora en la acera, se protegen los ojos del resplandor del sol y el coche en llamas.

Hodges debe hablar con mucha gente, pero antes tiene algo más importante que hacer. Se quita la chaqueta, se arrodilla y cubre el brazo caído en el albañal. Siente el escozor de las lágrimas en los ojos y las contiene. Ya llorará más tarde. En este momento las lágrimas no encajan en la versión de los hechos que ha de contar.

Los policías, dos jóvenes sin acompañante, salen de sus respectivos coches. Hodges no los conoce.

—Agentes —dice.

—Caballero, debo pedirle que se aleje —ordena uno de ellos—, pero si ha sido testigo de... —Señala los restos llameantes del Toyota—. En ese caso, quédese por aquí. Será necesario interrogarlo.

—No solo lo he visto; debería haber estado dentro. —Hodges saca la cartera y la abre para enseñar su identificación de policía con el sello RETIRADO en rojo—. Hasta el otoño pasado mi compañero fue Pete Huntley. Debería usted avisarlo lo antes posible.

El otro policía pregunta:

—¿Ese era su coche, caballero?

—Pues sí.

—¿Y quién lo conducía? —quiere saber el primer agente.

23

Brady llega a casa un rato antes de las doce del mediodía con todos sus problemas resueltos. En la acera de enfrente, el viejo señor Beeson está en su jardín.

—¿Has oído eso?

—Oír ¿qué?

—Una gran explosión en alguna parte del centro. Se ha visto mucho humo, pero ahora ya ha desaparecido.

—Llevaba la radio muy alta —explica Brady.

—Seguro que ha estallado la vieja fábrica de pintura, seguro que ha sido eso. He llamado a la puerta de tu madre, pero debe de estar durmiendo. —A sus ojos asoma un brillo que da a entender el comentario tácito: *durmiendo la mona*.

—Será eso —coincide Brady. No le gusta la idea de que ese viejo cabrón, ese entrometido, haya llamado a la puerta. En opinión de Brady Hartsfield, lo único que garantiza una buena vecindad es no tener vecinos—. Tengo que dejarlo, señor Beeson.

—Saluda a tu madre de mi parte.

Brady abre la puerta, entra y vuelve a cerrar con llave. Olfatea el aire. Nada. O... *casi* nada, quizá. Tal vez un mínimo tufo, como un olor a restos de pollo después de unos días en el cubo de la basura debajo del fregadero.

Brady sube a la habitación de su madre. Retirando la colcha, deja a la vista su rostro pálido y sus ojos de mirada fija. Ahora ya no le molestan tanto, ¿y qué más da que el señor Beeson sea un metomentodo? Brady solo necesita mantener las cosas bajo control durante unos días más, así que a la *mierda* el señor Beeson. Y a la mierda también la mirada fija de su madre. No la ha matado él; se ha matado ella sola. Tal como debería haberse matado el expoli gordo, ¿y qué más da si no se mató? Ahora ya no está en este mundo, así que a la *mierda* el expoli gordo. El Ins. está Ret. definitivamente. Descanse en paz, inspector Hodges.

—Lo he hecho, mamá —dice—. Lo he conseguido. Y con tu ayuda. Solo en mi cabeza, pero... —Aunque de eso no está del todo seguro. Quizá sí ha sido su madre quien en realidad le ha recordado que cerrara otra vez las puertas del coche del expoli gordo. A él se le ha pasado por alto—. En todo caso, gracias —concluye en un tono poco convincente—. Gracias por lo que sea. Y lamento que estés muerta.

Los ojos fijan la mirada en él.

Brady, vacilante, tiende la mano y, con las yemas de los dedos, le cierra los ojos tal como ha visto alguna vez en las películas. Solo da resultado durante unos segundos; enseguida vuelven a abrirse como persianas viejas y cansadas y mantienen de nuevo esa mirada fija. Esa mirada acusadora: «Tú me has matado, cariñito».

Esos ojos le aguan la fiesta, y Brady vuelve a taparle la cara con la colcha. Baja y enciende el televisor, pensando que al menos uno de los canales locales emitirá desde el lugar de los hechos, pero ninguno da la noticia. Es de lo más irritante. ¿No reconocen un coche bomba cuando estalla ante sus narices? Se ve que no. Se ve que es más importante que Rachael Ray prepare su puto pastel de carne preferido.

Apaga la caja tonta y baja apresuradamente a la sala de control, donde dice *caos* para encender sus ordenadores y *oscuridad* para detener el programa suicida.

Arrastrando los pies, ejecuta una pequeña danza con los puños en alto a la vez que canta lo que recuerda de Ding Dong the Witch Is Dead, Ding Dong la bruja ha muerto, pero sustituyendo «bruja» por «poli». Cree que así se sentirá mejor, pero no lo consigue. Entre la indiscreción del señor Beeson y la mirada fija de su madre, se le escapan las buenas sensaciones, las sensaciones por las que tanto se ha *esforzado*, las sensaciones que *merece*.

Da igual. Se acerca la hora del concierto, y tiene que prepararse para ese momento. Se sienta ante su larga mesa de trabajo. Las bolas de cojinete que antes estaban en el chaleco bomba se encuentran ahora en tres tarros de mayonesa. Al lado hay un paquete de bolsas herméticas para el almacenamiento de comida de tamaño grande. Empieza a llenarlas de bolas, pero sin excederse. La tarea lo tranquiliza, y va recuperando las buenas sensaciones. De pronto, cuando está a punto de acabar, oye la sirena de un barco de vapor.

Brady alza la vista con expresión ceñuda. Eso es un aviso especial que ha programado en el Número Tres. Suena cuando recibe un mensaje en la web del Paraguas Azul. Pero eso es imposible. La única persona con la que ha estado comunicándose a través del Paraguas Azul en estos últimos tiempos es Gustavo William Hodges, alias el expoli gordo, alias el Ins. permanentemente Ret.

Impulsando la silla de oficina con los pies, se desplaza hasta el Número Tres y mira el monitor. El icono del Paraguas Azul muestra ahora un «1» dentro de un pequeño círculo rojo. Lo pulsa con el ratón. Con los ojos y la boca muy abiertos, se queda contemplando el mensaje en la pantalla.

¡ranagustavo19 quiere chatear contigo!
¿Quieres chatear con ranagustavo19?
S N

Brady habría deseado creer que ese mensaje fue enviado anoche o esta mañana antes de que Hodges saliera de casa, pero no es posible. Acaba de oír el aviso de entrada.

Haciendo acopio de valor —porque esto le da mucho más miedo que mirar a su madre muerta a los ojos— clica en la S y lee.

Has fallado.



Y aquí tienes algo para recordar, capullo: soy como tu retrovisor lateral. Ya sabes: LOS OBJETOS ESTÁN MÁS CERCA DE LO QUE PARECE.

Sé cómo entraste en su Mercedes, y no fue con la llave de emergencia. Pero eso te lo creíste, ¿verdad? Claro que sí.

Porque eres un capullo.

Tengo una lista de todos los demás coches que abriste para robar entre 2007 y 2009.

Tengo más información que no quiero darte ahora mismo, pero he aquí un dato que sí te DARÉ: se dice MALEANTE, no MAREANTE.

¿Por qué te digo esto? Porque ahora ya no voy a atraparte y entregarte a la poli. ¿Por qué iba a hacerlo? Yo ya no soy poli.

Voy a matarte.

Hasta pronto, niño de mamá.

Aun en su estado de conmoción e incredulidad, los ojos se le van una y otra vez hacia esa última frase.

Se acerca al cuarto de material con la sensación de que camina sobre zancos. Una vez dentro, con la puerta cerrada, grita y golpea los estantes con los puños. En lugar de matar al perro de la familia del negro, acabó matando a su propia madre. Eso estuvo mal. Ahora, en lugar de matar al poli, ha acabado matando a otra persona, y eso ha estado peor. Probablemente era la zorra rubia. La zorra rubia llevaba el sombrero del Ins. Ret. por alguna extraña razón que solo otra rubia entendería.

Si algo tiene claro es que esta casa ya no es segura. Lo más probable es que Hodges mienta al insinuar que está cada vez más cerca, pero quizá no. Conoce la existencia de la Cosa Dos. Sabe lo de los robos en coches. Dice que tiene más información. Y...

«Hasta pronto, niño de mamá».

Tiene que salir de aquí. Cuanto antes. Sin embargo aún le queda algo por hacer.

Brady vuelve a subir al piso superior y entra en la habitación de su madre, sin mirar apenas el bulto dibujado bajo la colcha. Va al cuarto de baño de ella y revuelve los cajones de su armario hasta que encuentra su maquinilla de afeitar eléctrica. Acto seguido se pone manos a la obra.

Hodges vuelve a estar en la sala de interrogatorios número cuatro —SI4, su sala de la suerte—, pero esta vez se encuentra al otro lado de la mesa, delante de Pete Huntley y la nueva compañera de Pete, una pelirroja escultural de ojos gris niebla. Es un interrogatorio entre colegas, pero eso no altera las circunstancias básicas: su coche ha volado por los aires y una mujer ha resultado muerta. Otra de esas circunstancias es que un interrogatorio no deja de ser un interrogatorio.

—¿Tiene algo que ver con el Asesino del Mercedes? —pregunta Pete—. ¿Tú qué crees, Billy? O sea, es lo más probable, ¿no te parece? Dado que la víctima ha sido la hermana de Olivia Trelawney.

Helo ahí: la víctima. La mujer con la que se ha acostado después de llegar a un punto en la vida en el que pensaba que nunca más se acostaría con una mujer. La mujer que lo ha hecho reír y lo ha reconfortado. La mujer que ha sido su compañera en esta última investigación en igual medida que lo fue en su día Pete Huntley. La mujer que lo miraba arrugando la nariz e imitaba burlescamente su *pues sí*.

«Que nunca te oiga llamarlos víctimas», le dijo Frank Sledge en un tiempo lejano... pero ahora mismo tiene que tragárselo.

—No veo qué relación puede haber —contesta con tono comedido—. Ya sé lo que parece, pero a veces hay humo sin fuego y una coincidencia es solo una coincidencia.

—¿Cómo conociste a...? —empieza a decir Isabelle Jaynes; de pronto mueve la cabeza en un gesto de negación—. No, no es esa la pregunta. ¿*Por qué* la conociste? ¿Estabas investigando lo del Centro Cívico por tu cuenta?

Lo que se abstiene de preguntar, quizá en atención a Pete, es si «estaba haciendo de tío» a gran escala. Al fin y al cabo, están interrogando al antiguo compañero de fatigas de Pete, a ese hombre fornido con pantalón de traje arrugado y camisa blanca manchada de sangre, el nudo de la corbata que se ha puesto esta mañana ahora aflojado y desplazado hasta el centro de su amplio pecho.

—¿Podría beber agua antes de empezar? Estoy aún un poco alterado. Era una buena mujer.

Janey era mucho más que eso, pero la parte fría de su mente que —de momento— mantiene enjaulada a la parte caliente le dice que esta es la manera acertada de proceder, el camino que conducirá hacia el resto de su versión de los hechos tal como una estrecha rampa de acceso conduce a una autopista de cuatro carriles. Pete se levanta y sale. Isabelle guarda silencio hasta que él vuelve con un vaso de papel, limitándose a observar a Hodges con esos ojos de color gris niebla suyos.

Hodges se bebe medio vaso de un trago y a continuación dice:

—Bueno. El asunto se remonta al día en que tú y yo comimos en el DeMasio. ¿Te acuerdas, Pete?

—Claro.

—Te pregunté por los casos... o sea, los importantes... en los que estábamos trabajando cuando me retiré. Pero el que me interesaba de verdad era la Matanza del Centro Cívico. Eso tú ya lo sabías, creo.

Pete permanece en silencio, pero esboza una sonrisa.

—¿Recuerdas que te pregunté si alguna vez te parabas a pensar en la señora Trelawney? ¿En concreto si era verdad o no su versión sobre la llave de repuesto?

—Ajá.

—Mi verdadera duda era si fuimos justos con ella, si actuamos cegados por su manera de ser.

—¿Por su manera de ser? ¿A qué te refieres? —pregunta Isabelle.

—No había quien la aguantara —contesta Hodges—. Con sus tics y su altivez y su susceptibilidad. Para ponerlo en perspectiva, démosle la vuelta por un momento y pensemos cuánta gente creyó a Donald Davis cuando se declaró inocente. ¿Por qué? Porque *no tenía* tics ni daba una imagen de altivez ni era susceptible. Realmente podía hacernos colar ese numerito del marido afligido y atormentado, y era atractivo. Lo vi una vez en el Canal Seis, y a la presentadora, esa rubia tan guapa, prácticamente le temblaban los muslos.

—Eso es de mal gusto —observa Isabelle, pero lo dice con una sonrisa.

—Sí, pero es verdad. Ese hombre tenía encanto. Olivia Trelawney, en cambio, era el *anti* encanto personificado. Así que empecé a plantearme si alguna vez vimos su versión con imparcialidad.

—Claro que la vimos con imparcialidad —afirma Pete taxativamente.

—Quizá sí. La cuestión es que ahí me tienes, retirado, con tiempo libre. Demasiado tiempo. Y un día, Pete, poco antes de llamarte para quedar a comer, voy y me digo: supongamos que esa mujer *decía* la verdad. En tal caso, ¿dónde estaba la segunda llave? Y luego... eso ya *después* de nuestra comida... entré en internet y empecé a investigar un poco. ¿Y sabes qué descubrí? Un tecntruco que se conoce como «robar el peque».

—¿Y eso qué es? —pregunta Isabelle.

—Vamos, hombre —protesta Pete—. ¿De verdad crees que un genio de la informática le robó la señal del mando a distancia? ¿Y luego encontró casualmente la llave de repuesto en la guantera o debajo del asiento? ¿La llave de repuesto de la que ella se *olvidó*? Eso es muy traído por los pelos, Bill. Y más si añades que la foto de esa mujer podría haber salido al lado de «personalidad Tipo A» en el diccionario.

Tranquilamente, como si hace menos de tres horas no hubiera utilizado su chaqueta para cubrir el brazo amputado de la mujer que amaba, Hodges resume lo que Jerome averiguó sobre «robar el peque», presentándolo como hallazgo suyo. Les cuenta que fue al apartamento de Lake Avenue para hablar con la madre de Olivia Trelawney («Si aún vivía, cosa que no sabía con certeza») y se encontró allí a la hermana de Olivia, Janelle. Omite su visita a la mansión de Sugar Heights y su conversación con Radney Peeples, el guardia de la compañía de seguridad

Vigilante, porque eso podía conducir a preguntas difíciles de contestar. Ya se enterarían en su momento, pero ahora tiene ya a Mr. Mercedes casi al alcance de la mano, lo sabe. Solo necesita un poco más de tiempo.

O eso espera.

—La señora Patterson me dijo que su madre estaba en una residencia a unos cincuenta kilómetros de aquí: Sunny Acres. Se ofreció a acompañarme y presentarme. Para hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Y eso por qué? —quiere saber Isabelle.

—Porque ella creía que quizá habíamos acosado a su hermana y que se suicidó por eso.

—Tonterías —dice Pete.

—No te lo discuto, pero entenderás que lo pensara, ¿no? Y que deseara disipar las sospechas de negligencia que pesaban sobre su hermana.

Pete, con un gesto, le indica que siga. Hodges así lo hace, tras apurar el vaso de agua. Quiere marcharse de ahí. A esas alturas Mr. Mercedes tal vez ya ha leído el mensaje de Jerome. Si es así, podría ser que huyera. Eso a Hodges no le parece mal: es más fácil localizar a un fugitivo que a un hombre escondido.

—Interrogué a la anciana y no averigüé nada. Solo conseguí alterarla. Tuvo un derrame cerebral y murió poco después. —Suspira—. La señora Patterson, Janelle, quedó desconsolada.

—¿Y además se cabreó contigo? —pregunta Isabelle.

—No. Porque ella también era partidaria de la idea. Luego, cuando su madre murió, resultó que no conocía a nadie en la ciudad salvo la enfermera de su madre, bastante achacosa ella misma. Yo le había dado mi número de teléfono, y me llamó. Me dijo que necesitaba ayuda, sobre todo por unos parientes que venían de fuera y con los que apenas tenía trato, y yo accedí. Janelle escribió la necrológica. Yo me ocupé del resto de los preparativos.

—¿Por qué iba ella en tu coche cuando estalló?

Hodges les cuenta la crisis nerviosa de Holly. No menciona que Janey se apropió de su sombrero nuevo en el último momento, y no por temor a que desestabilice su versión, sino por lo mucho que le duele.

—De acuerdo —dice Isabelle—. Conociste a la hermana de Olivia Trelawney, a quien tanto apreciabas que la llamas por su nombre de pila. La hermana te organiza un encuentro con su madre. Su madre muere de un derrame cerebral, quizá por la excitación que le causó revivirlo todo. La hermana vuela por los aires después del funeral, en tu coche, ¿y sigues sin ver la relación con el Asesino del Mercedes?

Hodges abre las manos.

—¿Cómo iba a saber ese hombre que yo andaba haciendo preguntas por ahí?

No puse un anuncio en el periódico. —Se vuelve hacia Pete—. No hablé con nadie de ello. Ni siquiera contigo.

Pete, todavía dándole vueltas a la idea de que sus sentimientos personales respecto a Olivia Trelawney hubieran podido sesgar la investigación, tiene una expresión hosca. A Hodges le da igual, porque es precisamente eso lo que ocurrió.

—Es verdad, a mí solo me sondeaste al respecto en la comida.

Hodges exhibe una amplia sonrisa y simultáneamente se le pliega el estómago como una figura de papiroflexia.

—Oye —dijo—, invité yo, ¿no?

—¿Quién más podría haber querido mandarte al otro mundo con una bomba? —pregunta Isabelle—. ¿Acaso estás en la lista negra de Papá Noel?

—Puestos a adivinar, me apostaría cualquier cosa a que ha sido la familia Abbascia. ¿A cuántos de esos mierdas metimos entre rejas por aquello de las armas en 2004, Pete?

—Una docena o más, pero...

—Sí, y empapelamos por crimen organizado al doble de esa cantidad un año después. Los aplastamos, y Fabby el Narices juró que los dos pagaríamos por eso.

—Billy, los Abbascia no pueden hacer pagar a nadie. Fabrizio está muerto, su hermano está en un psiquiátrico donde se cree que es Napoleón o no sé quién, y los demás están en la cárcel.

Hodges se queda mirándolo con cara de escepticismo.

—Vale —conviene Pete—, es verdad que nunca coges a todas las cucarachas; aun así, es una idea descabellada. Con el debido respeto, amigo mío, no eres más que un poli viejo jubilado. Fuera de circulación.

—Exacto. Por eso mismo podrían venir a por mí sin armar mucho revuelo. Tú, en cambio, aún llevas una placa dorada prendida del billetero.

—Eso es absurdo —comenta Isabelle, y cruza los brazos por debajo de los pechos en actitud concluyente.

Hodges se encoge de hombros.

—*Alguien* me ha puesto una bomba, y me cuesta creer que el Asesino del Mercedes se enterara por percepción extrasensorial de que yo estaba indagando en el caso de la llave perdida. Y aunque así fuera, ¿por qué iba a venir a por mí? ¿Cómo podían llevar mis pesquisas hasta él?

—Bueno, está mal de la cabeza —contesta Pete—, eso para empezar.

—Sí, ya, pero repito: *¿cómo iba él a saberlo?*

—Ni idea. Oye, Billy, ¿estás callándote algo? ¿Algún detalle?

—No.

—Yo creo que sí —afirma Isabelle. Ladea la cabeza—. Oye, no te acostabas con ella, ¿verdad?

Hodges se vuelve hacia ella.

—¿Tú qué crees, Izzy? Mírame.

Ella le sostiene la mirada por un momento, pero al final aparta la vista. Hodges se asombra de lo cerca que ha estado. «Intuición femenina —piensa—. Menos mal que no he perdido más peso, ni me he puesto esa mierda de Just For Men en el pelo».

—Oye, Pete, quiero largarme de aquí. Quiero irme a casa, tomar una cerveza y dar vueltas al asunto.

—Entre tú y yo, ¿me juras que no te callas nada?

Hodges desaprovecha la última ocasión de contarle todo sin el menor cargo de conciencia.

—Nada de nada.

Pete le dice que se mantenga en contacto; lo necesitarán mañana o el viernes para una declaración formal.

—Ningún problema. Ah, Pete... otra cosa: yo que tú, en el futuro inmediato, le echaría un buen vistazo al coche antes de montarme.

En la puerta, Pete lo abraza.

—Lamento todo esto —dice—. Lo que ha pasado y todas las preguntas.

—Descuida. Estás haciendo tu trabajo.

Pete lo estrecha aún más y le susurra al oído:

—Sí estás callándote algo. ¿Crees que me he caído de un nido?

Por un momento Hodges se replantea sus opciones. De pronto recuerda las palabras de Janey: «Es *nuestro*».

Agarra a Pete por los brazos, lo mira a la cara y dice:

—Sencillamente estoy tan desconcertado como lo estás tú. Créeme.

25

Hodges atraviesa la sala de la brigada de investigación, capeando las miradas de curiosidad y las preguntas tendenciosas con un semblante imperturbable que solo se resquebraja una vez. Cassie Sheen, con quien más a menudo trabajó cuando Pete estaba de vacaciones, dice:

—Vaya, vivito y coleando, y más feo que nunca.

Hodges sonríe.

—Pero si es Cassie Sheen, la Reina del Botox.

Levanta un brazo en fingida actitud defensiva cuando ella coge un pisapapeles de su escritorio y lo blande en dirección a él. Todo se le antoja falso y real al mismo tiempo. Como una de esas peleas de chicas en la televisión vespertina.

En el pasillo, hay una hilera de sillas cerca de las máquinas expendedoras de tentempiés y refrescos. La tía Charlotte y el tío Henry ocupan dos de ellas. Holly no está, e instintivamente Hodges toca el estuche de las gafas en el bolsillo del pantalón. Pregunta al tío Henry si se encuentra mejor. El tío Henry contesta afirmativamente y le da las gracias. Hodges se vuelve hacia la tía Charlotte y le pregunta cómo está.

—Bien. Es Holly quien me preocupa. Creo que se siente culpable, porque es la causante de... ya me entiende.

Hodges la entiende. La causante de que Janey fuera al volante de su coche. Aunque, por supuesto, Janey habría ido en el coche en cualquier caso, pero duda que Holly se sienta mejor por eso.

—Me gustaría que hablara usted con ella. Por alguna razón, han hecho *buenas migas*. —Asoma a sus ojos un brillo desagradable—. Igual que hicieron buenas migas Janelle y usted. Debe de tener un don para eso.

—Hablaré con ella —responde Hodges, y esa es su intención, pero antes hablará con ella Jerome. En el supuesto de que el número grabado en el estuche de las gafas sea el bueno, claro está. Por lo que él sabe, ese número bien podría ser el de un teléfono fijo de... ¿Dónde era? ¿Cincinnati? ¿Cleveland?

—Confío en no tener que identificarla —dice el tío Henry. Sostiene en una mano una taza de poliestireno con café. Apenas lo ha tocado, y a Hodges no le extraña. El café del Departamento de Policía tiene fama de malo—. Es imposible. Ha volado en pedazos.

—No seas idiota —ataja la tía Charlotte—. No esperan eso de nosotros. *No pueden*.

—Si le tomaron alguna vez las huellas digitales, como a la mayoría de la gente, la identificarán por ese medio —explica Hodges—. Puede que les enseñen fotografías de su ropa, o de sus joyas.

—¿Qué sabemos nosotros de sus joyas? —protesta la tía Charlotte alzando la voz. Un policía que saca un refresco de la máquina se vuelve a mirarla—. ¡Y apenas me fijé en la ropa que Janelle llevaba!

Seguramente calculó el precio de todo, hasta la última costura, supone Hodges, pero se abstiene de hacer comentarios.

—Es posible que tengan otras preguntas. —Algunas sobre él—. No los entretendrán mucho.

Hay un ascensor, pero Hodges opta por la escalera. En el rellano del piso de abajo se apoya en la pared, cierra los ojos y toma aire media docena de veces con aspiraciones trémulas. Es ahora cuando se le saltan las lágrimas. Se las enjuga con la manga. La tía Charlotte ha expresado su preocupación por Holly —preocupación que Hodges comparte—, pero ni un asomo de pesar por su sobrina

volada en pedazos. Imagina que el mayor interés de la tía Charlotte en Janey ahora mismo es qué ocurrirá con ese deseable dineral que Janey heredó de su hermana.

«Espero que se lo haya dejado a un puto hospital canino», piensa.

Hodges, sin aliento, se sienta con un gruñido. Usando uno de los peldaños como escritorio improvisado, deja el estuche de las gafas de sol y después saca del billetero un papel arrugado con dos series de números.

26

—Diga. —Es una voz apagada, vacilante—. Diga. ¿Con quién hablo?

—Me llamo Jerome Robinson, señora. Creo que Bill Hodges la ha avisado que quizá yo la llamara.

Silencio.

—¿Señora? —Jerome, sentado ante su ordenador, sujeta el *smartphone* con tal fuerza que casi rompe la carcasa—. ¿Señora Gibney?

—Escucho. —Casi es un suspiro—. Él ha dicho que quería atrapar a la persona que ha matado a mi prima. Ha sido una explosión espantosa.

—Ya lo sé —dice Jerome.

Al final del pasillo, Barb pone por enésima vez su nuevo disco de *'Round Here. Kisses on the Midway*, se titula. Aún no lo ha enloquecido, pero cada vez que lo oye está más cerca de eso.

Entretanto, la mujer en el otro extremo de la línea se ha echado a llorar.

—¿Señora? ¿Señora Gibney? La acompaño en el sentimiento.

—Yo apenas la conocía, pero era mi prima, y me trataba bien. Igual que el señor Hodges. ¿Sabe qué me ha preguntado?

—Pues... no, no.

—Si había desayunado. ¿Verdad que es todo un detalle?

—Desde luego —responde Jerome. Todavía no se puede creer que la mujer alegre y vital con la que cenó haya muerto. Recuerda cómo le brillaban los ojos cuando reía e imitaba burlonamente el *pues sí* de Bill. Ahora habla por teléfono con una mujer a quien no conoce, una mujer muy rara a juzgar por su voz. Tiene la impresión de que mantener una conversación con ella es como desactivar una bomba—. Señora, Bill me ha pedido que me pase por ahí.

—¿Vendrá contigo?

—Ahora mismo no puede. Tiene otras cosas que hacer.

Otro silencio, y a continuación, con un susurro tan leve y tímido que Jerome apenas lo oye, Holly pregunta:

—¿Eres de fiar? Porque la gente me da miedo, ¿sabes? Me da mucho miedo.

—Sí, señora, soy de fiar.

—Quiero ayudar al señor Hodges. Quiero ayudarlo a atrapar al culpable. Ese hombre debe de estar loco, ¿no crees?

—Sí —contesta Jerome.

Al fondo del pasillo empieza otra canción, y dos niñas —Barbara y su amiga Hilda— prorrumpen en animados chillidos casi tan agudos como para romper un cristal. Jerome piensa en el griterío al unísono de tres mil o cuatro mil Barbs y Hildas mañana por la noche y da gracias a Dios por que sea su madre quien ha asumido *esa* obligación.

—Puedes venir, pero no sé cómo dejarte entrar —dice ella—. Mi tío Henry ha puesto la alarma antirrobo al irse, y no conozco el código. Me parece que además ha cerrado la verja.

—Eso ya lo tengo resuelto —dice Jerome.

—¿Cuándo vendrás?

—Puedo estar ahí dentro de media hora.

—Si hablas con el señor Hodges, ¿puedes decirle algo de mi parte?

—Cómo no.

—Dile que yo también estoy triste. —Hace una pausa—. Y que me tomo el Lexapro.

27

A última hora de la tarde de ese miércoles Brady ocupa una habitación en un gigantesco Motel 6 cerca del aeropuerto, entregando una de sus tarjetas de crédito a nombre de Ralph Jones. Lleva una maleta y una mochila. La mochila contiene una sola muda, que es lo único que necesita para las pocas horas que le quedan de vida. En la maleta ha puesto el cojín con el rótulo APARCAMIENTO DE CULO, la bolsa de orina Urinesta, una foto enmarcada, varios conmutadores de fabricación casera (calcula que necesitará solo uno, pero nunca está de más ser precavido), la Cosa Dos, varias bolsas herméticas llenas de bolas de cojinetes, y explosivo casero suficiente para hacer volar hasta las nubes el motel y el aparcamiento contiguo. Regresa a su Subaru, saca un objeto mayor (con cierto esfuerzo, apenas ha cabido), lo lleva a la habitación y lo apoya contra la pared.

Se tumba en la cama. Al posar la cabeza en la almohada tiene una sensación extraña. De desnudez. Y un tanto sexual, por alguna razón.

«He tenido una racha de mala suerte, pero ya me he librado de ella y sigo en pie».

Cierra los ojos. No tarda en roncar.

Jerome detiene su Wrangler casi tocando la verja cerrada del 729 de Lilac Drive, se apea y pulsa el timbre. Tiene una razón para estar ahí si alguien de la patrulla de seguridad de Sugar Heights le da el alto y se lo pregunta, pero solo le servirá si la mujer que hay dentro lo confirma, y no sabe hasta qué punto puede contar con eso. En su anterior conversación con ella se ha quedado con la impresión de que no anda muy bien de la cabeza. En cualquier caso, no se amedrenta, y cuando lleva un momento ahí plantado, actuando como si tuviera todo el derecho a estar ante esa verja —en pocas ocasiones se ha sentido tan negro—, Holly contesta.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Jerome, señora Gibney. El amigo de Bill Hodges.

Tras una pausa tan larga que Jerome está a punto de volver a pulsar el botón, ella pregunta:

—¿Tienes el código de la verja?

—Sí.

—De acuerdo. Y si eres amigo del señor Hodges, supongo que puedes llamarme Holly.

Jerome introduce el código y la verja se abre. La atraviesa con el coche y la ve cerrarse a sus espaldas. De momento todo va bien.

Holly, junto a la puerta, lo observa por una de las ventanas contiguas, como un preso en la zona de visita de una cárcel de alta seguridad. Lleva una bata sobre el pijama y el pelo alborotado. Por un instante Jerome imagina una situación espantosa: ella pulsa el botón de la alarma antirrobo en el panel (que casi con toda seguridad tiene al alcance de la mano), y cuando llegan los vigilantes, acusa a Jerome de intento de robo. O de ser un posible violador con el fetiche del pijama de franela.

La puerta está cerrada. Él la señala. Por un momento Holly se queda ahí inmóvil como un robot sin batería. A continuación, retira el pasador. Un penetrante pitido se inicia cuando Jerome abre la puerta, y ella retrocede varios pasos, llevándose las dos manos a la boca.

—¡No permitas que me meta en un lío! ¡No quiero meterme en un lío!

Está el doble de nerviosa que él, y eso tranquiliza a Jerome. Introduce el código de la alarma antirrobo y pulsa TODO SEGURO. El pitido cesa.

Holly, con el pelo colgando en torno a la cara como alas húmedas, se deja caer en una recargada silla que, por su aspecto, debe de costar lo suficiente para pagar un año en una buena universidad (aunque quizá no en Harvard).

—Este ha sido el peor día de mi vida —dice—. Pobre Janey. Pobre pobre

Janey.

—Lo siento.

—Pero al menos no ha sido culpa *mía*. —Lo mira con una débil y lastimosa expresión de desafío—. Nadie puede decir que lo sea. Yo no he hecho nada.

—Claro que no —dice Jerome.

La respuesta le sale un tanto forzada, pero ella esboza una parca sonrisa, así que quizá no lo haya notado.

—¿Cómo está el señor Hodges? Es muy... muy *muy* buen hombre. Pese a que no le cae bien a mi madre. —Se encoge de hombros—. Pero ¿a ella quién le *cae* bien?

—Está perfectamente —contesta Jerome, aunque lo duda mucho.

—Eres *negro* —dice ella, observándolo con los ojos muy abiertos.

Jerome se mira las manos.

—Sí lo soy, ¿verdad que sí?

Ella suelta una aguda carcajada.

—Lo siento. Ha sido una grosería. Me parece *bien* que seas negro.

—Lo negro mola —dice Jerome.

—Claro que sí. Y tanto que mola. —Se pone en pie, se mordisqueea el labio inferior y luego le tiende bruscamente la mano con un evidente esfuerzo de voluntad—. Chócala, Jerome.

Él le da un apretón. Le nota la palma de la mano pegajosa. Es como estrechar la pata de un animal pequeño y timorato.

—Tenemos que darnos prisa. Si mi madre y el tío Henry vuelven y te encuentran aquí, me veré en un lío.

«¿Tú? —piensa Jerome—. ¿Y qué me dices del chico negro?».

—La mujer que vivía aquí era también tu prima, ¿no?

—Sí. Olivia Trelawney. La última vez que la vi estaba en la universidad. Mi madre y ella nunca se llevaron bien. —Lo mira con actitud solemne—. Me vi obligada a dejar los estudios. Tenía problemas.

Jerome no duda que los tenía. Ni que los tiene. Aun así, hay algo en ella que le gusta. A saber qué. Desde luego no es esa risa que da tanta grima como el chirrido de unas uñas contra una pizarra.

—¿Sabes dónde está el ordenador?

—Sí, te lo enseñaré. ¿Podrás darte prisa?

«Más me vale», piensa Jerome.

El ordenador de la difunta Olivia Trelawney está protegido con contraseña, lo cual es una tontería, porque cuando Jerome mira debajo del teclado, ve ahí escrito en rotulador OTRELAW.

Holly, sacudiéndose nerviosamente el cuello de la bata en el umbral de la puerta, murmura algo que él no alcanza a oír.

—¿Eh?

—Te preguntaba qué buscas.

—Lo sabrás si lo encuentro.

Abre la ventana de búsqueda y escribe en la casilla LLANTO DE BEBÉ. Ningún resultado. Prueba con LLANTO DE NIÑO. Nada. Prueba con GRITO DE MUJER. Nada.

—Podría ser un archivo oculto. —Esta vez Jerome la oye claramente porque le habla casi al oído. Se sobresalta un poco, pero Holly no se da cuenta. Inclínada, con las manos apoyadas en las rodillas cubiertas por la bata, mantiene la mirada fija en el monitor de Olivia—. Prueba con ARCHIVO AUDIO.

Es una buena idea, y Jerome sigue el consejo. Pero no sale nada.

—Vale —dice ella—. Ve a PREFERENCIAS DEL SISTEMA y mira en SONIDO.

—Holly, eso solo controla las entradas y salidas de señal. Cosas así.

—Vale, *evidente*. Pruébalo de todos modos. —Ha dejado de morderse los labios.

Jerome obedece. Bajo SALIDA, el menú contiene USB AUDIO, AURICULARES y CONTROLADOR DE SONIDO. Bajo ENTRADA, están MICRÓFONO INTERNO y ENTRADA DE LÍNEA. Nada que él no previera.

—¿Alguna otra idea? —pregunta Jerome.

—Abre EFECTOS DE SONIDO. Ahí a la izquierda.

Jerome se vuelve hacia ella.

—Oye, tú entiendes de esto, ¿a que sí?

—Hice un curso de informática. Desde casa. Por Skype. Fue interesante. Venga, sigue. Mira en EFECTOS DE SONIDO.

Jerome accede, y parpadea ante lo que ve. Además de RANA, VIDRIO, PING, PLOP y RONRONEO —los sospechosos habituales—, aparece el archivo FANTASMAS.

—Ese nunca lo había visto.

—Yo tampoco. —Holly sigue sin mirarlo a la cara, pero, por lo demás, su actitud ha cambiado notablemente. Acercando una silla, se sienta junto a él y se remete el pelo lacio por detrás de las orejas—. Y me conozco los programas de Mac del derecho y el revés.

—Déjate llevar por tu lado malvado —dice Jerome, y levanta una mano.

Sin apartar la vista de la pantalla, Holly le choca los cinco.

—Tócala, Sam.

Él sonríe.

—*Casablanca*.

—Sí. He visto esa película setenta y tres veces. Tengo un Diario de Cine. Anoto ahí todo lo que veo. Mi madre dice que eso es un trastorno obsesivo compulsivo.

—La *vida* es un trastorno obsesivo compulsivo —señala Jerome.

Sin sonreír, Holly contesta:

—Déjate llevar por tu lado malvado.

Jerome señala con el cursor FANTASMAS y pulsa la tecla intro. Por los altavoces, a ambos lados del ordenador de Olivia, un bebé empieza a gimotear. Eso no altera a Holly; no se aferra al hombro de Jerome hasta que oye gritar a una mujer: «¿*Por qué le dejaste asesinar a mi hija?*».

—¡Joder! —exclama Jerome, y coge a Holly de la mano. Ni siquiera se detiene a pensarlo, y ella no la retira. Miran la pantalla como si le hubieran salido dientes y los hubiera mordido.

Tras un momento de silencio, el bebé empieza a llorar otra vez. La mujer vuelve a gritar. El programa inicia un tercer ciclo y luego se detiene.

Por fin Holly lo mira a la cara con los ojos tan abiertos que parecen a punto de salirse de las órbitas.

—¿Sabías que iba a pasar esto?

—No, por Dios. —Algo sí esperaba, o de lo contrario Bill no lo habría mandado allí, pero ¿eso?—. ¿Puedes averiguar algún dato sobre ese programa, Holly? ¿Cuándo se instaló, por ejemplo? Si no puedes, no te preo...

—Aparta.

A Jerome se le dan bien los ordenadores, pero Holly maneja el teclado como si fuera un Steinway. Tras investigar durante unos minutos, dice:

—Parece que se instaló el 1 de julio del año pasado. Ese día se instalaron muchas cosas.

—Podría haberse programado para sonar en ciertos momentos, ¿no? ¿Un ciclo de tres veces y se interrumpe?

Ella le lanza una mirada de impaciencia.

—Por supuesto.

—¿Y entonces por qué *ya* no suena? O sea, vosotros habéis estado en esta casa. Lo habríais oído.

Con un desenfrenado cliqueo de ratón, Holly le muestra otra cosa.

—Esto yo ya lo había visto. Es un programa esclavo, oculto en los contactos

de correo electrónico. Seguro que Olivia no sabía que estaba aquí. Se llama Espejo. No puede utilizarse para encender un ordenador, o eso creo, pero si el ordenador está *encendido*, puedes manejarlo todo desde tu propio ordenador. Abrir archivos, leer los *e-mails*, ver el historial de búsquedas... o desactivar programas.

—Como, por ejemplo, después de muerta —dice Jerome.

—Uf. —Holly hace una mueca.

—¿Por qué lo habrá dejado aquí el tipo que lo instaló? ¿Por qué no lo borró por completo?

—No lo sé. Quizá se olvidó. Yo me olvido continuamente de las cosas. Mi madre dice que me olvidaría la cabeza si no la tuviera pegada al cuello.

—Sí, la mía también me lo dice. Pero ¿quién será *ese tipo*? ¿De quién estamos hablando?

Holly se detiene a pensar. Jerome también. Y después de unos cinco segundos, los dos hablan a la par.

—Su técnico informático —dice Jerome a la vez que Holly dice—: Su ciberexperto.

Jerome empieza a registrar los cajones de la mesa del ordenador de Olivia, buscando una factura de un servicio informático, un recibo con el sello PAGADO o una tarjeta de visita. Debería haber al menos una de esas cosas, pero no encuentra ninguna. Se arrodilla y se mete bajo la mesa, en el espacio para las piernas. Ahí tampoco encuentra nada.

—Mira en la nevera —sugiere a Holly—. A veces la gente cuelga cosas ahí, con imanes.

—Hay un montón de imanes en la nevera —responde Holly—, pero solo una tarjeta de una inmobiliaria y otra de la compañía de seguridad Vigilante. Janey debió de quitar todo lo demás. Probablemente lo tiró a la basura.

—¿Hay una caja fuerte?

—Imagino que sí, pero ¿por qué iba mi prima a guardar la tarjeta de visita de su técnico informático en la caja fuerte? No es que valga *dinero* ni nada por el estilo.

—Ya —coincide Jerome—. Eso es verdad.

—Si hubiera tenido una tarjeta, la habría dejado al lado del ordenador. No la habría *escondido*. ¡Pero si hasta apuntó la contraseña debajo mismo del maldito teclado!

—Menuda tontería —comenta Jerome.

—Desde luego. —De pronto Holly parece caer en la cuenta de lo cerca que están. Se levanta y vuelve a la puerta. Empieza a sacudirse otra vez el cuello de la bata—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Mejor será que llame a Bill, imagino.

Saca el móvil, pero antes de que pueda telefonar, ella pronuncia su nombre. Jerome la mira, ahí de pie en el umbral con su holgada ropa de andar por casa, visiblemente desorientada.

—Debe de haber tropecientos técnicos informáticos en esta ciudad —comenta Holly.

No tantos ni remotamente, pero sí muchos. Jerome lo sabe, y Hodges también, porque fue el propio Jerome quien se lo dijo.

30

Hodges escucha con atención todo lo que Jerome le cuenta. Le complace oír a Jerome elogiar a Holly (y espera que a Holly la complazca también, si está oyéndolo), pero lo defrauda en extremo que no exista vía de acceso al informata que manipuló el ordenador de Olivia. Jerome piensa que Janey tiró a la basura la tarjeta de visita del informata en cuestión. Hodges, con la mente adiestrada para la suspicacia, sospecha que Mr. Mercedes se aseguró de que Olivia no *tuviera* ninguna tarjeta. Solo que eso no cuadra. ¿No le habría *pedido* ella una tarjeta si se quedó contenta con el trabajo del técnico? ¿Y no la habría guardado a mano? A menos que...

Pide a Jerome que lo ponga con Holly.

—¿Sí? —dice con voz tan débil que Hodges se ve obligado a aguzar el oído.

—Holly, ¿no hay una libreta de direcciones en el ordenador de Olivia?

—Un momento. —Hodges oye el leve cliqueo del ratón. Cuando Holly vuelve, habla con tono de perplejidad—. No.

—¿Eso es normal?

—Digamos que no.

—¿Podría haber borrado la libreta de direcciones el individuo que instaló las voces de los fantasmas?

—Sí, claro. Fácilmente. Estoy tomándome el Lexapro, señor Hodges.

—Muy bien, Holly. ¿Tiene alguna manera de saber si Olivia utilizaba mucho el ordenador?

—Claro.

—Déjeme hablar con Jerome mientras lo averigua.

Jerome se pone al aparato y se disculpa por no haber podido encontrar más información.

—No, no, habéis hecho un trabajo excelente. Al buscar en el escritorio, ¿no habréis visto una libreta de direcciones *física*?

—Nada de nada, pero ya casi nadie usa esas cosas; todos los contactos se guardan en los ordenadores y los teléfonos. Eso tú ya lo sabes, ¿no?

Hodges supone que *debería* saberlo, pero hoy día el mundo avanza demasiado deprisa para él. Ni siquiera sabe programar su grabador de vídeo digital.

—No cuelgues. Holly quiere hablar contigo otra vez.

—Holly y tú os entendéis muy bien, veo.

—Hay buen rollo, sí. Te la paso.

—Olivia tenía montones de programas y muchas webs en favoritos —explica Holly—. Era muy aficionada a Hulu y el *Huffington Post*. Y en cuanto a su historial de búsquedas... me da la impresión de que pasaba aún más tiempo que yo navegando, y eso que yo me conecto *mucho*.

—Holly, ¿por qué una persona que depende tanto del ordenador no tiene a mano la tarjeta de un servicio de mantenimiento?

—Porque ese hombre se coló aquí después de su muerte y se la llevó —contesta Holly en el acto.

—Es posible, pero piense en los riesgos... sobre todo habiendo en el vecindario servicio de seguridad. Tendría que conocer el código de la verja, el código de la alarma antirrobo... y aun así, necesitaría una llave de la casa... —Su voz se apaga gradualmente.

—¿Señor Hodges? ¿Sigue ahí?

—Sí. Y venga, tutéame.

Pero ella no se anima. Quizá no es capaz.

—Señor Hodges, ¿ese hombre es una de esas mentes criminales superiores? ¿Como los malos en las películas de James Bond?

—Sencillamente está loco, creo yo. —Y *como* está loco, puede que sea indiferente al riesgo. Prueba de ello es el riesgo que corrió en el Centro Cívico, arremetiendo contra esa muchedumbre.

Así y todo, eso no es del todo convincente.

—Póngame con Jerome otra vez, ¿quiere?

Holly así lo hace, y Hodges dice a Jerome que es hora de marcharse antes de que la tía Charlotte y el tío Henry regresen y lo sorprendan dándose el lote informáticamente con Holly.

—¿Qué vas a hacer, Bill?

Hodges mira la calle, donde el crepúsculo ha empezado a oscurecer los colores del día. Son cerca de las siete.

—Consultar con la almohada —dice.

Antes de acostarse, Hodges pasa cuatro horas delante del televisor, viendo programas que llegan perfectamente a sus ojos pero se desintegran antes de llegar al cerebro. Procura dejar la mente en blanco, porque es así como se abre la puerta para que entre la idea correcta. La idea correcta siempre surge como resultado de la conexión correcta, y hay una conexión aún por establecerse; lo presiente. Quizá más de una. No se permitirá pensar en Janey. Más adelante, sí, pero por ahora ella no haría más que entorpecerlo.

El ordenador de Olivia Trelawney es el quid de la cuestión. Le implantaron sonidos fantasmales, y el sospechoso más probable es su técnico informático. ¿Por qué no tenía ella su tarjeta, pues? Ese individuo pudo borrar la libreta de direcciones del ordenador por acceso remoto —y Hodges está casi seguro de que así fue—, pero ¿entró en la casa para robar la puta *tarjeta de visita* después de morir ella?

Recibe una llamada de un reportero de un periódico. Luego lo telefonea otro de Canal Seis. Después de una tercera llamada de un medio de comunicación, Hodges apaga el teléfono. Desconoce quién ha facilitado su número de móvil, pero espera que el responsable se haya embolsado un buen dinero por la información.

Otra cosa acude una y otra vez a su mente, otra cosa que no tiene nada que ver con nada: «Cree que ellos viven entre nosotros».

Echa una ojeada a sus anotaciones para refrescarse la memoria y encuentra la frase: es del señor Bowfinger, el redactor de tarjetas de felicitación. Bowfinger y él estaban sentados en hamacas, y Hodges recuerda que agradeció la sombra. Eso fue durante su serie de interrogatorios en el vecindario, cuando buscaba a alguien que pudiera haber visto un vehículo sospechoso en la calle.

«Cree que ellos viven entre nosotros».

Bowfinger se refería a la señora Melbourne, la vecina de enfrente. La señora Melbourne, miembro de una organización de aficionados a la observación de ovnis llamada CNIFA, Comité Nacional de Investigaciones sobre Fenómenos Aéreos.

Hodges decide que esa evocación es solo uno de esos ecos, como los acordes de una canción pegadiza, que pueden empezar a resonar en un cerebro estresado. Se desnuda y se acuesta, y Janey se le aparece, Janey arrugando la nariz y diciendo *pues sí*, y por primera vez desde la infancia llora hasta quedarse dormido.

Despierta en la madrugada del jueves, echa una meada y se dispone a regresar a la cama, pero de pronto se detiene con los ojos muy abiertos. Lo que ha estado buscando, la conexión, cobra forma súbitamente ante él, clara como el agua.

Uno no se molesta en guardarse una tarjeta de visita si no la *necesita*.

¿Y si ese individuo no trabajaba por su cuenta, al frente de un pequeño negocio en su propia casa, sino para una *empresa*? En tal caso, uno podía llamar al número de la empresa siempre que le hiciera falta, porque debía de ser fácil de memorizar, algo como 555-99999, o cualesquiera que fuesen los dígitos convertibles en la palabra INFORMAT.

Si el individuo trabajaba para una empresa, atendería los servicio a domicilio con un coche de la empresa.

Hodges vuelve a la cama, convencido de que esta vez se quedará en vela, pero sí lo vence el sueño.

Piensa: *Si tenía explosivo suficiente para volar mi coche, debe de tener más.*

Luego vuelve a dormirse.

Sueña con Janey.

KISSES ON THE MIDWAY

El jueves a las seis de la mañana Hodges ya está en pie y se prepara un buen desayuno: dos huevos, cuatro lonchas de beicon, cuatro tostadas. No le apetece, pero se obliga a comer hasta el último bocado, diciéndose que es combustible para el cuerpo. Puede que tenga otra oportunidad de comer en el día, pero puede que no. Tanto en la ducha como mientras mastica con determinación el copioso desayuno (ahora no hay nadie por quien controlar el peso), un pensamiento lo asalta de manera recurrente, el mismo con el que se quedó dormido la noche anterior. Es como una obsesión.

¿Cuánto explosivo tendrá?

Eso conduce a otros pensamientos, claro está. Sin ir más lejos, cómo se propone usarlo ese individuo, el «mareante». Y cuándo.

Toma una decisión: hoy es el día tope. Quiere dar con Mr. Mercedes él mismo, y enfrentarse a él. ¿Matarlo? No. Eso no (eso *probablemente* no), pero molerlo a palos sería magnífico. Por Olivia. Por Janey. Por Janice y Patricia Cray. Por todas las demás personas que Mr. Mercedes asesinó y mutiló en el Centro Cívico el año pasado. Personas tan desesperadas por conseguir un empleo que se levantaron en plena noche y fueron a hacer cola en medio de una niebla húmeda en espera de que se abrieran las puertas. Vidas perdidas. Esperanzas perdidas. *Almas* perdidas.

O sea que sí, quiere encontrar a ese hijo de puta. Pero si no puede atraparlo hoy, lo dejará todo en manos de Pete Huntley e Izzy Jaynes y asumirá las consecuencias... cosa que, como bien sabe, puede implicar una temporada en la cárcel. Da igual. Ya tiene remordimientos de conciencia más que suficientes, pero imagina que puede cargar con algo más. Aunque no con otro asesinato en masa. Eso aniquilaría lo poco que queda de él.

Decide concederse hasta las ocho de esta noche; esa es la línea en la arena. En esas trece horas puede avanzar tanto como Pete e Izzy juntos. Probablemente más, porque no actúa condicionado por la rutina y el procedimiento. Hoy cogerá el M&P 38 de su padre. Y la cachiporra, eso también.

Se guarda la cachiporra en el bolsillo derecho de su americana de *sport*; el revólver, bajo la axila izquierda. En su despacho coge la carpeta de Mr. Mercedes —ahora ya bastante voluminosa— y se la lleva a la cocina. Mientras relee el material, enciende el televisor de la encimera con el mando a distancia y sintoniza el noticiario matutino del Canal Seis. Casi siente alivio al ver que una grúa se ha volcado a orillas del lago, hundiendo a medias una gabarra cargada de sustancias

químicas. No quiere que el lago se contamine más de lo que ya está (en el supuesto de que eso sea posible), pero gracias al vertido la noticia del coche bomba ha quedado en segundo plano. Ese es el lado bueno. El malo es que lo han identificado como el inspector de policía, ahora retirado, que estuvo al frente de la investigación de la Matanza del Centro Cívico, y que han identificado a la víctima del atentado en el coche como la hermana de Olivia Trelawney. Aparece una foto de Janey y él frente a la funeraria Soames, tomada a saber por quién.

«La policía no aclara si existe alguna relación con el asesinato en masa del año pasado en el Centro Cívico —dice el presentador con tono grave—, pero cabe señalar que el autor de dicho crimen no ha sido capturado aún. También dentro de la crónica de sucesos, se prevé que Donald Davis comparezca ante el juez...».

A estas alturas Hodges no tiene ya el menor interés en Donald Davis. Apaga el televisor y se centra otra vez en sus anotaciones en el bloc de papel pautado. Todavía está revisándolas cuando suena el teléfono, no el móvil (aunque hoy sí lo lleva encima), sino el de la pared. Es Pete Huntley.

—Te has levantado con las gallinas —comenta Pete.

—Buena deducción, inspector. ¿En qué puedo ayudarte?

—Ayer mantuvimos una conversación interesante con Henry Sirois y Charlotte Gibney. Los tíos de Janelle Patterson, ya sabes.

Hodges se prepara para lo que se avecina.

—La tía me fascinó especialmente. Según ella, Izzy tenía razón: tú y esa Patterson erais mucho más que simples conocidos. Opina que erais muy buenos amigos.

—Explícate, Pete.

—Una canita al aire, un casquete, un caliqueño, tararí tararí, el tango horizontal...

—Creo que ya lo capto. Permíteme un comentario sobre la tía Charlotte, ¿vale? Si viera una foto de Justin Bieber hablando con la reina Isabel, diría que Bieb estaba tirándosela. «Basta con verles los ojos», diría.

—Lo desmientes, pues.

—Sí.

—Eso lo aceptaré con un margen de duda... más que nada por los viejos tiempos. Aun así, quiero saber qué escondes. Porque esto me huele a cuerno quemado.

—Escúchame bien: no... escondo... *nada*.

Un silencio al otro extremo de la línea. Pete espera a que Hodges se sienta incómodo y lo rompa, olvidando por un momento quién le ha enseñado ese truco.

Al final se rinde.

—Me parece que estás cavándote tu propia fosa, Billy. Te aconsejo que

sueltes la pala antes de que el hoyo sea demasiado profundo y ya no puedas salir.

—Gracias, compañero. Siempre va bien recibir lecciones de vida a las siete y cuarto de la mañana.

—Quiero volver a interrogarte esta tarde. Y esta vez puede que tenga que recitarte las consabidas palabras.

Se refiere a leerle los derechos.

—Por mí no hay inconveniente. Llámame al móvil.

—¿En serio? Desde que te retiraste nunca lo llevas encima.

—Hoy sí lo llevaré. —Eso por descontado. Ya que durante las próximas doce o catorce horas no estará ni mucho menos retirado.

Da por concluida la llamada y se abstrae de nuevo en sus anotaciones, humedeciéndose la yema del dedo índice cada vez que pasa una hoja. Traza un círculo en torno a un nombre: Radney Peeples. El empleado del Servicio de Guardia Vigilante con quien habló en Sugar Heights. Si Peeples hace mínimamente su trabajo, puede que tenga la clave para identificar a Mr. Mercedes. Pero es imposible que no recuerde a Hodges, no después de exigirle este que le mostrara su documentación y luego interrogarlo. Y sabrá que hoy Hodges es noticia de primera plana. Ya tendrá tiempo para buscar la manera de resolver el problema; no quiere telefonar a Vigilante hasta el inicio del horario de oficina. Porque debe parecer una llamada rutinaria.

La siguiente llamada que recibe —esta vez en el móvil— es de la tía Charlotte. Hodges no se extraña de oír su voz, pero eso no significa que le complazca.

—¡No sé qué hacer! —exclama—. ¡Tiene que ayudarme, señor Hodges!

—No sabe qué hacer ¿con qué?

—¡Con el *cadáver*! ¡El *cadáver* de Janelle! ¡Ni siquiera sé dónde *está*!

Hodges oye un pitido y comprueba el número entrante.

—Señora Gibney, tengo otra llamada y debo atenderla.

—No entiendo por qué no puede usted...

—Janey no va a irse a ninguna parte, así que espere un momento. Ya la llamaré.

La interrumpe en medio de su chillido de protesta y da paso a Jerome.

—He pensado que quizá hoy necesites chófer —dice Jerome—. Teniendo en cuenta tu actual situación.

Por un momento Hodges no sabe de qué le habla, y de pronto recuerda que su Toyota ha quedado reducido a fragmentos chamuscados. Los restos se encuentran ahora bajo la custodia del laboratorio forense del Departamento de Policía, donde hoy mismo, dentro de unas horas, unos hombres en bata blanca lo examinarán para determinar qué clase de explosivo se utilizó en la voladura. Anoche volvió a

casa en taxi. En efecto, *necesitará* que alguien lo lleve. Y entonces cae en la cuenta de que tal vez Jerome le sea útil también de otra manera.

—Eso estaría bien —dice—, pero ¿y las clases?

—Tengo una media de 9,4 —explica Jerome pacientemente—. Además, trabajo para la asociación Ciudadanos Unidos y, junto con varias personas más, doy un curso de informática para niños discapacitados. Puedo saltarme un día. Y ya he pedido permiso a mis padres. Solo me han dicho que te pregunte si van a ponerte alguna otra bomba.

—La verdad es que no lo puedo descartar.

—Espera un segundo. —De fondo, Hodges oye decir a Jerome—: Dice que no.

A pesar de las circunstancias, Hodges no puede evitar sonreír.

—Enseguida estoy ahí —dice Jerome.

—Respetar el límite de velocidad. Y no hace falta que vengas antes de las nueve. Emplea ese tiempo para ejercitar tus aptitudes interpretativas.

—¿En serio? ¿Qué papel voy a interpretar?

—El de ayudante de bufete —responde Hodges—. Y gracias, Jerome.

Corta la comunicación, entra en el despacho, enciende el ordenador y busca a un abogado de la ciudad llamado Schron. Es un nombre poco corriente y lo encuentra sin mayor dificultad. Anota el nombre del bufete y el nombre de pila de Schron, que resulta ser George. A continuación vuelve a la cocina y telefonea a la tía Charlotte.

—Hodges —dice—. Aquí estoy otra vez.

—No me gusta que me cuelguen, señor Hodges.

—Tampoco a mí me ha gustado que usted le contara a mi antiguo compañero que me follaba a su sobrina.

La tía Charlotte, escandalizada, ahoga una exclamación y luego calla. Hodges casi concibe la esperanza de que cuelgue. Al ver que sigue al aparato, le dice lo que ella necesita saber.

—Los restos de Janey estarán en el depósito de cadáveres del condado de Huron. No podrá disponer de ellos hoy. Probablemente tampoco mañana. Tendrá que practicarse la autopsia, cosa absurda teniendo en cuenta cuál ha sido la causa de la muerte, pero es el protocolo.

—Pero ¿es que no lo entiende? ¡Tengo las reservas para el *vuelo* de vuelta!

Hodges mira por la ventana de su cocina y cuenta lentamente hasta cinco.

—¿Señor Hodges? ¿Sigue ahí?

—Tal como yo lo veo, tiene dos opciones, señora Gibney. Una, quedarse aquí y hacer lo debido. La otra, usar sus reservas, volver a casa en ese avión y dejar que las autoridades municipales se ocupen de todo.

La tía Charlotte empieza a gimotear.

—Vi cómo la miraba usted, y cómo lo miraba ella. Yo me limité a contestar a las preguntas de esa mujer policía.

—Y con gran presteza, no me cabe duda.

—Con *¿qué?*

Hodges exhala un suspiro.

—Dejémoslo. Les aconsejo, a su hermano y a usted, que se presenten personalmente en el depósito de cadáveres. No llamen por adelantado. Es mejor que les vean la cara. Hablen con el doctor Galworthy. Si Galworthy no está, hablen con el doctor Patel. Si le piden personalmente que aligere los trámites... y si son capaces de plantearlo con amabilidad... los ayudarán tanto como esté en sus manos. Den mi nombre. Nos conocemos desde principios de los años noventa.

—Tendríamos que dejar a Holly otra vez sola —dice la tía Charlotte—. Está encerrada en su habitación, dale que te pego con su ordenador portátil, y se niega a salir.

Hodges advierte que ha empezado a tirarse del pelo y se obliga a contenerse.

—¿Qué edad tiene su hija?

Un largo silencio.

—Cuarenta y cinco.

—Entonces es probable que pueda usted prescindir de una canguro. —Trata de reprimir lo que viene a continuación, pero no lo consigue—. Piense en el dinero que se ahorrará.

—No espero que entienda la situación de Holly, señor Hodges. Mi hija, además de ser psicológicamente inestable, es muy sensible.

«Siendo así, le debe de costar mucho aguantarla a usted», piensa. Pero esta vez logra callárselo.

—¿Señor Hodges?

—Aquí sigo.

—No sabrá si por casualidad Janelle hizo testamento, ¿verdad?

Hodges cuelga.

Brady pasa largo rato en la ducha del motel con las luces apagadas. Le gusta esa calidez uterina y el uniforme tamborileo del agua. También le gusta la oscuridad, y mejor así, porque dentro de poco tendrá toda la que siempre ha deseado. Le gustaría creer que habrá una tierna reunión madre e hijo —quizá incluso en su modalidad de madre y amante—, pero en el fondo de su alma no lo cree. Puede

fingirlo, pero... no.

Solo oscuridad.

No le preocupa Dios, ni la posibilidad de pasarse la eternidad asándose a fuego lento por sus crímenes. No hay cielo ni infierno. Cualquiera con dos dedos de frente sabe que esas cosas no existen. Un ser supremo tendría que ser muy cruel para crear un mundo tan jodido como este. Incluso si *existiera* el Dios vengador de los telepredicadores y los curas pederastas, ¿con qué autoridad moral podría ese lanzador de rayos culpar a Brady de las cosas que ha hecho? ¿Acaso Brady Hartsfield cogió la mano de su padre y se la puso en contacto con el cable de alta tensión que lo electrocutó? No. ¿Encajó él aquel trozo de manzana en la garganta de Frankie? No. ¿Fue él quien habló y habló de cómo se iba el dinero, augurando que acabarían en un albergue de indigentes? No. ¿Preparó él una hamburguesa envenenada y dijo: «Cómete esto, mamá, está delicioso»?

¿Se le puede culpar por arremeter contra el mundo que lo ha convertido en lo que es?

Brady considera que no.

Reflexiona sobre los terroristas que derribaron las Torres Gemelas (reflexiona sobre ellos con frecuencia). Esos payasos estaban convencidos de que irían al paraíso, donde vivirían en una especie de hotel de lujo eterno atendidos por vírgenes jóvenes y despampanantes. Muy gracioso, ¿y qué es lo mejor? Que la broma fue a costa de ellos... por más que no lo supieran. Lo único que consiguieron fue una vista momentánea de todas aquellas ventanas y un destello de luz final. Después ellos y sus millares de víctimas sencillamente desaparecieron. Puf. Adiós muy buenas. Allá vais, asesinos y víctimas por igual, allá vais, al conjunto vacío universal que envuelve un solitario planeta azul y a todos sus habitantes en su maquinal ajeteo. Todas las religiones mienten. Todos los preceptos morales son engañosos. Incluso las estrellas son un espejismo. La verdad es la oscuridad, y lo único que importa es hacer una declaración de principios antes de entrar en ella. Abrir un corte en la piel del mundo y dejar una cicatriz. A eso se reduce la historia, al fin y al cabo: a tejido cicatricial.

Brady se viste y va en coche a un supermercado abierto las veinticuatro horas cercano al aeropuerto. Ha visto en el espejo del baño que la maquinilla eléctrica de su madre deja mucho que desear; su cuero cabelludo necesita mejor mantenimiento. Compra maquinillas desechables y crema de afeitar. Se aprovisiona de pilas, porque nunca están de más. También coge unas gafas de

cristales transparentes en una góndola giratoria. Elige la montura de carey, porque le da un aspecto estudiantil. O eso le parece a él.

De camino a la caja, se detiene ante un expositor de cartón donde aparece la imagen de los cuatro peripuestos chicos de 'Round Here. El texto reza: ¡EQUÍPATE PARA EL GRAN CONCIERTO DEL 3 DE JUNIO! Pero alguien ha tachado 3 DE JUNIO y ha escrito debajo ESTA NOCHE.

Aunque Brady suele llevar la talla M de camiseta —siempre ha sido delgado—, coge una XL y la añade al resto del botín. No tiene que hacer cola; a esa hora tan temprana es el único cliente.

—¿Vas a ir al concierto esta noche? —pregunta la joven cajera.

—Y tanto que sí —contesta Brady con una amplia sonrisa.

De regreso al motel, Brady empieza a pensar en su coche. A *preocuparse* por su coche. El alias de Ralph Jones está muy bien, pero el Subaru está a nombre de Brady Hartsfield. Si el Ins. Ret. descubre su nombre y da aviso a la poli, podría ser un problema. El motel es un lugar seguro —ya no piden el número de matrícula, sino solo el carnet de conducir—, pero el coche no lo es.

«El Ins. Ret. no anda cerca —se dice Brady—. Solo pretendía asustarte».

O quizá no. Este Ins. en particular resolvió muchos casos antes de ser Ret., y al parecer conserva aún parte de esas aptitudes.

En lugar de volver directamente al Motel 6, Brady accede al aeropuerto, coge un tiquet y deja el Subaru en el aparcamiento para estancias largas. Lo necesitará esta noche, pero de momento está bien donde está.

Consulta el reloj. Las nueve menos diez. Faltan once horas para el concierto, piensa. Quizá doce horas para la oscuridad. Podrían ser menos; podrían ser más. Pero no *mucho* más.

Se pone las gafas nuevas y, cargado con sus compras, recorre silbando la distancia que lo separa del motel, alrededor de un kilómetro.

4

Cuando Hodges abre a Jerome la puerta de su casa, lo primero que capta la atención del chico es el 38 enfundado en la hombrera.

—No irás a pegarle un tiro con eso a alguien, ¿no?

—No lo creo. Considéralo un talismán. Era de mi padre. Y tengo un permiso para llevarlo oculto, si es eso lo que te preocupa.

—Lo que me preocupa —aclara Jerome— es si está cargado o no.

—Claro que lo está. ¿Qué crees tú que haría si tuviera que usarlo? ¿Lanzarlo?

Jerome suspira y se alborota el pelo oscuro.

—Esto se complica.

—¿Quieres dejarlo? Si es así, tienes vía libre. Ya mismo. Puedo alquilar un coche.

—No, yo no tengo problema. Eres tú el que me preocupa. Eso que tienes no son ojeras, son medias lunas negras.

—Estoy perfectamente. En cualquier caso, para mí hoy es el último día. Si no consigo dar con ese individuo antes de esta noche, iré a ver a mi antiguo compañero y se lo contaré todo.

—¿Te meterás en un lío muy grave?

—No lo sé, ni me importa demasiado.

—¿Y en qué lío me meteré yo?

—Tú estás a salvo. Si no pudiera garantizarlo, ahora mismo estarías en clase de álgebra.

Jerome le lanza una mirada de compasión.

—Estudié álgebra hace cuatro años. Dime qué puedo hacer.

Hodges se lo explica. Jerome está dispuesto pero tiene sus dudas.

—El mes pasado... esto no se lo cuentes nunca a mis padres... unos amigos y yo intentamos entrar en Punch and Judy, esa nueva discoteca del centro. El portero ni siquiera miró mi hermoso carnet de identidad falso; sencillamente me obligó a salir de la cola y me dijo que me fuera a tomar un batido.

—No me sorprende —dice Hodges—. Tienes cara de diecisiete años, pero, por suerte para mí, tienes voz de veinticinco por lo menos. —Desliza hacia Jerome una hoja con un teléfono anotado—. Haz la llamada.

Jerome dice a la recepcionista del Servicio de Guardia Vigilante que es Martin Lounsbury, un ayudante del bufete Canton, Silver, Makepeace y Jackson. Añade que actualmente trabaja con George Schron, un socio júnior que tiene asignada la tarea de atar unos cuantos cabos sueltos referentes a la herencia de la difunta Olivia Trelawney. Uno de esos cabos sueltos tiene que ver con el ordenador de la señora Trelawney. Su encargo de hoy es localizar al técnico informático que reparaba el ordenador, y parece posible que alguno de los empleados de Vigilante en la zona de Sugar Heights pueda ayudarlo a localizar a ese caballero.

Hodges forma un círculo con el pulgar y el índice para indicar a Jerome que está haciéndolo muy bien y le entrega una nota.

Jerome la lee y dice:

—Una vecina de la señora Trelawney, la señora Helen Wilcox, mencionó a un tal Rodney Peeples. —Escucha y asiente con la cabeza—. Ah, *Radney*, ya. Un nombre interesante. Quizá podría llamarme, si no es mucho inconveniente. Mi jefe es un poco tirano, y la verdad es que estoy con la soga al cuello. —Escucha—. ¿Sí? Ah, estupendo. Muchísimas gracias. —Da a la recepcionista los números

de su móvil y del fijo de Hodges; luego cuelga y se seca un sudor imaginario de la frente—. Me alegro de haber acabado. ¡Uf!

—Lo has hecho muy bien —asegura Hodges.

—¿Y si esa mujer telefonea a Canton, Silver y demás para comprobarlo? ¿Y si se entera de que ahí nunca han oído hablar de Martin Lounsbury?

—Su trabajo consiste en transmitir mensajes, no en investigarlos.

—¿Y si lo comprueba ese Peeples?

Hodges no cree que lo haga. Cree que el nombre de Helen Wilcox se lo impedirá. Cuando Hodges habló con Peeples aquel día frente a la mansión de Sugar Heights, percibió claramente la vibración de que la relación entre Peeples y Helen Wilcox era más que platónica. Quizá un poco más, quizá mucho más. Cree que Peeples dará a Martin Lounsbury lo que quiera para que desaparezca.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Jerome.

Lo que hacen es algo que Hodges se ha pasado haciendo al menos la mitad de su vida profesional.

—Esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que telefonee Peeples o algún otro segurata.

Porque en estos momentos el Servicio de Guardia Vigilante parece ser su mejor vía. Si no da fruto, tendrán que ir a Sugar Heights y empezar a interrogar a los vecinos, perspectiva que no le complace, dada su celebridad en el ciclo de noticias actual.

Entretanto, acude otra vez a su mente el señor Bowfinger, y su vecina la señora Melbourne, la mujer un poco majara que vive en la acera de enfrente. Con sus comentarios sobre los misteriosos todoterrenos negros y su interés en los platillos voladores, la señora Melbourne podría haber sido uno de esos excéntricos personajes secundarios de una película de Alfred Hitchcock.

«Cree que viven entre nosotros», había dicho Bowfinger moviendo las cejas en un gesto sarcástico. ¿Y por qué demonios eso le venía una y otra vez a la cabeza?

A las diez menos diez suena el móvil de Jerome. El fragmento de *Hell's Bells* de AC/DC los sobresalta a los dos. Jerome coge el teléfono.

—Dice NÚMERO PRIVADO. ¿Qué hago, Bill?

—Cógelo. Es él. Y recuerda quién eres tú.

Jerome acepta la llamada y dice:

—Sí, aquí Martin Lounsbury. —Escucha—. Ah, hola, señor Peeples. Muchas gracias por llamar.

Hodges garabatea otra nota y la empuja por encima de la mesa. Jerome le echa un vistazo.

—Ajá... sí... la señora Wilcox me ha hablado muy bien de usted. Ciertamente, muy bien. Pero mi encargo tiene que ver con la difunta señora Trelawney. No es posible dar el visto bueno a la transmisión de la herencia hasta que podamos inventariar el ordenador y... sí, ya sé que han pasado más de seis meses. Es tremendo lo lentas que van estas cosas, ¿no? El año pasado un cliente tuvo que solicitar cupones para alimentos a los servicios sociales a pesar de que tenía en tramitación una herencia de setenta mil dólares.

«No cargues las tintas, Jerome», piensa Hodges. El corazón le late con fuerza.

—No, no tiene nada que ver con eso. Solo necesito el nombre del técnico que le reparaba el ordenador. Lo demás es cosa de mi jefe. —Escucha, juntando las cejas—. ¿Que no puede? Vaya, es una lás...

Pero Peeples sigue hablando. El sudor en la frente de Jerome ya no es ficticio. Alarga el brazo por encima de la mesa, coge el bolígrafo de Hodges y empieza a escribir. Simultáneamente, mantiene una uniforme sucesión de «ajá» y «vale» y «entiendo».

—Oiga, esto está muy bien —dice por fin—. Pero que muy bien. Seguro que al señor Schron ya le servirá. Ha sido usted de gran ayuda, señor Peeples. Así que voy a... —Escucha una vez más—. Sí, es espantoso. Creo que el señor Schron está ocupándose de algunos aspectos de eso... ahora mientras usted y yo hablamos, pero en realidad no sé na... ¿ah, sí? ¡Vaya! Señor Peeples, ha estado usted muy bien. Sí, lo mencionaré. Delo por hecho. Gracias, señor Peeples.

Corta la comunicación y se lleva las palmas de las manos a las sienes, como para atajar un dolor de cabeza.

—Tío, esto sí que ha sido *intenso*. Quería hablar de lo que pasó ayer. Y decir que debía comunicar a los parientes de Janey que Vigilante se ofrece a ayudar tanto como esté en sus manos.

—Eso está muy bien, seguro que incluirán una mención en su expediente, pero...

—También ha dicho que habló con el dueño del coche al que pusieron una bomba. Ha visto tu foto en las noticias de esta mañana.

A Hodges no le sorprende y ahora mismo le da igual.

—¿Te ha dado un nombre? Dime que te ha dado un nombre.

—No el del técnico, pero sí el de la empresa para la que trabaja. Se llama Ciberpatrulla. Según Peeples, van de aquí para allá en Escarabajos Volkswagen verdes. Dicen que aparecen por Sugar Heights continuamente, y son inconfundibles. Ha visto en ellos a un hombre y a una mujer, los dos probablemente de entre veinte y treinta años. Define a la mujer como «tirando a tortillera».

Hodges nunca se ha planteado siquiera la posibilidad de que Mr. Mercedes sea

en realidad una Señora Mercedes. Supone que en rigor puede ser, y sería un buen desenlace para una novela de Agatha Christie, pero esto es la vida real.

—¿Ha dicho qué aspecto tenía el hombre?

Jerome mueve la cabeza en un gesto de negación.

—Ven a mi despacho. Tú conducirás el ordenador y yo haré de copiloto.

En menos de un minuto tienen ante los ojos una hilera de tres Escarabajos Volkswagen verdes con el rótulo CIPERPATRULLA en los flancos. No es una empresa independiente, sino parte de una cadena llamada Discount Electronix con una macrotienda en la ciudad. Se encuentra en el centro comercial de Birch Hill.

—Tío, yo he comprado ahí —dice Jerome—. He comprado ahí *montones* de veces: videojuegos, componentes de ordenador, un montón de DVD de artes marciales a precio de saldo.

Bajo la foto de los Escarabajos se lee CONOZCA A LOS EXPERTOS. Hodges se inclina sobre el hombro de Jerome y clica ese enlace. Aparecen tres fotos. Una es de una chica de rostro alargado y pelo de color rubio sucio. El segundo es un tipo regordete con gafas a lo John Lennon y expresión seria. El tercero es un individuo convencionalmente agraciado, de cabello castaño, repeinado, con una sonrisa inexpresiva de foto. Los nombres que constan debajo son FREDDI LINKLATTER, ANTHONY FROBISHER y BRADY HARTSFIELD.

—¿Y ahora qué? —pregunta Jerome.

—Ahora nos vamos de paseo. Pero antes tengo que coger una cosa.

Hodges entra en su dormitorio y pulsa la combinación de la pequeña caja fuerte que tiene en el armario. Dentro, junto con un par de pólizas de seguro y unos cuantos documentos financieros, hay una pila de tarjetas plastificadas sujetas con una gomita como la que en ese momento lleva en el billetero. A los policías se les entrega un carnet de identidad nuevo cada dos años, y él, siempre que recibía uno, guardaba ahí el antiguo. La diferencia fundamental es que ninguno de los antiguos lleva encima el sello RETIRADO en rojo. Saca el que caducó en diciembre de 2008, extrae su último carnet del billetero y lo sustituye por el de la caja fuerte. Por supuesto, enseñarlo a alguien es otro delito —ley estatal 190.25, suplantación de la identidad de un agente de policía, falta grave de Clase E, sancionable con una multa de 25000 dólares, cinco años de prisión, o ambos—, pero esas cosas ya no le preocupan.

Se guarda el billetero en el bolsillo de atrás, hace ademán de cerrar la caja fuerte y de pronto cambia de idea. Ahí dentro hay algo más que podría necesitar: un pequeño estuche de piel, como una de esas fundas que emplea la gente que viaja con frecuencia para guardar el pasaporte. También era de su padre.

Hodges se la mete en el bolsillo junto con la cachiporra.

Después de enjuagarse la cabeza recién rapada y ponerse las sencillas gafas nuevas, Brady se acerca a la recepción del Motel 6 y paga otra noche. Luego regresa a su habitación y despliega la silla de ruedas que compró el miércoles. Era cara, pero qué más da. El dinero no es ya una preocupación para él.

Coloca el cojín con el rótulo APARCAMIENTO DE CULO repleto de explosivos en el asiento de la silla; después raja el forro del bolsillo del respaldo e introduce varios bloques más de su explosivo plástico de fabricación casera. Cada bloque va provisto de un iniciador de azida de plomo. Mantiene sujetos los cables conectores por medio de un clip metálico. Ya ha pelado los extremos, dejando al descubierto el cobre, y esta tarde los unirá trenzándolos.

El verdadero detonador será la Cosa Dos.

Usando cinta adhesiva filamentosa, cruzada una y otra vez, asegura, una por una, las bolsas con las bolas de cojinete bajo el asiento de la silla de ruedas. Al acabar, se sienta en los pies de la cama y contempla su obra con expresión solemne. La verdad es que no tiene la menor idea de si logrará meter esa bomba rodante en el auditorio Mingo... pero tampoco sabía si conseguiría escapar del Centro Cívico una vez consumado el hecho. Aquello salió bien; quizá esto también. Al fin y al cabo, en esta ocasión no tendrá que escapar, y eso es la mitad de la batalla. Incluso si lo descubren e intentan detenerlo, el pasillo estará abarrotado de asistentes al concierto, y el número de víctimas será muy superior a ocho.

«Esto va a ser la bomba —piensa Brady—. Esto va a ser la bomba, inspector Hodges, y a ti que te den por el culo. Que te den mucho por el culo».

Se tumba en la cama y piensa en masturbarse. Quizá sí debería hacerlo, aprovechando que aún tiene polla con la que masturbarse. Pero incluso antes de desabrocharse el Levi's lo vence el sueño.

En la mesilla de noche tiene una foto enmarcada. En ella Frankie, con Sammy el coche de bomberos en el regazo, sonrío.

Son casi las once de la mañana cuando Hodges y Jerome llegan al centro comercial de Birch Hill. Hay plazas de aparcamiento de sobra, y Jerome deja su Wrangler justo enfrente de Discount Electronix, donde todos los escaparates exhiben grandes letreros de REBAJAS. Frente a la tienda, sentada en el bordillo

con las rodillas juntas y los pies separados, hay una adolescente enfrascada en su iPad. Un cigarrillo humea entre los dedos de su mano izquierda. Solo cuando se acercan, Hodges advierte canas en el cabello de la adolescente. Se le cae el alma a los pies.

—¿Holly? —dice Jerome.

Al mismo tiempo Hodges pregunta:

—¿Qué demonios hace usted aquí?

—Estaba bastante segura de que usted y Jerome lo averiguarían —contesta ella. Aplasta la colilla y se pone en pie—. Pero empezaba a preocuparme. Iba a llamarlo si no llegaba antes de las once y media. Estoy tomando el Lexapro, señor Hodges.

—Ya me lo dijo, y me alegro. Ahora responda a mi pregunta y explíqueme qué hace aquí.

A Holly le tiemblan los labios, y si bien inicialmente ha conseguido mirarlo a la cara, ahora baja la vista y se contempla los mocasines. A Hodges no le extraña haberla confundido en un primer momento con una adolescente, porque en muchos sentidos todavía lo es, obstaculizado su desarrollo por las inseguridades y la tensión de mantenerse en equilibrio en la cuerda floja emocional por la que ha caminado toda su vida.

—¿Se ha enfadado conmigo? *Por favor*, no se enfade conmigo.

—No estamos enfadados —tercia Jerome—, solo sorprendidos.

«Atónitos más bien», piensa Hodges.

—Me he pasado la mañana en mi habitación, explorando la comunidad informática local, pero, como pensábamos, hay centenares de técnicos. Mi madre y el tío Henry han ido a hablar con una gente. Sobre Janey, me parece. Supongo que tendrá que haber otro funeral, pero no soporto la sola idea de pensar en lo que habrá dentro del ataúd. Solo de imaginarlo me entra la llorera.

Y en efecto unas gruesas lágrimas descienden por sus mejillas. Jerome la rodea con un brazo. Al principio ella se tensa; luego le dirige una tímida mirada de agradecimiento.

—A veces, cuando está mi madre presente, me cuesta pensar. Es como si ella creara interferencias en mi cabeza. Supongo que con estas cosas da la impresión de que estoy loca.

—A mí no —contesta Jerome—. A mí me pasa lo mismo con mi hermana. Sobre todo cuando pone sus CD de esos malditos grupos de niñas.

—Esta mañana, cuando se han marchado y la casa se ha quedado en silencio, he tenido una idea. He vuelto al ordenador de Olivia y he mirado su correo.

Jerome se da una palmada en la frente.

—¡Mierda! Ni se me había pasado por la cabeza pensar en el correo.

—No te preocupes, no había nada. Olivia tenía tres cuentas, MacMail, Gmail y AO-Hell, pero las tres carpetas estaban vacías. Quizá borraba ella misma los mensajes, pero lo dudo, porque...

—Porque su escritorio y su disco duro estaban hasta los topes de cosas —concluye Jerome.

—Exacto. Tiene *El puente sobre el río Kwai* en iTunes. Nunca la he visto. Puede que la ponga si tengo ocasión.

Hodges lanza una mirada hacia Discount Electronix. Con el reflejo del sol en los cristales, es imposible saber si alguien los observa. Aquí fuera se siente desprotegido, como un bicho en una piedra.

—Vamos a dar un paseo —sugiere, y los lleva hacia Savoy Shoes, Barnes & Noble y Whitey's Happy Frogurt Shoppe.

—Vamos, Holly, habla —insta Jerome—. Me estás volviendo loco.

Ella sonríe al oírlo, y en ese momento parece mayor. Más de su edad. En cuanto se alejan de los enormes escaparates de Discount Electronix, Hodges se siente mejor. Para él, es evidente que Holly tiene a Jerome encandilado, y también a él (un tanto a su pesar), pero es humillante pensar que una neurótica Lexapro-dependiente se le ha adelantado.

—Como se olvidó de retirar su programa FANTASMA —explica Holly—, he pensado que quizá se había olvidado también de la carpeta de *spam*, y así era. Olivia tenía unos cincuenta *e-mails* de Discount Electronix. Algunos eran anuncios de rebajas, como las que hay ahora, aunque seguro que los únicos DVD que les quedan no son nada del otro mundo, probablemente películas coreanas y tal, y algunos de los mensajes eran cupones para descuentos del veinte por ciento. También tenía cupones para descuentos del treinta por ciento. Los cupones del treinta por ciento servían para el siguiente servicio a domicilio ofrecido por la Ciberpatrulla. —Se encoge de hombros—. Y aquí estoy.

Jerome la mira fijamente.

—¿Solo has tenido que hacer eso? ¿Echar un vistazo a la carpeta de *spam*?

—No te sorprendas tanto —dice Hodges—. Para atrapar al Hijo de Sam, bastó una multa de aparcamiento.

—He ido a la parte de atrás mientras esperaba —dice Holly—. Según su página web, la Ciberpatrulla solo cuenta con tres técnicos, y ahí atrás hay tres de esos Escarabajos verdes. Así que supongo que ese hombre hoy está trabajando en la tienda. ¿Va a detenerlo, señor Hodges? —Vuelve a mordisquearse el labio—. ¿Y si se resiste? No quiero que le pase nada a usted.

Hodges piensa a marchas forzadas. Son tres los técnicos informáticos de la Ciberpatrulla: Frobisher, Hartsfield y Linklatter, la rubia flaca. Está casi convencido de que el individuo en cuestión será Frobisher o Hartsfield, y sea

quien sea, no se esperará que **ranagustavo19** aparezca por la puerta. Aun cuando Mr. Mercedes no echara a correr, sin duda sería incapaz de disimular el sobresalto inicial al reconocerlo.

—Voy a entrar. Usted y Jerome se quedan aquí.

—¿Vas a entrar sin refuerzos? —pregunta Jerome—. Venga, Bill, no creo que eso sea muy int...

—No me pasará nada, tengo el factor sorpresa de mi lado. Pero si no vuelvo en diez minutos, avisa al 911. ¿Entendido?

—Sí.

Hodges señala a Holly.

—Usted no se aparte de Jerome. No más investigaciones de lobo solitario —advierte. «Mira quién fue a hablar», piensa.

Ella asiente con humildad, y Hodges se aleja sin darles tiempo a entretenerlo prolongando la conversación. Cuando se acerca a las puertas de Discount Electronix, se desabrocha la americana de *sport*. El peso del arma de su padre contra la caja torácica lo reconforta.

7

Mientras observan a Hodges entrar en la tienda de electrónica, una duda asalta a Jerome.

—Holly, ¿cómo has venido hasta aquí? ¿En taxi?

Ella niega con la cabeza y señala el aparcamiento. Allí, tres filas por detrás del Wrangler de Jerome, hay un sedán Mercedes gris.

—Estaba en el garaje. —Advierte que Jerome se queda boquiabierto y se pone a la defensiva de inmediato—. Sé conducir, eh. Tengo carnet. Nunca he tenido un accidente, y el seguro, de Allstate, me ha concedido una póliza de buena conductora. ¿Sabías que el hombre que sale en los anuncios televisivos de Allstate era el presidente en la serie 24?

—Ese es el coche...

Holly arruga la frente, desconcertada.

—¿Por qué te extraña tanto? Estaba en el garaje, y he encontrado las llaves dentro de una canasta en el recibidor. ¿Por qué te extraña tanto, pues?

Las abolladuras han desaparecido, observa Jerome. Han cambiado los faros y los parabrisas. Está como nuevo. Nadie diría que se utilizó en una matanza.

—¿Jerome? ¿Crees que a Olivia le importaría?

—No —contesta él—. Seguramente no.

Está imaginándose la calandria manchada de sangre. Jirones de tela colgando

de ella.

—Al principio no arrancaba, estaba sin batería, pero he encontrado un cargador portátil de Olivia, y sé usarlo porque mi padre tenía uno. Jerome, si el señor Hodges no lo detiene, ¿podríamos acercarnos a Whitey's Happy Frogurt Shoppe?

Jerome apenas la oye. Sigue con la mirada fija en el Mercedes. «Se lo devolvieron —piensa—. Bueno, es normal que se lo devolvieran». Al fin y al cabo, era de su propiedad. Incluso reparó los daños. Pero Jerome juraría que nunca más volvió a conducirlo. Si en algún sitio había fantasmas —fantasmas auténticos—, era ahí dentro. Y probablemente gritando.

—¿Jerome? Baja de las nubes, Jerome.

—¿Eh?

—Si todo sale bien, vamos a Frogurt a por un yogur helado. He estado esperándoos al sol y me muero de calor. Yo invito. Me apetece mucho un helado, pero...

Jerome no oye el resto. Está pensando: «Helado».

Dentro de su cabeza se produce un clic tan sonoro que Jerome incluso hace una mueca, y al instante sabe de qué le ha sonado una de las caras de la Ciberpatrulla al verla en el ordenador de Hodges. Le flojean las piernas y se apoya en uno de los postes del paseo para no caerse.

—Dios mío —exclama.

—¿Qué pasa? —Holly, mordiéndose los labios frenéticamente, le sacude el brazo—. ¿Qué *pasa*? ¿Te encuentras mal, Jerome?

Pero al principio Jerome solo puede repetir:

—Dios mío.

8

Hodges piensa que el Discount Electronix del centro comercial de Birch Hill tiene toda la apariencia de una empresa a la que le quedan tres meses de vida. Muchas de las estanterías están vacías, y las existencias restantes ofrecen un triste aspecto de abandono. Casi todos los clientes se congregan en el departamento de audio y vídeo, donde unos letreros fluorescentes de color rosa anuncian: ¡CARAY! ¡REMATE EN LA SECCIÓN DE DVD! ¡TODOS LOS DISCOS REBAJADOS AL 50%, INCLUIDOS LOS BLU-RAY! Pese a que hay diez cajas registradoras, solo tienen abiertas tres, atendidas por mujeres que visten guardapolvos azules con el logo amarillo de DE. Dos de ellas están mirando por la ventana; la tercera lee *Crepúsculo*. Otros dos o tres empleados recorren los pasillos, muy ocupados

en no hacer nada.

Hodges no tiene el menor interés en ninguno de ellos, pero ve a dos de los tres que sí le interesan. Anthony Frobisher, el de las gafas a lo John Lennon, habla con un cliente que lleva una cesta llena de DVD rebajados en una mano y un fajo de cupones en la otra. La corbata de Frobisher induce a pensar que, además de miembro de la Ciberpatrulla, quizá sea el encargado de la tienda. La chica de cara alargada y cabello de color rubio sucio está al fondo, sentada ante un ordenador. Tiene un cigarrillo encajado detrás de una oreja.

Hodges recorre parsimoniosamente el pasillo central de la sección de DVD REBAJADOS. Frobisher lo mira y levanta un dedo para indicar *Enseguida estoy con usted*. Hodges sonríe y mueve la mano en señal de *No hace falta*. Frobisher se concentra de nuevo en el cliente de los cupones. No se advierte en él la menor señal de que lo haya reconocido. Hodges se acerca al fondo de la tienda.

La chica del pelo de color rubio sucio alza la vista hacia él y vuelve a fijarla en la pantalla del ordenador. Tampoco ella lo reconoce. No lleva camiseta de Discount Electronix; en la suya se lee CUANDO YO QUIERA MI OPINIÓN, TE LA DARÉ. Hodges ve que está jugando a una versión actualizada de *Pitfall Harry*, una versión más descarnada que la que fascinaba a su hija Alison hace un cuarto de siglo. «Todo lo que se va vuelve —piensa Hodges—. Un concepto zen, sin duda».

—A menos que tenga una consulta informática, hable con Tones —dice ella—. Yo solo me ocupo de los ordenatas.

—¿Tones no será por casualidad Anthony Frobisher?

—Sí. Don Peripuesto, el de la corbata.

—Usted es, pues, Freddi Linklatter. De la Ciberpatrulla.

—Sí. —Detiene a Pitfall Harry a medio salto por encima de una serpiente enrollada para examinar a Hodges detenidamente. Lo que ve es el carnet de policía de Hodges, con el pulgar estratégicamente colocado para ocultar la fecha de caducidad.

—Oooh —exclama, y tiende al frente las dos manos juntas, ofreciendo las muñecas delgadas como palos—. Soy una chica muy... muy mala, y unas esposas son lo que me merezco. Azóteme, pégueme, oblígueme a extender cheques falsos.

Hodges le dirige una parca sonrisa y se guarda el carnet.

—¿No es Brady Hartsfield el tercer miembro de la alegre pandilla? No lo veo por aquí.

—No ha venido. Tiene gripe. Eso dice. ¿Quiere saber qué sospecho yo?

—Escucho.

—Creo que quizá por fin ha metido a su querida madre en un centro de rehabilitación. Según cuenta, la buena mujer bebe y él ha de ocuparse casi

siempre de ella. Razón por la que nunca se ha echado un B. P. Ya sabe a qué me refiero, ¿no?

—Me lo imagino, sí.

Ella lo observa con corrosivo interés.

—¿Brady está metido en algún lío? No me extrañaría. Está un poco... ya me entiende, *tururú*.

—Solo necesito hablar con él.

Anthony Frobisher —Tones— se acerca.

—¿Puedo ayudarlo en algo, caballero?

—Es la pasma —explica Freddi. Dirige a Frobisher una amplia sonrisa que deja a la vista unos dientes pequeños muy necesitados de limpieza—. Ha descubierto lo del laboratorio de meta de la parte de atrás.

—Corta el rollo, Freddi.

Ella, con una mímica exagerada, hace como si se cerrara los labios con una cremallera y, al acabar, girara una llave invisible, pero no vuelve a centrarse en su juego.

Suena el móvil en el bolsillo de Hodges. Lo silencia con el pulgar.

—Soy el inspector Bill Hodges, señor Frobisher. Tengo que hacer unas preguntas a Brady Hartsfield.

—Está de baja por enfermedad. ¿Ha hecho alguna barbaridad?

—¡Vaya, con rima y todo! Tones es poeta y no lo sabe —observa Freddi Linklatter—. Aunque viéndolo, nadie lo diría...

—Cállate, Freddi. Por última vez.

—¿Puede darme su dirección, por favor?

—Por supuesto, se la traeré.

—¿Puedo descallarme un momento? —pregunta Freddi.

Hodges asiente. Freddi pulsa una tecla del ordenador. Pitfall Harry es sustituido por una hoja de cálculo titulada PERSONAL DE LA TIENDA.

—Listo —dice ella—. Elm Street, 49. Eso está en el...

—El Lado Norte, sí —la interrumpe Hodges—. Gracias a los dos. Han sido de gran ayuda.

Cuando Hodges se aleja, Freddi Linklatter levanta la voz en dirección a él:

—Esto tiene que ver con su madre, me juego lo que sea. Se trae algo raro con ella.

derriba. Holly acecha justo detrás de él. Ha dejado de morderse los labios y ha pasado a las uñas, que presentan un aspecto francamente maltratado.

—Te he llamado por teléfono —reprocha Jerome—. ¿Por qué no has contestado?

—Estaba haciendo unas preguntas. ¿Por qué me miras con esa cara?

—¿Está Hartsfield ahí dentro?

Hodges, sorprendido, es incapaz de responder.

—Es él —afirma Jerome—. Por fuerza lo es. Tienes razón: te observaba, y ya sé cómo. Ha sido lo mismo que en ese cuento de Hawthorne sobre la carta robada: escondida a plena vista.

Holly deja de morderse las uñas el tiempo suficiente para decir:

—Ese cuento es de Poe. ¿Es que no os enseñan nada en el colegio?

—Cálmate, Jerome —dice Hodges.

Jerome respira hondo.

—Tiene dos empleos, Bill. *Dos*. Debe de trabajar aquí solo a media jornada o algo así. Después trabaja para Loeb.

—¿Loeb?

—Sí, la empresa de helados. Conduce la camioneta de Mr. Tastey. La de las campanillas. Yo le he comprado helados, y mi hermana también. Todos los niños le compran. Ronda mucho por nuestra parte de la ciudad. ¡*Brady Hartsfield es el vendedor de helados!*

Hodges cae en la cuenta de que últimamente ha oído el alegre tintineo de esas campanillas con mucha frecuencia. En la primavera de su depresión, apoltronado en el La-Z-Boy, viendo la televisión vespertina (y a veces jugueteando con el arma cuya presión nota ahora en las costillas), lo oía a diario, o esa impresión tiene en este momento. Lo oía y no le prestaba atención, porque solo los niños se fijan realmente en el heladero. Excepto que una parte más profunda de su mente no permaneció *totalmente* ajena. Era esa parte profunda la que volvía una y otra vez a Bowfinger y su sarcástico comentario sobre la señora Melbourne.

«Cree que ellos viven entre nosotros», dijo Bowfinger, pero no eran unos alienígenas llegados del espacio lo que preocupaba a la señora Melbourne el día en que Hodges llevó a cabo los interrogatorios en el vecindario; eran los todoterrenos negros, los quiroprácticos y la gente de Hanover Street que ponía la música muy alta ya entrada la noche.

Y también el hombre de Mr. Tastey.

«Ese tiene una pinta sospechosa», dijo ella.

«Esta primavera parece que siempre anda rondando por aquí», dijo ella.

Una pregunta espantosa asoma a su mente, como una de las serpientes que siempre esperan al acecho en *Pitfall Harry*: si hubiese hecho caso a la señora

Melbourne en lugar de considerarla una chiflada inocua y descartarla (igual que Pete y él descartaron a Olivia Trelawney), ¿seguiría Janey viva? No lo cree, pero nunca lo sabrá con certeza, y se teme que esa pregunta lo atormentará durante muchas noches de insomnio en las próximas semanas y meses.

Tal vez años.

Mira el aparcamiento... y ve ahí un fantasma. Un fantasma *gris*.

Se vuelve hacia Jerome y Holly, ahora de pie uno al lado del otro, y ni siquiera necesita preguntar.

—Sí —dice Jerome—. Lo ha traído Holly.

—El permiso de circulación y la pegatina en la matrícula están un poco caducados —explica Holly—. Por favor, no se enfade conmigo, ¿vale? Tenía que venir. Quería ayudar, pero sabía que si lo llamaba antes a usted, se negaría.

—No estoy enfadado —responde Hodges. De hecho, ni siquiera sabe muy bien *cómo* se siente. Tiene la sensación de haber entrado en un mundo onírico donde todos los relojes van hacia atrás.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Jerome—. ¿Avisar a la policía?

Pero Hodges no está dispuesto a desentenderse todavía. Puede que haya una olla de demencia en ebullición detrás del rostro insulso del joven de la foto, pero Hodges ha conocido a no pocos psicópatas y sabe que cuando se los coge por sorpresa, en su mayoría se desmoronan como castillos de arena. Solo son peligrosos para los desarmados y los incautos, como la gente sin recursos que hacía cola para solicitar empleo aquella madrugada de abril de 2009.

—Tú y yo nos vamos a dar un paseo hasta el lugar de residencia del señor Hartsfield —contesta Hodges—. Iremos con eso. —Señala el Mercedes gris.

—Pero... si nos ve llegar, ¿no nos reconocerá?

Hodges esboza una sonrisa que Jerome Robinson no ha visto nunca antes.

—Eso espero. —Tiende la mano—. ¿Puede darme la llave, Holly?

Ella aprieta sus labios maltratados.

—Sí, pero yo también voy.

—Ni hablar —contesta Hodges—. Es demasiado peligroso.

—Si es demasiado peligroso para mí, es demasiado peligroso para usted y Jerome. —Resistiéndose a mirarlo, desvía la vista a uno y otro lado sin posarla en ningún momento en su cara; pero su voz es firme—. Puede obligarme a que me quede aquí, pero entonces, en cuanto se vayan, avisaré a la policía y les daré la dirección de Brady Hartsfield.

—No la tiene —replica Hodges. Incluso a él le parece una respuesta poco convincente.

Holly no contesta, lo cual es una forma de cortesía. Ni siquiera necesita entrar en Discount Electronix y preguntárselo a la mujer del pelo de color rubio sucio;

ahora que ya tienen el nombre, probablemente ella puede averiguar la dirección de Hartsfield con su diabólico iPad.

Mierda.

—Vale, puede venir. Pero conduzco yo, y cuando lleguemos allí, usted y Jerome se quedarán dentro del coche. ¿Algún problema con eso?

—No, señor Hodges.

Esta vez sí posa la mirada en su cara y la mantiene ahí durante tres segundos enteros. Podría ser un avance. «Con Holly, quién sabe», piensa Hodges.

10

Debido a los drásticos recortes presupuestarios aplicados el año pasado, los coches patrulla de la ciudad llevan por norma un solo agente. No es ese el caso en Lowtown. Aquí cada zeta lleva una pareja, y la pareja ideal incluye al menos una persona de color, porque en Lowtown las minorías son mayoría. El 3 de junio, poco después de las doce del mediodía, los agentes Lavery y Rosario circulan por Lowbriar Avenue, más o menos un kilómetro más allá del paso elevado bajo el cual Bill Hodges, una vez, impidió a un par de troles atracar a un renacuajo. Lavery es blanco. Rosario es hispana. Como el zeta es el Coche Patrulla n.º 54, en el departamento se los conoce como Toody y Muldoon, por los polis de una antigua telecomedia de los sesenta titulada *Patrulla 54*. A veces Amarilis Rosario, en el pase de revista de las mañanas, deleita a sus compañeros, los caballeros azules, diciendo: «¡Eh, eh, Toody, se me ocurre una idea!». Le queda encantador con su acento dominicano, y siempre arranca unas risas a los demás.

De patrulla, en cambio, es Doña Fiel Cumplidora de su Deber. Lo mismo puede decirse de él. En Lowtown por fuerza hay que serlo.

—Esos chavales, los matonzuelos de esquina, me recuerdan a los Blue Angels en una exhibición aérea que vi una vez —comenta ella ahora.

—¿Ah, sí?

—En cuanto nos ven venir, se separan como si estuvieran en formación. Mira, ahí va otro.

Cuando se aproximan al cruce de Lowbriar y Strike, un chico con una chaqueta de chándal de los Cavaliers de Cleveland (demasiado grande para él y del todo superflua en un día tan caluroso) se larga repentinamente de la esquina donde estaba tonteando y enfila Strike al trote. Aparenta unos trece años.

—Igual acaba de recordar que hoy es día de colegio —dice Lavery.

Rosario se echa a reír.

—Sí, ya, seguro.

Ahora se acercan a la esquina de Lowbriar con Martin Luther King Avenue. MLK es la otra gran calle del gueto, y esta vez son cinco o seis los matonzuelos que de pronto deciden que tienen asuntos pendientes en otro sitio.

—Eso sí es volar en formación —comenta Laverty. Se ríe, aunque en realidad no tiene gracia—. Oye, ¿dónde quieres comer?

—A ver si está aquel puesto ambulante en Randolph —responde ella—. Hoy el cuerpo me pide tacos.

—Señor Taco, se llama —dice él—, pero prescinde de las judías, ¿vale? Aún nos quedan cuatro horas de... Eh, mira, Rosie. ¡Qué raro!

Más adelante un hombre sale de una tienda con una caja de flores alargada. Es raro, porque la tienda no es una floristería; es la casa de empeños King Virtue. También resulta extraño porque es de raza blanca, y ahora están en la zona más negra de Lowtown. El hombre se acerca a una camioneta Econoline blanca, muy sucia, estacionada en un vado: una multa de veinte dólares. Sin embargo Laverty y Rosario, famélicos, tienen la mira puesta en unos tacos acompañados de esa deliciosa salsa picante que el Señor Taco tiene en el mostrador, y tal vez lo habrían dejado correr. Muy probablemente lo habrían dejado correr.

Pero.

Con David Berkowitz, fue una multa de aparcamiento. Con Ted Bundy, fue una luz de posición averiada. Hoy basta con una caja de floristería con las pestañas mal plegadas para cambiar el mundo. Mientras el hombre se revuelve los bolsillos en busca de la llave de su vieja camioneta (ni siquiera el emperador Ming de Mongo dejaría su vehículo abierto en Lowtown), la caja se ladea. El extremo se abre y algo asoma parcialmente.

El hombre lo empuja de nuevo hacia dentro para evitar que se caiga a la calle, pero Jason Laverty cumplió dos períodos de servicio en Irak y reconoce un lanzagranadas RPG en cuanto lo ve. Enciende las luces de emergencia y para detrás del hombre, que lanza una mirada alrededor con cara de sorpresa.

—¡La pistola! —indica a su compañera—. ¡Sácala!

Salen precipitadamente del coche, apuntando al cielo sus Glock empuñadas con ambas manos.

—¡Suelte la caja! —ordena Laverty—. ¡Suelte la caja y apoye las manos en la camioneta! Inclinado. ¡Ya mismo!

Por un momento el hombre —un cuarentón de piel aceitunada y cargado de hombros— abraza contra el pecho la caja de floristería como si fuera un bebé. Pero cuando Rosario baja el arma y lo encañona, él suelta la caja. Esta se desmonta del todo y revela lo que Laverty identifica a bulto como un lanzagranadas anticarro Hashim de fabricación rusa.

—¡La hostia! —exclama Rosario—. Toody, Toody, se me ocurre una id...

—Agentes, bajen sus armas.

Laverty permanece atento al individuo del lanzagranadas, pero Rosario se vuelve y ve a un hombre blanco, canoso, con una chaqueta azul. Lleva un auricular y va provisto de su propia Glock. Antes de que ella pueda preguntarle algo, la calle se ha llenado de hombres con chaquetas azules, todos corriendo en dirección a la casa de empeños King Virtue. Uno porta un ariete Stinger, de los que la policía llama revientapuertas mini. Ve en las espaldas de las chaquetas la sigla ATF, del Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos, y de inmediato tiene la inequívoca sensación de haberse metido en camisa de once varas.

—*Agentes, bajen sus armas.* Les habla James Kosinsky, del ATF.

—¿No preferiría quizá que primero uno de nosotros espese a este hombre? —dice Laverty—. Solo por preguntar.

Los agentes del ATF entran en tropel en la casa de empeños como compradores en unos grandes almacenes el primer día de rebajas. Una muchedumbre se congrega en la acera de enfrente, demasiado estupefacta aún ante la magnitud de tal dispositivo de asalto para empezar a lanzar improperios. O piedras, si a eso vamos.

Kosinsky exhala un suspiro.

—Vale, ya puestos —responde—. El mal ya está hecho.

—No sabíamos que tenían una operación en marcha —dice Laverty. Entretanto el hombre del lanzagranadas ya ha retirado las manos de la camioneta y las ha colocado detrás de la espalda, con las muñecas juntas. Salta a la vista que tiene experiencia en la materia—. Se disponía a abrir la camioneta, y he visto asomar eso de la caja. ¿Qué iba yo a hacer?

—Lo que ha hecho, claro. —Dentro de la casa de empeños se oye ruido de cristales rotos, vocerío y acto seguido los topetazos del revientapuertas en acción—. Miren, ya que están aquí, ¿por qué no meten al señor Cavelli en la parte de atrás de su coche y entran conmigo? A ver qué nos encontramos.

Mientras Laverty y Rosario acompañan al detenido al coche patrulla, Kosinsky anota el número.

—¿Y bien? —dice—. ¿Quién de ustedes es Toody y quién es Muldoon?

Mientras el dispositivo de asalto del ATF, comandado por el agente Kosinsky, comienza el inventario en el cavernoso almacén situado detrás de la humilde fachada de la casa de empeños King Virtue, un sedán Mercedes gris se detiene

junto al bordillo ante el número 49 de Elm Street. Hodges va al volante. Hoy es Holly quien ocupa el asiento del copiloto, porque, sostiene ella (no sin cierta lógica), el coche es más suyo que de ellos.

—Debe haber alguien en casa —señala Holly—. Hay un Honda Civic en muy mal estado en el camino de acceso.

Hodges advierte que se acerca un anciano arrastrando los pies, el vecino de la casa de enfrente.

—Ahora hablaré yo con el Ciudadano Consciente. Usted y Jerome no abran la boca.

Baja la ventanilla.

—¿En qué puedo ayudarlo, caballero?

—Pensaba que a lo mejor era yo quien podía ayudarlo a usted —responde el viejo. Escruta con sus ojos relucientes a Hodges y sus acompañantes. También el coche, lo cual no sorprende a Hodges. Es todo un cochazo—. Si buscan a Brady, no tienen suerte. Ese coche de la entrada es el de la señora Hartsfield. Hace semanas que no lo mueven. Ni siquiera sé si funciona aún. Quizá la señora Hartsfield se ha marchado con Brady, porque hoy no la he visto. Suelo verla cuando sale a por el correo. —Señala el buzón junto a la puerta del número 49—. Le gustan los catálogos, como a casi todas las mujeres. —Tiende una mano huesuda—. Hank Beeson.

Hodges le da un breve apretón y acto seguido le enseña el carnet, manteniendo el pulgar sobre la fecha de caducidad.

—Mucho gusto, señor Beeson. Soy el inspector Bill Hodges. ¿Puede decirme qué coche tiene el señor Hartsfield? ¿Marca y modelo?

—Es un Subaru marrón. En cuanto al modelo y el año, no puedo ayudarlo. A mí todas esas carracas japonesas me parecen iguales.

—Ya. Ahora tengo que pedirle que vuelva a su casa, caballero. Es posible que pasemos después a hacerle unas preguntas.

—¿Brady ha hecho algo malo?

—Solo es una visita de rutina —contesta Hodges—. Vuelva a su casa, por favor.

En lugar de obedecer, Beeson se inclina un poco más para mirar a Jerome.

—¿No eres más bien joven para ser policía?

—Estoy en prácticas —contesta Jerome—. Más vale que haga lo que le dice el inspector Hodges.

—Ya voy, ya voy. —Pero antes echa un buen vistazo al trío—. ¿Desde cuándo la policía se pasea en un Mercedes-Benz?

Hodges no encuentra respuesta para eso, pero Holly sí.

—Esto es un coche incautado en una operación contra el crimen organizado.

Nosotros nos quedamos con sus pertenencias. Podemos darles el uso que queramos porque somos la policía.

—Sí, ya, claro. Tiene lógica. —Beeson se muestra en parte satisfecho y en parte confuso. Pero vuelve a su casa, donde pronto reaparece, esta vez mirándolos desde una ventana.

—El crimen organizado es competencia de los federales —corrige Hodges afablemente.

Ella señala al viejo mirón con una parca inclinación de cabeza, y una leve sonrisa asoma a sus labios maltrechos.

—¿Cree que *él* lo sabe? —Al no recibir respuesta, pregunta con tono diligente —: ¿Y ahora qué hacemos?

—Si Hartsfield está ahí dentro, haré un arresto ciudadano. Si él no está y su madre sí, la interrogaré. Usted y Jerome se quedarán en el coche.

—No sé si eso es buena idea —dice Jerome pero, a juzgar por la expresión de su rostro (Hodges la ve a través del retrovisor), sabe ya que esa objeción será desestimada.

—Es la única que se me ocurre —declara Hodges.

Se apea del coche. Antes de cerrar la puerta, Holly se inclina hacia él y dice:

—No hay nadie en casa.

Hodges no contesta, pero ella asiente como si él hubiera hablado.

—¿No lo percibe?

En realidad Hodges sí lo percibe.

12

Mientras Hodges recorre el camino de acceso, se fija en que las cortinas del ventanal delantero están corridas. Echa una ojeada al Honda y no ve nada digno de interés. Tira de la puerta del acompañante. Se abre. El coche despidе una bocanada de aire tibio y maloliente, con un vago tufo a alcohol. Cierra la puerta, sube por los peldaños del porche y pulsa el timbre. Oye el *ding-dong* dentro de la casa. Nadie acude. Prueba de nuevo, y después llama con los nudillos. Nadie acude. Aporrea la puerta con el puño de lado, muy consciente de que en la acera de enfrente el señor Beeson toma buena nota de todo. Nadie acude.

Se acerca al garaje y mira por una de las ventanas de la puerta basculante. Unas cuantas herramientas, una mininevera, no mucho más.

Saca el teléfono móvil y llama a Jerome. Ese tramo de Elm Street es muy tranquilo, y oye —débilmente— el tono de AC/DC cuando se establece la llamada. Ve a Jerome contestar.

—Dile a Holly que coja su iPad y consulte a nombre de quién está la casa del número 49 de Elm Street en el archivo municipal tributario. ¿Puede hacerlo?

Oye a Jerome preguntárselo a Holly.

—Dice que va a ver si es posible.

—Bien. Voy a la parte de atrás. No cuelgues. Daré señales a intervalos de treinta segundos. Si pasa más de un minuto y no sabes nada de mí, llama al 911.

—¿Seguro que quieres hacer esto, Bill?

—Sí. Asegúrate de que Holly entiende que conseguir el nombre no tiene la mayor importancia. No quiero que le entre el canguelo.

—Está tranquila —responde Jerome—. Tecleando ya. Tú no dejes de mantenerte en contacto.

—Cuenta con ello.

Pasa entre el garaje y la casa. El jardín de atrás es pequeño pero está bien cuidado. Un arriate circular con flores ocupa el centro. Hodges se pregunta quién las habrá plantado, si la madre o el hijito. Sube por los tres peldaños de madera hasta la entrada posterior. Hay una mosquitera de aluminio y detrás otra puerta. La mosquitera está abierta. La puerta no.

—¿Jerome? Toma de contacto. Todo en orden.

Mira a través del cristal y ve una cocina. Está bien recogida. Hay unos cuantos platos y vasos en el escurridor junto al fregadero. Un paño plegado cuelga del tirador de la puerta del horno. Ve dos manteles individuales en la mesa. Ninguno para Papá Oso, lo cual concuerda con el perfil psicológico al que dio forma en su bloc de papel pautado. Llama con los nudillos y después aporrea la puerta. Nadie acude.

—¿Jerome? Toma de contacto. Todo en orden.

Deja el teléfono en el suelo y saca el estuche de cuero, alegrándose de haber pensado en él. Dentro están las ganzúas de su padre: tres varillas plateadas con ganchos de distintos tamaños en los extremos. Selecciona la ganzúa intermedia. Una buena elección: penetra fácilmente. Hurga, gira la ganzúa primero a un lado, luego al otro, palpa el mecanismo. Justo cuando está a punto de hacer una pausa para ponerse en contacto otra vez con Jerome, la ganzúa prende. Da vuelta con un movimiento rápido y firme, tal como le enseñó su padre, y se oye un chasquido al soltarse el seguro en el lado interior de la puerta. Entretanto, el móvil berrea su nombre. Lo coge.

—¿Jerome? Todo en orden.

—Me tenías preocupado —dice Jerome—. ¿Qué haces?

—Allanar una morada.

Hodges entra en la cocina de los Hartsfield. Percibe el olor de inmediato. Es tenue pero ahí está. Con el móvil en la mano izquierda y el 38 de su padre en la derecha, Hodges se deja guiar por el olfato primero hasta el salón —vacío, si bien el mando a distancia del televisor y unos catálogos esparcidos en la mesita de centro lo llevan a pensar que el sofá es el nido de la señora Hartsfield en la planta baja— y después hasta el piso superior. A medida que sube, el olor se vuelve más intenso. No es todavía hedor, pero va camino de eso.

Arriba encuentra un pasillo corto con una puerta a la derecha y dos a la izquierda. Primero inspecciona la habitación de la derecha. Es la de los invitados, que no ha ocupado nadie en mucho tiempo. Es tan aséptica como un quirófano.

Se pone en contacto con Jerome otra vez antes de abrir la primera puerta a la izquierda. De ahí procede el olor. Respira hondo y entra deprisa, agachado hasta que tiene la certeza de que nadie se esconde detrás de la puerta. Abre el cuarto ropero —la puerta es de fuelle— y aparta la ropa de un manotazo. Nadie.

—¿Jerome? Toma de contacto.

—¿Hay alguien dentro?

Bueno... más o menos. La colcha de la cama de matrimonio cubre una silueta inconfundible.

—Espera un momento.

Mira debajo de la cama y solo ve unas zapatillas de andar por casa, otras de deporte, de color rosa, un único calcetín corto blanco y unas cuantas bolas de borra. Retira la colcha y ahí está la madre de Brady Hartsfield. La piel, aunque blanca como la cera, presenta un leve tonillo verdoso. Tiene la boca entreabierta; los ojos, turbios y vidriosos, hundidos en las cuencas. Hodges le levanta un brazo, se lo flexiona un poco, lo deja caer. La rigidez cadavérica ha pasado ya.

—Oye, Jerome. He encontrado a la señora Hartsfield. Está muerta.

—Dios mío. —La voz generalmente adulta de Jerome se quiebra en la segunda palabra—. ¿Qué vas a...?

—Espera un momento.

—Eso ya lo has dicho.

Hodges deja el móvil en la mesilla de noche y retira la colcha hasta los pies de la señora Hartsfield. Lleva un pijama de seda azul. En la chaqueta se observan manchas de lo que parece vómito y un poco de sangre, pero no hay a la vista ningún orificio de bala ni herida de arma blanca. Tiene el rostro tumefacto, y sin embargo Hodges no ve marcas de ataduras ni hematomas en el cuello. La

hinchazón no es más que la lenta marcha fúnebre de la descomposición. Le levanta la chaqueta del pijama lo suficiente para verle el vientre. Al igual que el rostro, está ligeramente tumefacto, pero casi con toda seguridad eso se debe a la acumulación de gases. Se inclina para acercarse a la boca, mira dentro y ve lo que preveía: cuajarones en la lengua y en los espacios entre las encías y el lado interior de las mejillas. Deduce que se emborrachó, arrojó su última comida y se fue como una estrella del rock. La sangre podría proceder de la garganta. O de una úlcera de estómago agravada.

Coge el teléfono y dice:

—Puede que él la haya envenenado, pero es más probable que haya sido ella misma.

—¿Alcohol?

—Probablemente. Sin autopsia, es imposible saberlo.

—¿Qué quieres que hagamos?

—No os mováis de ahí.

—¿Aún no avisamos a la policía?

—Todavía no.

—Holly quiere decirte algo.

Por un momento se oye solo aire muerto, pero ella se pone al aparato enseguida y habla claro como el agua. Parece serena. Más serena que Jerome, de hecho.

—Se llama Deborah Hartsfield. Deborah con «h» final.

—Buen trabajo. Devuélvale el teléfono a Jerome.

Al cabo de un segundo Jerome dice:

—Espero que sepas lo que haces.

«Pues no lo sé —piensa mientras mira en el cuarto de baño—. He perdido la cabeza y la única manera de recuperarla es abandonar este asunto de una vez. Eso tú ya lo *sabes*».

Pero se acuerda de Janey cuando le regaló el rumboso sombrero de detective y sabe que no puede abandonar. No quiere.

El cuarto de baño está limpio... o casi. Hay unos cuantos pelos en el lavabo. Hodges los ve pero no toma nota de ello. Piensa en la diferencia esencial entre una muerte accidental y un asesinato. Un asesinato sería un mal augurio, porque, en los casos de locura profunda, matar a familiares cercanos es con mucha frecuencia el inicio de la huida final. Si ha sido un accidente o un suicidio, quizá aún queda tiempo. Acaso Brady permanezca agazapado en algún sitio mientras decide su siguiente paso.

«Cosa que no se diferencia mucho de lo que hago yo», piensa Hodges.

La última habitación del piso superior es la de Brady. La cama está sin hacer.

Hay un revoltijo de libros sobre la mesa, en su mayoría de ciencia ficción. Un póster de *Terminator* cuelga de la pared: Schwarzenegger con gafas oscuras y un arma futurista descomunal.

«Ya volveré», piensa Hodges, mirándolo.

—¿Jerome? Toma de contacto.

—El tío de la casa de enfrente no nos quita ojo. Holly opina que deberíamos entrar.

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—Cuando me asegure de que aquí no hay peligro.

Brady tiene su propio cuarto de baño. Está tan ordenado como una taquilla de un soldado en día de inspección. Hodges le echa un expeditivo vistazo y baja. Ve un hueco en el salón, con espacio suficiente para un escritorio pequeño. Encima hay un ordenador portátil. Un bolso pende del respaldo por la correa. Adorna la pared una gran fotografía enmarcada de la mujer de arriba y una versión púber de Brady Hartsfield. Aparecen de pie en una playa, abrazados, con las mejillas juntas. Lucen idénticas sonrisas radiantes. Más que madre e hijo, parecen dos novios.

Hodges contempla fascinado a Mr. Mercedes en su adolescencia. Nada en su rostro presagia tendencias homicidas, pero eso, claro está, casi nunca ocurre. El parecido entre madre e hijo es tenue, visible sobre todo en la forma de la nariz y el color del pelo. Ella era una mujer guapa, casi hermosa, pero Hodges juraría que el padre de Brady no era igual de agraciado. El chico de la foto tiene un aspecto... corriente. Un chico con el que uno se cruzaría por la calle sin mirarlo dos veces.

«Probablemente es lo que él prefiere —piensa Hodges—. El Hombre Invisible».

Vuelve a la cocina y esta vez ve una puerta al lado de los fogones. La abre y ve la empinada escalera que desciende hacia la oscuridad. Consciente de que ofrece un blanco perfecto a cualquiera que pueda estar ahí abajo, Hodges se aparta a un lado a la vez que busca a tientas el interruptor de la luz. Lo encuentra y vuelve al umbral de la puerta apuntando al frente con el revólver. Ve abajo una mesa. Más allá, un estante, situado a un metro de altura, a lo ancho de toda la sala. Encima hay una hilera de ordenadores. Le recuerda la Sala de Control de Cabo Cañaveral.

—¿Jerome? Toma de contacto.

Sin esperar respuesta, baja con el arma en una mano y el teléfono en la otra, sabiendo de sobra que eso es una grotesca aberración respecto del procedimiento policial establecido. ¿Y si Brady está debajo de la escalera con su propia arma, dispuesto a segarle los pies por los tobillos a tiros? ¿O si ha puesto una bomba

trampa? Puede hacerlo; eso Hodges lo sabe muy bien.

No tropieza con ningún alambre, y el sótano está vacío. Hay un cuarto de material, con la puerta abierta, pero no contiene nada. Solo ve estantes vacíos y, en un rincón, unas cuantas cajas de zapatos, que también parecen vacías.

«El mensaje —piensa Hodges— es que Brady mató a su madre o se la encontró muerta al volver a casa. Comoquiera que sea, ha ahuecado el ala. Si tenía explosivos, los guardaba en los estantes de este cuarto (posiblemente en las cajas de zapatos) y se los ha llevado».

Sube. Ha llegado el momento de hacer entrar a sus nuevos compañeros. No quiere meterlos en este asunto más de lo que ya los ha metido, pero están esos ordenadores de ahí abajo. Él no sabe un carajo de informática.

—Venid a la parte de atrás —indica—. La puerta de la cocina está abierta.

14

Holly entra, olfatea y pregunta:

—¡Ufff! ¿Eso es Deborah Hartsfield?

—Sí. Procure no pensar en ello. Venid aquí abajo, los dos. Quiero que echéis un vistazo a una cosa.

En el sótano, Jerome desliza una mano por la mesa.

—Al margen de todo, es el orden en persona.

—¿Va a llamar a la policía, señor Hodges? —Holly se muerde otra vez los labios—. Supongo que sí, y no puedo impedírselo, pero mi madre se va a enfadar *tanto* conmigo... Además, no parece justo, dado que somos nosotros quienes hemos descubierto su identidad.

—No sé *qué* voy a hacer —responde Hodges, aunque Holly tiene razón; no parece en absoluto justo—. Pero desde luego me gustaría saber qué hay en esos ordenadores. Eso quizá me ayude a tomar una decisión.

—En este caso no será tan fácil como con Olivia —dice Holly—. Ese hombre tendrá una *buena* contraseña.

Jerome elige un ordenador al azar (resulta ser el Número Seis de Brady; en ese no hay gran cosa) y pulsa el botón situado en el dorso del monitor. Es un Mac, pero no suena nada. Brady detesta el alegre sonido de arranque, y lo ha silenciado en todos sus ordenadores.

La pantalla del Número Seis adquiere un color gris, y el icono de encendido empieza a girar y girar. Al cabo de unos cinco segundos, el gris da paso al azul. Eso debería ser la pantalla de acceso para la contraseña, hasta Hodges lo sabe, pero en lugar de eso aparece un 20 enorme. Luego un 19, 18, 17...

Hodges y Jerome se quedan mirando, perplejos.

—¡No, no! —casi grita Holly—. ¡Apágalo!

Como ninguno de los dos reacciona, ella se abalanza sobre el ordenador y vuelve a pulsar el botón de encendido de detrás del monitor, manteniéndolo apretado hasta que la pantalla se oscurece. Entonces deja escapar el aire de los pulmones e incluso sonríe.

—¡Caray! ¡Por poco!

—¿Qué está pensando? —pregunta Hodges—. ¿Que están programados para explotar o algo así?

—Quizá solo se bloquearan —contesta Holly—, pero casi seguro que es un programa suicida. Si la cuenta atrás llega a cero, un programa así borra los datos. Todos los datos. Tal vez solo los de ese ordenador, o los de todos si están conectados en red. Como posiblemente así es.

—¿Y eso cómo se evita? —pregunta Jerome—. ¿Con una orden a través del teclado?

—Quizá. O quizá por voz.

—¿Cómo? —pregunta Hodges.

—Una orden activada por voz —explica Jerome—. Brady dice «caramelo de chocolate» o «calzoncillos» y la cuenta atrás se detiene.

Holly, tapándose la boca con los dedos, deja escapar una risita y da un tímido empujón a Jerome en el hombro.

—Mira que eres bobo —dice.

15

Están sentados a la mesa de la cocina con la puerta de atrás abierta para que entre el aire. Hodges tiene un codo apoyado en uno de los manteles individuales y la frente en la palma de la mano. Jerome y Holly permanecen en silencio para dejarlo pensar. Por fin levanta la cabeza.

—Voy a avisar a la policía. No quiero hacerlo, y si fuera solo un asunto entre Hartsfield y yo probablemente no lo haría. Pero tengo que pensar en vosotros dos...

—Por mí no lo hagas —dice Jerome—. Si ves una manera de seguir adelante, yo me quedo a tu lado.

«Claro que te quedarás —piensa Hodges—. Quizá creas que sabes lo que arriesgas, pero no lo sabes. A los diecisiete años el futuro es algo estrictamente teórico».

En cuanto a Holly... un rato antes habría dicho que su cara era una especie de pantalla de cine humana, donde se proyectaban claramente todos los

pensamientos que pasaban por su cabeza, pero en este momento su semblante es inescrutable.

—Gracias, Jerome, solo que... —Solo que esto es difícil. Abandonar es difícil, y esta será la segunda vez que tendrá que renunciar a Mr. Mercedes.

Pero.

—No solo se trata de nosotros, ¿entiendes? Es posible que tenga más explosivos, y si los usara contra una multitud... —mira a Holly a la cara—, igual que usó el Mercedes de su prima Olivia contra una multitud, el culpable sería yo. No pienso correr ese riesgo.

Hablando con cuidado, articulando cada sílaba como para compensar lo que probablemente ha sido toda una vida de palabras masculladas, Holly dice:

—Nadie puede atraparlo salvo usted.

—Gracias, pero no —responde él con delicadeza—. La policía tiene recursos. Primero difundirán una orden de búsqueda de su coche, matrícula incluida. Yo eso no puedo hacerlo.

Suena convincente pero no se queda convencido. Cuando Brady no asume riesgos delirantes como en el caso del Centro Cívico, actúa con inteligencia. Seguro que ha escondido el coche en algún sitio, tal vez en un aparcamiento del centro, tal vez en uno de los aparcamientos del aeropuerto, tal vez en uno de esos aparcamientos interminables de los centros comerciales. Su vehículo no es un Mercedes-Benz; es un discreto Subaru de color mierda, y no lo encontrarán ni hoy ni mañana. Quizá la semana que viene aún estén buscándolo. Y si llegan a *encontrarlo*, Brady no andará cerca.

—Nadie salvo usted —insiste ella—. Y sin más ayuda que nosotros.

—Holly...

—¿Cómo puede rendirse? —pregunta ella levantando la voz. Cierra el puño y se golpea en plena frente, dejándose una marca roja—. ¿Cómo? ¡Janey lo *apreciaba*! ¡Incluso era su novia o algo así! ¡Ahora está *muerta*! ¡Como la mujer de arriba! ¡Las dos *muertas*!

Hace ademán de golpearse de nuevo, y Jerome le agarra la mano.

—No —dice—. Por favor no te pegues. Me siento fatal solo de verte hacer eso.

Holly se echa a llorar. Jerome la abraza torpemente. Él es negro; ella blanca. Él tiene diecisiete años; ella pasa de cuarenta. Pero a ojos de Hodges, Jerome parece un padre consolando a su hija cuando ella vuelve del colegio y dice que nadie la ha invitado al baile de primavera.

Hodges contempla el jardín trasero de los Hartsfield, pequeño pero bien cuidado. También él se siente fatal, y no solo por Janey, aunque eso ya es de por sí bastante triste. Se siente fatal por la gente del Centro Cívico. Se siente fatal por

la hermana de Janey, a quien ellos mismos se negaron a creer, a quien la prensa calumnió, y a quien luego indujo al suicidio el hombre que vivía en esta casa. Incluso se siente fatal por no haber prestado más atención a la señora Melbourne. Sabe que esto último Pete Huntley no se lo tendría en cuenta, y eso empeora las cosas. ¿Por qué? Porque Pete no es tan competente en su trabajo como todavía lo es él, Hodges. Pete no lo será nunca, ni siquiera en su mejor día. Es buena persona, y muy trabajador, pero...

Pero.

Pero pero *pero*.

Todo eso no cambia nada. Tiene que avisar a la policía, aun cuando eso para él sea como la muerte. Cuando se deja todo de lado, solo queda una cosa: Gustavo William Hodges está en un callejón sin salida. Brady Hartsfield anda suelto. Podría haber una pista en los ordenadores —algo que indicara su paradero, sus posibles planes, o lo uno y lo otro—, pero él no puede acceder a esa información. Ni existe justificación alguna para que siga reteniendo el nombre y la descripción del individuo que perpetró la Matanza del Centro Cívico. Tal vez Holly tenga razón, tal vez ese hombre eluda la captura y cometa una nueva atrocidad, pero ranagustavo19 se ha quedado sin opciones. Lo único que le queda por hacer es proteger a Jerome y Holly en la medida de lo posible. Llegados a este punto, quizá ni siquiera sea capaz de eso. Al fin y al cabo, el entrometido de la acera de enfrente los ha visto.

Sale por la puerta de atrás. En el umbral se detiene y abre su Nokia, que hoy ha usado más veces que en todo el tiempo que lleva retirado.

«Vaya asco», piensa, y pulsa la tecla de marcación rápida asignada a Pete Huntley.

16

Pete contesta cuando suena por segunda vez.

—¡Compañero! —exclama efusivamente.

Se oye de fondo un rumor de voces, y en un primer momento Hodges piensa que Pete está en un bar, medio achispado y camino de pillar una verdadera cogorza.

—Pete, tengo que hablar contigo de...

—Ya, ya. Admito mi error, no me duelen prendas. Pero este no es el momento. ¿Quién te ha llamado? ¿Izzy?

—¡Huntley! —lo llama alguien a gritos—. ¡El jefe llega dentro de cinco minutos! ¡Con la prensa! ¿Dónde está el condenado PO?

PO: el portavoz oficial. «Pete no está en un bar ni borracho —piensa Hodges

—. Sencillamente está que salta de alegría».

—No me ha llamado nadie, Pete. ¿Qué pasa?

—¿No te has enterado? —Pete suelta una risotada—. Hemos incautado el mayor alijo de armas en la historia de esta ciudad, nada menos. Quizá el mayor en la historia de Estados Unidos. Centenares de ametralladoras M2 y HK91, lanzagranadas, putos *cañones láser*, cajas de Lahti L-35 en perfecto estado, AN-9 rusos todavía con el lubricante de fábrica... aquí hay material suficiente para pertrechar a dos docenas de milicias de Europa del Este. ¡Y toda la munición! ¡Dios bendito! ¡Apilada, llega a una altura de dos pisos! ¡Si la puta casa de empeños se hubiera incendiado, habría volado todo Lowtown!

Sirenas. Hodges oye sirenas. Más griterío. Alguien ordena a alguien a voz en cuello que monte los caballetes.

—¿Qué casa de empeños?

—King Virtue, por debajo de MLK. ¿Sabes dónde es?

—Pues sí...

—¿Y a que no adivinas quién es el dueño? —Pero, en su euforia, no le deja tiempo para aventurar una respuesta—. ¡Alonzo Moretti! ¿Captas?

Hodges no capta.

—¡Moretti es el nieto de Fabrizio Abbascia, Bill! ¡Fabby el Narices! ¿Empiezas a ver por dónde van los tiros?

Al principio Hodges no entiende, porque cuando Pete e Isabelle lo interrogaron, él no hizo más que sacar el nombre de Abbascia de su archivo mental de casos antiguos por los que alguien podía guardarle animadversión... y de esos ha habido centenares a lo largo de los años.

—Pete, el propietario de King Virtue es negro, como en todos los comercios de esa zona.

—Y un huevo. El nombre que consta en el letrero es el de Bertonne Lawrence, pero el local es de alquiler; Lawrence es una tapadera, y está cantando de plano. ¿Y sabes qué es lo mejor? Parte del mérito de la incautación es nuestro, porque un par de patrulleros destapó el pastel más o menos una semana antes de que el ATF fuera a echarse encima de esos tipos. Todos los inspectores del departamento están aquí. El jefe viene de camino, y trae una caravana de periodistas más larga que la cabalgata del Día de Acción de Gracias de Macy's. ¡Ni por asomo vamos a permitir que los federales acaparen todo el mérito! ¡*Ni por asomo!* —Esta vez su carcajada parece sin duda la risa de un demente.

«Todos los inspectores del departamento —piensa Hodges—. ¿Y qué queda disponible para Mr. Mercedes? Nada de nada, ni para un remedio».

—Bill, tengo que colgar. Es... tío, es *increíble*.

—Claro, pero antes dime qué tiene que ver todo eso conmigo.

—Es lo que tú dijiste. El coche bomba fue una venganza. Moretti intentó resarcirse de la antigua deuda de sangre de su abuelo. Además de los fusiles, las ametralladoras, las granadas, las pistolas y demás material diverso, hay por lo menos cuatro docenas de cajas de Detasheet de Hendricks Chemicals. ¿Sabes qué es?

—Un explosivo de goma laminada. —*Ahora* sí empieza a ver por dónde van los tiros.

—Sí. Se detona con azida de plomo, y sabemos ya que fue eso lo que se utilizó para volar tu coche. No tenemos aún los resultados del análisis químico del explosivo en sí, pero cuando nos lleguen, será Detasheet. Dalo por hecho. Bill, eres un cabrón con suerte.

—Sí, desde luego —contesta Hodges—. Lo soy.

Se representa la escena frente a King Virtue: policías y agentes del ATF por todas partes (probablemente discutiendo ya por cuestiones jurisdiccionales), y más que van llegando sin cesar. Lowbriar acordonada, probablemente también la avenida MLK. Una multitud de mirones. El jefe de policía y otros figurones diversos de camino hacia allí. El alcalde no desperdiciará la ocasión de pronunciar un discurso. Además, un sinfín de periodistas, equipos de televisión y unidades móviles para la transmisión en directo. Pete está que no cabe en sí de emoción, ¿y va ahora a contarle Hodges una historia larga y complicada sobre la matanza en el Centro Cívico, un chat llamado el Paraguas Azul de Debbie, una madre muerta que probablemente se mató a fuerza de beber y un técnico informático fugitivo?

«No —decide—, no voy a hacerlo».

Opta por desear suerte a Pete y pulsar el botón FIN DE LLAMADA.

17

Cuando vuelve a la cocina, Holly ya no está ahí, pero la oye. Holly la Masculladora se ha convertido en Holly la Predicadora Evangélica, por lo visto. Ciertamente, su voz posee esa cadencia especial idónea para el sermón religioso, al menos de momento.

—Estoy con el señor *Hodges* y su amigo *Jerome* —dice—. Son *amigos* míos, mamá. Hemos disfrutado de una *comida* muy agradable juntos. Ahora estamos haciendo *turismo*, y esta *noche* vamos a disfrutar de una *cena* muy agradable juntos. Estamos hablando de *Janey*. Puedo hacerlo si *quiero*.

A pesar de su estado de confusión por la actual situación y su permanente tristeza por Janey, Hodges se alegra de oír a Holly plantar cara a la tía Charlotte. No sabe si es la primera vez, pero bien podría serlo.

—¿Quién ha telefoneado a quién? —pregunta a Jerome, señalando con la cabeza en dirección a la voz de ella.

—Ha llamado Holly, pero la idea ha sido mía. Ella había apagado el móvil para que su madre no pudiera localizarla. Se ha negado hasta que le he dicho que a lo mejor su madre llamaba a la policía.

—¿Y qué? —dice Holly ahora—. Era el coche de *Olivia*, y tampoco es que lo haya *robado*. Volveré esta noche, mamá. ¡Hasta entonces *déjame en paz*!

Vuelve a entrar, sonrojada, desafiante, aparentando muchos años menos, y de hecho guapa.

—Puedes con todo, Holly —dice Jerome, y alza la mano para chocarla con ella.

Holly no le hace caso. Tiene la mirada, todavía encendida, fija en Hodges.

—Si avisa a la policía y me veo metida en un lío, no me importa. Pero si no lo ha hecho aún, *no debería* hacerlo. *Ellos* no pueden encontrarlo. *Nosotros* sí. Sé que podemos.

Hodges comprende que si hay alguien en el mundo más interesado que él en atrapar a Mr. Mercedes, esa persona es Holly Gibney. Quizá por primera vez en su vida participa en algo importante. Y participa junto con otros que la aprecian y respetan.

—Voy a seguir un poco más. Sobre todo porque esta tarde la policía está ocupada en otras cosas. Lo gracioso, mejor dicho, lo irónico es que piensan que tiene que ver conmigo.

—¿De qué hablas? —pregunta Jerome.

Hodges consulta su reloj y ve que son las dos y veinte. Ya llevan ahí tiempo más que suficiente.

—Vamos a mi casa. Te lo contaré en el camino, y podemos dar alguna que otra vuelta más a este asunto. Si no encontramos nada, tendré que llamar otra vez a mi compañero. No pienso arriesgarme a otra película de terror.

Aunque el riesgo ya existe, y puede ver en los rostros de Jerome y Holly que ellos son igual de conscientes que él.

—He ido a ese pequeño estudio junto al salón para telefonear a mi madre —dice Holly—. La señora Hartsfield tenía un portátil. Si vamos a su casa, quiero llevármelo.

—¿Por qué?

—Puede que averigüe cómo entrar en los ordenadores de él. Tal vez ella anotara las órdenes de teclado o la contraseña de activación por voz.

—Holly, eso es poco probable. Los individuos mentalmente enfermos como Brady ponen todo su empeño en ocultar lo que son a los demás.

—Eso ya lo sé —responde Holly—. Claro que lo sé. Porque yo *estoy*

mentalmente enferma, e intento ocultarlo.

—Venga, Hol, qué dices.

Jerome trata de cogerle la mano. Ella, sin permitírselo, saca el tabaco del bolsillo.

—Lo soy y sé que lo soy. Mi madre también lo sabe, y me tiene *vigilada*. Me *espía*. Porque quiere *protegerme*. La señora Hartsfield debía de actuar igual. Él era su *hijo*, al fin y al cabo.

—Si la tal Linklatter de Discount Electronix no se equivocaba —dice Hodges—, la señora Hartsfield debía de estar casi siempre como una cuba.

—Quizá fuera una alcohólica *funcional*. ¿Se le ocurre una idea mejor?

Hodges se rinde.

—De acuerdo, llévese el portátil. ¿Qué más da?

—Todavía no —contesta ella—. Dentro de cinco minutos. Quiero fumarme un pitillo. Saldré al jardín de atrás.

Sale. Se sienta en el peldaño de la puerta trasera. Enciende un cigarrillo.

A través de la mosquitera, Hodges pregunta:

—¿Desde cuándo se reafirma tanto, Holly?

Ella responde sin volverse:

—Desde que vi arder en la calle a mi prima hecha pedazos, supongo.

18

A las tres menos cuarto de la tarde Brady sale de su habitación del Motel 6 a respirar aire fresco y ve un Chicken Coop al otro lado de la carretera. Cruza y pide su última comida: unas Delicias de Pollo con doble ración de salsa y ensalada de col. El comedor está casi vacío, y se lleva la bandeja a una mesa junto a las vidrieras para poder sentarse al sol. Pronto eso se habrá acabado para él, así que por qué no disfrutarlo un poco mientras puede.

Come despacio, pensando en las muchas veces que llevó a casa comida del Chicken Coop, y que su madre siempre le pedía unas Delicias con doble ración de ensalada de col. Ha pedido el plato preferido de ella sin siquiera pensarlo. Al caer en la cuenta, se le saltan las lágrimas y se las enjuga con una servilleta de papel. «¡Pobre mamá!».

El sol es agradable, pero sus beneficios serán efímeros. Brady reflexiona sobre los beneficios más duraderos que le proporcionará la oscuridad. Ya no tendrá que escuchar las diatribas lesbofeministas de Freddi Linklatter. Ya no tendrá que escuchar a Tones Frobisher cuando pretexto que no puede asumir los servicios a domicilio por su RESPONSABILIDAD PARA CON LA TIENDA, pese a que la

verdad es que no distinguiría un fallo de disco duro ni aunque le mordiera la polla. Ya no tendrá que sentir el frío en los riñones mientras conduce la camioneta de Mr. Tastey en agosto con los frigoríficos a plena potencia. Ya no tendrá que dar manotazos al salpicadero del Subaru cuando la radio pierde la señal. Ya no tendrá que pensar en las bragas de encaje y los larguísimos muslos de su madre. Ya no tendrá que indignarse porque nadie le hace caso ni lo valora. Ya no tendrá que padecer más dolores de cabeza. Y ya no tendrá más noches de insomnio, porque a partir de hoy dormirá para siempre.

Sin sueños.

Cuando acaba de comer (hasta el último bocado), recoge la mesa, limpia un salpicón de salsa con otra servilleta y vacía la bandeja en la basura. La chica del mostrador quiere saber si todo estaba a su gusto. Brady contesta que sí, preguntándose si habrá acabado de digerir el pollo y la salsa y los biscotes y la ensalada de col cuando la explosión le reviente el estómago y desparrame lo que quede por todas partes.

«Se acordarán de mí —piensa cuando se detiene al borde de la carretera, esperando un hueco en el tráfico para poder regresar al motel—. El mayor número de víctimas de todos los tiempos. Pasaré a la historia». Ahora se alegra de no haber matado al expoli gordo. Hodges debe vivir para enterarse de lo que va a ocurrir esta noche. Tendrá que recordarlo. Tendrá que convivir con eso.

De regreso en la habitación, mira la silla de ruedas y la bolsa de orina llena de explosivos, colocada sobre el cojín APARCAMIENTO DE CULO también lleno de explosivos. Quiere llegar temprano al CACMO (pero no *demasiado* temprano; el menor de sus deseos es llamar la atención más de lo que la llamará por el simple hecho de ser hombre y mayor de trece años), pero aún le queda un rato. Ha traído su portátil, por ninguna razón en particular, sino solo por costumbre, y ahora se alegra. Lo abre, se conecta a la red *wifi* del motel y accede al Paraguas Azul de Debbie. Ahí deja un último mensaje, una especie de póliza de seguro.

Resuelto eso, vuelve al aparcamiento para estancias largas del aeropuerto y recupera su Subaru.

Hodges y sus dos aprendices de detective llegan a Harper Road poco antes de las tres y media. Holly lanza una mirada rápida alrededor; luego se lleva el portátil de la difunta señora Hartsfield a la cocina y lo enciende. Jerome y Hodges se quedan de pie junto a ella, con la esperanza de que no aparezca una pantalla solicitando la contraseña... pero sí aparece.

—Prueba con su nombre —sugiere Jerome.

Holly lo intenta. El Mac muestra en la pantalla «no».

—De acuerdo, prueba Debbie —prosigue Jerome—. Tanto acabado en «ie» como en «i».

Holly se aparta un mechón de pelo de color rata de los ojos para que él vea claramente su irritación.

—Búscate algo que hacer, Jerome, ¿vale? No te quiero ahí mirando por encima de mi hombro. Me revienta. —Dirige su atención a Hodges—. ¿Puedo fumar aquí dentro? Espero que sí. Me ayuda a pensar. El tabaco me ayuda a pensar.

Hodges va a buscarle un platillo.

—Esto es zona de fumadores. Jerome y yo estaremos en mi despacho. Avise si encuentra algo.

«Lo cual es poco probable —piensa—. En realidad, *todo* es poco probable».

Holly no le presta atención. Ya está encendiendo el cigarrillo. Ha abandonado la voz de predicador evangélico y vuelve a mascullar:

—Mi intuición es que podría incorporar una indicación. Una indicación incorporada es lo que intuyo. Intuyo una indicación incorporada.

«Cielo santo», piensa Hodges.

En el despacho, pregunta a Jerome si sabe de qué indicación hablaba Holly.

—Después de tres intentos, algunos ordenadores dan una indicación de contraseña. Para refrescar la memoria, por si uno la ha olvidado. Pero eso solo si se ha programado.

Oyen un sonoro grito procedente de la cocina, no mascullado:

—¡Mierda! ¡Doble mierda! ¡Triple mierda!

Hodges y Jerome cruzan una mirada.

—Parece que no —dice Jerome.

20

Hodges enciende su propio ordenador y explica a Jerome lo que quiere: una lista de todos los actos públicos de los próximos siete días.

—Eso puedo hacerlo —contesta Jerome—, pero quizá antes quieras ver esto.

—¿Qué?

—Es un mensaje. Bajo el Paraguas Azul.

—Entra.

Hodges cierra los puños, pero los abre lentamente mientras lee el último comunicado de **asemerc**. El mensaje es breve, y aunque no aporta ninguna ayuda

inmediata, ofrece un rayo de esperanza.

Hasta otra, MAMÓN.

P. D.: Pasa un buen fin de semana, sé que el mío lo será.

—Me parece que aquí te comunica la ruptura definitiva, Bill.

Hodges también lo piensa, pero le da igual. Tiene toda la atención puesta en la posdata. Sabe que puede ser una pista falsa, pero si no lo es, aún disponen de un poco de tiempo.

Desde la cocina llegan una bocanada de humo y otro sonoro *Mierda*.

—¿Bill? Acabo de tener un mal presentimiento.

—¿Cuál?

—El concierto de esta noche. 'Round Here, ese grupo de adolescentes. En el Mingo. Mi hermana y mi madre van a ir.

Hodges contempla la posibilidad. El auditorio Mingo tiene un aforo de cuatro mil localidades, pero esta noche el público será femenino en un ochenta por ciento: madres con sus hijas adolescentes. Asistirán también hombres, pero casi todos ellos irán acompañando a sus hijas y las amigas de sus hijas. Brady Hartsfield es un hombre agraciado de unos treinta años, y si intenta ir solo al concierto, cantará como una almeja. En los Estados Unidos del siglo XXI, cualquier hombre solo en un acto dirigido esencialmente a niñas atrae la atención y celos.

Por otra parte: **Pasa un buen fin de semana, sé que el mío lo será.**

—¿Crees que debo llamar a mi madre y decirle que se quede en casa con las niñas? —Jerome parece horrorizarse ante la perspectiva—. Me temo que Barb no volverá a hablarme en la vida. Además están su amiga Hilda y un par más de...

Desde la cocina:

—¡Maldito trasto! ¡*Ríndete!*

Antes de que Hodges pueda contestar, Jerome dice:

—Por otro lado, da toda la impresión de que tiene algo planeado para el fin de semana, y hoy solo es jueves. ¿O eso es lo que quiere hacernos creer?

Hodges se siente inclinado a pensar que la provocación es real.

—Busca otra vez esa foto de Hartsfield en la Ciberpatrulla, ¿quieres? Esa que sale cuando marcas CONOZCA A LOS EXPERTOS.

Mientras Jerome lo hace, Hodges telefonea a Marlo Everett, del archivo policial.

—Hola, Marlo. Otra vez Bill Hodges. Yo... sí, mucha emoción en Lowtown. Me he enterado por Pete. La mitad del cuerpo está allí, ¿no?... Ajá... Bueno, no te entretengo. ¿Sabes si Larry Windom es todavía el jefe de seguridad del CACMO? Sí, exacto, Romper-Stomper. Claro, ya me espero.

Mientras espera, cuenta a Jerome que Windom pidió la jubilación anticipada porque el CACMO le ofreció un sueldo del doble de lo que ganaba como inspector. No le explica que esa no fue la única razón por la que Windom colgó los guantes después de veinte años. En ese momento Marlo vuelve al aparato. Sí, Larry sigue aún en el CACMO. Marlo le facilita incluso el número de teléfono del departamento de seguridad del CACMO. Antes de que Hodges pueda despedirse, Marlo le pregunta si hay algún problema.

—Lo digo porque esta noche se celebra allí un gran concierto. Va a ir mi sobrina. Está loca por esos memos.

—No pasa nada, Marls. Es solo por un viejo asunto nuestro.

—Dile a Larry que hoy nos vendría bien tenerlo por aquí —dice Marlo—. En la sala de la brigada no hay ni un alma. Ni un solo inspector a la vista.

—Se lo diré de tu parte.

Hodges telefonea al departamento de seguridad del CACMO, se identifica como inspector Bill Hodges y pregunta por Windom. Mientras espera, contempla a Brady Hartsfield. Jerome ha ampliado la foto para que ocupe la pantalla completa. A Hodges lo fascinan esos ojos. En la versión de menor tamaño, al lado de sus dos colegas informáticos, esos ojos mostraban una expresión relativamente agradable. Pero ahora que la imagen abarca toda la pantalla ya no es así. La boca sonríe; los ojos no. Son unos ojos inexpresivos y remotos. Casi mortecinos.

«Chorradas», se dice (se *reprende*). Este es uno de esos casos en que uno ve algo que no existe a partir de un conocimiento recién adquirido, como cuando el testigo de un atraco a un banco dice: «Ya me parecía sospechoso incluso antes de sacar el arma».

Suena bien, suena *profesional*, pero Hodges no se lo cree. Piensa que los ojos que lo miran desde la pantalla son los ojos de un sapo escondido bajo una piedra. O bajo un paraguas azul desechado.

En ese momento Windom se pone al teléfono. Posee una de esas voces atronadoras ante las que uno tiende a mantener el aparato a cinco centímetros del oído, y sigue tan estridente como siempre. Quiere saberlo todo sobre la gran incautación de esta tarde. Hodges le cuenta que es una megaincautación, sí, pero, aparte de eso, no sabe nada. Le recuerda a Larry que se ha retirado.

Pero.

—Con semejante jaleo —explica—, Pete Huntley me ha reclutado, digamos, para que te llame. Espero que no te importe.

—Claro que no, por Dios. Me encantaría tomar una copa contigo, Billy, hablar de los viejos tiempos ahora que los dos estamos fuera. Ya sabes, esto y aquello.

—Eso estaría bien. —Pero piensa: «Un tormento, eso sería».

—¿En qué puedo ayudarte?

—Esta noche tienes un concierto ahí, me ha dicho Pete. Un grupo de moda. Uno de esos con los que se pirran las adolescentes.

—Hiii hiii hiii, hacen. Ya hay cola. Y están *afinando* la voz. Alguien grita el nombre de uno de esos chicos, y se ponen todas a chillar. Chillan ya en el aparcamiento. Es como en los tiempos de la Beatlemania, solo que por lo que he oído, este grupo no son los Beatles precisamente. ¿Te ha llegado una amenaza de bomba o algo así? Dime que no. Las nenas me harán picadillo y las mamás se comerán los restos.

—Lo que tengo es el soplo de que esta noche podrías vértelas ahí con un pederasta. Un elemento malo de verdad, Larry.

—¿Nombre y descripción?

Implacable y al grano, sin andarse por las ramas. El hombre que abandonó el cuerpo de policía porque recurría a los puños con demasiada facilidad. Conflictos temperamentales, según el lenguaje del psiquiatra del departamento. Romper-Stomper, según el lenguaje de sus colegas.

—Se llama Brady Hartsfield. Te mandaré su foto por correo electrónico. —Lanza una mirada a Jerome, que asiente y forma un círculo con el pulgar y el índice—. Ronda los treinta años. Si lo veis, primero avisadme, luego detenedlo. Andaos con cautela. Si ese hijo de puta se resiste, reducidlo.

—Con mucho gusto, Billy. Pasaré la información a mis hombres. ¿Hay alguna posibilidad de que tenga... no sé... barba? ¿O de que vaya acompañado de una adolescente o alguien incluso más joven?

—Es poco probable pero no imposible. Si lo veis en medio de la multitud, debéis echaros encima por sorpresa. Podría ir armado.

—¿Qué probabilidades hay de que venga al concierto? —De hecho, formula la pregunta con tono esperanzado, lo cual es muy propio de Larry Windom.

—No muchas. —Hodges lo cree de verdad, y no solo por la insinuación sobre el fin de semana que ha dejado caer Hartsfield en el Paraguas Azul. *Debe* saber que le sería imposible pasar inadvertido entre un público de niñas—. En fin, ya te imaginas por qué el departamento no puede enviar efectivos, ¿no? Con todo ese revuelo que hay en Lowtown...

—No los necesitamos —afirma Windom—. Esta noche cuento con treinta y cinco hombres. Casi todos los fijos son policías retirados. Sabemos lo que hacemos.

—Eso me consta —dice Hodges—. Pero recuerda: llámame primero. Nosotros los jubilados no participamos en mucha acción, y debemos proteger la poca que nos llega.

Windom se echa a reír.

—Te entiendo. Mándame la foto. —Recita una dirección de correo

electrónico, que Hodges anota y entrega a Jerome—. Si lo vemos, lo agarramos. Después, queda en tus manos... *tío Bill*.

—Vete a la mierda, *tío Larry* —responde Hodges. Cuelga y se vuelve hacia Jerome.

—Acabo de mandar la foto —informa Jerome.

—Bien. —A continuación Hodges dice algo que lo atormentará durante el resto de su vida—: Si Hartsfield es tan listo como creo, esta noche ni se acercará al Mingo. Diría que tu madre y tu hermana pueden ir sin peligro. Si intenta colarse en el concierto, los hombres de Larry no lo dejarán ni cruzar la puerta.

Jerome sonríe.

—Estupendo.

—A ver qué más encuentras. Concéntrate en el sábado y el domingo, pero no te olvides de la semana que viene. Tampoco te olvides de mañana, porque...

—Porque el fin de semana empieza el viernes, ya lo pillo.

Jerome se pone manos a la obra. Hodges entra en la cocina para ver cómo le va a Holly. Para en seco ante lo que ven sus ojos. Al lado del portátil prestado hay un billetero rojo. Esparcidos por la mesa están el carnet de identidad, las tarjetas de crédito y varios recibos de Deborah Hartsfield. Holly, ya por el tercer cigarrillo, sostiene una MasterCard y la examina a través de una nube de humo azul. Lanza a Hodges una mirada temerosa y desafiante a la vez.

—¡Solo pretendo descubrir la puñetera contraseña! Tenía el bolso colgado en el respaldo de la silla, y como la cartera estaba arriba de todo, me la he metido en el bolsillo. Porque a veces la gente guarda las contraseñas en la cartera. Sobre todo las mujeres. No quería su *dinero*, señor Hodges. Yo ya tengo mi propio *dinero*. Recibo una *paga*.

«Una paga —piensa Hodges—. Ay, Holly».

Holly tiene los ojos anegados en lágrimas y vuelve a morderse los labios.

—Nunca *robaría*.

—Claro —dice él. Piensa en darle unas palmadas en la mano y decide que no sería oportuno en este momento—. Lo entiendo.

¿Y qué coño importa, por Dios? Después de toda la mierda que él ha removido desde que la condenada carta entró por la rendija de su buzón, afanar la cartera de una muerta es una menudencia. Cuando todo esto salga a la luz, y sin duda saldrá, Hodges dirá que se la llevó él.

Holly, entretanto, no ha acabado.

—Tengo mi propia tarjeta de crédito, y dinero. Incluso tengo una cuenta corriente. Me compro videojuegos y aplicaciones para mi iPad. Me compro ropa. También pendientes, porque me encantan. Tengo cincuenta y seis pares. Y me pago yo el tabaco, pese a lo caro que está. Quizá le interese saber que en Nueva

York un paquete cuesta ahora *once dólares*. Procuro no ser una carga porque no puedo trabajar, y mi madre dice que no lo soy, pero yo sé que sí lo soy...

—Holly, basta ya. Tiene que dejar esas cosas para su psiquiatra, si es que lo tiene.

—*Claro* que lo tengo. —Dirige una triste sonrisa a la obstinada ventana en la que el portátil de la señora Hartsfield le pide la contraseña—. Estoy jodida, ¿es que no se ha dado cuenta?

Hodges prefiere abstenerse de hacer comentarios.

—Buscaba un papel con la contraseña —asegura Holly—, pero no lo hay. Así que he probado con el número de la Seguridad Social, primero hacia delante y luego al revés. Lo mismo con las tarjetas de crédito. Incluso he probado con los códigos de seguridad de las tarjetas de crédito.

—¿Alguna otra idea?

—Un par. Déjeme sola. —Mientras él sale de la cocina, ella dice—: Perdona por el humo, pero la verdad es que me ayuda a pensar.

21

Mientras Holly sigue dale que dale con el ordenador en la cocina y Jerome hace lo propio en el despacho, Hodges se acomoda en el La-Z-Boy del salón y fija la mirada en el televisor apagado. Es un mal sitio donde estar, quizá el peor. La parte lógica de su cerebro entiende que todo lo sucedido es culpa de Brady Hartsfield, pero apoltronado en el La-Z-Boy donde pasó tantas tardes insulsas y saturadas de televisión, sintiéndose inútil y desconectado de la personalidad esencial que daba por sentada durante su vida laboral, la lógica pierde su fuerza. Lo que ocupa subrepticamente su lugar es una idea aterradora: él, Gustavo William Hodges, ha cometido el delito de llevar a cabo una labor policial chapucestamente, y con ello ha ayudado e instigado a Mr. Mercedes. Ellos dos son las estrellas de un *reality show* titulado *Bill y Brady matan a unas cuantas señoras*. Porque cuando Hodges ve la situación en retrospectiva, parece que muchas de las víctimas son mujeres: Janey, Olivia Trelawney, Janice Cray y su hija Patricia... además de Deborah Hartsfield, que quizá no se haya envenenado ella misma. «Y eso sin contar a Holly —piensa—, que muy probablemente saldrá de esta mucho más jodida de lo que estaba al principio si no encuentra esa contraseña... o si la encuentra y no hay nada en el ordenador de la mamá que nos ayude a encontrar al hijito. Y la verdad, ¿qué posibilidades hay de eso?».

Ahí sentado en ese sillón —consciente de que debe levantarse pero todavía incapaz de moverse—, Hodges piensa que su propio historial destructivo con

mujeres se remonta aún más allá. Su exesposa es su ex por una buena razón. Años al borde del alcoholismo fueron parte de eso, pero para Corinne (a quien le gustaba tomarse ella misma una copa o tres, y probablemente todavía le guste), no fue la parte más importante. Lo peor fue la frialdad que se filtró furtivamente por los resquicios del matrimonio y acabó congelándolo del todo. Fue su manera de excluirla, diciéndose que era por el propio bien de ella, porque en su trabajo casi todo era repugnante y deprimente. Fue el hecho de dejarle claro de muy distintas formas —algunas contundentes, otras más discretas— que en una carrera entre ella y el trabajo, Corinne Hodges siempre llegaba en segundo lugar. En cuanto a su hija... en fin. Caray. Allie nunca deja de enviarle una tarjeta de felicitación por Navidad y por su cumpleaños (aunque las tarjetas del día de San Valentín dejaron de llegar hace unos diez años), y rara vez se salta la llamada obligada del sábado por la noche, pero hace un par de años que no lo visita. Y eso habla por sí solo de cómo echó a perder él *esa* relación.

Se le va el pensamiento hacia lo preciosa que era Allie de niña, con esas pecas y esa mata de pelo rojizo: su pequeña pelirroja. Cuando llegaba a casa, ella corría hacia él como una flecha por el pasillo y saltaba a sus brazos temerariamente sabiendo que él soltaría cualquier cosa que tuviera en las manos y la cogería. Janey comentó que en su día estaba como loca con los Bay City Rollers, y Allie tuvo sus propias predilecciones, sus propios niños monos para consumo de adolescentes. Se compraba sus discos con su paga, de aquellos pequeños con un gran agujero en el centro. ¿De quiénes eran? Hodges no se acuerda, solo se le quedó grabado el estribillo de una de las canciones, que hablaba una y otra vez de cada movimiento que haces y cada paso que das. ¿Era de Bananarama o de los Thompson Twins? No lo sabe, pero sí sabe que nunca la llevó a un concierto, aunque es posible que Corrie la llevara a ver a Cyndi Lauper.

Pensar en Allie y su afición por la música pop le suscita una nueva duda, una duda ante la que yergue la espalda, abre mucho los ojos y se agarra a los brazos acolchados del La-Z-Boy.

¿Habría permitido a *Allie* ir al concierto de esta noche?

La respuesta es un no rotundo. Ni por asomo.

Hodges consulta el reloj y ve que son casi las cuatro. Se levanta con la intención de entrar en el despacho y decir a Jerome que llame a su madre y la inste a mantener a esas niñas alejadas del CACMO por más que se sulfuren y gimoteen. Ha telefoneado a Larry Windom y tomado precauciones, pero al diablo las precauciones. Nunca habría puesto la vida de Allie en manos de Romper-Stomper. *Jamás*.

Cuando no ha dado ni dos pasos hacia el despacho, Jerome lo llama:

—¡Bill! ¡Holly! ¡Venid! ¡Creo que he encontrado algo!

De pie detrás de Jerome, Hodges mira por encima de su hombro izquierdo y Holly por encima del derecho. La pantalla del ordenador de Hodges muestra un comunicado de prensa.

**SYNERGY CORP. CITIBANK Y TRES CADENAS
DE RESTAURANTES ORGANIZAN EN LOS
SALONES DEL EMBASSY SUITES EL MAYOR
ENCUENTRO ESTIVAL DEL MUNDO
PROFESIONAL EN EL MEDIO OESTE**

PARA PUBLICACIÓN INMEDIATA. Se anima a los profesionales del mundo de la empresa y a los veteranos del ejército a asistir al mayor Encuentro del Mundo Profesional del año el sábado 5 de junio de 2010. Este acontecimiento para combatir la recesión tendrá lugar en el Embassy Suites del centro de la ciudad, Synergy Square 1. Se recomienda inscribirse, pero no es necesario. Descubrirán cientos de empleos apasionantes y bien remunerados en la página web del Citibank, en el McDonald's, el Burger King o el Chicken Coop más cercanos, o en www.synergy.com. Los empleos disponibles incluyen atención al cliente, venta al por menor, seguridad, fontanería, electricidad, contabilidad, análisis financiero, *telemarketing*, servicio de caja. Encontrarán Orientadores de Empleo bien preparados y serviciales, así como talleres útiles en todas las salas de conferencias. La entrada es gratuita. Las puertas se abrirán a las ocho de la mañana. Traigan su currículum y vístanse con miras al éxito. Recuerden que la inscripción previa acelerará el proceso y mejorará sus opciones de encontrar ese empleo que están buscando.

¡JUNTOS VENCEREMOS LA RECESIÓN!

—¿Qué os parece? —pregunta Jerome.

—Creo que has dado en el clavo.

Una repentina y profunda sensación de alivio invade a Hodges. No será en el concierto de esta noche, ni en una abarrotada discoteca del centro, ni en el partido entre los Groundhogs y los Mudhens de la segunda división de béisbol de mañana por la noche. Es ese acto en el Embassy Suites. Tiene que serlo, cuadra demasiado para que no sea así. Hay método en la locura de Brady Hartsfield; para él, alfa es igual a omega. Hartsfield se propone concluir su trayectoria de asesino en masa tal como la inició: matando a los parados de la ciudad.

Hodges se vuelve para ver cómo reacciona Holly, pero ella ha salido del despacho. Está otra vez en la cocina, sentada ante el ordenador de Deborah

Hartsfield con la mirada fija en la ventana de la contraseña, encorvada. En el platillo a su lado el cigarrillo se ha consumido hasta el filtro, dejando un nítido cilindro de ceniza.

Esta vez Hodges se arriesga a tocarla.

—No se preocupe, Holly. La contraseña ya no importa porque ahora sabemos el lugar. Voy a hablar con mi antiguo compañero dentro de un par de horas, cuando este asunto de Lowtown se apacigüe un poco, y se lo contaré todo. Emitirán una orden de búsqueda contra Hartsfield y su coche. Si no dan con él antes del sábado por la mañana, lo detendrán cuando se acerque a la feria de empleo.

—¿No podemos hacer nada esta noche?

—Estoy pensándolo. —Sí hay una cosa, aunque la probabilidad es tan remota que casi la considera nula.

—¿Y si se equivoca con lo del encuentro del mundo profesional? ¿Y si planea volar un cine *esta noche*?

Jerome entra en la cocina.

—Hoy es jueves, Hol, y aún es pronto para los grandes estrenos del verano. En la mayoría de los cines no habrá más de diez o doce personas.

—El concierto, pues —insiste ella—. A lo mejor no *sabe* que solo habrá chicas.

—Sí lo sabe —interviene Hodges—. Lo suyo es la improvisación, pero eso no significa que sea tonto. Habrá llevado a cabo al menos cierta planificación por adelantado.

—¿Puedo disponer de un poco más de tiempo para dar con la contraseña, por favor?

Hodges mira el reloj. Las cuatro y diez.

—Claro. ¿Qué tal hasta las cuatro y media?

Un destello asoma a los ojos de Holly: el afán de regateo.

—¿Las cinco menos cuarto?

Hodges niega con la cabeza.

Holly exhala un suspiro.

—Además, se me ha acabado el tabaco.

—Eso te va a matar —advierde Jerome.

Ella le dirige una mirada indiferente.

—¡Sí! Eso es parte de su encanto.

Hodges y Jerome van en coche al pequeño centro comercial del cruce de Harper con Hanover para comprar a Holly un paquete de tabaco y concederle la intimidad que obviamente desea.

De nuevo en el Mercedes gris, Jerome se pasa la cajetilla de Winston de una mano a la otra y comenta:

—Este coche me pone los pelos de punta.

—A mí también —reconoce Hodges—. En cambio a Holly no parece inquietarla, ¿verdad que no? Con lo sensible que es.

—¿Crees que estará bien? Cuando esto acabe, quiero decir.

Una semana atrás, quizá incluso dos días atrás, Hodges habría dado una respuesta vaga y políticamente correcta, pero desde entonces Jerome y él han pasado por muchas cosas juntos.

—Durante un tiempo —contesta—. Después... no.

Jerome suspira tal como hace la gente cuando ve confirmada una tenue impresión.

—Mierda.

—Pues sí.

—¿Y ahora qué?

—Ahora volvemos, damos a Holly los clavos de su ataúd, y dejamos que se fume uno. Luego recogemos todo lo que ha afanado de la casa de los Hartsfield. Yo os llevo a los dos otra vez al centro comercial de Birch Hill. Tú devuelves a Holly a Sugar Heights con tu Wrangler, y después te vas a casa.

—Y dejo que mi madre y Barb y sus amigas vayan a ese concierto.

Hodges expulsa una bocanada de aire.

—Si crees que vas a quedarte más tranquilo, dile a tu madre que cancele el plan.

—Si lo hago, saldrá todo a la luz. —Sigue pasándose la cajetilla de una mano a la otra—. Todo lo que hemos estado haciendo hoy.

Jerome es un chico listo, y Hodges no necesita confirmarlo. Ni recordarle que al final todo saldrá a la luz en cualquier caso.

—¿Y tú qué vas a hacer, Bill?

—Regresaré al Lado Norte y aparcaré el Mercedes a una o dos manzanas de la casa de los Hartsfield, por si acaso. Devolveré el portátil y el billetero de la señora Hartsfield y luego me quedaré vigilando la casa. Por si decide volver.

Jerome no parece muy convencido.

—Daba la impresión de que vació del todo la sala de ese sótano. ¿Qué probabilidades hay de que vuelva?

—Entre pocas y ninguna, pero no tenemos otra cosa. Hasta que ponga esto en

manos de Pete.

—Tenías muchas ganas de hacer tú la detención, ¿no?

—Sí —admite Hodges, y suspira—. Sí.

24

Cuando vuelven, Holly tiene la cabeza apoyada en la mesa, oculta entre los brazos. El contenido deconstruido del billetero de Deborah Hartsfield forma un cinturón de asteroides en torno a ella. El portátil sigue encendido y sigue mostrando la obstinada ventana de la contraseña. Según el reloj de pared, son las cinco menos veinte.

Hodges teme que Holly se oponga a su plan de mandarla a casa, pero ella se limita a erguir la espalda, abrir el paquete de tabaco y extraer un cigarrillo lentamente. No está llorando, pero se la ve cansada y cabizbaja.

—Has hecho todo lo que has podido —dice Jerome.

—Siempre hago todo lo que puedo, Jerome. Y nunca es suficiente.

Hodges coge el billetero rojo y empieza a colocar otra vez las tarjetas de crédito en los bolsillos. No deben de estar en el mismo orden en que las tenía la señora Hartsfield, pero ¿quién va a darse cuenta de eso? Ella no.

Hay fotos en una serie de fundas transparentes desplegable, y él las mira ociosamente. He aquí a la señora Hartsfield cogida del brazo de un hombre fornido, de hombros anchos, con un mono azul: quizá el ausente señor Hartsfield. He aquí a la señora Hartsfield con un grupo de mujeres risueñas en lo que parece una peluquería. He aquí un niño regordete con un coche de bomberos en las manos: Brady a los tres o cuatro años, probablemente. Y una más, una versión en tamaño billetero de la foto que hay en el hueco del escritorio de la señora Hartsfield: Brady y su madre con las mejillas juntas.

Jerome la golpea y dice:

—¿Sabes a qué me recuerda esta? A Demi Moore y su ligue... ¿cómo se llama? Ashton Kutcher.

—Demi Moore es morena —dice Holly con naturalidad—. Salvo en *La teniente O'Neil*, donde apenas tiene pelo, porque está preparándose para entrar en un cuerpo de élite del ejército. He visto la película tres veces, una en el cine, otra en vídeo y otra más en iTunes. Muy entretenida. La señora Hartsfield es rubia. —Reflexiona y añade—: Lo era.

Hodges saca la foto de la funda para verla mejor; luego le da la vuelta. Al dorso lleva escrito cuidadosamente: «Mamá y su cariñito, Sand Point Beach, agosto de 2007». Se golpea el borde de la mano con la foto un par de veces, se

dispone a guardarla de nuevo y de pronto la desliza hacia Holly con el lado de la imagen hacia abajo.

—Pruebe con eso.

Ella arruga el entrecejo.

—Que pruebe ¿con qué?

—«Cariñito».

Holly lo introduce, pulsa INTRO... y profiere un chillido de alegría muy impropio de ella. Porque han accedido. Así, sin más.

No hay nada digno de mención en el portátil: una libreta de direcciones, una carpeta identificada con el nombre de RECETAS PREFERIDAS y otra titulada MENSAJES GUARDADOS; una carpeta de recibos online (parecía pagar todas las facturas por internet), y un álbum de fotos (en su mayoría de Brady a distintas edades). Hay muchas series de televisión en su iTunes, pero solo un álbum de música: *Alvin and the Chipmunks Celebrate Christmas*.

—Dios mío —comenta Jerome—, no diré que mereciera morir, pero...

Holly le dirige una mirada severa.

—Eso no tiene gracia, Jerome. No vayas por ese camino.

Él levanta las manos.

—Perdona, perdona.

Hodges desliza rápidamente los *e-mails* guardados y no ve nada de interés. En su mayoría parecen de antiguos compañeros de instituto de la señora Hartsfield, que la llaman Debs.

—Aquí no hay nada sobre Brady —señala, y echa un vistazo al reloj—. Deberíamos irnos.

—No tan deprisa —dice Holly, y abre el buscador. Introduce el texto BRADY en la casilla. Salen varios resultados (muchos en la carpeta de recetas, donde ha clasificado algunas como «Preferidas de Brady»), pero nada de interés.

—Prueba con «cariñito» —sugiere Jerome.

Ella sigue su indicación y obtiene un resultado: un documento muy enterrado en el disco duro. Holly lo abre. Ahí constan las tallas de ropa de Brady, también una lista de todos los regalos de Navidad y cumpleaños que ella le ha hecho en los últimos diez años, cabe pensar que para no repetirse. Tiene anotado el número de la Seguridad Social de Brady. Incluye copias escaneadas del permiso de circulación, la tarjeta del seguro del coche y la partida de nacimiento. Aparece una lista de los compañeros de trabajo tanto en Discount Electronix como en la fábrica de helados de Loeb. Junto al nombre de Shirley Orton hay una nota ante la que Brady se habría tronchado de risa: «¿Me pregunto si esta es su novia?».

—Pero ¿qué es toda esta mierda? —pregunta Jerome—. Por Dios, es un *adulto*.

Holly esboza una sombría sonrisa.

—Lo que yo decía. Ella sabía que él no estaba bien.

Al final de la carpeta CARIÑITO hay un archivo titulado SÓTANO.

—Ahí está —dice Holly—. Tiene que ser eso. ¡Ábrelo, ábrelo, ábrelo!

Jerome clica SÓTANO. El documento se reduce a diez o doce palabras.

Control = luces

¿¿Caos?? ¿¿Oscuridad??

¿¿¿¿Por qué conmigo no funcionan????

Se quedan mirando la pantalla durante un momento sin hablar. Al final Hodges dice:

—No lo entiendo. ¿Jerome?

Jerome niega con la cabeza.

Holly, aparentemente hipnotizada por este mensaje de la muerta, pronuncia una sola palabra, en voz tan baja que apenas se la oye:

—Quizá... —Vacila, se muerde los labios y repite—: Quizá.

25

Brady llega al Centro de Arte y Cultura del Medio Oeste poco antes de las seis de la tarde. Aunque falta más de una hora para que empiece el concierto, el amplio aparcamiento está ya lleno en sus tres cuartas partes. Se han formado largas colas ante las puertas de acceso al vestíbulo, y crecen por momentos. Las niñas gritan a pleno pulmón. Probablemente eso significa que están contentas, pero a Brady se le antojan fantasmas en una mansión desierta. Es imposible contemplar la creciente muchedumbre y no acordarse de aquella madrugada de abril en el Centro Cívico. Brady piensa: «Si tuviera un vehículo militar multipropósito, y no esta carraca japonesa, podría embestirlos a sesenta kilómetros por hora, cargarme a cincuenta o más, luego pulsar el interruptor y mandar a los demás a la estratosfera».

Pero no tiene un vehículo de esas características, y por un momento ni siquiera sabe muy bien qué hacer a continuación: nadie debe verlo mientras se ocupa de los últimos preparativos. De pronto ve el remolque de un tráiler en el otro extremo del aparcamiento. El camión en sí no está, y unos gatos sostienen el remolque. En el flanco lleva la imagen de una noria y un letrero que reza EQUIPO DE APOYO DE 'ROUND HERE. Es uno de los camiones que vio en la zona de carga durante su reconocimiento. Más tarde, después del concierto, el

camión volverá a acoplarse y arrastrará el remolque hasta la parte de atrás para la operación de carga, pero ahora no parece haber nadie cerca.

Detiene el coche al otro lado del remolque, que mide al menos quince metros. Detrás el Subaru queda totalmente oculto y nadie lo ve desde el concurrido aparcamiento. Saca sus gafas falsas de la guantera y se las pone. Sale y rodea el remolque para asegurarse de que está tan vacío como parece. Tranquilo ya a ese respecto, regresa al Subaru y extrae la silla de ruedas del maletero. No es fácil. El Honda le habría ido mejor, pero no se fía del motor, falto de mantenimiento. Coloca el cojín con el rótulo APARCAMIENTO DE CULO en el asiento de la silla de ruedas y conecta el cable que asoma del centro de la segunda A de APARCAMIENTO a los cables de los bolsillos laterales, donde hay más bloques de explosivo plástico. Otro cable, conectado a un bloque de plástico en el bolsillo trasero, pende de un orificio que ha abierto en el respaldo.

Sudando profusamente, Brady inicia la última conexión. Trenza los filamentos de cobre de los cables y envuelve los empalmes expuestos con trozos de cinta aislante previamente cortados, que tenía pegados a la pechera de la holgada camiseta de *'Round Here* que ha comprado por la mañana en el supermercado. La camiseta muestra el mismo logo de la noria que tiene el camión. Encima se leen las palabras KISSES ON THE MIDWAY. Debajo dice ¡I ♥ CAM, BOYD, STEVE Y PETE!

Al cabo de diez minutos de trabajo (con alguna que otra interrupción para asomarse por detrás del remolque y cerciorarse de que aún dispone de ese rincón del aparcamiento para él solo), una telaraña de cables unidos se extiende por encima del asiento de la silla de ruedas. No hay forma de conectar la bolsa de orina Urinesta llena de explosivos, o al menos no se le ha ocurrido ninguna en tan poco tiempo, pero da igual; a Brady no le cabe duda de que el resto del material bastará para detonarla.

Aunque tampoco llegará a saberlo con certeza, ocurra lo que ocurra.

Vuelve al Subaru una vez más y saca la versión enmarcada de veinte por veinticinco centímetros de una foto que Hodges ya ha visto: Frankie con el coche de bomberos Sammy en las manos y esa sonrisa suya de bobo como diciendo «dónde coño estoy». Brady besa el cristal y dice:

—Te quiero, Frankie. ¿Tú me quieres a mí?

Hace como si Frankie contestara que sí.

—¿Quieres ayudarme?

Hace como si Frankie contestara que sí.

Brady vuelve a la silla de ruedas y se sienta en APARCAMIENTO DE CULO. Ahora solo se ve el cable maestro, suspendido en la parte delantera de la silla de ruedas entre sus muslos separados. Lo conecta a la Cosa Dos y respira

hondo antes de accionar el interruptor de encendido. Si hay una fuga de electricidad en las pilas AA... por mínima que sea...

Pero no la hay. Se enciende el piloto amarillo, y eso es todo. En algún lugar, no muy lejos pero en otro mundo, las niñas chillan alegremente. Pronto muchas de ellas se desintegrarán; muchas más perderán brazos y piernas y chillarán de verdad. En fin, al menos podrán escuchar un poco de la música de su grupo preferido antes de la gran explosión.

O quizá no. Es consciente de lo tosco e improvisado que es su plan; el guionista más estúpido y con menos talento de Hollywood habría concebido algo mejor. Brady recuerda el cartel del pasillo que lleva al auditorio: PROHIBIDO ENTRAR CON BOLSAS, CAJAS O MOCHILAS. Él no lleva nada de eso, pero para echarlo todo a rodar bastará con que un guardia de seguridad perspicaz repare en un solo cable a la vista. Incluso si eso no ocurre, un rápido vistazo a los bolsillos de la silla de ruedas revelará el hecho de que es una bomba rodante. Brady ha pegado un banderín de *'Round Here* a uno de esos bolsillos, pero por lo demás no ha hecho mayores esfuerzos de ocultación.

No le preocupa. No sabe si eso le genera seguridad o solo fatalismo, y no cree que tenga gran importancia. En último extremo, la seguridad y el fatalismo son en cierto modo la misma cosa, ¿o no? Salió airoso después de atropellar a aquella gente en el Centro Cívico, y tampoco entonces hubo apenas planificación: solo una máscara, una redecilla para el pelo y un poco de lejía para eliminar los rastros de ADN. En el fondo de su alma no esperaba escapar, y ahora su esperanza a ese respecto es nula. Cosa que, curiosamente, le da ventaja. En un mundo de pasotismo, él está a punto de convertirse en el pasota máximo.

Se coloca la Cosa Dos bajo la holgada camiseta. Se nota un poco el bulto, y ve el tenue resplandor amarillo del piloto a través de la fina tela de algodón, pero tanto el bulto como el resplandor desaparecen cuando se coloca la foto de Frankie en el regazo. Ya está casi listo para ponerse en marcha.

Las gafas falsas le resbalan por el puente de la nariz sudorosa. Brady se las reacomoda. Estirando un poco el cuello, se ve en el espejo retrovisor externo del lado derecho del Subaru. Calvo y con gafas, no se parece en nada a su identidad anterior. Ofrece un aspecto enfermizo, eso de entrada, pálido, sudoroso, con ojeras.

Brady se pasa la mano por la cabeza, palpándose la piel lisa allí donde el pelo no tendrá ya oportunidad de crecer. Finalmente retrocede con la silla de ruedas para abandonar el espacio donde ha aparcado el coche y empieza a cruzar lentamente el aparcamiento en dirección a la creciente muchedumbre.

Hodges queda atrapado en el tráfico de hora punta y no llega al Lado Norte hasta poco después de las seis de la tarde. Jerome y Holly siguen con él; los dos quieren llegar hasta el final, sean cuales sean las consecuencias, y como parecen entender cuáles podrían ser esas consecuencias, Hodges ha decidido que no puede negárselo. Tampoco tiene muchas opciones; Holly se resiste a dar a conocer lo que sabe. O cree que sabe.

Hank Beeson sale de su casa y cruza la calle antes de que Hodges pueda siquiera detener el Mercedes de Olivia Trelawney en el camino de acceso de los Hartsfield. Hodges suspira y baja la ventanilla del conductor.

—Francamente, me gustaría saber qué está pasando aquí —dice el señor Beeson—. ¿Tiene algo que ver con todo ese jaleo de Lowtown?

—Señor Beeson —contesta Hodges—, agradezco su interés, pero debe volver a su casa y...

—No, un momento —interviene Holly. Se inclina por encima de la consola central del Mercedes de Olivia Trelawney para mirar a la cara a Beeson—. Describame la voz del señor Hartsfield. Necesito saber cómo suena.

Beeson se queda perplejo.

—Como la de todo el mundo, supongo. ¿Por qué?

—¿Es grave? O sea, ¿como de barítono?

—¿Quiere decir como la de uno de esos cantantes de ópera gordos? —Beeson se ríe—. No, demonios. ¿Qué pregunta es esa?

—¿Tampoco es aguda y chillona?

Dirigiéndose a Hodges, Beeson dice:

—¿Su compañera está loca?

«Solo un poco», piensa Hodges.

—Usted conteste a la pregunta, caballero.

—No es grave, tampoco aguda y chillona. ¡Es normal! ¿Qué pasa aquí?

—¿Tiene algún acento? —insiste Holly—. Por ejemplo... no sé... ¿sureño? ¿O de Nueva Inglaterra? ¿O quizá de Brooklyn?

—He dicho que no. Habla como todo el mundo.

Holly, aparentemente satisfecha, se recuesta en el asiento.

—Vuelva a entrar en su casa, señor Beeson. Por favor.

Beeson deja escapar un bufido pero retrocede. Se detiene al pie de los escalones de la entrada a su casa para echar una mirada iracunda por encima del hombro. Hodges ya ha visto muchas veces esa expresión, como diciendo «tu

salario lo pago yo, gilipollas». Luego entra y cierra de un portazo para asegurarse de que entienden el mensaje. Enseguida aparece de nuevo tras la ventana con los brazos cruzados ante el pecho.

—¿Y si llama a comisaría para preguntar qué hacemos aquí? —dice Jerome desde el asiento de atrás.

Hodges esboza una sonrisa. Es fría pero sincera.

—Esta tarde lo tiene crudo. Venga, vamos.

Mientras los guía en fila india por el estrecho pasadizo entre la casa y el garaje, consulta su reloj. Las seis y cuarto. «Cómo vuela el tiempo cuando uno se divierte», piensa.

Entran en la cocina. Hodges abre la puerta del sótano y alarga el brazo hacia el interruptor.

—No —dice Holly—. No encienda.

Él la mira con semblante interrogativo, pero Holly se ha vuelto hacia Jerome.

—Tienes que hacerlo tú. El señor Hodges es demasiado mayor y yo soy mujer.

Por un momento Jerome no lo entiende, pero de pronto cae.

—¿Control equivale a luz?

Ella, tensa y demacrada, asiente con la cabeza.

—Debería dar resultado si tienes la voz más o menos parecida a la suya.

Jerome cruza el umbral de la puerta, se aclara la garganta un tanto cohibido y dice:

—Control.

El sótano permanece a oscuras.

—Tienes una voz grave por naturaleza —observa Hodges—. No de barítono, pero grave. Por eso cuando hablas por teléfono pareces mayor de lo que eres. A ver si puedes darle un tono un poco más agudo.

Jerome repite la palabra y las luces del sótano se encienden. Holly Gibney, cuya vida no ha sido precisamente una comedia de situación, se ríe y aplaude.

Son las seis y veinte cuando Tanya Robinson llega al CACMO, y al ponerse en la cola de vehículos entrantes, lamenta no haber salido camino del concierto una hora antes como le pedían las niñas machaconamente. El aparcamiento está ya lleno en sus tres cuartas partes. Unos hombres con chalecos de color naranja organizan el tráfico. Uno de ellos le indica que tuerza a la izquierda. Ella dobla en esa dirección, conduciendo con lentitud y sumo cuidado porque para el safari de

esta noche ha pedido prestado a Ginny Carver su Tahoe, y nada desea menos que abollarle el parachoques. En los asientos traseros, las niñas —Hilda Carver, Betsy DeWitt, Dinah Scott y su propia Barbara— saltan literalmente de emoción. Han llenado el cargador múltiple del reproductor de CD del Tahoe con sus discos de 'Round Here (entre las cuatro tienen los seis), y exclaman «¡Uy, esta me encanta!», cada vez que empieza una canción. Hay mucho ruido y la situación es estresante, y Tanya, sorprendida, descubre que se lo está pasando bastante bien.

—Cuidado con el minusválido, señora Robinson —dice Betsy, señalando.

El minusválido es un hombre flaco, pálido y calvo, y prácticamente flota dentro de una amplísima camiseta. Sostiene en el regazo algo que parece un marco de fotografía, y Tanya Robinson también ve una de esas bolsas de orina. Un banderín tristemente alegre de 'Round Here destaca en un bolsillo lateral de la silla de ruedas. «Pobre hombre», piensa Tanya.

—A lo mejor deberíamos ayudarlo —dice Barbara—. Va lentísimo.

—Eres un sol —contesta Tanya—. Déjame aparcar, y si cuando volvamos, aún no ha llegado al edificio, lo ayudaremos.

Mete el Tahoe prestado en una plaza vacía y apaga el motor con un suspiro de alivio.

—Hala, mirad qué *colas* —exclama Dinah—. Debe de haber un millón de personas.

—No tantas ni mucho menos —asegura Tanya—. Pero *sí* hay mucha gente. De todos modos, no tardarán en abrir las puertas. Y tenemos buenos asientos, así que no os preocupéis.

—Llevas las entradas, ¿verdad, mamá?

Tanya, con un gesto ostensible, mira en el bolso.

—Las tengo aquí mismo, cariño.

—¿Y podremos comprar algún recuerdo?

—Uno cada una, y nada que cueste más de diez dólares.

—Yo he traído mi propio dinero, señora Robinson —dice Betsy cuando se apean del Tahoe.

Las niñas se ponen un poco nerviosas al ver la multitud que se amontona delante del CACMO. Las cuatro forman una piña, y sus sombras se convierten en una única mancha oscura en la intensa luz de media tarde.

—Ya, Bets, pero esto lo pago yo —dice Tanya—. Ahora escuchadme, niñas. Quiero que me deis vuestro dinero y vuestros teléfonos para que os los guarde. A veces en estas aglomeraciones de gente hay carteristas. Os lo devolveré todo cuando estemos sanas y salvas en nuestros asientos, pero nada de mensajes ni de llamadas en cuanto empiece el concierto. ¿Queda claro?

—¿Primero podemos tomar unas fotos, señora Robinson? —pregunta Hilda.

—Sí. Una cada una.

—¡Dos! —suplica Barbara.

—De acuerdo, dos. Pero deprisa.

Sacan dos fotos cada una y prometen enviárselas por *e-mail* más tarde para tener todas la serie completa. Tanya toma un par ella misma de las cuatro niñas juntas y abrazadas. Piensa que están adorables.

—Bien, chicas, entregad el dinero y los aparatejos.

Las niñas entregan unos treinta dólares entre las cuatro y sus teléfonos de colores pastel. Tanya lo guarda todo en su bolso y cierra el todoterreno de Ginny Carver con el botón del mando. Oye el satisfactorio chasquido de los cierres al bloquearse: un sonido que significa seguridad y protección.

—Ahora escuchadme, locuelas. Iremos todas cogidas de la mano hasta que lleguemos a nuestros asientos, ¿vale? Quiero oíros decir «vale».

—¡*Vaaale!* —exclaman las niñas, y se cogen de la mano. Se han engalanado con sus mejores vaqueros ajustados y sus mejores zapatillas. Todas llevan camisetas de 'Round Here, y Hilda se ha atado la cola de caballo con una cinta de seda blanca en la que se lee I ♥ CAM en rojo.

—Y vamos a pasarlo bien, ¿verdad? Vamos a pasarlo como nunca, ¿verdad? Quiero oíros decir «vale».

—¡*VAAAALE!*

Dándose por contenta, Tanya las lleva hacia el CACMO. Es un largo trecho por el asfalto caliente, pero a ninguna de ellas parece importarle. Tanya busca al hombre calvo en la silla de ruedas y lo ve dirigirse hacia el final de la cola de discapacitados. Esa es mucho más corta. Aun así, le da pena ver a todas esas personas maltrechas. De pronto las sillas de ruedas empiezan a moverse. Están dejando entrar primero a los discapacitados, y ella piensa que es buena idea, eso de permitir que todos o al menos la mayoría se acomoden en su propia sección antes de que se inicie la estampida.

Cuando Tanya y su grupo se colocan al final de la cola más corta de personas no impedidas (que así y todo es muy larga), ella observa al hombre calvo y flaco impulsarse cuesta arriba por la rampa para discapacitados y piensa que le sería mucho más fácil si tuviera una de esas sillas motorizadas. Siente curiosidad por la foto que lleva en el regazo. ¿Algún ser querido que ha fallecido? Es lo más probable.

«Pobre», vuelve a pensar, y eleva una breve plegaria a Dios, dándole gracias por la salud de sus dos hijos.

—¿Mamá? —dice Barbara.

—¿Sí, cariño?

—Vamos a pasarlo como nunca, ¿verdad?

Tanya Robinson le aprieta la mano.

—Y que lo digas.

Una niña empieza a cantar *Kisses on the Midway* con voz dulce y diáfana: «El sol, nena, el sol brilla cuando me miras... La luna, nena, la luna resplandece cuando estás a mi lado».

Otras niñas cantan a coro: «Tu amor, tus caricias, nunca me basta con solo un poco... Quiero amarte a mi manera...».

Pronto la canción flota en el aire cálido de la tarde entonada por un millar de voces. Tanya suma gustosamente la suya: después de las sesiones maratónicas de música en la habitación de Barbara durante estas últimas semanas, se sabe todas las letras.

En un impulso, se inclina y da un beso a su hija en la coronilla.

«Vamos a pasarlo como nunca», piensa.

28

Hodges y sus Watsons, ya en la sala de control de Brady en el sótano, miran la hilera de ordenadores silenciosos.

—Primero «caos» —dice Jerome—. Después «oscuridad», ¿no?

«Parece algo sacado del Apocalipsis», piensa Hodges.

—Eso creo —responde Holly—. Al menos ella las tenía en ese orden. —Hablando a Hodges, dice—: ¿Ve como ella vigilaba a su hijo? Me juego algo a que vigilaba mucho más de lo que él creía que vigilaba. —Se vuelve otra vez hacia Jerome—. Una cosa. Muy importante. Si consigues encenderlos con *caos*, date prisa.

—Ya. El programa suicida. Pero ¿y si me pongo nervioso y me sale una voz aguda y chillona como la de Mickey Mouse?

Cuando Holly se dispone a contestar, ve la expresión en su mirada.

—Ja ja ja. —Pero sonrío a su pesar—. Vamos, Jerome. Sé Brady Hartsfield.

Le basta con decir *caos* una vez. Los ordenadores se encienden, y se inicia la cuenta atrás.

—¡Oscuridad!

Sigue la cuenta atrás.

—¡No *grites*, caray! —ordena Holly.

16. 15. 14.

—Oscuridad.

—Creo que has puesto otra vez una voz demasiado grave —advierde Hodges, procurando disimular su nerviosismo.

12. 11.

Jerome se enjuga la boca con la mano.

—O-oscuridad.

—Lengua de estropajo —observa Holly. Quizá sin ser de gran ayuda.

8. 7. 6.

—Oscuridad.

5.

La cuenta atrás se detiene. Jerome deja escapar un racheado suspiro de alivio. Los números han dado paso a una serie de fotografías en color de hombres vestidos con la ropa de las antiguas películas del Oeste, dando y recibiendo tiros. Uno de ellos aparece inmóvil en el momento en que su caballo y él atraviesan el cristal cilindrado de una ventana.

—¿Qué clase de salvapantallas son esos? —pregunta Jerome.

Hodges señala el Número Cinco de Brady.

—Ese es William Holden, así que supongo que deben de ser escenas de una película.

—*Grupo salvaje* —informa Holly—. Dirigida por Sam Peckinpah. Solo la he visto una vez. Tuve pesadillas.

«Escenas de una película —piensa Hodges, mirando las muecas y los disparos—. También escenas presentes en la cabeza de Brady Hartsfield».

—¿Y ahora qué?

—Holly, tú empieza por el primero —propone Jerome—. Yo empezaré por el último. Nos encontraremos en la mitad.

—Me parece un buen plan —dice Holly—. Señor Hodges, ¿puedo fumar aquí dentro?

—¿Y por qué no? —contesta él, y se acerca a la escalera del sótano para sentarse y verlos trabajar. Una vez ahí, se frota distraídamente el hueco justo por debajo de la clavícula izquierda. Es otra vez ese molesto dolor. Debe de ser un tirón muscular, de cuando se echó a correr por la calle después de estallar su coche.

En el vestíbulo del CACMO el aire acondicionado llega a Brady como un bofetón, y se le pone carne de gallina en el cuello y los brazos sudorosos. La parte principal del pasillo está vacía, porque aún no han dejado entrar a los asistentes al concierto normales, pero en el lado derecho, donde hay un cordón de terciopelo y un letrero que indica ACCESO PARA DISCAPACITADOS, una fila de sillas de

ruedas avanza lentamente hacia el puesto de control y el auditorio.

Brady ve con malos ojos el cariz que están tomando las cosas.

Había dado por supuesto que el público entraría en tropel, como en un partido de los Indians de Cleveland al que fue a los dieciocho años, y que los guardias de seguridad, desbordados, se limitarían a echar un vistazo expeditivo a los asistentes y dejarlos pasar. Tendría que haber previsto que el personal del CACMO daría acceso primero a los tullidos y los oligos, pero ese detalle no se le ocurrió siquiera.

Hay al menos una docena de hombres y mujeres uniformados de azul con parches marrones en el brazo, casi a la altura del hombro, donde se lee SEGURIDAD CACMO, y de momento no tienen nada que hacer aparte de controlar a los discapacitados que avanzan lentamente ante ellos. Brady advierte con creciente frialdad que si bien no registran los bolsillos de *todas* las sillas de ruedas, sí examinan los de algunas, una de cada tres o cuatro, y a veces dos seguidas. Cuando los tullidos superan el control de seguridad, unos acomodadores con camisetas de 'Round Here los dirigen hacia la sección del auditorio reservada a los minusválidos.

Sabía desde el principio que existía la posibilidad de que lo detuvieran en el puesto de control, pero creía que, aun si eso ocurría, podría llevarse consigo a jóvenes fans de 'Round Here más que suficientes. Otro supuesto erróneo. Las esquirlas de cristal podían matar a unos cuantos de aquellos que esperaban más cerca de las puertas, pero a la vez sus cuerpos servirían de escudo para amortiguar la explosión.

«Mierda —piensa—. En fin... en el Centro Cívico solo me cargué a ocho; aquí por fuerza conseguiré algo más que eso».

Avanza en su silla hacia delante con la foto de Frankie en el regazo. El borde del marco está apoyado en el interruptor de palanca. En cuanto uno de esos gorilas de seguridad se incline para mirar en los bolsillos laterales de la silla de ruedas, Brady hará presión en la foto con una mano, el piloto pasará de amarillo a verde, y la corriente eléctrica llegará a los detonadores de azida de plomo acoplados al explosivo de fabricación casera.

Solo tiene ya una docena de sillas de ruedas por delante. Percibe el aire gélido en la piel caliente. Piensa en el Centro Cívico, y en cómo el robusto coche de la zorra de la Trelawney, después de embestir y derribar a la gente, arrolló sus cuerpos entre sacudidas y temblores. Como si el propio coche tuviera un orgasmo. Recuerda el aire gomoso dentro de la máscara, y sus alaridos de placer y triunfo. Gritó hasta quedarse tan ronco que apenas podía hablar, y luego se vio obligado a explicar a su madre y a Tones Frobisher que tenía laringitis.

Ahora solo quedan diez sillas de ruedas entre la suya y el puesto de control.

Uno de los guardias —probablemente el gran jefe, porque es el de mayor edad y el único con gorra— le quita la mochila a una joven tan calva como el propio Brady. Le explica algo y le entrega un resguardo.

«Van a descubrirme —piensa Brady con frialdad—. Seguro que me descubren. Prepárate para morir».

Está preparado. Lo está desde hace ya tiempo.

Ocho sillas de ruedas entre la suya y el puesto de control. Siete. Seis. Es como la cuenta atrás de sus ordenadores.

En ese momento, ante la entrada, empiezan a cantar; al principio es solo un murmullo ahogado.

—«El sol, nena, el sol brilla cuando me miras... La luna, nena...».

Cuando llegan al estribillo, el sonido sube de volumen como el coro de una catedral: niñas cantando a pleno pulmón.

—«QUIERO AMARTE A MI MANERA... IREMOS A LA PLAYA POR LA CARRETERA».

De pronto se abren las puertas principales. Unas cuantas niñas lanzan vítores; la mayoría de ellas siguen cantando, y en voz aún más alta.

—«¡ESE DÍA ACABARÁ LA ESPERA... CUANDO TE BESE EN LA FERIA!».

Irrumpen en tropel niñas con camisetas de *'Round Here*, maquilladas por primera vez. Sus acompañantes adultos, en su mayoría madres, se esfuerzan por permanecer cerca de ellas, por no rezagarse. Derriban y pisotean el cordón de terciopelo que separa la parte principal del pasillo y la zona para discapacitados. Una gorda de doce o trece años con el culo del tamaño de Iowa recibe un empujón y choca con la silla de ruedas que precede a Brady. Su ocupante, una chica de rostro alegremente agraciado y piernas delgadas como palos, casi acaba en el suelo.

—¡Eh, cuidado! —exclama la madre de la chica en silla de ruedas, pero la foca con vaqueros de talla extra grande ya se aleja, agitando un banderín de *'Round Here* con una mano y la entrada con la otra. Alguien tropieza con la silla de Brady, la foto se desplaza en su regazo, y durante un frío segundo piensa que van a volar todos en medio de un destello blanco y una lluvia de bolas de acero. Como eso no sucede, levanta el marco lo suficiente para echar un vistazo debajo y ve que el piloto sigue en amarillo.

«Ha faltado poco», piensa Brady, y sonríe.

En el pasillo reina un jubiloso revuelo, y los guardias de seguridad que antes controlaban a los discapacitados, todos menos uno, una mujer, proceden a hacer lo que buenamente pueden con esa aglomeración enloquecida de adolescentes y preadolescentes cantarinas. Esa única guardia que permanece en el lado del

pasillo reservado a los discapacitados, muy joven, insta a pasar con señas a las sillas de ruedas casi sin mirarlas. Cuando Brady se acerca a ella, ve al responsable del dispositivo de seguridad, el Gran Jefe de la Gorra, de pie al otro lado del pasillo, casi enfrente. Con una estatura de uno noventa o poco menos, es fácil verlo, porque descuella por encima de las niñas y recorre el gentío con la mirada sin cesar. En una mano sostiene un papel, que mira de vez en cuando.

—Enséñenme las entradas y pasen —dice la guardia de seguridad a la chica mona en silla de ruedas y su madre—. Por la puerta de la derecha.

Brady ve algo interesante. El guardia alto de la gorra agarra a un muchacho de unos veinte años, que parece estar solo, y de un tirón lo aparta del tumulto.

—¡El siguiente! —lo apremia la guardia de seguridad—. ¡Que no se detenga la cola!

Brady avanza, dispuesto a apretar la foto de Frankie contra el interruptor de la Cosa Dos si ella muestra interés, por fugaz que sea, en los bolsillos de la silla de ruedas. El pasillo está ahora hasta los topes de niñas que cantan y se empujan, y el número de víctimas sería muy superior a treinta. Si tiene que conformarse con el pasillo, ya estará bien.

La guardia de seguridad señala la foto.

—¿Quién es ese, encanto?

—Mi niño —responde Brady con una sonrisa animosa—. Murió el año pasado en un accidente. El mismo en el que yo quedé... —Señala la silla—. Le encantaba 'Round Here, pero no llegó a oír su último álbum. Ahora lo oirá.

Pese a lo agobiada que está, no puede por menos de compadecerse y se le suaviza la expresión de los ojos.

—Lamento mucho su pérdida.

—Gracias, señorita —contesta Brady, pensando: «Tarada de mierda».

—Siga todo recto, caballero, y luego vaya a la derecha. Encontrará dos pasillos para discapacitados hacia la mitad del auditorio. Desde ahí se ve muy bien. Si necesita ayuda para bajar por la rampa, que es bastante empinada, busque a un acomodador con un brazalete amarillo.

—Ya me las arreglaré —dice Brady, y le sonríe—. Este trasto tiene muy buenos frenos.

—Me alegro. Disfrute del concierto.

—Gracias, señorita, seguro que sí. Y Frankie lo disfrutará también.

Brady se dirige hacia la entrada principal. Atrás, en el puesto de control, Larry Windom —conocido entre sus colegas de la policía como Romper-Stomper— suelta al joven que de improvisto ha decidido aprovechar la entrada de su hermana pequeña, enferma de mononucleosis. No se parece en absoluto al de la foto que le ha mandado Bill Hodges.

Los asientos del auditorio están dispuestos como los de un estadio, lo cual complace a Brady. Esa forma cóncava concentrará la explosión. Imagina el momento en que se diseminen las bolas de acero de los paquetes pegados bajo su asiento. Con suerte, liquidará no solo a la mitad del público sino también a los miembros del grupo, piensa.

Los altavoces situados en alto emiten música pop, pero las niñas que ocupan los asientos y se agolpan en los pasillos la ahogan con sus propias voces jóvenes y fervorosas. Los haces de los focos en movimiento iluminan a la muchedumbre. Vuelan *frisbees*. Pelotas de playa gigantescas botan de aquí para allá. Lo único que sorprende a Brady es que en el escenario no se ve ni rastro de la noria y toda esa mierda de feria. ¿Por qué descargaron todo eso si no iban a usarlo?

Un acomodador con un brazalete amarillo vuelve de llevar a su sitio a la chica mona con las piernas como palos y se acerca para ayudar a Brady, pero este, con una seña, le indica que no es necesario. El acomodador le sonríe y le da una palmada en el hombro al pasar junto a él y seguir rampa arriba para ayudar a otra persona. Brady desciende hacia la primera de las dos secciones destinadas a los discapacitados. Se coloca junto a la chica mona con las piernas como palos.

Ella, risueña, se vuelve hacia él.

—¿Verdad que es emocionante?

Brady le devuelve la sonrisa, pensando: «Y tú no sabes ni la mitad, tullida de mierda».

30

Tanya Robinson, contemplando el escenario, se acuerda del primer concierto al que fue —eran los Temptations— y de que Bobby Wilson la besó en medio de *My Girl*. Muy romántico.

La arranca de esas evocaciones su hija, que le sacude el brazo.

—Mira, mamá, allí está el minusválido. Con los otros que van en sillas de ruedas. —Barbara señala a la izquierda, un par de filas más abajo. En esa zona han retirado los asientos para dar cabida a dos hileras de sillas de ruedas.

—Ya lo veo, Barb, pero es de mala educación señalar.

—Espero que se lo pase bien, ¿tú no?

Tanya sonríe a su hija.

—Claro que sí, cariño.

—¿Puedes devolvernos los teléfonos? Los necesitamos para el principio del concierto.

Para sacar fotos, presupone Tanya Robinson... porque hace mucho tiempo

que ella no va a un concierto de rock. Abre el bolso y reparte los teléfonos de color pastel. Sorprendentemente, las niñas no hacen nada con ellos. De momento están demasiado ocupadas absorbiéndolo todo con la mirada para llamar o mandar mensajes. Tanya da un rápido beso en la coronilla a Barb y se recuesta, abstraída en el pasado, pensando en el beso de Bobby Wilson. No fue exactamente el primero, pero sí el primero bueno.

Espera que Barb, cuando llegue el momento, tenga la misma suerte.

31

—¡Ya ves tú! —exclama Holly, y se da una palmada en la frente. Ha terminado con el Número Uno de Brady, sin encontrar gran cosa, y ha pasado al Número Dos.

Jerome aparta la vista del Número Cinco, que parece haberse dedicado exclusivamente a videojuegos, en su mayor parte del tipo *Grand Theft Auto* y *Call of Duty*.

—¿Qué?

—Es solo que de vez en cuando me topo con alguien que está todavía más tocado de la cabeza que yo —explica—. Eso me anima. Es espantoso, ya lo sé, pero no puedo evitarlo.

Hodges se levanta de la escalera con un gruñido y se acerca a mirar. Ocupa la pantalla un despliegue de pequeñas fotos. Parecen inocuas imágenes sensuales de chicas, no muy distintas de aquellas que aparecían en las revistas *Adam* y *Spicy Leg Art* a finales de los años cincuenta, con las que fantaseaban sus amigos y él. Holly amplía tres y las coloca en una hilera. Ahí está Deborah Hartsfield, vestida con una bata vaporosa. Y Deborah Hartsfield, con un camisoncito. Y Deborah Hartsfield, con un conjunto de bragas y sujetador de encaje rosa.

—Dios mío, es la *madre* —dice Jerome. Su expresión es una mezcla de repulsión, asombro y fascinación—. Y parece que estaba *posando*.

Esa misma impresión tiene Hodges.

—Sí —coincide Holly—. Llamando al doctor Freud. ¿Por qué no para de frotarse el hombro, señor Hodges?

—Un tirón muscular —contesta él. Pero empieza a dudar.

Jerome lanza una breve ojeada a la pantalla del Número Tres, y cuando se dispone a mirar de nuevo las fotos de la madre de Brady Hartsfield, algo capta su atención en el escritorio del Número Tres.

—¡Eh, Bill! —exclama—. Mira esto.

En el ángulo inferior izquierdo del escritorio del Número Tres Hodges ve el icono del Paraguas Azul.

—Ábrelo —dice.

Jerome obedece, pero la carpeta está vacía. No hay nada pendiente de enviar, y como ya saben, toda la correspondencia antigua en el Paraguas Azul de Debbie va derecha al cielo de los datos.

Jerome se sienta ante el Número Tres.

—Este debe de ser su ordenata base, Hols. Casi seguro.

Ella se acerca.

—Creo que los otros son pura fachada, para creerse que está en el puente de mando de la nave *Enterprise* o algo así.

Hodges señala una carpeta titulada **2009**.

—Veamos esa.

Un clic de ratón muestra una subcarpeta llamada CENTRO CÍVICO. Jerome la abre y los tres se quedan mirando una larga lista de artículos sobre lo ocurrido allí en abril de 2009.

—Los recortes de prensa del gilipollas —dice Hodges.

—Examina todo lo que hay en este —indica Holly a Jerome—. Empieza por el disco duro.

Jerome abre el directorio.

—Anda, mira esta mierda. —Señala una carpeta con el nombre EXPLOSIVOS.

—¡Ábrela! —dice Holly, sacudiéndole el hombro—. ¡Ábrela, ábrela, ábrela!

Jerome así lo hace y encuentra otra subcarpeta llena de información. «Cajones dentro de cajones —piensa Hodges—. En realidad un ordenador no es más que un buró victoriano, con compartimentos secretos incluidos».

—¡Eh, miren esto! —señala Holly—. Se ha bajado *El libro de cocina del anarquista* de BitTorrent. ¡Eso es ilegal!

—Evidente —dice Jerome, y ella le da un puñetazo en el brazo.

Hodges siente que el dolor en el hombro es cada vez más intenso. Regresa a la escalera y se sienta pesadamente. Jerome y Holly, apretujados ante el Número Tres, no advierten que se ha alejado. Se apoya las manos en los muslos («mis gruesos muslos obesos —piensa—, mis *enormemente* gruesos muslos») y empieza a respirar con inhalaciones largas y lentas. Lo único que podría empeorar la tarde sería sufrir un infarto en una casa donde ha entrado ilegalmente con un menor y una mujer que dista mucho de estar en su sano juicio. Una casa donde el objeto de deseo de un asesino loco de atar yace muerta en el piso de arriba.

«Por favor, Dios mío, un infarto no. *Por favor*».

Vuelve a tomar aire con aspiraciones largas. Reprime un eructo y el dolor empieza a remitir.

Con la cabeza gacha, fija la mirada casualmente entre los tablones que forman

los peldaños de la escalera. Percibe un brillo a la luz de los fluorescentes del techo. Hodges se arrodilla y, a gatas, accede bajo la escalera para ver qué es. Resulta ser una bola de acero inoxidable, de cojinete, mayor que las de la cachiporra, y nota su considerable peso en la palma de la mano. Observa el reflejo distorsionado de su cara en la superficie curva, y una idea empieza a formarse en su cabeza. Solo que más que formarse, *aflora*, como el cuerpo tumefacto de un ahogado.

También bajo la escalera, más allá, ve una bolsa verde de basura. Hodges se arrastra hacia ella con la bola bien sujeta en una mano, notando en el pelo ralo y la despejada frente el roce de las telarañas suspendidas bajo los peldaños. Jerome y Holly parlotean enfervorizados, pero no les presta atención.

Coge la bolsa de basura con la mano libre y empieza a retroceder para salir de debajo de la escalera. Una gota de sudor le cae en el ojo izquierdo y parpadea para aliviar el escozor. Vuelve a sentarse en el peldaño.

—Abre su cuenta de correo —ordena Holly.

—Hay que ver qué marimandona eres —protesta Jerome.

—¡Ábrela, ábrela, ábrela!

«Como usted diga», piensa Hodges, y abre la bolsa de basura. Contiene fragmentos de cable y lo que parece un circuito impreso roto, y debajo una prenda de color caqui, en apariencia una camisa. Aparta los trozos de cable, extrae la prenda y la sostiene en alto. No es una camisa sino un chaleco de montaña, de esos con muchos bolsillos. El forro presenta cinco o seis rajas. Introduce los dedos en uno de los cortes, busca a tientas y saca otras dos bolas de acero. No es un chaleco de montaña, o al menos ya no. Ha sido adaptado.

Ahora es un chaleco bomba.

O lo era. Por alguna razón Brady lo ha descargado. ¿Acaso porque ha cambiado de planes y puesto ahora la mira en ese encuentro del mundo profesional del próximo sábado? Será eso. Probablemente tiene los explosivos en el coche, a menos que haya robado ya otro. Es...

—¡No! —exclama Jerome. A continuación lo repite a voz en cuello—: ¡No! ¡No, no, DIOS MÍO, NO!

—Por favor, que no sea eso —gimotea Holly—. Que no sea eso.

Hodges suelta el chaleco y se acerca en el acto a la hilera de ordenadores para ver qué han descubierto. Es un *e-mail* de una página web llamada FanTastic, que da las gracias al señor Brady Hartsfield por su compra.

«Puede usted descargar su entrada imprimible ahora mismo. En este espectáculo no se permite el acceso con bolsas o mochilas. Gracias por realizar su compra a través de FanTastic, donde las mejores localidades para los mayores espectáculos están solo a un clic de distancia».

Y debajo: 'ROUND HERE. AUDITORIO MINGO. CENTRO DE ARTE Y CULTURA DEL MEDIO OESTE. 3 DE JUNIO, 2010, 19 H.

Hodges cierra los ojos. Al final sí es el puto concierto. «Hemos cometido un error comprensible... pero imperdonable. Por favor, Dios mío, no permitas que entre. Por favor, Dios mío, que los hombres de Romper-Stomper le den el alto en la puerta».

Pero incluso eso podría convertirse en una pesadilla, porque Larry Windom cree que busca a un pederasta, no a un loco con una bomba. Si descubre la presencia de Brady e intenta detenerlo con su habitual brutalidad...

—Son las siete menos cuarto —dice Holly, señalando el reloj digital del Número Tres de Brady—. A lo mejor todavía está en la cola, pero lo más probable es que ya haya entrado.

Hodges sabe que Holly tiene razón. Con tanta afluencia de niñas, habrán empezado a acomodar al público no más tarde de las seis y media.

—Jerome —dice.

El chico no contesta. Mantiene la mirada fija en la entrada imprimible aparecida en la pantalla del ordenador, y cuando Hodges apoya la mano en su hombro, tiene la sensación de estar tocando una piedra.

—Jerome.

Lentamente, Jerome se vuelve. Tiene los ojos desorbitados.

—Qué estúpidos hemos sido —musita.

—Llama a tu madre. —Hodges conserva la voz serena, cosa que ni siquiera le representa un gran esfuerzo, porque se halla en un profundo estado de *shock*. Una y otra vez acude a su mente la bola de cojinetes. Y el chaleco rajado—. Llama ya. Dile que coja a Barbara y las otras niñas que ha llevado y salga de allí por piernas.

Jerome extrae el móvil de la funda prendida del cinturón y pulsa la tecla de marcación rápida correspondiente a su madre. Holly, con los brazos tensamente cruzados ante el pecho y los maltrechos labios torcidos en una mueca, no aparta la mirada de él.

Jerome espera, profiere una maldición entre dientes y dice:

—Tenéis que salir de ahí, mamá. Coge a las niñas y márchate. No me devuelvas la llamada ni hagas preguntas, solo *vete*. No corras. ¡Pero sal! —Corta la comunicación y les informa de lo que ya saben—: Buzón de voz. El timbre ha sonado muchas veces, así que no está hablando ni lo tiene apagado. No lo entiendo.

—¿Y tu hermana? —sugiere Hodges—. Debe de tener móvil.

Antes de que acabe la frase, Jerome vuelve a pulsar una tecla de marcación rápida. Escucha durante lo que a Hodges se le antoja una eternidad, pese a que sabe que no son más de diez o quince segundos. Al final Jerome dice:

—¡Barb! ¿Por qué demonios no contestáis? ¡Mamá y tú y las otras niñas tenéis que salir de ahí! —Pone fin a la llamada—. No lo entiendo. Barb *siempre* lo lleva encima, prácticamente lo tiene injertado, y al menos debería notar la vibra...

—¡Mierda y requetemierda! —exclama Holly. Pero no le basta con eso—. ¡Joder!

Se vuelven hacia ella.

—¿Es muy grande la sala del concierto? ¿Cuánta gente cabe?

Hodges rebusca en su memoria lo que sabe del auditorio Mingo.

—Hay un aforo para cuatro mil personas sentadas. No sé si se permite público de pie; no recuerdo esa parte del código antiincendios.

—Y para este concierto casi todas son niñas —dice Holly—. Niñas con móviles prácticamente injertados. En su mayoría charlando por teléfono mientras esperan el comienzo del concierto, o mandando SMS. —Tiene los ojos muy abiertos en una expresión de consternación—. Son las líneas. Están saturadas. Debes seguir intentándolo, Jerome. Debes seguir intentándolo hasta que consigas comunicarte con ellas.

Jerome asiente, aturdido, pero mira a Hodges.

—Deberías telefonar a tu amigo, el del departamento de seguridad.

—Sí, pero no desde aquí. En el coche. —Vuelve a consultar su reloj. Las siete menos diez—. Nos vamos al CACMO.

Holly se lleva los puños a los lados de la cara.

—Sí —dice.

Hodges recuerda de pronto lo que Holly ha dicho antes: «Ellos no pueden encontrarlo. *Nosotros* sí».

Pese a su deseo de enfrentarse a Hartsfield —de rodear el cuello de ese cabrón con sus manos y ver cómo se le salen los ojos de las órbitas cuando deje de respirar—, Hodges espera que Holly se haya equivocado a ese respecto. Porque si depende de ellos tres, puede que sea ya demasiado tarde.

Esta vez es Jerome quien conduce y Hodges quien va detrás. El Mercedes de Olivia Trelawney tiene un arranque lento, pero en cuanto el motor de doce cilindros entra en calor, va como un cohete... y estando en juego las vidas de su madre y su hermana, Jerome lo conduce como si en efecto lo fuera, saltando de un carril a otro, ajeno a los bocinazos de protesta de los coches que lo rodean. Hodges calcula que pueden llegar al CACMO en veinte minutos. Eso si el chico no

se estrella contra algo, claro está.

—¡Llame a ese hombre de seguridad! —insiste Holly desde el asiento del acompañante—. ¡Llámelo, llámelo, llámelo!

Mientras Hodges saca el Nokia del bolsillo de su chaqueta, indica a Jerome que coja la ronda de circunvalación.

—No me agobies con indicaciones —replica Jerome—. Tú haz la llamada. Y date prisa.

Pero cuando intenta acceder a la memoria del teléfono, el puto Nokia emite un único y débil pitido y se apaga. ¿Cuándo lo cargó por última vez? Hodges no se acuerda. Tampoco se acuerda del número del departamento de seguridad. Debería haberlo anotado en lugar de depender del teléfono.

«Maldita tecnología —piensa—. Pero ¿de quién es la culpa en realidad?».

—Holly. Marque el 555-1900 y deme su móvil. El mío se ha quedado sin batería. —Es el número del Departamento de Policía. Volverá a pedir a Marlo el número de Windom.

—Vale. ¿Cuál es el prefijo de aquí? Yo tengo la línea...

Holly se interrumpe cuando Jerome da un volantazo para adelantar a una camioneta y va derecho hacia un todoterreno que circula por el otro carril. Hace ráfagas con las largas y exclama:

—¡*Sal del medio!*

El todoterreno se aparta, y Jerome, al pasar por su lado, lo roza dejándose parte de la pintura.

—... contratada en Cincinnati —concluye Holly. Habla con la frialdad de un cubito de hielo.

Hodges, pensando que no le vendría mal tomarse alguna que otra de las píldoras con que se medica ella, recita el prefijo. Holly marca y le entrega el teléfono por encima del respaldo.

—Departamento de Policía, ¿con quién le pongo?

—Necesito hablar con Marlo Everett, del archivo, y en el acto.

—Lo siento, caballero, pero he visto a la señora Everett salir hace media hora.

—¿Podría darme su número de móvil?

—Caballero, no estoy autorizada a facilitar esa informa...

No tiene el menor interés en enzarzarse en una discusión que le quitará tiempo y seguramente no dará el menor resultado, y corta la comunicación en el preciso instante en que Jerome, a noventa por hora, tuerce para incorporarse a la ronda de circunvalación.

—¿Qué problema hay, Bill? ¿Por qué no estás...?

—Tú calla y conduce, Jerome —ataja Holly—. El señor Hodges hace todo lo que puede.

«En realidad ella prefiere que no me ponga en contacto con nadie —piensa Hodges—. Porque se supone que esto es cosa nuestra y solo nuestra». Lo asalta una idea descabellada: que Holly está utilizando alguna extraña vibración psíquica para asegurarse de que el asunto *siga siendo* cosa de ellos y solo de ellos. Y a lo mejor lo consigue, porque tal como conduce Jerome, llegarán al CACMO antes de que Hodges acceda a *cualquiera* en un puesto de autoridad.

Una parte fría de su mente piensa que quizá eso sea lo mejor. Porque al margen de con quién se ponga en contacto, el responsable del Mingo es Larry Windom, y Hodges no confía en él. Romper-Stomper siempre ha sido un pendenciero, uno de esos que no se andan con chiquitas, y Hodges duda que haya cambiado.

Aun así, tiene que intentarlo.

Le devuelve el teléfono a Holly y dice:

—No sé cómo va este puto aparato. Llame al servicio de información telefónica y...

—Antes prueba a llamar otra vez a mi hermana —indica Jerome, y le da el número.

Holly marca el teléfono de Barbara moviendo el pulgar a tal velocidad que apenas se ve. Escucha.

—Buzón de voz.

Jerome suelta una maldición y pisa el acelerador. Hodges espera que tenga un ángel posado en el hombro.

—*¡Barbara!* —chilla Holly. Ahora desde luego no masculla—. *¡Tenéis que mover el culo y salir inmediatamente de ahí tú y quienquiera que esté contigo! ¡Ya mismo! ¡Enseguida!* —Cuelga—. ¿Y ahora qué? ¿Información telefónica, me ha dicho?

—Sí. Pida el número del departamento de seguridad del CACMO, márkelo y deme el móvil. Jerome, sal por la 4A.

—Para el CACMO es la 3B.

—Lo es si entras por delante. Nosotros vamos a la parte de atrás.

—Bill, si les pasa algo a mi madre y mi hermana...

—No les pasará nada. Sal por la 4A. —La conversación de Holly con el servicio de información se ha prolongado más de la cuenta—. Holly, ¿por qué tarda tanto?

—No hay línea directa con el departamento de seguridad. —Marca otro número, escucha y le entrega el teléfono—. Hay que pasar por centralita.

Hodges se lleva al oído el iPhone de Holly. Se aprieta tanto que le duele la oreja. Suena el timbre. Y sigue sonando. Y suena un poco más.

Cuando dejan atrás las salidas 2A y 2B, Hodges ve el CACMO. Está tan

iluminado como una gramola. El aparcamiento es un mar de coches. Por fin atienden su llamada, pero una voz robótica femenina, sin darle tiempo a pronunciar palabra, empieza a aleccionarlo. Habla con lentitud y sumo cuidado, como si se dirigiera a una persona para quien el inglés es una segunda lengua y no la domina.

«Hola, y gracias por telefonar al Centro de Arte y Cultura del Medio Oeste, donde contribuimos a crear una vida mejor y todo es posible».

Hodges escucha con el teléfono de Holly comprimido contra la oreja y el sudor resbalándole por las mejillas y el cuello. Son las siete y seis minutos. «El cabrón no actuará hasta que empiece el espectáculo —se dice (en realidad es una súplica)—, y los conciertos de rock siempre empiezan tarde».

«Recuerde —dice amablemente la voz robótica femenina—, dependemos de su apoyo, y los abonos de temporada para los conciertos de la Orquesta Sinfónica Municipal y la Serie de Arte Dramático de este otoño están ya a la venta. No solo ahorrará el cincuenta por ciento...».

—¿Qué pasa? —pregunta Jerome a gritos cuando dejan atrás las salidas 3A y 3B. El siguiente letrero indica SALIDA 4A SPICER BOULEVARD 800 METROS. Ha lanzado a Holly su propio móvil, y Holly prueba primero con Tanya y luego otra vez con Barbara, en vano.

—Estoy escuchando una puta grabación —explica Hodges. Vuelve a masajearse el hueco del hombro. Ese dolor es como una muela infectada—. Tuerce a la izquierda al pie de la rampa. Tendrás que doblar a la derecha en el primer cruce, creo. Quizá el segundo. En todo caso a la altura del McDonald's.

El Mercedes va ahora a ciento treinta, pero el sonido del motor no pasa aún de un ronroneo somnoliento.

—Si oímos una explosión, voy a enloquecer —dice Jerome con toda naturalidad.

—Tú conduce —insta Holly. Un Winston sin encender cuelga entre sus dientes—. Si no nos la pegamos, todo saldrá bien. —Ha vuelto a marcar el número de Tanya—. Vamos a coger a ese tipo. Vamos a cogerlo, a cogerlo, a cogerlo.

Jerome le lanza una mirada.

—Holly, estás como una cabra.

—Tú conduce —repite ella.

«Con su tarjeta del CACMO también obtendrá un diez por ciento de descuento en una selección de excelentes restaurantes y establecimientos comerciales de la ciudad», informa a Hodges la voz robótica femenina.

Y luego, por fin, entra en materia.

«Ahora mismo no hay ningún operador disponible para atender su llamada. Si

conoce el número de la extensión con la que desea comunicarse, márkela en cualquier momento. Si no, escuche por favor atentamente, porque nuestro menú de opciones ha cambiado. Para hablar con Avery Johns, de la Oficina de Arte Dramático, marque uno cero. Para hablar con Belinda Dean, del Servicio de Venta de Entradas, marque uno uno. Para ponerse en contacto con Decorados y Escenografía...».

«Dios bendito —piensa Hodges—, esto es el puto catálogo de Sears. Y en orden alfabético».

El Mercedes desciende y gira cuando Jerome sale por la 4A y avanza como una flecha por la rampa curva. Al pie de esta el semáforo está en rojo.

—Holly, ¿viene algún coche por tu lado?

Holly, con el móvil al oído, echa un vistazo.

—No hay problema si aceleras. Si quieres que acabemos todos muertos, tómatelo con calma.

Jerome pisa a fondo el acelerador. El Mercedes de Olivia, en medio de un chirrido de neumáticos, atraviesa como una exhalación cuatro carriles escorándose mucho a babor. Se oye un golpe cuando superan la mediana de hormigón. Las bocinas emiten una melodía discordante. Con el rabillo del ojo, Hodges ve una furgoneta subirse a la acera para esquivarlos.

«Para ponerse en contacto con la Orquesta Sinfónica Municipal, marque...».

Hodges da un puñetazo al techo del Mercedes.

—¿Qué ha sido de los *PUTOS SERES HUMANOS*?

En el momento en que aparecen a la vista frente a ellos, a la derecha, los arcos dorados del McDonald's, la voz robótica femenina informa a Hodges de que puede ponerse en contacto con el Servicio de Seguridad del CACMO marcando tres dos.

Hodges marca. El teléfono suena cuatro veces. Al final atiende la llamada. Lo que oye lo lleva a preguntarse si está perdiendo el juicio.

«Hola, y gracias por llamar al Centro de Arte y Cultura del Medio Oeste —saluda cordialmente la voz robótica femenina—, donde contribuimos a crear una vida mejor y todo es posible...».

—¿Por qué no empieza el concierto, señora Robinson? —pregunta Dinah Scott—. Ya son las siete y diez.

Tanya no sabe si contarles lo de un concierto de Stevie Wonder al que asistió ella cuando estudiaba en el instituto: estaba programado para las ocho de la tarde y no comenzó hasta las nueve y media. Pero al final decide que eso podría ser

contraproducente.

Hilda mira su teléfono con la frente arrugada.

—Aún no puedo hablar con Gail —se queja—. Todas las líneas están bl...

Las luces empiezan a atenuarse antes de que acabe la frase. Esto provoca una delirante ovación y salvas de aplausos.

—¡Dios mío, mamá, qué emocionada estoy! —susurra Barbara, y Tanya se conmueve al ver asomar las lágrimas a los ojos de su hija. Aparece un hombre con una camiseta en la que se lee BAM-100 GOOD GUYS. Un foco lo sigue mientras se dirige, pavoneándose, hacia el centro del escenario.

—¡Hola, gente! —exclama—. ¿Cómo va todo?

Una nueva andanada de ruido le asegura que el nutrido público está perfectamente. Tanya ve que los espectadores de las dos hileras de discapacitados también aplauden. Excepto el calvo, que permanece inmóvil. Probablemente no quiere que se le caiga la foto, piensa Tanya.

—¿Estáis listos para un poco de Boyd, Steve y Pete? —pregunta el presentador.

Más vítores y griterío.

—¿Y estáis listos para un poco de *CAM KNOWLES*?

Las chicas (la mayoría de las cuales enmudecerían si se hallaran cara a cara ante su ídolo) chillan como posesas. Ellas están más que listas, eso desde luego. *Vaya* si lo están: se mueren de excitación.

—Dentro de unos minutos vais a alucinar con el decorado, pero de momento, queridos amigos... y en especial vosotras, chicas... ¡rendíos ante... 'ROUND... HEEERE!

Los espectadores se ponen en pie, y cuando las luces del escenario se apagan del todo, Tanya entiende para qué querían las niñas sus teléfonos. En sus tiempos todo el mundo sostenía en alto cerillas o mecheros Bic. Estas chicas alzan sus móviles, y la luz combinada de todas esas pequeñas pantallas proyecta un pálido resplandor lunar en torno al auditorio.

«¿Cómo descubren estas cosas? —se pregunta—. ¿Quién se lo dice? ¿Y quién nos lo decía a *nosotros*, ya puestos?».

No se acuerda.

Las luces del escenario adquieren un vivo rojo ígneo. En ese preciso instante una llamada traspasa por fin la saturada red, y Barbara Robinson nota la vibración del móvil en su mano. No hace caso. Atender una llamada telefónica es el último de sus deseos en ese momento (por primera vez en su joven vida), y en todo caso, aunque contestara, no oiría a la otra persona, probablemente su hermano. El bullicio en el Mingo es ensordecedor... y a Barb le encanta. Desplaza su teléfono vibrante por encima de la cabeza con una oscilación lenta y amplia. Todos hacen

lo mismo, incluso su madre.

El cantante de *'Round Here*, vestido con el vaquero más ajustado que Tanya Robinson ha visto jamás, irrumpe a zancadas en el escenario. Cam Knowles se aparta de la cara una cortina de pelo rubio y acomete *You Don't Have to Be Lonely Again*.

Por ahora casi todo el público permanece de pie, móviles en alto. El concierto ha empezado.

34

El Mercedes abandona Spicer Boulevard y toma por una vía de servicio con los rótulos CACMO / ZONA DE DESCARGA Y PROHIBIDO EL PASO A TODA PERSONA AJENA AL CENTRO. Medio kilómetro más adelante hay una verja corredera. Está cerrada. Jerome se detiene junto a un interfono instalado en un poste. En el letrero se lee PULSE PARA ENTRAR.

—Diles que eres policía —indica Hodges.

Jerome baja la ventanilla y pulsa el botón. No pasa nada. Lo pulsa de nuevo, y esta vez lo mantiene apretado. Un horrendo temor asalta a Hodges: cuando por fin atiendan la llamada de Jerome, la voz robótica femenina ofrecerá varias docenas de nuevas opciones.

Pero esta vez es un humano real, aunque no cordial.

—La parte de atrás está cerrada.

—Policía —dice Jerome—. Abra la verja.

—¿Qué quiere?

—Acabo de decírselo, abra la verja de una puñetera vez. Es una emergencia.

La verja empieza a abrirse lentamente, pero Jerome, en lugar de avanzar, vuelve a pulsar el botón.

—¿Es usted de seguridad?

—Soy el portero jefe —contesta la voz por encima de la crepitación de las interferencias estáticas—. Si quiere hablar con seguridad, tiene que telefonar al departamento correspondiente.

—Allí no hay nadie —dice Hodges a Jerome—. Están en el auditorio, todos. Tú *sigue* adelante.

Jerome obedece pese a que la verja no se ha abierto aún totalmente. Raya el costado de la carrocería reparada del Mercedes.

—A lo mejor lo han cogido ya —comenta—. Tenían la descripción, así que a lo mejor lo han cogido.

—No lo han cogido —asegura Hodges—. Está dentro.

—¿Cómo lo sabes?

—Escucha.

Todavía no distinguen claramente la música, pero ahora, con la ventanilla del conductor bajada, oyen el compás del bajo.

—El concierto ha empezado. Si los hombres de Windom hubiesen detenido a alguien con explosivos, habrían cancelado la actuación de inmediato y estarían evacuando el edificio.

—¿Cómo ha podido entrar? —pregunta Jerome, y da un manotazo al volante —. ¿Cómo?

Hodges percibe el terror en la voz del chico. Todo por su culpa, única y exclusivamente por su culpa.

—No me lo explico. Tenían la foto.

Al frente encuentran una ancha rampa de hormigón que lleva a la zona de descarga. Media docena de *roadies* fuman sentados en cajas de amplificadores, concluido su trabajo por el momento. Una puerta abierta lleva al fondo del auditorio, y a través de ella Hodges oye música fusionarse en torno a los compases del bajo. Llega asimismo otro sonido: el feliz griterío de miles de chicas, sentadas todas ellas en la zona cero.

Ya no importa cómo ha entrado Hartsfield a menos que eso sirva para localizarlo, ¿y cómo demonios van a dar con él en un auditorio a oscuras con miles de personas dentro?

Cuando Jerome estaciona al pie de la rampa, Holly dice:

—De Niro se hizo un corte de pelo a lo mohawk. Podría ser eso.

—¿Qué dice? —pregunta Hodges mientras sale con dificultad del asiento trasero. Un hombre en ropa caqui de faena ha salido a la puerta para recibirlos.

—En *Taxi Driver* Robert De Niro hacía el papel de un chiflado, Travis Bickle —explica Holly mientras los tres se encaminan apresuradamente hacia el portero—. Cuando decide asesinar al político, se rapa la cabeza para poder acercarse sin ser reconocido. Salvo por la franja central, claro, que es lo que se llama un mohawk. Brady Hartsfield probablemente no ha hecho eso: aquí chocaría demasiado.

Hodges recuerda los restos de pelo en el lavabo del cuarto de baño. Era rubio, pero no de un color tan claro como el del cabello de la muerta (probablemente teñido). Puede que Holly esté loca de atar, pero en eso, piensa Hodges, tiene razón. Seguro que Hartsfield se ha rapado. Aun así, no se explica cómo puede haberle bastado con eso, porque...

El portero jefe se acerca a ellos.

—¿De qué se trata?

Hodges saca el carnet y se lo muestra apenas, una vez más con el pulgar

estratégicamente colocado.

—Inspector Bill Hodges. ¿Usted cómo se llama?

—Jamie Gallison. —Lanza una mirada a Jerome y Holly.

—Yo soy su compañera —afirma Holly.

—Y yo su ayudante en prácticas —añade Jerome.

Los *roadies* los observan. Algunos se han apresurado a apagar pitillos que quizá contengan algo un poco más fuerte que el tabaco. A través de la puerta abierta, Hodges ve una zona de almacenamiento iluminada con focos en la que hay objetos de atrezo y bastidores de escenario.

—Señor Gallison, tenemos un problema muy grave —dice Hodges—. Necesito que traiga aquí a Larry Windom de inmediato.

—No hagas eso, Bill.

Hodges, pese a su creciente malestar, advierte que es la primera vez que Holly lo tutea.

No le hace caso.

—Oiga, necesito que lo llame al móvil.

Gallison mueve la cabeza en un gesto de negación.

—Los de seguridad no llevan móviles cuando están de servicio, porque se saturan las líneas cada vez que tenemos uno de estos grandes espectáculos... uno de estos espectáculos para *jóvenes*, quiero decir. Con los adultos es distinto. Los de seguridad llevan...

Holly tira del brazo de Hodges.

—No lo hagas. Lo asustarás y la activará. Lo sé.

—Es posible que Holly tenga razón —tercia Jerome. Luego (quizá recordando su condición de ayudante en prácticas) añade—: Señor inspector.

Gallison los observa alarmado.

—Asustar ¿a quién? Activar ¿qué?

Hodges mantiene la mirada fija en el portero.

—¿Qué llevan? ¿*Walkie-talkies*? ¿Radios?

—Radios, sí. Tienen... —Se tira del lóbulo de la oreja—. Ya sabe, esas cosas que parecen audífonos. Como los que usan el FBI y el Servicio Secreto. ¿Qué pasa? Dígame que no es una bomba. —No le gusta lo que ve en la cara pálida y sudorosa de Hodges y agrega—: Dios mío, ¿es una bomba?

Hodges, pasando por su lado, accede a la cavernosa zona de almacenamiento. Más allá del sinfín de objetos de atrezo, bastidores y atriles dispuestos en desorden como en un desván, hay dos talleres, uno de carpintería y otro de costura. Ahí dentro la música se oye más fuerte que antes, y Hodges empieza a respirar con dificultad. El dolor le desciende por el brazo izquierdo, y siente una opresión en el pecho, pero conserva la cabeza despejada.

Brady va del todo rapado o lleva el pelo muy corto y teñido. Puede haberse maquillado para oscurecerse la piel, o haberse puesto lentillas coloreadas, o gafas. Aun así, será un hombre solo en un concierto lleno de niñas. Teniendo en cuenta que Windom estaba sobre aviso, Hartsfield debería haber llamado la atención y despertado sospechas igualmente. Y está por otro lado el explosivo. Eso Holly y Jerome lo saben, pero Hodges sabe más. Hay también bolas de acero, probablemente una morterada. Aunque no lo hayan detenido en la puerta, ¿cómo ha conseguido Hartsfield meter todo eso en el auditorio? ¿Tan mala es aquí la seguridad?

Gallison lo agarra del brazo izquierdo, y cuando Hodges lo sacude para zafarse, el dolor le llega hasta las sienes.

—Iré yo mismo. Me acercaré al primer guardia de seguridad que vea y le pediré que llame por radio a Windom y le diga que venga aquí a hablar con usted.

—No —replica Hodges—. No será eso lo que hagamos.

Holly Gibney es la única que piensa con claridad. Mr. Mercedes está dentro. Tiene una bomba, y aún no la ha detonado solo porque Dios no ha querido. Es demasiado tarde para la policía y demasiado tarde para el Servicio de Seguridad del CACMO. También es demasiado tarde para él.

Pero.

Hodges se sienta en una caja vacía.

—Jerome. Holly. Acercaos.

Ellos así lo hacen. Jerome, con la mirada perdida, contiene el pánico a duras penas. Holly, aunque pálida, parece serena.

—Ir rapado no le habría bastado para entrar. Debe de presentar una imagen inofensiva. Puede que ya sepa cómo lo ha conseguido, y si estoy en lo cierto, sé dónde localizarlo.

—¿Dónde? —pregunta Jerome—. Dínoslo. Iremos a buscarlo. Iremos nosotros.

—No será fácil. Ahora estará en alerta roja, atento a su perímetro inmediato en todo momento. Y a ti te conoce, Jerome. Has comprado helados en esa maldita camioneta de Mr. Tastey. Tú mismo me lo dijiste.

—Bill, ha vendido helados a miles de personas.

—Sin duda, pero ¿a cuántos *negros* en el Lado Oeste?

Jerome guarda silencio, y ahora es él quien se muerde los labios.

—¿Es muy potente, esa bomba? —pregunta Gallison—. ¿No debería, quizá, activar la alarma de incendio?

—Solo si quiere que muera un montón de gente —replica Hodges. Cada vez le cuesta más hablar—. En cuanto intuya el peligro, hará estallar lo que sea que tiene. ¿Eso es lo que usted quiere?

Gallison no contesta, y Hodges se vuelve hacia los dos inverosímiles colaboradores que por algún designio divino —o por un capricho del destino— están a su lado esta noche.

—No podemos arriesgarnos a mandarte a ti, Jerome, y *por supuesto* no tiene sentido que vaya yo. Ese hombre me acechaba ya mucho antes de que yo supiese siquiera que existía.

—Me acercaré por detrás —propone Jerome—. Por su lado ciego. A oscuras, sin más iluminación que la del escenario, no me verá.

—Si está donde yo creo que está, tus probabilidades de conseguirlo serían del cincuenta por ciento como mucho. Eso no nos basta.

Se vuelve hacia la mujer de pelo ya algo canoso y rostro de adolescente neurótica.

—Debes ir tú, Holly. Ahora mismo tendrá el dedo en el gatillo, y eres la única que puede acercarse sin ser reconocida.

Ella se tapa la boca maltratada con una mano, pero no le basta con eso y añade la otra. Tiene los ojos muy abiertos y empañados. «Dios nos asista», piensa Hodges. No es la primera vez que lo asalta ese pensamiento con relación a Holly Gibney.

—Solo si tú vienes conmigo —contesta ella a través de las manos—. Quizá entonces...

—No puedo —responde Hodges—. Me está dando un infarto.

—Ah, *estupendo* —gimotea Gallison.

—Señor Gallison, ¿hay una zona reservada para discapacitados? Tiene que haberla, ¿no?

—Sí, claro. Hacia la mitad del auditorio.

«No solo ha conseguido entrar con sus explosivos —piensa Hodges—; además, se ha situado perfectamente para causar el mayor número de víctimas posible».

—Vosotros dos, escuchad —dice—. No me hagáis repetirlo.

Gracias a la presentación del maestro de ceremonias, Brady se ha relajado un poco. Los cachivaches de feria que vio descargar durante su visita de reconocimiento están fuera del escenario o suspendidos por encima. Las primeras cuatro o cinco canciones del grupo son solo para entrar en calor. El decorado no tardará en aparecer, deslizándose desde los lados o descendiendo desde el techo, porque el principal objetivo del grupo, la razón por la que están aquí, es

promocionar la ultimísima entrega de su audiomierda. Cuando las niñas — muchas de las cuales asisten por primera vez a un concierto de música pop— vean las intensas luces intermitentes y la noria y el paisaje playero del telón de fondo, van a trastocárseles del todo esas cabezas suyas de quinceañeras bobaliconas. Será entonces, justo *entonces*, cuando accione la palanca de la Cosa Dos y se adentre en la oscuridad a lomos de la burbuja dorada de toda esa felicidad.

El cantante, el de la melena, ahora de rodillas, acaba una empalagosa balada. Con la cabeza agachada, prolonga la última nota, rezumando mariconadas por los poros. Canta de pena, y seguramente tendría que haber palmado ya de una sobredosis, pero cuando levanta la cabeza y, a pleno pulmón, dice «¿Cómo estáis, gente?», el público, como cabía esperar, se desmadra por completo.

Brady mira alrededor, cosa que hace cada pocos segundos —inspeccionando su perímetro, tal como Hodges ha vaticinado—, y fija la mirada en una niña negra sentada un par de filas más arriba, a su derecha.

«¿La conozco?».

—¿A quién miras? —grita la chica mona con las piernas como palos, haciéndose oír por encima de la presentación de la próxima canción.

Él apenas la oye. La chica le sonríe, y Brady piensa en lo ridículo que es que una chica con las piernas como palos sonría por algo. El mundo la ha jodido de lo lindo, por delante y por detrás. ¿Cómo es posible que eso merezca siquiera una mínima sonrisa, y no digamos ya una mueca ensoñadora de oreja a oreja? «Debe de estar colocada», piensa.

—¡A una amiga mía! —contesta Brady.

Pensando: «Como si tuviera amigos».

Como si.

Gallison conduce a Holly y Jerome a... bueno, a algún sitio. Hodges se queda sentado en la caja con la cabeza gacha y las manos apoyadas en los muslos. Uno de los *roadies* se acerca con actitud vacilante y se ofrece a llamar a una ambulancia. Hodges le da las gracias pero no acepta. Duda que Brady pueda oír el ululato de una ambulancia (o de cualquier otra cosa) en medio del estruendo de 'Round Here, pero no piensa correr el riesgo. Correr riesgos es lo que los ha llevado a este trance: a poner en peligro a todas las personas presentes en el auditorio Mingo, incluidas la madre y la hermana de Jerome. Antes prefiere morir, y en realidad alberga la esperanza de morir para no verse obligado a explicar este puto lío de mierda.

Solo que... Janey. Cuando piensa en Janey, riendo y ladeándose el sombrero de fieltro prestado con el sesgo de desenfado perfecto, sabe que si tuviera la posibilidad de repetirlo, lo haría todo igual.

Bueno... casi todo. En caso de concedérsele esa oportunidad, quizá prestara un poco más de atención a la señora Melbourne.

«Cree que ellos viven entre nosotros», dijo Bowfinger, y los dos se rieron muy masculinamente, pero en realidad eran ellos el motivo de risa, ¿o no? Porque la señora Melbourne tenía razón. Brady Hartsfield *era*, en efecto, un alienígena, y estaba entre ellos en todo momento, reparando ordenadores y vendiendo helados.

Holly y Jerome se han ido, Jerome con el 38 que perteneció al padre de Hodges. No sabe si ha hecho bien en enviar al chico con un arma cargada a un auditorio abarrotado. En circunstancias normales, es un joven muy equilibrado, pero difícilmente será igual de equilibrado hallándose en peligro su madre y su hermana. No obstante, es necesario proteger a Holly. «Recuerda que tú eres solo el respaldo», ha dicho Hodges a Jerome antes de que él y Holly se fueran con Gallison, pero el chico no ha dado señal alguna de respuesta. Ni siquiera está muy seguro de si lo ha oído.

En todo caso, Hodges ha hecho cuanto estaba en sus manos. Ya solo puede quedarse ahí sentado, resistiendo el dolor, intentando respirar y esperando una explosión que ruega que no se produzca.

37

Holly Gibney ha estado internada en centros psiquiátricos dos veces en su vida, una en la adolescencia y otra a los veintitantos. El psiquiatra que la atendió después (en su supuesta *madurez*) describió esas vacaciones forzosas como «rupturas con la realidad», que no eran nada bueno, pero, aun así, no eran tan graves como las «rupturas psicóticas», de las cuales muchos no vuelven. Holly por su parte da un nombre más sencillo a dichas rupturas. Eran sus «flipes totales», a diferencia del flipe moderado de su vida cotidiana.

El flipe total padecido a los veintitantos lo provocó su jefe en una agencia inmobiliaria de Cincinnati llamada Casa y Fincas de Alto *Standing* Frank Mitchell. Su jefe era Frank Mitchell, hijo, un individuo muy peripuesto, con cara de trucha inteligente. Insistía en que el trabajo de Holly no daba la talla, que sus compañeros la detestaban y la única manera de asegurarse la continuidad en la empresa era que él siguiese protegiéndola. Cosa que él haría si ella se acostaba con él. Holly no quería acostarse con Frank Mitchell, hijo, ni quería perder el empleo. Si perdía el empleo, perdería el apartamento, y tendría que volver a casa

y vivir con el calzonazos de su padre y la tirana de su madre. Finalmente resolvió el conflicto llegando un día temprano a la oficina y poniendo patas arriba el despacho de Frank Mitchell, hijo. Luego la encontraron en su propio cubículo, hecha un ovillo en un rincón. Tenía las yemas de los dedos ensangrentadas. Se las había mordido como un animal tratando de huir de una trampa.

El causante de su primer flipe total fue Mike Sturdevant. Fue él quien acuñó el dañino mote «Mongo Mongo».

Por aquel entonces, en su primer año de instituto, Holly no hacía más que corretear de un sitio a otro con los libros aferrados al incipiente pecho y el pelo cayéndole ante la cara como una cortina para tapar el acné. Pero ya por esas fechas tenía problemas mucho más graves que el acné. Problemas de ansiedad. Problemas de depresión. Problemas de insomnio.

Lo peor de todo era el *stimming*.

Stimming es como se ha dado en llamar de forma abreviada a la autoestimulación, que suena a masturbación pero no lo es. Consiste en un movimiento compulsivo acompañado a menudo de fragmentos de diálogo dirigidos a uno mismo. Comerse las uñas y morderse los labios son manifestaciones menores de *stimming*. En los casos más extremos, las personas afectadas por el trastorno agitan las manos, se dan palmadas en el pecho y las mejillas, o contraen los brazos, como si levantarán unas pesas invisibles.

Ya a los ocho años aproximadamente, Holly empezó a rodearse los hombros con los brazos y temblar de arriba abajo, a la vez que farfullaba y hacía muecas. Esto se prolongaba durante cinco o diez segundos, y después sencillamente continuaba con lo que estaba haciendo: leer, coser, tirar a la canasta con su padre en el camino de acceso. Apenas se daba cuenta de que lo hacía a no ser que su madre la viera y le dijera que parara de sacudirse y poner caras raras, o la gente pensaría que estaba dándole un ataque.

Mike Sturdevant sería en el futuro uno de esos hombres de conducta atrofiada que recuerdan la época de instituto como la gran era dorada de su vida. Estaba en el último curso y era —muy a semejanza de Cam Knowles— un chico de belleza divina: hombros anchos, caderas estrechas, piernas largas y pelo tan rubio que parecía una especie de aureola. Jugaba en el equipo de fútbol (naturalmente) y salía con la jefa de animadoras (naturalmente). Habitaba en un nivel de la jerarquía del instituto al que Holly Gibney era totalmente ajena, y en circunstancias normales nunca se habría fijado en ella. Pero sí se fijó, porque un día Holly, de camino al comedor, tuvo uno de sus episodios de *stimming*.

Mike Sturdevant y varios de sus amigos del equipo de fútbol pasaban casualmente por allí. Se pararon a mirarla: la chica que se abrazaba, se estremecía, torcía la boca, entornaba los ojos. Sonidos débiles e inarticulados —quizá

palabras, quizá no— brotaban forzosamente de entre sus dientes.

—¿Qué mongoladas son esas? —preguntó Mike.

Holly relajó las manos en los hombros y, muy sorprendida, lo miró. No sabía de qué le hablaba Mike; solo sabía que la miraba atentamente. La miraban todos sus amigos. Y sonreían.

—¿Qué? —preguntó ella, boquiabierta.

—¡Mongoladas! —exclamó Mike—. ¡Mongo, mongo, mongoladas!

Los demás lo repitieron con él mientras Holly corría hacia el comedor con la cabeza gacha, tropezando con la gente. A partir de ese momento se conoció a Holly Gibney entre los alumnos del instituto Walnut Hills como Mongo Mongo, y así siguió hasta poco después de las vacaciones de Navidad. Fue entonces cuando su madre la encontró hecha un ovillo en la bañera, desnuda, diciendo que nunca volvería al Walnut Hills. Si su madre intentaba obligarla, afirmó, se mataría.

¡Voilà! Flípe total.

Cuando se recuperó (un poco), la mandaron a otro colegio donde las cosas eran menos estresantes (un poco menos). No tuvo que ver nunca más a Mike Sturdevant, pero aún sueña que corre por un pasillo de instituto interminable, a veces vestida solo en ropa interior, mientras la gente se ríe de ella, y la señala, y la llama Mongo Mongo.

Está acordándose de esos entrañables tiempos de instituto mientras Jerome y ella siguen al portero jefe por el laberinto de salas situadas debajo del auditorio Mingo. Así será Brady Hartsfield, decide, como Mike Sturdevant, solo que calvo. Como espera que esté Mike ahora, dondequiera que resida. Calvo... gordo... prediabético... atormentado por una esposa rezongona e hijos ingratos...

«Mongo Mongo», piensa.

«Es tu merecido», piensa.

Gallison los guía a través de los talleres de carpintería y costura, dejan atrás un grupo de camerinos y siguen por un pasillo con anchura suficiente para transportar bastidores y decorados completos. El pasillo termina en un montacargas con las puertas abiertas. Por el hueco del ascensor brota atronadoramente la feliz música pop. Esta nueva canción trata de amor y baile. Nada con lo que Holly siente afinidad.

—No les conviene el montacargas —explica Gallison—. Va a dar al fondo del escenario, y desde allí no se puede acceder al auditorio sin pasar entre los miembros del grupo. Oigan, ¿ese hombre de verdad está teniendo un infarto? ¿Ustedes de verdad son policías? No lo parecen. —Lanza una mirada a Jerome—. Usted es demasiado joven. —A continuación a Holly, con expresión aún más dubitativa—: Y usted es...

—¿Demasiado rara? —completa Holly.

—No quería decir eso.

Es posible que no, pero es lo que piensa. Holly lo sabe; una niña que recibe el mote Mongo Mongo sabe esas cosas.

—Voy a llamar a la policía —dice Gallison—. A la policía *de verdad*. Y si esto es una broma o algo así...

—Haga lo que tenga que hacer —responde Jerome, pensando: «¿Por qué no? Que llame a la Guardia Nacional, si quiere. Esto terminará de un modo u otro en cuestión de minutos». Jerome lo sabe, y advierte que Holly también lo sabe. Lleva en el bolsillo el arma que Hodges le ha entregado. Pesa y emana un extraño calor. Aparte de la escopeta de aire comprimido que tenía a los nueve o diez años (un regalo de cumpleaños, pese a las reservas de su madre), jamás ha portado un arma, y esta le parece *viva*.

Holly señala a la izquierda del montacargas.

—¿Y esa puerta? —Y como Gallison no contesta inmediatamente, añade—: Ayúdenos. Por favor. Quizá no seamos polis de verdad, quizá tenga razón en eso, pero esta noche sí hay un hombre muy peligroso entre el público.

Respira hondo y pronuncia unas palabras a las que ella misma, pese a saber que son ciertas, apenas puede dar crédito:

—Nosotros somos lo único que tiene a su disposición.

Gallison reflexiona por un momento y finalmente dice:

—Esa escalera los llevará al lado izquierdo del auditorio. Es muy larga. En lo alto, hay dos puertas. La de la izquierda lleva al exterior. La de la derecha da al auditorio, a un paso del escenario. Así de cerca, la música puede reventarles los tímpanos.

Palpando la empuñadura del revólver en su bolsillo, Jerome pregunta:

—¿Y dónde está exactamente la sección de discapacitados?

Brady sí la conoce. La *conoce*.

Al principio no la identifica. Es como cuando uno tiene una palabra en la punta de la lengua. De pronto, al acometer el grupo una canción que habla de hacer el amor en la pista de baile, cae en la cuenta. La casa de Teaberry Lane, donde vive el amiguito de Hodges con su familia, un nido de negros con nombres de blanco. Excepto el perro, claro, que se llama Odell, un nombre sin duda de negro. Y Brady se proponía matarlo... solo que acabó matando a su madre.

Brady recuerda el día en que el negro se acercó corriendo a la camioneta de Mr. Tastey, con los tobillos todavía verdes después de cortar el césped en el jardín del expoli gordo. Y a su hermana gritando: «¡Pídeme uno de chocolate!

¡Porfaaa!».

La hermana se llamaba Barbara, y es esa, en carne y hueso, fea como un adefesio. Está sentada dos filas más arriba, a la derecha, con sus amigas y una mujer que debe de ser su madre. Jerome no las acompaña, y Brady se alegra brutalmente de ello. Mejor que Jerome viva, mucho mejor.

Pero sin su hermana.

Y sin su madre.

Que vea *lo que se siente*.

Sin dejar de mirar a Barbara Robinson, desliza el dedo bajo la foto de Frankie y encuentra el interruptor de la Cosa Dos. Lo acaricia a través de la fina tela de la camiseta tal como acariciaba los pezones de su madre, las pocas veces que tuvo la fortuna de que ella se lo permitiera. En el escenario, el cantante de *'Round Here* hace una apertura de piernas, y con esos vaqueros tan ajustados que lleva debe de aplastarse los huevos (en el supuesto de que tenga); luego se levanta de un salto y se acerca al proscenio. Las nenas chillan. Las nenas alargan los brazos como para tocarlo, agitan las manos, y sus uñas —pintadas en todos los colores femeninos del arcoíris— resplandecen a la luz de los focos.

—*Eh, ¿os gustan los parques de atracciones?* —pregunta Cam a voz en cuello.

El público contesta que sí a gritos.

—*¿Os gustan las ferias?*

El público contesta a gritos que le encantan las ferias.

—*¿Os han besado alguna vez en la feria?*

Ahora el griterío es ya un delirio total. Los focos movedizos se deslizan una vez más sobre los espectadores, que vuelven a ponerse en pie. Brady ya no ve al grupo, pero da igual. Ya sabe lo que viene a continuación, porque estuvo presente en la operación de descarga.

Bajando la voz para hablar en un susurro íntimo y amplificado, Cam Knowles dice:

—Pues vais a recibir ese beso esta noche.

Empieza a sonar música de feria: un sintetizador Korg programado para reproducir la melodía de un Calíope. De repente un remolino de luz baña el escenario: naranja, azul, rojo, verde, amarillo. Se oye una ahogada exclamación de asombro cuando el decorado de feria comienza a descender. El tiiovivo y la noria ya están girando.

—*¡ESTE ES EL TEMA QUE DA TÍTULO A NUESTRO NUEVO ÁLBUM, Y ESPERAMOS SINCERAMENTE QUE OS GUSTE!* —brama Cam, y los demás instrumentos se suman al sonido del sintetizador.

—«El desierto llora en una y otra dirección» —entona Cam Knowles—.

«Como la eternidad, tú eres mi infección». —Brady tiene la impresión de estar oyendo a Jim Morrison después de una lobotomía prefrontal. Acto seguido el cantante aúlla jubiloso—: «¿Qué me curará, amigos?».

El público conoce la respuesta, y vocifera la letra de la canción a la vez que los músicos arremeten a plena potencia.

—«*NENA, NENA, TIENES EL AMOR QUE NECESITO... NOS HA DADO FUERTE, A TI Y A MÍ... COMO NUNCA ANTES...*».

Brady sonríe. Es la sonrisa beatífica de un hombre atribulado que por fin encuentra la paz. Baja la mirada hacia el resplandor amarillo del piloto, preguntándose si vivirá el tiempo suficiente para verlo ponerse en verde. Luego vuelve a mirar a la negrita, quien, de pie, bate palmas y meneas el culo.

«Mírame —piensa—. Mírame, Barbara. Quiero ser lo último que veas en la vida».

39

Barbara aparta la vista de los prodigios del escenario el tiempo suficiente para ver si el calvo de la silla de ruedas se divierte tanto como ella. Por alguna razón que no alcanza a entender, ese discapacitado se ha convertido en *su* hombre de la silla de ruedas. ¿Será porque le recuerda a alguien? Pero eso no es posible, ¿no? El único inválido a quien conoce es Dustin Stevens, del colegio, y va a segundo. Aun así, ese inválido calvo le suena de *algo*.

Toda la tarde ha sido como un sueño, y lo que ve ahora también le parece un sueño. En un primer momento tiene la impresión de que el hombre de la silla de ruedas la saluda con la mano, pero no es así. Sonríe... y le hace un corte de mangas. Al principio no se lo puede creer, pero es eso, sin duda.

Una mujer avanza hacia el hombre por el pasillo, subiendo los peldaños de dos en dos, tan deprisa que casi corre. Y detrás de ella, casi pisándole los talones... quizá todo esto sí es un sueño porque ese parece...

—¿Jerome? —Barbara tira de la manga de Tanya para obligarla a apartar la atención del escenario—. Mamá, ¿ese no es...?

Es entonces cuando ocurre todo.

40

Lo primero que piensa Holly es que en realidad Jerome sí podría haber ido delante, porque el calvo con gafas de la silla de ruedas ni siquiera —al menos de

momento— mira al escenario. Vuelto hacia atrás, observa a alguien en la zona central, y Holly juraría que ese miserable hijo de puta está haciendo un corte de mangas. Pero es demasiado tarde para cambiarse de lugar con Jerome, aunque de hecho es él quien lleva el revólver. El hombre esconde la mano bajo la foto enmarcada que sostiene en el regazo, y Holly siente un súbito terror ante la idea de que eso pueda significar que está a punto de hacerlo. Si es así, ella dispone solo de unos segundos.

Al menos el hombre está junto al pasillo, piensa.

Holly no tiene ningún plan. Por lo general, el alcance de sus planes no va más allá del tentempié que se preparará para acompañar la película de la noche, pero por una vez su mente trastornada discurre con absoluta clarividencia, y cuando tiende la mano hacia el hombre al que buscan, las palabras que salen de su boca se le antojan plenamente acertadas. *Divinamente* acertadas. Tiene que agacharse y gritar para hacerse oír por encima de los compases amplificadores y pegadizos del grupo y los chillidos delirantes de las jóvenes espectadoras.

—¿Mike? Mike Sturdevant, ¿eres tú?

Brady, sobresaltado, deja de contemplar a Barbara Robinson, y en cuanto se vuelve, Holly, con una fuerza multiplicada por efecto de la adrenalina, alza el calcetín anudado que le ha entregado Bill Hodges, su cachiporra. Esta traza un corto arco e impacta en la calva de Brady justo por encima de la sien. Holly no oye el ruido que produce, ahogado por el estruendo combinado del grupo y las fans, pero ve hundirse una porción de cráneo del tamaño de una tacita. El hombre levanta los brazos, tirando al suelo la foto de Frankie con la mano que tenía oculta debajo, y el cristal se rompe. Da la impresión de que la mira, pero en realidad tiene los ojos vueltos hacia arriba en las cuencas de modo tal que solo se le ve la mitad inferior de los iris.

Junto a Brady, la chica de las piernas como palos, estupefacta, mira a Holly. También Barbara Robinson la mira. Nadie más presta atención. Todos de pie, baten palmas, se mecen y cantan.

—«QUIERO AMARTE A MI MANERA... IREMOS A LA PLAYA POR LA CARRETERA...».

Brady abre y cierra la boca como un pez recién sacado del río.

—«¡ESE DÍA ACABARÁ LA ESPERA... CUANDO TE BESE EN LA FERIA!».

Jerome apoya una mano en el hombro de Holly y levanta la voz para que lo oiga.

—¿Holly! ¿Qué lleva debajo de la camiseta?

Ella lo oye —le habla desde tan cerca que siente su aliento en la mejilla a cada palabra—, pero es como una de esas emisiones radiofónicas inestables que se captan ya avanzada la noche, la voz de un DJ o un predicador a medio país de

distancia.

—Aquí tienes un regalito de Mongo Mongo, Mike —dice, y lo golpea de nuevo exactamente en el mismo sitio, solo que todavía más fuerte, acrecentando la concavidad en su cráneo. La fina piel se abre y la sangre mana, primero en gotas y luego a borbotones; le resbala por el cuello y le tiñe de un morado sucio la parte superior de la camiseta azul de *'Round Here*. Esta vez Brady ladea la cabeza sobre el hombro derecho y, convulso, agita los pies. «Como un perro soñando que persigue conejos», piensa Holly.

Antes de que pueda golpearlo otra vez —y tiene muchas... muchas ganas—, Jerome la agarra y la obliga a volverse.

—¡Está k.o., Holly! ¡Está k.o.! ¿Qué haces?

—Terapia —contesta ella, y de pronto le flojean las piernas. Se sienta en el pasillo. Al relajar los dedos en torno al extremo anudado de la cachiporra, esta cae al suelo junto a una de sus zapatillas.

En el escenario, el grupo sigue tocando.

41

Una mano le tira del brazo.

—¿Jerome? ¡Jerome!

Da la espalda a Holly y la forma desplomada de Brady Hartsfield y ve a su hermana menor, mirándolo con cara de consternación. Su madre está justo detrás de ella. En su actual estado hiperalerta, Jerome no se sorprende en absoluto, pero a la vez sabe que el peligro aún no ha pasado.

—¿Qué has *hecho*? —pregunta a gritos una chica—. ¿Qué le has *hecho*?

Jerome se vuelve de nuevo en la otra dirección y ve a la chica sentada en la silla de ruedas contigua a la de Hartsfield alargar la mano hacia este.

—¡Holly! ¡No la dejes hacer eso! —grita Jerome.

Holly se levanta al instante, tropieza y casi cae encima de Brady. Sin duda habría sido la última caída de su vida, pero consigue mantener el equilibrio y agarra las manos de la chica en silla de ruedas. Apenas percibe fuerza en ellas, y por un momento siente lástima. Se inclina y levanta la voz para que la oiga.

—¡No lo toques! ¡Tiene una bomba, y creo que está activada!

La chica de la silla de ruedas da un respingo. Quizá la ha entendido, o quizá solo le tiene miedo a Holly, que en este momento ofrece un aspecto aún más enloquecido que de costumbre.

Brady se sacude y tiembla cada vez más. Eso a Holly no le gusta, porque ve algo bajo su camiseta, un tenue resplandor amarillo, el amarillo es el color de los problemas.

—¿Jerome? —dice Tanya—. ¿Qué haces aquí?

Se aproxima un acomodador.

—¡Despejen el pasillo! —vocifera el acomodador por encima de la música—. Deben despejar el pasillo.

Jerome agarra a su madre por los hombros. La acerca hacia sí hasta que sus frentes están en contacto.

—Tienes que salir de aquí, mamá. Coge a las niñas y marchaos. Ahora mismo. Pídele al acomodador que os acompañe. Dile que tu hija está mareada. Por favor, no hagas preguntas.

Ella lo mira a los ojos y no hace preguntas.

—¿Mamá? —dice Barbara—. ¿Qué...?

El resto de sus palabras se pierde en medio del clamor del grupo y el acompañamiento coral del público. Tanya coge a Barbara y se dirige hacia el acomodador. Al mismo tiempo, con una seña, indica a Hilda, Dinah y Betsy que se acerquen.

Jerome se vuelve hacia Holly. Esta permanece inclinada sobre Brady, que sigue estremeciéndose a causa de la tormenta cerebral que se ha desencadenado dentro de su cabeza. Sus pies bailan claqué, como si incluso en su estado de inconsciencia percibiera realmente ese vivo ritmo de *'Round Here*. Agita las manos sin ton ni son, y cuando aproxima una de ellas al tenue resplandor amarillo bajo la camiseta, Jerome se la aparta de un manotazo como un escolta en baloncesto rechazando un tiro bajo el aro.

—Quiero irme de aquí —gime la chica de la silla de ruedas—. Tengo miedo.

Jerome comparte plenamente su estado de ánimo —también él quiere marcharse de ahí y está muerto de miedo—, pero de momento la chica tiene que quedarse donde está. Brady le estorba el paso, y ellos no se atreven a moverlo. Todavía no.

Holly, como es habitual, se le adelanta y dice a la chica de la silla de ruedas:

—Por ahora tienes que quedarte ahí, cariño. Tú tranquila, y disfruta del concierto.

Entretanto piensa que la situación sería mucho más sencilla si hubiera conseguido matarlo en lugar de limitarse a mandar esos sesos de psicópata suyos a medio camino de Perú. Se pregunta si Jerome le pegaría un tiro a Hartsfield en caso de pedírselo. Sospecha que no. Lástima. Con todo ese alboroto, seguramente la detonación pasaría inadvertida.

—¿Es que estás *loca*? —pregunta la chica de la silla de ruedas, atónita.

—Eso me lo preguntan a menudo —responde Holly, y con sumo cuidado empieza a levantar la camiseta a Brady. Dirigiéndose a Jerome, dice—: Sujétale las manos.

—¿Y si no puedo?

—Entonces cárgatelo, al muy cabrón.

El público, entregado y en pie, se mece y bate palmas. Las pelotas de playa vuelan otra vez. Jerome echa un vistazo atrás y ve que su madre, acompañada por el acomodador, se lleva a las niñas por el pasillo hacia la salida. «Algo es algo», piensa, y vuelve a concentrarse en lo que los ataña. Agarra las manos convulsas de Brady y se las inmoviliza. Le nota las muñecas escurridizas a causa del sudor. Es como coger a un par de peces que se resisten.

—No sé qué haces, ¡pero hazlo deprisa! —dice a Holly, alzando la voz.

La luz amarilla procede de un artefacto de plástico, aparentemente un mando a distancia de televisor adaptado. En lugar de botones numerados para los canales, tiene un interruptor de palanca, de esos que se usaban antiguamente para encender la luz. La palanca está en posición vertical. Un cable sale del artefacto y desaparece por debajo del trasero de ese individuo.

Brady deja escapar un gruñido y de pronto se percibe un olor acre. Su vejiga se ha vaciado. Holly observa la bolsa de orina en su regazo, pero no parece acoplada a nada. La coge y se la entrega a la chica de la silla de ruedas.

—Aguanta esto.

—Ufff, son *meados* —protesta la chica. Enseguida se corrige—: No, *no* son meados. Dentro hay algo. Parece arcilla.

—Déjalo. —Jerome tiene que hablar a gritos para hacerse oír por encima de la música—. Déjalo en el suelo. Con *delicadeza*. —Volviéndose hacia Holly, apremia—: ¡Date prisa! ¡Mucha prisa!

Holly examina el piloto amarillo. Y la pequeña palanca blanca del interruptor. Podría accionarla hacia delante o hacia atrás, pero no se atreve a hacer lo uno ni lo otro, porque ignora qué posición es *apagado* y cuál es *bum*.

Retira la Cosa Dos del abdomen de Brady. Es como coger una serpiente rebosante de veneno, y tiene que armarse de valor.

—Sujétale las manos, Jerome, tú sujétale bien las manos.

—Se me *escurre* —gruñe Jerome.

«Eso ya lo sabíamos —piensa Holly—. Es un hijo de puta escurridizo. Un *hijo de perra* escurridizo».

Vuelve del revés el artefacto, obligándose a no temblar y procurando pensar en las cuatro mil personas que ni siquiera saben que sus vidas dependen de Holly Gibney, la pobre desquiciada. Mira la tapa del compartimento de las pilas. Al cabo de un momento, conteniendo la respiración, la desliza y la deja caer al suelo.

Contiene dos pilas AA. Holly introduce la uña bajo el reborde de una y piensa: «Dios mío, si estás ahí, permite que esto dé resultado, te lo ruego». Por unos segundos es incapaz de mover el dedo. De repente a Jerome se le escapa una

de las manos de Brady, y esta va a golpear a Holly en lo alto de la cabeza.

Ella da una sacudida, y la pila que la inquietaba salta de su casilla. Espera a que el mundo estalle, y como eso no ocurre, da la vuelta al mando a distancia. El piloto amarillo se ha apagado. Holly se echa a llorar. Agarra el cable principal de la Cosa Dos y lo desprende de un tirón.

—Ya puedes soltar... —empieza a decir, pero Jerome ya lo ha hecho. La abraza con tal fuerza que ella apenas puede respirar. A Holly le da igual. Le devuelve el abrazo.

El público aclama al grupo enfervorizadamente.

—Creen que el griterío es por la canción, pero en realidad es por nosotros —logra susurrar ella al oído de Jerome—. Solo que aún no lo saben. Ahora suéltame, Jerome. Me estás estrujando. Suéltame antes de que me desmaye.

42

Hodges continúa sentado en la caja de embalaje en la zona de almacenamiento, y no está solo. Tiene un elefante plantado en el pecho. Algo ocurre: o bien el mundo se aleja de él, o bien él se aleja del mundo. Hodges piensa que es lo segundo. Es como si estuviera dentro de una cámara y la cámara retrocediera en un trávelin cinematográfico. El mundo conserva su nitidez de siempre, pero mengua por momentos, y lo rodea un círculo creciente de oscuridad.

Resiste con toda su fuerza de voluntad, esperando a que se produzca una explosión o una no explosión.

Uno de los *roadies*, inclinado junto a él, le pregunta si se encuentra bien.

—Tiene los labios un poco azules —informa el roadie.

Hodges, con un gesto, le indica que se vaya. Necesita aguzar el oído.

Música y vítores y gritos de felicidad. Nada más. Al menos de momento.

«Aguanta —se dice—. Aguanta».

—¿Qué? —pregunta el roadie, inclinándose otra vez—. ¿Qué?

—Tengo que aguantar —musita Hodges, pero ya apenas puede respirar. El mundo ha seguido encogiéndose y ya no es mayor que un reluciente dólar de plata. De pronto incluso eso se eclipsa, no porque haya perdido el conocimiento, sino porque alguien se aproxima a él. Es Janey, avanzando con un lento contoneo. Luce el sombrero de fieltro ladeado sobre un ojo en un sesgo sugerente. Hodges recuerda su respuesta cuando él le preguntó cómo había tenido la suerte de acabar en la cama de ella: «No me arrepiento... ¿Podemos dejarlo ahí?».

«Pues sí —piensa Hodges—. *Pues sí*». Cierra los ojos, y se cae de la caja como un polluelo de un nido.

El roadie lo sujeta pero solo puede atenuar la caída, no evitarla. Acuden los otros *roadies*.

—¿Alguien sabe hacer reanimación? —pregunta el que ha sujetado a Hodges.

Un roadie con una coleta larga y canosa da un paso al frente. Viste una camiseta descolorida y tiene un brillo rojizo en los ojos.

—Yo sé, pero no veas el colocón que llevo.

—Tú inténtalo igualmente.

El roadie de la coleta se arrodilla.

—Me parece que este tío va camino del otro barrio —observa, pero se pone manos a la obra.

Arriba, 'Round Here inicia otra canción, arrancando chillidos y vítores de sus admiradoras. Esas chicas recordarán esta noche durante el resto de sus vidas. La música. La emoción. El público bailando y meciéndose bajo las pelotas playeras. Se enterarán de la explosión que no llegó a producirse por la prensa, pero para los jóvenes las tragedias que no se producen son solo sueños.

Los recuerdos, eso es la realidad.

43

Hodges despierta en una habitación de hospital y se sorprende de estar todavía vivo, pero no se sorprende en absoluto de ver a su antiguo compañero junto a la cama. Lo primero que piensa es que, pese a lo mal que él se siente, Pete ofrece un aspecto aún peor: sin afeitar, los ojos hundidos, las puntas del cuello de la camisa vueltas hacia arriba de modo que casi se le clavan bajo la barbilla. Después piensa en Jerome y Holly.

—¿Lo han impedido? ¿Han conseguido impedirlo? —pregunta con voz ronca. Tiene la garganta seca como el esparto. Trata de incorporarse. Los aparatos dispuestos alrededor empiezan a emitir pitidos y a quejarse. Vuelve a tenderse, pero no aparta la mirada del rostro de Pete Huntley en ningún momento—. ¿Lo han conseguido?

—Sí —contesta Pete—. La mujer dice que se llama Holly Gibney, pero a mí me parece más bien Sheena, la Reina de la Selva. Ese fulano, el mareante...

—El mareante —corrige Hodges—. Él se considera el mareante.

—Ahora mismo no se considera nada en concreto, y según los médicos probablemente ya nunca volverá a considerarse nada. Gibney le zurró de lo lindo. Está en coma profundo. Funcionamiento cerebral mínimo. Cuando estés para levantarte de la cama, puedes hacerle una visita, si quieres. Lo tienes tres puertas más allá.

—¿Dónde estoy? ¿En el hospital del condado?

—En el Kiner. Cuidados intensivos.

—¿Dónde están Jerome y Holly?

—En el centro. Contestando a una morterada de preguntas. Mientras, la madre de Sheena va de aquí para allá amenazando con su propia matanza si no dejamos de acosar a su hija.

Entra una enfermera para decir a Pete que tiene que marcharse ya. Añade algo acerca de las constantes vitales del señor Hodges y las órdenes de los médicos. Hodges, con notable esfuerzo, levanta la mano para pedirle unos segundos más.

—Jerome es menor de edad y Holly tiene... problemas. Yo soy el único responsable, Pete.

—Ah, eso ya lo sabemos —dice Pete—. Eso sí es salirse de madre. ¿Qué demonios te proponías, Billy?

—Hacer lo que estuviera en mis manos —responde Hodges, y cierra los ojos.

Deja vagar la mente. Se acuerda de todas esas voces jóvenes, cantando a coro con el grupo. Han vuelto a sus casas. Están bien. Se aferra a esa idea hasta que lo vence el sueño.

EL EDICTO



ALCALDÍA

VISTO QUE Holly Rachel Gibney y Jerome Peter Robinson desvelaron un plan para perpetrar un atentado terrorista en el auditorio Mingo, situado en el recinto del Centro de Arte y Cultura del Medio Oeste; y

VISTO QUE, al comprender que si informaban al Personal de Seguridad del CACMO, el terrorista en cuestión podía activar un artefacto explosivo de gran potencia, acompañado dicho explosivo de varios kilos de metralla, fueron sin pérdida de tiempo al auditorio Mingo; y

VISTO QUE se enfrentaron ellos mismos a dicho terrorista, a riesgo de sus vidas; y

VISTO QUE redujeron a dicho terrorista y evitaron así una gran pérdida de vidas humanas y considerables daños a la integridad física de muchas personas; y

VISTO QUE realizaron un acto heroico y prestaron así un gran servicio a esta ciudad,

EN VIRTUD DE LO ANTERIOR, yo, Richard M. Tewky, Alcalde, concedo a Holly Rachel Gibney y Jerome Peter Robinson la Medalla al Mérito, el máximo honor de esta ciudad, y proclamo que todos los servicios municipales sean libres de cargo para ellos durante un período de diez (10) años; y

EN VIRTUD DE LO ANTERIOR, conscientes de que ciertos actos son impagables, les damos las gracias de todo corazón.

En testimonio de lo cual,
plasmo mi firma y
el sello de la ciudad.

RICHARD M. TEWKY
Alcalde

EL MERCEDES AZUL

Un día cálido y soleado de finales de octubre de 2010, un sedán Mercedes entra en el aparcamiento casi vacío del McGinnis Park, donde no hace mucho Brady Hartsfield vendía helados durante los partidos de la liga infantil de béisbol. Se detiene junto a un pequeño y pulcro Prius. El Mercedes, en otro tiempo gris, ahora está pintado de azul celeste, y una segunda visita al planchista ha eliminado un largo arañazo en el lado del conductor, infligido cuando Jerome entró en la zona de descarga situada detrás del auditorio Mingo antes de abrirse totalmente la verja.

Hoy va Holly al volante. Parece diez años más joven. Su larga melena —antes canosa y desgredada— es ahora negra y lustrosa, por gentileza de las atenciones de un salón de belleza de primera, recomendado por Tanya Robinson. Saluda con la mano al dueño del Prius, sentado a una mesa en la zona de *picnic*, no muy lejos de los campos de béisbol.

Jerome se apea del Mercedes, abre el maletero y saca una cesta de *picnic*.

—Dios mío, Holly —dice—. ¿Qué has metido aquí? ¿La cena de Acción de Gracias?

—Quería asegurarme de que hay suficiente para todos.

—Ya sabes que sigue una dieta estricta, ¿no?

—Pero tú no —replica ella—. Tú estás creciendo. Además, hay una botella de champán, así que cuidado, que no se te caiga.

Holly extrae del bolsillo una caja de Nicorette y se echa uno a la boca.

—¿Qué tal te va con eso? —pregunta Jerome mientras bajan por la pendiente.

—Estamos en ello —responde ella—. La hipnosis me ayuda más que el chicle.

—¿Y si el tío va y te dice que eres una gallina y que empieces a dar vueltas por su despacho cloqueando?

—En primer lugar, mi psicoterapeuta es una mujer. En segundo lugar, nunca haría una cosa así.

—¿Cómo ibas *tú* a enterarte? —preguntó Jerome—. Estarías hipnotizada, digamos.

—Eres un idiota, Jerome. Solo un idiota querría venir hasta aquí en autobús con toda esa *comida*.

—Gracias al edicto, el viaje nos sale gratis. Me gustan las cosas gratis.

Hodges, todavía con el traje que se ha puesto esta mañana (aunque ahora lleva la corbata en el bolsillo), se acerca lentamente a ellos. No nota el marcapasos en

el pecho —le han dicho que ahora son muy pequeños—, pero de algún modo sí percibe que está ahí, que cumple con su cometido. A veces lo imagina, y en su cabeza siempre parece una versión del artefacto de Hartsfield en menor tamaño. Solo que el suyo en principio debe impedir una explosión en lugar de causarla.

—Chicos —saluda.

Holly no es ya una chica, pero es casi dos décadas más joven que él, y para Hodges eso casi la convierte en chica. Tiende la mano hacia la cesta del *picnic*, pero Jerome la aparta.

—Ni hablar —dice—. Ya la llevo yo. El corazón...

—Tengo el corazón perfectamente —responde Hodges, y según la última revisión, es verdad; aun así, no acaba de creérselo. Sospecha que todo aquel que ha sufrido un infarto vive con esa misma sensación.

—Y tienes buen aspecto —dice Jerome.

—Sí —coincide Holly—. Menos mal que te has comprado ropa nueva. La última vez que te vi parecías un espantapájaros. ¿Cuánto peso has perdido?

—Quince kilos —contesta Hodges, y la idea que acude a su mente, «Ojalá Janey me viera ahora», le provoca una punzada en el corazón regulado electrónicamente.

—Dejemos de lado a los Weight Watchers por un rato —sugiere Jerome—. Hols ha traído champán. Quiero saber si tenemos alguna razón para bebérselo. ¿Cómo ha ido esta mañana?

—El fiscal no va a presentar cargos. Se ha desestimado el caso. Billy Hodges puede seguir con su vida.

Holly se lanza a sus brazos y lo estrecha. Hodges le devuelve el abrazo y la besa en la mejilla. Con el pelo corto y la cara totalmente a la vista —por primera vez desde la infancia, aunque él eso no lo sabe—, se parece mucho a Janey. Al verlo, Hodges siente dolor y satisfacción a la vez.

Jerome siente el impulso de invocar a Batanga el Negro Zumbón.

—¡Bwana Hodges, libre por fin! ¡Libre por fin! ¡Dio' to'poderoso, libre por fin!

—Deja de hablar así, Jerome —insta Holly—. Es pueril.

Saca la botella de champán de la cesta junto con tres vasos de plástico.

—El fiscal me ha acompañado al despacho del juez Daniel Silver, un hombre que me oyó atestiguar muchas veces en mis tiempos de policía —explica Hodges—. Me ha dado un rapapolvo de diez minutos y me ha dicho que mi comportamiento temerario puso en peligro las vidas de cuatro mil personas.

Jerome se irrita.

—¡Eso es indignante! Tú eres la razón por la que esas personas siguen con vida.

—No —corrige Hodges en voz baja—. La razón de eso sois vosotros dos, Holly y tú.

—Si Hartsfield no se hubiera puesto en contacto contigo ya de buen comienzo, la policía aún no tendría ni idea de quién es. Y esas personas estarían *muertas*.

Eso puede ser verdad o no, pero a Hodges ya le parece bien cómo acabaron las cosas en el Mingo. Lo que no le parece bien —ni se lo parecerá nunca— es la pérdida de Janey. Silver lo ha acusado de desempeñar «un papel crucial» en su muerte, y Hodges piensa que quizá así sea. Pero no le cabe duda que Hartsfield habría matado a más gente, si no en el concierto o el Encuentro del Mundo Profesional en el Embassy Suites, en algún otro sitio. Le había cogido gusto. Así que se da aquí una especie de ecuación: la vida de Janey a cambio de esas otras hipotéticas vidas. Y si en esa realidad alternativa (pero muy posible), la acción se *hubiera* producido en el concierto, dos de sus víctimas habrían sido la madre y la hermana de Jerome.

—¿Y tú qué has contestado? —pregunta Holly—. ¿Qué le has contestado?

—Nada. Cuando te cae el varapalo, lo mejor que puedes hacer es aguantar el tipo y callar.

—¿Por eso no recibiste la medalla junto con nosotros? —pregunta ella—. ¿Ni se te incluyó en el edicto? ¿Era el castigo de esos zoquetes?

—Supongo —responde Hodges, aunque si las autoridades creían que eso era un castigo, se equivocaban. Lo último que quería en el mundo era llevar una medalla colgada al cuello y recibir la llave de la ciudad. Había sido poli durante cuarenta años. *Esa* era su llave de la ciudad.

—Una lástima —observa Jerome—. No irás gratis en autobús.

—¿Cómo van las cosas en Lake Avenue, Holly? ¿Estás ya instalada?

—Van mejor —responde Holly. Está desprendiendo el corcho de la botella de champán con la delicadeza de un cirujano—. Vuelvo a dormir toda la noche. Además, visito a la doctora Leibowitz dos veces por semana. Me ayuda mucho.

—¿Y cómo van las cosas con tu madre? —Ese, como Hodges sabe, es un tema espinoso, pero considera que debe plantearlo, aunque sea solo esta vez—. ¿Aún te telefonea cinco veces al día para suplicarte que vuelvas a Cincinnati?

—Ahora son solo dos veces al día —responde Holly—. A primera hora de la mañana, al final del día. Se siente sola. Y creo que teme más por sí misma que por mí. Es difícil cambiar de vida cuando se llega a viejo.

«A mí me lo vas a contar», piensa Hodges.

—Está muy bien que veas las cosas así, Holly.

—La doctora Leibowitz dice que cuesta cambiar de hábitos. Para mí, es difícil dejar de fumar; para mi madre, es difícil acostumbrarse a vivir sola. Y también

tomar conciencia de que no tengo por qué ser esa niña de catorce años hecha un ovillo en la bañera durante el resto de mi vida.

Guardan silencio por un momento. Un cuervo ocupa el plato del lanzador en el campo 3 de la liga infantil de béisbol y grazna triunfalmente.

Holly ha podido separarse de su madre gracias al testamento de Janelle Patterson. El grueso de la herencia —que llegó a Janey por gentileza de otra de las víctimas de Brady Hartsfield— pasó a manos del tío Henry Sirois y la tía Charlotte Gibney, pero Janey también dejó medio millón de dólares a Holly. Este dinero estaba ahora en un fondo que administraba el señor George Schron, el abogado que Janey había heredado de Olivia. Hodges no tiene ni idea de cuándo hizo testamento Janey. Ni por qué. No cree en las premoniciones, pero...

Pero.

Charlotte se había opuesto en redondo al traslado de Holly, sosteniendo que su hija no estaba preparada para vivir sola. Teniendo en cuenta que Holly se acercaba a la cincuentena, eso equivalía a decir que nunca estaría preparada. Holly creía que sí lo estaba y, con la ayuda de Hodges, había convencido a Schron de que saldría adelante.

El hecho de ser una heroína a quien habían entrevistado las principales cadenas de televisión sirvió de ayuda ante Schron. No así ante su madre; en cierto modo era su condición de heroína lo que más consternaba a esa señora. Charlotte nunca sería del todo capaz de aceptar la idea de que su hija, en su precario equilibrio, hubiera desempeñado un papel vital (quizá *el* papel vital) a la hora de impedir un asesinato en masa de inocentes.

Con arreglo a las condiciones del testamento de Janey, el apartamento, con su fabulosa vista del lago, es ahora propiedad conjunta de la tía Charlotte y el tío Henry. Cuando Holly preguntó si podía vivir ahí, al menos de momento, Charlotte se negó rotunda y obstinadamente. Su hermano no logró hacerla cambiar de idea. Fue la propia Holly quien lo consiguió, declarando que se proponía quedarse en la ciudad y si su madre no cedía en cuanto a lo del apartamento, ya buscaría un sitio en Lowtown.

—En la peor parte de Lowtown —afirmó—. Donde tendré que comprarlo todo en efectivo. Y exhibiré los billetes con ostentación.

Eso fue decisivo.

La vida de Holly en la ciudad —el primer período prolongado que pasaba lejos de su madre— no ha sido fácil, pero su psiquiatra le proporciona mucho apoyo, y Hodges la visita con frecuencia. Y lo que es más importante, Jerome también la visita con frecuencia, y Holly es invitada aún con mayor frecuencia a casa de los Robinson en Teaberry Lane. A juicio de Hodges es allí donde se desarrolla la verdadera curación, no en el diván de la doctora Leibowitz. Barbara

ha adquirido la costumbre de llamarla «tía Holly».

—¿Y tú qué tal, Billy? —pregunta Jerome—. ¿Algún plan?

—Bueno —dice con una sonrisa—. Me han ofrecido un puesto en Servicio de Guardia Vigilante, ¿qué os parece?

Holly entrelaza las manos y bota en el banco como una niña pequeña.

—¿Vas a aceptarlo?

—No puedo —responde Hodges.

—¿Por el corazón? —pregunta Jerome.

—No. Se necesita un seguro de caución, y el juez Silver me ha anunciado esta mañana que hay más o menos tantas posibilidades de que me concedan un seguro así como de que los judíos y los palestinos se unan para construir la primera estación espacial interconfesional. Mis sueños de obtener una licencia de investigador privado se han ido al traste igualmente. Pero un agente de fianzas al que conozco desde hace años me ha ofrecido un empleo a tiempo parcial como buscador de fugitivos, y para eso no necesito seguro de caución. Puedo hacerlo casi todo desde casa, con el ordenador.

—Yo podría ayudarte —se ofrece Holly—. Con el ordenador, claro. No quiero tener que perseguir a nadie en la realidad. Con una vez ya tuve suficiente.

—¿Qué se sabe de Hartsfield? —pregunta Jerome—. ¿Alguna novedad o sigue igual?

—Sigue igual —contesta Hodges.

—Me da lo mismo —dice Holly. Adopta un tono desafiante, pero por primera vez desde que ha llegado a McGinnis Park se mordisquea los labios—. Volvería a hacerlo. —Cierra los puños—. ¡Una vez y otra y otra más!

Hodges le coge uno de los puños y se lo abre con delicadeza. Jerome hace lo mismo con el otro.

—Claro que sí —dice Hodges—. Por eso te dio una medalla el alcalde.

—Además de los viajes de autobús y las entradas a los museos gratis —añade Jerome.

Holly se relaja, gradualmente.

—¿Por qué iba yo a coger el autobús, Jerome? Tengo mucho dinero en un fondo, y el Mercedes de mi prima Olivia. Es una maravilla de coche. ¡Y con poquísimos kilómetros!

—¿No hay fantasmas? —pregunta Hodges. No lo dice en broma; siente sincera curiosidad.

Holly tarda mucho en contestar. Se queda mirando el enorme sedán alemán aparcado junto al discreto coche de importación japonés de Hodges. Al menos ha dejado de mordisquearse los labios.

—Al principio sí los había —responde por fin—, y pensé en venderlo. Luego

opté por pintarlo. Eso fue idea *mía*, no de la doctora Leibowitz. —Los mira con orgullo—. Ni siquiera se lo pregunté.

—¿Y ahora? —Jerome aún tiene cogida su mano. Ha acabado queriendo a Holly, pese a lo intratable que es a veces. Los dos han acabado queriéndola.

—El azul es el color del olvido —dice ella—. Lo leí una vez en un poema. —Guarda silencio por un momento—. Bill, ¿por qué lloras? ¿Estás pensando en Janey?

Sí. No. Sí y no.

—Lloro porque estamos aquí —contesta—. Un precioso día de otoño que parece de verano.

—Según la doctora Leibowitz llorar es bueno —comenta Holly con toda naturalidad—. Dice que las lágrimas se llevan las emociones.

—En eso puede que tenga razón. —Hodges está pensando en cómo se ponía Janey su sombrero. Cómo se lo ladeaba con el sesgo perfecto—. ¿Y ahora vamos a tomar un poco de ese champán o no?

Jerome sostiene la botella y Holly lo sirve. Alzan sus vasos.

—Por nosotros —dice Hodges.

Jerome y Holly repiten el brindis. Y beben.

2

Una noche lluviosa de noviembre de 2011 una enfermera recorre apresuradamente un pasillo de la Unidad de Traumatismos Craneoencefálicos de Lakes Region, un centro adscrito al John M. Kiner Memorial, el principal hospital de la ciudad. En la unidad hay diez o doce pacientes de beneficencia, incluido uno de triste fama... aunque la causa de esa fama ha empezado a difuminarse con el paso del tiempo.

La enfermera teme que el jefe de neurología se haya marchado ya, pero lo encuentra en la sala de médicos, revisando historiales.

—Puede que quiera usted venir, doctor Babineau —dice—. Es el señor Hartsfield. Está despierto. —Ante esto el neurólogo se limita a alzar la vista, pero se pone en pie cuando la enfermera añade—: Me ha hablado.

—¿Después de diecisiete meses? Extraordinario. ¿Está segura?

En su estado de agitación, la enfermera ha enrojecido.

—Sí, doctor. Totalmente segura.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que le duele la cabeza. Y pregunta por su madre.

14 de septiembre de 2013

NOTA DEL AUTOR

Si bien existe la táctica de «robar el peque» (en el sentido de PKE), sería imposible llevarla a la práctica con ningún Mercedes-Benz SL500 fabricado desde que se aplica el sistema de entrada pasiva sin llave. Los SL500, como todos los Mercedes-Benz, son automóviles de altas prestaciones dotados de dispositivos de seguridad de altas prestaciones.

Deseo expresar mi agradecimiento a Russ Dorr y Dave Higgins, que me proporcionaron ayuda en tareas de investigación. También a mi esposa, Tabitha, que entiende de teléfonos móviles más que yo, y a mi hijo, el novelista Joe Hill, que me ayudó a resolver los problemas señalados por Tabby. Si los solucioné bien, atribúyase el mérito a mi equipo de apoyo. Si los solucioné mal, acháquese a mis dificultades de comprensión.

Nan Graham, de Scribner, llevó a cabo su labor editorial con el nivel de excelencia acostumbrado, y después mi hijo Owen realizó una valiosa segunda lectura. Mi agente, Chuck Verrill, es seguidor de los Yankees, pero lo aprecio igualmente.